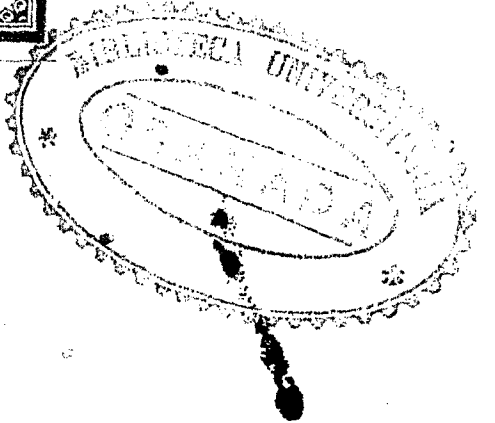


EXHIBIT
A
1
225

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

at 7-22

1
5-164



COMENTARIOS

DE LA GUERRA DE ESPAÑA,

E

HISTORIA

DE SU REY PHELIPE V.

EL ANIMOSO,

DESDE EL PRINCIPIO DE SU

Reynado , hasta el año

de 1725.

DIVIDIDO EN DOS PARTES,

POR

DON VICENTE BACALLAR

y Sanna, Marqués de San Phelipe, Vis-

conte de Fuente-Hermosa, del Consejo de

su Magestad Catholica, su Cavallerizo ma-

yor del Reyno de Cerdeña, Governador, y Re-

formador de los Cabos de Caller, y Gallu-

ra, Alcaide de la gran Torre, y Em-


biado Extraordinario à la S-

renissima Republica de

Genova.

PARTE I.

In Genova per Matheo Garvizza,
con licencia.



SEÑOR.

ENtregò Dios el Mundo à la ambiciosa disputa de los mortales; de ella fuè primer objeto la dominacion: pero como esta es regalia de Dios, se glorian en vano las Artes, el valor, los arrojos, el merito, y los derechos del logro de una Corona. Dios la ciñe al que con arcana providencia eligió, para substituirle en el Dominio de la Tierra, que directamente solo es, de quien la criò. Con heroica, sublime, è inimitable virtud despreciò V. M. su Diadema, ciñòla un dignissimo successor, cuyo adorable nombre no tiene alientos de repetir el dolor; pero màs oculta providencia se la conservaba à V. Mag. en las Reales sienes, aun quando menos lo advertia, aun quando huyendo de sus brillanteces, se negò

do, entregalo à los Divinos ocios de un retiro. El fatal motivo volvió à V. Mag. al Mundo, al Solio, y al Gobierno; pero no sacò V. Mag. su corazon del retiro, aprehendiendo en él, à tratàr con acierto el Mundo que admirò otra vez à V. Mag. Sabio en el Magestuoso Trono; Recto en el sublime Tribunal; Esforzado en la sangrienta Campaña; Indefenso en las nunca intermitentes fatigas; Constante en las replicadas adversidades; Moderado en las bien sudadas dichas, y triumphos; Sublime, descendiendo voluntariamente del Trono; Docil à la obligacion, y mayor Rey de si mismo, volviendo à ocupàr repugnante.

Con estas señas especificas de V. Mag. le restituyo yo tambien al Orbe en estos Comentarios la Guerra contra V. Mag. que pongo à sus Reales pies, escritos tan ingenuamente, y sin los villanos traydores humos de la lisonja, como obra, que se habia de presentàr à Principe tan amante de la verdad. Ella es el alma de la Historia, y la firmissima vassa, en que funda la noticia llegar à su erudiccion: por esso, ni mi obligacion, ni mi amor à V. Mag. hà contaminado la pluma, que yá que osè escribir, debì conservarla indiferente, y por la infelicidad de los tiempos compasiva.

No defraudo à las heroycas acciones de Amigos, ò Enemigos, el lugar elevado, que los compe-

te, ensalzando à estos sus mismas brillanteces, descubren las feas sombras, de que se tiñeron los menos amantes de su honra, y de su obligacion.

En las cadenas de los hechos, como no se puede interrumpir la misma dependencia de los enzarces, trabe à la noticia lo heroyco, y lo vil; indignen se contra si los malos, si ven (con horror, ò con reflexion) de que materiales quisieron construir su fama; sin critica alguna, ni censura escribo los hechos: si la pertinancia del propio dictamen los quiere todavia defender, como buenos, no me toca impugnàr, sino referir; el Mundo queda Juez, y la posteridad: algunos quedaràn problematicos, y no será poca dicha. Lo malo, que no publicò su propio Author, lo callo, y callo mucho, por esso escribo Comentarios, y no Historia; cuyas leyes, para lo exacto de las noticias, son más rigurosas. En Guerra de interesses tan varios, y complicados; de acciones, por politica, ò por passion, con tanta diversidad referidas, mucho ignoraré, aunque lo hè procurado indagar con diligencia, y aplicacion, buscando el fundamento, no sin comunicacion de los que hazian mucha figura en este Teatro.

Mejores plumas escribiràn los heroycos hechos de V. Mag. en las Chronicas de España, ò en su particular Historia, entretanto verà el Principe, nuestro Señor, en estos Comentarios, quanto tiene, que

Anteár en su glorioso Progenitor, que es otra obligacion no inferior, ni menos difícil, à la que trabe consigo el reynar. Espero, que la vida de ambos hà de dilatár Dios, hasta dár nuevos assumptos à la admiracion, y à la fama.

COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA.

DESDE EL PRINCIPIO DEL REYNADO
del Rey PHELIPÉ QUINTO, hasta la
Paz General.

LIBRO I.

CON la paz de Risvuich descansò un poco la España, y tambien su Rey Carlos II. fatigado de tan repetidos infortunios, y de guerra tan infeliz. Para apartar de sí la nota de ambicioso Luis XIV. gloriosissimo Rey de Francia, restituyò à la España quanto en la ultima guerra la habia ganado: Lucemburg, Contray, otras Plazas en Flandes, y à Barcelona. Era más vasta su idea; y para correr mejor el espacioso campo de ella, se aligerò de los despojos de sus enemigos. Al Throno aspiraba de España, no olvidando los derechos de su familia, y viendo al Rey sin succession, y con fama (aunque no muy cierta) de inhabil à la generacion. Este sacreto, como era en sí, descubrió al Rey de Francia Maria Luisa de Borbòn, primera muger del Rey: guardòle exactamente, y reservò su intencion Luis XIV. hasta tiempo más oportuno; porque tenia con tan dilatada guerra exasperados los animos de los Españoles: su felicidad fundò en ellos una aversion indeleble, como en la Europa

A

toda

Toda un justo temor, de que no se agigantasse más su poder, cada dia mayor con los prosperos acaecimientos. Manteniase armado, y para no perdonar diligencia, recurrió à las artes, que aprendió con el largo uso de reynar.

Era à este tiempo Presidente de Castilla, y favorecido del Rey el Conde de Oropesa, y pareciendole oportuna esta aparente quietud de la Europa, tratò de elegir successor à la Monarchia, para gloriarse author de obra tan grande, y assegurar su authoridad, y su poder, si se debia à su industria la eleccion. Esto era para el Rey de summa molestia; nada oía con más desagrado, que las disputas de los derechos, que pretendian tener à la Corona el Emperador Leopoldo, el Rey de Francia, y el hijo del Duque de Baviera, (este era el menos aborrecido.) No se le escondían los afectos del Rey al Conde, y con su permiso, vencido blandamente el animo, formò una Junta de escogidos Ministros del Consejo Real de Castilla, y Aragón, para que consultassen, quien de los referidos tenia más accion al Throno. Orò elegantemente por el Delphin de Francia Don Joseph Perez de Soto, hombre ingenuo, recto, y gran Jurisperito. „ Probò con „ energía, no tener derecho alguno los Austriacos, que „ reynaban en Germania, en virtud de las Leyes muni- „ cipales de España, favorables à las hembras, confirma- „ das por el Testamento del Rey D. Fernando el Catho- „ lico, y la Reyna, Da. Isabel, que llamaban al Reyno à „ su hija, Da. Juana, muger de Phelipe el Hermoso de „ Austria, de quien nació Carlos V. cuyo viznieto, Phe- „ lipe IV. casò à su hija mayor, la Infanta Da. Maria „ Theresa, con Luis XIV. de Francia, de quien nació „ el Delphin, Luis de Borbòn, investido de los derechos „ de la Madre, legitima heredera de España, muriendo „ sin succession Carlos II. su hermano. Expresò, quan „ injusto era despojar de ellos à la Reyna, Da. Maria „ Theresa, y passarlos à la Infanta Da. Margarita, su „ hermana menor, casada con el Emperador, Leopoldo, „ y por ella à su nieto, Joseph Leopoldo de Baviera, hijo „ de la Archiduquesa, Maria Antonia, nacida de la Em-
pe

peratriz, Margarita; siendo de ninguna consideracion „ los Testamentos de los Austriacos sobre la España, por- „ que no era suya, sino de la Reyna Da. Juana, que llama- „ ron la Loca, y reynò despues de la Reyna Da. Isa- „ bel, su Madre, sirviendo esta succession de exemplo „ à su posteridad. Ni tenia fuerza alguna la cession, à „ que obligò Phelipe IV. à su hija, la Infanta Da. Maria „ Theresa, quando casò con el Rey de Francia; porque „ no nacia de ella originariamente el derecho, sino por „ ella se derivaba à sus descendientes; y si habian de va- „ ler estas violentas cessiones, tambien la hizo la Ar- „ chiduquesa, Maria Antonia, quando casò con Maxi- „ miliano Manuel, Elector de Baviera, Padre de Joseph „ Leopoldo. Este fuè el parecer de D. Joseph Perez, se- „ guido de pocos; porque los más votaron por el Principe „ de Baviera; ò engañados de su propio dictamen, ò cor- „ rompido de la adulacion, y del miedo, prevenidos los „ mas del Conde de Oropesa. Passò al Consejo de Estado „ la consulta, y tubo la misma felicidad el Principe Bava- „ ro: no asistieron à el el Cardenal D. Manuel Portocar- „ rero, ni D. Sebastian de Toledo, Marqués de Mancera; „ porque penetraron la voluntad del Rey, propensa al Ba- „ yaro, y ellos se inclinaban al Delphin. Persuadido el Rey „ à que hazia justicia, declaró heredero de sus Reynos „ (muriendo sin succession) al Principe, Joseph Leopoldo; „ y durando su menor edad, Governador de ellos à su Pa- „ dre; y mientras este passasse à España, al Conde de Oro- „ pesa, que solo con el Secretario del Despacho Universal, „ D. Antonio de Ubilla, concurrieron al Decreto, hecho con „ el secreto mayor; porque no lo penetrassen la Reyna, „ Maria Anna Neoburgica, ni el Almirante de Castilla, „ D. Juan Thomàs Henriquez, acerrimos parciales de la „ Casa de Austria; la Reyna por amor à los hijos de su „ hermana; y el Almirante por aduacion à la Reyna, de „ quien era favorecido. Difícil de guardar un secreto, al „ qual precedió tanta disputa, se penetrò en la Corte, y „ llegó à la noticia del Conde de Arach, Embazador de „ Alemania en España, que participandole à su Amo, en- „ gendó la ira del Cesar, hasta el immoderado exceso de

meditar la venganza. Fingió ignorarlo el Rey de Francia, y dexò, que corriessen las quejas por los mismos Austriacos. Aprobaron la resolucion del Rey Catholico el Rey Guillelmo de Inglaterra, y los Olandeses, y ofrecieron sus armas, para que tubièssè su execucion, emulando el immoderado poder de los Austriacos.

Permanecian aún los Plenipotenciarios en Risvich; hasta perficionar algunos Articulos, poco importantes, y dar tiempo, à que se executassen los de mayor entidad; y no pudiendo disimular mas su enojo el Emperador, despues que se apartaron del Congreso los Españoles, propuso la division de la Monarchia de España entre varios Principes, de ninguno entonces bien escuchada; antes tratada la propuesta con desprecio de los Ingleses, y Olandeses. El Rey de Francia respondió, q̄ no era tiempo de disputar sobre unos derechos intempestivos, viviendo el Rey, y alentò la discordia entre el Emperador, y el Duque de Baviera; sin haber menester mucha maña; porque estava radicada desde la muerte de la Archiduchessa Maria Antonia, muger del Duque, è hija del Emperador Leopoldo, à quien con instancia pedia el Bavaero reintegracion de los gastos, hechos por la Casa de Austria en la ultima guerra de Ungría. Fenecido el Congreso de Risvich, reformaron los Principes sus Tropas, menos el Frances, que las dividió por las Plazas. Embió à España por Embaxador al Duque de Harcurt, hombre prudente, sagaz, y que se explicaba con felicidad. Quexòse blandamente con el Conde de Oropesa de la injusticia, hecha al Delphin, declarando successor al Principe de Baviera; la respuesta fué grave, y no prolixa: *que lo habia hecho el Rey con dictamen de sus Consejeros de Estado, y Justicia, desnudo de afecto, y de temor; que habia consentido Luis xjv. à la cesion de su muger, la Infanta Da. Maria Tberesa; que por éssò habia passado el derecho à su hermana la Infanta Da. Margarita, Abuela del Principe de Baviera.*

Firme en su esperanza Luis xjv. mandò à su Embaxador, que cultivasse la amistad, que tenia con el Cardenal Portocarrero, el Marquès de Mancera, el In-

qui-

el Inquisidor General Rocaberti, y el P.F. Froylan Diaz, Confessor del Rey; no tanto, porque sabia, eran sus parciales, quanto por enemigos del Conde de Oropesa, de cuya cayda, si acontecia, como es ordinario a los màs favorecidos, esperaba mejor fortuna. Esto mismo deseaban la Reyna, el Almirante, y el Embaxador Austriaco, fiando vencer al Rey, à revocar el Decreto de la succession, si faltasse Oropesa. A este tiempo se esparció una voz, alentada más de la malicia que de la verdad, que estava el Rey hechizado, para assentir sin réplica al ageno dictamen, dando por Autores de tan execrable hecho, à la Reyna, al Almirante, y al Conde de Oropesa; diò assenso à esta falsedad Froylan Diaz, è por odio, que à los màs allegados al Rey tenia, è maravillado de su demasiada docilidad, de su flaqueza de animo, è inconstancia, (alguna vez con injusticia) y verle padecer congojas, y deliquios con indicante de más alto origen, que de causas naturales; y assí determinò usar de los remedios, que prescribe la Iglesia, y los acostumbrados exorcismos. Aprobaron este dictamen el Cardenal Portocarrero, y Rocaberti, no sin la siniestra intencion, de que publicasse el mal el remedio, y se avigorasse el odio del Pueblo contra los que el Rey favorecia. Llevaba esto muy mal la Reyna, y los que governaban, pero no se atrevian à embarazarlo; por no parecer se resistian al que se juzgaba remedio de las dolencias del Rey, y acreditar con su repugnancia la falsa voz, que trascendió, hasta conseguir el credito de no pocos, que nunca son en el vulgo los que le dan à lo peor. El Rey sin alientos à la réplica, permitió los conjuros, con los quales excitò la aprehension nna profunda melancolia, horrorizado de los fuertes, y expressivos terminos, con que hablan los Exorcistas, creyendose possuido del maligno espíritu. Este quebranto le consumia más, y le reduxo à tan deplorable estado, que la q̄ empezó en sus Vassallos compasión, degenerò en desprecio, anublada la Magestad. No comprobada de señal alguna la sospecha de Froylan Diaz, de sistió del intento: pero no bastò, à q̄ se aquietassen Portocarrero, y Rocaberti, fiando a nuevas di-

ligencias facer à luz la verdad; porque de ella esperaban la ruina de sus emulos. Supieron, que habia una vejada en Cangas, Villa de Asturias, y dispusieron, que mandasse Froylan al Exorcista, preguntasse al demonio esta duda, y la verdadera causa de la dolencia del Rey, y de su remisso animo. Obedeció, malogrando la imprudente diligencia: respirò mil falsedades, y mayores dudas el padre de la mentira; dixò, que estava hechizado el Rey, callò los Authores, despues nombrò muchos, y porque quiso hazer mal à tantos, le hizo à ninguno. Esto se acriminò como delito despues à Froylan, que le ocasionò muchos trabajos, porque la Reyna, irritada de persecucion tan iniqua, hizo, que el Rey le despidiesse, y se le diò por Confessor al P. Fr. Nicolàs Torres Palmota, de la misma Orden de Predicadores, amigo del Almirante.

No se habia olvidado D. Manuel Arias, Freyle de S. Juan, de la Presidencia de Castilla, que en gobierno ocupò algun tiempo, y uniendose con el Cardenal Portocarrero, y D. Francisco Ronquillo, que habia sido Corregidor de Madrid, con popular aplauso, determinan perder al Conde de Oropesa, y al Almirante, que los miraban, como embarazo à su exaltacion. Ronquillo no descuydò de esparcir por el vulgo, lo que podia irritarle; fingia compassion de sus males, alguna vez lagrimaba; favorecía à su designio la casual esterilidad de aquel año, por la qual se aumentaron los precios de la Harina, y el Azeyte; clamaba el Pueblo, y todo se atribuía, à que permitió el Conde de Oropesa extraher Trigo à Portugal, y que habia la Condesa su muger mandado comprar, por negocio, todo el Azeyte de Andalucia, para que fuesse arbitra del precio la avaricia de una mano. Estas quejas traian encadenadas otras de no menor entidad: „ Que estava desterrada la Justicia, haziendo venales los empleos, que tenian engañado al Rey, y que „ solo reynaba la tyrania, hasta introducir el hambre, „ la pobreza, y la miseria, y que se habian desterrado los „ más zelantes Ministros, y Padres de la Patria, para no „ oponerse à la barbaridad con que se trataban los sub-

ditos. Sin recato dezia, y murmuraba todo esto el Pueblo. Aconteció, que, maltratada en la Plaza Mayor de Madrid por un Alguacil una Verdulera, prorrumpiò en baldones contra el Corregidor D. Francisco de Vargas, que se hallaba presente. Volvió este las espaldas con prudencia, disimulando lo que oía; siguióle la Plebe, y lo más infimo de ella, con oprobrios, y maldiciones: traxo la curiosidad, ò el rumor más gente, y en desconcertadas voces, creció la multitud, y la insolencia; hasta formarse un tumulto, alentado del crecido numero, y del exemplo. Para fundar su razon, pedían Pan; y al parecer defendidos, con dezir, *viva el Rey*; pedían la muerte del Conde Oropesa. El ciego impetu, con que procedían, los llevó à la Plaza del Real Palacio. Amedrentòse el Rey; encerròse en lo más retirado de él la Reyna; tomaron las Armas las Guardias, y ocuparon las puertas; no era la intencion del Pueblo violarlas: piden, que se asome el Rey à un balcon, y aunque estava ceñido de toda la Nobleza, que luego concurrió à Palacio, parecióle, dárles aquella satisfaccion. Dexòse vér; repetía el Pueblo, Pan, y respondió el Conde de Benavente, Sumiller de Corps, que buscassen al Conde de Oropesa, à cuyo cargo corria. Entendió el enfurecido Pueblo, que con esto, no solo se le permitía, pero se le ordenaba el delito. Passan con impetu feròz à la casa del Conde, aplican fuego à las puertas, claman por su muerte, y hirieron su nombre con las más graves injurias. Defendian la casa los criados, y algunos familiares, que previendo este desorden, habian acudido à ella: defendiendo la entrada, mataron algunos del Pueblo, que se enardeció más con el estrago. Huyò el Conde con su muger, è hijos por el texado más vecino. Supolo el Rey, y para aplacar el furor de la Plebe, permitió, que pudiesse entrár à buscarle: no hallando al dueño, se cevaron en las alhajas, reynò más la ira, que la codicia; porque no fue saquero, sino destrozo. Oyòse en el tumulto clamár contra la Reyna, y su Confessor, P. Gabrièl Chuísa, de la Orden reformada de Capuchinos, de Nacion Alemán; más cruelmente contra el Almirante:

hubièranlos querido víctima de su furor; pero como nadie governaba la confusa multitud, ignoraban, como executar los delirios de la rabia. Entróse por el tumulto à cavallo, con un Christo en las manos, para sossegarle, D. Francisco Ronquillo, al qual nuevamente, por instancia del amotinado Pueblo, habia nombrado el Rey Corregidor de Madrid. Ni con esto se aplacaron; ni con haber sacado el Señor Sacramentado los Religiosos, que asisten al Convento de las Monjas de Santo Domingo el Real (puesto en la misma plaza de la Casa de Oropesa) hasta que salió con arte del Palacio una voz, que acometerian à los sediciosos ducientos Cavallos, que el Rey tenia junto à la Corte: este miedo, y las sombras de la noche, deshizieron el tumulto, y lentamente se retiró à sus casas el Pueblo. Al siguiente dia suplicò el Consejo Real de Castilla al Rey, permitièsse acudir à el su Presidente el Conde de Oropesa, siendo lo contrario injurioso à la authoridad Real; no sin el peligro, que viendo-se contemplada, tomàsse más cuerpo la insolencia del Pueblo. El Rey más medroso, que politico, desterrò al Conde, y al Almirante; fue author deste decreto el Cardenal Portocarrero, exagerando al Rey riesgos, que estában lexos de lo posible; pero fuè facil rendirle à qualquier resolución; porque estaba consternado, y aun fuerzas naturales le faltaban à la réplica. No perdió un apice de la oportunidad, que le ofrecia la fortuna, el Cardenal: dispuso dár la Presidencia de Castilla otra vez en gobierno à D. Manuel Arias; y se confirmó Corregidor à Ronquillo. Yá era otro enteramente el semblante de las cosas, otros los que ascendieron al favor, y al mando, yá vencida la Reyna, porq̄ del tumulto quedò despavorida.

En este estado de cosas, murió tempranamente en Brusellas Joseph Leopoldo Bavaro, el que, como diximos, se habia nombrado heredero à la Corona. Divulgóse el falso rumor, que le habian envenenado los Alemanes: esto acrecentò el odio del Duque de Baviera contra los Austriacos. Cobró nuevas esperanzas el Francès, alentadas de que eran sus parciales los que actualmente mandaban. El Rey volvió à las molestas

estas dudas, y necesidad de elegir Successor: nada le costò más afanes, porque sobre ser tan grave el negocio, era su animo naturalmente irresoluto: creían los que no tenían perfecto conocimiento del Rey, que luchaba con sus pasiones, y no las tenía vehementes; amaba poco à los Austriacos, ni aborrecia con gran odio à los Borbones; pero le fue siempre molesta su felicidad. Sin noticia del Rey formò en su casa una Junta el Cardenal Portocarrero; fueron los llamados el Marqués de Mancera, Don Pedro Velasco, Marqués del Fresno; D. Federico de Toledo, Marqués de Villa Franca, y D. Francisco de Venavides, Conde de S. Estevan del Puerto, Magnates de España, y del Consejo de Estado. traxeronse à disputa los derechos del Delfin, y de los Austriacos, y adhirieron todos à aquel; como hiziesse la renuncia en su segundo hijo, Phelipe de Borbón, Duque de Angiou. Deste mismo dictamen fuè D. Manuel Arias. Discurrían, que esto convenia à la Monarchia, que habia menester un Restaurador, y de familia alguna le podian elegir mejor, que de la de Luis XIV. Príncipe potentísimo, feliz, y sin igual en su siglo. Conjurábase à defender esta razon, apoyada de las legales, que explicó con elégancia Don Joseph Perez. Lo contrario defendían la Reyna, D. Rodrigo Manrique de Lara, Conde de Frigiliana, y D. Balthasar de Mendoza, entonces Inquisidor General, que estában por los Austriacos, pero no tenían poder. El Almirante desde su destierro manténia con cartas en este dictamen à la Reyna. Oropesa se mostraba indiferente: haziale fuerza la razon de los Borbones, pero la contrastaba su voluntad propensa à los Austriacos. El Conde de S. Estevan tomó à su cargo tentár el animo de la Reyna, para traerla à su opinion, aunque la mantenía, con quantas artes le era posible, el Embaxador Cesareo, Conde de Ausbergh. El Cardenal Portocarrero tubo osadía, de representár al Rey la indispensable necesidad, de volver à elegir heredero: ovole con desagrado, porque su Confessor Nicolás Torres le mantenía inclinado à los Austriacos, y le pre-

fentò unos Papeles , que à favor de sus derechos esfer-
 bieron Don Sebastian de Cottes, y Don Pedro Guerrero,
 Consejeros de Castilla, hombres sabios, pero lisongeros.
 El Duque de Harcourt, Embaxador de Francia , no per-
 donando diligencia , introduxo con la Reyna à la Du-
 quesa , su muger , que blandamente la propuso las bodas
 del Delphin, muriendo el Rey. Creyeron algunos, que no
 lo escuchasse la Reyna con desagrado, pero la respues-
 ta fue grave, y digna de la Magestad. Esto mismo dis-
 puso Harcourt , que inspirasse à la Reyna Don Nicolas
 Pignatelli, Duque de Monteleon, su Cavallerizo Ma-
 yor , y muy favorecido. La Reyna siempre se mostrò
 indiferente , aunque con ocultas persuasiones conserva-
 ba al Rey adverso à la Casa de Francia; y para fomen-
 tarlo mejor , y echar de la Corte à Harcourt , revelò el
 secreto de haberle propuesto , de su orden, las bodas del
 Delphin, faltando el Rey, que gravemente herido de tan
 intempestiva propuesta, y de ver, meditaban mucho en
 su muerte los Franceses, mandò à su Embaxador en Pa-
 ris, Marquès de Casteldosrius, que llevasse con la ma-
 yor expresion al Rey estas quejas contra su Ministro,
 al qual apartò de Madrid, y del ministerio Luis Decimo
 quarto, por complacer al Rey , y le sucediò con caracte-
 de Embiado el Señor de Blecourt. Antes de partir de Es-
 pafia el Embaxador, esparciò en Idioma Castellano un
 Papel sedicioso , que con demasiada energia explicaba
 el infeliz estado del Reyno , y los derechos
 del de los Borbones. Traxo à la memoria las passadas des-
 gracias de los que le governaron, y no perdonò, ni al sa-
 grado de la Reyna. Poco indulgente la politica de mu-
 chos, hazia al Rey de todo noticioso, cuyo quebrantado
 animo, y debilidad daba señas de poca vida. Esto obligò
 al Consejo de Estado, à representâr los inconvenientes de
 no elegir sucessor. El Rey, ó por tomâr más tiempo, ó por
 satisfacerse mas, consultò la duda con el Summo Pontifi-
 ce Innocencio Duodecimo; passaron los despachos por
 manos del Duque de Uzeda, Embaxador en Roma. Esto
 escribia el Rey al Pontifice : „ Que yá casi sin esperan-
 zas de sucession, era necesario, elegir heredero à los
 Rey.

Reynos de España: que recessian por derecho en una
 „ Casa estrangera , aunque la obscuridad de las leyes ha-
 „ bia hecho dudosa la razon, siendo ella el unico objeto
 „ de su cuydado; y que, para encontrârla, habia hecho
 „ particulares rogativas à Dios; que solo deseaba el aci-
 „ erto, esperandole de su sagrado Oraculo, despues que
 „ confirièsse el negocio con los Cardenales, y Theologos,
 „ que juzgasse más sinceros, y de más profunda doctrina;
 „ y reconocièsse los papeles, y documentos, que embia-
 „ ba, que eran los Testamentos de sus Predecessores, des-
 „ de Ferdinando el V. y la Reyna D. Isabel, hasta Phelipe
 „ lipe Quatto: las Leyes de la España , hechas en Cor-
 „ tes Generales , y las que se establecieron contra las
 „ Infantas Ana Mauricia , y Maria Theresa, casadas con
 „ los Borbones : los capitulos matrimoniales , pactos, y
 „ cesiones, y la serie de los Austriacos, desde Phelipe
 „ el Hermoso: para que examinados con la más exacta
 „ atencion estos instrumentos, se formasse recto juicio, y
 „ dictamen. Que no estaba el Rey poseido de amor, ni
 „ de odio, y que guardaba el decreto del Summo Pon-
 „ tifice , para que dièsse norma al suyo. Recibidos por
 „ Innocencio estos despachos , con el mayor secreto (pues
 „ aun ignoraba su contenido el Embaxador) formò una
 „ Junta de tres Cardenales , Francisco Albano , Bandino
 „ Panciatici, y Fabricio Spada; propuso la question de
 „ derecho, y la heroyca Carta del Rey, desnuda de afecto-
 „ tos. Vieronse los papeles varias vezes, y despues de
 „ quarenta dias, uniformes votaron por el Delphin, sin te-
 „ ner consideracion alguna à la cesion de la Infanta Do-
 „ ña Maria Theresa, su Madre; porque esta no podia
 „ rescindir los estatutos patrios, ni derogâr la fuerza de la
 „ ley authorizada con tantos exemplares. Otras mu-
 „ chas razones dieron , que omitimos , y las extendiò
 „ en una bien explicada , y docta respuesta el Pontifi-
 „ ce , que la guardò el Rey en su Archivo secreto , sin
 „ haberla leído otro, que el Cardenal Portocarrero. Para
 „ asegurarse mas, mandò, que dièsse su parecer el Con-
 „ sejo Real de Castilla , donde por pluralidad de votos, se
 „ juzgò à favor del Delphin ; sin haberle hecho al Rey
 „ fuerza.

fuerza un Papel , que escribió D. Juan de Santa María, Obispo de Lerida, à favor de los Austriacos. Con gran secreto pidió tambien su parecer à D. Fernando de Montcada, Duque de Montalto, à D. Juan Pacheco, Duque de Escalona, y à D. Joseph de Solis, Conde de Montellano, separadamente sin saber uno de otro, porque tenia hecho de ellos gran concepto, y todos declararon à favor de la Casa de Francia. Esto mismo dixeron al Rey varios Jurisperitos, que en las Universidades mandò consultar. Por fin se llevó el negocio al Consejo de Estado, que, aunque era materia meramente legal, queria el Rey satisfacerle, de que no fuesse contra la razon de estado el Decreto; porque el Padre Torres era de opinion, que la conveniencia publica era superior à la ley, y que por ella podia el Rey, como supremo Legislador, derogar la que fuesse perniciosa al estado. Componiate entonces el Consejo del Cardenal Portocarrero, Marqueses de Mancera, Fresno, y Villafraanca de los Condes de Frigiliana, y S. Estevan, de D. Juan Claros Perez de Juzmán, Duque de Medina Sidonia, D. Antonio de Velasco, Conde de Fuenzalida, y D. Cri.oval Portocarrero, Conde de Montijo. Fue muy reñida la question, y dieron su voto por escrito el Cardenal, el Conde de S. Estevan, el Marqués del Fresno, y el de Mancera, casi de un thenor; la substancia era:

„ Que necesitaba el Reyno de no vulgar reparo, destruido de tan perseverante rigor de la fortuna, y amenazando ruina; que tenia peligro la dilacion de elegir heredero, porque, si en este estado faltasse el Rey, cada Principe tomaria un giron del Solio; arderia la Monarchia en guerras civiles, con la natural aversion de Aragoneses, Cathalanes, y Valencianos à Castilla: y que caeria la magestuosa pompa de tan esclarecido Throno, victima de la tyrania, y de la ambicion; que no bastaba elegir sucessor, sino fuesse tal, que pudiesse sostener la ruinosa machina de tan vasto Imperio, y que tubiesse derecho à él, para que no provocasse la sinrazon à la desgracia, y destituido de derecho el poder, se equivocasse con tyrania; que en-

„ tre tanta confusion de males, solo un remedio habia, deparado la providencia, que era la Casa de Borbon, potentissima, feliz, y que tenia legitimo derecho à la sucession. De otra manera se destruiria la Monarchia, y sujetados sus Reynos con la fuerza, seria Provincia de la Francia la España: Que luego se debia elegir por heredero de ella al Duque de Angiou, para que en tiempo alguno recayessen en una sola mano ambos Getros, y con el nuevo Rey renaciesse la eclysada gloria de los Españoles, no solo quitandose un enemigo, tan perjudicial, pero buscando un protector tan poderoso. Siguieron este sentir el Marqués de Villafraanca, el Duque de Medina Sidonia, y el Conde de Montijo. El de Fuenzalida, habló obscuro. Dixo, que era intempestivo, nombrar sucessor, estando ocupado el Throno: Que se previniessen Exercitos, y Armadas, para defenderle de la violencia, en caso de qualquier Decreto del Rey, ò de verse precisados à él los Reynos, para que sin temor, y con libertad lo pudiesen executar. Este parecer extendio con palabras más asperas, y expresivas el Conde de Frigiliana. Confirmò que se armasen los Reynos, para que tubiesse libertad, de elegir Rey, en caso que no lo hiziesse el que todavia ocupaba el Solio; y añadió, que ni los derechos de los Austriacos, ni de los Borbones eran tan claros, que no estubiesse embarazados de muchas dudas, y litigios: Que no se debia olvidar el Congreso de Caspe, en que los Juezes diputados dieron Rey à Aragon; que era iniquidad, è insolencia obligar al Rey al Decreto, acaso de industria difiriendole, para dexar à los Reynos la libertad de elegir: Que lo que decretarian en Castilla, no lo aprobaria los Reynos de Aragon, eternos emulos de la grandeza de aquella, con lo q seria infalible la guerra civil. Despreciaron este dictamen los demás, y se confirmaron en el suyo. Comovido Frigiliana, levantandose, dixo: *Oy destruyteis la Monarchia.* De todo, segun su serie, se diò cuenta al Rey; sepultò en el silencio su intencion, y no se resolvió por natural flaqueza, embarazado en lo mismo, q queria de-

terminar. Tenia vencido el entendimiento, pero le faltaba valor, para rendir las repugnancias de la voluntad; padecia los impetus de las persuasiones incessantes de la Reyna, y de Don Antonio de Ubilla, Secretario del Despacho Universal, que le apartaban de la ultima resolution, lifongeandole, que ningun mortal ahaque le amenazaba la muerte. Con esto ganaban tiempo, y le sugirieron, à que mandasse à Don Luis de la Cerda, Duque de Medina-Coeli, Virrey de Napoles, que admitiessse, y diessse Quarteles en aquel Reyno à las Tropas, que embiaria el Emperador Leopoldo; pero Medina-Coeli jamis, con varios pretextos, diò cumplimiento à esta orden. Embiòse à Mantua desde Milan al Questor Don Isidro Casada, para persuadir al Duque Carlos Gonzaga, admitiessse Presidio Alemán. Dispusieron tambien, que Sancho de Scolemergh, Embiado de Ingleses, y Olandeses en España, ofreciessse al Rey las Armadas de Inglaterra, y Olanda, para que libremente, y segun su dictamen, diessse Sucessor à su Monarchia.

Nada de esto ignoraba el Rey de Francia, bien si la respuesta del Pontifice, porque no la revelò el Cardenal Portocarrero, y en Roma guardaron con gran cuydado el secreto, por no tener que xoso al Emperador. No fiandolo todo à las Armas, Luis Decimoquarto, usò de su acostumbrada sagacidad; y sin comunicar lo verdadero de su intencion, mas que al Delphin, al Mariscal de Villaroy, y al Marques de Torci, Secretario del Despacho Universal, dispuso la division de la Monarchia de España, para quitar à la Europa el miedo, que deseaba poner à los Españoles, amenazando con el golpe mas cruel, lo sobervio, y altanero de aquellos animos. Excita la ambicion de muchos Principes, haciendose servir de la codicia de los mismos, que repugnaban à su oculto designio. Tomolos por instrumentos y con arte insigne (aunque no nueva) para conservar entero el cuerpo, le mandaba dividir. No còfiando, que entrarían en el tratado los Austriacos, convocò à los Ingleses, à la Republica de Olanda, y al Rey de

Portu-

Portugal; y llamados con otro pretexto sus Plenipotenciarios otra vez à Risvich, tubo aceptacion la propuesta. Como arbitros del mundo le dividen à su gusto; faltabales para esto authoridad, y derecho, pero se le daban à la fuerza. Convinieronse, en que muerto el Rey Catholico, la mayor parte de la America, y de sus Puertos se diessse à Guillelmo de Nassau, Rey de Inglaterra; lo demas de las Indias à los Olandeses, porque de la Flandes Española se les habia de señalar à su arbitrio una Barreta: dabanse Napoles, y Sicilia al Rey Jacobo Estuardo: Galicia, y Estremadura al de Portugal: Castilla, Andalucia, Valencia, Aragon, Asturias, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, las Canarias, Orán, y Ceuta al Archiduque Carlos de Austria, segundo hijo del Emperador Leopoldo. Los Presidios de Toscana, Orbitelo, y Plumbin à sus Dueños. El Ducado de Milan, y el Final al Duque de Lorena; sus Estados con la Cathaluña, y lo que quedaba de Flandes, y Navarra al Rey de Francia. Todo esto baxo la condicion, si nombraba el Rey de España heredero à la Corona à alguno de los Austriacos, ò no nombraba heredero. No hizieron mencion alguna del Duque de Angiours los Franceses, con Arte: los demas, no persuadidos, a que podia llamarle à su Throno Carlos Segundo. En este Congreso hizo el Rey de Francia pompa de su moderacion, y amor à la quietud publica, porque la preferia à los derechos de su hijo el Delfin: con esto alucinò à los Principes, y a la Europa. Formase la liga para el cumplimiento del Tratado, y permitiòse al Rey de Francia, que se mantuyessse armado, como el más proximo à invadir la España à su tiempo; creian con esto los Principes dexarle el peso de la guerra, y se engañaron. Luego embiò Tropas à la Navarra Baxa, mandadas por el Duque de Harcurt; otras al Rosellón, y Cerdeña; las más à los confines de Italia, con el Mariscal de Catinat, y diò Quarteles de Invierno à las restantes en la Raya de Flandes, y la Alsacia. Muchos siglos hà, que no habia tenido Principe alguno

1205

tantas Tropas, porque con las que quedaron en las Plazas, llegaban à trecientos mil hombres veteranos, gente exercitada, y triumphante. Previno en Tolon una gruesa Armada el Almirante Luis de Borbòn, Conde de Tolosa, hijo uatural del Rey: otra se prevenia en Brest, y las Galeras en Marsella. Este formidable poder era el terror del mundo. Para justificarse, mandò formar un Manifiesto, dando las razones desta division de la Monarchia de España, olvidando sus derechos, para dar una eterna paz à la Europa. Mandò, que su Ministro en Madrid lo significasse así al Rey, diziendole: *Moriria con esto en paz, sin cuydado de elegir heredero, porque importaba al bien publico desbazer lo vasto desta Monarchia, à que tantos aspiraban, y que usida à qualquier Principe, resultaban mil inconvenientes, no dandole à la Europa equilibrio.* Lo mismo mando insinuar al Pontifice, y a las Republicas, y Principes de Italia, y al Gran Sultán, que ofreció armarse contra los Austriacos, è invadir la Ungría, porque no llegassen à ocupâr el Throno de España. Esta resolucion fué grata al Sueco, Dano, y Moscovita, y à los Electores del Imperio, y más al Duque de Baviera, por el odio natural, que tiene à los Austriacos.

Ninguna fatal noticia hirió más vivamente el animo de Carlos II. ni le consternò más; entonces mostrò, que era capaz de afectos, y se le acrecentò la aversion, que à los Franceses tenia. De esto tomaron ocasion los que adherian à los Austriacos, para avivar en el Rey las llamas del odio; los que à los Borbones, para exaltar el riesgo, y el temor, fino se nombraba heredero al Duque de Angiou. Estas disputas transcendian alguna vez con immoderacion à las antecambras de Palacio, donde enfervorizados los animos, passaba más allá de lo justo la porfia; porque los más de los Grânes, y Criados del Rey estaban por los Austriacos; y así ordenò, no se tratasse, ni por conversacion, de la sucesion de los Reynos, ni se propusiesse la duda en los Tribunales.

Esta ira del Rey inflamò las esperanzas del Cesar; mandò, que le cortejasse más su Embaxador, y se prevenia,

vino, quanto le fue posible, à buscar amigos, y aliados para el caso. Tenia treguas con Mustafá Segundo, Emperador de Constantinopla, y dispensò con los Electores algunas gracias, con más despotica politica, que jurisdiccion: tentò quantas artes le fueron posibles, para traerlos à sí; adhirieron secretamente muchos, nunca el Bavaro, ni su hermano Joseph Clemente, Elector, y Arzobispo de Colonia, ni Principe alguno de Italia, à los quales nada era más grato, que esta division; porque los Principes chicos aborrecen la immoderada grandeza de los que Dios hizo nacer mayores.

Esto acaeciò hasta el año de mil seiscientos noventa y nueve del Nacimiento de Christo.

AÑO DE M.D.CC.

Ponian los mayores esfuerzos, para perfeccionâr su intento, y daban la más estudiada eficacia à sus palabras los Magnates, que en España adherian à los Austriacos, pero tenian mayor authoridad en el gobierno los contrarios. El Rey no sabia determinarse: inspiraban aquellos, que se armasse el Reyno, y se embió al Marquès de Leganès à Andalucia, para que hiziesse levadas, y abasteciesse de viveres, y municiones las Plazas: lo proprio se ordenò al Principe de Vvademont, Governador de Milan. Esto tenia con expectacion al mundo: era la España el assunto de todas las conversaciones en la Europa. Todos sabian, que estaba el Rey más vecino à la muerte, que à la determinacion de nombrar heredero. Estas dudas, è incertidumbre de su intencion transcendieron hasta Roma, donde por la muerte de Innocencio XII. estaban en Conclave los Cardenales, nunca más divididos en encontrados pareceres, y desunidas las facciones; siendo esta, que parece discordia, instrumento de la Soberana Providencia, que se vale de las mismas repugnancias de la libre voluntad del hombre, para executar su altísimo decreto, uniendo distantes

extremos à un fin, que no entiende nuestra ignorancia. Habianse por siglos unido los Cardenales Españoles, y Alemanes, pero ya afloxaba este nudo, y producía recelos la quebrada salud del Rey, y lo vario del dictamen en sus Vassallos.

En estas dudas, que tenían embarazada gran parte de la Europa, enfermó el Rey mortalmente; acometieronle vivísimos dolores, que excitaron una disenteria, dando evidentes señas de lo maligno del humor el desconcertado pulso: se apresuraba mas la muerte, que la resolución de hazer testamento: y este, que deseaban ambos partidos, era más poderoso, y de mayor opinión con el Rey el que adhería à los Borbones. Con nunca intermitente vigilancia le ceñían, pretextando cuidado, y amor, el Cardenal Portocarrero, el Duque de Medina-Sydonia, el Marques de Mancera, y D. Manuel Arias, atentos, à que no se hiziesse violencia, y facassen sugestivamente algunas palabras, que pareciesen decreto, y no tenían la mayor confianza en el Secretario del Despacho Universal D. Antonio de Ubilla. Oían claramente, que el Confessor Nicolàs Torres, y el Inquisidor General Mendoza, le traían siempre à la memoria su casa, y sus pacientes, inducidos de la Reyna, que, no embarazada del dolor, proseguía en su idea, y en su empeño. Todo lo miraba el Rey, y lo entendía; tenía de sus Vassallos entero conocimiento, no ignoraba sus dictámenes, y la lid de las encontradas pasiones, que alguna vez prorrumpían en mal refrenada disputa; porque con la decadencia del Rey, cobró mayores brios la ofiada de los Vassallos, y declinó la Authoridad de la Reyna, à quien ofreció el Conde de S. Estevan del Puerto, que si desistía de su sollicitud, y dexaba en entera libertad al Rey, sería bien atendida en sus intereses, y que los tomaba à su cargo. Porque no estubiesse todo lo moral en manos del Confessor, mandò el Cardenal venir otros Religiosos, los mas doctos, y exemplares, para ayudar al Rey à enfervorizar sus afectos, y disponerse à morir con resignacion, y con todos los Sacramentos, que la Divina Clemencia hà instituido, para facilitar con la

gra

gracia la justificacion del pecador. A vueltas desta loable charidad, estaba el rezelo, que obligasse el Confessor al Rey à alguna resolución, conforme al dictamen, que muchas vezes le habia dado. Vinieron luego los llamados, y con la mayor blandura desengañaron al Rey de poder vivir; porque la reverencia, ó la lisonja de los Medicos, no le quitaba la esperanza; por no avivar la aprehension (vulgar infelicidad de los Principes, à quienes acompaña hasta el sepulchro la adulacion, y el engaño.) Esto sirvió, de que el Rey escuchasse más atento; para que viendo le faltaba el tiempo, se aplicasse à executar, quanto era indispensable à un Monarca, y à un Catholico. Propusieronle los riesgos, à que exponía sus Reynos, dexandolos sin sucesor, y que de nada haría con Dios tanto merito, como de evitar con su ultimo testamento, y libre declaracion de su voluntad, los daños, que amenazaba una guerra civil inevitable, dexando confuso el Throno. Que eran de Dios los Reynos, à quien se habian con resignacion de restituir, haciendo justicia; porque ella esencialmente residía en Dios, que esperaba ya à su Tribunal Supremo, al que llamaban en el mundo Rey, Padre, y Juez; términos, que significaban la más estrecha obligacion, y no concedidos sin ella, la qual hasta el postre aliento permanecía. Que el Rey debía prescribir, y disponer la forma, y methodo del gobierno, en que habian de quedár sus Vassallos: el Juez, despues de ponderadas las razones, y examinadas las leyes, hazer justicia, dando à cada uno lo que le pertenece: el Padre, mirar con amor, y interessarse en el util, y conveniencia de los que le habia adoptado Dios por hijos, precaviendo sus daños, quanto à la humana comprehension le es permitido, que aunque se excluye de nuestra ignorancia lo venidero, rige con lo presente, quanto puede lo futuro la providencia del hombre. Que el immortal espíritu, que nos anima, criado de Dios à su imagen, y semejanza lo mismo con las heroicas virtudes se ennobleze, y se ilustra, no con vanos appellidos, y avolorios, porque al alma no le eran, ni parientes los Austriacos, ni enemigos los

Borja

1. Borbones, siendo estas terrenas impresiones, que con
 2. la muerte desvanecen. Que en sí era el negocio de la
 3. mayor entidad; pero que ya estaba ventilado, y defi-
 4. nido, y por esto quedaban por fiadores de la justicia
 5. los que habían dado su dictamen, al que se debía (ad-
 6. hiriendo al mayor numero) conformar el Rey, porque
 7. era más segura opinion la más comua. Que la más no-
 8. ble porcion del hombre, era la que debía deliberar,
 9. sin que se escuchassen bastardas voces de naturales
 10. afectos, que engañan con el alago, cuyo fomento que-
 11. daba en el sepulchro resuelto en cenizas; pero el au-
 12. thor del decreto, que era la razon, que residia en el
 13. alma, habia de dar estrechissima cuenta de él.

Esto excitó la atencion del Rey, cuyo corazon
 pio, y religioso luego se desprendió de lo caduco: man-
 dó llamar al Secretario del Despacho Universal, y apar-
 tando los circunstantes, (menos al Cardenal Portocarre-
 ro, y D. Manuel Arias) hizo su testamento, confirien-
 do antes à D. Antonio de Ubilla la authoridad de No-
 tario, para que no faltasse circunstancia alguna legal.
 Nombró por heredero, y legitimo sucessor de sus Rey-
 nos à Phelipe de Borbon, Duque de Angiou, segundo
 hijo del Delphin de Francia, aprobando, y prefiriendo
 à todos el derecho de su Abuela, la Reyna Maria The-
 resa de Austria. Derogó qualquier ley en contrario, y
 mandó à sus subditos admitir por Rey, el que elegia.
 Explicó la mente de sus Mayores de excluir la Casa de
 Francia, porque no se uniesen en una mano ambos Ce-
 ntros, y confirmó esta circunstancia, como condicion
 precisa. Nombró Governadores (mientras llegasse su
 heredero) à la Reyna, al Cardenal Portocarreto, al Pre-
 sidente de Castilla D. Manuel Arias, al de Aragon Du-
 que de Montalto; al de Italia Marqués de Villafranca;
 al de Flandes Conde de Monte-Rey à D. Balthasar de
 Mendoza, Inquisidor General; por el Cuerpo de los
 Grandes, y la Nobleza à D. Pedro Pimentel, Conde de
 Benavente; y por el Consejo de Estado (despues en un
 Cobdicio al Conde de Frigiliana. No se dió à la Reyna
 más

más authoridad, que de un voto, y à la pluralidad de
 ellos se reservó el decreto. Ordenó, se alzasse el destier-
 ro al Almirante, al Conde de Oropeza, al Duque de
 Montalto, Conde de Monte-Rey, y Conde de Baños;
 esto se obedeció luego; pero el Cardenal excluyó à Oro-
 peza: no tenia entonces authoridad para esto, más nadie
 se atrevió à replicarle. Señaló por alimentos à la Rey-
 na cien mil doblones, y que pudiesse vivir en la Ciudad
 de España, que quisiere, con el gobierno de ella. Esto
 fué lo principal del testamento, que leído en alta voz
 por Ubilla, le ratificó, y lo firmó el Rey. Cerróse con
 siete sellos, y por de fuera firmaron otros tantos testigos.

Este es el Decreto, y ultima disposicion, que tanto
 agitó el corazon de los Principes, cuyas dudas hizieron
 tan vigilante la ambicion. Este, el que enderezandole à
 la publica quietud, movió guerras tan sangrientas, y
 envolvió en mil tragedias la Europa. Esto executó el Rey
 libremente, no sin repugnancias de la voluntad, venci-
 da de la razon; no le era de la mayor satisfaccion, pero
 le pareció lo más justo, rendido al dictamen de los que
 tenia por sabios, è ingenuos, y al amor à sus Vassallos,
 à quienes, creyendo dar una perpetua paz, dexó una
 guerra cruel: (tanto yerra el hombre en sus juizios, tan
 poca luz tiene de lo venidero, que las medidas mas ajus-
 tadas à la prudencia, falsean.) Despues de esto se le ra-
 faron los ojos en lagrimas, y dixo: *Dios es, quien dà los*
Reynos; porque son suyos. No pudieron de ternura conte-
 nér el llanto los circunstantes; conjóse más el Rey: en-
 cargó mucho la vigilancia, y rectitud al Presidente de
 Castilla, a todos la pureza de la Religion, y la paz. Por-
 que no parasse el curso de los negocios, dió con otro De-
 creto, al otro dia, suprema potestad de gobernar al Car-
 denal, mientras durasse la enfermedad, y se le entregaron
 los Reales Sellos (nunca otro Vassallo consiguió tanto.)

Esto llevaron muy à mal los Magnates de la contra-
 ria faccion, y mucho más la Reyna, à la qual queria in-
 cluir en la authoridad deste interino gobierno Portocar-
 rero; pero el Rey no quiso; porque ya desprendido de lo
 terreno, prevalecia contra el dissimulo la sinceridad (mi-
 serable-

condicion del hombre, q̄ guarda solo a los ultimos periodos de la vida la verdad, desembozando el animo, que por tan largo espacio vistió la mascara del disfraz, y del engaño!) *Ya nada somos*, repitió con amargura el Rey: éstas eran luchas del amor propio; pero ya desengañado, pidió los Sacramentos, que recibió con la mayor edificacion de los que admiraban en los extremos de la vida, constante un animo tan remiso, y debil. Agravaronse los accidentes, y en primero de Noviembre, dos horas despues de medio dia, espirò. Vióse en aquella hora con general reparo, brillar la Estrella de Venus, opuesta al Sol: los menos entendidos en la Astronomia lo admiraron, como portento; y aun no fenecida la lisonja al todavia tuvo cadaver, sacaba favorables congeturas para la eterna felicidad del difunto Rey. Hallóse acaso en aquel instante perygèo el Lucero, y quanto es posible, distante del Sol, que mirandole en recto, le hizo brillar más: por esso parecia, y porque estaba declinando, y con menos actividad el Sol. De la muerte, y testamento del Rey avisò luego con expreso el Cardenal al Rey de Francia, y otro Correo le despachó su Ministro el Señor de Blecourt.

Antes de llevar el Real Cadaver con la acostumbrada pompa, al Pantheon del Escorial, en presencia de los Grandes de España, y de los Presidentes de los Consejos, mandò el Cardenal abrir, y leer el testamento; publicòse por heredero el Duque de Angion: Aplaudieronlo todos, y se conformaron à la voluntad del Rey; algunos fingian, otros embarazados del actual dolor, confundian dos causas en un efecto; porque los más allegados, y familiares del Rey deseaban Principe Austriaco, ò criados con esta aprehension, ò conservando à la Francia un odio más heredado, que justo. Embióse copia del Testamento al Marqués de Casteldosrius, para que le presentasse al nuevo Rey, à quien, y à su Abuelo, Luis XIV. ofrecieron los Gobernadores. Firmò la Reyna estas Cartas, cuyos exemplares esparcidos con arte de los Franceses por la Europa, parecieron poco conformes à la delicadez del alma pueroso de los Españoles; por-
que

que era demasiado expresivo el ruego, explicando lo posible, que dexasse de admitir la Casa de Borbón otro Throno mas vasto del que poseia; y para que esto no succedièse, se hizieron rogativas en Madrid, con alguna más que desaprobacion de los Estrangeros; porque esto era haber creido, que la division de los Reynos, que hizo en Risvich el Rey de Francia, fuesse sincera, y con animo executivo. Poco despues se determinaron a embiar al Rey, en nombre de los Reynos, uno que prestasse allí la obediencia: dexòse la eleccion à la Reyna, y la hizo en D. Joseph Fernandez Velasco, Condestable de Castilla, hombre ingenuo, sincero, é incapáz de poner en el Rey siniestra impresion contra alguno. El Conde de San Estevan pretendia este encargo para el Marqués de Villena: ofreciòlo la Reyna; despues, inducida del Conde de Frigiliana, mudò de dictamen, de que ofendido San Estevan hizo dexacion de la Mayordomia Mayor de la Reyna: la qual, irritada de esse, que la pareció desayre, passò sus quejas al Rey, con más viveza, que felicidad; porque protegido el Conde del Cardenal Portocarrero, tubo la Reyna respuesta poco agradable, y de ninguna satisfaccion. Desde entonces empezó la civil discordia entre los Gobernadores, y declinò tanto la autoridad de la Reyna, que se veían claros preludios de las consecuencias fatales de su desgracia.

El Rey de Francia, para justificarse con los Principes de la ultima confederacion, y dár satisfaccion à sus Vassallos, mandò, que el Parlamento, y su Consejo de Estado deliberassen, si debia admitir para su Nieto la Corona. Los que sabian las artes, que à este fin habian usado, y los Exercitos, q̄ tenia prevenidos en los Reynos de España, conocieron, que era afectada la duda; y aunque eran de opinion, que le convenia más à la Francia la division de aquellos Reynos, q̄ el empeño de mantener en ellos à un Principe de la Real Estirpe, se adhieron à la

„ voluntad del Rey, y respondieron casi uniformes, q̄ de-
„ bía admitirla, sin temer la nota de haber faltado al pac-
„ to de la division; porq̄ en esta solo se estubo de acuerdo
„ en el caso, que hubièsse Carlos II. nombrado here-

„ dero à un Principe Austriaco, ò murièsse, sin nombrârle;
 „ que el presente caso no estâba prevenido, ni hecho
 „ mencion de él, y que así sería tyrania, quitâr de su
 „ Familia un Reyno, que con las más obsequiosas ex-
 „ presiones le aclamaba. Reconocióse Rey de España, des-
 „ pues de esta consulta, el Duque de Angiou; prestole obe-
 „ diencia el Embaxador, Marquês de Castellodrius, y le
 „ besaron la mano los Españoles, que allí se hallaban: dió-
 „ se à las Cuitas de los Governadores la más urbana, y
 „ obligante respuesta: y otra Carta escribió de su mano
 „ al Cardenal Portocarrero el Rey de Francia, con clau-
 „ sulas, que le manifestaban agradecido, y ofrecian el Real
 „ patrocinio en qualquier ocurrencia; y lo que era más gra-
 „ to al Cardenal, que se gobernaría siempre su Nieto por
 „ su dictamen. Aclamóse con la mayor pompa en Madrid;
 „ y en toda España al nuevo Rey, à quien reconocieron
 „ luego el Duque de Saboya, y demás Principes de Italia,
 „ las Republicas de Venecia, Genova, los Cantones Es-
 „ guizaros, Luca, y Ragusa, y lo que no se esperaba, la
 „ Olanda: Tambien el nuevo Pontifice Clemente XI. (an-
 „ tes Cardenal Albano.) Lo propio executaron los Reyes
 „ de Suecia, Polonia, Dinamarca, Prusia, Portugal, y el
 „ Rey de Inglaterra Guillermo de Nassau. De los Princi-
 „ pes del Imperio, solo los Electores de Baviera, y Colo-
 „ nia, el Duque de Lorena, y el de Brunsvich.

Este no esperado accidente hirió en extremo el
 „ animo del Emperador Leopoldo, y de toda su Familia.
 „ Divulgóse en Viena, que habia sido violentado el Rey
 „ à este testamento, con las artes del Cardenal Portocar-
 „ ro: algunos dezian, que era supuesto, y fingido: otros, que
 „ no había el Rey en sí, quando le hizo. Todo era respi-
 „ rar por la herida, y cargar de injuriosos epithetos el nom-
 „ bre del Rey de Francia. No habian quedado menos ir-
 „ ritados el Rey de Inglaterra, y los Olandeses; pero no
 „ podian desde luego mostrârlo; porque estâban desarma-
 „ dos, y habia Luis XIV. retirado sus Tropas de los con-
 „ fines de España, y dado Cuarteles junto al Rhin, y la
 „ Olanda. „ Escribióles una Carta artificiosa, dando las
 „ razones desta inescusable determinacion, y que era
 „ „ el

el medio más ajustado à la quietud de la Europa, porque no
 „ se moveria jamás la España, y tampoco las armas, sino en caso de
 „ defensa; y que de no ocurrirle así, sería la Francia su
 „ enemigo mayor, y la que procuraría contenerla en sus lími-
 „ tes, y en estrecha alianza con sus antiguos amigos. Que con
 „ esta condicion habia dado à su Nieto à los Españoles, à qual
 „ procuraría defender con todas sus fuerzas, contra qualquiera,
 „ que intentasse turbar la quietud de su Trono. Que le hu-
 „ biera sido más útil à su Reyno la desposicion de los de España;
 „ pero que ya una vez esta resuelta à llamar Rey para toda
 „ la Monarquía, y o era fácil desvirtuarla. Que las Leyes de Es-
 „ paña, y el Testamento del último Rey Austriaco prohibian
 „ con repetidas precauciones el poderse en algun tiempo unir las
 „ dos Coronas; y que en esta inteligencia, en que estâban de
 „ acuerdo todos los de su Real Familia, habia cedido el Delp-
 „ hín, y su Primogenito, el Duque de Borgonia, sus derechos
 „ à la Corona de España al Duque de Angiou, y éste los su-
 „ yos por la de Francia. Que el Testamento le habia hecho Car-
 „ los II. obligado de las leyes, y de la incontrastable razon de
 „ los Borbones, aunque, si hubieran tenido arbitrio un Principe
 „ Austriaco, no hubiera excluido à su Casa de tan preciosa he-
 „ rencia. Que con dolor permitia saliese un Ramo de su Real
 „ Estirpe, à ilustrar así o sólo; pero que no habia podido fal-
 „ tar à la justicia, negando à la España su legitimo Lucro,
 „ y en fin, que venia las armas en las manos contra su Nieto,
 „ si intentasse novedades; y por él, si lo disputassen su derecho.
 „ Una Carta del mismo tenor escribió al Rey de Portu-
 „ gal. Respondieron muy tarde los Olandeses, y mucho
 „ mas el Rey de Inglaterra: la respuesta fue casi la mis-
 „ ma; porque la hizieron de acuerdo, pero explicaba más
 „ su ira, con sermos de amenaza, el inglés, y le confes-
 „ laba burlado. Vieronse algunos papeles de un cierto Au-
 „ thór, que se rozaban con tanta al Rey de Francia, tra-
 „ tándole de falaz, violador de la palabra, y juramento
 „ (estas despreciables armas les quedas à los refectos, y à
 „ los mordaces.) Destas apatencias nadie decia se ha-
 „ bia de encender nueva guerra, y mas quando retiró de
 „ Madrid, y Paris el Emperador sus Embaxadores, y pi-
 „ dió

dió al Duque de Baviera, Gobernador de Flandes, que se la entregasse: respondió, no podía faltar al prestado Omenage al Rey de España, por cuya orden la entregó al Marqués de Bedmar, y se retiró á sus Estados: esto enconó más al Cesar contra el Duque, y se avigoraron las pasadas discordias.

Estas fueron las primeras disposiciones de la guerra que aunque mas lenta, no menos cruel estaba ya encendida en Madrid; porque el Cardenal Portocarrero, ó para acreditar más su zelo con el Rey, ó para establecer firme su autoridad, ensangrentó contra muchos la pluma; fueron los primeros objetos de su furor la Reyna Viuda, el Almirante de Castilla, el Conde de Oropesa, y el Inquisidor General, D. Balthasar de Mendoza: sus nombres manchó con impiedad, descubrióles los defectos del animo, ó los fingia, para apartarlos de la voluntad del Rey imponiendoles nota, aún más que de defectos, casi de sediciosos, y que eran las cabezas del Partido Austriaco. Esto exaltó con tales terminos, que llegó el Rey á rezelar de una guerra civil, y adhirió al dictamen del Cardenal: de confirmar el destierro de Oropesa, é imponerle á Mendoza, y que luego se retirasse á su Obispado de Segovia. Tambien escribió á la Reyna, eligiése la Ciudad, en que, segun disposicion de Carlos II. debia vivir. La Carta contenia reverentes expresiones; y persuadia el retiro, para que con la nueva Magestad no se anublasse la suya, y viviesse más sossegada fuera de los embarazos de la Corte. Cogió á la Reyna de improviso esta novedad, turbóse mucho con ella, y dilataba, resolverse; porque ya habia dexado el Palacio Real, y vivia en casa del Duque de Monte-Leon, su Mayordomo Mayor, pero no pudiendo sufrir más los desayres, que el Cardenal la hazia; se pasó á Toledo: (assi trata á los mortales la fortuna, sin que exceptue de sus mudanzas el grado mas sublime.) Al Almirante se le quitó el empleo de Cavallero Mayor, que tenia en tiempo del difunto Rey; y para el nuevo nombró el Cardenal en su lugar

al Duque de Medina-Sidonia, y Mayordomo Mayor al Marqués de Villa-Franca. Reformó todos los Gentil-Hombres de Camara con exercicio, volvió, á nombrar algunos, y añadió otros, ó adheridos á su persona, ó no aún, por su juventud, peritos de los engaños, y astucias de Palacios: estos fueron D. Felix de Cordova, Duque de Sella, D. Francisco Girón, Duque de Ossuna, D. Balthasar de Zuñiga Marqués de Valero, D. Martin de Guzmán, Marqués de Quintana, D. Antonio Martin de Toledo, Duque de Huescar, D. Agustin de Velasco, Primogenito del Marqués de Fresno, y confirmó Sumiller al Conde de Benavente. De toda la Real Familia reduxo los Criados, y Oficiales á un numero, casi indecente: todo lo executaba, para acreditarle zelante, y estrechar, quanto era posible al Rey, á que tratasse con pocos. Este duro sistema de el Cardenal no se executó sin consentimiento, y parecer de D. Manuel Arias, cuyo genio, no menos aspero, estaba propenso á lo severo. No faltó, quien creyesse, que con arte dió al Cardenal esse dictamen, para hazerle odioso; que aunque eran en la apariencia amigos, la ambicion del mando sobre qualquier afecto prevalece.

Esta agigantada autoridad del Cardenal, y su aspereza, lleno de descontentos la Corte; á estos los llamaba Austriacos, sin reparar, que el amor proprio no se puede acomodar al daño, y á la injuria. Estas noticias, que las alcanzaban exactamente en Viena, los alentaba á la guerra; porque ya el mismo rigor del gobierno descubria, quales eran sus parciales, y fundaban su esperanza más en la dissension civil, que en la violencia de las armas.

Assi lo expuso al Parlamento, que mandó juntar á este efecto el Rey de Inglaterra. *Despues de haber ponderado el ultrage de su Real Nombre, padecido en la falta de fe del Rey de Francia, cuya ambi-*

cion? Això) no se contenia en los terminos de la Europa, mostrò los perjuicios, que resultaban al Comercio, y que serian los Franceses dueños del de Indias, del Mar Mediterraneo, el Adriatico, y Jonio, y se aprovecharian con nuevas Fabricas de las Lanas de España. Que le amenazaba inevitable riesgo à la Holanda la union de estas Monarquias, no habiendo olvidado la España sus derechos. Que menos estaba segura la Gran Bretaña, y su Religion, amparado Facólio el Ruado de dos poderosísimos Principes; y que así antes que la dilacion los excluyese de la oportunidad del remedio, era preciso aplicarle. Este fuego de la oracion del Rey no encendió los animos de todos, como pretendia; porque el Mariscal de Talart, Embaxador de Francia nuevamente en Londres, esforzaba las razones de su Amo con delicadez, y cautela; por no enojar más al Rey, al qual no pudo aplacar, y habia ya determinado armarse; porque verdaderamente entrò en la aprehension, que unidas estas dos Coronas, y no embarazadas, y distraídas en otra guerra, podian restituir al Throno al Rey Jacobo; y en todo trance queria la seguridad de su Casa, y por esso cuidaba tanto de los Olandeses, temiendo, que ya más poderosa la España subscitasse sus antiguos derechos; por todo esto les persuadia, se previniessen à la guerra, y dispusiesen sacar de sus Estados, sin estrepito, al Conde de Brior, Ministro de Francia.

Eran superfluas las persuasiones del Rey Guillermo, porque ya habian concebido bastante temor los Olandeses, para no descuidar, y les acordaba siempre su riesgo el Emperador por medio de sus Ministros, no descuytando al mismo tiempo de encender el animo de los Principes de Alemania, y propuso en la Dieta de Ratisbona la guerra. *Expuso allí los riesgos, que era justo precaver, por las vecinas agigantadas fuerzas del Francés, que ya no ocupado en la guerra contra España, convertiria sus Armas al Rin, que se debia formar una Liga, y que entrarían en ella los Ingleses, Olandeses, y el Rey de Portugal, ofendidos del engaño, y los Principes de Italia*

te-

temerosos, de perder su libertad: que todavía no se habia olvidado la España del blando gobierno de los Austriacos, y que tenian muchos parciales en ella, atentos à la oportunidad, y ocasion de declararse: que nada embarazaban los movimientos de Polonia, pues aunque contra el Rey Federico habia tomado las Armas Carlos, Rey de Suecia, lo defendía el Moscovita: que el Otomano observaria religiosamente su tregua, mal reparado de las passadas desgracias; y que en fin era causa comun el peligro de qualquiera en el cuerpo del Imperio. Estas razones, à quienes daba mayor fuerza la authoridad del Cesar, y los particulares fines, movieron el animo del Pruhano, Hannoveriano, y Neoburgico, à ofrecerle Tropas auxiliares, pero no entràr en Liga; porque no pusieron los Austriacos, conseguir, que esta se declarasse Guerra de Circulos, no teniendo el Imperio interes con la España, no habiendo movido las Armas el Rey de Francia, ni intimidado la Guerra, con todo perseveraba el Emperador, en solicitar los Principes, y mantener en España sus parciales, valiendote del dictamen de D. Francisco Meles (Napolitano) Duque de Paretí, que habia sido Embaxador de Carlos II. en Viena; y aunque reconociò al Rey Phelipe por cartas, y se le mandò, se restituyesse à España, como ya tenia intencion de servir à los Austriacos, con el motivo de la oposicion, que le hazian sus acreedores, se quedaba en aquella Cortes y para salir de ella, pidió tan exorbitante suma de dinero, que se conocia, era estudiado pretexto, para lo que despues executò.

Esto no dexò de ser perjudicial à la quietud de España; porque mantenía el Duque algunas correspondencias en ella, no habiendo aún declarado su determinacion, y con esso tenia noticias de quanto passaba, por cartas del Almirante, y otros, que lamentandose del presente gobierno del Cardenal Portocarrero, se explicaban descontentos, y todo avivaba la esperanza de los Austriacos, que passaban estas noticias à la Corte de Inglaterra, y Holanda, para alentarlos à la Liga.

Aunque el Reyno de Napoles había dado la obediencia al Rey, le negó la acostumbrada Investidura el Pontífice, por contemplacion al Emperador; instaban por ella el Duque de Uzeda, Embaxador de España, y el Cardenal Jatsón, que lo era de Francia; pero confirmaba en su resistencia al Pontífice, el Cardenal Vicente Grimani, (Veneciano) acerrimo parcial de los Austriacos, hombre resuelto; y atrevido, que tenía la confianza del Emperador, y el patrocinio; esto le hazia más osado; para que no hiziesse representacion sin amenaza.

No era necessaria la Investidura para la posesion del Reyno; pero lo era, para que aprobasse el Pontífice los derechos del Rey con aquel acto juridico, (formalidades, que alguna vez importan para el vulgo) pues aunque habían jurado al nuevo Principe todos los Reynos, que componen la Monarchia de España, no faltaba en los Pueblos, quien disputasse sobre la legitimidad de los derechos à la Corona; y como habían tenido seis Reyes Austriacos, de quienes, en el largo curso de más de dos siglos, habían recibido innumerables honores, y mercedes; permanecía en muchos el amor à la familia, y esto hazia disputar aún à los ignorantes lo que no entendian. Los más cuerdos disimulaban; en fin nació un problema pernicioso à la quietud de los Reynos; porque los que no penetraban la fuerza del prestado juramento de fidelidad, y obediencia, y la indispensable obligacion, en que los constituía su propria honra, llevaban mal el dominio de un Principe Francés, cuya Nacion era, por gloriosa aborrecida. Ni se descuidaban los Austriacos de sembrar estas reflexiones en el vulgo; porque no había Reyno, donde no tubiessen sus secretas inteligencias.

En este estado de cosas partiò el Rey para España, acompañado hasta Burdeos de sus hermanos el Duque de Borgoña, y el de Berry, y de gran numero de Magnates de aquel Reyno; pero nadie pasó la Raya de Francia; porque mandò prudentísimamente Luis XIV. que

que ningun Vassallo suyo entrasse en España, menos el Duque de Harcourt, que volvía à ella por Embaxador. Con esto explicaba entregár enteramente el Rey al dictamen de los Españoles, y que ni los zelos de su favor, ó el mando turbassen la publica quietud. Aquí espirò el año, y el siglo. De la narracion destes hechos componemos el primer Libro; los demás dividimos en cada un año de los siguientes, conforme al tiempo, en que las cosas acaccieron, para la claridad, del que quisiere escribir la Historia, y valerse destes Comentarios.

AÑO DE M.D.CCI.

LIBRO II.

CON poca intermision en las Jornadas, aún en la mas rigida estacion del año, entrò el Rey en sus Dominios. Cesò luego en quanto à la formalidad el gobierno del Cardenal Portocarrero, pero no su autoridad, ni sus influxos; y aunque no fuè declarado primer Ministro, gobernaba absolutamente, como tal; porque el Rey, instruido de su Abuelo, seguía su dictamen, hasta que la edad, y la experiencia le diessen mayor luz. Hallabase en Barcelona por Virrey de Cataluña el Principe Jorge de Armetad: era Alemán, y algo pariente de la Reyna, y de la Emperatriz; por esso se desconfiaba de él; y aunque hizo los mayores esfuerzos, para que se le confirmasse el gobierno, no pudo conseguirlo, y se le nombrò por sucesor à D. Luis Portocarrero, Conde de Palma, hermano del Cardenal, hombre aspero, tardo, y facil à la ira, no à proposito, para succeder al Principe, cuya afabilidad, blandura, y liberalidad se concilio los animos de los Cathalanes, más de lo que era conveniente al Rey. Hallabase bien en Barcelona: porque tenía empleada la voluntad en

una Dama, y le dolía con extremo, apartarse de ellas por esto despedido de la repulsa, viendo, le mandaban salir de España, dexó tramada una conjura, y tubo el encargo de adelantarla esta muger, que herida sensiblemente de la ausencia del Principe, lo executó con la más exacta diligencia, y con la facilidad, que ofrecía el genio de aquellos naturales, inclinados à la rebelion, empezó el perverso designio entre pocos, los más allegados al Principe; despues contaminó el error tanta muchedumbre, que quedaron pocos leales. Antes de partir, escribió à la Reyna, y al Almirante; aquella respondió, por manos del Secretario del Despacho Universal Ubilla, con solas expresiones de urbanidad: nadie vió la respuesta del Almirante (dudase, si la hubo); pero sea fingida, ó verdadera, cierto es, que la mostró despues en Viena el Principe, y ya que hacia ostentacion de ella, no dexaria, de ayudarle à su intencion. Quando para embarcarse en la Nave, se puso en la Lancha en el Muelle de Barcelona, dixo en alta voz: *Que volveria con nuevo Rey à ella*; todo esto alentaban los alevosos animos, q̄ mal hallados con la quietud, solicitaba su ruina.

Habia yà el Rey pasado los Pyrinèos, y concurrían, à verle de muy distantes parages los Pueblos. La aclamacion, y el aplauso fuè imponderable; lleales la vista, y el corazon un Principe mozo, de agradable aspecto, y robusto, acostumbrados, à ver un Rey, siempre enfermo, macilento, y melancolico: ayudaba al popular regocijo la reflexion de la gloriosissima Casa de Francia; y muchos sin mas fin, que distraídos de su proprio alborozo, le acompañaron hasta Madrid, donde entró el dia diez y ocho de Febrero por la Puerta de Alcalá, con tanto concurso de Pueblo, y Nobleza, q̄ fuè tragica para muchos la celebridad; porque estrechados en la confesion, murieron algunos. Esto tabieron, ó ponderaron, como mal agüero los desafectos; que no faltaban entre los primeros hombres: asomóseles à algunos por el rostro el animo, y el temor, recelando, no seria este Principe tan culpablemente benigno, como el pasado, y que tenía riesgos de ser abatido el iaveterado orgullo de los Nobles. No podían luego amarle, y le temian: el amor à los

los Reyes es justo, y es obligacion; pero no se engendra verdadero, sino con el trato, con los beneficios, y por las virtudes del Principe.

Aunque el Rey tenía bastantes, para ser amado, parece, que procuraba lo contrario con su aspereza el Cardenal Portocarrero, y se debía reflexionar sobre el temor, con tal arte, que quedasse respeto, y no degenerasse en aversion; pero despreciando esto el Cardenal, que no sabia ser politico, exasperó los animos de muchos, hasta enagenarlos enteramente del Rey. Al amor sigue el miedo; pero, si se radica este sin aquel, se haze odio. Apartó al Rey de todos, para que nadie se insinuasse en su animo, y con cuydado estrechó el Palacio à pocos, y aun con ellos le mantenía siempre disidente, trayendo por pretexto, que se habían apoderado tanto de Carlos II. que llegó à ser más esclavo, que Rey. En medio de tan zelosos ardidés, para mantener unica su authoridad, erró el modo; porque introduxó al gobierno à los Franceses, con tanto perjuicio suyo, que despues le echaron de él, como veremos: hizo, que el Rey formasse un secreto Consejo de Gavinete; y que entrasse en él el Duque de Harcurt, que se resistió, hasta tener orden de su Amo: ni lo permitió el Rey de Francia, hasta que interpuso segunda vez sus ruegos el Cardenal.

En esta Junta, en que presidia, y despachaba el Rey, no entraban más que el Cardenal, el Presidente de Castilla Arias, y el Embaxador de Francia, à cuyo voto se tenía la mayor consideracion; porque se veían disposiciones para la guerra, y se conocía el Cardenal incapaz de manejar solo tan gran negocio. Desde entonces tomaron tanta mano sobre los de España los Ministros Franceses, que dieron más zelos à los Principes; viendo estrechar la union à un grado, que todo se ponía al arbitrio de Luis XIV. de cuyas vastas ideas rezelaban su ruina los vecinos Reynos. El mayor temor le concibieron los Olandeses: Habiendose ordenado al Marqués de Bedmar, Governador de Flan-

des, obedeciéle en todo al Rey de Francia, salió una falsa voz: esparcida con arte de los Austriacos; que esto era; porque se trataba en España, de recobrar la Olanda con Tropas Auxiliares Francesas, y al fin desta guerra dar á la Corona de Francia la Navarra Alta, y la Cataluña; pero esta orden solo tubo origen en la adulación del Cardenal, que aplicaba quantos medios le sugeria su ambicion, para conservarse en el mando, y le parecia, que solo el Rey de Francia le podia sostener: Por esso invigilaba tanto, con nunca visto rigor, contra los que imaginó, eran parciales Austriacos, y ponía en el numero de ellos á los que veía tristes, quexosos, apartados de la Corte, ó que dexaban algun empleo: éstos los notaba yá por traydores; y llegó á tanto la infelicidad de aquel tiempo, que nadie se atrevía, á suspirar, ó nombrar á Carlos II.

Esta opresion, y tyrania del Cardenal, ayudada con la rigidéz de D. Manuel Arias, dió al Archiduque Carlos de Austria mas parciales, que esperaba; y yá perdidos algunos por el injusto concepto, meditaban su seguridad con un delito, adhiriendo secretamente á los intereses de los enemigos, y disponiendo llegasse su nombre á Viena. Este numero de los desafectos crecia cada dia; aunque los más cuerdos, y los hombres más cautelosos lo disimulaban; pero no habia, quien no llevasse mal, que tubiessen tanta mano en el gobierno los Franceses, y más que ellos; estában aborrecidos el Cardenal, y Arias, visibiles instrumentos de las que se padecieron desgracias; porque aumentó su rigidéz al contrario partido: confirmó á los indiferentes, y entibió aún á los que habian sido mas parciales del Rey. Algo habia, en que se debia invigilar, pero con menor severidad, y sin tanta inquisicion; porque algunos males de la Republica se curan mejor con el afectado descuydo, y fingiendo ignorarlos; perseguidos algunos vicios del animo con demasiado rigor, se hazen pertinaces: nunca se deben claramente permitir, pero no todos se pueden remediar: causaría infalible muerte, el que pretendiése evacuar del cuerpo humano todos los malos humores.

Ha-

Habia se determinado en tiempo del gobierno del Conde de Oropesa, retormar parte de la muchedumbre de Oficiales de la Contaduría; y Secretarías, y aún de Ministros en los Tribunales, y Consejos; pero como muchos no tenían otra forma de vivir, y aquel era su oficio, se tubo consideracion á su pobreza, y así no se executó: poco compasivo el animo del Cardenal, lo puso por obra, y creyó, con ahorrar ducientos mil pessos al Real Erario, remediar la Monarchía. Esto acrecentó de genero las quexas, y los lamentos, que mudó semblante, con la infelicidad de tantos, la Corte.

Era verdaderamente crecido, y superfluo el numero de Consejeros; pero nada habia más facil de remediar, fiandolo al tiempo; pues con no proveer las plazas, que vacassen, en diez años no habria supernumerarios, y se reducirían al prefinido numero, sin affigir, y constituir en extrema pobreza tantas familias, quando se dexaban en pie los abusos mas perniciosos á la Real Hazienda, no solo en el modo de arrendar los derechos Reales, sino en el rigor, y numero de Comissarios para la exaccion de los tributos, que doblaban el coste á los Lugares, y Comunidades, cargando gastos, y dietas sin tasa, y al arbitrio de los que tenían anticipado el dinero por las Rentas; porque en la estrechez de la Monarchia era preciso valerse de ellos, tomando el dinero á daño.

Esta intempestiva providencia, corta, para remediar tanto abuso, y demasia; porque empobrecia tantas casas, le concitó un odio mortal, parte de él, inculpablemente, resultaba contra el Rey, y contra los Franceses; porque á ellos atribuía el Cardenal todas las resoluciones, por disculpárse. El Rey difería á su dictamen, yá por la precisa inexperiencia, yá porque no sabía de quien fiarse; porque el Cardenal á pocos dexó entera la opinion.

Mostró el Rey desde luego un entendimiento, comprehensivo, y serio, un animo sossegado, capaz de secreto, y silencio, y nada contaminado de los naturales vicios de la juventud, antes religioso, modesto, y amante

con admiracion, de la castidad: eran sus delicias el juego del Mallo, la Raqueta, ò el Volante, màs la Caza; y alguna vez los Libros; porque poseía una erudicion, no vulgar en los Principes, y le habian en Francia educado con la vigilancia mayor. Estas virtudes del Rey no las viciò jamàs el poder, ni la soberania, antes las hizo más robustas, y hecharon raizes con la experiencia, y los trabajos.

Estos desordenes del rudo genio del Cardenal, y claros perjuicios de su conducta, llegaron à oídos del Rey de Francia, por cartas de su Embaxador; y aunque comprehendía quan poco ajustado à la razon era aquel methodo, se holgaba, que fuesse Español el instrumento, de abatir la vanidad de algunos principales Magnates, acostumbrados à ser los Idolos del Reyno, y despoticos en él, sin tener à la Justicia, y à la Magestad aquel respeto, que es toda la armonia del gobierno; y así jamàs desaprobò al Cardenal su rigidez, ni otra operacion alguna; porque los Ministros Franceses, fiados en el invencible poder de su Rey, creían allanarlo todo; no se amedrentaban con las amenazas de la Guerra, y hallaban su interés en el desorden de la España; porque mal regulada la tenían más dependiente, estudiando su politica: dexarla defarmada, y sin militar experiencia; porque no le compitiesse el poder; pues conocian, que bien regida esta Monarchia, no tiene igual.

Aun mayores perjuicios se podian esperar, sino se hubieran desunido Portocarrero, y Arias; porque este era más acepto à los Franceses; y yà el Cardenal por su incapacidad despreciado, concibió sospechas no mal fundadas, que pretendian disminuir su authoridad; à lo qual concurría con ambicion de adelantâr la suya D. Francisco Ronquillo, que contra ambos, se insinuò en la gracia del Duque de Harcourt, cuyo dictamén prevalecia en todo. La Reyna tocò el desengaño de las Bodas del Delphin, por advertencia del Padre Chiufa, que descubrió ser enredo de los Franceses, y del Duque de
Mor

Monte-Leon, de los quales hablaba con alguna irreverencia. Este fue el motivo de desterrar el Rey à Chiufa de los Reynos de España; y viendo el Duque yà perdido el favor de la Reyna, y declinada su authoridad, hizo dexacion del empleo de su Cavallerizo Mayor, pero más fuè por contemplacion à los Franceses, de quienes estaba reciprocamente aborrecida; y aunque no los amaba mucho el Duque, los temía.

A este tiempo llegó un Olandès, como para sus dependencias à Cadiz; porque no estàba prohibido aún el Comercio; este le embiaron, para avisar à los negociantes de su Nacion, que residian en España, à que retirassen sus efectos, investigar el estado del Reyno, sus fuerzas, Tropas, y preparativos de guerra; informarse de las Fortificaciones, y Plazas, y del sistema de aquellos Pueblos, su genio, y el numero por mayor de los parciales Austriacos, y de su calidad; porque exaltaba la fama el general descontento mas allá de la verdad. Cumplió este con su encargo; y para hazerlo mejor, pasó hasta la Corte, donde le diò en su casa hospedage el Ministro Olandès, Jancho de Scolemburgh. Allí tomó más exactas noticias, y más verdaderas, y examinó, que todo dependía de la aversion, no al Rey, sino al gobierno. Tratò familiarmente con el Almirante, que con la mayor cautela, con palabras equivocas, propalò su animo, como hablando acaso de cosas actuales con el Estrangero; y por conversacion, alabando la Andalucia, dixo ser la llave del Reyno, y por donde, si aquella se rindièsse, se subvertería el Throno: no callò el descuido, y desaliño de las Plazas, y no ser de la moderna militar arquitectura, y presentò al Olandès un Mapa de la España exactamente delineado, explicandole la topographia del lugar con todas las circunstancias, que pudieron hazerle capaz de lo que pretendía inquirir.

El Olandès regalò al Almirante con un Relox de repeticion, y le dixo: *Acordaos de mi, quando suene la campana.* Esto pasó, entendiendose ambos, y ambos reservandose; así se tramò una tacita conjura, comprendiendo

diendo el Estraero explorador, que se se debía atacar la Aulacia, y que no sería el Almirante el postrero á declararse por los Austríacos; así lo refirió á su vuelta al Gobierno de Olanda, y se participó al Rey Guillermo con menos secreto del que era menester, porque lo penetraron los Franceses, y empezaron á desconfiar más del Almirante, á cuya noticia llegó, las que se tubieron sobre esto en Paris.

Para dar alientos á los Principes de su faccion, ordenó el Emperador al Principe Eugenio de Saboya, hiziese por todos sus Estados Hereditarios reclutas, y cuarteló sus Tropas lexos del Rhin, como descuidando de la Germania; porque los Principes de ella aviváissen el temor, y el cuidado, publicando las embaxas á Italia. Volvió á embiar Ministros extraordinarios á las Cortes de Inglaterra, y Olanda, ponderando el riesgo de la Europa con la union de dos poderosísimas Coronas, y que entraría en la Liga con qualesquiera condiciones, como se quitáse el Cetro de España de manos, de quien le posesían porque ya no era la questión sobre la legitimidad de los derechos, sino sobre salvar la Europa de los peligros, que la amenazaban, en lo que debían todos interessarse. Que la misma vastidad, y riqueza de la Monarchia de España daba esperanzas, más que probables, de compensar los gastos de la guerra, y que no habría Principe en la Europa, que no acobriera á ella, buyendo la servidumbre, que intentávan ponerla los Franceses; y que así había determinado el Cesar empezar las hostilidades; porque era indecoroso hallarse oprimida su justicia en brazos de la nacion, y del ocio; y si experimentaba adversa la fortuna, tendría por blason sacrificarse generosamente por el bien publico, y ellos el sonrojo de no asistir al que tenía dictámenes tan heroicos enderezados á la seguridad comun.

Esto dezian los Ministros del Cesar en las Cortes del Norte; y por las de Italia el Conde de Castel-Barco, empezando por Venecia, donde se hallaba el Ministro del Rey de Francia, persuadiendo con eficacia al Gobierno; No permitiéssen baxar Tropas Alemanas á

Ita-

Italia; porque solo su seguridad era toda la idea del Rey, y que hiziéssen sus Principes una Liga, para prohibir viniesen Tropas estrangeras, á turbar su quietud. Que en tal caso tampoco baxarian las suyas; ni Frances alguna passaria la raya, ni los terminos de los Montes; como un Exército, formado á expensas de los Principes de Italia, defendiése de todos el Pais, y que contribuiría el Rey de España, á estos gastos; por lo que le pudiera tocar, como Rey de Napolos, y Duque de Milán. Que eligiéssen un Capitan General de comun acuerdo para este Exército, que se llamaría de la Neutralidad de Italia, cuyo solo objeto sería, defenderla. Que cotejássen estas razones con las del Emperador, y viesse quales eran más ajustadas á publica utilidad, si apartar la guerra de Italia, y prohibirla á todos; ó permitir los estragos de ella en sus propios Estados. Que aunque se quiséssen conservar indiferentes, padecerían los daños, solo con entrar en Italia dos opuestos numerosos Exércitos, cuya militar licencia no se contendría en los limites de la razon, y subscitaría las del Imperio Leopoldo, si por suerte quedaba en Italia superior. Que el Rey de Francia tenía á los terminos de Italia prevenidos ya treinta mil hombres, para ampararla; si los quiséssen, ó para defender los Estados del Rey de España, si baxássen sus enemigos, en cuyo caso era preciso, ocupar los Lugares, y Plazas, más convenientes, á hazer con ventaja la guerra. Esto dezia á los Venecianos el Ministro de Francia, á los Romanos el Cardenal de Jasson, á los Genoveses, y demas Principes de Italia el Señor de Iberville.

Otras eran las razones del Cardenal Grimani, y Conde de Castel-Barco; dezian: Tener ya los Borbones hecho entre sí la division de la Italia, por la qual podían despues aspirar á la universal Monarchia, y á vengarse de las repulsas, y agravios muchas vezes en la Italia padecidos; donde mostraba la experiencia, que no florecían los tirios; pero que ahora con los derechos, armas, y estados de los Españoles, tenían otro fundamento sus esperanzas, las quales solo las podia hazer vanas el Cesar, si los mismos Italianos le ayudássen, á propulsar la violencia; que les amenazaba

Ita-

Infalible, antes, que se hallassen con la cadena de irredimible servidumbre. Que aunque emprenderia la Guerra Leopoldo, debian considerar à quantas partes era preciso distraber sus Armas, embarazada en sangrientas disputas la Alemania, sobre el Throno de Polonia, à donde las Armas auxiliares de Moscovia, y Suecia hazian más peligrosa la Guerra, que lo fuera entre solo Federico, y Stanislao, nuevo pretendiente de la Corona. Que el Rin, y la Mosela estaban ocupados de enemigos, habiendo cargado àzia essos parages sus fuerzas el Francés, y con todo, como olvidado el Cesar de sus Estados hereditarios, baxaba ya con treinta mil hombres, à defender la Italia; porque no fuesse víctima infeliz de la ambicion de los Borbones, sino es que ella voluntariamente queria ser esclava. Que eran bien distintas las ideas, y methodo de los Franceses, y de los Austriacos, habiendo mostrado la experiencia, con quanta benignidad estos han tratado la Italia, y sus Principes, dexando los pacíficamente gozar de sus feudos, y privilegios, concedidos por los Emperadores; baxo cuya proteccion viven tantos siglos las Republicas, à quienes faltara proprio poder, para defenderse, si la Authoridad del Cesar no fuesse fiadora de su libertad, y q̄ assi, para mantenerla, debian tomar con los Austriacos las armas contra el que se declara ya comun enemigo.

Esto proferian los Ministros, y parciales Austriacos, y esparcieron algunos papeles injuriosos à la Francia, que nada movieron el animo de los Italianos, resueltos à quedarse neutrales, y dexar à cada uno la libertad de la guerra; porque no podian embarazar, sin grave dispendio, è incierto exito, que baxassen Franceses, y Alemanes, ni formar Exercito proprio, superior al de los Principes tan poderosos, con q̄ resolvieron aguardar el decreto de la fortuna, sin provocarla adversa con estudiadas diligencias: ni era facil unir tantos Principes, y Republicas de tan distintos intereses. Conociendo esto, resolvieron empezar los Austriacos solos la guerra; por si algun fausto acacimiento ponía en credito sus armas, y los grangeaba la felicidad amigos. La Italia fuè el primer Theatro de ella. Baxa el Conde

de Guido Starembergh con treinta mil hombres à los confines del Tiról: con diez mil Franceses más el Mariscal de Telsè à Fencstellas. No se movieron los Esquizaros, y renovaron su Liga con los Venecianos, que viendo cerca la llama, presidaron à Verona.

Antes de empezar las hostilidades, volvió à embiar el Emperador à las Cortes de Italia al Cardenal Lamberg, y el Rey de Francia al mismo Ministro; y aunque aplicaron cada uno por su parte, para traer à la Liga los Venecianos, y Genoveses, las mayores diligencias, todas fueron vanas. La oculta propension de los Italianos era al Cesar; pero pesaba igualmente en su balanza el temor à los Franceses. No aborrecian à los Españoles, cuyo blando Imperio experimentaban por siglos; pero verlos unidos con los Franceses, les hazia participar del odio, casi comun. Temian igualmente al Cesar, como à Luis XIV. si alguno quedase superior en Italia, y así à nadie querian unir sus fuerzas, por no hazerle más poderoso, y perder el patrocinio de otro, que los dexaría gemir baxo el tirano jugo del vencedor. Ni para la prontitud de la resolucion tenian estas Republicas Tropas Veteranas; ni ellas pueden con precipitacion hazer un Decreto, que depende de tantos, y tan varios dictámenes en un Gobierno Aristocratico.

Los Genoveses miraban más lexos de sus Estados la guerra, que los Venecianos; por esto afectaron escusar aquellos, estos cuidado: juntaron algunas Tropas, y hizieron General à Alexandro Molino, fortificando à Lariano: ya veian, ser pocas las fuerzas, para resistir la violencia; pero buscaban el aplauso de advertidos, ya que no podían tener la felicidad de respetados. El Mariscal de Telsè, encaminandose à los confines del Tiról, fortificò, y presidò à Chiufa: no podía ser mejor la conducta, si huviera perseverado en ella; pero pareciendole, se alexaba mucho de poder recibir socorros, y que empleaba en este Presidio mucha Gente, se desamparò contra el dictamen de los más experimentados.

El Duque de Saboya no movia sus armas, solo trataba de reclutar, y tener sus Regimientos completos; porque estaba adelantado el Tratado del Matrimonio de su segunda hija, Maria Luísa Gabriela, con el Rey Catholico: esto lo promovió en Paris Maria Adelaide, su primera hija, Duquesa de Borgoña, persuadiendo al Rey de Francia, con promesa de traer á una confederacion á su Padre. Se embió formalmente á Turin por Embaxador Extraordinario al Marqués de Almonacid, para pedir esta Princesa por Esposa del Rey; y celebrados los Capítulos Matrimoniales, se proclamó Reyna de España, y se hizo el Tratado de la Alianza, que era la dote principal. *Ofreció el Duque, dar quinze mil Veteranos al sueldo del Rey Christianissimo; para que sirviéssan en Italia solamente, cuyo Exercito mandaría el Duque, y que solo obraria defensivamente, sin insultar Estados de otro Principe, y que sin consentimiento de los tres, que concurrían á éssa Liga, España, Francia, y Saboya, no se podría jamás hazer la paz.* Esto alentó, á que entrasse tambien en confederacion con España, y Francia el Rey, D. Pedro de Portugal: formaronse en Lisboa los Capítulos con el Ministro Francés. *Ofreció D. Pedro prohibir sus Puertos á qualquier Enemigo de la España, y que solo en defensa de su Estado habian de servir sus Tropas, unidas con las de España, que el Rey Catholico embiaria.* *Ofreció el Francés una Esquadra de Navios, para guardar las Costas; y se les amplió á los Portugueses el Comercio de las Indias, desde el Rio Janeiro á Buenos Ayres, cediendo la España la Colonia del Sacramento, y sus adyacencias.* *Confirmóse en todos sus Artículos la Paz, hecha entre España y Portugal en tiempo de la Reyna D. Maria Ana de Austria, en la menor edad de Carlos II. y quedó acordado, que solo de comun consentimiento se trataria la Paz con qualquiera, que moviesse guerra.*

Estas dos Ligas, que parece, confirmaban el Throno de España, y asseguraban su quietud, fueron su ruina; porque sobre haber sido poco duraderas, burlesca con gran perjuicio la confianza. Desconfióse del

con-

continente de España, y de sus Fronteras: todas las fuerzas echó á la Italia el Francés, donde tenia ya sesenta mil hombres, antes que pisassen los Alemánes los limites de ella, sin que se atendiesse á fortificar, y presidar las Plazas Maritimas de Andalucía, Valencia, y Cataluña, que eran las llaves del Reyno, el qual, como si no se disputasse de él, jazia sepultado en el ocio. Ruinosos los Muros de sus fortalezas, aun tenia Barcelona abiertas las brechas, que hizo el Duque de Vandomas; y desde Rosas, hasta Cadiz, no habia Alcazar, ni Castillo, no solo presidado, pero ni montada su artilleria. La misma negligencia se admiraba en los Puertos de Vizcaya, y Galicia: no tenían los Almacenes sus provisiones, faltaban Fundidores de Armas, y las que habia, eran de ningun uso. Vacios los Arsenales, y Astilleros, se habia olvidado el arte de construir Naves, y no tenia el Rey más que las destinadas al comercio de Indias, y algunos Galeones; seis Galeras, consumidas del tiempo, y del ocio, se ancoraban en Cartagena.

Estas eran las fuerzas de la España; estos los preparativos de una Guerra infalible, con evidencias de pertináz, y sangrienta. Ni los Reynos, que del continente dividia el Mar, estaban con más vigilancia tratados: no tenia todo el Reyno de Napoles seis cabales Compañias de Soldados, y estos ignorantes de la Guerra, y Arte Militar, ó de ella olvidados con la quietud de tantos siglos. A Sicilia la guarnecian quinientos hombres; ducientos á Cerdeña; aun menos á Mallorca, pocos, á Canarias, y ningunos á las Indias. Las milicias Urbanas creían poder suplir en la ocasion, sin tener más disciplina militar, que estar sus nombres por fuerza asentados en un libro, y obligár á los Labradores, y á las rusticas Guardas del ganado, á tener un arcabuz. Ocho mil hombres habia en Flandes; seis mil en Milan; y si se contassen todos los que estaban al sueldo desta vasta Monarchia, no passaban de veinte mil. Las fuerzas Maritimas de los Reynos estrangeros eran treze Galeras, y seis

44 **COM. DE LA GUER. DE ESP.**
 Luis daba en Alsieato en Genova Juan Andrés Doria Carreto, Duque de Turfis, y otra Esteban de Doria; así dexaron este Reyno los Austriacos, y así le dexaban ahora, los que governaban en España, sino hubiérase sido erudición la desgracia.

Nada embarazado el Francés deste desaliño, tomó el empeño, de sostener el desarmado cuerpo del Reyno, cuya misma vastidad, y grandeza hazia casi imposible la defensa; y para mostrar, que no le arredraban las amenazas de los enemigos, mandó, que de repente, y á un mismo tiempo entrassen Tropas Francesas en las Plazas de la Flandes Española, que presidiaban por antigua convencion los Olandeses, que echados sin hostilidad, ni daño, se quedó Guarnicion Francesa en ellas; y porque esto se executasse sin rumor, y con seguridad, ordenó al Mariscal de Bussiers, que con un buen numero de Tropas se acercasse á Lilla. Executose todo con quietud, y felicidad, pero no sin gran queixa de los Olandeses, que la hizo mayor, haber á esse mismo tiempo el Governador de Gualdres hecho represa-
 lia de unas Barcas, que por el Rio Mosa passaban cargadas de Municiones de Guerra, por lo que conocían, que la estaba esperando, no desprevenido, el Rey de Francia; y aunque expusieron sus queexas, no era con tanta sumission, que no ponderassen la violada fé, y explicassen, se verian precisados, á unirse con el Emperador. Habíanse yá resuelto á esto por el Tratado, que estaba perficionando el Rey Guillermo; pero para adormecer un tanto la ira de Luis XIV. (porque no estaban todavia prevenidos) propusieron condiciones de ajuste, y que no entrarían en alguna confederacion, si se los daba por Barrera á Venlo, y San Donato, y casi otras veinte Plazas, en las quales se insluían Ruremundá, Stevambert, Lucemburg, Namúr, Charle-Roy, y Mons; para que estubiese seguro el passo desde Mistris; ó si no queria el Rey de España, dárles estas Plazas, que diéssse su Flandes Española, y el Ducado de Milán al Arcebispo de Carlos. Esto fue con desprecio oído del Rey de Francia, y la respues-
 ta

ta fue injuriosa, y soberbia; dixo: *Que, si querian, ser neutrales, restituiria las Guarniciones Olandesas á las Plazas, de que las habia echado, y les añadiría, para que las presidiassen las que vivian á sus distados ganaria de los enemigos, y doblaria en la Mosa, y Mosela las Tropas para su seguridad.* Nada de esto escucharon los Olandeses, y obstinados en la resolución de la guerra, apresuraban las prevenciones. El Francés acercó Tropas á Queldrés: esto avivó á la Olanda el ayudado, y clamó á la Inglaterra por socorros, representado con repetidos Ministros el peligro; pero el Mayor agente de ellos era el mismo Rey Guillermo, que propuso, con energía, al Parlamento el riesgo de los Olandeses, y que por la antigua convencion se les debía enviar Tropas auxiliares: consiguió esto, y se determinó passasen diez mil hombres con la mayor brevedad, aunque no asintieron, á que formalmente declarasse la Guerra.

El Rey, para buscar otro Aliado, que añadiesse eficacia á sus instancias, propuso, elegir sucesor á la Corona, despues de la muerte de Anna Stuarda, Princesa de Dinamarca, llamada al Solio, en falta de Guillermo. Esto movió grandes disputas; los que adherían oculta mente al Rey Jacobo, dixerón, no habia necesidad de apresurarse á elegir otro heredero, porque esto debía diferirse al Reynado de Anna, que no estaba todavía incapaz de tener hijos: los partiales del Rey consentieron con su dictamen, ponderando los riesgos, á que se exponia la quietud del Reyno, si muriese Anna, sin nombrar heredero, y que siempre era útil, tener este protector más el decreto, de que reynasse la linea protestante; y así, por mayor numero de votos, despues de Anna, fue elegida sucesora al Trono de la Gran Bretaña Sophia Luemburgica, Viuda del Elector de Hannover Acabto Augusto, nacida de Federico Palatino, y de Isabel, hermana de Carlos I. de Inglaterra, amoliada la eleccion á sus sucesores. Había otros Principes, que le podían competir el derecho á la Corona, y era le tenian mejor; pero se tubo consideracion

á la Religion Proteítante , que Sophia profesaba ; y a telantó sus razones el Cesar ; porque le pareció interesar al Duque de Hinnover en esta guerra , y ligarle con este nuevo beneficio , sin que á Leopoldo le hiziese fuerza , no ser Catholico , ni poner en peor estado la infelicidad del Rey Jacobo ; porque en los Principes (es menester profecirlo con dolor) prevalece muchas vezes la razon de estado al zelo de la Religion.

Aunque Guillelmo estaba tan inclinado á mover esta guerra por sus particulares intereses : por dar satisfaccion al Parlamento , que no queria entrar en ella , respondió al Mariscal de Talará , que le pedía positiva respuesta de las proposiciones , que para el ajuste habia hecho su Amo el Rey Christianísimo : *Que no rompieran los Ingleses la paz , si se les daba á Ostende , Dumquerque , y Newport , y se satisficieran los derechos , que el Emperador tenia á la España.* Aunque esto era abiertamente negarse , á ser amigo de la Francia , contubo Luis XIV. las armas ; porque esperaba la resulta de los movimientos de Escocia , que daban por nula la eleccion de Sophia , por no haber intervenido á ella ; y los de Alemania , donde el Sueco , favoreciendo á Stanislaó , traxo á sí al Rey de Dinamarca , para que socorriese á Federico de Saxonia , expulso casi del Reyno , y procurando restablecerse. El Cesar indiferente ; por no entrar en guerra , tan dispendiosa , y que tanto le distraia de la que empezaba en Italia , solo persuadia la Paz , quando la Francia por ocultos emisarios alentaba al Sueco con socorros de dinero á la guerra , y no descuidaba , que los rebeldes de Ungria pudiesen en nueva aprehension al Emperador , despues que huyó de la prisión de Neustad el Principe Ragotzi , que con barbaridad indigna habia intentado dar veneno á toda la Casa de Austria. Juntó este algunas Tropas , y las aumentaba el concurso de Calvinistas Franceses , que tomaban partido en ellas ; socorria con dinero la Francia ; pero no podían , ser grandes los progressos de Ragotzi ; porque el Turco no quiso adherir á sus ideas , y las Guarniciones de

de las Plazas de Ungria bastaban á contener los Seditiosos.

No embarazado destas dificultades el Emperador , ordenó , baxarse á mandar el Exercito de Italia el Principe Eugenio de Saboya , uniendo las Tropas , que habia juntado Comercio Guido Starembergh emprehendió con las suyas el primero , vencer lo arduo de los montes , y los passos , que guardaban con más gente , que vigilancia , los Franceses , que ya tenían doze mil hombres más de Tropas del Duque de Saboya , y ocupaban la llanura , que pertenece á Cremona.

Estaba en Ripalta el Mariscal de Telsè bien fortificado ; el Principe de Vaudemont en los Collados , entre el Lago de Garda , y el Adda , con un grueso Destacamento ; el Mariscal de Catinat mas adelante , teniendo el Lago á las espaldas , y á Chiufa enfrente , y cerrados los passos desde el Tiról al Athesis con doze mil Infantes.

Si queria evitar un peligroso , è infeliz combate Starembergh , pocas sendas le quedaban , y éstas ásperas , montuosas , y embarazadas de peñascos , por las quales nadie creia se atreveria á emprender la marcha ; pero burlando ; ó la confianza , ó el descuido de los Franceses , conduxo con el silencio de la noche , y gran cantidad de Gastadores sus Tropas á Rovereto , Lugar ya de Italia en el estado Veneciano : ésta fué en esta guerra su primera hazaña , y no la menos importante ; porque luego el Principe Eugenio , echando un puente en el Tartaro , á vista de Catinat , plantó su Exercito en los Campos de Ferrara. Lo escabroso del Lugar , y la desigualdad de los Montes , impidieron antes la Batalla , y no pudo despues la Cavalleria Francesa embarazar este hecho , porq̄ ya habia ocupado las orillas del Rio el Principe , y era tan cenagoso , lleno de turbales , y pantanos el terreno , que dividia ambos Exercitos , que comodamente , y sin apresurarse pudo passar el suyo el Alemán , no sin hazer alguna burla de los Franceses , como dixeron los Desertores.

Quisieron despues passar el Adda , pero Catinat , que estaba con sus Tropas en Verona , asistiendo Artilleria

la otra parte del Rio, lo impedía: ésto embarazaba las ideas del Príncipe Eugenio, y recurrió á la mañana. Dispuso, que se quejasen los Venecianos del largo tiempo, que estubo en los Franceses en Verona, y adhirió á esta queja el Pontífice, por suggestion de Grimani, diciendo, se habian arruinado casas, y heredades de muchos Eclesiásticos, y que podia Catinat elegir otro Campo para sus Tropas. Despreciando los Franceses el inferior numero del Enemigo Exercito, se apartaron de Verona.

El Vice-Legado de Ferrara, parcial de los Austriacos, dispuso, dexasen los Pescadores sus Barcos á la orilla del Rio, que possian los Alemanes, como acaso, los quales, valiendose de ellas, pasaron en una noche su Gente. Quejóse el Rey de Francia al Pontífice, y diósele por disculpa, la que el Vice-Legado habia dado, de haber sido una mera inadvertencia, y casualidad, que durante los Pescadores aquella noche á la otra parte del Rio. Sin perder tiempo, vigilante como Eugenio, echó un Puente en Castel-Baldo al Athetis, y dexándole guarnecido, se encaminó al Po, cuya contraria orilla la halló ocupada de los Franceses, que la guardaban con muchas Tropas, y Artilleria. Estaba el Rio tan crecido, que no era facil de noche vadearle, ni habia bastante Barcas, para pasar un Exercito observado del Enemigo, y assi ambos marchaban por la Ribera, midiendo el paso los Franceses al de los Alemanes, cuyaanguardia guiaba con un Detachamento de Cavalleria el General Palpú ázia Cirpi, donde habia fortificado su campo con Tropas Españolas Philippe Spinola, Marques de los Balbases; pero con menos vigilancia en las Centinelas, y gran guardia de lo que era justo porque la noche del día diez de Julio, antes del Alva, le acometió tan de improviso, y con tan férroz ímpetu el Príncipe Eugenio, que mientras las Centinelas, pasó en confusión el Campo, donde los más dormían á sueño suelto, como la resistencia fué poca, lo fué la batalla: vencidos los Españoles, apenas acertaron á huir: entró las Líneas el vencedor, y pasó á campallo

á quantos, embarazados de la obscurid, y de la confusión, no se rendian promptamente prisioneros.

Muchos hombres de distincion huyeron medio vestidos hasta Mantua, y otros hasta Milán. La accion, aunque no de gran consequencia, engrandeció á los Alemanes; porque era la primera, despues de haber pasado con tanta dificultad los Montes, y el Mincio: todo acrecentaba su fama, y ponía en credito las Armas Austriacas, que era, lo que pretendía el Emperador, para traher a la Liga muchos Principes, y poner más aprehension al Francés, para que, cargando Tropas á Italia, no pudiéssse hazer la Guerra en el Rhin; porque los Tudescos no la querian en casa propria.

Estos malos sucesos se atribuían entre si, con no pequeña dissension, los Generales Catinat, Teisé, y Uvademont, cada uno queria echar de sí la culpa, que cargaba á otro, y trascendió tanto la discordia, que ya se introducía en los animos la pertinacia, y desaprobacion de todo lo que no era el proprio dictamen; porque estos tres Generales, independientes uno de otro, ni al Duque de Saboya obedecian, de lo que nació otra desunion con Catinat, que no queria estar subordinado al Duque. Dió este sus quejas en París, diciendo se le faltaba á las condiciones de la Alianza, porque no se le habia entregado el mando de las Tropas de Italia, y daba esto por pretexto de su inaccion, y estar, como indiferente mirando la Guerra: todo era arte; porque no quería, que acertassen los Franceses, y como los veía más poderosos, amaba su error, deseando el equilibrio, y que nadie quedasse en Italia dueño absoluto de ella. Por esto alentaba la discordia, y no aconsejaba lo que se debía executar, aun sabiendo más que todos: obraba, como Principe, no como Amigo; esto censuraban, los que no entienden la necesidad, que tiene un Principe, de no fiar de nadie su seguridad, y que en ellos la razon de estado prevalece á todo.

Esta politica del Duque no se escondía de la penetracion de Catinat, y daba cuenta de ella con reflexio-

nes muy justas al Rey Christianissimo; pero estába en aquella Corte siempre vigilante por su Padre la Duquesa de Borgoña, á la qual adhería Tetsè, y por ésto se mostrába más obsequioso al Duque, que pretendía apartar á Carinat del Exercito, porque era quien más le entendía: y aunque era un General de los de mayor experiencia, y valor, que tenía la Francia; el Rey, por satisfacer, y contemplar al Duque, con muy honroso pretexto, le sacò de Italia, y sucedió en su lugar el Mariscal de Villa Roy, hombre alentado, y zeloso, pero infeliz. Los Alemanés, para adelantarle, passando el Mincio, ocuparon á Gofredo, y Castillón, plantando su Campo á los confines del Estado de Milán, y le fortificaron tanto, que intentando los Franceses romper sus líneas, no lo pudieron conseguir, y desistieron del intento.

Passò á Canetò el Principe Eugenio, lugar veinte millas distante de Mantua, y Cremona, para distraher con dos cuidados la atencion de los Franceses, y fortalecidas las Riberas del Athesis, bloqueò á Mantua, quanto bastaba á no poderla entràr socorros, ni provisiones. Tenía la Ciudad Guarnicion Francesa; porque D. Isidro Casada tenia (valiendose del Marquès Berreti Landi, favorecido del Duque) pudo conseguirlo. Estába dentro el Mariscal de Tetsè con doce mil hombres: no era facil con ésta guarnicion emprehender el sitio de una Plaza, la más fuerte de Italia, por su situacion, y otras circunstancias, que la hazían inexpugnable; retiraronse por ésto los Alemanes (sin dexar el bloqueo) á Briselli, y Mirandula, y dieron Cuarteles de Ibierno á las Tropas en los Estados de Parma, y Modena: el Principe Eugenio puso sus Reales en Luzàra. Tambien se retiraron á Cuarteles los Franceses: Vaudemont con parte de las Tropas á Milan, otras se dividieron por el Estado, y Villa Roy con ocho mil hombres se quedó en Cremona. Así se concluyó en Italia la Campaña.

Como la Oficina de la guerra es la Corte, ni en élla faltaba otra lid, sino sangrienta, no menos perniciosa, volveremos á Madrid, donde el Cardenal Portocarrero, más obruído de la dificultad de los negocios, y cansado de

de los Franceses, inspirò al Rey, se llamassen otros Ministros al Consejo secreto del Gavinete, y entraron en él (á más del Presidente de Castilla, y el Embaxador de Francia) el Duque de Montalto, Presidente de Aragon, y el Marquès de Mancera del de Italia. El peso de la Guerra, y la disposicion se dexò enteramente en manos de los Franceses, que pedian más summas de dinero, que podía subministràr el Real Erario: pretendian, que se impusessen nuevos tributos; pero repugnò el Cardenal, diziendo, tenía bastantes rentas el Rey, si las administrassen bien; y para que se les dièse una forma más prompta de cobrarlos, y de inquirir en los abusos, pidió de la Francia un Intendente General de ellas, y se le nombrò á Juan Orri, hombre práctico, inteligente en administracion de caudales, de buena razon, pero impetuoso, é impaciente.

Esto no se llevó bien en España: disimulabase el dolor; y con la nueva planta, que queria dár el Francès, se enagenaban más cada dia los animos. Esto hizo discurrir á los Magnates, y padres de la Patria, que sería conveniente juntar Cortes Generales en Castilla, con las quales se daría assiento de comun consentimiento á muchas cosas; y confirmarían el omenage al Rey los Pueblos. Author deste dictamen fuè el Marquès de Villena, hombre por su sangre de los más ilustres, ingenuo, erudito, y sincero, dezia: *Importaba corregir muchos abusos, y estàblecer nuevas Leyes, conformes á la necesidad de los tiempos; y que promulgadas éstas de acuerdo con los Pueblos, no solo tendrían inviolable execucion, pero se podía prometer al Rey mayores tributos, y con mejor methodo cobrados; porque nadie ignoraba las estrecheces del Real Erario, para una guerra, que se preveía infalible dentro, y fuera de España. Que era razon observasse el Rey los Fueros, y que esto lo creeria: los subditos, quando con nuevo juramento los authorizasse, sin añadir otros; porque en Castilla, aunque habia pocos, no se tenía ambicion de ellos, como en los*

Reynos de la Corona de Aragon, y que assi podia el Rey sin peligro juntar las Ciudades à Congressos, que sin duda confirmaria los animos en la fidelidad, amor, y obediencia à su Principe.

Esta proposicion, examinada en el Consejo del Gavinete, se embió, sin resolver al Rey de Francia, que no quiso dár su dictamen, con el motivo, de que no podia entender las cosas peculiares de la España, sino quien hubièrle nacido en ella, y que debia el Rey conformarse en esto con el Consejo de Estado, y el parecer de los Ministros del Real de Castilla.

Vista, y discurreda menudamente en ambos Consejos la materia, no tubo aceptacion: pocos siguièron el dictamen de Villena; los mas dixerón: *Que no convenia remover en tiempo tan turbulento los animos, y exponer los Pueblos, à que entendiesen lo que pueden, quando se juntan, pareciendoles entonces estar como en un parenthesis el poder del Principe, el qual se venera mejor menos tratado, y de lexos, sin dár ocasion à disputar sobre Privilegios, ò Fueros, ni pedir otros, que enflaquecen con la exempcion, no solo la Real authoridad, pero aun la justicia, porque se abre como una Feria para la ambicion, y codicia de mercedes, las mas veces desproporcionadas al merito, y perjudiciales, exaltando los mas insolentes, y que inspiran en los Pueblos inobediencia, y tenacidad de sus Leyes, aun perdiendo el respeto à la Magestad: Que el segundo juramento no ligaria mas que el primero, yà prestado, quando se proclamò al Rey, que si le hazia mas solemne sobre la observancia de las Leyes, creerian poder poner despues en disputa qualquier Decreto, si le interpretaban, ò entendian contrario à sus patrios estatutos, y se daba fomento à las quexas, las quales serian aun antes de acabar el Congressos infalibles, porque no se podrian llenar las vastas medidas de la ambicion; y en vez de buscar obligados, seria crear descontentos: Que de su propria voluntad jamas contribuirian los Pueblos con mas dinero, antes pretenderian aliviarlos de tributos, que impuestos por tiempo, nunca llegò el de quitarlos.*

Este

Este parecer fue más del agrado del Rey, y de sus intimos Consejeros, y se hizo un Decreto, que no convenia por ahora juntar Cortes. Algunos Magnates, y Ciudades quedaron disgustados de esto; porque ya se habian publicado posibles, y creian, que negarlas, era opresion; y assi se dixo, se habian solo diferido; porque debia salir el Rey de la Corte hasta Cathaluña, para acompañar à la Reyna, como lo executò en el mes de Septiembre. Muchos fueron de opinion, que no fallèsse el Rey tan lexos, ni de los terminos de Castilla, pero el Cardenal Portocarrero se lo persuadiò vivamente, para quedarle mandando en la Corte, y el Embaxador de Francia, Conde de Marsin, para tener más authoridad, teniendo al Rey solo en la jornada. Burlò esta ambicion el Cardenal, y le diò al Rey por Consejeros al Duque de Medina-Sidonia, y al Conde de S. Estevan del Puerto: de ambos, y de Marsin se componia el Consejo de Gavinete del Rey; y Portocarrero se quedó en la Corte con tan amplio poder, como le habia dado Carlos II. en tiempo de su ultima enfermedad.

Esto hiriò sumamente à los Tribunales, y à la Nobleza; porque volvian à depender unicamente del duro, y desapiadado genio del Cardenal, que comunicando solo con D. Manuel Arias, y en su casa con un tal Urraca, criado suyo, no era facil conseguirle una Audiencia; y si de passo la daba, no se podia aguardar más respuesta, que oscuros, è imperceptibles acentos: ni habia, à quien acudir; porque todo el peso del Gobierno cargaba sobre dos solos hombres austeros, y que huian la humana sociedad. Añadiòse à esto, que el Cardenal, por adulacion, molestaba al Rey de Francia, consultando aun cosas de la menor importacia, y esto dilatàba rãto los expedières, q llamaba à la impaciencia: pero la fidelidad de los Castellanos, y su amor al Rey lo toleraba todo.

Habiafe yà desposado en Turin el dia once de Septiembre la Reyna con el Principe de Carignan, su Tio, q tenia los Poderes del Rey, y luego partiò para Niza, dõde se habia de embarcar en las Galeras del Duque de Turis:

C 2

de-

debía encontrár allí à la Camarera Mayor, Maria Ana de la Tremoilla, Viuda del Príncipe Ursini, que estaba en Roma, muger de esclarecido linage; prudente, y capaz de entender, y manejar qualquier negocio, muy secreta, y cauta. Costò no pocas disputas esta eleccion, que cometida primero al Rey de Francia, se escusò de élla. Era su parecer, que fuesse Castellana la Camarera, como lo habia sido siempre; pero lo repugnó tenázmente el Cardenal Portocarrero, diziendo: *Seria volver à poner el Palacio en el desorden, en que le tenia Carlos II. por el despotico dominio de las mugeres; y que si una Española de la primera nobleza adquiria la grande authoridad, que lleva consigo este empleo, siendo los Reyes tan juvenes, les introduciria en la gracia, y favor à sus parientes, y allegados; querria entrar en todas las dependencias, y mandar con sola su recomendacion en los Tribunales; porque procuraria participasse su casa, y sus parientes de la favorable oportunidad, gozando de los primeros honores, y empleos, quizá con injusticia, y con riesgo: Que no habria secreto, porque la Camarera sabria las resoluciones, y seria arbitra de la reparticion de las gracias: Que una Estrangera, sin allegados, ni inclusiones de sangre, aun quando mas ambiciosa, no tendria, que mirar mas que por sí; y no teniendo casa, ni faccion en la Corte, no tendria tanta offadia, quanta la sugeririan los suyos à una Española, puesta en lugar tan sublime, como era regir, y gobernar una Reyna niña, à la qual doctriñaria con las artes, y maximas, que quisiesse, propicias à la vanidad, y codicia de los Magnates, de los quales habia pocos de quien fiar, y por consequencia de las Señoras de su esphera, como era preciso, que fuesse la Camarera; y que assi, para obviar tantos inconvenientes, seria lo mas acertado, que eligiesse el Rey Christianissimo una Francesa, buscandola proporcionada à tan alto empleo.*

Este injusto dictamen del Cardenal, nacido de los zelos de la authoridad, heria à toda la Nacion, y al Cuerpo de la primera Nobleza, donde las mas de las mugeres están dotadas de singulares prendas de sólida,

Y.

y christiana virtud, modestia, y prudencia: por esto lo tubo muy secreto el Cardenal, y siempre atribuyo à los Franceses esta eleccion, à la qual no dexò de concurrir D. Manuel de Arias, con el mismo temor, de que se introduxessen los Españoles en la gracia del Rey, y se hizieron este agravio à sí mismos; siendo cierto, que para este empleo, en que ara preciso, criar una tierna Princesa con la etiqueta, y seriedad Española, ninguna era más apropósito, que la que lo fuesse, y más habiendo tantas dignissimas, en que elegir.

La Princesa Ursini, que estaba con suma aceptación, y authoridad en la Corte de Roma, yá Maestra en las Artes de élla, no queria probar nueva fortuna, y se escusò desta honra, hasta que la estrechó, à aceptarla una iorden del Rey Christianissimo, dada con terminos, tan obligantes, que se resolvió, à partir, à encontrár à la Reyna, y desde Niza la sirvió de Camarera Mayor. Salieron al mismo tiempo de Madrid las Damas de Palacio, para encontrarla, y fuè elegido por Governador de su Casa Real, con honores de Mayordomo Mayor, el Conde de Montellano, que venia, de ser Virey de Cerdeña, hombre ya de crecida edad, maduro, sabio, christiano, y politico, pero sin los enredos, y lisonjas, que confunden los Palacios. Este eligió de su propria voluntad al Cardenal; porque le miraba ageno de ambicion, y que no le querria competir en la authoridad, que era todo su cuidado, y rezelo.

Llevò el Conde toda la Familia de la Reyna hasta Figueras, Lugar de Cathaluña, donde tambien llegaron los Reyes, cada uno por su camino: el Rey vino de Barcelona, y la Reyna pasó por tierra la Francia, dexando las Galeras; porque molestaba mucho el Mar. Luego que encontró à la Familia Española, se despidió, la que la Reyna traxo de Turín, y no la quedò ni una Camarista conocida, sino solamente la Camarera Mayor. Sintió esto mucho la Reyna; pero cedió al gusto del Rey, que lo ordenò assi, fugiendola los Españoles, que no olvidaban las confusiones, que suscitaron la

* 2

Can-

Cantina, Camarista de la Reyna Maria Luisa de Borbon, y la Berliz, que lo fuè de Maria Ana de Neoburgh.

El Rey entregò todo el desocupado corazon à la Reyna, en quien no faltaban calidades, para prenderle. Tenia solo catorze años, era de agradable aspecto, y de gracia singular, benigna, afable, y atractiva: esto le diò la naturaleza; despues el arte la enseñò à conciliar la benèvolencia de los Subditos, y à confirmarse siempre en el amor del Rey, que nunca declinò de las primeras impresiones.

Despues de tres dias passaron à Barcelona los Reyes. Las exteriores aclamaciones fueron grandes, y más sinceras en la Plebe más humilde, que aún no estaba contaminada de infidelidad. Pidiò el Principado de Cathaluña Cortes, y las concediò el Rey, quando se habian negado à Castilla, cuyos Pueblos no son tan arrogantes, è insolentes. Para sossegarlos, fueron de este dictamen los Consejeros, que el Rey tenia consigo, y el Embaxador Marfin.

Con tantas gracias, y mercedes, como se concedieron, se ensoberveciò más el aleve genio de los Cathalanes: la misma benignidad del Rey dexò mal puesta su authoridad; porque blasonaban de ser temidos, y pidieron tantas cosas, aún superiores à su esperanza, para que la repulsa dièssè motivo à la quexa, y algun pretexto à la traicion, que meditaban. Deseaban más ocasion à la ira, que al agradecimiento; por esso no reconocian los mismos benèficios, y mercedes, que suplicaban; yà prevenidos de ingratitude, todo lo perdiò, y lo malogrò el Rey; pues los más favorecidos fueron los primeros desleales. No se estableciò en estas Cortes Ley alguna provechosa al bien publico, y al modo del gobierno: todo fuè confirmàr Privilegios, y añadir otros, que alentaban à la insolencia; porque los Cathalanes creen, que todo va bien gobernado, gozando ellos de muchos Fueros. Ofrecieron un regular donativo, no muy

muy largo, y volvieron à jurar fidelidad, y obediencia, con menos intencion de observarla, que lo habian hecho la primera vez. Escribieron todo con delinquentes reflexiones al Principe de Armeftad à Viena, por medio de los Genoveses, y se mostraban las cartas en las Antecamaras del Emperador, que embiò copia de ellas al Conde de Uratislabia, su Ministro en Londres, para que las vièssè el Rey Guillelmo, y tomàssè más alientos la Liga, que aún repugnaba el Parlamento, al qual ponderò nuevamente el Rey la injuria, que le acababa de hazer el Christianissimo, con haber reconocido por Rey à Jacobo III. hijo de Jacobo II. Rey de Inglaterra. Este habia muerto en S. Germán à los dieziseis de Septiembre, con tanta edificacion, y fama de santidad, que mostrò, como podía ser dichoso un infeliz, haziendo de las desventuras sacrificio, para convertirlas en bienaventuranza eterna. Así discurrimos piadosamente de un Principe, que enseñò con el exemplo, quanto se debe anteponer à todo la Religion.

El mismo tratamiento, y reverencia conservò en Francia su hijo. Los adheridos al Rey Guillelmo ponderaban esto como infraccion de la Paz de Risvich; donde habia ofrecido Luis Decimo quarto reconocer por legitima sucessora à la Corona de Inglaterra la linea protestante de sus Principes, y que no se debia tratar como Rey à quien no habia empuñado el Cetro, tolerandose en su Padre, porque lo habia sido; pero yà expulsado, y establecida por Ley la linea heredera, dexian, que no le quedaba derecho, ni accion à su hijo, y que por esso se debia reputar como agravio la resolucion del Christianissimo.

Los que ocultamente favorecian à los Estuardos, alegaban: Ser insubstanciales estos reconocimientos, y que nada importaba à la Inglaterra ser Jacobo Segundo, ò Tercero el reconocido: Que no debia el Rey de Francia ser Juez contra el mismo, à quien habia dado refugio en sus Reynos, porque seria borrar con inutil circunspeccion lo benigno, y lo magnifico: Que los titulos de que usan los Principes no inducen

possession, ni derecho; porque en sus dictados ponen lo que no poseen, apropiandose la vanidad de una aprehension, y de un titulo vano.

El Rey Guillelmo, que todo lo abrazaba por nuevo pretexto à su resolucion, declaró formalmente à Francia, y España la guerra; ofrecieronle socorros el Duque Jorge de Hannover, y la Princesa Anna de Dinamarca: ésta con expresiones más vehementes; porque dixo, que vendería para esta Guerra hasta sus arillos, y fortijas: tanto los empeñó el temor, de que el poder de la Francia, intentáse restituir al Throno à Jacobo. Ordenaronse en Inglaterra Levas, y se armó una Esquadra de Navios, que se entregaron al Almirante Rooch. Luego se hizo la Liga con el Cesar: entraron en ella el Rey Guillelmo, los Olandeses, el Duque de Hannover, y el de Neoburg; y para dár las más convenientes disposiciones à la guerra, pasó Guillelmo à Olanda, donde ya habian llegado los diez mil Ingleses auxiliares, y dexadas sus instrucciones, volvió à Londres. Partió Rooch con quarenta y seis Naves àzia las Costas de Francia, con más pompa, que utilidad. Otra Esquadra se embió à las Indias con el Vice-Almirante Bembo, que tubo la misma suerte: nada hizieron más que dexarse ver, y gastar en vana ostentacion muchos thesoros; porque ya el Rey habia conseguido del Parlamento los subsidios.

Esto atemorizó los Reynos de España, y mucho más los separados del continente, donde tenian los Austriacos sus ocultos emissarios, y parciales; pues el largo dominio de su familia habia dexado impresion en los mas de los Nobles; porque de ella reconocian las mercedes, y privilegios, que gozaban, y así solo el apellido de Austria hazia otra más cruel guerra al Rey Phelipe. El primer Reyno, en quien prendió fuego la rebellion, fue Napoles: concibióse esta en Roma, fueron los Autores el Cardenal Grimani, y D. Cesar Avalos, Marqués de Pescara. Entró el Baron de Salignet oculto en el Reyno, y à pocos dias perficionó su Tratado con el Principe de Laricha, el Duque de Tesia, D. Carlos de

San-

Sangro, D. Tiberio, y D. Malicia Carrafa, D. Joseph Capecia, y el Principe de Macia, que acababa de llegar de España. En esta conjura entraron otros de más obscuro nombre, y con palabras equivocas no la desalentó D. Andres de Avalos, Principe de Monte Sarcho, hombre de grande authoridad, y sequito en la plebe. Ganados con dinero Nicolas Pisco, Maestro de Esgrima del Duque de Medina-Celi, Virrey del Reyno, y su Cochero, ofrecieron hazer, lo que se les ordenáse. Quedaron todos de acuerdo, que la noche del dia veintiseiete de Septiembre darian muerte al Virrey en Fuente-Medina, volviendo en coche del passeio; porque todos los dias passaba por aquel parage: que la misma noche entraria con seiscientos hombres armados el Principe de Caserta, y que ocuparian à Castelnovo, donde ya tenían conjurada parte de la Guarnicion, y al Gefe de la Armeria, los quales, para abrir las puertas, esperaban por teñas unos silvos.

Esta era la disposicion, creyendo, que proclamado el Archiduque Carlos, ocupados los puestos más principales de la Ciudad por la Cavalleria de Caserta, y un Castillo, muerto el Duque de Medina, y permitido à la Plebe el saqueo de las casas, que quisiessen, un delito confirmaria otro, y se sostendria por proprio interés la rebellion, à la qual alentaba Salignet con los ofrecimientos del Principe Eugenio, de socorrerlos con Tropas en caso de sublevacion, y que passarian otras por el Trieste con las Galeras de Ragusa. Antes determinaron los Conjurados, que se diése principio à la obra, y se matáse al Virrey la noche del dia de S. Genaro, en que sale en publico, está toda la Ciudad iluminada, y hay mayor concurso de Plebe; porque querian interviniese mas gente, para tener más sequazes; pero lo embarazó D. Malicia Carrafa, diciendo seria hazer funesta la celebridad de aquel dia, tal vez con indignacion del Pueblo, que le tiene contagiado à un Santo Protector de la Ciudad, cuya venganza era justo temer, y así se aplazó, para el que ya diximos; pero antes que este he-

gasse, un Letradollamado Nicodemo, pariente de uno los que entraban en la conjura, la penetró, y declaró con todas sus circunstancias al Duque de Medina; y aunque esto era ya á más de dos horas de noche, sin perder instante de tiempo, mandó prender á su Cochero, y al Maestro de Armas Prisco, y ponerlos á question de tormento, dondè sin mucha dilacion confesaron el proprio deliro, y el ageno; porque declararon los complices, que sabían, pues habia otros de alta esfera, que solo se confiaron á Safinet, y ofrecieron, que seguirían, más no empezarian la rebelion.

Mandò el Virrey, prender los que de prompto pudo hallar, gente de la mayor importancia; mudó al instante la Guarnicion de Castell-Novo, la puso en arresto, introduciendo otra; ordenó estubiesen sobre las armas los Castillos, y Cuerpo de Guardia, y doblò el del Palacio Real. Llamò á los Ministros, y Oficiales de Guerra, y los Magnates, en quienes tenia más confianza, ó exercían algun empleo: divulgada esta novedad, acudieron otros, y casi todos al Palacio, nadie parecia desleal, muchos de los que acudieron, secretamente lo eran, y uno de ellos el Principe de Monte-Sarcho, que hazia de la necesidad virtud.

Consultò el Duque con los Ministros, y sus mas allegados, què se debía de prompto executar? Determinaron lo primero, poner en salvo su persona; porque en qualquier tumulto no se expusiese la Ciudad á tan gran crimen, y que permaneciendo aquella, como no faltaba la imagen del Soberano, andaria menos licenciosa la insolencia, y se mantendria la cabeza de la faccion del Rey, con que desmayarian infaliblemente los Sediciosos. Juzgaron, estaria más seguro en Castell-Novo, y por el camino secreto, que hay desde el Palacio, pasó el Duque con la Nobleza: acudiò tambien á ofrecer la suya, y la publica fidelidad el Electo del Pueblo; dixo, que ignoraba la verdadera causa deste rumor: pero que sin duda sería delito concebido entre particulares, no contaminada la universidad.

Vign.

Viendose descubiertos los Sediciosos, se juntaron para su propria defensa, y creyendo la harian mayor, empezando el tumulto, proclamaron en alta voz por varias partes de la Ciudad al Archiduque Carlos: llamavanle Sexto, guardando la relacion de la serie de los Reyes Napolitanos: fueron á Castell-Novo, hizieron la seña, concertada con sus silvos; porque ignoraban se habia mudado la Guarnicion. Las Centinelas de las Garitas de los Baluartes respondieron con el fusil: este ruido induxo más confusion; porque todos ignoraban, que fundamento tenia esta conjura, y los verdaderos Autores; parecian muchos; porque convirtiendo la desesperacion en delirio los Sediciosos, esparcian más vivamente el aclamado nombre del Archiduque Carlos, por si el exemplo traia los animos de los q̄ imaginaban más tardos, por temor, más q̄ por fidelidad al Rey. Abrieron las Carceles, sacaron los presos: los q̄ creian, no podian deteriorar de condicion, por la gravedad de sus delitos, abrazarõ tambien este: otros se refugiaron á los Templos.

El varon Safinet en los Claustros de S. Lorenzo erigió una Vandra con las Armas Austríacas, y sentado ante una Mesa con muchos doblones, esparcidos por ella, hazia gente, y daba de entrada lo que pedían: pocos dieron su verdadero nombre, porque no quedasse escrito: tomaron algunos partido, para ganar de prompto aquel dinero: muchos de estos desertaron luego, y se fueron á sus casas; pero siempre quedò el cuerpo de los sediciosos bastante, á turbar la quietud de toda la Ciudad, lo q̄ durò la noche; y recogiendo, quanta gente podian, acometieron el Palacio de la Vicaría, rompieron Archivos, y destrozaron papeles, fixando uno en las puertas, q̄ pretendía probar el derecho de los Austríacos al Reyno.

El Duque de Medina, y los que con él estában, nada de esto sabían á punto fixo, solo el rumor les daba aprehension, y las que por todas partes oían desordenadas voces, q̄ no mostraban hecho alguno particular, ni haber ocupado, ni asaltado alguno de los Castillos; y disputandose en lo que se debía executar, fue de parecer D. Antonio Judice, Principe de Chelamán, que nada

se

se emprehendiese en las sombras de la noche, porque se ignoraba, quienes eran los conjurados, y desconfiaba aún de muchos, que tenia presentes: pondero, que cumplieran los hombres mejor con su obligacion de dia, estimulados de su honra, y que no habia peligro en la dilacion, porque faltaba poco, para amanecer; y entretanto se diósen las ordenes necessarias, y se previniéssse todo, para que al rayar del dia se acometiéssse á los Seditiosos.

Este prudentísimo dictamen aprobó el Duque, y ordenó, que con las Compañias, que allí estaban, y la Nobleza, se executássse, y dió á todos por Cefe á D. Rustaino Cautelmo, Duque de Populi, General de la Artilleria, hombre de conocido valor, y experiencia, maduro, y de sólida honra, y fidelidad: todo lo comprobó el éxito. Salieron al amanecer, á buscar á los Rebeldes, y con poca dificultad deshízieron la union de la desordenada muchedumbre: murieron pocos; porque la accion fué breve. La Nobleza dió manifesto exemplo de su fidelidad, y traxo mucha parte de Paolo, que tomó las Armas por el Rey.

Desvaneciósse con la acertada conducta del Duque de Populi aquella borrasca, que daba mas aprehension de lexos, y con la obscuridad de la noche: plantó la Artilleria contra la Torre de Santa Clara, y los Claustros de S. Lorenzo, donde se habian refugiado los principales Rebeldes, que no se atrevieron á defender: algunos huyeron por secretas puertas al campo, otros se metieron en las cuevas, y escondrijos de las casas; y así á poca ruina, que empezaron á hazer, batidas las paredes, se apoderaron de todos los Soldados, y se volvió á proclamar al Rey Phelipe. Mandaronse buscar, y seguir las principales Cabezas de tan depravado intento, y se alcanzaron en la fuga el Baron Salsinet, y Principe de Laricha, que se embiaron poco despues á la Bastilla de Francia: tambien fue preso D. Carlos de Sangro, y á pocos dias degollado: fueron en busca de D. Joseph Capocia, el Duque de Sarno, y el Principe de la Valle,

y

y le hallaron escondido en una Gruta de Monte-Virgen, donde, despues de haberse resistido, quanto pudo, se dio muerte á si mismo; llevaron su cabeza á la Ciudad, y se colocó pendiente en una escarpia de hierro, para publico espectáculo. Los Carrasas, y otros huyeron mas felizmente: mandaronse ahorcar los que en el primer encuentro pudieron cogerse, y se perdió á la multitud. Declararonse traydores al Marqués de Pescara, y al Principe de Caserta, y se confiscaron sus bienes: á este ultimo tambien le castigó con destierro el Pontifice, como á su subdito; porq̄ tiene feudos en los Estados Pontificios; y reprehendió agriamente al Cardenal Grimani de tan detestable designio, improprio de lo sagrado de la Purpura.

Este éxito tubo entonces tan mal concebida, y precipitada sublevacion, que aunque la deseaban muchos, la emprehendieron pocos Nobles, y no de la mayor Authoridad, y conducta. Quedó ahogada en cenizas la llama; apagada no, porque el Principe de Monte Sarcho, y otros conservaron hasta mejor oportunidad su depravada intencion, no por odio al Rey, y á los Españoles, sino cansados del tyrano, injusto, y despotico gobierno del Duque de Medina, cuya intolerable soberbia, y vanidad trataba á todos con aspereza, y desprecio.

Habia traído de Roma el Duque, y tenía en su casa, con nombre de Camarera de su muger, á Angela Georgina, que le habia costado muchos empeños, y disputas, conseguirla: era muger de baxa esfera, habia sido Cantarina de la Reyna Christina de Suecia, y debía á la naturaleza algunas buenas calidades, que la hizo instrumento de su deshonestidad. Esta, fiada en el favor del Duque, cuya voluntad poseía absoluta, tenia tanta parte en el Gobierno, que era el unico, y más proporcionado medio para las gracias, y provisiones aún de justicia, la qual, esclavo de sus afectos, ultrajó al Duque muchas vezes, y quanto dinero adquiría (tratando sin zelo, ni atencion al Real Erario) todo servia-

pa-

para enriquecer à esta Muger , cuya sobervia se propasó, hasta querer igualarse à las Señoras de primera esfera , que hay muchas , y de esclarecida sangre en el Reyno de Napoles.

No desayudaba , á hazer odioso al Duque **hermana** de la Georgina, q tambien tenia en casa, llamada **Barbara** , no menos sobervia, y arrogante , que ella. Estos , y otros desordenes le concitaron un odio comun; y se dió cuenta al Rey del peligro , que amenazaba à aquel Reyno,

Pretextando zelo , corrieron los primeros avisos por manos del Cardenal Francisco Judice , y del Duque de Uzeda , Embaxador en Roma, que cada uno de ellos pretendia el Vireynato de Napoles; y para que fuesen más eficaces sus representaciones, hizieron , que escribiessse contra el Duque al Rey Ghristianissimo su Ministro el Cardenal de Jalsón. No dexaron algunos Magnates Napolitanos , de quejarse al Rey, y tanto cumulo de quejas consiguieron, que fuesse llamado à la Corte el Duque de Medina; y aunque se le dió la Presidencia de Indias, enagenò del Rey desde entonces el animo tan pertinazmente, que se precipitó à la desgracia, que despues veremos.

Los Napolitanos fueron tan advertidos, y atentos à su utilidad, que aunque se valieron del Duque de Uzeda, para echar al de Medina , al mismo tiempo suplicaron al Rey, no se les diessse por sucesor, por su aspereza , y precipitacion, notandole otros defectos, que le quitaron este Gobierno , y se dió al Duque de Escalona, Virey de Sicilia, à donde passò en interin el Cardenal Judice.

En este hecho tambien perdiò el Rey al Duque de Uzeda. Los que más intimamente le trataban, concian , adheria yà interiormente à los Austriacos; aunque habia escrito un Papel muy difuso contra ellos, con clausulas poco reverentes para Principes tan grandes, probando los derechos del Rey Phelipe; pero como los ambiciosos, y que tienen por superficial la lealtad, solo se

se sirven à sí mismos, y à sus particulares intereses, vienddo burladas las esperanzas , de ser Virey de Napoles, concibiò aversion al Rey, reservada con tanto cuidado , que aún los pocos , que lo sospechaban , no lo creian; porque fiandose al tiempo, y à la casualidad de los sucesos, difiriò su maligna intencion, quanto le fue permitido , como tambien veremos en su lugar.

En los ultimos periodos deste año se vió un Cometa : Era su figura una faja ancha , y resplandeciente, cuya parte extrema miraba al Ocaso; la cabeza, tendida àzia la parte Oriental, se sumergia tanto en el contrario Horizonte, que ni el más exquisito Telescopio pudo averiguar su magnitud. Dixeron algunos Astronemos, que era imagen periodica; porque cada sesenta años parecia; de lo qual habiendonos querido certificar en las observaciones de la Astronomia , lo hallamos falso. Si alguna vez los Cometas predizen infortunios, y calamidades , ninguno más que este , à quien siguieron tan crueles, y sangrientas Guerras, tantas desolaciones de Provincias, traiciones, motines, y delitos los más enormes.

AÑO DE M.D.CCII.

LIBRO III.

AUN permanecian las Cortes de Cathaluña , donde la Provincia habia conseguido del Rey más de lo que podia esperar. Aun mayores cosas pretendia, para buscar pretextos à la queja. Aguardaban à un tiempo las mercedes del Rey , y las promessas del Archiduque Carlos. Crearonse Marqueses, y Condes: armaronse Cavalleros en más numero , del que era justo: propasò al merito la liberalidad del Rey, por si podia hazer sólida la dudosa fé de aquellos Vassallos. A catorce de Enero juró el Rey sus Leyes , Fueros, y Privilegios; tambien la Provincia jurò de guardar

dar fidelidad, y obediencia, no con intencion de cumplirlo. Los de animo natural infiel, con facilidad se abfueiven del juramento; porque no le creen acto de religion, fino politica ceremonia, que pueden violar, quando se les antoge.

El Almirante de Castilla, que ya abrigaba perniciosos dictámenes à la publica quietud, los ocultaba con el dissimulo mayor; escribia al Duque de Paretà Viena, con el mayor artificio, cubriendo de zelo las clausulas, con que informaba, de lo que los Austriacos querian saber. Quexábase, ser casi todos los Nobles de Cathaluña enemigos del Rey, aun habiendo este excedido en la clemencia, y la liberalidad, por su genio benigno, y por error de sus Consejeros, que como medrosos de los Cathalanes, los habian querido ganar con beneficios, y los perdian. Que el hñbièra sido de contrario dictamen, y hubièra bien fortificado la Provincia, y puesto en ella quatro mil Cavallos. Que habia mucho, que temer aun de los Castellanos, ofendidos, de haberseles negado las Cortes, concedidas à Barcelona, por esto era preciso gran cuidado con la Andalucia, desarmada, y sin gente, de cuyas Costas era Capitan General el Marqués de Leganès, poco afecto à los Franceses, los quales con arte, y no sin altos designios de quedår siempre superiores, dexaban la España, como la habian hallado, sin Tropas, ni fortificadas las Plazas, y con todo esto habian determinado, que passasse à Italia el Rey, y dexasse el Reyuo indefenso, y en el mayor riesgo, que podia padecer.

Tenia estrechèz el Almirante con el Duque, desde que este fuè en Milan Gran Chanciller, y aquel Governador, y se conservò siempre esta amistad. Estas cartas mostrò primero en Viena el Duque Moles, y se embiaron copiadas à Inglaterra, y Olanda, para que les sirviessen de luz, y aliento à la confederacion, que en fin se concordò en Londres entre la Casa de Austria, el Rey Guillermo, y la Republica de Olanda. Adhirieron à ella el Duque de Hannover, el Palatino, y Ulrico Brasvich. Ofrecieron Tropas Auxiliares el

Sa-

Saxon, los Circulos de Franconia, y Suevia, y muchos Principes de Alemania, pero pagandofelas, ò vendiendo los Regimientos enteros, como es allà costumbre, ò tomando por ellos una determinada summa cada año.

El Duque de Baviera con veinte mil hombres estava acantonado en las cercanias del Danubio con las Tropas de su hermano Joseph Clemente, Elector de Colonia: mostraban ser neutrales, y defender solo su libertad; pero en secreto adherian à la Casa de Francia, con cuyo dinero se hizieron las primeras Levas; pero no se declaraba todavia el Bavaro, hasta poder emplear bien sus Armas en daño del Emperador.

Los Electores de Maguncia, y Treveris tambien afectaban neutralidad, y secretamente favorecian la causa del Cesar; porque asseguraron, darle sus Tropas en caso de necesidad. Este era el dictamen de los más de los Principes de Alemania, que siempre dependen del que ciñe la Imperial Corona.

Los pactos de la Gran Liga fueron estos: *Que se baria la Guerra à la Monarchia de España, hasta echar de su Trono à Phelipe de Borbon, teniendo como en deposito los Reyes, ò Provincias, que ganarian los Principes de la misma confederacion, quedando en poder del Emperador lo que se conquistaria en el Rhin, y la Italia: lo que en Flandes, y Francia, en el de los Olandeses, y que todos los Puertos de Mar ocuparian los Ingleses, aun en Indias, prohibiendo à toda Nacion el Comercio de ellas, mientras no se hiciesse la Paz, y permitiendole limitado aun à la Olanda: Que en las Armadas Navales havia de gastar por dos tercios la Inglaterra, por uno la Olanda, y que en los Exercitos de tierra pagarian la tercera parte los Ingleses: Que todos los gastos de la Guerra en qualquier exito los pagaria al fin de ella la Casa de Austria; y que se nombraria de acuerdo Rey à la España, parte, ò toda conquistada.*

Aun no habian declarado por Rey à Carlos Archiduque de Austria; pero todos sabian, no podia ser otro, pues por esto se hazia la Guerra; pero no querian empeñarse en el reconocimiento, y cargarse deslos gastos

tos

tos más, hasta ver los primeros passos de la fortuna, despues de empezadas las hostilidades. Así, à costa agena, emprehendiò la Casa de Austria la mayor guerra, que se ha visto en muchos siglos, no tanto fiada en las armas, quanto en la aficion de los Pueblos à su Familia.

Gravemente opresso de una caída de Cavallo el Rey Guillelmo, y agravandose una inveterada tyfis, murió en Londres en 29. de Marzo: Principe esclarecido, valeroso, sagaz, dissimulado, y secreto, pero tyrano; porque sin derecho alguno ocupò el Throno de Inglaterra, despues de la muerte de su Muger. No se conocia amor à Religion alguna; todas las sujetaba à la razon de estado; por esso no conocia para el fin medio malo, porque todos los aprobaba su falsa, y ciega politica. No le agitaban tanto el animo los vicios, como la ambicion de reynar, y de la mundana gloria. Era aspero, y lo executaba todo con blandura (tanto habia enseñado à sus pasiones, que se rindiessen à su politica.) Estimaba tanto la fama posthuma, que, aun muriendo, diò instrucciones, de como se habia de proseguir la guerra, ò era, querer dilatâr el imperio más allá de la vida.

A quatro de Mayo se proclamò en Londres Reyna la Princesa Ana Stuarda, hija de Jacobo II. muger del Principe Jorge de Dinamarca, el qual ni desde el Thalamo de la Reyna pudo subir el Trono; porque le trataban en Londres, como persona privada: nunca Principe padeciò mayor desdoro; porque no tenia menor accion por su muger, q̄ la q̄ diò el Rey à Guillelmo de Nassau; porque Maria, y Ana eran hermanas. Así saben distinguirse entre los mortales los hombres de alto espíritu, y de profundo consejo. No se entibieron por esso en Inglaterra las militares prevenciones; porque la Reyna la emprendia con mayor tesòn, afectandole aún, porque creian, que la debilidad de su sexo podía padecer alguna inconstancia. Confirmò en el Imperio de las Armas al Duque de Malbruch, cuya muger grata mucho

cho antes à la Reyna, no dexaba descaecer el favor. Renovò los pactos de la Liga, y reconociò por Rey de España à Carlos, Archiduque de Austria, que llamaron Tercero deste nombre.

Lo proprio hizieron los Olandeses, y demás Príncipes de la Liga, pero se renovaron las condiciones. *En la Monarchia se reservaron para sí los Ingleses à Menorca, con Puerto Mahon, Gibraltar, y Ceuta, y casi la tercera parte de las Indias; y la otra tercera parte, con una Barrera à su arbitrio en Flandes, se ofreció à los Olandeses: al Emperador el Estado de Milán, pero incorporado en los Estados Hereditarios, como Feudo Imperial: lo demás de la Monarchia Española, y lo que quedaba de la America se dexaba al Rey Carlos.*

Esta era una quimerica division. Los mismos que la establaban, entendiéron, que no podía tener efecto, porque era caso imposible echâr de toda la Monarchia al Rey Phelipe, sin deprimir, y sujetâr antes à la Francia, que habia tomado el empeño de defenderle. Ni aún sola la España es conquistable, defendiendola sus Moradores; y no ignoraban, que tenia en los Pueblos de los Reynos de Castilla asentado su partido el Rey; pero les pareció preciso à los Coligados, despedazar siquiera con la pluma este Solio, y mudarle Dueño, para manifestâr lo firme del empeño, y de la intencion.

En la Italia era, donde se enardecia la guerra. Viendo el Principe Eugenio la impossibilidad, de tomâr à Mantua, aplicò el animo à Cremona, donde estaba el Mariscal de Villa Roy. Un Sacerdote de la Ciudad, cuya baxa fortuna le hizo discurrir en arbitrios indecentes à su estado, descubrió à los Alemanes, que un viejo conducto de agua, yá ciego, y de ningun uso, se extendia desde el Campo hasta su casa (que estaba junto à la muralla) y que por él era facil entrâr, sin advertirlo, la gente, que quisiessen. No se despreciò la propuesta, y alentandole más con promessas, que con dinero, le ordenaron limpiasse el conducto, y que en el remate de él, por donde debian entrâr, hincasse un palo, que serviria

de seña, para abrir de noche la tierra. Executolo puntualmente, y se introduxeron por el conducto à la Ciudad, de noche, seiscientos hombres escogidos, que abriendo la puerta más vecina, y matando las Centinelas, dieron passo à seis mil hombres, que conducian el Principe Eugenio, y el de Comerci: apoderandose de la Muralla; però, como no había guia, para saber ocupâr los Baluartes, y era obscura la noche, hubo un poco de dilacion perniciosa. Resolvieronse à atacâr el primer bastion, que encontrâssen, y la misma réstistencia de las centinelas avisò de la novedad à la Plaza. Acudieron los más vigilantes del primer Cuerpo de Guardia, y se empezó un combate, que aunque breve (porque luego fueron passados à cuchillo) puso en armas toda la Guarnición, que acudiò à sus puestos. Llenòse de confusion la Ciudad, y medio vestido saliò de su casa desarmado el Mariscal de Villa-Roy, creyendo ser disension entre los Ciudadanos, y las Tropas. Empezòse la más dura, difícil, y sangrienta accion; porque por todas partes divididos los Enemigos, y por todo el Presidio, ni aquellos sabian, por donde andaban, ni estos, à donde debian acudir: esto fué causa de grandes yerros; porque se herian entre sí los de una misma faccion. A la densa oscuridad de la noche añadia horror la nube de la polvora disparada, y sin orden militar alguno, ni formar linea, sabian los hombres mejor buscar la muerte, que pelear. El Duque de Villa-Roy dio en manos de los Enemigos: conocieronle à la voz, y le hizieron prisionero: amenazârle con la muerte, si llamaba gente à socorrerle, y una Manga de Soldados, sacandole por la puerta, que ocupaban los Alemanes, le llevaron à su Campo. D. Diego de la Concha, Governador de la Plaza, hizo retirâr muchos passos à los Enemigos; pero cargado de la muchedumbre de ellos, murió gloriosamente: hallaron al otro dia su cadaver, que aún conservaba en la mano derecha la espada; y se le contaron tantas heridas, que parecia imposible haberlas podido recibir todas vivo.

El Teniente de Rey, que quedó con el mando del Presidio, quando, aún dudosa la luz, le mostraba los

Ene-

Enemigos, mandò juntâr toda su Gente en la Plaza, que hay entre el Castillo, y la Ciudad; y viêdo no estaban perdidos los Baluartes, que caen à ella, los guarneciò con más gente, y formò en batalla, la que le quedaba: así, yâ puesto en orden, acometiò à los Enemigos desordenados, y fatigados del trabajo, y vigilia, gran parte heridos, y en parage, que no sabian retirârse, hasta que la luz iluminò a todos.

No por esto cesò lo cruel, y lo sangriento, porque protegidos los Alemanes de las casas, y calles, que habían cortado, mantenian con tesòn la batalla. Acudiò la Nobleza toda, y los más distinguidos en el Pueblo, à dâr socorro à las Armas del Rey, y se vio por todas partes el Principe Eugenio rodeado de Enemigos; pero siempre tenia la conunicacion con la puerta, que ocupò, al entrar, àzia donde se retiraba lentamente, porq̄ hubiêra sido la fuga total ruina. En esta retirada adquiriò mas gloria, que en el atrevimiento de venia. Hubiêra podido salir antes, pero daba tiempo, à que llegâsse Carlos de Loreña, à quien habia ordenado, acudiêsse con otro Cuerpo de seis mil hombres, despues que amaneciêsse.

Habia de passar el de Lorena un Puente, donde habian los Franceses, al cabo de èl hecho de tierra, y fagina un Castillo, que le tenían guarnecido; y mientras el Principe de Lorena perdiò el tiempo en garârle, el Señor de Praslin rompiò el Puente, y fortificò los vados. Esto impossibilitò el passo al Principe Carlos, y el socorro à los Alemanes, que estâban peleando todavia en Cremona, hasta que viêdo el Principe Eugenio, que yâ se ponia el Sol, sacò de la Plaza su gente, seguida en vano del enemigo. Tubieron en esta accion los Presidarios no poca gloria, inferiores en numero, y cogidos de improviso.

Picado el Mariscal de Tefsè de la intentada sorpresa de Cremona, acometiò de repente à los Reales de los Enemigos, puestos en Puente-Molino, y aunque no deshizo las Trincheras enteramente, no se retirò sin haber hecho en los Alemanes grande estrago. Luego con-

vix-

virtió las armas contra el General Traſmandorf, que eſtába acampado entre Mantua, y Caſtillón, y ſe reſiſtió con brio, más fué vencido: ſiguieron los Franceses haſta el Puente de Laguel à los fugitivos, que le habian por equivocacion (mal entendida la orden) cortado los Alemanes; y aſi, no pudiendo eſcapâr, quedaban al arbitrio del vencedor, prifioneros, ò muertos. Los más atrevidos, que quifieron paſſar el Rio, hallaban otro genero de muerte en la precipitoſa violencia de las aguas. El dia fue glorioſo para Teſè: moſtró valor, y conducta, y quedó levemente herido: tambien à ſu hijo le aconteció eſta gloria, ſiendo uno, de los que ſe diſtinguieron en la accion, en la que ſe ſeñalaron heroicamente el Señor de Bretonier, y el de Jurhambrèn.

Fenecidas las Cortes de Cathaluña, les pareció à los Franceses, debía el Rey Phelipe paſſar, à ver los Estados de Italia. No eran deſte dictamen los más de los Conſejeros Eſpañoles; pero adhirieron al de los Franceses el Duque de Medina-Sidonia, el Conde de S. Eſtevan del Puerto, y el Secretario del Deſpacho Universal D. Antonio de Ubilla, que habian de paſſar con el Rey, y ſe determinó el viage. Dexóſe por Governador à la Reyna, con un Conſejo privado de Gavinete, que ſe componía del Cardenal Portocarrero, y de los Preſidentes de los Conſejos, D. Manuel Arias, los Duques de Medina-Coeli, y Montalto, y el Marqués de Villa-Franca. Servia en la auſencia del Conde de S. Eſtevan la Mayordomia Mayor de la Reyna el Conde de Montellano, à quien ſe dió la Preſidencia de Ordenes, y la plaza de Cavallerizo Mayor de la Reyna al Marqués de Almonacid. Eſtos dos ultimos la ſervian tambien de Conſejeros en el viage à Madrid.

Ordenó el Rey, que al paſſar la Reyua por Zaragoza, abriéſe el Solio de las Cortes, permitidas al Reyno de Aragon, ſin más cauſa, que por haberſe permitido à Cathaluña; y aunque podian ſervir de doctrina los inconvenientes, que de eſtas resultaron, fué preciso confirmarle en el error, ò por no confeſſarle; ò por quitar eſte motivo de quexa à los Aragoneseſ. Lle-

Llegò à Zaragoza la Reyna, convocò los Brazos, ò los que llaman Eſtamentos del Reyno, y quiſo llamar al Duque de Montalto, Preſidente del Supremo de Aragon, para preſidir en las Cortes. Opuſoſe el Reyno, alegando el Fuero, de que no podía preſidir en ellas, ſino Persona Real, ò Principe de la Real Sangre. Mientras ſe diſputaba eſta duda, preſidiendo la Reyna en el Solio, confirmó en 26. de Abril las Leyes, y Privilegios del Reyno, y eſte anticipadamente ofreció un donativo: hubo menester arte, para conſeguirle, en que trabajaron no poco Montellano, y Almonacid, y más que todos el Marqués de Camaraſa, actual Virey de aquel Reyno. Ofrecieronſe tantas dificultades, por lo innumerable de los Fueros, que no atreviendose, ni à romperlos, ni à obſervarlos la Reyna, prorrogò las Cortes: era la intencion, ò no fenecerlas, ò que lo hizieſſe el Rey à la vuelta de Italia. Dexandolas en eſte eſtado, ſe encaminò à Madrid, donde fué recibida con ſingular aplauſo, y alegria del Pueblo.

El Rey, embarcado en el Navio S. Phelipe, que era el principal de la Eſquadra, que governaba el Conde de Etrè, ſalió de Barcelona el primer dia de Mayo, y con proſpero viento llegó brevemente à Napoles: deſpues à 29. del miſmo mes, hizo la Entrada publica, acompañado de tres Cardenales, Francisco de Medicis, Jayme Cantelmo, y Todos Santos Jaſſon, 20. Obiſpos, la Nobleza.

Deſte viage del Rey à Italia, eſcribió un Libro ſu Secretario del Deſpacho Universal, D. Antonio de Ubilla, Marqués de Ribas, con exactiſſima relacion de todo, ſeria ſuperfluo repetirlo. El Pontifice embió por Legado al Cardenal Carlos Barberini, pero no la Inveſtitura del Reyno de Napoles, por contemplacion à los Auſtriacos. Paſſó de Roma el Duque de Uzeda, y con el Duque de Eſcalona, Virey del Reyno, fueron admitidos alguna vez al Conſejo ſecreto, q̄ ſe cõponía del Duque de Medina-Sidonia, y el Conde de S. Eſtevan. Nada ſe hizo

ni singular; ni provechoso en aquel Reyno: minoróse el derecho de la harina para agradar al Pueblo; y lo que para este fuè de poco, ò ningun alivio, era perjudicial á los que tenian censos sobre esta gavela. Las mercedes que á algunos se hizieron, dexaron embidiosos á los demás; y aunque no se tenia por leal el Principe de Monte-Sarcho, para confiarle, y divertirle de su maligna intencion, fuè creado Grande de España.

Dexò esto sumamente irritado à Don Marino Caraciolo, Principe de Avelino, que no lo habia podido conseguir, y creía merecerlo mas, por haber servido con singularidad su casa en la primera rebelion de aquel Reyno: con todo esto siguió el Rey à Milán, é hizo aquella Campaña, aspirando à lo que jamás pudo lograr, y así concibió aversion à los intereses del Rey, no poco perniciosa, como verèmos en su lugar.

A este tiempo se conjuraron contra la vida del Rey los Principes de Petaña, y Trebisacia, y cierto Budiani, Secretario del Residente de Venecia: se creyò fuesse author de esta trama el Cardenal Grimani; los mas bien informados no la creyeron perfecta conjura, sino ofrecerseles, que esto se podia executar facilmente, viendo al Rey con pocas Guardias, y estas dispuestas con negligencia en el Palacio: hablaron muchas vezes en ello; Budiani lo confió al Conde Pepuli Boloñès: este lo reveló al Rey, que sin turbarse, y nada conmovido de noticia tan relevante, encargò la averiguacion del negocio al Duque de Escalona, despues que el Rey hubièssè partido: doblaronse las Guardias, y disponiendose con mas vigilancia las Centinelas en las Puertas del Palacio, no se hizo demonstracion alguna. A su tiempo empezó a instruir el processo el Virrey: prendió baxo de otro pretexto los reos; y apretado en la carcel Budiani, dixo: Que habia tenido esta conversacion por modo de dezir con Trebisacia, no con animo de executarla, ni concebida como conjura, sino propuesto como posible, al ver el descuido con que se guardaba el Rey; y que censurando esta negligencia, lo habia dicho al Conde Pepuli, como con risa; que no se habia

lla-

llamado para disposicion de esto, ni á consejó à persona alguna, ni tratado con nadie; de Petaña no constò, ni haber concurrido à esta conversacion.

Trebisacia, que tambien se mandò prender, con animo mas firme lo negò todo; dixo: que habia hablado muchas vezes con Budiani, y Pepuli, de varias cosas, y aun del Rey; pero como eran conversaciones vanas, y accidentales, no se acordaba de ellas: reconvinieronle con lo que avia dicho Budiani: persistió en negar, y nunca se pudo instruir el processo con bastantes pruebas, que podàmos llamarla conjura; pero lo que bastò à echar de los Dominios del Rey à Budiani, y à embiar à un Presidio de Africa à Trebisacia.

Muchos creyeron, que esta idèa tenia profundas raíces, y no pocos complicés, y prevenida su execucion para el dia que se habia de embarcar el Rey: nombraban á muchos los que aseguran lo que sospechan, por esto se escondió entre tantas invenciones la verdad: Hemos tenido en las manos el resumen del processo, y no consta mas de lo referido.

El Rey, despues de haber estado un mes en Napoles, se embarcò para el Final, de donde pasó à Milán, y luego al Campo. Mandaba las Tropas, por estar prisionero el Mariscal de Villa-Roy, Luis de Borbon, Duque de Vandoma, que habia determinado quitar el bloqueò à Mantua. Tenia el Principe Eugenio fortificada una linea desde Ustiano á Burgo Fuerte, roto con varios fosos el Campo, y abiertos los canales del agua, para que no pudiesse en todo aquel terreno pelèar la Cavallería, y mas habiendo fortificado à Ustiano con atencion. Por esto fuè este el primer objeto de los Franceses; y aunque habian levantado Trincheras en las Riberas del Rio los Alemanes, las batiò el Duque con veinte piezas de Cañon: despues las forçò con espada en mano, y echando dos Puentes, se resistió Ustiano muy poco.

Pasò el Principe Eugenio à Burgo-Fuerte, y dexando todo el Campo à los Franceses, tomando estos à Caneto, Castèl Gofredo, y Goyto, se quitò el bloqueò de

2

Man-

Mantua. Dexando á las espaldas el Rio Mincio , en el qual erigió tres Puentes, plantò el Principe Eugenio sus Reales entre el Pò, y Burgo-Fuerte, paraque le pudiesen llegar Viveres, y Provisiones de Guerra. Juntaronse todas las Tropas Francesas, y Españolas , paraque tubiese numeroso Exercito el Rey, y passando á él, le encontró el Duque de Saboya. Los cumplimientos fueron pocos; porque los Españoles, y parte de los Franceses con tubieron al Rey en una etiqueta, poco grata al Duque, de lo que no quedaron más unidos los animos.

En el Consejo de Guerra se dudò , si se había de sitiár à Brixello , ò à Guastala : contra esta se determinò el sitio , y luego se hizo en el Pò un nuevo Puente. El Pabellón Real se puso en la llanura de Casà. A 19. de Junio, passando quinientos Alemanes el Oglio, y el Athesis , intentaron arruinar el nuevo Puente : defendiale el Theniente General Albergoti; y aunque fuè improvisa la invasion , peleò con tanto valor el Regimiento de D. Guillèn de Moncada, Marqués de Aytona , y otros Españoles, que fueron con gran pérdida rechazados los Enemigos. En esta accion se singularizó con su Compania D. Geronimo de Solis y Gante , nieto del Conde de Montellano. Tenia el Principe Eugenio treinta mil hombres : no se le puede negar la gloria de resistir con ellos à ochenta mil Españoles , y Franceses , aunque divididos en varias partes, y Plazas, como lo pedia la necesidad : nadie creía , que pudiesse subsistir en Italia; pero fue tal su pericia militar, y constancia de animo, que hizo facil, lo que parecia imposible.

El Principe de Vaudemont era el que más vecino à los Enemigos se había acampado, observando al General Vizconti, que con quatro Regimientos de Cavalleria Alemana , habiendo vadeado el Tassonio , estaba en Santa Victoria , pero con tal descuido , que no más, que para guardar el puesto. Atentos los Alemanes al juego, y à la gula, dieron oportunidad al Duque de Vandoma, a que embiando con gran secreto dos mil hombres , acometiesse à los Enemigos , que fueron facilmente des-

deshechos , y vencidos ; porque los cogieron , no solo desordenados; pero pacièdo libres por aquel Prado los cavallos; juntaronse los q̄ pudieron, para resistir al impetu de D. Christoval de Molcofo , Conde de las Torres, D. Mercurio Pacheco, Conde de S. Estevan de Gornáz, del Conde de Marfin, Marqués de Crechi, el Señor de Boucatt , y Rabel , que fueron los que primero cargaron sobre los Enemigos. Vizconti peleò valerosamente ; pero ya herido , y mal ordenados los suyos , huyó con felicidad. Esta dicha aconteció a pocos , porque estaba tan crecido el Tassonio , que no se pudo en todas partes vadear , y en ninguna sin peligro. Dos mil hombres perdieron en esta ocacion los Alemanes: esto ocasionò la negligencia.

Porque no se le disminuyesse el Exercito, sacò el Principe Eugenio las Guarniciones, que en algunas Plazas tenia , y se acampò en Lutzara , bien fortificado, y ceñido de una dificil Trinchera. El Theniente General Albergoti ocupò a Reggio, que hallò sin Pretidio , por arte del Duque de Modena , paraque no padecièse la Ciudad los estragos de la resistencia. Tambien dexò à Modena, y se retirò à Bolonia, à exemplo del Duque de la Mirandula, que habia entregado sus Estados à los Franceses. Así jugaba con los Principes de Italia la fortuna.

El Principe de Vaudemont tomò à Vasconcellos; que le facilitaba unirse con el Exercito del Rey , que mandaba el Duque de Vandoma: esto puso en gran cuidado al Principe Eugenio ; y antes , que se juntassen los dos Exercitos de los Franceses, determinò atacár al del Rey, bien que era por la mitad inferior en la Cavalleria, recelando tambien , que ocupassen los Franceses a Lutzara , donde tenia sus Almacenes , y todo el repuesto de Viveres, y Municiones. Por èsto era la intencion del Rey sitiàrla, dando, si fuesse menester, la Batalla; porque los Alemanes estaban acampados en su llanura , y à un tiro de Cañon de los muros. Unió la fuerte los dictámenes de ambos Exercitos , para venir

á las manos; porque el Rey determinò atacar las Trincheras del Principe , y este al Exercito del Rey. Fianbanse los Franceses en el mayor numero de Tropas: los Alemanes , en que los habian de coger de improvizo; y así, en el silencio de la noche , cada uno ignorando la resolución de su contrario , partiò á buscarle.

Distaban los Exercitos quatro leguas; y como de acuerdo , en el termino de la noche dimidiaron la distancia , marchando con igual sollicitud, y creian encontrar al Enemigo desprevenido ; más con una gran diferencia; porque marchaban los Alemanes ordenados, y los Franceses sin orden; juzgando , estarian los Enemigos en sus Trincheras: iban en dos columnas de muy corta frente : precedía á la Manguardía la mitad de la Cavallería, y la otra mitad cerraba el Exercito , porque el sitio no permitía , que cubriese los lados , no tanto por lo rudo del terreno , quanto por lo desaliñado del Bosque , poco frondoso, y cortado, para sacár leña.

Los que batían por una, y otra parte el campo se encontraron, estando aún dudosa la luz de la mañana: de ellos empezó la lid: acudió la Cavallería, y los Alemanes cargaron sobre la derecha de los Franceses , que desordenados , hubieran quedado vencidos, sino los socorriese toda la Cavallería de la Manguardía. Con esto se retiraron unos , y otros al Cuerpo del Exercito, porque no bien explicada la luz , la sombra del Bosque prohibía descubrir todo el campo , y cada uno ignoraba , en que forma , y por donde marchaba el enemigo , y no había orden de los Generales , para que se empezase la Batalla : esto fuè al amanecer del dia quince de Agosto.

Con este accidente acelerò los passos el Principe Eugenio : no hizo novedad el Duque de Vandoma , ni aún ordenò las Tropas : estaba desayunandose muy de espacio; y le hubieran cogido los Enemigos descompuesto , si en alta voz el Marqués de Crequi no le avisasse del riesgo : entonces mandò, poner el Exercito en batalla. Estaba ya alto el Sol ; y habiendo suspenso un

un poco la marcha los Alemanes, por no entrár á la acción fatigados , era ya más de medio dia , quando empezó la acción , habiendo sido los primeros movimientos del Principe Eugenio con tal impetu, que se desordenaron las primeras filas de los Franceses , no pudiendo ser socorridas de la Cavallería ; porque con arte el Principe (que no la tenía numerosa) diò la batalla en el lugar más escabroso , y por varias partes cortado. Esto impedía , que jugassen las Bayonetas, y tubiessen gran frente las primeras filas, con q̄ toda la obra estaba cometida á la fusilería , y no podían hazer grande efecto los Cañones de Campaña ; porque no había lados , en que estenderse , y por la izquierda de los Franceses corría el Pò , dexando un poco á las espaldas á Lutzára.

El Rey inflamò con su presencia los animos, tan adelantado á las filas, y baxo del tiro , que no bastando ruegos , casi con violencia le detubieron los tuyos. Embardecidos ambos Exercitos , baxaron , para estrechárse más , una pequeña declinacion , que hazia el Campo: adelantòse el centro de los Alemanes, guiados del Principe Eugenio, y de Comerc, contra el de los Franceses, con tanto impetu, que padeciéron mucho éstos; y como ni unos, ni otros podían volver atrás por lo alto del terreno , se estrecharon tanto , que solo servian las bayonetas. Murieron gloriosamente , alentando los tuyos el Principe de Comerci de los Alemanes, y el Marqués de Chrechi de los Franceses , á los quales socorrió con mayor numero de Infantería , y con su persona el Duque de Vandoma , tanto, que estaban opressos de la muchedumbre los Alemanes.

Entonces hubo menester el Principe Eugenio todo su Arte Militar, y su valor; porque estrechando, quanto pudo, las primeras filas, mandò, que los ultimos , sin volver la cara, ni dexar de pelear , volviessen á subir aquella poca ladera, que habian baxado, y que se uniesen á los Esquadrones, que estaban á la derecha ociosos hasta formar del cuerno derecho , y del centro un solo cuerpo , y dexando solos dos Batallones , que impedían

Comodamente la subida á los Franceses, torciendo un poco, dió de improviso casi con todas las Tropas contra la izquierda de sus contrarios, que estaba muy separada del centro; porque habia en medio una grande cortadura.

Hasta que los socorrió el Duque de Vandoma, padecieron mucho los Franceses, y no se derramó allí poca sangre; pero dividiendo éstos en dos caras el centro, con poco giro llegaron á socorrer á los suyos, que habian retrocedido muchos pasos: la Cavallería les fue de grande alivio, aunque no podía toda pelear; y tanto esforzó su valor el Duque de Vandoma, que no solo recobraron los Franceses el terreno, que habian perdido, pero pusieron en grande aprieto á los Alemanes, hirien-dolos por el flanco; porque los Franceses, que peleaban en el centro, habian yá vencido aquella pequeña ladera, y explicando en la llanura más las filas, peleaba mas gente.

Los Alemanes estubieron obligados, á hazer dos frentes: con todo perdieron casi todo el Campo por el centro, y la derecha: solo les quedaba en él intacta la izquierda, que no habia podido pelear con la derecha de los Enemigos, por lo desigual, y difícil del terreno, y del interpuerto Bosque. Heroicamente pelearon ambos Exercitos, cuya ira duró mas que el dia: ni las primeras sombras impidieron la Batalla; y para que no cesase ésta con ventaja de los Franceses, se esforzó á mantener el Campo el Principe Eugenio, y por más de una hora de noche se quedó formado, aún despues que las tinieblas impidieron el combate. Todos permanecieron aquella noche en el Campo sobre las Armas: por ésto quedó indecisa la victoria, celebrada á un mismo tiempo de ambas partes: como suya la participó el Rey Catholico con el Duque de Bejar á la Reyna. Lo propio hizieron con Oficiales de distincion á sus Cortes el Principe Eugenio, y el Duque de Vandoma: estos Correos se despacharon la noche misma. Al otro dia se hallaron ambos Exercitos en orden de Batalla; pero habian los Alemanes mudado la Artillería, puesta en lugar, que incomodaba mucho

cho á los Franceses; y como nadie quedó enteramente dueño del Campo, hubo una pequeña tregua, para enterar los muertos.

El Rey, viendo, que no daban otra Batalla los Alemanes, volvió las Armas contra Lutzara, que la ganó luego; porque sin otra accion general no la podian socorrer los Enemigos, aunque veian perder en esta Plaza sus Almacenes. Por esto se aplicaron la victoria los Españoles, y Franceses; porque la consecuencia de ella fue tomar á Lutzara, que habia sido la primera intencion del Rey, ni con la batalla lo habia podido impedir el Principe Eugenio. Este dezía, haberla ganado; porque perseveró quatro dias en el Campo, batiendo con su Artillería al Exercito Enemigo, y que habia peleado con inferior número de Tropas, oponiendo 30. á 500.

Quedaronse los Alemanes en las Riberas del Po; y el Rey, para ceñirlos con sus Tropas, mandó hazer una línea desde Guastala á Modena, más fue en vano, porque tambien se habia fortificado el Principe Eugenio con otra, desde la Mirandula al Ferrares, para poder intervenir sobre el Panaro; y no se retiraba, no solo, por no estar adelantada la estacion, pero porque habia tenido en Mantua inteligencia, y pretendía sorprehenderla: esto se desvaneció; porque, el que meditaba ser traydor á los Franceses, revelando al Rey el secreto, lo fue despues á los Alemanes.

Por atrevimiento insigne se debe referir el del Cavallero Davia Boloñes, que servia al Emperador. Con quatrocientos Cavallos, vestidos él, y los Soldados con el vestido uniforme á uno de los Regimientos de Cavallería de Francia, pasó por las espaldas del Campo de Vandoma, y desde el Palmesano marchó hasta Pavia, tomó contribuciones de la Ciudad, las que con gran prisa pudo, y muchas más sacó de los Cartujos, usando del rigor, que inspiraba la fama de sus riquezas. Adelantóse hasta Milan, y al abrir las puertas, ocupó una, saqueó las casas más vecinas, y rompiendo el depósito de un dinero, que procedía de una gavela, no dexó un maravedi; y porque le embarazaba el yellon, lo fue derramando por las

calles à los muchachos, haziendolos aclamar al Emperador. Hasta entonces le habían creído Francés; y quando advirtió que se comenzaba à juntar contra el parte del Pueblo, salió de la Ciudad, y tomando el camino del Bergamasco, aunque con algun gyro, se restituyó à su Campo. Esto sintieron mucho los Franceses, que con su indignacion, hizieron mas celebre la temeridad.

Menos segura estaba la España de lo que el Rey la creia, desarmado el Reyno, descontentos del Ministerio los Vassallos, y discordes el Palacio, porque el Conde de Montellano, con el favór de la Reyna, y de la Princesa Ursini, adelantaba su poder, opuesto à las asperas maximas del Cardenal Portocarrero, queriendo suavizar los animos, para apagar tantas quejas, e introducir el amor al Rey. Deste blando dictamen eran la Reyna, y la Princesa; pero el Cardenal, apoyando à los Franceses, mantenía su antigua authoridad, y había hecho venir de Francia à Juan Orri, para Intendente General del Real Erario, al qual le permitió tanta authoridad, que declinó la del Consejo de Hazienda; porque sin contemplacion alguna pretendía Orri emmendar los inveterados abusos, y usurpaciones de las Rentas Reales. Esta era una dilatarada providencia, y el negocio mas delicado; porque los usurpadores de las Alcaválas, eran los hombres de mayor authoridad en el Reyno.

Habia Ferdinando el Catholico mandado à sus successores deslindar este punto, pero la floxedad de los Austriacos nunca tubo valor de descontentar à tantos, ni aplicarse al util de la Monarchia. Quiso hazerlo Phéipe II: que era hombre aspero, y sin compassion; pero sus theoricas embarazaban la practica de lo mas conveniente. Tambien descuidó de esto la contemplacion de los Ministros de Hazienda, ó el miedo; porque los Magnates, y los que llamamos Grandes habian llegado en tiempo de los Austriacos à una authoridad increíble, y depression de la demás Nobleza, que no había podido llegar à aquel grado, ó por estar lejos del Principe, ó por no haber logrado los cauales accidentes, que alguna vez engrandecen las casas. El

Juan Orri todo lo emprehendió sin humanos respetos, y llegó à una despotica authoridad, que celifaba la de todos, y aun el Cardenal se empezaba ya à doler de su arrogancia, y competido de Montellano, regia los negocios de Estado.

El Almirante, cuyas artes eran las mas proprias para el Palacio, se empezaba ya à introducir con la Reyna, y la Princesa, ayudado de Montellano, que era su amigo: esto dió los zelos más fuertes al Cardenal; porque ya sabía, que aquel era su irreconciliable contrario; y para apartarle de la Corte, inspiró en el Rey, se debía embiar por successor del Marqués de Castéldosrios à la Embaxada de Francia; porque à aquel, despues de haberle hecho Grande de España, se le había dado el Vireynato del Perú. Esto lo cópuso con reflexiones politicas, y que se debía apartar al Almirante de España, y embiarle, à donde no pudiesse hazer mal alguno. Asintió el Rey à este dictamen; y queriendo saber el gusto de su Abuelo, vino en ello el Rey Christianissimo, cuyo magnanimo corazon, y modo el mas obligante, creia atraher à sí un hombre, que no ignoraba, había sido del Partido Austriaco. Con esto se nombró por Embaxador al Almirante. Nada le hirió más: Creyóse ultrajado, comparandose con el antecessor, que aunque era de la Familia Sainenat, muy illustre en Cathaluña, le parecia que no igualaba à su alta esphera.

Cierto es, que hombres tan grandes, como el Almirante, ha muchos años, que no habían ido à esta Embaxada, como Ministros Ordinarios; pero ya à hora eran diversas las circunstancias, siendo una misma Casa de Borbón, la que regia ambos Centros. No solo agitaba al Almirante su vanidad, sino su temor; porque receló, que baxo de algun pretexto mandasse el Rey echar mano de él, y sepultarle en la Bastilla: parecia le indecoroso explicar tanto miedo, y para engañar al Rey admitió el empleo, fiando en tiempo de remedio, y à las que no ignoraba próximas disposiciones de Guerra, las quales noticias había adquirido por Diego de Mendoza, Embaxador

xador de Portugal en España; y tomar más dilaciones; pidió plazo à su partida, con pretexto, de tomar dinero, y facultad Real, para empeñar por muchos años sus Estados, sin que nadie pudiesse penetrar, quan lexos estaba de obedecer.

No había pocos magnates en España tan adversos, como el Almirante, al presente gobierno, pero no estaban tan observados, ni perseguidos del Cardenal Portocarrero, ni tenían contra si mismos la fama de tan grande authoridad, que fue, la que perdió al Almirante, no solo porque le temian los que gobernaban, sino porque, aun para alentar à sus Coligados, le decantaban su parcial los Austriacos, que embiaron à Londres una nota de los Grandes de España, que adherian à su partido, y por cabeza de ellos estaba el Almirante. Esta memoria se esparcia con arte, la qual era falsa, porque ninguno hasta entonces habia dado señas de infidelidad, y todas eran presumpciones, y congeturas de Diego de Mendoza, porque oía tantas quejas contra el Gobierno, y las escribía à Portugal, donde tomaban estas noticias el Principe de Armeftad, que hazia vezes de Ministro Cefateo en Lisboa, y el Chanciller Montuvvia, que lo era allí de Inglaterra, los quales habian reducido el animo del Rey D. Pedro à la neutralidad, y trabajaban, para incluirle en la Liga, no solamente porque necesitaban de aquel Puerto para sus designios, sino tambien, porque les parecia, que aquella era la puerta más facil para la España; que era la principal idèa de la guerra.

Confirmòse en Inglaterra por General de las Tropas Malebaurgh, nuevamente creado Duque. A Peterbourgh se embió à las Indias con una buena Esquadra, y se nombrò, para passar à España con una considerable Armada al Duque de Ormont: juntaronse Naves de Mercaderes, que passaban al Archipiélago, y algunos Corsarios, y se hizo el numero de 150. Velas; no porque fuesse necessario tanto Armamento contra las Costas de España, desprevénidas, y sin Nave alguna,

sino porque importaba à la pompa, y à poner terror à los Reynos.

Aunque el mando de las Tropas de desembarco le tenia Ormont, passò el Principe Jorge de Armeftad, à embarcarse en esta Armada; porque de consentimiento de los Aliados se le habia cometido la disposicion de la Guerra, yà porque le creian práctico en España, y yà porque habia fomentado en ella algunas inteligencias.

Esta poderosa Armada pareció en los Mares de Andalucía, à tiempo que mandaba sus Costas, como Capitan General, D. Francisco del Castillo, Marqués de Villadarias, y todas sus Tropas eran 150. hombres Veteranos, y 30. Cavallos: los que presidiaban à Cadiz, no llegaban à 300. no habia Almacenes, ni Armas, para dár à las Milicias urbanas, ni más disposicion de Guerra, que pudiera haber en la paz. Esto commoviò mucho à la España, turbò la Corte, pero no el animo de la Reyna, la qual, aunque estaba el Rey ausente, ayudada del dictamen de la Princesa de los Ursinos, y del Conde de Montellano, convocò à los Ministros del Gabinete, y habló con tanta eficacia, y modo el más obligatorio, que no hubo, quien no expusiesse sus haberes, y su vida en defensa del Reyno.

No omitió esta aparente demostracion de fidelidad el Almirante, à quien por medio de la Princesa, rogò la Reyna fuesse à defender la Andalucía, con entera, y absoluta authoridad de Vicario General: negòse à ellos, no porque no lo deseaba, para estar al pie de la obra, ver, de què parte pendia la fortuna, y adherir à la más propicia, sino, porque queria ser rogado, para que no se le imputasse jamàs por traicion qualquier siniestro acacimientto, sino por desgracia. Daba por excusa, no querer ir, à perder su honra sin Tropas, ni disposicion alguna de defensa. La Reyna la admitió poco satisfecha, y determinò, que el mismo Villadarias se encargasse de la defensa: entonces rogò el Almirante,

para que le embiaran, y se valió del Conde de Montellano; pero este, no queriéndose hazer cargo de elección tan arriesgada; porque ya desconfiaba de él, mantuvo á la Reyna en la resolución tomada.

El Cardenal Portocarrero, D. Manuel Arias, y otros hizieron un voluntario donativo para los gastos precisos de aquella Guerra. La Ciudad de Sevilla, y la Nobleza toda de Andalucía hizieron los mayores esfuerzos á la defensa: introduxéronse Viveres en Cadiz con la posible promptitud; armáronse las Milicias, la mayor parte con armas propias, y se experimentó en los Pueblos la fidelidad mayor, y eficaz deseo de defender la Corona.

A 24 de Agosto dió fondo fuera de la Bahía de Cadiz la Armada de los Coligados: no tenían seguridad alguna las Navés; pero se estendieron por la Costa: algunas echaron una ancora, otras bordeaban lentamente. El primero, que saltó en tierra, fue el Principe de Armatad; diciendo con arrogancia: *Furé entrar por Cataluña á Madrid, ahora passaré por Madrid á Cataluña.* Esparcio luego con los mismos Payfanos (engañándolos simplemente) varias Cartas al Marqués de Villadarias, y á D. Felix Vallaró; que mandaba la Cavalleria, con quien habia tenido amistad en Cataluña: el Duque de Ormont, también escribió á Don Scipion Brancacio, Governador de Cadiz. El tenor destas Cartas era, solicitarlos á una infamia, entretegiendo con amenazas las promessas, y exaltando el poder incontrastable de la Liga. Esto hizo ningun efecto en la fidelidad de los Gefes, antes se dieron por ofendidos de ignorarlos capaces de una ruindad. Vallaró entregó su Carta á Villadarias: esta, la suya, y la del Governador de Cadiz se embiaron á la Reyna. En Rota detinieron 300. Ingleses: luego la rindió su Governador vilmente, y tomó el partido de los Enemigos: dióle el Título de Marqués el Principe de Armatad, en nombre del Emperador: este ciego, y aselerado premio era, querer atraer á los demás. Otro Regimiento desembarcó en el Puerto de Santa

Santa Maria, Ciudad, no fortificada, y donde cometieron los más enormes sacrilegios, juntando la rabia de Enemigos á la de Hereges; porque no se libraron de su furor los Templos, y las Sagradas Imagenes.

Era la principal idea, ganar á Cadiz: esto lo intentaron, acercándose de Rota á Matagorda, una de las Fortificaciones exteriores más importantes; creyeronlo facil, y acometieron en vano seiscientos hombres: con esto juzgaban, que expugnando este Castillo (que está en el continente fuera de la Isla) se quitaban un grande impedimento, para entrar en el Puerto. Levantaron Trinchera, y le batieron, pero no podian proseguir los aproches por el fuego del mismo Castillo, y del Fuerte del Puntal, que está en el angulo de la Isla de Leon, tan insinuado en el Mar, que guarda el Puerto, y muchas millas del Mar afuera.

Mas oposición hizieron las Galeras de España, y Francia, Mandadas por el Conde de Hernan Nuñez, que estaba dentro del Puerto, y herian directamente las Trincheras, faciles de arruinar; porque estaban fundadas en arena. Baxaron hasta dos mil Ingleses, á defenderlas, pero fue más, para repararlas; porque los Castillos, que levantaron en la proa las Galeras, deshazian de dia todos los trabajos de la noche.

No se atrevieron los Enemigos á penetrar la tierra; porque el Marqués de Villadarias, aunque tenía tan poca gente, levantando polvareda de dia, y haziendo varios, y distantes fuegos por la noche, fingia acampamento de un Exército, y acercaba Partidas de Cavalleria, mezclando la Veterana con la del País, para contener en la orilla á los Enemigos, nunca informados de lo que passaba en tierra, porque, sobre no haber logrado Desertor alguno, se mantenian tan fieles los Naturales, que huían de los Ingleses; y si alguna vez podían hablar con algun Payfano, éste con arte, y amor al Rey, exageraba los preparativos de defensa, impobilitando; ser bien admitidos en parte alguna de la España. En una destas acciones murió D. Felix Vallaró, ca-

si desesperado; arrojándose al mayor peligro; porque se había dicho Villadarias, que allí estaba su amigo Armestad.

Conocer tan Constantes à los Españoles, puso en aprehension à los Ingleses, y el ver, que pocas Tropas, favorecidas de la sombra de la noche, atacaban con imponderable valor las Trincheras, que no pudiendolas reparar à la luz por el cañon de los defensores, determinaron, dexar la empresa, y se retiraron con tanta precipitacion àzia Rota, que seguidos de las Milicias del País, padecieron no poco estrago. Quiso la Retaguardia oponerse, y fué vencida; con esto tumultuariamente volviendo las espaldas, y echando las Armas, solo buscaban Lanchas, en que acogerse à los Navios. Llegò à la orilla una multitud de ellas, pero no bastantes, à recibir los que con panico temor se arrojaban al Mar desesperados: muchas se fueron à pique, cargadas de más gente, que podian llevar, sin orden, ni obediencia: era la confusion el mayor peligro. Seiscientos Ingleses quedaron muertos, sin los que se anegeron. Recobróse Rota, y dexaron en tierra al Governador, que preso despues por el Marqués de Villadarias, le mandò ahorcar. Con esta noticia desampararon à Santa Maria, despues de saqueada con barbaridad.

Viendo, quan difícil era, mantenerse en tierra, determinaron las Naves forzar la cadena del Puerto, formada de encadenadas vigas, y maderos, y echados à pique, inmediatos à ella, por de fuera dos grandes Navios viejos, llenos de piedras, que de tal manera embazaban la garganta del Puerto, que era imposible romperla, como lo experimentaron, aunque à velas llenas, con viento en popa: dos Navios se dexaron ir impetuosamente contra la cadena; porque, sobre resistirse la fuerte contextura de esta, los cañonazos de las fortificaciones exteriores, y de la Ciudad, desbarbolaban las Naves. Por dos vezes intentaron esta violencia, y se maltrataron tanto los Navios, que no les costó poco trabajo repararlos, para poder navegar.

Desesa

Desesperado el Duque de Ormont de poder salir con la empresa, juntando artes Consejo de Guerra, y Marina, determinó desistir de ella, contra el dictamèn del Principe de Armestad, con quien hubo una petada disputa, no sin palabras, que provocaban al duelo: Arguiale el Comandante Ingles de su nimia credulidad, y de haber informado falsamente à los Principes de la Liga, sobre el gran numero de Parciales, que tenía en España el Archiduque; pues en todo este tiempo no solo no pareció uno, pero conocian con evidencia, quan de veras se tomaba la defensa.

El Principe de Armestad dezia: *Que las obras grandes no se bazian en pocas horas, que se debía desembarcar toda la gente, y marchando por tierra al Puente de Suazo, tomado este, apoderarse de la Isla de Leon, y en ella levantar Trincheras contra la Ciudad, que podia sitiarse perfectamente, y rendirla aun por hambre, porque no estaba abastecida: Que se debian a esta tierra batir las Galeras, y echarlas à pique, y poner mejores baterias contra Matagorda, para ser dueños del Puerto; y en fin, ir tomando à Sevilla, y las Ciudades de Andalucia, con la seguridad, que otra tanta gente como habia en los Navios, no tenia de Soldados toda España: Que para declararse los Parciales era menester ostentar mas fuerzas de las que hasta hora se habian manifestado, porque nadie queria buscar cierto su peligro.*

El Duque de Ormont hizo Junta particular de Pilotos, y Capitanes de Navios, preguntando, si podia en aquellos Mares entrar la Armada sin Puerto, y sin peligro, el tiempo, que era menester, para ganar la Tierra, y las Fortalezas, que impedian, poderla poner en seguro? Respondieron: *Que aquella era la Costa mas brava, y tempestuosa de España, donde el Oceano taxaba impetuoso al Mediterraneo, en acrezandose al Estrecho: Que no se podian fiar solo en las Arcoras las Naves, y mas se corriese fiero el Poniente; y assi, que era cierto el riesgo, si grande de la dilacion: Que entrar en el Puerto forzaba la cadena, era imposible sin rendir antes à Matagorda, y el Puente,*

y que así, despues de esso padecería mucho la Armada por los Baluartes de la Ciudad.

De este mismo dictamen fueron los más de los Olandeses. Algunos hablaban con sinceridad, otros por adulacion a Ormont, el qual fundado en estos pareceres, levantò el ancora el ultimo dia de Agosto, y partiò dirigiendo la proa al Cabo de S. Vicente. Diò sus quejas, y sus proteitas el Principe de Armeftad, y escribió agriamente contra el Gefe Inglés à Londres, y Viena: cui le notaba de traydor, y de inteligencia con el Frances. Ni Ormont descuidó de sí; porque diò razon de su conducta, y la infelicidad del exito era un genero de aprobacion, y cargo a Armeftad de embuftero, y credulo; *porque no se habian valido los Parciales Austriacos que decantaba, ni adberido Español alguno à su partido, mas que el Governador de Rota, por necesidad, y fragilidad de animo, despues de ser prisionero: Que se habian declarado toda la Andalucia, y las Castillas por su Soberano, y que en termino de pocos dias se había juntado muchedumbre de gente armada, que aunque imperita, la practica del Pais la hazia formidable, y que en defensa de su propia tierra cada uno sabia ser soldado: por esso no había querido aventurar las Tropas, internandolas en el Pais, ni era facil tomar à Cadix con obo mil hombres, resuelto su Governador à defenderla hasta el extremo: que sin esso no podian las Navas entrar en el Puerto; y que en fin, la Expedicion se fundaba en las que suponía inteligencias Armeftad, tan al contrario experimentadas, que el Almirante de Castilla había sido el primero à ofreser sus haberes à la Reyna, para defender la Andalucia, y que así no le había parecido proseguir una Guerra, donde los Alemanes hazian inutilmente gastar à sus Aliados.* Estas razones de Ormont prevalecieron a las de Armeftad entre los Ingleses, y Olandeses, pero no en Viena, donde entrò alguna desconfianza, que no querian aquellos hazer la Guerra de **VEIAS.**

Desengañado el Almirante de Castilla, de que se perdièsse entonces la Andalucia, como esperàba, pertinaz en su error, y rendido altemor de la desgracia, resolviò, buscar otro expediente contra ella, haziendose más infeliz con el remedio; porque determinò engañando al Rey, tomâr refugio en Portugal. De nadie fiò esta resolucion, más que de Diego de Mendoza, Embaxador de aquella Corona; y para executarlo mejor, fingió la jornada para Francia: llevòle por camaradas à D. Pasqual Henriquez, hijo de su hermano, el Marquès de Alcañizas, al Conde de la Corzana, à quien embió à llamar desde Asturias, y à dos Jesuitas, el P. Casneri, y el P. Alvaro Cienfuegos: juntò gran cantidad de dinero, y joyas: despudiòle de la Reyna, y de la Corte, y partiò como para Francia, dexando las Letras Credenciales, y las Instrucciones, y un Correo, que le alcanzasse con ellas; porque había menester desta circunstancia su ficcion. El secreto fue toda la felicidad de su idèa, porque à nadie lo descubrió.

A tres jornadas llegó el Correo, que con estos papeles esperaba: nadie supo, lo que traía, y así pudo fingir ira, y enojo, diciendo à los suyos, había recibido una nueva orden: ni la propalò, hasta que llegando à parage, en que se dividen los caminos para Portugal, y Francia, dixo, que le había la Reyna mandado, passar antes à Lisboa, para assegurar en la amistad à aquel Rey; y así à grandes jornadas llegó à Zamora, y engañando con este pretexto al Governador, entrò en los terminos del Reyno de Portugal. Entonces juntado sus camaradas, quitò el velo à su bien observado disimulo, y diò las causas, para haber buscado refugio. Dixo: *Que no faltaba al Rey, pero que se retiraba de sus Reynos, hasta que mejor informado de lo que lo estaba de sus enemigos, conociesse su inocencia. Que la Embaxada de Francia se la habían dado, meditando su ruina, y su opresion, siendo authores de este engaño el Cardenal Portocarrero, D. Manuel Arias, y sus allegados: Que era licito al Vassallo mesurar desde el asylo la pureza de su intencion, y*

Ins

sus quejas; señalaba estos de la mayor entidad, por lo que habian ultrajado su persona, y dábale credito à las invenciones, y falsedades de sus enemigos, notándole de constante parcialidad à los Africanos, la qual ellos decantaban, para adelantar su partido con el exemplo, habiéndole publicado el Principio de Amistad, que la expedición contra Cadix se habia fundado, más que en las Armas, en las artes, que con él tenia, y en su inteligencia: Que nada de esto ignoraba el Rey, avivada su desconfianza por las artes de sus emulos, y que así no se podia fiar de un Principe irritado, pareciéndole cosa estraña, é impropria, que fuese sucesor à la confianza de hazerle su Ministro en Francia, entre tantos rezelos, que de él tenia la Corte, pues se le habia quitado el empleo de Cavallero Mayor, apartado de todo manejo y tratado con desprecio: Que esta más que declinacion de fortuna, eran claros preliminares de una desgracia, que no tendria remedio, si se trataba con desconfianza: Que la ley natural queria, desde la seguridad del refugio, volviendo por sí, y por su honor, manifestar al mundo, y al Rey sus razones: Que se habia llevado aquellos amigos para consuelo de sus trabajos, y consejeros en sus dudas.

De otra manera habló à sus criados, y con menos razones les dió libertad, ó para proseguir con él el viage, hasta Lisboa, ó para volverse à España. Ni todo esto pudo proferir, sin aflorarle lagrimas à los ojos. Habíasele rendido el corazón al golpe de la desgracia, y se quejaba con una triteza de semblante tan irregular, que tiñó de sus afectos à los que le escucharon: alentóle el P. Alvaro, y ofreció, seguirle en qualquier fortuna: los demás callaron, y menos algunos criados, todos le siguieron hasta Lisboa, donde se le señaló una Casa de Campo del Duque de Cadaval. El Rey D. Pedro le recibió con benignidad: el Almirante habló poco, y no muy desembarazado; dixo: *Que buscaba en la generosidad de aquel Principe su refugio, buyendo de la cruel calumnia de sus emulos, hasta que su Soberano estubiese bien informado, à quien no pensaba faltar, sino manifestarle su inocencia.*

El

El Embaxador de España, Marqués de Capescia-latro, le publicaba rebelde, y le trataba como tal, y persuadió secretamente à su sobrino, D. Pasqual Henriquez, que se volviese à España, como lo executó, huyendo de su Tio, contra quien, llegando à Madrid, depuso quanto en forma judicial se le preguntó por el Juez deputado, à formar el processo contra el Almirante. La Reyna le recibió con agrado, y tubo una carta muy agradecida de su Padre, el Marqués de Alcañizas, que vivia en Rio-Seco.

El Almirante sacó un Manifiesto, que propriamente era una satyra contra el Gobierno; pero siempre protestó, observar la debida fidelidad al Rey, cuya benignidad imploraba. Restituyó el dinero, que se le dió de ayuda de costa para el viage à Francia, engañándose à sí mismo con el fabuloso cuydado de su honra: queria la restaurar, quando la perdía, y esclavo de sus afectos, y de su soberbia, se dexó llevar de una vanidad, que degeneró en abatimiento; porque luego trató con los Ministros de los Principes Enemigos del Rey Catholico, y nombraba al Archiduque, Carlos de Austria con estilo, que solo esto era rebeldía; porque dos Reyes de España no podía reconocer. Concluida la causa, le declaró el Rey por rebelde, aunque no le pregonó, y le mandó confiscar los bienes.

Este primer rebelde, como por su alta esfera en Castilla ocasionó en todos tanto reparo, sirvió à muchos de pésimo exemplo, y à no pocos ignorantes, que despues faltaron al Rey de irracional disculpa, como si el más alto grado de nobleza tubiese authoridad de hazer licita una infamia, antes à proporción. Esto puso en mayor desconfianza al Rey; porque las Casas de primera magnitud en Castilla todas tenían inclusion con la del Almirante: ninguno tenía más allegados, y dependientes, por su autoridad, su riqueza, y su artificiosa afabili-

bilidad, no sin agudeza de ingenio, traviesso, y de feliz explicacion.

Mientras la Armada Inglesa, y Olandesa, doblado el cabo de S. Vicente, navegaba con proa incierta, esperando la Flota, que venia de la America, (porque ya habia tenido noticia, que no podia distar mucho de los Mares de España, y era su regular Puerto Cadiz) habia ya aquella llegado à Galicia, y advertida, por sus Navichuelos de Aviso, embiados à reconocer los Mares, que estaba la Armada Enemiga esperandolos: tomaron el Puerto de Vigo el dia 22. de Septiembre, aun repugnandolo el Virey de Galicia, Principe de Brabanzon, por lo poco seguro de aquel parage. Una Nave aportò en S. Lucar, cinco en Santander, tres de las quales pertenecian à los Franceses, que con 23. Naves de Guerra, baxo el mando del Señor de Chaterno, escoltaban las Españolas, mandadas por D. Mannel de Velasco. Estendieronse por la Ria hasta Redondela, y le servian de antemural las Naves Francesas, dadas fondo en forma de defender la boca del Puerto, en el qual se construyó una cadena de fuertes leños, y hecha como una estacada, fortificaron la garganta del Puerto, quanto fue posible. Este le guardaban dos antiguas Torres, llamadas Rade, y Corbeyro, pero consumidas de los siglos, que à pocos cañonazos podian resistir: presidaronse de gente de la Flota, y se mandaron venir las Micias Urbanas, para coronar la Ribera, y llenar, sino de Soldados, de gente, los Baluartes, y Muros de la Ciudad.

Habia la fortuna hasta entonces explicado se propicia, y ya en España, y en el Puerto, quanto de Indias se traía, en pocos dias se podia todo poner en tierra; pero una intempestiva, y fatal question convirtió en desgracia la dicha.

Pretendió el Comercio de Cadiz, que na la se podia desembarcar en Galicia, que eran aquellos sus privilegios, y que se debian conservar seguras en el Puerto, cargadas las Naves, hasta que se fueran los Enemi-

gos.

gos. Sobre esto no fuè tan breve, como pedía la necesidad, la expedicion del negocio en el Consejo de Indias, ya por la natural lentitud, y madurez Española, ya porque eran varios los pareceres: por fin, sin determinar absolutamente la duda, se embió à D. Juan de Larrea, para que sacasse luego de las Naves el oro, y la plata: ni esto se executò antes de cumplido ya un mes, que habian llegado al Puerto. No se diò prisa à sacar las mercaderias, quando estas excedían à la plata en valor.

Ya habia la Armada Enemiga alcanzado la noticia, que estaba en Vigo la Flota, y à 22. de Octubre, con viento favorable, llegó à aquella Costa: desembarcò quatro mil hombres, y plantando baterias contra las Torres del Puerto, las ocupò con poco trabajo, desamparadas de los que las presidaban, siendo imposible defenderlas, ni ser su fabrica capaz de resistir la bateria. Como era favorable el viento, dos Naves à un tiempo à velas llenas, armada de los acostumbrados picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al Puerto las que seguían, despreciando los cañonazos de los Baluartes de la Ciudad, que no sin fruto incessantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez Naves de Guerra Francesas, (las demás se habian vuelto à sus Puertos) y se travó una batalla cruel, con tanto teson de una, y otra parte, que mezclados los Leños, casi era inutil el cañon: peleabase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas, y bolas de betun ardiente.

Desearan los Franceses venir al aborde; porque estában más bien guarnecidos de Gente de Guerra, pero los Ingleses toda la lid cometieron al fuego; y siendo en numero superiores, no podian diez Naves defenderse de tanta multitud de Leños enemigos, que suplían siempre los maltratados. Las de la Flota procuraron internarse más en la Ria, por si podian tener socorro de tierra, y echar à ella los fardos de las mercaderias; pero los Ingleses habian ocupado la orilla, y à fusilazos embarazaban à los Españoles sus faenas, permaneciendo à pe-

cho.

cho descubierto contra la Artilleria destas Naves, que se defendían valerosamente. Las que estában más protegidas de los Baluartes de la Ciudad, y más vecinas à ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderias, con poco logro; porque mal guardadas en la confusion, el mismo Payfano llamado à defenderlas, las robaba. No se puede describir dia más cruel, ni más lastimoso, por el innumerable genero de muertes, que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho.

Los que siguieron las Naves de la Flota hasta lo más baxo de la Ria, (vencidos yà los Franceses, que hazian frente) pretendían apagar el incendio, por la ambicion de la presa, porque D. Manuel de Velasco, à quien no desamparò el valor, sino la fortuna, mandò quemarlas: èsto mismo hizieron los Franceses, echandose al Mar la gente, que salvarse pudo. Los Enemigos yà no cuidaban, sino de apagar las llamas, aunque veían, que la mayor parte de las mercaderias se habian echado al Mar. Muchos perecieron, buscando en el centro del fuego las riquezas; èstos, y los que murieron en la Batalla, fueron 800. Ingleses, y Olandeses; 500. quedaron heridos, y una Nave de tres puentes Inglesa incendiada; pero tomaron 13. Naves de Españoles, y Franceses, entre èllas siete de Guerra, y seis de mercadería, aunque muy maltratadas, y medio quemadas algunas: las demás las echaron à pique, ò las entregaron à la llama en el ardor del combate. Murieron en èl dos mil Españoles, y Franceses, y pocos dexaron de estar heridos.

Valerosamente se portaron los Gefes de la Armada Inglesa, y Olandesa, Ormont, Halemundo, y Colembergh fueron vistos por su mano pelear en el mas estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos infelices, fueron el Señor de Ciatero, y Velasco. Se gloriaron aquellos, que el valor de lo apressado subia à la summa de quatro millones de pesos; más de ocho, es cierto, que perdió el Comercio de Cadíz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos enemigos,

Y.

y así no era todo ageno, lo que tomaron, y echaron à perder. El Rey perdió más que todos, no solo en no quedarle Navio para Indias, y en lo que habia de percibir de las Aduanas, si se introducian todas las mercaderias, como porque fue preciso despues valerse de Navios Franceses para el Comercio de la America, que fue la ruina de sus intereses, y de la de sus Vassallos.

Al otro dia de la sangrienta Batalla hizieron bakar al Mar los enemigos gran numero de Buzos, con poco efecto; porque la Artilleria de la Ciudad lo impedia, y volviendo à embarcar su gente, llenando de flamulas, y gallardetes los árboles, cantaban con flautas, y pisanos la victoria; así dirigieron la proa à sus Puertos, dexando llena de tristeza, y de horror aquella tierra. Luego buscaron los Españoles, y se recobró lo que aún no habia corrompido el agua. Desta desgracia nacieron infinitos pleytos en toda la Europa; porque toda estaba interesada.

Al Rey Catholico le alcanzò en Genova esta noticia, donde estava magnificamente hospedado de aquella Republica en el Burgo de S. Pedro de Arenas. Con esto apresurò su viage para España, embarcandose en las Galeras de Francia: Era su intencion ir à Barcelona, pero furioso el Mar, y contrario el viento, le obligò à desembarcar en Antibio. Siendo la estacion tan poco à propósito, para navegar, era perder mucho tiempo esperar, à que se mudase favorable, y así emprendió el viage por tierra, y en breves dias llegó à Barcelona. Luego con particular decreto, cesò el Gobierno de la Reyna, aunque à largas jornadas se encaminaba el Rey à Madrid, adonde no pudo llegar antes, que el año de 1702. feneciese.

E

AÑO

AÑO DE M. DCC. III.

LIBRO IV.

NO negaba el Rey claramente concluir las Cortes de Aragon; pero lo diferia, que era un modo no injurioso de negarlo. De esto se dolia el Reyno, y de que habia merecido menos, que Cathaluña: estas quejas, nunca satisfechas, se entregaron más al disimulo, que al olvido.

El Rey entrò en Madrid el dia 27. de Enero, recibido del Pueblo con el acostumbrado aplauso, y alegría. Lo interior de la Corte, y la parte de ella mas principal ardia en odios, y artificios, que inspiraba la ambicion: vino con el Rey el Cardenal de Etrè, Embaxador de Francia, con ideas de mayor autoridad, que podia tener, defendiendo la fuya el Cardenal Portocarrero, y D. Manuel Arias: no era poca la que tenia el Conde de Montellano con el favor de la Reyna, y de la Princesa Ursini, que ya comenzaba à explicar su poder, ingiriendose en los negocios más graves, y usando las artes posibles para conservar amante del Rey à la Reyna, à la qual enteramente poseia. Montellano dissentia en un todo de las maximas austeras de Portocarrero, y Arias; y aunque solo era Presidente de Ordenes (pues habia ya vuelto el Mayor-domo Mayor de la Reyna, Conde de S. Estevan) le quedaron à Montellano los honores, y la entrada en el Quarto de la Reyna: con esto se alimentaba el favor, y disponia la Princesa, que el Rey separadamente le consultasse las más graves materias.

El Cardenal de Etrè, por necesidad, que se tenia de la Francia, más que por genio del Rey, resolvia lo mas principal; y dispuso, que nada despachasse en

su casa Portocarrero, y que se llevasse todo al Consejo del Gavinete. Esto le empezó à commover, y más quando viò, que no era su voto atendido: hablaba ya mal de los Franceses, y que no debian usurpar el mando à los Españoles, sin advertir, que era su adulacion, quien los habia introducido al Gobierno, y que declinaba su authoridad, por donde pensò ensalzaria. Etrè, sin atender à estos respetos, obraba impetuosamente, y pretendiò, le visitasse en su casa el Presidente de Castilla. El Rey se inclinaba à esto; porque le parecia, que siendo Cardenal Forastero, y Embaxador, no perjudicaba à las preeminencias de aquel empleo. D. Manuel Arias mostrò gran firmeza en sostenerlas, exponiendo al Rey sus razones, y suplicandole, que si en esto se hallaba mal servido, le exonerasse del cargo. El Rey nunca quiso interponer su decreto, y Etrè se quejó desta, que le parecia demasiada circunspeccion del Presidente al Rey de Francia, que juzgandola cosa de poco momento para tanto empeño, le ordenò, no tratasse más de esso, y dexasse las etiquetas, y formalidades de los Tribunales, como las hallaba.

Esto espino los animos; y aunque la Princesa no era amiga de Portocarrero, ni de Arias, se conjurò con ellos contra Etrè, con quien habia tenido una disputa; porque pretendia libre la entrada en el quarto de la Reyna. La Princesa, como Camarera Mayor, guardando las Leyes de la etiqueta del Palacio Español, lo prohibia, lo que alterò mucho el animo del Cardenal; porque se habia lifongeadado, venia no solo à hazer la primera, pero la unica figura en la Corte: por esso, aunque era Francès, lo era tambien molesta la grande authoridad, que Juan Orri tenia sobre la Hazienda Real. Este aunque, como diximos, era impetuoso, y pertinaz en su dictamen, puso en buena forma el Real Erario, y le reintegrò en muchas rentas, que le tenian usurpadas, executando sobre las Alcavalas, lo que no se habian atrevido à hazer muchos Reyes, aunque lo ordenasse en su Testamento Ferdinando el Catholico; porque

el descuido de los Ministros de Hazienda, ó el poder de los que las habian usurpado, dexò inveterar el abuso.

Desde que se concedieron à los Reyes por toda Castilla la Vieja, en las Cortes de Burgos, y se ampliaron para ambas Castillas en las de Alcalá al Rey Don Alonso el Onceno, vendieron muchas Alcavalas los Reyes, e peñaron otras por tiempo limitado, algunas dieron por remuneracion de servicios, y por equivalente de pretensiones contra la Corona: Otros las poseian sin más derecho, que un abuso envejecido por siglos, con la buena fé, q̄ solo esto les daba accion, para mantenerlas.

Juan Orri, aplicando antes al Real Erario todas las Alcavalas, mandò, que cada uno traxesse los instrumentos justificativos de su posesion, formò una Junta, en que se examinaban las razones del Rey, y de las Partes, y se administrò exactamente justicia, restituyendolas, à quantos tenian legitimo derecho, y quedandose el Rey, con las que claramente le habian usurpado.

El Rey de Portugal, despues de haber firmado la Liga, que diximos, escribió al Emperador, y à los Ingleses, que aquella solo se reducía à defensiva de sus Estados, y à no permitir passo para la España, que era una mera neutralidad, que no impedia la buena inteligencia, ni el Comercio. Con esta ocasion embió el Emperador por su Embaxador Extraordinario à Portugal al Conde de Vostein, y supo introducirse tanto en la gracia del Rey, que tubo forma de proponerle, no solo que dexasse la neutralidad, pero que entrasse en la gran Liga ofensivamente; pues siendo la Guerra, que por la Estremadura se hiziesse, la que más vivamente heria el corazón de la España, reconoceria los Aliados este beneficio, como de su mano, dexandole dueño de Estremadura, y de Galicia, q̄ serian las primeras conquistas, y de buenos Ayres en Indias. Que nada gastaria en la Guerra, aùnq̄ levantara 200.000. hombres, porq̄ lo pagarian los Aliados, de q̄ le resultaba el beneficio, de que entrasse tanto dinero en el Reyno, y exercitasse en el Arte Militar sus gentes. Estos ofrecimientos confirmabã los Ingleses, y Olandeses. No se acababa, de determinar el Rey, aùnq̄ el Embaxad. Austriaco le habia ganado el animo, y el dictamē de su Cōfessor.

El Almirante de Castilla, que con el Conde de la Corzana habia abrazado claramente el Partido Austriaco, facilitaba la conquista de la España, como cosa infalible, y de ningun trabajo, no solo por lo desarmado de ella, sino por el gran Partido, que tenia la Casa de Austria en la primera Nobleza, y los Pueblos.

No dexaba de esparcir las mismas reflexiones el P. Alvaro Cienfuegos, hombre de sublime ingenio, y de natural eficacia en las palabras. No faltaban en Portugal otros, que persuadian al Rey lo contrario, pero importò mucho, para determinarle, lo que de Madrid escribió su Embaxador, Diego de Mendoza, hombre adverso à los Españoles, poco amigo de la quietud, y embevido de especies vastas, y de ideas superiores al poder de su Soberano.

El primer passo, que el Rey diò à impulsos de los que querian la Guerra, fue leer las Cartas de Mendoza en una Junta particular, que hizo, à la qual admitiò à los Embaxadores de Alemania, Inglaterra, y Olanda, como para ser oídos, y estos configuieron, que interviniessse también el Almirante. El tenor de las Cartas era este: *Que estában las cosas de España en el estado más infeliz, sin fuerzas, para sostener la Guerra, sin Armas; ni Tropas, ultrajada la Nobleza, è igualmente descontenta, como los Pueblos, dividido en vandos el Palacio, y los que governaban, aborrecidos los Franceses, adverso yà à ellos el Cardenal Portocarrero, desconfiado el Rey de los Magnates, quexosa la Andalucia, de haberse el Rey en Vigo apoderado de sus caudales, sin puntual examen, de si eran sus enemigos, ó de sus Vassallos, despreciando la Consulta del Duque de Medina-Coeli, Presidente de Indias, que irritado de esto, habia dexado el empleo. Que estába el Reyno de Aragon quexoso, por haberle negado las Cortes, que se concedieron à Cathaluña, donde se contaban pocos leales; y que si se daba tiempo, à que la España se armasse, padeceria Portugal, desprevenido, las primeras ofensiones. Que toleraban mal los Principes un Neutral, y que yà rota la Alianza con España, se habia cargado de otro riesgo, porque era preciso, haberla religiosamente observado,*

varsele enemigo. Que el Dominio del Mar le tenían los Ingleses, y Olandeses, y que de ellos no podía defender el Francés al Brasil, y las Indias Orientales, ni aún à Lisboa, si la invadiesen; porque sobre no tener el Francés tantas fuerzas marítimas, sostenía solo la Guerra en Italia, en el Rbin, y en Flandes: Que estaban empeñados los Aliados, en perficionar la obra, y que no tardaría, en declararse por ellos el Duque de Saboya, que xoso, y atento à su utilidad. Que caería infaliblemente el Trono de España, si se le internasse la Guerra por Estremadura; y que no podía esperar Portugal de confirmarse poderosas estas dos Coronas, sino un eterno temor. Que quando cayesse el Trono de España, no podría dexarle de tocar algun deshecho fragmento de maquina tan vasta; pues no había otro medio de dilatar los Imperios, que con la ruina de los confinantes; y que estando tan ceñido el de Portugal, no se debía perder la oportunidad de estenderse por la Galicia, y Estremaduras; porque no la hallaría semejante. Esto persuadía en sus bien compuestas Cartas Mendoza, cuyo dictamen tubo muchos sequazes; porque habían los Aliados con dinero corrompido à muchos, y los Alemanes al descuido se dexaban entender, que casarían al Archiduque Carlos con la Infanta de Portugal.

De contrario parecer era el Duque de Cadaval, Principe de la Real Sangre, serio, y prudente. Dixo: Que no tenía fuerzas el Reyno, para emprender una Guerra sin necesidad, que constaba solo de seis Provincias destacadas por accidente de la España, con solas tres Plazas Fronteras: que si estas se perdiessen, ò arruinassen, y se debastasse con hostilidades la tierra, sería irreparable el daño. Que para la propria defensa se debía aventurar todo, pero no por intereses agenos, con soñadas utilidades, que dependian de la fortuna. Que fuesse Borbón, ò Austriaco, uno sería siempre el Rey de España; las mismas sus maximas contra Portugal, à quien no daría parte de sus Reynos, y más aquellos, que le servían de antemural. Que había más que temer de los Austriacos, si volviessen à ocupar el Solio; porque de su Dominio se había apartado, el que, siendo Duque de Berganza, se coronò Rey; y aunque aquella fue ofensa hecha à la Magestad,

gestad, que siempre es la misma, estába de más el acordarse que se hizo à la propria Familia. Que no se debía aventurar la possessión cierta, y la quietud por ideados aumentos, y promessas, que no quiere cumplir la soberbia del vencedor, ni puede la infelicidad del vencido. Que eran las Ligas de muchos Principes necessariamente poco duraderas, y fementidas, y que siempre quedaba peor el menos poderoso. Siendo cierto, que la vastidad de los Reynos de España no se podía ganar toda en muchos años à fuerza de guerra, sosteniendo el empeño la Francia, cuyo poder, por su situacion, por sus naturales fuerzas, y admirable armonia, con que la gobernaba el actual Rey, era igual al de los Aliados, sin contar el invencible, que adquiriría la España, bien regida, y exercitada en la Guerra. Que la haría cruel contra Portugal el envejecido odio de los Castellanos, y mas sin razon provocados; porque no la había alguna, para romper la Paz, hecha con la Reyna Maria Ana de Austria, en nombre de su hijo Carlos II. Que las maliciosas insinuaciones de casar al Archiduque Carlos con la Infanta de Portugal, eran artes de Corte, para dar otro color más al engaño, porque esta Princesa tenía solos ocho años, y muchos más el Archiduque, que aunque era un gran Principe por su Real Linage, no se le conocia mas Estados, que los que le podía dar la fortuna, y que no era razon entrar el Reyno de Portugal à aventurarse en la agena, y que sino le socorrian con muchas Tropas, no podría hazer la Guerra, y con ellas exponía su libertad à una necessaria servidumbre, y la pureza de la Religion Catholica, à que la contaminassen en los Pueblos tantos Hereges.

Este dictamen no tubo aceptación en el Rey; y más poseído del temor, que de la ambicion, adhirió à la Liga contra España, y se firmaron en Londres los Capitulos. Ofrecieron los Ingleses el dinero, que fuese menester para el Exercito, que había de militar en Estremadura, dandole por Gefe à un General Portugués, al que se habían de agregar ocho mil Ingleses, y si fuese menester hasta doze mil.

Los Austriacos nada dieron más que esperanzas; prometieron dar parte de la Estremadura, y de Galicia,

despues de haber conquistado toda la España. De las que precedieron disposiciones à esta Liga, y las que penetrò en el animo del Rey D. Pedro, yà habia dado cuenta al Rey Catholico el Marquès D. Domingo Capcialatro, su Embaxador en Portugal; pero les pareció à los Españoles, no dárse por entendidos, hasta que se publicassen los Capitulos de la Alianza, bien que yà habia sacado de Madrid el Rey de Portugal à su Embaxador, y el suyo de Lisboa el Rey de España, mientras se hazian reclutas, y baxaban Tropas Francesas.

A pocos dias se publicó formalmente la Guerra por una, y otra parte, y por ambas se fortificaron, quanto era posible, y presidiaron las Fronteras. Embiaronse à la Estremadura Tropas con el Principe de Esterclayes: baxaron de Francia doze mil hombres con el Duque de Vvervich, hijo natural del Rey Jacobo II. de Inglaterra, hombre de valor, prudente, y experimentado, à quien se diò el mando deste Exercito. Tambien se hazian Levas en Portugal, y se nombrò por General de la Cavalleria al Almirante de Castilla: agregòsele el Conde de la Corzana con el mismo grado, que tenia en España: estos fueron en esta Guerra los primeros Españoles, que tomaron las Armas contra su Rey, y los llamaban en su proprio Exercito los primeros Rebeldes.

A este tiempo justamente atemorizado el Pontifice de los grandes terremotos, que sucedieron en sus Estados, y en el Reyno de Napoles, con desolacion de Pueblos enteros, y ruina de muchos, y magnificos edificios, parecióle, aplacarìa en parte la ira de Dios, si exortàse los Principes à la Paz, y así embiò varios Nuncios Extraordinarios à las Cortes más principales, sin fruto alguno. Fue à España el Arzobispo de Damasco, Antonio Felix Zondadari, q̄ despues se quedó por Nuncio Ordinario. Fuele facil persuadir al Rey à la quietud; pero como la España, y la Francia solo se defendian de sus Enemigos, era arduo persuadir à aquellos, obstinados en su empeño, y prosiguiò la Guerra mas vi-

gosa. Para adelantar la de Italia, fortificò Guido Starembergh à Ostiglia, ante cuyos Muros plantò los Reales, adelantandose con un Destacamento, à cubrig à Mirandula el Principe de Lorena.

Habian los Alemanes hecho diques à las aguas del Pò, junto à Ostiglia, à quien invadiò el Frances: dexòle empeñar en el Sitio el Principe Eugenio, hasta abrir trinchera, plantar bateria, y hazer brecha; y quando estàba, para dár el assalto el Duque de Bandoma, soltaron tan oportunamente los Alemanes las aguas, è inundaron el Campo de los Enemigos con tal impetu, que se llevaron las Trincheras, las Tiendas, y todos los instrumentos, y preparativos para el Sitio. Huyeron los Franceses precipitosamente, màs lo seguia el agua: padeciò mucho la Infanteria.

Los que ensalzaron el ardid del Principe Eugenio, censuraban el error de los Franceses, en haber atacado à la Ciudad por la Ribera más inferior, y pantanosa del Pò, cuyas aguas dominaban al Campo, quando, si antes hubiesse tomado à Mirandula, no podia mantenerse en Ostiglia el Principe, ni tenia más retiro, que al Estado Veneciano, y empezaria de nuevo la Guerra. Este fue el parecer del Principe de Vaudemont, pero le despreciò Bandoma.

El Theniente General Albergoti assaltò el Destacamento del Principe de Lorena con tanta infelicidad, que fueron los Franceses vencidos: hubiera sido mayor el estrago, si D. Mercurio Pacheco, Conde de S. Estevan de Gormaz, (hombre de no vulgar valor) no hubiera resistido con su Regimiento de Cavalleria Española el impetu de los Vencedores. Alternaba la fortuna las dichas con las desgracias; porque à este mismo tiempo tomó el General Torralva Español à Briscello.

Aunque hazia la Guerra en Italia el Frances, tenia más altas ideas, pero dependian de la suerte del Duque de Baviera. Habia secretamente determinado baxar contra el Tiról; y en caso de ganarle, tenia orden al Duque de Bandoma de juntar à los Bayaros gran parte

de sus Tropas : empresa , que si la prosperaba la fortuna , estában expuestos à gran riesgo los Estados Hereditarios de la Casa de Austria , y corrían los Franceses , en dificultad , desde el Rhin , hasta el talon de la bota de Italia (que esta es su figura , que remata en Napoles .)

Luego que penetró tan vastas idéas el Duque de Saboya , y tan perniciosas à su seguridad , determinó secretamente apartarse de la Liga de España , y Francia , y adherir à los Austriacos , si se ponían en execucion ; porque le pareció más heroyco , disputar su desgracia , que dexarla llegar .

Los Franceses llevaban esto con gran secreto , pero las mismas operaciones del Bavaro lo daban à entender ; porque no se podia con otro fin empeñar en la conquista de un País difícil , estéril , pobre , y afecto à su Soberano . Contra él tenía prevenidos dos Exercitos el Emperador : uno conducía el Conde de Skilich , para infestar la Baviera , y constaba de veinte mil hombres : catorce mil introduxo al Palatinado el Conde Stirum : Los Prusianos sitiaron à Rhenoberga .

Ni , aún estando ceñido de enemigos , se amedrentó el Duque de Baviera : en quatro dias ganó à Neoburgh : intentó llevar à su partido al Circulo de Franconia , ó que se quedasse neutral ; pero ya los había ganado el Cesar . Rindióse Rhenoberga por hambre , à tiempo que el Mariscal de Villars había pasado el Rhin , aún observado del Principe Luis de Baden , que retrocedió con su Exercito , despues de haber presidado el Fuerte de Kell con quatro mil hombres . Quedó con un Destacamento el General Sibrach ; pero fue vencido de los Franceses , y seguido hasta un vecino Bosque , en que se refugió : no dexó de quitarle mucha gente la espada del vencedor , y la desercion más .

Apartados estos dos Cuerpos de Tropas enemigas , puso Villars en contribucion , quanta parte de la Germania alcanzaban las suyas , y puso sitio à Kell , batido desde el dia cinco de Marzo con ochenta Caño-

nes , y sesenta Morteros : era su Governador el Conde de Usbergh : hizo lo que debía ; pero al fin cedió à la fuerza , y ganaron los Franceses la Plaza en pocos dias .

El Principe de Hessecaesèl sitiaba à Trabrach : socorrela el Mariscal de Tallard , y levanta el sitio . Creyendo ocupados à los Alemanes , cubria con una linea la Baviera el Duque ; pero la forzó Sckilich , y penetró en la Provincia , haziendo hostilidades tan barbaras , que excedían los estilos de la guerra ; porque esta era la que hazia con mayor animosidad el Emperador , cuyas Tropas sitiaron à Riden , que rindieron con facilidad : con esto huyeron de incendiar gran parte de la Baviera , hasta el rio Inn , donde plantó su Campo Sckilich à los treinta de Marzo . El Duque de Baviera determinó seguirle , y emprendió la marcha en una noche sumamente fria , y cubierta de niebla , y marchando hasta el Alva , vió una partida de Cavallos ligeros de los Enemigos , que baxian la Campaña : deshizolos luego , matando la mayor parte : los que escaparon , dieron à Sckilich noticia , que venia con sus Tropas el Duque ; y no esperando , à que llegasse , se retiró con las suyas à Passavia , dexando , para asegurar la marcha , ocho mil Saxones , que disputassen al Duque la suya , dispuestos en las sendas mas angostas : llegando à ellos los Bavaros , se travó una sangrienta disputa ; fueron los Saxones vencidos , quedaron prisioneros trecientos , y muertos quatro mil , mil Bavaros , y entre ellos el Conde Leopoldo del Arco .

No pareciendole à Sckilich estaba seguro en Passavia , la desamparó . No estaban de buen semblante las cosas de los Coligados ; porque oprimian la Germania con duros tributos Bavaros , y Franceses , y por el alto Rhin entró con un Exercito Luis de Borbón , Duque de Borgoña , pretendiendo juntarse al del Mariscal de Tallard .

Los Confederados tenían tres Exercitos , y el mayor le mandaba el Duque de Malbruch Inglés , que

marchaba àzia Mastrich : otro el General Overchercher àzia el Palatinado Alto : otro el General Cohoorn, Olandès , que iba contra Bona.

Mandò el Rey Christianissimo à Villars, que por la Selva negra juntasse sus Tropas con el Bavaro , porque ya expugnados Kell , y Keutringenna , era dueño de las Riberas del Danubio. El Bavaro, despues de haber hecho no pocas hostilidades en el Palatinado inferior, determinò acometer à Stirum. Guardaba el rio Vuilso con un fuerte Destacamento el Baron de Aspach; y mientras el Duque de Baviera marchaba al Puente, mandò, que le acometiesse el General Vechel, para que embarazados los Austriacos , pudiesse el Duque ponerse sobre Amberga. Favoreció la suerte esta idea ; porque mientras peleaba Stirum (que fue poco despues vencido , y se retirò à Franconia) convirtió sus Armas el Bavaro contra Amberga, y la rindiò. Marchaba por caminos dificiles , asperos, y no conocidos Villars , y àunque le embió el Duque de Baviera guias , siempre era ardua la empresa ; porque no habia podido romper las Lineas de Stolfen ; y para assegurar su retaguardia de las Tropas de Luis de Baden, dispuso , que plantasse su Campo en Offemburgo el Mariscal de Tallard, para observarle.

Entrò primero en el Bosque con la Manguardia, compuesta de diez mil Franceses , el Señor de Blandvil: con poca separacion llevaban la mayor parte de las Tropas , y el centro de ellas los Thenientes Generales Legal , y Laliè con diez piezas de cañon; les precedia parte de la Cavalleria , y parte marchaba entre el centro, y la Retaguardia, en que estava Villars : treinta y quatro mil hombres componían este Exercito. Para embarazarle los passos el Principe de Fustembergh, ocupò algunos collados, y eminencias, pero eran sus fuerzas pocas, y nada intentò ; el General Noremberg puso tres mil Alemanes con alguna Artilleria en una pequeña llanura , à la qual habian de venir precisamente por una senda estrecha los Franceses : disputòseles el passo con muer-

tierte de algunos , pero quedaron vencedores; y puestos en huida los Enemigos , prosiguieron su marcha , y tomaron à Vilinghen : vencido el Monte , descansò algunas horas el Exercito , y se embió antes al Señor de Uson con alguna Cavalleria , à encontrar à los Bavares; porque el General Mafey estava con quatro mil de ellos en Fredinguen , donde con reciproco aplauso se juntaron las Tropas. Fue celebrada la conducta , y disciplina Militar de Villars , y la obediencia de los Franceses , sin desercion alguna, por caminos asperos, y Bosques, siempre con las Armas prevenidas.

Esto diò apprehension à los Confederados: juntaronse Sckilich , y Stirum. Embiaron los Olandeses mas Tropas al Principe de Baden; porque, sobre haberse juntado el Duque de Borgoña con el Mariscal de Tallard, remian las vastas ideas del Duque de Baviera , con esta union de los Franceses mas poderoso. Era justo el recelo : porque se hallaba en el corazon de la Germania un Exercito de 600. hombres , mandados por dos Gefes los mas esforzados, y peritos en el Arté Militar , como eran el Duque de Baviera , y el de Villars ; pero esto mismo, que tanto consternaba à los Enemigos , fue la ruina del Duque de Baviera , ya por sus desproporcionadas ideas, y ya porque no durò la concordia , y buena inteligencia entre los dos Exercitos. Obedecía de mala gana Villars al Duque ; y la soberania de Sste llevaba mal la poca docilidad de los Franceses à sus ordenes. En fin passaron tan adelante los disgustos , que despues de tantos gastos hechos para aquella union , malogro de tiempo , y peligros padecidos , fue preciso separarse.

Determinò el Bavaro con sus Tropas invadir al Tiròl , y juntandose por el Trentino (como diximos) con el Duque de Bandoma , despojar à los Austriacos de sus Estados : para guardar los suyos ; dexò al Mariscal de Villars , y partiò à la empresa : con poco trabajo , y oposicion entrò en el Tiròl , y executò las mismas barbaras hostilidades, que las Tropas Austriacas en la Baviera,

viera, y Palatinado; saqueó, quemó, y asoló muchos Lugares de forma, que mas parecia venganza, que guerra. La Plaza de Kulfen se le opuso: rindióla, y retiróse la Guarnición al Castillo: esto le hacia perder tiempo; pero un accidente le fue favorable: prendióse acaso fuego en la Ciudad, corria viento, y llevó las llamas al Castillo, que tambien ardió, porque se cebaron, no solo en los maderos de la Estacada, pero en otros, que habia de reserva: creció el incendio, hasta llegar á los Almacenes de viveres, y municiones: ocupada la Guarnición en apagarle, se descuidó por breve tiempo en la defensa; porque no podia acudir á todo. Los Bavaros, logrando esta oportunidad, aplicaron las escalas al Muro, por donde lo permitia el fuego, distraído el Presidio en dos tan graves cuydados, que por dos partes le amenazaban: quiso defenderse de uno, y otro, pero no pudo; porque apenas venció el de la llama, quando ya estaban sobre el Muro los Enemigos; y aunque á costa de alguna sangre, ganaron el Castillo. Con esto obedeció todo el Tiról, y su Capital Inspruch, de donde con algunas Tropas salió el Conde Solario, y se retiró á las Montañas, para juntar gente, que lo hizo sin dificultad, por ser toda la Provincia fidelísima á los Aultriacos.

El Conde de Heister, que gobernaba la Carinthia, tambien tomó las Armas con las Milicias, que pudo juntar; y de genero observaban al Exercito de los Bavaros, que no posseian más tierra, que la que pisaban, pues solo mientras duraba la violencia, obedecian los Pueblos, de los quales no era facil sacar contribuciones, yá por la suma pobreza del País, yá porque dexaban antes quemar sus haberes, que contribuir al Exercito Enemigo ni aun con viveres; porque los que no podian defender, los quemaban, para que no sirviesen á sus contrarios. Esto atajó los progresos del Duque, pues una sola Provincia le ocupaba un Exercito.

Luego que llegó á la noticia del Duque de Bandoma, que se hallaba en el Tiról el de Baviera, juntó

Con-

Consejo de Guerra, para el modo, con que habla de unirle parte de sus Tropas; y dexando el mando de las que quedaban en Lombardia al Principe de Vaudemont, sin participarlo al Duque de Saboya, (antes cautelándose de él) emprehendió la jornada con quince mil hombres escogidos. Llevaban la Manguardia por ambas partes del Lago de Garda los Señores de Praslin, y Bessons. Por el camino de Gargamo á Riba conducia otras Tropas Medavi, y ázia el Adda iban las restantes con el Duque. En Monvaldo se les opuso el General Vaubón con tres mil Alemanes, que puso en una pequeña llanura en la senda de un Monte asperísimo, y embarazado de peñas, donde un intrincado Bosque imposibilitaba el formarse. No pudiendo abrir Trinchera los Alemanes por lo peñascoso del terreno, levantaron una pared de grandes piedras, y formando un vallado, contenian en él toda la gente, puestas algunas piezas de cañon contra la senda, por donde habian de venir los Franceses, y aun esta la embarazaron con troncos, y peñas.

Esta dificultad advertido el Duque de Bandoma; y no siendo facil penetrar por el ordinario sendero del Bosque, porque venia á rematar la garganta de él en el Campo de los Enemigos, determinó subir un Monte asperísimo, que los dominaba, y desde allí marchar, evitando la pequeña llanura, hasta parage, en que pudiese baxar á ella formado, y apeándose el primero del cavallo el Duque, emprehendió subir la cuesta: el exemplo enfervorizó á los demás, y fue tanto el ardor, con que los Soldados executaron aquella obra, que llevaron en ombros hasta la cima del Monte las piezas de cañon de Campaña, y las cureñas, no siendo posible, que mulos, ni buyes de la mayor fuerza las pudiesen subir por un collado tan difícil, y precipitoso. En fin, vencida con gran trabajo esta dificultad, yá puestas las Tropas, y los vagages en la eminencia del Monte, dominaban el Campo Enemigo, al qual empezaron á batir con Artillería, y baxando ordenados, quanto permitia la Selva, no aguardaron los Alemanes á venir á batalla, y de-

XAR-

xando la Artilleria, y Tiendas, se salvarou por el opuesto Bosque.

Esto facilitó á los Franceses poder llegar hasta el Trentino, y avisar de su marcha al Duque de Baviera, que alcanzó esta noticia el dia veintiocho de Julio: baxó luego con sus Tropas á Brixa, pero los Franceses no pudieron proseguir regulares las marchas; porque se entretubieron en el Sitio de Trento, que con dos mil hombres defendia el Conde Solario. Estaban ya abriendo Trincheras, y faltaban pocas leguas al Bava-ro, para llegar á juntarse con los Franceses. En este estado de cosas, Traydora la fortuna, quanto más se les fingia propicia, los obligó á cada uno, á retroceder por su camino: el Bavaro, porque tubo aviso de haberse con su ausencia sublevado todo el Tirol; y el Francés, porque le tubo con un Expres-so despachado por el Principe de Vaudemont, de haberse declarado por los Austriacos el Duque de Sabo-ya, y firmado los Capítulos de la nueva Confede-racion en Roma, en casa del Embaxador Cesareo, ajustados antes en Turin con el Conde de Ausbergh, Consejero Aulico de Leopoldo, que habia venido oculto á este efecto, segun avisaban los Embaxadores de España, y Francia, que en aquella Corte residian. Con esta tan importante novedad baxó corriendo la posta el Duque de Bandoma con pocos Oficiales, hasta llegar á su Exercito de Lombardia, y dexó en-cargadas á dos Tenientes Generales las Tro-pas, para que volviessen por sus regulares mar-chas.

Este éxito tubo tan trabajosa empresa, y tan irregular idea, que dió ocasion al Duque de Saboya, á mudar de sistema, más no se habia aún declarado; porque esperaba cobrar primero el dinero, que le ofre-cieron dar los Ingleses, y retirar quatro mil hom-bres, que tenia entre las Tropas Francesas. Para esto ordenó, que ya cerrada la noche, se apoderassen los suyos (matando las Centinelas) del puente de San

Beni-

Benito; y chocássen con los que estában á la otra par-te del Rio, que hallarian (sobre ser inferiores en nu-mero) desprevenidos, y que passando á cuchillo á los que fuesse menester, para abrirse passo, en la marcha de la propia noche se pudiesen en sus Esta-dos.

Esto no pudo tener efecto; porque el dia, que precedia á la misma noche, en que se habia de executar, sitiando á los Cuerpos de los Piamonteses el Duque de Bandoma, los desarmó, y detubo prisioneros. Ya con esto, habiendose descubierto el de Saboya, arrestó en sus casas á los Embaxadores de España, y Francia, que tenia en su Corte: por el Rey Catholico lo era D. Antonio de Arviso, Marqués de Villamayor, cuya prision duró hasta que se dió libertad en España á un Ministro del Duque, que tambien estuvo detenido: lo mismo se executó con Francia, donde esforzaba la Du-quesa de Borgoña las razones de su Padre, que ya las habia publicado en un Manifiesto, diciendo: *No habian guardado los Franceses lo capitulado en su Alianza, no solo en haberle negado el mando de las Tropas de Italia, pero en haber acometido á los Estados Austriacos, por donde, juntan-dose con el Duque de Baviera, querian, cortando por medio la Europa, correr, desde el Danubio al Pò, estando el Empera-dor distraido en tantas Guerras, que era facil desposeerle de las Provincias, que, dando passo á la Italia, le texen una cadena. Que estas vastas ideas eran contra la seguridad pu-blica; y que teniendo actualmente el Rey Christianissimo en pie 300f. hombres, 80f. el Rey Catholico, y 30f. el Bava-ro, eran capaces de aspirar á la depression de muchos Prin-cipes, y de la Casa de Austria, que era la que daba justo equili-brio á las Potencias de Europa, hallandose la Germania em-barazada en la Guerra de Polonia, y armado, y vencedor un Principe tan guerrero, como Carlos, Rey de Suecia, Enemigo de la Germania, y del Cesar, que si en esta oca-sion le moviessa Guerra, atacado por el Inn de los Bava-ros, por el Tibisco de los Rebeldes Ungaros, por el Da-nubio del Mariscal de Villars, por el Rhin del Du-*

que

que de Borgoña, y sosteniéndola en Italia contra los Franceses, estaba en manifesto peligro; no ignorando el estrecho, en que le ponian estos empeños Acmtè, Emperador de Constantinopla, Principe de elevado espíritu, y por esto substituido à su hermano Mustafà, hombre remisso, y amante del ocio. Que el proprio interès pedia adherirse à la parte más debil, para sustentar la declinante fortuna, eligiendo mejor morir armado, que dexarse oprimir inadvertido. Que no habia violado la confederacion, sino q̄ la habia acabado de romper violada. Que no hazia guerra el padre contra sus hijos, sino un Principe contra otro. Que estàba obligado à aventurarlo todo por la quietud de sus Pueblos encomendados de Dios, los quales anteponia à sí mismo, à su Casa, y posteridad, à la qual, si con sinieftros successos perseguia la fortuna, y la extinguia, siempre eran de Dios los Pueblos, y cuidaria de ellos. Que dexaria las armas, siempre que ajustadas las cosas con peso, y balanza igual, no hubiessè probablemente de que temer, ni ambicion de que rezelar.

Estas razones del Duque de Saboya eran las mismas de todos los Principes de Italia; pero no tenían fuerzas, para explicarlas con las armas. No dexaron con todo effo de tener sus censores, pareciendoles monstruoso empuñar armas contra los intereses de sus hijas, y tratar confederacion secreta, con un enemigo de sus Aliados; pero los desapasionados conocian, que los Principes no quieren estar obligados à las estrechas leyes de las personas privadas, y que su unico interès es la razon de estado.

Los Artículos de la nueva alianza, en que se adheria el Duque de Saboya, à la que tenían hecha los Ingleses, y Olandeses, y el Rey de Portugal con el Emperador, fueron muchos, y estos los principales: Que entraba en esta Liga por seis años, si antes de comun acuerdo no se establecia la Paz. Que se le darìa luego cien mil doblones para los gastos de la Guerra, y que pagarian de sus Tropas Piamontesas doce mil hombres los Ingleses. Que conquistado el Ducado de Milàn, se le darìa la Plaza de Alexandria, la Lomelina, el Vigebenasco, y la Valsesia, y que se

de-

deklararian immediatos à la Linea Austriaca sus derechos à la Corona de España.

Secretamente hizieron esperar al Duque, que darian por Esposa del Principe de Piamonte à la Archiduquesa Maria Josepha, hija de Joseph, Rey de Romanos. El Duque ofreció reconocer por Rey de España al Archiduque Carlos, y tener en pie 200. hombres, de los quales pagaria los ocho.

Esto alterò mucho el estado de las cosas de Italia: cobraron brios los Tiroleses, y se levantaron contra el Duque de Baviera, que, aunque, acudiò, à remediar el daño, no pudo. Assolò, y destruyò la Provincia, aplicò llama, hierro, y las mas horrendas barbaridades; pero no pudo rendirla; porque los amotinados, dexando las Poblaciones, y retirados à los Bosques, baxaban, à hazer sus correrias, y mantenian en el dominio del Emperador, quanto no ocupaba con sus Tropas el Bavarro, à quien no era conveniente emplear un Exercito en poca tierra inconquistable, y dexar perder la suya, que la destruia el Principe de Baden; porque los Franceses no podian atender à tanto, ardiendo en Guerra el Rhin, y el Danubio.

Luis de Baden intentò tomàr à Ulma, y marchaba à ella; pero penetrado el designio por el Theniente General Legal, con los socorros de gente, que le embió Villars, acometiò à los Alemanes, y los deshizo. No podia el Puente del Danubio recibir, quantos se entregaron à la huída, y se ahogaron muchos: siguiò Legal à los vencidos hasta Munderkinguen, el ardor cegó algunos Franceses, y se entraron en la Ciudad, donde quedaron prisioneros. En esta batalla murió un Principe de la Casa de Hannover, y otros 1500. Alemanes. Los Franceses perdieron al General Heronè, y 500. Soldados.

Para adelantarse más, sorprendió el Mariscal de Villars à Ocfet. El Duque de Borgoña sitiò à Brisac, encargando el Sitio al Conde de Matfin; por donde corre más alto el Rhin, puso las baterias con cien piezas

piezas de cañon, y quarenta morteros, empezaron á bati-
tir á 23. de Agosto, y despues de 22. dias se rindió
la Ciudad. El Emperador hizo cargo al Governador
de ella, Conde del Arco, y á Marsil, Gefe de las Tro-
pas; por haberse muy presto entregado: formó el pro-
cesso el Principe de Baden, y fueron degradados.

El Duque de Borgoña volvió á Paris, y quedó el
mando de las Tropas al Mariscal de Tallard en el Rhin,
al Mariscal de Villars en el Danubio, y en Flandes al
Duque de Villaroy, á quien habian dado libertad los
Enemigos. El General Cohorn tomó á Bonas tambien
se hizo cargo á su Governador, Marqués Daligre; pero
se excusó con felicidad, diciendo, que ya desespe-
rado de socorro, no habia querido, quedasse prisionera
la Guarnicion, la qual, en fuerza de las Capitulaciones,
quedó libre.

Intentó el mismo General Olandès sitiár á Brusel-
las, y tomó los puestos, pero lo impedia el Marqués de
Bedmár, que estaba con sus Tropas en Deuren, y le ha-
bía juntado su gente el Principe de Esterclaes; pero co-
mo no bastaba, pidió socorro al Mariscal de Busters,
que vino luego. Dudóse, si se habia de dar la Batalla;
porque dividia ambos Exercitos una Laguna cenagosa,
que impedia á la Cavalleria, y habia mucha entre Es-
pañoles, y Franceses. Parecióles, que los guardaba el
Olandès resuelto á batalla, y sin reparar inconvenientes,
la dieron.

Los Españoles, que estaban á la derecha, deshi-
zieron la izquierda del Enemigo, que se volvió á reha-
zer, y duró la acción, hasta que los separó la noche;
pero mostró el dia quanto habian los Olandeses retroce-
dido, y que perdieron el Campo, donde hallaron los
Españoles muchas vanderas, y Carros, sobre tene-
quinientos prisioneros: la pérdida de la gente fue igual,
y en todos murieron seis mil.

Al Marqués de Bedmár, por esta acción, le dió
el Rey Christianísimo el Cordón Azul del Orden del
Espiritu Santo. Despues, passando el Rio junto á Ambe-

res,

res, ocupó á Bruth, á vista del Exercito Inglés. Cohorn
tomó la Ciudad de Huy con facilidad, y con algun mas
trabajo el Castillo, cuyo Governador era el Señor de
Milón. Envanecido desta victoria, quiso tomar á Lim-
burgh, sin sitiárle: embió quatro mil hombres, á forzar
una puerta con una Maquina Militar, parecida al anti-
guo Ariete: consiguiólo, y se abrió passo á la Ciudad;
pero los Paysanos, y el Presidio, guiados del Señor de
Reynach, hizieron frente, hasta que, saliendo por otra
puerta una partida de ellos, cogieron en medio á los
Enemigos, que no tubieron poca fortuna, en poder es-
capar los más. Avisó el escarmiento á Cohorn, y plantó
el sitio en sus formas, abrió Trinchera, batió los
Muros, y se rindió prisionera de guerra la Guar-
nicion. Así ocuparon los Olandeses á Lim-
burgh.

No era solo la Tierra la que infestaban las Armas
coligadas. Llenóse de Esquadras el Mar, y la mayor
mandaba el Almirante Rooch, que constaba de quaren-
ta Naves de Guerra, y diez de Transporte: ésta cruza-
ba el Oceano: otra Esquadra de treinta Navios baxó
al Mediterraneo.

Pasó un Vice-Almirante á fondear los Puertos
del Adriatico, que tiene la Casa de Austria, y no los
halló capaces para Armada; porque los senos de aque-
l Mar eran angostos, y humildes: esto daba incomodi-
dad, para invernar; porque faltandoles Puerto amigo
era preciso buscar un neutral, y no le hallaban á propo-
sito, sino en Liorna, ó la Especia, en el Mar Ligustico
lo que llevaban mal el Cran Duque, y los Genoveses,
pareciendoles era sujecion, y causa de ruidos, y em-
peños, tener por tantos meses en casa gente tan desor-
denada, y licenciosa, como la que sirve en el Mar-
y mas los Ingleses, cuya arrogancia se iba haziendo
intolerable.

La Esquadra del Oceano se presentó en las cos-
tas de Francia, por si los Calvinistas, ocultos de la Ro-
chela, hazian algun movimiento: no dexaba de haber

ale

alguna trama, y conspiración entre ellos; pero lo descubrió el Gobierno en tiempo; y se desvaneció el nublado. Este armamento quedó en aquella Campaña inútil; porque no tenía nada en que exercitar su poder. Una borrasca obligó à Rocch, à retirarse al Tamésis. Logrando la oportunidad tres Navios Franceses, salieron de Dunquerque, à encontrar en las costas de Elicia à los que venían de la Pesca del Mar Baltico, y les favoreció la suerte: encontraron docientas Barcas, cargadas de Arenques, y Ballenas, escoltadas de quatro Naves de Guerra, mal armadas; que acometidas por los Oficiales, llegando al aborde, apresaron tres de ellas, y una echaron à pique; pero fue infructuosa la victoria; porque los que traían la Pesca, quemando sus Barcas, se salvaron en tierra.

Restaurada de los daños padecidos, salió otra vez de Inglaterra la Armada, y se entregó al Almirante Schiovel con algunos Navios más. Partió el dia doze de Julio, y pasó al Mediterraneo, para atemorizar à los Reynos de él: navegó à vista de Almería, y Cartagena, y su Governador D. Carlos de S. Egidio coronó luego los Muros con las Milicias Urbanas: juntó sus subditos D. Luis de Belluga, Obispo de Cartagena, y Murcia, y se armó la Ribera; porque hazian los Enemigos ademán de intentar el desembarco, que despues executaron en Altea sin suerte, pues no pudiendose internar; porque los Payfanos se armaron, les faltaba aún agua, y viveres, que venían escasamente de los Navios, no siendo facil acercarse à la Playa las Lanchas con la continuacion, que era menester, yà por lo borrascoso del Golfo de Leon, que allí empieza, y yà porque las eminencias del terreno las ocuparon gente del Pais, y alcanzaba la bala del fusil al desembarcadero.

Viendo esta imposibilidad el Inglés, y que la Cavalleria infestaba, à los que habian desembarcado, los retiró, y dirigió à Italia la Proa. No dexaron sus Reynos de fortalecer sus Marinas, como lo hizo en Sicilia

lia el Cardenal-Judice, en Cerdeña D. Ginès de Castro, Conde de Lemos, y en Nápoles el Marqués de Villena: con tanto mayor cuidado, quanto era allí más imminente el riesgo; porque no se habia del todo olvidado la primera conjura. Estaban todavia enconados, y teñidos de infamia los parientes más estrechos de los que padecieron suplicio, y vivían la llama desde Roma el Cardenal Grimani, y el Marqués de Pescara desde Viena.

Habiase vuelto de Madrid à Nápoles el Duque de Monte-Leon despachado, y lo estaba tambien; porque no le habia hecho el Rey Grande, el Principe de Avelino: estos tenían continas conventiculas con el Principe de Monte-Sarcho, à quien hizieron más ingrato; y desleal las últimas mercedes del Rey, concedidas, por si podia ganarle.

El Marqués de Villena, aunque gratissimo à la Plebe por su integridad, y rectitud, no estaba bien visto de la Nobleza por su natural sequedad, y distracción; que xabanse, que no daba Audiencias, y que se entretenia más con los libros, que en los negocios. Con esto se apartaban más cada dia los animos de los intereses del Rey, lo que no ignoraba el Emperador; pero aún con tan buenas disposiciones no podia emprender la conquista; porque estaba cruelmente encendida la Guerra en Milan, y tenía el Reyno algunas Tropas Francesas.

Esta fue la razón, porque no se movieron los mal intencionados; ni aún à vista de la poderosa Armada del Almirante Schiovel; el qual, por no quedarle diligencia, que hazer, viendo en tantas partes frustradas sus esperanzas, pasó à la Costa de la Provenza, y Lengadoc, donde yà habian tomado las armas los Sediciosos Ugonotes, alentados con el dinero de Inglaterra.

Concibióse esta conjura en las Sebennas entre los Calvinistas; que, à pesar del Rey Christianissimo, estaban ocultos; y otros habian venido à la desfilada de Inglaterra, y Olanda. Creció el numero, y llegaron las hostilidades hasta Montpeller, donde no les faltaban se-

cretos parciales. Ocuparon el Puente de Lunel, y le fué preciso al Duque de Rechoire, Governador de Lengüadoc, juntar Tropas, que no hazian gran progreso; porque los Sediciosos llegaban à seis mil, y despues que corrian la Campaña, saqueando, y quemando los Lugares, y executando las mas exquisitas crueldades con los Catholicos, se retiraban à los Montes. Hazian una Guerra desordenada; porque vivia cada uno à su arbitrio, sin obediencia.

Mandò el Rey al Conde de Montrevel juntàse mas Tropas, y acometiesse à los Sediciosos: estos, aunque inexpertos, tenían la ventaja, de ser gente endurecida al trabajo, y rústica; por esto, con enterò conocimiento de aquellas Selvas, hazian más difícil à los Veteranos la guerra, que parecia más ir à caza de fieras, que combatir con hombres.

Los rebeldes advertidos de su daño, y que era monstruo un cuerpo sin cabeza, tomaron por fuerza al Conde Rolando, y le dieron el mando de sus Tropas, que yà mas bien ordenadas, hazian frente à las del Rey, las quales ignorando este modo de hazer la guerra, entre bosques, y peñascos, sin poder formarse, hizieron venir del Rosellon, à los que llaman Caravineros de Campaña, hombres acostumbrados à vivir siempre en ella, y que entienden aquel modo de pelcar, guarecidos de un tronco, ò de un risco.

Nada se les escondia à los Sublevados, porque tenían por todas partes ocultos amigos, à los quales unia el interès de su Religion, y así trataron de fortificar los Montes, cegando las veredas, y caminos, y separandolos con hondones, por donde era más angosta la senda: entrétegian entre sus propias ramas troncos, sobre los quales desgajaban las mas vecinas peñas, y así formaban, como una Triachera, que hazia insuperable la eminencia de los Montes. A pesar destas diligencias, las Tropas del Rey los atacaron, pero en sitio tan resbaladizo, y en cuesta tan empinada, que no podian fixar el pie los Granaderos: por esto durò tanto el primer com-

combate; porque convirtiendo la desesperacion en valor los Calvinistas, hazian valiente defensa: ni los desamparaban sus mugeres, è hijas; estas les cargaban los arcabuzes, y daban municiones, les ataban las heridas, y exortaban à aplicar todo el esfuerzo. Tambien ellas desprendià grandes peñascos por los derrumbaderos, y se propassaba al sexo la intrepidez: murieron algunas; así se inflamaron mas los animos, y se hizo más crespa, y viva la accion.

Defengañadas las Tropas del Rey de poder vencer la cumbre, se aloxaron en los Valles, tomando los passos, como bloqueando al Enemigo. Este, aunque por asperos collados tenia comunicacion con las Sevennas, y de Oranges, y Merendol les venian socorros, pero pocos, y tardos por lo remoto del parage, la falta de vagages, y lo arduo de los caminos. No podian subsistir, sin baxar al Valle, y así fué preciso separarse en partidas. Ocuparon à Merendol, Lugar del Condado de Aviñon, puesto en una eminencia, que domina los Campos de la Provenza; mas yà por todas partes habia Tropas del Rey, que embarazaban las correrias. Con esto entraron en conocimiento los Ingleses, que era poca diversion la de aquella guerra, y que no habia, que fiar en ella; porque habiendo publicado el Rey un indulto general, con condicion de que saliesse de sus Reynos el que no queria ser Catholico Romano, desertaron muchos, y pidieron sus passaportes para Olanda. El Vice-Almirante Alemound, Olandès, instò se retirasse à sus Puertos la Armada; y aunque lo resistia Schiovel, estubo precisado à hazerlo.

A los doce de Septiembre se reconociò solemnemente en Viena por Rey de España al Archiduque Carlos de Austria, por la Corte, y los Ministros Estrangeros, menos el de Suecia, y el Nuncio del Pontifice. Expusieron con esto los Coligados un Idolo à los Españoles, no olvidados de los Austriacos, y les ofrecian un Protector, abriendo, como Feria, à la ambicion: explicaban mas el resònde su empeño, y daban, que temer

à los indiferentes, paraque se determinassen. Cedieron los derechos à la España el Emperador, y su Primogenito Joseph, Rey de Romanos: diósele al nuevo Rey por Ayo al Principe Antonio de Leichtestein, hombre feveto, y fuerte, de tardo ingenio, y de no muy viva comprehension: por Consejero se le dió al Duque de Pareti, y luego partiò la nueva Corte para Limbourg, de donde pasó à Olanda, y fuè recibido con demostraciones proporcionadas à la Magestad: era interès de ellos exaltarla, paraque todos se persuadiesen à que habia de ser Rey de España: diósele una Esquadra, para passar à Inglaterra: hizóse à la vela, pero una horrenda borrasca la reduxo al Puerto. Partiò otra vez el dia seis de Diciembre con la misma desgracia, porque otra tempestad más furiosa, y permanente separò las Naves, y buscò cada una refugio, donde lo permitian los vientos: las de más fuerza volvieron con el Rey Carlos à Olanda: algunas no pararon hasta Noruega, otras en Francia, é Inglaterra, habiendose sumergido solo una. Como no partiò este Principe de Olanda hasta el año venidero, lo referirèmos en su lugar.

Expugnado yà Hagembach, sitiaron los Franceses à Landao; fingiendo acometer à las lineas de Stolfen el Mariscal de Tallarde, torció de repente àzia la Plaza à la qual habia mandado embistiese el Conde de Marfin, passando por el Puente de Kell el Rhin. Para divertir à los Franceses fortificaron unas lineas à Spubarch los Palatinos; pero las forzó luego el Señor de Courthobon Francès, haziendo prisioneros algunos Alemanes.

A los 17. de Octubre se perficionaron las Thrincheras, y se batiò primero la media luna, que era fortificacion exterior de la puerta, que llaman de Francia; dióse el asalto, y despues de bien reñida disputa, se aloxaron los Franceses en ella. Supieron por Cartas interceptadas, que habia llegado à Spira el Principe de Hefecasèl con un Exercito, para socorrer la Plaza, al Governador de la qual, Conde de Phrisia,

escri-

escribia alentandole à la defensa. Luego, dexando encargado el Sitio al Theniente General Lauban, partiò el Mariscal de Tallard con 28. Batallones, y 54. Esquadrones à encontrar al Enemigo; y porque era este superior, despachò orden al Señor de Pracontal, que estava destacado, que acudiesse con la mayor brevedad con toda su Cavalleria: executólo tan puntualmente, marchando à rienda suelta, que llegó à tiempo, que yà estava Tallard, formando su Exercito para la batalla, quando vido venir al Enemigo, que diò tiempo, à que le guardassen en buen parage; y yà juntos los Franceses, por no haber salido los Alemanes de Spira, hasta celebrar el dia del nombre del Emperador, que era el de S. Leopoldo, con gran impetu, y valor de una, y otra parte se empezó la batalla. Pracontal acometiò à la Cavalleria Olandesa, y despues de bien sangriento contralte la puso en huida, pero con felicidad tan desgraciada, que penetrado de dos balas de fusil, cayò muerto.

Los Alemanes pelearon más à pie firme, y se admirò la destreza, y valor, con que combatiò en el centro el Regimiento de Hefecasèl, que hazia frente. Los Franceses, alentados con los principios del vencimiento, cargaron, sin dexar cuerpo de reserva con todas sus fuerzas contra la Infanteria Enemiga, en la qual gloriosamente, alentando à los suyos, murieron dos Principes de la Casa de Nassau, y de Hefecasèl. Habia estendido su linea el Alemán, haziendola en los extremos corba, para herir por el flanco la Cavalleria Francesa; pero que por su derecha no la tenia, habiendo sido deshechos los Olandeses.

La accion se enardecia cada instante más, y quedaba indecisa; pero habiendo vuelto de perseguir à los que huyeron gran parte de la Cavalleria Francesa, esta cargò sobre la siniestra de los Enemigos; y aunque mudò figura à la orden de sus Tropas el Alemán, como no estava cubierto de Cavalleria, pudo la de los Franceses penetrar sus lineas, y turbarlas; así ganaron estos fa-

* F 2

cil-

cilmente la Batalla: retiróse vencido el Principe de Hefcasel, dexò el Campo, tres mil prisioneros, y quatro mil muertos. Tantos costò à los Franceses la victòria, y se contaron entre ellos los Generales Lavardin, y Calven.

Esta es la Funcion de Espira, que produjo la precisa rendicion de Landao, con las mismas Capitulaciones, que habian dado vencedores baxo esta Plaza los Alemanes. Luego ocuparon los Franceses à Hamburgo, y Spira. El Duque de Baviera à Ratisbona; y para mayor seguridad quitò las armas à los Ciudadanos, y Plebe.

Juntaronse más Tropas al Mariscal de Villars, y plantò el Campo en Donavert, donde era mas facil echar al Danubio un Puente; porque era la intencion de los Bavaros, y Franceses acometer al Conde de Stirum, aunque estàba bien atrincherado. Puestos de acuerdo el Duque de Baviera, y el Mariscal de Villars, dieron orden al Theniente General Usòn, para que acometièse por la frente, mientras ellos con algun gyro llegaban por los lados, para que à un mismo tiempo se pudiesse forzar todo el atrincheramento de los Alemanes.

Mas presuroso Usòn de lo que era menester, acometiò solo; porque no habiendo aun llegado el Duque, y el Mariscal, el Conde Stirum repulsò à Usòn, saliò de su Trinchera, y le hizo retirar hasta el vecino Bosque. Ni aun vencidos dexaron enteramente la batalla los Franceses, ni volvieron jamás la espalda. Para acabarlos de deshazer, facò Stirum toda su gente de las lineas; y quando en los ultimos Batallones, peleando gloriosamente, se estàba, con el favor de la Selva, defendiendo Usòn, asaltaron por las espaldas el Bavaro, y por un lado Villars à los Alemanes: cobrò con esto brios Usòn, estrechò su linea, y avigorò por la frente la batalla. Vuelven à ella los primeros Franceses, que se habian separado en el Bosque: formò Stirum un triangulo, però mal protegido de su Cavalleria, (porque ya la habia puesto en fuga Villars.) era casi imposible

de-

defenderse, aunque habia formado una bien apretada linea de bayonetas, contra el impetu de la Cavalleria Francesa, que padecia tanto, que obligò à Villars à echarle muchos Batallones de Infanteria con las mismas armas.

Hizo glorioso la desgracia à Stirum; porque cediendo por todas partes de superior numero, governò aquella accion con tanta intrepidez, y presencia de animo, que formando de sus Tropas un angulo contra las de Usòn, y una corta linea contra Baviera, solo para defenderse, acometiò à Usòn con tal impetu, que passando por medio de sus Tropas, se metiò en el Bosque, donde, aunque le siguieron los Vencedores, no fuè tanto el estrago, como hubiera sido fuera de él; però le hizo más grande la deserçion de los Alemanes con las sombras de la Selva; y de la noche: perdieron en esta accion diez mil hombres, todo el vagage, y preparativos militares: las reliquias del Exercito se retiraron à Northlingen: murieron tres mil Franceses, y mil Bavaros, y hubo gran numero de Oficiales heridos.

Viendo esta diminucion de Tropas el Principe de Baden, se retirò à Ausburgh, hasta que fortificò con gran cuidado unas lineas en Augusta. Atacò las Villars dos veces, y fue rechazado: la tercera lo hizo con mayor esfuerzo, però con la misma infelicidad, porque le repulsò Luis de Baden con gran pérdida de Franceses: (tanto les costò el desengaño) así desistieron del intento: mostrò su valor, y su conducta el Principe; y Villars, padeciò la censura de que fiado en las passadas victorias, emprehendiese un imposible.

Los Alemanes, para vengarse del Duque de Baviera, ocuparon à Rothemberga, Cabeza del Alto Palatinado. Exceden à la ponderacion los incendios, y estragos, que en esta Provincia se executaron. Quiso el Duque atacar otra vez con Villars los Estados Hereditarios de los Austriacos: rehusò este, sino se le daba orden especial de la Corte: creciò la discordia, hasta obligar al Rey de Francia à retirar à Villars, y ébiar en su lugar

81

gar al Conde de Marfin, no bien visto de los Soldados; porque les daba menos libertad, y porque habia en el Exercito dexado Villars muchos Parciales, y grande opinion de su valor.

El Duque de Baviera con los Franceses, no sin algun trabajo, ganó à kempton, y obligó al Conde de Heister, que levantasse el Sitio de kusteim: con esto volvia el Tirol à estar sujeto à las hostilidades, que las padeció increíbles: assi corria el Danubio el Bavaro: y aunque lo rabia, y resón, con que hazia la guerra, parece, no permitia à los Alemanes, dar Cuarteles de hyvierno à las Tropas, el Señor de Goor, General de los Olandeses, no quiso estar más en Campaña, y obligó al Principe de Baden à retirarse. Con esta oportunidad tomó el Bavaro à Ausburgh; pero perdió al mismo tiempo à Amberg: Procuró avivar la rebelion de Ungria; porque se habia adherido à Ragotzi el Conde Caroli; y aunque los Saxonés habian ofrecido al Emperador socorros contra los Sublevados; iban tan mal las cosas del Rey Federico en Polonia, que yà estába fuera de ella, proclamado Rey Stanislao, por las artes, y fuerza del Sueco, que traxo à sí al Marqués de Brandemburgh, reconociendole por Rey de Prusia, para que no socorriese à Federico; y aún le ofreció socorros contra los Olandeses, si habia de disputar con las armas la herencia del Rey Guillelmo, que litigaba el Prusiano con el Principe de Nassao, à quien secretamente favorecian los Olandeses, Jueces de la causa, por estar estos Estados en sus Dominios.

Habia el Prusiano ocupado por fuerza parte de aquellos feudos; y prosiguiera la guerra, sino se hubie-
ra interpuesto el Emperador; por no distraer las armas de los Olandeses en otro empeño, que el fuyo: por esto procuró apartar al Prusiano del Sueco, para que socorriendo aquel al Saxon, se encendiese en Polonia la guerra, y no se estableciesse en el Trono Stanislao, grande amigo, y creatura del Rey de Suecia, que tenia aversion natural à la Alemania, y le queria el Emperador
en

entretener en la guerra de Polonia con los Saxonés, y Moscovitas.

Menores progressos se esperaban à favor de Españoles, y Franceses en Italia; habiendo mudado partido el Duque de Saboya, à quien queria unir sus Tropas Guido Starembergh, aunque era obra tan ardua. Haciendo correrias por el Monferrato el Duque de Bandoma, tenia intencion de ocupar à Asta. Pocas Tropas le quedaban al de Saboya, pues no passaban de ocho mil hombres, y habia de presidar à Vercelli. Intentó hazer una confederacion con los Esquizaros, pero en vano.

Tubo orden el General Mizconti de unirse al Duque: executólo con tanto atrevimiento, como felicidad, ocupando las gargantas de los Montes; porque tenia su Campo no lexos de Asta: cierto es, que se descuidaron Españoles, y Franceses; y aunque despues le atacaron la Retaguardia el Conde de Aguilàr, el de las Torres, y el de Sartirana, esto era, como una escaramuza, porque yà el Bosque favorecia la marcha, y llegó con muy poca pérdida de gente al Campo del Duque el Alemán: sin dificultad ocuparon à Asta los Franceses. Estas fueron las primeras hostilidades contra los Estados del Piamonte.

Tese puso en contribucion la Saboya: el Conde de Sales, Saboyano, se retiró à Tarantasia con pocas Tropas; con esto se rindió todo el Condado de Morienna. Con arte el Duque de Saboya dexó expuesto à Chamberi, para poner cuidado à los Esquizaros, si acaso el temor los podia traer à su confederacion, pero nada les movió, ni el proyecto, que se les hizo, de agregar à la Republica la Saboya, reservandose el Duque solo las rentas: aquellas Gentes, acostumbadas à guardar los Montes, que les sirven de Barrera, y Plazas, no quisieron embarazarse en la llanura, ni tomar partido; porque les importaba estar bien con todos, y gozar de su libertad.

Los Franceses, contra el dictamen de Vaudemont, tomaron Cuarteles de hyvierno. Todo lo que baña la

Sechia se encargò al Mariscal de Bessons. Afta al Gran Prior Phelipe de Bandoma: Milàn al Principe de Vaudemont: la Saboya al Conde de Tefse, y el Duque de Bandoma se retirò à Monferrato. La mayor parte de las Tropas se acuartelaron en Mantua, y confines de S. Benito: otras en el Modenès; y pareciendo despues no eran precisas en Afta las Tropas de Bessons, se juntaron à Tefse. Afsi se dividió con tantas distancias el Exercito de los Franceses: à nadie le quedò poder para una accion repentina, que acaecer podia.

El Duque de Saboya se mantubo en Campaña, y sacò las Guarniciones de las Plazas: acampòse en Alva, para estàr màs prompto à encontràr à Starembergh, que habia determinado desde la Sechia entrar por el Monferrato al Piamonte, como no haziendo caso de los Franceses. Era en el mes de Diziembre; y en una noche, la màs cruel, y tempestuosa, con exacto silencio, passò el Rio con doze mil hombres junto à Concordia apurando la marcha, vadeò el Crostolo, y otros Riachuelos, que aunque de obscuro nombre, los habian las continuas lluvias engrossado.

Estaban acuartelados en lo estrecho de los Montes los Franceses, sin Centinelas, ni Guardias, entregados al juego, al ocio, y à la Gula: no habia Piquetes, ni en la Cavalleria disposicion, para una prompta occurrencia; y quando advirtieron, que habian vencido la Montaña los Enemigos, tomaron las armas, alcanzaron la Retaguardia, y acometieron con muy poco fruto; porque sobre ser aspero, è incapaz de batalla el Sitio, habia Guido Starembergh iuterpuesto entre la Infanteria algunos Cavallos, que embarazaban la promptitud de las armas; y el mismo governaba el ultimo Esquadron: afsi llegò à Stradella, donde luego fortificado, no le podian desaloxar màs los Franceses. Esta marcha fue para los Alemanes de tanta gloria, como para sus Enemigos de verguenza.

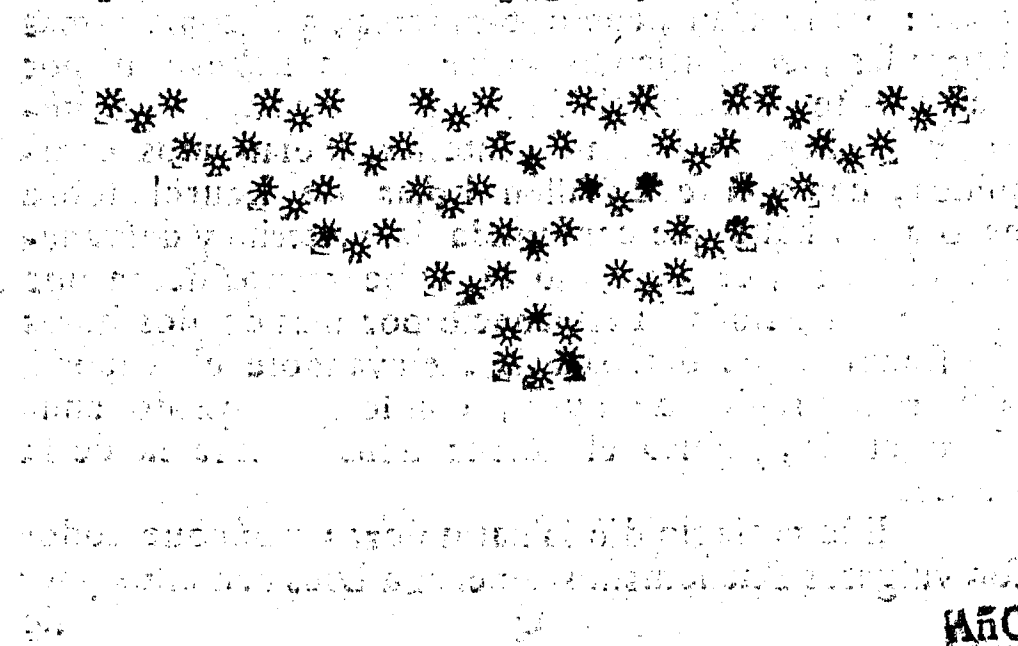
Es tan apretada de Montes, y angosta la senda, que hay de Alexandria à Pavía, que la podian defender

pocas Tropas, bien dispuestas, y vigilantes; y porque no perficionò su obra Starembergh en este año, lo diremos en su lugar, siguiendo el methodo, que hemos prefinido para la claridad de los hechos, y volveremos à referir quanta censura tubo en èsto el Duque de Bandoma, pues si embarazaba, como podia, la union de Piamonteses, y Alemanes, hubièra sin duda echado de sus Dominios al Duque de Saboya, à quien tantos Montes, Lagos, y Rios separaban de Starembergh.

Fatal este Siglo para la Cathaluña, lo predecia con portentos el Cielo. En un dia sereno del mes de Septiembre se viò de repente sobre Barcelona un Globo de fuego, cuyo centro tenia color de sangre, eñido de una nube poco clara, y èsta de otro gyro tenebroso, y denso, que causaba horror. Afsi permaneciò por espacio de una hora el fatal metheoro adverso al Sol. Lentamente despues se extendió la negra nube por toda la Region, como obruyendola el centro, en que ardía la llama, procurò consumir la màs proxima materia, con demostrable voracidad. Luego se oyeron ruidos, y estruendos formidables, que no eran como de truenos, sino como tiros de cañon, y fusileria, alternados à modo de los que se oyen en una batalla; porque si algun rato cessaba el ruido, despues crecia: yà se oian, como tambores, yà como armas disparadas, combatiendo entre si las nubes: ni por una hora se aquietò el Cielo; y aunque no se viò fuego, como rayo, se veian centellas, y oian unos chafquidos, como si se echassen hojas de Laurel sobre las brasas, hasta que consumida la materia, y desvanecido el fuego, se extendió la nube menos densa por toda la Cathaluña. Permaneciò por mas de dos horas esta sombra, que desapareciò, elevandose el vapor à la suprema region del ayre, con lo qual quedò anublado el dia, y quitò el horror desta sombra la de la noche.

Este presagio diò la naturaleza; y aunque todos son vulgares Phenomenos, amenaza Dios con ellos; pues

no mudando ley à las cosas naturales, les diò tal orden, y con disposiciones de tales tiempos, que sirva al presente lo que ya estuvo arreglado desde el principio. Así habla Dios en la naturaleza, para que le oygamos los mortales. Esto diò assumpto à varias interpretaciones, segun lo vario de los afectos. El vulgo mas facilmente, por su ignorancia, supersticioso, lo tubo à fatal agüero. Dixo en Madrid, que no solo significaba la Guerra de Cathaluña, pero aún la del Palacio Real, donde en discordia civil no habia dos de un mismo dictamen, queriendo cada uno adelantar su authoridad, con abatir la ajena; y lo que era más maravilloso, ver al Abad de Etrè conjurado con la Princesa Ursini contra su Tio, el Cardenal de Etrè, para sucederle en el empleo, pero el mismo carácter le mantenía, y aplicò sus artes para apartar del Gobierno al Cardenal Portocarrero, y à D. Manuel Arias, al qual ya le habia hecho quitar la Presidencia de Castilla: esto lo consiguió con facilidad; porque vino en éllo la Princesa Ursini, para dárla al Conde de Montellano, y su Presidencia de Ordenes al Duque de Veraguas, que se habia con humildes, y casi indecentes obsequios introducido en su gracia: esta solicitaban casi todos, siendo la ambicion del hombre, como el Cocodrilo, que mientras vive, crece.



AÑO

AÑO DE M.DCC.IV. LIBRO V.

NO lo cruel de la estacion rigurosa del Hyvierno retardaba los passos del Conde de Starembergh para el Piamonte: fingiendo por las altas Riberas del Mincio, que iba à Tiròl, passò el Crostolo, y otros Rios de menor nombre, y en fin à Stradella, y advertido del ageno error, embarazaba las sendas, que dexaba atrás, yà cortandolas, yà cargando en ellas troncos, y peñascos: siguiéron la Retaguardia los Franceses, y en el mismo Monte se travò una sangrienta disputa, en la que Guido Starembergh, peleando con el consejo, y con la mano, defendia la rustica Trinchera de los troncos, poniendose sobre ellos con intrepidez heroyca; y aunque los Franceses aplicaban, donde podian fuego, lo grueso, y verde de la materia frescamente cortada, no favorecia su intento: así tubieron tiempo de cumplir sus marchas los enemigos, à los quales embarazò el camino mas breve el torrente Orbia, que con advenedizas aguas se habia inchado, y por esto les fue preciso passarle cerca de Alexandria, donde dilatado en la llanura abre yado: passò todo el Exercito, y fortificò la Ribera. Starembergh, quanto permitia la presa: dexò en ella, para guardarla, y disputar el passo à los Franceses al Conde Solario con mil Infantes, y quinientos Cavallos, y lo executò con tal brio, que aunque murió en la accion, entretubo tanto à los Enemigos en ella, que tubieron los suyos tiempo de vencer el Monte, por donde llegaron libres à Stradella, cuyas aguas passò por el camino más breve à Piamonte, fortificando antes à Ostiglia.

Esta es la gloriosa marcha de los Alemanes, de im-

* G 2

mor-

mortal honra para Guido Starembergh, como indecorosa á los Franceses, y Españoles. A quien verdaderamente se debe atribuir esta culpa, está obscuro: cierto es, que dió convenientes ordenes el Duque de Bandoma; pero ni estas fueron exactamente executadas, ni podian serlo; porque con tanta distraccion de Tropas estaba al cuidado de pocos tan gran negocio: no hay duda, que la confianza perdió á los Franceses, cuya arrogancia tiene por costumbre despreciarlo todo.

No tubo el Duque de Saboya más feliz dia; porque se hallaba sin Tropas, y habiendo fortificado á Berrua, Vercelli, y Villanueva, no le quedaban más que diez mil hombres, aún habiendose añadido los que, con pésimo exemplo, estando sobre su palabra prisioneros, huyeron: algunos cogió en el Puerto de Genova el Duque de Turis, y los puso en sus Galeras; pero habiendose quejado la Republica, los mandó el Rey Christianísimo restituir. Aún estaban los Franceses divididos: en Saboya estaba Tese, y en Asta el Gran Prior de Bandoma.

El Duque de Saboya entró á hazer hostilidades en los Valles del Delphinado: no hizo tanto mal, como queria; porque los propios Payfanos, en numero superior al Destacamento de Piamonteses, defendian sus confines. Carlos de Lorena intentó con poca felicidad echar los Franceses de los terminos de Asta: hubo algunas escaramuzas: todo se reduxo á Guerra de Cavalleria, sin empeñar las Tropas. Quedó el General Uvaubon, Alemán, para inquietar á los Franceses: acometióle el Marqués de Estrada, y le ahuyentó tanto, que dexando los Alemanes á Concordia, passaron á Mirandula, no sin pérdida de los que cerraban la Retaguardia.

No quiso dar Cuarteles de Hyvierno á sus Tropas el Duque de Saboya; porque habia concebido algunas esperanzas, que le abririan camino á la Francia los movimientos de los Calvinistas; pero yá éstos estaban sin fuerzas: habia murto á muchos, en un Congreso de su Religion, el Coronel Grandual, felizmen-

te sorprendidos; y el Mariscal de Villars, embiado á este efecto de Paris, habia persuadido á no pocos el retiro á sus casas, con un perdon general, que el Rey mandó publicar, que tubo el efecto, que se deseaba; pero siempre los mas obstinados se retiraron á las Selvas, obligando á ser su Gefe al Conde Rolando; y como era el mando servidumbre, le exercia con poca aplicacion: ni se les continuaban los socorros, que habian ofrecido los Ingleses, y Olandeses, ocupados en mas altas ideas, y en prevenir una formidable Armada contra España, cuyos Reynos llenaban de sugestiones, y emissarios los Austriacos: y no les faltaba en la Corte parciales, y en el mismo Real Palacio: tanto habia contaminado el error, de que puede el Vassallo juzgar de los derechos del Príncipe, despues de haberle prestado juramento.

El Conde de Montellano tenia en gobierno la Presidencia de Castilla, y la mayor authoridad en el Palacio: habianle creado Duque, y Grande de segunda Clase; y aunque era más ingenuo, y severo, que lo que han menester á vezes los Palacios, como tenia el Rey tanto amor á la Justicia, le eran gratos sus dictámenes: hizole del Consejo de su Gavinete, donde quedò tambien el Conde de Monterey, que habia entrado quando Presidente de Flandes, aunque se suprimió este Consejo por el dictamen de los Franceses; para que tubiesse en los Países Baxos absoluto imperio el Rey de Francia.

Esto llevaban mal los Españoles, lo censuraban los descontentos con perjudiciales reflexiones, y cada dia eran más en numero, á medida de quanto crecía la authoridad de los Franceses; porque el Cardenal de Etrè más era Ministro de España, que Embaxador de Francia: los mas prudentes disimulaban; y aconteció entonces la infeliz era, de que quantos no obtenían del Rey, lo que pretendían, enagenaban el animo del Gobierno, y adherían á los Austriacos.

Meños dueño de sí, que otros muchos D. Fernando Meneses de Silva, Conde de Cifuentes, habia excedido en este error, y esparcia por la Andalucía (en Gra-

Granada principalmente) proposiciones sediciosas, pintando injustamente horrorosa la imagen del Rey: atribuíale defectos, que le faltaban, para engendrar odio en los Vassallos, exageraba la tirania de los Franceses, y su ambicion, la clemencia de los Austriacos, lo incontrastable del poder de los Enemigos, y lloraba con fingida compasión la depression de la España. Era el Conde por su naturaleza elegante, y feliz en exprimir los conceptos; y como lo illustre de su sangre llamaba à la atencion, y al obsequio, traxo à su dictamen no pocos, engañados de la hermosura de las voces, sin advertir, que eran no solo sophisticas, pero envenenadas del afecto: no formò conjura, pero dispuso los animos para la ocasion. Lo propio hizo en los Pueblos de la Mancha: lo que premeditaba se ignora; porque no tenía auctoridad para una sublevacion, que diese cuidado, y pocos Nobles le oían con aprobacion: era conocido su genio turbulento, inquieto, y amigo de Novedades, mas que por ambicion, por vanidad de dilatar el nombre; porque llevaba muy mal no ser del numero de los Grandes, siendo su familia mas illustre, que algunos, que lo eran.

Estos desordenes de su voluntad, y de su proceder llegaron à oídos del Presidente de Castilla, y se embió à D. Luis Curiel, que era del Consejo Real, à formar el processo, y averiguar estos delitos con el mayor secreto; porque el Conde, aunque habia vuelto à Madrid, no estaba descuidado. D. Luis, cuya integridad, prudencia, y entendimiento se llevó la confianza del Presidente, satisfizo con perfeccion à ella; y cumpliendo exactamente con su encargo, probò las culpas del Conde, que bien examinadas, mandò Montellano prenderle. Dióse esta comission à D. Miguel Pastor, hombre valeroso, y resuelto, con orden, que despues le entregasse à una quadrilla de Alguaciles, que con D. Andrés Pinto de Lara, Alcalde de Corte esperarían à lo lexos: así lo executò Pastor, aunque con alguna resistencia del Conde, y le entregò à D. Andrés

Pint

Pinto, para que le llevasse à la Carcèl de Corte. Este, ò por aficion al Conde, ò por malicia, rehusò llevarle, con pretexto de que no sucediesse algun ruido en el Pueblo, y consultò al Presidente lo que habia de executar: depositòle en una pieza baxa del portal más inmediato, guardado de Alguaciles, que apartados por el Conde, con motivo, que fingió preciso; porque ya les parecía, que estába seguro, mayormente no habiendo otra puerta, tubo tiempo el Conde, para arrancar un hierro de una rexa, que daba à otra calle, y escapandose por ella, los dexò burlados à todos. No lo advirtieron sus Guardas, hasta que llegó la orden del Duque de Montellano, para que le llevassen à la Carcèl, à donde irían treinta Cavallos à recibirle, y llevarle à la de Segovia. Aún queda la duda de si hubo en D. Andrés Pinto malicia, ò inadvertencia. Sin examinar bien su infidelidad, ò su descuido, usò el Rey de una benignidad, que le fue despues perjudicial; porque solo le quitò el empleo. El Conde andubo errante por la España, no sin protectores de la primera esphera. En el Reyno de Aragon, y Valencia hallò más facil refugio; porque encontró menor amor al Rey: despues se pasó al partido enemigo, y reconociò por Rey al Archiduque Carlos.

No dexò de dár aprehension à la Corte, ver, que contaminaba el desafecto à la principal Nobleza, y se excitò más el rigor con menos felicidad, que se esperaba; porque no estaban los Ministros de acuerdo, y la discordia de los animos embarazaba muchas vezes la justicia.

Tambien creció la desunion en el Palacio, tanto, que por arte de la Princesa Ursini fue llamado à Paris el Cardenal de Etrè: su Sobrino el Abad, unido con la Princesa, ayudò à echarle, para quedarse con el empleo de Embaxador (no guarda la ambicion fueros à su propia sangre:) Luego se hizo adverso à la Princesa; porque no ignoraba, que el Cardenal, su Tio, en Paris instaba con el Rey de Francia, que la sacassen de

ES-

España : Esto era difícil, gozando del Favor de la Reyna; pero lo supo el Cardenal disponer de tal forma, que el Rey Christianísimo se resolvió á mandar á la Princesa, que saliese usando del dominio, que tenia en su Vassalla. Replicò en vano la Reyna, è hizo tantas demostraciones de sentimiento, que excedian la proporcion de su altísimo grado.

Las razones, que movieron à Ludovico Decimo quarto para esta gran resolucion, no todas son publicas. Al Rey Catholico no le dió otras, sino que convenia assi à la quietud de ambas Monarquias. Cierro es, que el Cardenal de Etrè dió á su Amo relevantes motivos; y no era el menor, haberle asegurado ser adversa à los Franceses la Princesa, por ambicion del mando; y que para tenerle absoluto, procuraba la desunion de los dos Reynos, ò por lo menos, que no tubiessen parte en el Gobierno los Franceses. Esto ayudò à persuadir con varias Cartas el Abad de Etrè, que interceptadas por disposicion de la Princesa, le pusieron en desgracia del Rey Catholico, y pidiò, que le quitassen. Assi lo executò el Christianísimo, y en poco tiempo, impelidos unos de otros, salieron de España el Cardenal, el Abad, y la Princesa.

A quatro de Enero volvió la tercera vez Carlos de Austria à embarcarse, y con favorable viento llegó à Inglaterra, y fue allí reconocido, y tratado como Rey, sirviendo los Aliados á su propria vanidad. Despues de ocho dias partiò con una grande Armada, que mandaba el General Rooch: levantòse otra borrasca, y se dividieron las Naves por el rumbo, que permitia lo furioso de los vientos: perdieronse algunas, volvió à Inglaterra, y despues de reparado de un fuerte mareò que habia padecido, volvió, y emprendiò otra vez su viage. A seis de Marzo llegó à Lisboa, no sin algun infortunio, porque, al querer tomar el Puerto, se sumergieron dos Naves, sin que se salvase un hombre; hallò de luto la Corte por la muerte de la Infanta Theresa, hija del Rey, con lo qual se quitaron las esperanzas del

del idèado casamiento. Desembarcaron ocho mil Ingleses, buenas Tropas, y lucidas.

El nuevo Rey fuè reconocido como tal, y fuè luego à besarle la mano el Almirante de Castilla: dixose, que se puso pàlido, turbado, y sin acertar à hablar: presentòle unos prisioneros Vizcaynos, para que recibiese aquel obtequio de los que le ofrecia como Vassallos: el miedo los obligò à aquellos à besarle la mano; pero un niño de diez años, que habia entre ellos, lo rehusò, diciendo, que aquel no era el Rey, y que no besaria la mano, aunque le mataassen, mas que al que estaba en Madrid, que era su legitimo Soberano. Esto dispuso la Providencia, para arguir al Almirante, buscando un chico instrumento para confundir à los hombres que se tenian por grandes.

A pocos dias se hizo Consejo de Estado, y Guerra, y concurrieron los dos Reyes, los Xefes de las Armas, el Principe de Armeftad, y Leichesthein, el Almirante, y Diego de Mendoza, Secretario del Despacho Universal. Reconocieron inferiores sus fuerzas à las del Rey Phelipe, y assi se determinò estar sobre la defensiva, y guarnecer las Fronteras.

El Exercito de Españoles, y Franceses, mandado por el Duque de Bervich, constaba de deziocho mil Infantes, y ocho mil Cavallos, todos Veteranos. Saliò el Rey à Campaña, seguido de gran numero de Nobles de primera gerarquia. Salvatierra fuè la primer empresa; tomò los puestos el Conde Aguilar: vino el Rey à reconocer la Plaza baxo del tiro del Cañon; pero los ruegos de los suyos le apartaron: tenia de Presidio seiscientos hombres, y era su Governador Diego de Fonseca, que llamado à la rendicion, antes de abrir Trinchera, viendo no la podia defender, se entregò con toda la Guarnicion prisionero de guerra; lo proprio hizo Segura. Idafia se defendiò con mas brio, y forzó una de sus puertas, rompiendola con hachuelas D. Joseph de Salazar, y en pequena distancia se formò una sangrienta disputa, que la vencieron con valor los Espa-

ñoles, entre los quales se distinguió gloriosamente Don Antonio Lopez Gallardo. Rendida la Ciudad, no se retiraron al Castillo seis Compañias de Irlandeses; que en ella habia, y quedaron prisioneros. Tambien se entregó à los Españoles Rosmarin.

Mientras el Principe de Sterclaes debastaba la Provincia de Alentejo, pasó el Marqués de Villadarias el rio Anna, y desta forma se puso en contribucion gran parte de Portugal. Determinó el Rey sitiar à Castell-Blanco, y embió à reconocer los puestos al Señor de Thoy, y al de Joffreville, que sin más diligencia, que dexarse ver, ahuyentaron la Cavalleria Portuguesa, que estaba en los confines de la Ciudad. Abrieronse las Trincheras, despreciando una horrible lluvia de aquellos dias. El Rey las visitó muchas vezes; y algunas, despreciando la pompa, y magnificencia, comió en pie, y le sirvió un Timbal de meía más pomposa, que la más esplendida, y adornada: pudo ser vanidad el desprecio de sí mismo, pero siempre es exemplo, que no deben olvidar los Principes, y que deben tomar, como reprehension, los Cabos Militares, que tanto tiempo, y superfluidades gastan, componiendo sus mefas en la Campaña.

Mandaba Thoy el Sitio: abrió brecha junto à una puerta, y entró por élla: hizieronle camino los Granaderos, y hasta la Plaza de la Ciudad no hubo resistencia. Allí hallaron formadas tres Compañias con un Coronel Olandès: defendieron con valor el Sitio; pero cediendo al mayor numero, se retiraron al Castillo: pasó à él la guerra, más sangrienta, que hasta entonces, y al fin se rindieron à discrecion.

Passaron las Tropas Españolas à buscar à los Generales Fagel, y Adlon à un vecino Bosque, donde se habian juntado con los Portugueses los Auxiliares: à la entrada de la Selva habian levantado un atrincheramiento de troncos, y peñas los Portugueses, donde pusieron seis mil hombres. Separaronse Fagel, y Adlon, dividiendo las restantes Tropas, para defender el Bosque por todas partes. El Coronel Puifegur, Francès, acometió

tió al primero, y le ahuyentó, sin jugar armas: el Señor de Thoy marchó contra el segundo: duró poco la accion; pero fue sangrienta; y ya vencidos los Ingleses, rindieron las armas, y huyó Adlon.

Habia entrado por otro lado de la Selva el Duque de Bervich con el resto del Exercito; y no pudiendo resistir los Enemigos, dexaron la Provincia al arbitrio del vencedor: saqueóla con tirania, y usó las mayores hostilidades Don Bonifacio Manrique. El Cuerpo de los Franceses se aloxó à la opuesta Ribera del Tajo, y construído un Puente de Barcas, plantó el Rey sus Reales en Nissa: así quedaba tributaria toda la Provincia de Alentejo, menos Puerto Alegre, Ciudad bien fortificada, y guarnecida. Formóse el Sitio, y se puso una bateria en un Montichuelo, que dominaba la Ciudad, para batir el principal Baluarte de élla: à pocos dias cayó la media luna de la derecha: desampararonla los Prefidarios; pero hizieron más adentro un atrincheramiento, y una estacada, que la forzó, y deshizo con valor el Principe de Sterclaes. Clama el Pueblo, è implora la clemencia del Rey, por medio del Obispo del Lugar: consiguela, y se mandó no hazer hostilidad contra los Payfanos, que ya readidos, prestaron la obediencia, y se hizieron mil y quinientos Soldados prisioneros. El Marqués de Villadarias sorprendió à S. Alexo.

Estos arrebatados progressos pusieron en aprehension à la Corte de Lisboa, y mandaron, que se juntasen las Tropas del General Fagel con las del Marqués de las Minas, Governador de Almeyda, y que cubriesen à Monte-Santo: así lo executaron, y se dexaron ver otra vez en la Campaña, formados en batalla, queriendola dar al Señor de Joffreville, cuyo Cuerpo era el más vecino: este tubo à menos valer rehusarla, aunque inferior en fuerzas, y con imprudente consejo formó su Gente, poniendo en la primera Linea quatro Esquadrones de Cavalleria Francesa; en el centro la In-

fanteria Española, mandada por D. Francisco Ronquillo, dexando parte de ella para la Retaguardia, con algunos Cavallos por los lados. El primer acometimiento fue del General Fagel contra la frente de la Cavalleria Francesa, que à los primeros encuentros derrotò: al ver esto, sin pelear, se entregò à la fuga la Infanteria Española: no parò hasta Salvatierra, con tal desorden, que caian unos sobre otros. Vuelve à recobrase Jofreville, y à ordenar los pocos, que le quedaban: atacòle el Marquès de las Minas, y le deshizo: mayor hubiera sido la victoria de los Portugeses, si hubieran seguido à los que huian. Para reparar lo indecoroso deste hecho, embiò el Rey al Duque de Bervich con buenas Tropas: otras llevaba el Conde de Aguilar, con orden de buscar al enemigo, que yà se habia retirado à la Selva de Penamacòr, sin querer tentar otra vez la fortuna, bastandoles guardar la Provincia; porque despues, sino con muchas Tropas, no marchaban por ella los Españoles.

Desamparados los terminos de Castilla, los ocuparon los Portugeses, que presidiaban à Castèl-David, y Marbàn: assi tenian el Exercito del Rey sin comunicacion con su País, de que nació carecer de las necesarias asistencias, y provisiones, de genero, que faltaba el pan. Embiòse por esto al Ingeniero Elizagar, para reconocer la Plaza de Castèl-David, pero le pusieron en fuga los Enemigos, hasta que el Marquès de Aytona con mas Tropas le assegurò, y mandò abrir la Trinchera: plantòse una bateria de nueve cañones mal situados, sobre fer pocos: no hazian efecto alguno; hasta que mostrò la experiencia el error. En una pequeña altura se pusieron doze cañones, màs de Campaña, que de batir, y aunque se dirigian bien, eran de chico calibre, para hazer brecha: con mas felicidad disparaba la Plaza, y aruinaba las Trincheras. Dexaron los Españoles de disparar, hasta que por orden del Marquès de Villadarias se dispusiesen mejor las baterias, que yà con màs arte plantadas, hazian la debida impresion en los Muros. Clamaban los sitiados, pero resistian los In-

glea

gleses, que estaban de presidio, hasta que el miedo de los Payfanos parò en tumulto, y en disension: el Presidio convirtió contra ellos las armas: refirieronlo los Desertores à Villadarias; y aunque no estaba perfecta la brecha, mandò dar el assalto; por no perder aquella oportunidad. Corepondió al atrevimiento la fortuna; porque ayudados de la gente de adentro los Sitiadores, aún repugnandolo los Soldados, montaron la brecha, y ganaron la Ciudad. Retiraronse al Castillo los Ingleses, apretaron sin dilacion los Españoles, y se rindieron: diòseles libertad, para volver à su Patria, con la condicion de no tomar armas en un año. El Marquès de Lede tomò à Marbàn, y assi quedò abastecido de Viveres el Exercito.

Era yà ardiente la estacion, y mal sanos aquellos Campos, por sus Estanques, y pequeños Ríos, y assi se retirò el Rey à Madrid el primer dia de Junio, y las Tropas à Quarteles de Verano, porque en estos parages no se puede profeguir la Campaña hasta el Otoño. Assi inutilmente, sin haber tomado Plaza alguna importante, se gastò tanto dinero, y perdió no poca gente, y lo que es màs, la oportunidad de alguna gran empreña, estando casi sin Tropas los Portugeses.

Màs cruel era la Guerra en Alemania. Habia tomado à Passavia el Duque de Baviera: (se dixo, que con alguna inteligencia) era su Governador el Señor de Groenfelt, y el Cardenal de Lambergh, Arzobispo; y estos discordes atribuianse reciprocamente la pérdida de la Plaza, que abria el camino à las Austrias; porque solo estaba en medio Lintz, Fortaleza de poco momento.

La Austria inferior estaba inquietada de los Rebeldes, y algo la Stiria; habian los frios helado al Danubio, y se podia passar por muchas partes de él à pie enjuto: desto nació un justo temor en Viena; y si no les hubiese faltado à los Rebeldes forma de tener provisiones, hubieran saqueado la Provincia; porque el Principe Ragotzi habia ocupado à Scuthea, Isla del Danubio, y por ambas

bas orillas corria libremente , debastando los confines:

El Conde de Marfin desde Ulma amenazaba la Franconia (fuerte diversion , paraque por todas partes ceñida el Austria temiesse su ruina.) Se dudò en Viena si habia de salir de ella el Emperador ; y se resolviò exponerse al riesgo , por no consternar los Confederados , siendo el dexar la Corte la mas ruidosa operacion , solo dispensada de la ultima necesidad.

Con el pretexto de ajustar las contribuciones , volviò el Cardenal Lambergh à hablar con el Duque de Baviera , à quien propuso , en nombre del Emperador , los mas ventajosos partidos ; pero todo fue en vano. La misma infelicidad tubo el Principe Eugenio con Ragotzi , pertinaz en su rebelion , y màs insolente despues que tomò à Edimburgo , y Vesperin , de que padecian no poco peligro Tocay , Cassovia , y Comorra , caminò llano para Viena , donde se fortificaron los Arrabales , y se presidaron con mil y quinientos Soldados escogidos.

Tambien ocupò el Bavaro à Atzòl , por un tumulto de los Soldados : hizo se cargo al Governador , y se le cortò la cabeza. Todo su cuidado ponian los Alemanes en guardar las lineas de Stolfen , y la Selva Negra , porque no penetrassen en la Suevia los Franceses , contra los quales el General Tungen habia levantado , como un Muro , de troncos , y entretegiendo ramas , cegò las sendas con peñascos , y piedras , y sobre ellas echò gran cantidad de madera cortada , y escabrosamente dispuesta. La material disposicion no era mala , pero faltaba gente , y por esto , ò por creer seguras estas lineas , no parece aplicò todo el necessario cuidado , para guardarlas.

Aprovechado desta floja disposicion el Bavaro fingiò por el Danubio acometer à Norlinga , ò Nuremberga , paraque acudiendo allà los Enemigos , pudiesen los Franceses entrar en la Selva , como lo executaron ; pero aun no descubriò el Mariscal de Tallarde el designio de juntar sus Tropas con el Bavaro. Los Alemanes

se vieron obligados à hazer unas lineas desde Moguncia à Francfort , y el Duque de Malbourgh passò con todas las Tropas à Conflans.

Tallard , paraque no se le penetrasse la idea , embiò Tropas al Alto Palatinado , à Donabert , y Vvitemberga , y quando le pareciò oportuno , emprehendiò su marcha ; y porque no se le opusiesse la Guarnicion de Friburgh , compuesto como para batalla , pareciò delante de sus Muros el Señor de Courtobon : assi passaron los Franceses seguros el Valle de San Pedro , solo quando importaba menos bien guardado ; porque el General Tungen estudiaba cubrir con sus Tropas à Philipsburg , y à la Suevia , y paraque no se opusiesse à Tallard , acercò el Bavaro las suyas à Donaschinchen.

Los Alemanes se contubieron en Necharo ; por el Danubio se les juntò el Ingles con poderoso Exercito , y sobervio tren : habia sobre infinitos vagages , dos mil carros , y gran suma de dinero , pocas vezes en Alemania vista. Este gran aparato diò cuidado al Mariscal de Tallard , y retrocediò desde la Selva Negra à cubrir à Strasburgh con vano , y errado dictamen ; porque ya cuidaba desta Plaza el Mariscal de Villa-Roy , y habia introducido gente , y viveres. Assi estubieron ociosas tantas Tropas Francesas , hasta que assegurando à Suevia , passò à Vvitember el Duque de Malburgh.

Los Olandeses marcharon àzia la Mosa , y previnieron los Alemanes en el Rhin gran numero de Barcos chatos. Tantos Generales concurrieron en el Exercito Coligado , que se originò perniciosa dissension : estàban el Principe Eugenio , el de Nassao , el de Hessecaèl , y el Duque de Malburgh : las Tropas Auxiliares no obedecian mas que à sus Gefes , èstos à nadie ; conque se perdià el orden militar.

En Viena se diò el expediente de hazer Generalissimo destas Tropas à Joseph de Austria , Rey de Romanos : comprometieronse en èsto , y venian las primeras ordenes de Viena dirigidas al Principe Eugenio : assi creciò su authoridad ; porque se le diò la de

car sin despacho la voluntad del Rey: con esto lo mandaba todo; pero nunca à Malburgh, que se de clarò no estar subordinado mas que à su Reyna; pero era tanto el empeño de hazer la guerra, que siempre estubo de acuerdo con el Principe Eugenio, à quien, si no obedecia, respetaba por su fangre, y por su militar pericia.

Parecióle al Bavaro conveniente, passando el Danubio, acamparse en Nortlinghen: ocupò los collados de Donavert, fortificò sus alturas, y con mas cuydado la de Scolembergh. Contra esta determinò Malburgh mover las Tropas: Asintió Eugenio, y à las primeras sombras de la noche se empezó à marchar. La Manguardia se componia de doze Esquadrones Ingleses, que formados, hizieron la primera fila con la Infanteria Alemana, cuya Cavalleria ocupò los lados. La frente era mas estendida que la de los defensores, que se contuvieron en sus lineas; y en la parte mas expuesta estaban el Conde del Arco, Bavaro, y el General Lico, Francès, con buenas Tropas, y bien asentada la Artilleria, cargada à cartucho. Despreciando esta, al amanecer, empezó à subir la cuesta el Ingles, y acometiò à las Trincheras: perdiò mucha gente en la subida, y ya puesto en lugar igual, aplico los Gastadores, que protegidos de los Granaderos para arrancar la empalizada, se travò una sangrienta batalla: fueron al primer assalto rechazados los Ingleses: dieron el segundo con mayor impetu: estaban para ser segunda vez repulsados; pero el Principe Luis de Baden acudiò con la Infanteria Alemana, y Olandesa, y los può en el centro de la linea que acometia, y la extendió, empleando todo el Exercito por toda la longitud de las Trincheras Enemigas; de genero que las ceñia: con esto peleaban todos, y fuè preciso, que los defensores se distraxessen por todo el espacio fortificado, y eran menores en numero de los que assaltaban; con todo suplía el valor, y sustentaban la pelea, hasta que rota una parte de la linea, por donde estaba el Principe de Baden, entrò, aunque herido, en el cerco de los Enemigos: era estrecha la entrada,

trada, y perecieron muchos Principes, el de Baraith, Goorth, y Venchein: quedaron heridos el de Uvitembergh, el de Phrisia, y el General Stirum.

Los Bavaros se formaron en batalla aya donde quedaba rota la linea; pero estando esta cada momento mas arruinada, pudo entrar comodamente formado el Exercito Enemigo por dos partes. Ya no podian resistir los Bavaros: fueron vencidos; pero con orden retiraron las reliquias del Exercito à Donabert, dexando en el Campo muertos ocho mil hombres, y mil prisioneros. Los Vencedores perdieron doce mil, catorce Thenientes Generales, y treinta y quatro Mariscales de Campo, Brigadieres, y Coroneles. Brillò con admiracion el valor de Malburgh: no quedò menos glorioso el Principe de Baden; aunque pelearon sesenta mil contra veinte. Mas Tropas tenia el Duque de Baviera, que no pudieron pelear. Culpáronle, que aguardasse encerrado, y no fuera de sus Trincheras; daba muchas disculpas, y la mayor era tener menos gente: cierto es, que si Tallard no se apartara inutilmente del Duque, no hubieran los Coligados logrado esta ocasion.

En odio del Elector de Colonia, demolieron à Rimberga los Olandeses: acudiò aquel al Cesar; la respuesta no fue de Emperador, sino de Principe Austriaco, que tenia aversion à toda la Casa de Baviera. Todo atentos al Rhin los Franceses, descuidaron de la Flandes. Doce mil Olandeses, fingiendo irse à unir con Malburgh, assaltaron las lineas de Medorp, y Nasseingen: debastaban la Flandes Española, hasta que los echò de ella el Marquès de Bedmar. Perseverò la rabia, y determinaron bombardear à Namur; pidiò Bedmar socorros al Mariscal de Villars, que le embió siete mil hombres con el Marquès Daligre. Estaban los Olandeses ya à la vista de Namur, y puestos los Morteros, hazian no poco efecto las Bombas, con ninguna utilidad de la Olanda: durò por tres dias la hostilidad; llegó el Marquès de Bedmar, y se apartaron, pasando por la Mosa las Tropas, pero padeciò la Retaguardia; porque los Es-

pañoles figuieron con el mayor tesón à los Enemigos.

Resulta yà la expedicion contra Barcelona en Portugal, partiò la Armada sin el Rey Carlos: mandaba las Armas el Principe Jorge de Armeftad. A los catorce de Mayo diò vista à Gibraltar: conbidaba con el fastoso poder à la entrega, y permaneciò en su fidelidad la Provincia. Passò el Estrecho, y puso en cuydado al Conde de Tolosa, Gran Almirante de Francia, que con quarenta Naves estàba en Cadiz observando à los Enemigos, que tenian cinco mil hombres de desembarco. Mandò al Señor de Coetlongon, que de Marsella, y Tolòn facasse las Galeras, y Navios, que pudiesse, y passasse à Barcelona, no rehusando la Batalla, si fuesse menester. El Conde partiò luego de Cadiz, y añadió, al tiempo de passar, seis Navios de Guerra, que estaban en Alicante: costeò la España, y no encontró à los Enemigos: dirigió à Mallorca la proa, y sus Navichuelos de Aviso le dieron noticia de que venia la Armada de Rooch bordeando entre el Africa, y Mallorca, aguardando, al parecer, viento favorable, para dexarse caer contra los Franceses. Juntò el Conde de Tolosa Consejo de Guerra, y se determinò en èl retirarse à Tolòn, por la inferioridad de las fuerzas.

Libremente los Ingleses dieron vista à Barcelona: esperaba Armeftad rendirla con solo su presencia, pero no estàba maduro el negocio, ni bien estrechada la conjura; porque habia el Principe ofrecido, que vendria con veinte mil hombres, y el mismo Carlos Austriaco à desembarcar en aquella Ríbra. Eran yà los ultimos dias de Mayo, quando se presentò la Armada; y al Virey de Cathaluña Don Francisco de Velasco le faltaba un todo para la defensa, y lo que es màs, la fidelidad del País. Avivaba la llama de la sedicion el Veguèr de la Ciudad con gran cautela, y se tenian las Juntas en casa de un Carnicero: salieron Emissarios à commover los Pueblos, entonces con poco efecto, aunque corrieron hasta la Plana de Yich, y los confines de Aragon, y Valencia.

Ab

Algunos ofrecieron adherir à la rebellion; pero no empezarla, por no correr riesgo; porque las fuerzas, con que Armeftad venia eran menores, que sus promesas, y así nadie osò ser author de tan arriesgada obra. Por la Ribera de Poniente desembarcaron quatro mil Ingleses con algunos Morteros, pero no Cañones: así se hazia lenta, y de ninguna esperanza la Guerra; porque toda la fundaban en la deslealtad del País, y este aguardaba mayores hostilidades, que no pudiesse la Plaza resistir. Ayudabase con cartas secretas, y esparcidos Papelones Armeftad; pero no hazian fuerza, y permaneciò traydoramente fiel la Provincia: por lo menos lo parecia; porque todos ofrecieron al Virey no escusar peligro, ni gasto à la defensa.

El Veguèr pidió, se le diese à guardar una puerta, con la siniestra intencion de aprovecharse del exito, y seguir el màs afortunado. No ignoraba Don Francisco de Velasco esta traycion, pero fingia ignorarla; porque mandaba la necesidad no explicar difidencia, quando no se podia castigar la ofensa. Algunos màs intolerantes buscaban ocasion al tumulto: todo era dilacion; y conociò el Almirante Rooch, que aquella guerra era preciso hazerla con las Armas, no con papeles, y fallibles inteligencias: desistiò de la empresa, è hizo vela, no sin redarguir la ligereza, ò credulidad del Principe de Armeftad, à quien agitaban tres furias, el amor, la soberbia, y el odio.

Don Francisco de Velasco, ensobervecido con la victoria, despreciò el interno mal, de que la Provincia adolecia; y no haciendo caso de los desleales, dexò tomar cuerpo à la traicion, que pudo, después de irse la Armada, reprimirla con el castigo de los autores, los quales cobraron màs brio en la floxedad de Velasco, con la noticia de una conjura, que habia en Cadiz, que ellos la creyeron mayor; pero estàba concebida entre gente muy baxa, y no poderosa; y aunque fue allà el Vice-Almirante Jorge Bingham, para alentarla, porque habian los conjurados ofrecido abrir, y entregar una

puerta, despues que ocupassen el Baluarte de San Sebastian: á la hora de executar lo, faltó valor, y gente; porque eran pocos los que á esta ruindad consentian.

Los Ingleses, defengañados, de que no servian inteligencias, ni promessas, convirtieron contra Gibraltar las Armas, no ignorando quan desprevenida estába la Plaza, donde solo habia ochenta hombres de presidio, con su Governador D. Diego de Salinas, y guardaban las Riberas treinta Cavallos. Pusose en cordón la Armada, y empezó el bombardèo con quatro Balandras. Consternaronse los Payfanos con la novedad del estrago. Desembarcaron al mismo tiempo quatro mil hombres, que marcharon en derechura á la Ciudad, la qual podía hazer poca defensa sin Artilleros, ni Municiones: la necesidad obligò al Governador á capitular, saliendo libre la Guarnicion, y qualquiera, que no quisiessse estár baxo el yugo de otro Dueño. Fixando en la Muralla el Estandarte Imperial, proclamò al Rey Carlos el Principe de Armestad: resistieronlo los Ingleses, plantaron el suyo, y aclamaron á la Reyna Ana, en cuyo nombre se confirmó la possession, y se quedó Presidio Inglés.

Esta fue la primer piedra, que cayò de la Española Monarchia, chica, pero no de poca consecuencia. Quisieron los Ingleses, para dominar el Estrecho, tomar á Ceuta, donde estába por Governador el Marqués de Gironella, Cathalán, hombre de probada fidelidad, y valor: presentaronse á la Plaza, la que querian rendir con persuasiones, despreciadas con grande honra: era su Obispo D. Vidál Marin, sujeto exemplar, y amantissimo del Rey Catholico, que ofreció, quanto posseía para la defensa, y exortaba á ella. Estaba la Plaza con su largo Sitio de treinta años, que le tiene puesto el Rey de Marruecos; y assi podian estas dos guerras justamente dár aprehension al fuerte corazon del Governador, que atendía á todo: se defendía de los Moros, y se prevenía contra los Ingleses, que desesperados de vencer, se hizieron á la vela ázia el Mediterraneo; y como

mo en él tenían algunas Naves, tomaron el rumbo de la Africa, para unirse todos contra el Conde de Tolosa, que no ignoraban, había salido de Tolón con una poderosa Armada, la qual á los venticinco de Agosto habia llegado á Malaga, y tenía orden de facar del Mediterraneo á los Enemigos, dando, ó recibiendo la batalla, si fuesse menester. No la rehusaban los Ingleses, antes buscaban la ocasion.

Por una, y otra patte se despacharon Naves, para descubrir los Mares, y partiò el Conde de Tolosa de Malaga con poco viento, que casi era calma. La misma padecian los contrarios, y á todos los llevaba la corriente, que en el Estrecho es opuesta; porque la que baxa del Oceano al Mediterraneo, vá ázia el Africa; y la que baxa del Mediterraneo al Oceano, ázia la Costa de España; por esto es tan peligroso aquel parage, por las opuestas corrientes: la que guiaba al Africa, conducia á los Ingleses; á los Franceses, la que á España, no sin algun riesgo; porque tenían menos, que navegar.

Assi estubieron dos dias, hasta que un poco de viento de una, y otra tierra puso á vista las Armadas. Observaron una nubecita, que precedia al Sol, señal de Levante, y esto alentó á los Ingleses; porque tendrían el barlovento: por esto forzexaron á buscar el origen del viento, para dexarse caer con impetu á la batalla: favorecialos la corriente, y aguardaron con poca vela á que refrescasse, mientras los Franceses aún estában en calma; porque no llegaba hasta ellos el poco de Levante, que corria. Refresco, al ponerse el Sol, y tubo algun trabajo el Conde de Tolosa, para mantenerse en aquellas aguas toda la noche: busco el Mar abierto, dando las espaldas á la España; porque no pareciesse, que huía; pero bordeando se hallò sobre las aguas de Malaga, á tiempo que corria recio el Levante; y habiendo yá amanecido, le avisaron, que la Armada Enemiga venia tendidas las velas, y formada en batalla.

Mandaba el Almirante Rocch ciento y diez y ocho Naves de varia magnitud, y ocho Balandras, que puso

à los lados de la primera linea : en medio estàba la Real de los Ingleses, teniendo à la derecha al Almirante Alemundo, Olandès. La segunda linea solamente constaba de quarenta Navios, y los demàs estàban en la primera. Sin dilacion puso en batalla à los suyos el Conde de Tolosa : eran 108. : de pocos constaba su segunda linea, porque habia en ella quarenta Galeras de España, y Francia, que tenían orden de sacar de la batalla los Navios, que estubiesen maltratados, y traer con el remolco otros à la linea. Porque el viento no le diese directamente por proa, torció à la derecha el Francès sus Naves.

Retardaba el combate la marèa contraria al viento ; y mientras se forcexaba à vencerla, se prevenian mejor para èl. Estàban à tiro, y antes se oian resonar las Trompetas, y Timbales, que se jugò el Cañon. Al fin casi à un mismo tiempo dieron los Almirantes la señal de acometer, sacando la espada, y se empezaron feròzmente à cañonear. Primero padecieron mucho los Franceses ; porque el viento contrario los agita ba màs, y no heria con tanta certidumbre su Cañon, quando los Ingleses disparaban mas firmes, menos commovidos del viento en popa, y veian mejor, porque el humo cargaba sobre la Armada Franceña, la qual estrechando la linea, deseaba llegar al abordò ; porque sabia que tenia màs gente de guerra. El Inglès, que de èsto huía, alargò su linea, y solo peleaba con el Cañon ; y porque los cuernos de ella se iban, por la fuerza del viento, à la segunda de los Franceses, mandò estrecharlos, y unirlos, quanto pudo, al semicirculo, que era mucho mayor, que el del Conde de Tolosa. Impaciente este, se dexò caer con impetu sobre la Comandante Olandesa, pero le faltò el viento, y solo la abrasò à cañonazos.

Habia padecido mucho el ala derecha de los Franceses ; y con haber las Galeras sacado las Naves maltratadas, y conducido otras à la linea, se fortaleció. Los Ingleses hizieron lo proprio de su segunda linea, y dieron

dieron màs vigor à su izquierda ; de genero que alargandolas un poco, casi todas peleaban ; porque las que màs habian padecido, no podian retroceder. El viento, que daba en cara à los Franceses, impedia incluir en su corba linea à los Enemigos, y asì trabajaban en vano. En la segunda cayeron algunas bombas de las Balandras Inglesas, con poco afècto, y no podian acertar à caer en ellas todas las que se dispararon, por la movilidad de las aguas.

No echò menos la muerte este estrago ; porque sobraban peligros, para ser horroroso, y fatal el dia. Tiñose el Mar ; y manchadas las Naves de la vertida sangre, hizo la fortuna escarnio de los mortales. Veianse afeados los rostros, ò ciegos, ò desmembrados, y hechos pedazos los miseros Combatientes : todo era horror : y hasta el ayre, cubierto de una espesa nube de humo, casi prohibia la batalla.

Trabajaron mucho los Pilotos en mantener la linea, y mucho màs los Ingleses ; porque el mismo favor del viento los echaba sobre la de los Enemigos ; y como era èsto lo que el Conde de Tolosa deseaba, para llegar à las armas blancas, se mantenìa à la capa, y los Ingleses refunieron el velamen ; porque se enfureció el Mar, reforzandose vorrascoso el viento, de genero que ambas Armadas iban perdiendo el orden. El Inglès retirò el centro de la linea, y juntò las alas, que aun no habian peleado bien, y amaynaron las velas ; porque temian dar en tierra.

El Francès, no pudiendo resistir la fuerza del viento, temiendo lo mismo, torció el clavo, y navegò à orza. Esto, y la noche puso fin à la Batalla ; aunque quanto durò la remissa luz, no cesò la Artilleria. Así quedó indecisa la victoria. Los Franceses perdieron mil y quinientos hombres ; y aunque no les echaron à pique Nave alguna, quedaron todas tan maltratadas, que si no hubieran tenido prompto el Puerto de Malaga, perecerian muchas. Dos perdieron los Ingleses, los Olandeses una, y de ambas Naciones murieron ochocientos

hom-

hombres, aunque hubo muchos heridos, y Naves destruidas y ya inútiles no pocas. Como iba entrando la noche, cessaba el Levante, y se levantaron vientos de Medio día, que à tres horas de noche cobraron fuerza.

Bordeando los Ingleses con grande arte, se hallaron al amanecer en las mismas aguas, en que aconteció la acción; esto no lo pudieron executar los Franceses; porque estaban más cerca de la tierra, y les fue preciso tomar el bordo más alto. Rooch compuso por la mañana sus Naves otra vez en batalla, y no hallando à los Franceses, vitoreó el Triunpho. No estaban aquellos lexos; porque los que hazian la descubierta en lo alto de los arboles, los vieron como ocho millas distantes forzexando, para buscar al Enemigo. Todo lo impidió el viento, q̄ obligò à los Ingleses à echarse à la costa de Africa; y de allí mas violento, juntado Consejo de Guerra, se vieron precisados à passar el Estrecho, y dexar el Mediterraneo, abrigandose de Gibraltar, y Lisboa. Por esto se atribuyeron à sí la victoria los Franceses; pues solo era su intento el echarlos al Oceano.

Muchas questions se levantaron sobre esta indecisa victoria; y ni, aún habiendo leído lo que se escribió sobre esto, nos atrevemos à definirlo. En Hamburgo se decidió la question à favor de los Franceses; porque no habian estos tomado Puerto, quando dexaron el Mediterraneo sus Enemigos, los quales dicen, que no dexaron el Campo de Batalla, y que faltò de él antes el Conde de Tolosa. Ni aún el dictamen de los de Amburgo há quitado al mundo la duda. Ambos Almirantes manifestaron imponderable valor, como tambien los demas Gefes, y Comandantes de las Galeras. Mandaba las de Francia, el Marqués de Roy, y las de España el Conde de Fuencalada, a quien se agregaron las del Duque de Turis, mandadas por él mismo.

Esta es la celebre Batalla Naval de Malaga, que durò trece horas continuas del dia veinte y quatro de Agosto

Agosto. Muchos no aprobaron haberla el Rey Christianísimo permitido, porque no sacaba fruto alguno de ganarla, pudiendo luego reparar el daño sus Enemigos, ricos de Naves, y era la ruína de la Marina de Francia si la perdía, pues solo con haberla maltratado, no salió mas Armada de Tolón, y las Naves que quedaron estaban en su rada arrimadas, y raras despues han servido, dexando libre el dominio del Mar à sus contrarios; y era tan infalible este exito, que lo mismo hubiera sido aun abiertamente viniendo.

Rendido en Italia, por los Franceses, Brixelio, convirtieron sus Armas contra Roberto; y al baxar por el Pò las Barcas con Tropas, le desampararon los Alemanes, y se fueron a Ostiglia. Importabales à los Franceses el Tomar aún à esta, para estrechar à Mirandula: Intentaron por el Mincio invadir à Sarrabàl; y con sola esta noticia desamparò sus Estados el Duque de la Mirandula. En vano intentaron los Alemanes expugnar à Castro-Fuerte, y en vano el Duque de Saboya recobrar à Chamberi. El de Bandoma marchò contra Bercelli, y pasó con tres Puentes el Pò; quisieron impedirle la marcha los Alemanes, y se vieron obligados à retirar, con alguna pérdida de gente en la Retaguardia, donde fue preso el Señor de Vvaubòn.

Quedaba descubierta Villanueva: desamparòla el Duque de Saboya, y pasó hasta Crescentino, fortificado por naturaleza, y arte; à cuyas espaldas corre el Rio Doria, no despreciable alguna vez: Por donde se va à Berrua la hace medio gyro una Laguna pantanosa, y sin vado alguno, sino solamente el Puente. A un mismo tiempo emprendieron muchos sitios los Franceses, el de Bercelli, Sarrabàl, y Susa, despues de haber tomado el Duque de la Fullada à Brunet.

Quisieron socorrer à Susa tres mil Saboyanos, que rechazados acelerò la rendicion de la Plaza, de que hizo el Duque de Saboya un fuerte cargo al Governador.

Importaba esta severidad para avisar al Señor de Hay, Governador de Vercelli, lo que habia de executar. Estaba esta Plaza embestida desde treinta y uno de Mayo con dieziseis mil hombres, y cien Cañones. Quince dias se tardaron à plantar las baterias, y ayudò mucho à promoverlas el ocultarlas el Bosque de San Francisco. Otras se pusieron contra la que llaman Puerta de Turin, à cargo de los Españoles, mandados por el Conde de las Torres. Estaba bien fortificada, y abastecida la Plaza; y aunque se resistió quanto fuè posible, no pudiendo ser socorrida se rindió; quedando prisionera la Guarnicion. Dudaron los Franceses si habian de demolerla; y al fin lo executaron solo en los Baluartes, dexando las Murallas.

Viendo desesperada la defensa de Sarrabàl los Alemanes, quemaron sus fortificaciones, y passando el Tartaro, y por Castrobaldò el Athesis, marcharon al Trentino. El Duque de Saboya hizo fuertes atrincheramientos en Crescentino: tenia prevenida la retirada à Verona; y como le venian por el Pò las provisiones, fortificò la contraria Ribera del Doria. Los Franceses determinaron sitiar à Imbrea, porque no viniessen socorros por los Esquizarós: esto obligò à retirarse à los Valles de los Alpes los Saboyanos. Debastaba la tierra el Duque de la Fullada con mas libertad, despues que deshizo un Cuerpo de quatro mil Piamonteses en el Monte de San Bernardo. Con esto le fuè facil tomar à Augusta, y cerrar las puertas de la Francia. Rindióse Imbrea; y alentò esta victoria à los Franceses para emprender el Sitio de Berrua, y pusieron en tanto cuydado al Duque de Saboya, que llamó con vivas instancias à los Alemanes, que estabaa en Trento. No habia mas trivial camino para que estos passassen, que los montes de Verona; pero estaban tan cubiertos de Nieve, que eran intratables, y assi se vieron precisados à passar por unos Valles pantanosos, y sin vereda.

El Duque de Bandoma vino à reconocer las Fortifica-

ficaciones de Berrua. El de Saboya habia hecho una comunicacion à Crescentino, de un Puente que levantò en el Pò, y fortaleció con diez mil hombres para socorrerla. Esta Plaza está situada entre asperos Montichuelos, cubiertos de un rudo Bosque: estos los habia fortificado todos con atrincheramientos comunicables, porque importaba vencer lo arduo de tantos Collados para plantar formalmente el sitio. El primero, y el mas fuerte era el de Gerbiniano, no tan fortificado con Arte Militar, quanto con la presencia del mismo Duque; y aunque estaba adelantado el mes de Octubre, y era lluvioso el Otoño, atacaron los Franceses las Trincheras; donde peleando con su propia mano, hizo el Duque de Saboya maravillas, y rechazò al primer assalto à los enemigos. Mandò dar el segundo el de Bandoma, añadiendo Tropas, y se adelantò tanto, que arrancaba con sus manos las estacas; pero fuè tambien rechazado, y no tubo la tercer vez mejor suerte: con tanto valor à vista de su Principe, peleaban los Piamonteses.

Retiróse el Duque de Bandoma, y recurrió à la industria. Habia una eminencia por un lado de estas Trincheras, que las dominaba: esta ocuparon los Franceses, sin que lo advirtiesen los Enemigos, y subiéndò con la mayor celeridad la Artilleria, la plantaron contra las Trincheras, que ya en descubiertò las desampararon los Piamonteses, y se retiraron à Crescentino. Entonces convirtió contra Berrua toda su fuerza el Francès, y batia con felicidad el Fuerte llamado por su figura Cola de Golondrina, que hazia gran fuego: abrióse brecha en él, y aunque no perfecta para el assalto, le mandò dar el Duque de Bandoma.

Pocas vezes se ha visto accion mas viva, ni mas sangrienta en una brecha, porque con el mayor valor los sitiados defendian la ruda, y angosta entrada, dependiendo de ella el perderse la principal fortificacion de la Plaza. Empeñados los Franceses à fuerza de gente, perdiendo Regimientos enteros, despues de bien reñida

disputa; vencieron, y pudieron estrechar el Sitio, levantando nuevas Trincheras; pero no podia ser perfecto el Cordon, porque estaba abierta la puerta del socorro à las espaldas de la Plaza, y las guadaba el Duque de Saboya por el Puente que habia hecho à Crescentino, el qual era menester cortar para poder ser perfecto el circulo.

Las continuas lluvias retardaban los trabajos, llenandose los Fosos de agua: caian las Trincheras; pero tenia el Duque de Bandoma: las mandaba reparar: disputaban la inclemencia del tiempo, y su constancia. Plantò baterias contra el Puente para separar al Duque de Saboya de la impresion que hazia la Artilleria, reparaban de noche los Piamonteses, y assi trabajaban ambos Exercitos de forma increíble. Prevalencia la fuerza de la bateria, porque no podian reedificar tanto en una noche, muchas veces tempestuosa, y siempre obscura. Sin perder el Puente de vista, con repetidos angulos, ya estaban los aproches mas vezinos al Muro: dieron el asalto al camino cubierto, y despues de una larga resistencia le ocuparon los Franceses: con esto acercaron las baterias, y la misma noche entrò el Duque de Saboya en la Plaza con tres mil Infantes, y dos mil Caballos, con intencion de hazer una surtida: Era la noche obscura, y tenebrosa, cubierta de niebla, y la mas fria que es imaginable, porque estaba finalizando el mes de Diciembre: Hiertos se hallaron muchos en las Trincheras, porque embarazaba el hielo el movimiento, y por esso en ella habia mas quietud que vigilancia.

El Duque de Bandoma, y los Oficiales Generales estaban en la cama: este pessimo exemplo persuadiò à muchos al descanso. A tres horas de noche saliò el Duque de Saboya con el mayor impetu contra las Trincheras, que, ò mal aguardadas, ò bien acometidas, las deshizo, passò à cuchillo à los que las defendian, y clavò la Artilleria, mandando deshazer las Cureñas: Todo esto logró antes que despertassen los que dormian en sus Pavellones; al fin, tomó las armas el Exercito.

Medio

Medio vestido, y desnuda la cabeza saliò el Duque de Bandoma con espada en mano: llevaba las Guardias buscando el origen, ò lugar de esta accion, y se encontró en ella: empieza de nuevo mas sangrienta, quanto mas por parte de los Franceses desordenada, porque peleaban à ciegas, y el Duque con sus Piamonteses conservaba el orden, y alentaba con el heroyco exemplo al valor; y viendo que ya cargaban todas las Tropas Enemigas, estrechando el orden de las suyas, procuraba retirar los Infantes, oponiendo la Cavalleria, despues de haber hecho una de las salidas mas gloriosas, que puede à Principe alguno acontecer: peleò con la direccion, y con la mano: no escusò trabajo, ni peligro, antes prodigo de sí mismo, buscò los mas evidentes; y hecho en los enemigos no pequeño estrago, se retirò con solo la pérdida de trescientos hombres, habiendo muerto tres mil Franceses.

No se le puede negar al Duque de Bandoma el valor con que se metiò en lo mas ardiente de la pelea, inflamando à los suyos, ignorando el parage en que estaba, y quantos peligros le ceñian. La luz de la mañana mostrò la padecida ruina, con gran trabajo reparada. Despreciando estos accidentes de la fortuna los Franceses, prosiguieron el Sitio; y aunque se les disputaba cada palmo de tierra con valor, ocuparon el Foso. En este estado cesaron las baterias un poco, por falta de piezas, clavadas muchas, desfogonadas otras, y algunas desmontadas, de genero, que fuè preciso mandarlas traer de Casà.

Los Alemanes intentaron socorrer al Duque de Saboya: oponianse los Franceses, guardando el Adda, el Oglio, el Mincio, y el Athesis. El General Lenagen, Alemàn, estaba en el Bresciano aguardando oportunidad, y recibiendo las provisiones por el Lago de Garda, disputadas con continuas escaramuzas.

Los Franceses ocuparon à Desenfano, para que introduziendo en el Lago Barcas, no viniesse vivères à los Enemigos. Callaron los Venecianos; y aunque in-

ter-

ternamente adherían à los Austriacos, mejor querían à Detenano en poder de los Franceses, no tan licenciosos como los Alemanes, porque necesitaban menos.

Estas empreñas dexamos imperfectas, por guardar la serie de los hechos, pues en este estado de las cosas de Italia feneció el año. No faltaba en alguna expedición la acostumbrada censura. Creyeron los Prácticos de la guerra, que si los Franceses aplicaban todas sus fuerzas contra el Puente, quitándole las esperanzas de socorro antes de sitiar à Berrua, la huvieran con mas facilidad rendido.

La victoria del Duque de Malburgh en las líneas de Scolembergh, puso en gran cuydado al Duque de Baviera; y no desesperando ser socorrido de los Franceses, hizo nuevas líneas en Ausburgh. El Conde de Marfin estaba acampado en el Rio Lechen, y en los terminos de la Alsacia el Marqués de Coigny, ambos Franceses: El Señor de Courtobon aseguraba el camino al Mariscal de Tallard por la Selva Negra, donde le encontró el General Froimbofart, para guiarle por los Campos de Suevia. El Mariscal de Villa-Roy ocupaba el Valle de San Pedro: Así distraídos en varias partes los Franceses, en ninguna tenían grandes fuerzas, hasta que de orden del Rey Christianísimo se juntaron con el Duque de Baviera en veinte y siete de Julio Tallard, y Marfin.

Tambien se unieron las Tropas de los Coligados, mandadas por el Principe Eugenio, y el Duque de Malburgh. La esteril tierra no podia alimentar tanta gente, y así era preciso venir à batalla, deseada de ambas partes, è inflamados los animos de tan gran numero. Los Franceses, y Bavaros eran inferiores en él à sus Enemigos; pero lo ignoraban, porque en las Revistas el engaño de los Comissarios, Coroneles, y Subalternos, daba à los Generales à entender mayores fuerzas de las que tenían. Fiado en ellas el Duque de Baviera, pasó el Danubio con errado dictamen: acampóse

pose en Ocset entre una Laguna, y unos Montecitos, cubiertos de selva muy espesa. A trece de Agosto supo que venían los Enemigos, y ordenò sus Tropas: ocupò el centro de la primer línea, y formò otra segunda igualmente estendida, en que puso algunos Oficiales Generales à las espaldas, para que nadie retrocediese: no distaba mucho el centro de las alas; y como en los espacios, habia puesto separada alguna Cavalleria para socorrer à ambas partes, casi era continua la línea que tocaba la Selva, y la Laguna: en aquella quiso poner seis mil hombres de reserva emboscados, para qualquier accidente que sucediese à la siniestra, gobernada por el Conde de Marfin, porque veía venir à los Enemigos en forma de Batalla, muy reforzada la derecha, que regia el Principe Eugenio: esto hizieron, porque recelaron, que en el Bosque se ocultassen Tropas; mas no lo quisieron executar los Franceses, por no privarse de tantos Regimientos, y para que peleassen todos.

La izquierda de los Coligados estaba à cargo del Duque de Malburgh, que marchaba inmediato à la Laguna: tenían el centro del Exercito los Olandeses, y las Tropas Auxiliares de Alemania, con innumerables Principes, que habian venido à hallarse en aquella acción. La derecha del Duque de Baviera la gobernaba el Mariscal de Tallard: era yà cerca de medio dia quando empezaron à cañonearse, porque para no fatigar los Soldados, venían muy despacio los Coligados; y como estaban mas bien situadas las piezas del Exercito del Duque de Baviera, y habia elegido el Campo, todo lo que durò jugar solo el Cañon, padeciò mucho la Infanteria Alemana, porque por quatro horas no se estrechò la Batalla. El Principe Eugenio acometiò el primero à Marfin: el encuentro fuè feròz, mas bien sostenido de los Franceses, porque la primera línea de los Alemanes bolvió las espaldas. Con gran brio el Principe Eugenio sobtubo la segunda, y fortificada con los que solo hasta ella retrocedieron, bolvió à pelear, mientras algunos Cabos recogían los que habían

160 COM. DE LA GUER. DE ESP.

bían huído. En este desorden perdieron los Alemanes algunas Vanderas, y Estandartes.

Renovóse mas dura la guerra; y los Franceses, que hasta la segunda linea se habian adelantado, se contubieron, porque para reparar el desayre, combatian con nunca visto ardor los Alemanes; pero como los Franceses habian visto la sombra de la victoria; tanto se esforçaron para que no se les huyesse, que otra vez ahuyentaron à sus enemigos, y los hizieron retroceder hasta donde tenian una bateria de Cañones, que la ocupò Marsin. Eugenio, viendo que se le deshazia la derecha, retrocedió formado dando media buelta, y las espaldas à su centro, hasta que se unió al extremo de él, porque de allí esperaba socorro, y no en vano, pues se destacaron quince mil hombres, que atacaron por un lado à Marsin, que tambien, dando buelta à la derecha, hizo frente, y aunque con numero desigual, sustentò fuertemente la violencia enemiga; y viendo que padecia mucho, le socorrió su segunda linea del mismo cuerno: con esto sustentaba bien la accion; pero como eran mas en numero los Alemanes, pretendia recoger sus Tropas, y unir las à su centro: Viendo esto el de los Coligados, se adelantò impetuoso contra el Duque de Baviera, para cortar à Marsin, y dexarle atrás.

Logrando Eugenio la oportunidad, le cargò con el ultimo esfuerzo, y le deshizo, aunque no tan del todo al principio, que no procurasse juntar el residuo de sus Tropas con las de Baviera. Esto se lo prohibió con segundo assalto Eugenio, adelantando la Cavalleria, de genero, que toda el ala siniestra de los Franceses fuè derrotada, y puesta en huída, y no pudo el Bavaro socorrerla, porque peleaba, no solo con todo el centro de los Enemigos, sino tambien con la ala derecha victoriosa, y regida por tan gran General como el Principe Eugenio, que prohibiendo seguir à los que huían, quiso proseguir la victoria, y se arrojò con tanto impetu contra el Duque, que aunque este hizo de su Exercito dos frentes, y combatia por su mano con admirable

able esfuerzo, le iban los Alemanes derrotando, porque le faltaba la Cavalleria de ambas alas, habiendo sido vencida, y deshecha la derecha, que regia el Mariscal de Tallard, contra quien peleò con arte, y valor Malbruch, pues por aquella Laguna, que pareció à los Franceses invadiable, pasó un Destacamento de Ingleses, y atacò por un lado à Tallard: Este no los vió, hasta que los tubo encima por su cortedad de vista; y así por dos partes ferozmente acometido, aunque dió grandes pruebas de su valor, quanto permitia declarada contraria la suerte, fue preso, queriendo volver à ordenar las primeras filas. Con esto acabò de dár la ultima derrota à sus contrarios el Ingles, y cargò tambien contra el Bavaro, que aún sustentaba la ardua, y difícil batalla, y flaqueò mas, despues que todo el Exercito Enemigo convirtió contra él las armas: habia llamado para su socorro à la segunda linea; y mientras pretendia formar un triangulo, pusieron en tierra las armas diez y nueve Batallones Franceses, con solo el vil exemplo de un Coronel, que lo executò, y pidiendo quartel, se entregaron prisioneros.

Ni aún con esto le faltò el animo al Bavaro, porque ordenò con tanta regla la retirada, que si los Franceses, que abatieron las armas, persistieran en pelear, se hubiera reintegrado la batalla; porque yá habia vuelto à ella Marsin con todas las Tropas, que pudo recoger; más yá triunfantes los Alemanes, è Ingleses, se esforzaron con tal brio à perficionar la victoria, que volvió la espalda todo el Exercito Enemigo, al qual por espacio de un dia siguieron los Vencedores: prohibió la noche mayor estrago, y el Duque de Baviera, y el de Marsin se retiraron à Ulma con las reliquias del Exercito: de los que huían, dos mil perecieron en el Danubio, doce mil Franceses, y Bavaros quedaron muertos, y fuè igual el numero de los prisioneros: infeliz dia para el Bavaro! indecoroso para los Franceses! Fatal, y pernicioso para los Españoles!

El triumpho, y la gloria se reservò á los Vencedores; donde los Cabos Militares dieron evidente prueba de su conducta, y valor: perdieron ocho mil hombres.

Esta es la celebre Batalla de Ocksted, origen de tantas perdidas. Voluntariamente, y no forzado la dió el Bavaro, llevado de su destino; porque teniendo interpuesto el Danubio, podia vencer á los Enemigos sin batalla, pues no podian subsistir en Pais tan esteril.

Esta es la primer desgracia, que vió Luis Decimo quarto despues de medio siglo de continuadas glorias: importò ser vencido, para que creyessen los Franceses, que lo podia ser. El Rey llevó este golpe con maravillosa igualdad de animo; mandò reclutar su Exercito, y degradar de los Militares honores, y nobleza á los Oficiales, que ignominiosamente habian depuesto las armas en el ardor de la accion: estos fueron dos Mariscales de Campo, catorce Brigadieres, veintitres Coroneles, quarenta Tenientes, y otros infinitos Subalternos, y Capitanes con Decreto tan riguroso, que los inhabilitò en adelante. Tambien formò processo contra los Comissarios, è Inspectores; porque pagaba el Rey setenta mil hombres, y no constaba de setenta mil el Exercito, ni habian hecho las reclutas segun las ordenes dadas, y la instruccion.

Por la Selva Negra baxaron á Strasburgh el Duque de Baviera, y Marfin, dexando á Abspurg llena de viveres, y Municiones. Las Tropas del Cesar tomaron á Meminga, Lavinga, y Braunavia, y poco despues á Ulma; y antes que se reparassen del daño los Franceses, determinaron sitiar á Landau, donde estába por Governador el Señor de Lauban. Dióse el cargo del Sitio al Principe de Baden, con las Tropas Auxiliares de los Principes del Rhin. El Inglès invigilaba contra los Franceses, que estában en Offemburgh, para que no entrassen socorros en la Plaza; pero burlò la diligencia de las Centinelas, y de los que guardaban los puertos el Señor de Monfort, que con una bien armada partida de Cavallos forzó la Trinchera, y socorrió con vi-

veres

veres, y municiones la Plaza, aunque, al volver, seguido de un Regimiento de Cavalleria, peleando en la Retaguardia, dexò la vida.

Añadieronse las Tropas del General Tungen á las de Baden, y vino á ennoblecer otra vez el Sitio Joseph Rey de Romanos. Desde diez ocho de Septiembre jugaban tres baterias, y habia hecho muchas surtidas el Governador; pero fué más feliz la de la ultima noche del mismo mes, en la qual clavó diez y ocho piezas, y mató gran numero de los sitiadores. Entraron á las Trincheras los Olandeses, y Prusianos: dióse un assalto á la Media Luna del Bastion de Melac, y fué sangrienta la disputa; pero al fin se aloxò en ella el Conde de Eck: despues de dos horas le echaron los Sitiados, y queriendose resistir, quedò prisionero. Al otro dia volvieron á recuperar lo perdido los Alemanes; pero en el mismo dia con una salida de la Plaza los desaloxaron.

Impaciente el Principe Eugenio de la inconstancia de la fortuna, vino con tres mil hombres á dar el assalto, y antes de pisar el fatál sitio, perdiò ochocientos, y los restantes, que quedaban, le ocuparon. Los Franceses estában fortificados á la otra parte del Foso, al qual defendian con tanto valor, y estrago de los Enemigos, que yá no podian obligar los Cabos con ofrecimientos, amenazas, y castigos, á que diesse los Alemanes el assalto. Con jactancia encargò esto á cinco mil de los suyos Malbrugh, y fue feròz la contienda, hasta que distraída el agua del Foso, le llenaron de sarmientos, y faginas: vencieron los Ingleses á mucha costa, y plantaron una bateria contra la puerta con gran felicidad. Yá á proposito la brecha, dieron el assalto, y por tres veces fueron rechazados; pero á la quarta ganaron el angulo, y se aloxaron. Allí valerosamente peleado murió el Principe Prospero Fustenbergh.

Desalentaron mucho los Defensores, quando estando sobre el Muro el Governador le quitò la vista el ardor de una bala de Cañon, que le pasó muy cer-

* L 2

ca

cana, quemándole las niñas de los ojos; pero ni aún estando ciego apresuró la rendición, hasta que se executasse, quanto cabía en la defensa: Después admitió las Capitulaciones, que dieron los Franceses vencedores, quando tomaron la Plaza al Conde de Phrisia.

A veintiseis de Noviembre entró el Rey de Romanos en la Ciudad, tan variamente agitada de la fuerte. Los Alemanes, e Ingleses se retiraron á Cuarteles. Debastaba la Baviera el General Herbevil; y aunque se quería vengar en Ratisbona el Señor de Bekel, Bavaro, lo impedían los Alemanes, y habia ya ganado á Traerbach el Principe de Hessecafél. Estaba todavía en Monaco, Capital de Baviera, Theresa Cunegunda Sobieski, muger del Duque; y no pudiendo defenderla, ni queriendo el Emperador, que sacasse sus hijos, se los entregó con Estado, y se pasó á Venecia: precedieron algunos pactos, pero ninguno se cumplió; porque se saquearon muchas casas de Monaco, y se pusieron en una Torre los hijos del Duque, no tratados, como era justo, á la celsitud de su sangre. El Duque, y su hermano, el Elector de Colonia, se pasaron á Flandes, y se dió á aquel el Gobierno destas Provincias, con Despachos del Rey Catholico.

Poco apretaba con su Sitio á Gibraltar el Marqués de Villadarias; porque venian frecuentes socorros por Mar. Un impérito Ingeniero plantó junto al Molino las baterías á 21. de Octubre, sin efecto alguno, y se recibia gran daño del Cañon de la Plaza. Para abrazar con los aproches el bastion del Mar se extendieron casi hasta el agua; aunque impedia los trabajos un Navio de los sitiados, que disparaba Morteros cargados á piedra. Contra él se armaron algunas Lanchas: le asfaltó una noche obscura el Señor de Gabaret, y le apresó; porque habiendose prendido fuego en unos barriles de polvora, que estaban en la Plaza de Armas, la confusión embarazó la defensa.

Ni aún con todo esto estaban firmes las Trincheras sobre la arena; porque á poco impulso las derribaba

el.

el Cañon de la Plaza, y así se trabó en vano, con pérdida de tiempo, y de dinero. No ha habido Sitio, donde mayores errores se hayan cometido: éstos mostraron, donde se habian de poner las baterías: por fin se dirigieron contra el Baluarte, que mira al Oriente, y contra la puerta: entonces verdaderamente empezó el Sitio, pero tarde; porque antes de hazer buena brecha, y dar el asalto, llegó á 9. de Noviembre el Almirante Lake, Inglés, con 22. Naves, Tropas, Viveres, y Municiones. Luego quemó tres de las suyas el Gefe de Esquadra Pointi, Francés; y una, con viento en popa, trepando por los Enemigos, se salvó.

Como en cordón plantó sus Naves contra las Trincheras Lake, pero el Cañon de la tierra le apartaba. Barian los Sitiadores el Castillo, situado en una eminencia; y aunque la brecha no era capaz de asalto, mandó Villadarias darle: Marchar á él era uno de los primeros peligros; porque habian hecho tantas cortaduras los Defensores, que era menester ir por gyros, y descubiertos. Al primer acometimiento, cansados de la subida, y en terreno no igual, fueron rechazados los Españoles: al segundo desistieron de la empresa, baxando con modo de fuga por el precipicio.

Con las mismas dificultades, e infelicidad se asfaltó el Bastion de San Pablo. Intentaron los Ingleses con Lanchas desembarcar, y lo prohibió con valor D. Luis de Solís, socorrido del Marqués de Paterna. También intentaron prohibir los socorros, que venian de Andalucía en pequeñas Barcas, pero fue en vano, porque las defendió con brio D. Joseph de Armendariz, y hubo una pequeña batalla en la orilla del Mar.

Llegaron á este tiempo de Inglaterra otras diez y ocho Naves: dabales el Africa los viveres; pero yá empezando á ser rigida la estacion, y no siendo aquel Puerto capaz de tantas, las de primera magnitud se volvieron á sus Puertos, quedaron pocas, y ninguna de línea. Las continuas lluvias embarazaban el Sitio: caían las Trincheras, y como las mas eran de arena,

hu:

humedecida ésta , cedia por sí, y la separaban los vientos.

Los Españoles determinaron acantonar el Exército , y cesar de la hostilidad, fortificando el terreno delante de la Plaza: fue poco descanso para el Soldado; porque lo riguroso del tiempo hacia incommodo el quartel , y así perecieron infinitos, y se deshizo aquel Exército sin guerra, y la que hubo fue inutil.

Después de templada la ardiente estacion del año, y retirado (como diximos), el Rey Catholico á la Corte , salieron á Campaña los Reyes D. Pedro de Portugal , y Carlos de Austria; pero no con Exército proporcionado á sus personas. Estaba en él el Almirante de Castilla , que habia levantado á su costa un Regimiento de Cavalleria de Estrangeros , y algunos del País, gente nueva , è inexperta : dióles la librea como la de los Reyes de Castilla; pero todo era lisonja , y engañarse á sí mismo: sabia, que con aquel Exército no se podia hazer progreso alguno , y se acomodaba al tiempo, mal satisfecho del corto favor , con que le distinguia el Rey Carlos, y de no tener en su Consejo la authoridad, que esperaba.

El Duque de Bervich guardaba á Estremadura con quince mil hombres de buenas Tropas ; y antes de hacer operacion alguna los Enemigos , se volvió el Rey D. Pedro á Lisboa , por el poco respetoso modo de disputar , que tenia el General Inglés Sconebergh, que fué llamado á Londrès , y se le substituyó Gallovay , un Religionario Francés , que servia á Inglaterra. Embió la Reyna nuevas Tropas á Portugal, y con esto volvió á campaña el Rey, que por Almeyda marchaba á Castilla : opusosele en el Rio Agueda el Duque de Bervich , y se fortificó en él; hubo algunas acciones entre la Cavalleria, siempre á favor de los Españoles. Los Ingleses , y Alemanes querian dar la batalla , los Portugeses no venian en esto , y lo repugnaba absolutamente el Rey; en esta contrariedad de opiniones , pasó el tiempo mas oportuno; porque Bervich

vich estaba precisado á recibirla , y pelear con quince mil hombres contra quarenta mil.

Esta desunion fue perjudicial á los intereses de los Coligados, que pudieron entrar libremente en Castilla, y turbarla mucho ; pero el Rey D. Pedro dió luego Quarteles de hyvierno á sus Tropas. Esto lo llevó muy mal el Rey Carlos , y lo disimulaba ; porque los Portugeses estaban verdaderamente cansados de tener en su País Tropas estrangeras , que pretendian mandar más que el dueño de él, y no dexaban de rezelar algun peligro.

Yá retirados los Enemigos , pasó á Madrid el Duque de Bervich, y no fue tambien recibido , como creía. Mandaba absolutamente el Duque de Montellano , que habia echado yá á su Diocesis al Arzobispo de Sevilla D. Manuel Arias , pidiendo el Rey secretamente al Pontifice , que no le diese mas Breve, para residir fuera de ella. Viendo fenecida su authoridad, se fue voluntariamente á Toledo el Cardenal Portocarrero.

Tenia Montellano orden de la Reyna , para hazer quanto fuesse posible , á fin de que volviesse de Paris la Princesa Ursini; pero le faltaban al Duque medios, para dexar contenta la Reyna, pues ni tenia en Francia amigos, ni Luis Decimo quarto estaba dispuesto á esto , habiendose resistido á muchas Cartas , en que la Reyna lo pedia. Tampoco queria Montellano interiormente , que la Princesa volviesse ; porque estaba mal vista de los Españoles , y governaba despoticamente , fiada en la gracia de los Reyes. Esto lo conocia la Reyna, y lo disimulaba. Los emulos del Duque le trataban de ingrato , pues debia su exaltacion al favor de la Reyna , que se habia solicitado la Princesa ; pero como era hombre de dictamen constante , y severo , y creía no convenir á la España la vuelta de la Princesa , todo lo sacrificaba á esta politica , en que juzgaba servir mejor al Rey , que en esto estaba indiferente ; y solo por dar gusto á la Reyna, permitia

se hizieffen las diligencias más eficaces. Estas tomó á su cargo el Duque de Veraguas, para ganar la gracia de la Reyna, y tener por firme, y segura protectora á la Princesa, si lograba su intento.

Todavía cuidaba del Real Erario Juan Orri; y queriendo formar las Guardias del Rey de otra manera, suprimió la de la Cuchilla, que era entonces la principal, y la llamaban de Borgoña, fundada por Carlos Quinto. Era sola una Compañia, de la qual era Capitan D. Francisco de Castellvi, Marqués de Laconi, Cavallero de Cerdeña; y aunque este era empleo de la Nobleza de Borgoña, dispensó Carlos II. en el Marqués el no ser de aquella Nacion; porque se le habia introducido con particularidad en su gracia. Como le quitaban tan grande honra, le hizieron grande de tercera Classe.

Como esto era de mucho lustre para la Nobleza de Cerdeña, se dió por ofendido de no ser promovido á igual grado D. Artal de Alagón, Marqués de Villazór, hombre de ilustre, y esclarecida Familia, y el más antiguo Titulo entonces en aquel Reyno: era tambien de las más nobles, y respetadas la de Castellvi, y habia pasado entre ellos la competencia á perjudicial discordia, que suscitó antiguos Vandos, alguna vez sangrientos; y aunque la principal Nobleza no entró en ellos, hazia poderoso el partido de los Marqueses de Laconi el gran numero de parientes, y estar dividida en otras Casas la misma Familia.

Con haberse ido el Marqués de Laconi á Madrid, cesó enteramente la discordia; pero siempre quedó entre las dos Casas interna emulacion; y habiendose adelantado la de Castellvi á la Grandeza, quedó la otra herida de una mortal embidia, avivada de Don Joseph Meneses de Sylva, hermano del Conde de Cifuentes, que habia casado con D. Manuela de Alagón, hija unica del Marqués de Villazór, y heredera de sus Estados, despues que el Rey Phelipe con un Decreto quitó la duda de si en ellos sucedian hembras; porque

pre

pretendia el Fiscal ser feudo riguroso, no ampliado, y aunque no se decidió por sentencia, permitió el Rey; que pudiesse passar los Estados á su hija el Marqués, y que en caso de su muerte, sin quitarle la posesion, litigasse el Fiscal.

Esto configió Don Joseph de Sylva (llamado por su muger Conde de Monte-Santo), por interposicion del Christianísimo, informado de los que favorecian á Don Joseph, que la Casa de Villazór podia con su authoridad sola defender el Reyno de Cerdeña de los Enemigos; y así, por tener grata esta familia, se le hizo merced tan relevante.

Hemos narrado esto disulamente, para mostrar el origen de la pérdida de Cerdeña; porque ni con los beneficios obligada la Casa de Villazór, viendose al parecer pospuesta á la de Laconi, enagenó de los intereses del Rey el animo, y tomando Don Joseph de Sylva el exemplar de su hermano (aunque no tan abiertamente), y herido de la desgracia, que así mismo se ocasionó el Conde de Cifuentes, escondia (pero con grande arte) en su corazon el veneno, que explicado á su tiempo, perdió aquel Reyno; no porque solo fuese capaz para ello; pero halló disposicion en los animos de muchos, en quienes aún vivia escondido el amor á la Casa de Austria.

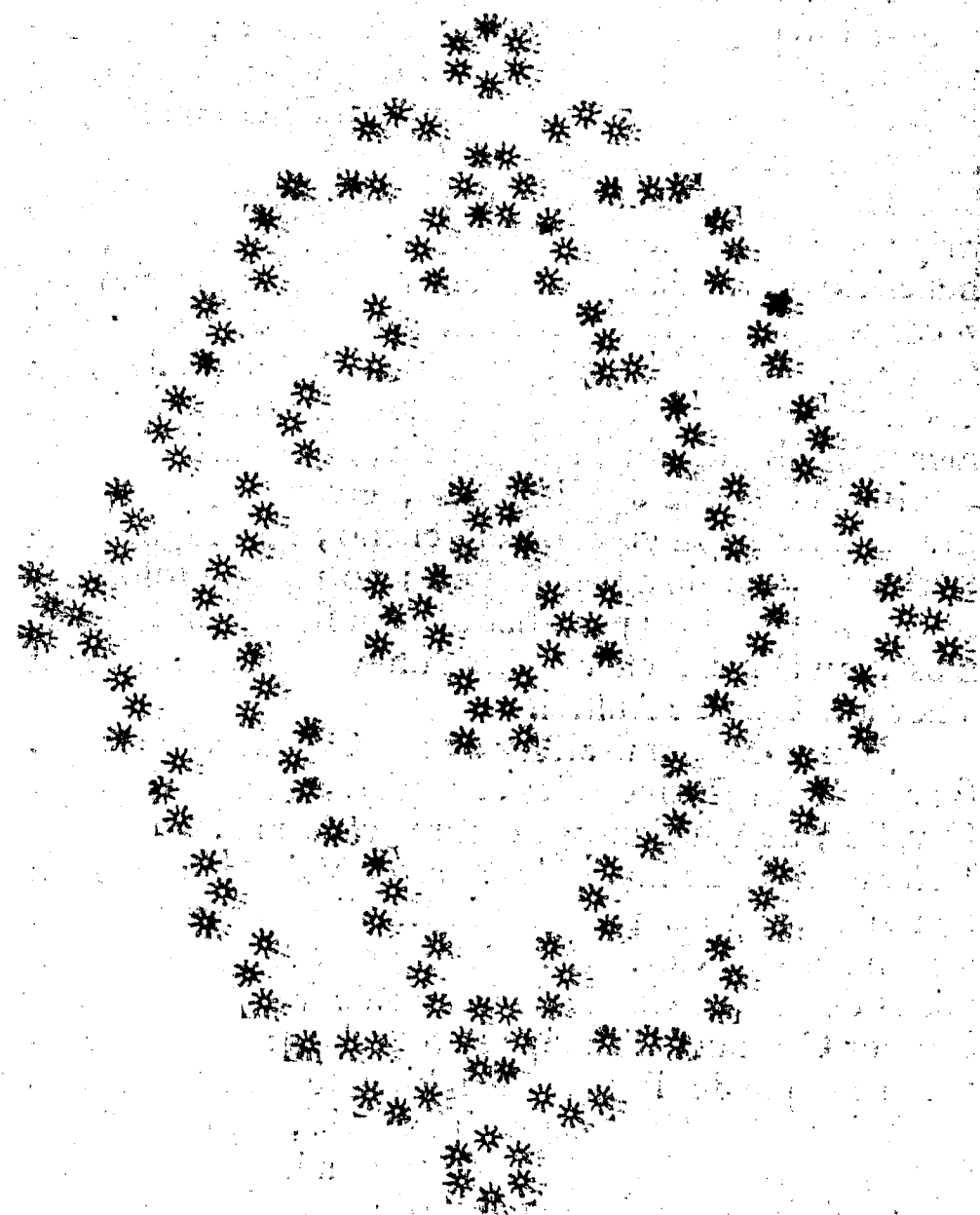
Juan Orri formó al Rey nuevas Guardias de su Persona, y las mas principales, de quatro Compañias de á Cavallo, de á ducientos hombres cada una, Nobles, y Veteranos: dos de Españoles: una de Valones: y otra de Italianos: á las primeras se las dió por Capitanes á Don Felix de Cordova, Duque de Sessa, y á Don Ginès de Castro, Conde de Lemos: de Valonas se nombró por Capitan al Principe de Sterclaes: y de Italianos al Duque de Populi. Tambien se formaron dos Regimientos de Guardias de Infanteria, uno de Españoles, y otro de Valones, de tres mil hombres cada uno: del de Españoles se nombró por Coronel al Marqués de Aytona, y de el de Valones á Carlos Floren-

M

cie

cio Acroï, Duque de Abrè. Quedò asimismo la Guardia de los Alabarderos de Palacio, con su Capitan el Marqués de Quintana.

Tambien esto, que parece ageno de los Comentarios lo hemos dicho para la inteligencia de muchas circunstancias, que en ellos verèmos: y con esto feneciò el Año.



AÑO

AÑO DE M. DCCV.

LIBRO VI.

TEnian igual progreso el siglo, la guerra, y las desgracias: estas eran consecuencias de aquella, que se hizo ya necesaria en los Vencidos, para redimir su opresion; en los Vencedores, para perficionar el assunto, y à todos lisongeaba la esperanza, que fomenta lo vario de la fuerte; porque se gloria-ban los Franceses en Italia vencedores, aunque en Germania vencidos.

La Francia, cansada de la guerra, deseaba una Paz infame, y perniciosissima nunca admitiò este baxo dictamen el Rey Christianissimo, ni el Delphin: todas eran sugestiones del Duque de Borgoña, no queriendo (como decia) aventurar lo proprio, para salvar lo ageno. Tenia muchos sequaces esta opinion, ò por lisonja, ò por amor à la Patria. La Señora de Maintenon, que no tenia poca parte en el gobierno, y habia sido en su juventud Dama del Rey, no se atrevia à proponerle cosa tan opuesta à su gloria, y al gusto del Delphin; pero le habia ganado de genero la voluntad la Duquesa de Borgoña, que alguna vez propuso al Rey, sino desistir del empeño, buscar forma para no proseguirle con ayre. La soberbia de los Coligados era tal con los prosperos sucessos de Osted, y Landau, que no daban oídos à razonable ajuste.

Nada desto ignoraba el Rey Catholico, por lo qual se viò precisado à contemplar mas à la Francia, y à mostrar entera dependencia de la voluntad de su Abuelo. Esta era una justa, y necesaria politica del Rey, que mal entendida de los Españoles, se disgustaban cada dia mas, y crecia el odio contra los France-

ses. Algunos menos contenidos hablaban con desfachato: de esto crecía en el Rey la desconfianza; porque crecía el numero de los que con razon se debian tratar con difidencia.

El Duque de Agramont, Embaxador de Francia en Madrid, llevaba muy mal el moderado animo del Rey; y como era de genio ardiente, y violento, queria se usasse de un rigor, que no era oportuno; y por esto, o por la ingenuidad del dictamen, no reparaba en notar de defaectos aun á los principales Ministros, y se defunió mucho de Montellano, de cuya sinceridad nunca dudó el Rey. Adhirió á Agramont el Marqués de Ribas, Secretario del Despacho Universal; porque desconfiando el Rey de muchos, creciesse su authoridad, y assi sembraba algunas discordias perjudiciales al Gobierno, y al bien publico, que conocidas por el Rey, le exhonero del empleo, y se le dió una Plaza supernumeraria en el Consejo de Indias.

Eligióse por Secretario con dictamen de Montellano á Don Pedro Fernandez del Campo, Marqués de Mejorada, hombre de gran comprehension, ingenuo, entero, y con el largo uso de los negocios en la Secretaria del Patronato, muy practico, y de prompto expediente; aunque el natural no el mas dulce. Despues, viendo, que tanta mole de negocios era insoportable cargo para uno, se eligió para los de Guerra, y Hazienda, por Secretario del Despacho á Don Joseph Grimaldo, hombre de gran benignidad, y rectitud, y de un singular amor al Rey. No tubo en estas elecciones parte Agramont, lo que llevó muy mal; porque queria ensalçar sobre todos su authoridad, y por esto repugnaba tenazmente la buelta de la Princesa Ursini, contra el gusto de la Reyna, que habia encargado al Duque de Alva (Embaxador en Paris), que aplicasse para esto los mas vivos officios: No deseaba mucho esto el Duque por no descontentar á los Españoles; pero era preciso obedecer, entonces con poco efecto; porque sostenia en su dictamen al Rey Christianissimo el

Duque

Duque de Agramont, que ya reconciliado con Montellano, estubieron ambos de acuerdo en instar á la Reyna, que nombrasse Camarera, que no lo habia querido hacer hasta entonces, no defengañada de que volviessse la Princesa. Al fin, vencido primero el Rey, se obligó á la Reyna á admitir por Camarera á la Duquesa Viuda de Bejar, muger (sobre ser de la mas alta esphera) llena de virtudes, y que hacia una vida retirada, y exemplar, por lo qual no queria admitir el empleo: Mandóselo el Rey, y persuadida de sus parientes, se rindió con poco gusto; porque amaba mas la tranquilidad de su casa, á la qual volvió muy presto, habiendo usado de tantas artes en Paris la Princesa, ayudada de las instancias de la Reyna, que pudo lograr el favor de la Señora de Maintenon; la qual obligó al Rey Luis á que la permitiessse volver á España, lo que executó luego, y fué recibida de los Reyes con demonstraciones, nunca vistas de Soberano á Subdito: Reintegróse en su officio, y se aumentó su authoridad, y su poder, hasta donde no podia ser mayor. Entonces empezó á disponer á su modo otra vez el Palacio, y echar de él á los que no le habian sido favorables. El primero fué Agramont, que no le costó mucho trabajo; porque no era del genio del Rey, y le sucedió en la Embaxada de Francia el Señor de Amellot, Marqués de Gournay, Varon prudente, y sagáz: era uno de los Parlamentarios en Paris, y nada ignorante; pero como entraba de golpe al manejo de un Reyno, que no conocia, pareció al principio poco á proposito á lo que le destinaba la Princesa, que era poner en él toda la authoridad, que tenian los Ministros Españoles; pues habia dado en Paris esta palabra, para sincerarse de que queria apartar del Gobierno á los Franceses.

El Duque de Montellano, que vió declinado su poder, y ya adversa la Princesa, hizo dexacion de la Presidencia de Castilla, y no la admitió el Rey. Instó el Duque, y la Princesa dispuso viniessse el Rey en exonerarle; pero quedó del Consejo secreto del Gavi-

astre.

nete. Dióse el Gobierno de la Presidencia à Don Francisco Ronquillo, Conde de Gramedo, por dictamen de los Franceses, que querian uno que les tubiese respeto, y que conociese su no esperada elevacion. Era Ronquillo un hombre de singular fidelidad, y amor al Rey, tanto, que se propassaba su zelo, y por esto adquirió fama de demasiado rigido, y el timbre le perdió à muchos; pero era hombre justo, y de gran verdad. Ni à los Franceses les salió la cuenta de que los obedeciese; porque no era capaz de contemplaciones, ni de grandes obsequios, poco lisonjero, y cerrado, y por esto padecia notas de rusticidad su genio austero.

Viendo tan encendida la Guerra, se aplicò todo à ella Amélot. Aun permanecia el Sitio de Gibraltar, cada día mas arduo; porque habiendo los Ingleses renovado la amistad con Muley Ismaél, Rey de Marruecos, de alli traian los viveres, y le ofrecieron socorro, para que avigorasse el Sitio de Ceuta. Habian estendido sus Trincheras los Españoles, hasta la altura del Castillo de Gibraltar, que es toda la seguridad de la Plaza: dieron un asalto, y ocuparon el Foso; pero luego fueron rechazados: llegó al Sitio el Mariscal de Tesé con nuevas Tropas, y el Xefe de Esquadra Pointi con 18. Naves de Guerra, à las quales se añadieron las Españolas, destinadas al Comercio de Indias.

Defendia la Plaza el Principe de Arnestad, que para distraer à los Españoles, dispuso con los Reyes de Tunez, y Argel el Sitio de Orán, luego executado; porq no quisieron los Africanos perder tan grande oportunidad. Una gran borrasca echò las Naves Francesas à las Costas Africanas: esta misma traxo con celeridad à los Ingleses, que del Tamesis partieron al socorro de Gibraltar, los quales venian en 48. Naves, y acaso encontraron con las del Señor de Pointi, que volvian de Africa, que fué obligado à pelear con tan inferior numero, y así fué vencido, y muchas de sus Naves sumergidas, tres apresadas, y otras tubieron la fortuna de escapar, y entraron en Tolón, Malaga, y Cadiz; pe-

re tan maltratadas, que no pudieron volver à servir mas.

Los Ingleses, explicando con piphanos, y falsas la victoria, entraron en el Puerto de Gibraltar, y socorrieron la Ciudad con cinco mil hombres. Con esto levantaron el sitio los Españoles, dexando un Castillejo en la Montaña opuesta, presidado de dos Compañias. Este Exercito, que estaba destinado à las Fronteras de Portugal, se perdió inutilmente en este sitio, y así determinaron los Portugueses venir à recobrar lo perdido.

Mandaba el Exercito de Estremadura el Marqués de Bay, Flamenco, con quince mil hombres. Baxò el General Faggel à Yelves, donde plantò su Campo: otros 600. hombres mandaba el Marqués de las Minas, que los puso entre Almeyda, y Penamacor: con poco trabajo recobraron à Salvatierra, aunque bien pudo haber mas su Governador.

No les sucedió así en Valencia, porque la defendió Don Alonso Madariaga, Marqués de Villa-Euerte, casi fuera de los limites de lo regular: sufrió cinco asaltos en la brecha, y se defendió despues con cortaduras, hasta que la necesidad le obligò ya herido à rendir la Guarnicion prisionera de Guerra. Embiabanla esta à Lisboa con la Escolta de ciento y treinta Cavallos; y dexando los Españoles, aunque desnudos, y desarmados, descuydar à los Soldados, los ataron, y oprimieron repentinamente, les quitaron los cavallos, y huyeron.

Passaron los Portugueses à Alburquerque, y en 7. dias la rindieron, y despues se acamparon contra Badajóz, ocupando la Ribera de Guadiana: pero estaban los Españoles à la otra parte del Rio, disputandoles el passo. Azia el Tajo. estaba el Marqués de Bay observando al de las Minas.

Juntaron Consejo de Guerra los Portugueses, è Ingleses sobre la expedicion, que se habia de executar: Los Ingleses fueron de dictamen de atacar à Ayamonte.

te, para debastar la Andalucía; pero como era preciso pasar por los Algarvès, y estaba el camino áspero, escabroso, y poco cultivado, no se conformaron los Portugueses. Puso la question à que la decidiese el Rey Don Pedro, y no fué tan prompta, como era preciso, la respuesta; porque los Portugueses no deseaban aventurada la Guerra, sino segura. De esto nació alguna discordia entre el Rey Carlos, y el Portugués; pero al fin se determinó no ir à Ayamonte, y tubieron por instruccion los Portugueses de conservar las Tropas, sin exponerlas à grave accion; porque ellas eran toda la seguridad del Reyno, y no temia el Rey tanto à los Enemigos, como à sus Coligados. No dexò Faggel de penetrarlo, y creció la mala satisfaccion reciprocamente.

Estaba Don Pedro con accidentes tales, que hacian desconfiar de su salud, aunque no se le conocia determinada enfermedad, sino un tedio de sí mismo, una profundísima melancolía, inquietud, y silencio: cansado, ó con algun desorden el discurso, no estaba la cabeza habil para el gobierno, de que nació querer los Magnates entregarle à otro; pero esta era ardua, y difícil empresa, por la variedad de opiniones: Algunos se inclinaban à que por la poca edad del Principe del Brasil, fuese Gobernadora, con un Consejo de Ministros, la Reyna Cathalina, Viuda de Carlos de Inglaterra, hermana del Rey Don Pedro. A otros, y al Duque de Cadaval parecia improprio excluir al Principe; y estas disputas, que no llegaron à estar determinadas, fueron de grande impedimento à la Guerra, y se les dió tiempo à los Españoles, para juntar mas Tropas, presidar, y abastecer à Badajoz, Alcantara, y Ciudad-Rodrigo; pero habiendo entrado la estacion ardiente del Sol, que prohibe en aquel clima proseguir la Campaña, se dió Quarteles de Verano à las Tropas de una, y otra parte.

No era así remissa la Guerra en Italia. No pudiendo el General Lenagen, Tudesco, passar los Co-

llas

llados de Brescia, por haberlos hecho intratables las nieves, tomó el camino del Bosque. No padecian poco los Dominios de Venecia; porque guardaban los Valles los Franceses; y como estos ocupaban à Palazolo, tenían el Rio Oglio baxo de sus armas. Los Alemanes podían libremente ir por el Vicentino, ó el camino de Trento; pero querian socorrer al Duque de Saboya, por si se podia librar à Berrua.

Llegó de Viena Guido Starembergh, y se acercó mas à Verona: con esto fortificó mejor el Oglio el Gran Prior de Bandoma, llamó à las Tropas del Campo de la Mirandula, aumentó el Presidio de Robero, y Ostiglia, y quitando, quanto le fue posible, todos los Barcos de el Pò, puso sus Tropas en Castillon Stridenense: todo era impossibilitar socorros à Berrua. Entró en nuevos cuidados el Duque de Saboya; porque el de la Fullada, habiendo pasado el Varo, sitiaba à Villa-Franca, que con poca dificultad la rindió: quedaban los Castillos bien presidados, y antes de atacarlos cerró los passos de los Montes de Genova, donde corre mas suave el Tanaro.

El Duque de Saboya, temiendo atacassen à Nissa, quiso socorrerla, pero llegó tarde; porque los Franceses habian ocupado las Riberas del Torbia, y se les habia rendido Montalván, y poco despues los Castillos de Villa-Franca: luego passaron al bloqueo de Nissa, presidada de mil Soldados: no pareció oportuno poner el Sitio antes que se rindiese Berrua, que tenia ya las brechas abiertas.

Diferia el Duque de Bandoma dar el asalto, hasta que cayesse Crescentino, contra el qual movió sus Tropas. Desconfiando de poderle defender el Duque de Saboya, se pasó à Chiva. Esto dió lugar à estrechar todo el Piamonte; porque estendieron los Franceses sus Tropas desde el Doria al Pò. Padecia Berrua otra guerra en la falta de viveres, y no tenia poca ocupacion el Presidio en resistir los clamores del Pueblo, que instaba la rendicion; porque empezaba el hambre, y no se admitia

N

ca

en el Campo de los Franceses à los que huyendo de ella salian.

En este estado de cosas, habiendo antes prevenido minas en los Baluartes, mandò el Duque, que haciendo la acostumbrada seña, se entregassen à los Franceses, y que entrando se diese fuego à las minas. Fingiò de desertor un Theniente Lorenès, y expuso al Duque de Bandoma con tal energià el miserable extremo, à que estaba la Ciudad reducida, que le persuadiò à no despreciar sus clamores, porque luego harian la llamada. La misma fuerça, y eficacia de las palabras (ò traydor à sí mismo en su rostro el traydor) puso en los pechos al Duque: mandòle dar tormento, y confesando la verdad, se libraron los Franceses del riesgo, que les amenazaba el engaño: prosiguieron la línea desde el Doria à los vecinos Collados: intimaron la rendicion, y yà no pudiendose resistir mas, se entregò la Ciudad con 1500. prisioneros.

No le quedaba al Duque de Saboya mas que Turin. Los Franceses plantaron sus Reales en Mantua. El Principe Eugenio, que nuevamente habia llegado de Tiena, los puso en Verona: era su designio passar con quince mil hombres el Mincio; y para divertir à los Franceses, atacò à los que estaban en Calcinato el General Vibra.

Los Señores de Mursey, y Sampater fueron à encontrar al Principe Eugenio al passo del Rio: habia plantado este en la opuesta orilla algunos Cañones de Campaña, y à pecho descubierto resistieron los Franceses su estrago por cinco horas, no sin daño de los Alemanes, à quienes heria la bala de fusil; porque era angosta la distancia. Desistió Eugenio de la empresa, y el General Vibra no logró ventaja alguna en la suya. Determinò Eugenio, juntandosele las Tropas del General Lenagen, que passasse la Cavalleria por la Montaña, y la Infanteria en Barcos por el Lago de Garda; y aunque le guardaban los Franceses, y echaron à pique tres de ellos, passaron los Alemanes, y plantaron su

Exer-

Exercito à la vista del Duque de Bandoma. No les pareció à ambos Generales dar la Batalla à los Franceses; porque habian determinado el Sitio de Turin; y à los Alemanes; porque solo querian juntarse con el Duque de Saboya, que hacia para esto vivas instancias, temiendo el sitio, pues yà el de Bandoma habia elegido los puestos.

El Duque de la Fullada, despues que tomó la Ciudad de Nissa, como le faltaba lo mas difícil, que era el Castillo, hizo tregua con él, para passar con todas las Tropas contra Turin; porque el Rey Christianissimo le habia destinado por Gefe de esta empresa. Era este un desdoro para el Duque de Bandoma, pero lo consiguió con el favor del Señor de Xamillar, su Suegro, que era Ministro de la Guerra: Dióse por ofendido Bandoma, y rogò al Rey le admitiese la dexacion del mando de las Tropas; y mientras no se le respondia, no aplicò el necesario cuidado à las disposiciones de la guerra, como era preciso, y pudo el Principe Eugenio fortificarse, tirando una línea desde Gavarron à Salòn: habia algunas escaramuzas de Cavalleria con varia suerte: Quatro mil Palatinos baxaron à aumentar las Tropas del Principe.

El Duque de Saboya fortificò à Chiva, puso sus Tropas en los Collados de Turin, para estar prompto al socorro: hechò un puente al Pò, pero le arruynaron luego los Franceses; quisieron en vano al mismo tiempo sorprehender à Chiva; porque estaba bien prevenida: fueron à ocupar ambas orillas del Pò, y lo resistió el Duque de Saboya, que baxò con diez mil hombres, y hacia no pequeño estrago en los Franceses, embarazados en vadear el Rio; con todo fueron tan constantes, que le passaron: Guiaba la Manguardia el Principe Delbuf, que murió gloriosamente peleando. Con esto se retirò à Moncalièr el Duque, y le fortificò, derribando una sumptuosa Casa de Campo, que tenia para su diversion.

Aùn persistian con poca felicidad los Franceses contra

tra Chiva : Habia el Principe Eugenio ofrecido socorrerla ; parecia difícil, pero más lo fiaba de su ardid, que de sus fuerzas. A veinte y uno de Junio movió su Exército en una noche no del todo obscura ; porque aunque embarazada de nubes, daba la Luna alguna luz. Eran sus Tropas veinte mil Infantes, y doce mil Cavallos ; conducia sesenta Piezas de Cañon ; y para ocultar su designio, se entretubo más allá de Mella : luego subió al Lago de Issa, y ocupó el Puente inopinadamente, torciendo por la derecha : baxó à Urago ; y sabiendo, que se guardaba con negligencia Calceo, con apresuradas marchas llegó al Oglio por las angostas, y escabrosas sendas, mal guardadas del descuido del Gran Prior de Bandoma : Esta negligencia entró à la parte de la fortuna de Eugenio, que no debía esperarla ; porque pocos Cañones puestos en lo estrecho del sendero, le hubieran embarazado, y más en un lugar incapaz de formarse las Tropas. Acriminó esto à su hermano el Duque de Bandoma, que, no perdonando à su propia sangre, lo avisó al Rey. La Ingenuidad, y justicia del Duque salvó al hermano.

Los Alemanes ocuparon à Pozèl, y Calceo, y luego à Palazeto, à quien desamparó D. Fernando de Torralba ; pero sorprendido en la marcha, quedó prisionero. Así estaba expuesto todo el Cremonès : con mayor cuydado guardó el Athesis el Gran Prior, escarmentado de la pasada negligencia.

Estos accidentes apartaron de Chiva al Duque de Bandoma, en perjuicio del bloqueo, que estaba formando à Turín el de la Fullada, y habia yà ocupado los Collados vecinos à la Ciudad, y à Castaneto, divirtiéndolo las aguas con gran trabajo del Exército, el qual aumentó con las Tropas, que llamó de Susa à cargo del Conde de Estain. Renovóse la hostilidad contra Chiva, y pasando el Oreo los Franceses, despues de tres horas de batalla, que les costó el vencer una pequeña eminencia ; porque el Duque de Saboya disputaba el menor palmo de tierra, y estaba con la Caval-

leria en Setimio : lo que embarazaba mucho el forrage, y era preciso hazerle con continuas escaramuzas, y encuentros de Cavalleria, hasta que el Theniente General Albergoti le ocupó, venciendo antes un Destacamento de Piamonteses.

Bandoma mandó echar un Puente al Oreo, y tanto se estrechó Chiva, que se rindió : con esto tenían los Franceses tributaria la Provincia, casi hasta las puertas de Turín. Mirábalo el Duque de Saboya desde un Montichuelo ; donde está un Convento de S. Francisco : faltaba mucho, para formar el Sitio, y se prevenia lo necesario. El Duque de Bandoma, para recoger sus Tropas, pasó à Pavia, y à Lodi : era preciso oponerse al Principe Eugenio, que estaba en Romadengo fortificado, y habia eligido un Campo lleno de Fosos, y cortaduras.

Para dar quietud al Cremonès, pasó más adelante Bandoma : echó dos Puentes al Oglio, y con continuos asaltos de Cavalleria tenía siempre en armas à los Enemigos, nada seguros por la izquierda, despues que el Gran Prior ocupó à Marcaria, Caneto, y Ustiano, donde hubiera podido encerrar quatro mil Alemanes, si hubiera apresurado la marcha.

Faltabanle Tropas al Duque de la Fullada para el Sitio de Turín, y no lejos del Oglio los Alemanes, podia rezelarse el socorro, aunque los Franceses guardaban las orillas ; porque los habia engañado Eugenio muchas vezes. Al Duque de Bandoma, para estar más prompto à todo, le pareció poner sus Tropas en Casàn, y ocupar los Collados. Con esto resolvió el Principe Eugenio atacar al Gran Prior de Bandoma : supòlo el Duque por los Desertores, y con toda la Cavalleria fue à socorrer à su hermano : dexó en Casàn al Theniente General Seneterre, y mandó à Don Francisco Colmenero, y al Señor de Lussemburgh, que le siguiesen con gran parte de la Infanteria, por si se podian hallar en la Batalla. Todo sucedió à medida del deseo ; porque se unieron las Tropas antes de ellas, y

estando ya à la vista Eugenio , se viò precisado à dár-
la. Era el dia diez y siete de Agosto , y en lo màs ar-
diente del Sol se ordenaron los Exercitos. Eugenio, que
regia la derecha , cargò la izquierda de los Franceses,
mandada por D. Francisco Colmenero, que aun herido,
sustentò con valor la pelea : Llamò màs gente el
Principe , y à Colmenero le socorriò Albergoti , pero
ni con esto pudo resistir el nuevo impetu de los Ale-
manes, y fue la siniestra de los Franceses deshecha: si-
guieron los Vencedores hasta el Puente, y ocuparon
unas rusticas casas, de donde a su salvo herian el centro
de los Franceses.

Recogió con gran celeridad los huídos Albergoti,
y volvió à empezar nueva Batalla , no favorable
à los suyos, mientras conservaban las casas los Ale-
manes. Para echarlos de ellas embió un gran Destaca-
mento Bandoma , y lo consiguió : Ya todos en Cam-
po abierto , cobraron brio los Franceses , y volvieron
al Campo , en que se combatia, retrocediendo Euge-
nio hasta el lugar, donde habia empezado à cometer:
así por la derecha de los Alemanes alternaba la fortu-
na. La de los Franceses la governaban los Señores
de Praslin, y Fant-Sremond, impacientes de no poder
pelear por lo escabroso del sitio.

Duraba aun la sangrienta disputa con la izquier-
da de los Franceses , y sin desistir de ella el Principe
Eugenio, movió el centro de sus Tropas contra Bando-
ma: flaquearon las primeras Filas , y retrocedieron un
poco los Franceses: acercò la segunda linea el Duque, y
se exasperò la accion con tanta tenacidad, que ya se
peleaba solo con bayonetas. El Duque recibió una he-
rida , esta le encendió màs; y tanto esforzò sus alientos,
que retrocedió Eugenio à su lugar : Estrechabanle los
Franceses con gran denuedo, y resolucion; y para alen-
tar à los suyos, llamó à muchos por su proprio nombre,
y uniendo màs las lineas , pasó con ellos hasta las pri-
meras filas; tambien recibió una herida; porque tratò el
valor con desprecio; y tanto se adelantò, peleando
por

por su propria mano, que llegó hasta la mitad del Cam-
po , valerosamente sostenido de los Franceses , sin que
de él retrocediesen un passo.

La noche pacificò la ira : nadie tocò à retiradas;
pero ambos Generales lo mandaron en voz baxa. De
los Alemanes murieron el Principe Joseph de Lorena,
el de Vvitembergh , y el General Lenagen. De los
Franceses ningun Oficial General; pero fuè igual la pèr-
dida , quedaron en el Campo doze mil hombres, y mas
prisioneros quedaron de los Franceses. Por nadie que-
dò el Campo , ni la Victoria : los Franceses se gloria-
ban de no haber dexado passar el Oglio à los Enemi-
gos; estos, de haber embarazado el Sitio de Turin: por
esso le determinaron con mas vigor los Franceses , y
acercaron à él todo el Exercito. Salieronse de su Corte
la madre, muger , è hijos del Duque de Saboya. Te-
miò mucho la Italia este Sitio ; porque si rendian à Tu-
rin los Franceses, la imaginaban esclava. Sus Princi-
pes, estudiando cada uno su seguridad , favorecian por
esso quanto era possible à los Alemanes.

No se le ocultaba esto à Luis Decimo quarto ; y
temiendo una Liga de Italia contra él, ò vencido de los
ruegos de su Nieta la Duquesa de Borgoña : hija del
Duque , embió por la posta al Señor de Dreusden,
mandando se suspendiesse el Sitio de Turin. De esto se
doliò altamente el Duque de Bandoma : representò se
perdia la mayor oportuoidad: propuso infalible el ren-
dimiento de la Plaza , y que con ella nunca saldrian de
Italia los Franceses, facilitandoseles qualquier empreña;
pero la Señora de Maintenon , y Xamillar , contem-
plando à la Duquesa de Borgoña , hicieron persistir al
Rey en el Decreto , del que resultò , como verèmos,
perder el Rey Catholico los Estados de Italia. Ban-
doma propuso no servir mas en ella , y que se perdies-
se en agenas manos ; porque ya veía , que disrindiendo
el Sitio à otra Campaña , se daba tiempo à los Enemi-
gas de aumentar su Exercito, y conocia quantas inteli-
gencias tenia en Paris el Duque de Saboya, y que no

se hacia la guerra con el dictamen del entendimiento, sino de la voluntad.

Embiaronle à Quarteles de hyvierno las Tropas, y algunas à Nissa, y Sussia; porque habia hecho el Duque de Saboya esparcir un falso rumor, que se prevenia una Armada en Londrès à favor de los Calvinistas de Francia. El Governador de Asta la desamparò, porque diò engañado esta orden el Secretario del Duque de la Fullada. Luego la ocupò el de Saboya. El Principe Eugenio se fue à Crema, y el Duque de Bandoma à Picigiton. No se podia proseguir operacion militar alguna por las continuas lluvias, rara vez vistas con tanto exceso, que pareció se sumergia la Italia. Salieron de madre el Pò, Adda, y Athesis, y mucho más el Ticino: perecieron muchas Familias, llevadas de la violencia del agua las casas: se viò en este Rio arrebatado en su propria cuna un Niño con un perro, que con él dormía, y navegò así por dos dias, hasta que un hombre del campo le sacò.

Lo irregular de las lluvias no retardò al Duque de Bervich el Sitio del Castillo de Nissa: impediò el passo el Varo entumecido, y mandò reparar los Puentes, que se habian llevado las aguas: traxeronse por Mar de Languedoc, y Provenza los Viveres, y Municiones, y se levantò Trinchera. El Señor de Carail defendia el Castillo con dos mil Presidarios, hombre valeroso, y experimentado. Habia minado toda la fortaleza, y hecho quanto cabia en el arte, para dilatar la defensa; y como feneciò el año, antes de cumplirse esta expedicion, lo dirèmos en su lugar.

No ardia en menores llamas la Alemania, y Flandes. Los Bavaros, mal hallados con el nuevo dominio, llamaron al proprio Dueño: transpiròse el secreto, y padecieron mas dura servidumbre: demuelense las fortificaciones, y ni à la principal de Monaco se perdonò. Los Franceses hacian sus Almacenes en Theonville, y Metz: habiase reclutado con diligencia, y vino à mandar el Exercito el Mariscal de Villars, que

ha.

habia sido creado nuevamente Duque, y Par de Francia.

El Señor de Halmen, Ministro Olandès, corrió las Cortes de Germania, para inflammarlas à la guerra: no era menester esto; porque el Rey de Romanos lo hacia con mayor eficacia.

Los Coligados hicieron su Junta de Guerra en Treveris, y la fortificaron, para que fuesse mas libre la navegacion à la Mosela: edificaron un Castillo en el Monte, y se hicieron diques, para soltar las aguas quando fuesse preciso. El General Doph, Olandès, llegó con sus Tropas à la Mosela: aqui se juntaron las de los Principes de Alemania.

Viendose inferior de fuerças Villars, dispuso, que el Mariscal de Villa-Roy inflammasse la guerra en la Olanda, para distraer à los Aliados; y estudiando su seguridad, echò del Puente de la Brilla à los Palatinos, sorprendiendolos. El Señor de Rossél, Francès, debastaba la Tierra del Ducado de Dupont, y obligò à sus moradores à retirarse à Landau, y Maguncia: tambien ocupò à Hembergh, y Saarboursgh. Las Tropas de Suevia, y Franconia se acercaron à Philisburgh, que eran 2300. hombres, à los quales se juntò el Principe de Baden con 3000.

Aun no se habia determinado en Viena Expedicion alguna: embarazabalo la quebrada salud del Emperador Leopoldo, que yá daba señas del ultimo peligro; y por esso à veinte y tres de Abril, prevenido con los Sacramentos de la Iglesia, al siguiente dia hizo su Testamento, en que despues de Joseph su primogenito; (si muriesse sin descendencia varonil) nombrò por heredero de todos los Países Hereditarios à su segundo hijo Carlos. Diò las razones porque incluía en ellos los Reynos de Ungria, y Bohemia, explicando, que esta fue ganada por Armas, vencido en la Batalla de Praga Ferdinando, y aquella conquistada con grandes expensas, sacandola del poder de los Turcos; y que no habia dado Decreto alguno en que se les restituyesse la

Q

an.

antigua libertad, ó derecho de eleccion. Dióle su hydropesia lugar à todas estas justas disposiciones, y à los cinco de Mayo murió de edad de 65 años.

Este fué uno de los mas esclarecidos, y afortunados Principes de su siglo. Era su aspecto magestuoso, la cara larga, y morena, poco pobladas las sienas, y el labio inferior un poco grueso, y levantado, la estatura mediana, y bien formada, era blanco, prudente, recto, y religioso; aunque alguna vez dexò de parecerlo; porque las políticas de los Reyes tienen tan oculto fin; que hacen dudar de la verdad. Fué siempre casto, verídico, sobrio, y taciturno: montaba bien à cavallo, y entendia la Musica, à la qual, y à la Caza estaba inclinado. No era liberal, ni magnifico, ni propenso à la Guerra. Tenia tanta experiencia de los negocios, que podia gobernar bien, si quisiera; pero el temor de errar le embarazaba; y así obedecia siempre à ageno dictamen: ninguno fué mas abierto transgresor de las Leyes del Imperio: creò sus Reyes, Electores, y Principes à su arbitrio, y se hizo respetar mas que muchos de sus Predecesores: conquistò la mayor parte de Ungria, y coronò dos hijos. De estos el Primogenito Joseph, Rey de Romanos, fué elegido por Emperador, pero antes ya habia tomado las riendas del Imperio; porque su inmoderado deseo al Trono no le dexò esperar las acostumbradas ceremonias. Reconoció toda la Europa, menos los Reyes de España, y Francia, los Electores de Baviera, y Colonia, que, aunque hicieron sus protestas, no fueron atendidas, ni ellos admitidos al Congreso de Ratisbona, como pretendian. Trataronse como Rebeldes al Imperio, y creyeron los demás Electores ser en bastante numero, para hacer valida la eleccion.

Con el nuevo Emperador declinò la authoridad de todos sus Aulicos, y Dependientes, y mucho mas la de su madre: su muger Amelia nunca la tubo: con la misma se quedaron el Principe Eugenio, el de Baden, y Guido Starembergh. Tenialos por necesarios, y no le

le pesaba poco: creció el cuydado de la guerra, y ya no hablaban tan alto los Eclesiasticos, y los Principes de Italia. Mandò luego hacer Reclutas, y pidió nuevos donativos. Presidiò à Ratisbona contra los Fueros de ella: daba la violencia el derecho.

Para no estar ociosas las Armas, se acercò con 174 Ingleses à la Mosela el Duque de Malburgh. En Maftrich mandaba el Exercito de los Olandeses el General Overkerker. Determinose en el Consejo de Guerra sitiar à Theonville, y Kell: encargose la empresa à Luis de Baden, y à los Ingleses, y por esso passò por Cusambrik las aguas Sarrenses Malburch con mas de 1000 hombres, y puso su Campo à vista de los Franceses, teniendo por la derecha la Mosela, y por la siniestra à Carnoldo.

Estaba atrincherado en Sirchen el Mariscal de Villars: ocupaba la Cavalleria la llanura, y la Infanteria las eminencias del terreno: solo por la frente podia atacar el Inglès, si queria batalla; pero ninguno la buscò. Por esso estubo ocioso Overkerker en la Mosa; porque esta entonces dependia de la Mosela.

Logrò de esta oportunidad Villa-Roy, y mandò al Conde de Gazen pusiésselo Sitio à Huy, y se acampò en Viñamonte, esperando el exito: Juntamente se abrieron las Trincheras contra la Ciudad, y el Castillo: mandabanlas los Señores Bouzols, y Artanian, varones esforçados, y aun tiempo batian à los Baluartes de Picuart, y San Joseph. Rindióse la Ciudad, y poco despues el Castillo, aunque bien defendido, y quedó prisionera la Guarnicion. Con esto se abrió à los Franceses todo el País de Lieja, y entrando en aprehension los Olandeses, traxeron de la Mosela mas Tropas. El Duque de Malburch quiso juntar à las suyas las del General Tungen, y del Principe Baden, para dar la Batalla à Villars; pero no fué obedecido; porque Baden lo creyò por intempestiva. Tungen no podia moverse; porque le observaba el Conde de Marsin. Mucho se enfadó de esto el Inglès, y en el silencio de la noche

retirò sus Tropas. Informò de esto el dia à Villars, y picò la Retaguardia de los Enemigos, no sin alguna felicidad, y la Cavalleria tomó algun vagage.

Para quitar à Villars toda aprehension Villa-Roy, fingió el Sitio de Lieja, y puso sus Reales á vista de la Plaza. Preciso esto a Malburch á baxar à la Mosa, adonde tambien concurre Villars. Los Ingleses se acamparon en Mastrich, y los Alemanes, y Prusianos en las lineas de Lautemburgh. Los Vvestphalienses, y Palatinos en Treveris, y los Franceses en Theonville. Así estaban los Exercitos, quando el Duque de Baviera tomó à Lieja; pero no habiendo podido rendir el Castillo, desvaneciò el Sitio.

Mas fuertes estaban en la Mosela los Franceses. De repente se movieron Villars, y Marsini: este ocupò à Vverseo, y Seltz: aquel rompiò las lineas de Treveris, y ocupò la Ciudad: juntòse à Marsin, para assaltar las lineas de Landau; pero fuè en vano; porque se le juntaron al General Tungen los Prusianos, Suevos, y Franconios: con que hizo un Exercito igual al de los Franceses. No pudo estorvar esto, q rompiesen las lineas de Vvifemburgh, deshechos quatro Regimientos de Cavalleria. Passaron à Lautemburgh, y se presentaron à los enemigos. Cinco dias estuvo Villars formado en Batalla; y no la quisieron los Alemanes, atentos à guardar à Landau.

Hacia el Francès dilatadas correrías hasta el Rhin: tomaron à Homberga con 800. prisioneros; pero luego pararon sus progressos; porque se destacò del Exercito de Villars gran parte de Tropas para Italia: y así le fuè preciso estar sobre la defensiva, y reparar las lineas de Hagenao.

Entendiò la fausta constitucion de las cosas Luis de Baden, entrò en nuevas idéas, y se acercò á Maguncia. Otra vez volvió la Mosa à arder. Sitiaron los Olandeses à Huy, y á vista del Duque de Baviera la rindieron: fortificòse este no lexos de Namur, y diò ocasion al Ingles, para quererle assaltar. La noche del dia diez

de

de Julio movió sus Tropas contra el Bavaro; y aunque yá habia amanecido, tubo el favor de que hacia una niebla muy espesa, y desta forma pudo llegar hasta las lineas, sin ser visto: Diò el assalto por una sola parte, acudiò el Bavaro à la defensa, y sin rumor de Tambores hizo el Ingles un Destacamento contra la parte que le pareció mas descuydada: rompiòla, y por lo mas llano entraron los Olandeses, à los quales siguiò todo el Exercito. Diòse otra batalla; pero estaban desordenados los Franceses. Los mas esforçados concurren à sustentarla, y entre ellos Don Pedro de Zuñiga, hermano del Duque de Bejar, y el Señor de Grandin con sus Regimientos: pelearon valerosamente; y habiendo entrado los Ingleses á perficionar con la bayoneta la victoria: no mostraron poco valor los que retrocedieron con orden; y era tal, que volvieron à reintegrar la pelea; pero cargados de la muchedumbre fueron vencidos. Quedò no poca gente en el campo, y muchos prisioneros Franceses.

Dixose, haber sido causa de la victoria de Malburch, el haber el Bavaro extendido la linea hasta la eminencia de Bajeo, cuya extremidad estaba guardada de solos cinquenta hombres; y que hubiera podido aguardar la batalla en campo abierto, yá que era igual en fuerzas à los Enemigos. La fama, entonces poco propicia à los Franceses, divulgó, que estaban vistiéndose, quando los atacò el Ingles, y que la mayor parte de ellos estaban en la cama: otros al espejo acomodando los bucles de la cabellera, y no pocos en chaneletas.

De tan continuadas victorias tomaron gran brio los Aliados: nada les parecia difícil, y yá nada seguro à los Franceses. El Bavaro adelantò sus Tropas al Rio Dile, para cubrir al Brabante, y Antuerpia. El Ingles, que deseaba ocupar à Lobayna, determinò passar el Rio: defendiòle el Bavaro, y se retirò Malburch con algun desorden; porque habian passado yá muchos sobre un Puente, que hizo de escabados troncos; y como

era

era angosta la senda, fuè la retirada precipitosa, y cayeron al agua muchos.

Las Tropas del Señor de la Mota se juntaron con el Bavaro. El General Spaar mandaba un gran Destacamento de Ingleses, y Olandeses, que se hizo contra Sas de Gante: ocupò el Canal, y se infestaba todo el País de Bruges: acudiò el Duque de Baviera, y se apartò Spaar con poco fruto. Juntas de una parte, y otra todàs las fuerças, se pusieron à la vista los Exercitos en Overesil à 28. de Agosto: estaba el Bavaro formado en una eminencia ventajosa: passaron los Ingleses el Dile por donde corria menos furioso, para dàr la Batalla: reusaronla los Olandeses, y dieron à sus Tropas Quarteles de Invierno, baxo el mando de Overkerker, despues de haberse perdido de una, y otra parte algunos Castillejos de poca consideracion. Esta fuè en este año la Campaña de Flandes.

El Mariscal de Villars aun con pocas Tropas invigilaba contra el Principe de Baden: con militar estratagemas estendiò por las Riberas del Rhin su gente, y la fingiò mas numerosa: sacò los Presidios de la Alfacia, y determinò el no dàr, ni reusar la Batalla, y para explicarlo al Enemigo, ostentò formadas sus Tropas muchas veces. Luis de Baden tenia la misma idèa, y ocupaba las Cumbres, y los Collados; porque el Valle estaba cortado de intratables lagunas, y pantanos. Deliberò sitiar à Hagenao, lo encargò al General Tungen. Villars conduxo su Exercito al Campo de Strasburgh, y se fortificò. El Alemàn erigiò un Puente entre Drusheim, y Ofendorf, para gozar de la feraz Isla de Dalandia, mas allà del Rhin. El Principe de Phrisia expugnò à Druskeim. Tungen bloqueaba solo à Hagenao, para rendirla sin sangre, sabiendo, que estaba la Plaza mal proveida; pero viendo que se resistia, empezò à batirla: ofreciò indecorosos pactos à su Governador el Señor de Perio, que no quiso admitir; y facando con el favor de la noche los Cañones con sus Cureñas de los Baluartes, dexando para guardar la bre-

brecha al Coronel Harlin con pocos, saliò con todo el Presidio por la puerta de Saverne, con grande orden, y silencio.

Era sumamente obscura la noche, y dispuso por Manguardia toda la Artilleria: seguianse las Tropas, y detras todo el vagage, para que sirvièsse de impedimento al Enemigo, si lo advirtiese: encontrò con la gran Guardia de los Sitiadores, compuesta de cinquenta hombres: quisieron hacer oposicion; pero fueron rechazados. Al amanecer viò Tungen lo que le ocultò la sombra: mandò seguir los que se retiraban; pero yà era tarde; porque habian passado el Soria, y no era facil vadear precipitosamente sus aguas. Rindiòte Hagenao. Mayores idèas concibiò el Principe de Baden; pero se hizo de sus Tropas un gran destacamento para Italia; porque clamaba por el Duque de Saboya el Principe Eugenio.

Los Estados de Baviera volvieron otra vez à armarse, y salieron à Campaña 150. hombres. Ocupando de repente à Biburgh, Strambingh, y Braunavia, rindieron por escalada à Burgauso, y hubieran hecho mayores progresos, si se les hubieran unido los Bohemios, solicitados à la rebelion, que reusaron. El Cesar sin dilacion embiò Tropas baxo el Palatino, y el Principe de Vvitembergh: el General Vventzio recobró a Burgauso: resistianse los Sublevados, y fueron precisas algunas Capitulaciones, para aquietarse.

Pasò el Duque de Malburch à Londres, y recibìò no pequeños aplausos de vencedor: confirmabale cada dia en la gracia de la Reyna; y se le dieron 100. libras esterlinas de pension. Esto le cargò de embidia: no faltaba à sus enemigos materia en que censurarle; y porque no podian en la conducta, y el valor, le notaban de avàro, y poco legal en la administracion de los grandes caudales, que de Inglaterra se le remitieron, y de las contribuciones de las Provincias enemigas, que decian haberse aplicado para sù: pero con la celebridad de los triumphos, y de la adquirida gloria, estaban

los

los Ingleses ciegos. Gastabanse summas inmenfas de dinero: contribuian cantidades nunca vistas los Pueblos: baxaban las Acciones de los Bancos, y se disminuia el Comercio: todo servia para inflamarse mas en el empeño, y en nuevos gastos: nombraronse siete Almirantes para las Esquadras, que se prevenian; y como faltaban Marineros, se traxeron con grandes expensas de Dinamarca.

Dióse una Esquadra al Almirante Skiovel, para que corriese las Costas de Francia; añadieronle despues las Naves destinadas al Almirante Rooch; porque este habia hecho dexacion de su empleo: entonces se mandò al Almirante Binghs, que con su Esquadra invigilasse sobre los Puertos de Francia: otra se embió á la America, y se mandò á Skiovel passasse con la suya á Lisboa, donde entrò faustosamente con ciêto y treinta Velas, incluidas las de Transporte, porque llevaba doce mil hombres de desembarco, mandados por el Conde de Peterbourgh. Dieron vista á Portugal, donde luego se juntò Consejo de Guerra, en que asistieron, á mas de los Xefes de ella, y los Ministros del Rey de Portugal, el Principe Jorge de Armeftad, el Almirante de Castilla, y el Conde de la Corzana: estuvieron tambien presentes los Reyes de Portugal, y Carlos de Austria, el Principe del Brasil, y la Reyna Viuda Cathalina, con el Principe Antonio Leichtestein. Suscitòse la duda de qual habia de ser la expedicion, y los pareceres fueron varios. „ Gallobay dixo, se debia atacar la Lengvadoc, donde ar-

„ mados los Calvinistas esperaban este socorro prometido de la Reyna: Que habia muchas inteligencias en Mompeller, Nimes, las Cebennas, y todo el Principado de Oranges: Que passaban los Rebeldes de diez mil, mandados por Rabanel, y Catinacio, varones de valor, authoridad, y zelo por su Religion: Que estaba yá concertado, luego que esta Armada pareciesse, sorprender á Mompeller, Nimes, Agde, Pont de Lunel, y Pesenàs, y hacer correrias desde el Puente de Sancti Espiritusâ Narbona,

„ in-

„ infestar toda la Lengvadoc, el Bearnès, las Provincias de Fox, y Bigorra, hasta la Aquitania; porque aún en Burdeos, y Bayona no les faltaba Religionarios; y teniendo amiga toda la Tierra del Principado de Oranges, à Merendól, y los Pueblos de la Montaña, era preciso, que cayesse Aviñon: que se daba la mano esta conjura con la de la Rochela, y Normandía; y que tenian los Judios orden de Olanda de suministrar el dinero: que de todo estaba entendido el Duque de Saboya, para atacar al mismo tiempo el Delphinado: que este era el unico medio de soyugar la parte de la Francia, que baña el Mediterraneo, donde habia pocas Plazas, y prevenidas: que todas las Tropas estaban en el Rhin, en Flandes, y en Italia; y que se veria precisado el Rey Christianissimo, teniendo en el centro del Reyno la Guerra, no solo á sacar à su Nieto de España; pero á otras indecorosas condiciones, que repugnaba, y à dexar en sus Reynos libertad de conciencia, que era lo proprio, que eterna semilla de inquietud: Que no se podia mantener la España sola, y que enflaquecida, ò abatida la Francia, se lograba el intento. Deste parecer fueron todos los Ingleses, y Olandeses, y la Reyna Cathalina, con algunos Ministros de Portugal.

„ El Principe de Armeftad dixo, se debia ir contra Barcelona, donde esperaban al nuevo Rey con ansia: que estaba formada la conjura de la mayor parte de los Nobles, y Ciudadanos, sostenidos de las Casas de Centellas, y Pinos, esclarecidas, y authorizadas en aquel Principado: que yá actualmente estaba la Plana de Vich sublevada, y que solo esta ofrecia ocho mil hombres: que eran los Cathalanes gente feròz, y pertináz en la rebelion, que la tenian como por costumbre: que el Virey de Cathaluña era D. Francisco de Velasco, hombre de poca authoridad, y aborrecido, que no habia podido deprimir pocos sublevados por falta de Tropas, y de conducta: Que

P

„ no

no era Barcelona Plaza fuerte, y que el deseo de mudar Dominio se habia estendido à los Reynos de Aragon, y Valencia, cuya rebelion tenia ofrecido el Conde de Cifuentes, si con un proporcionado Exer- cito viniessse el Rey Carlos: Que hasta los Religiosos, y todos los Eclesiasticos estaban por la Casa de Austria, menos los Jesuitas, y que en toda la Nobleza habia una señal de conocerse entre si los Austriacos, que eran cintas de color amarillo; y que sabia habian llegado à tal extremo los Confessores, que muchos no absolviyan à los que no detestaban en su co- razon la dominacion de los Borbones: que rendida Cathaluña, era facil el camino à todas partes; pues no habia en ella más Plazas, que Tortosa àzia Valen- cia, y Girona àzia la Francia; porque Rosas era Ma- ritima, y puesta à un lado: Tarragona no era Plaza regular, ni estaba presidada: que el Reyno de Ara- gon estaba abierto todo; porque Lerida era un an- tigo Castillo mal formado, y de ninguna resistencia, por lo qual estaba tambien expuesto el Reyno de Va- lencia, cuya unica fortaleza era el Castillo de Ali- cante en la orilla del Mar: que habia junto à Phelipe de Borbon muchos traydores, que no lo parecian, de la primera orden de la Nobleza, cuyos nombres habia dado al Emperador; y que él salia por fiador sobre su cabeza del feliz exito de la empresa, sin que se hiziesse reparo sobre la infelicidad de la primera expedicion del General Roock; porque no habia gen- te de desembarco, ni estaba el Rey, como se les ha- bia ofrecido: que la expedicion contra la Francia era una guerra prolija, dudosa, y de inciertas consecuen- cias, aun venciendo: que el objeto era España, y que se debia ir directamente contra ella. De este pare- cer fue el Rey Carlos, y todos los Alemanes; porque sabian, que esta era la mente del Cesar.

A Ambos se opuso el Almirante de Castilla, querien- do probar, que el golpe mortal para la España era, atacar la Andalucía; porq̄ nunca obedecería Castilla à

Rey.

Rey, que entrasse por Aragon; porque esta era la Cabeza de la Monarquía; y rendidas las Castillas, obe- decerian forzosamente los demás Reynos, y aun la Cathaluña, y con más facilidad, yá que estaba incli- nada à los Austriacos: Que seria pertinaz en el amor al Rey Phelipe Castilla, si presumian los Reynos de Aragon darle la Ley; y que entrar por la Cathaluña, no era más que introducir la Guerra Civil con la rui- na del Imperio, que se iba à conquista: Que las pro- messas del Conde de Cifuentes no tenian fundamento, y poco se podia prometer de lo que habia sembrado entre gente infima: Que era hombre de sangre illustre, más no de los de mayor authoridad, ni Grande, y que su vanidad le hazia esperar impossibles. Que no se debia fiar el Rey à los Cathalanes, gente voluble, y traydora, y tan amante de si misma, que si les impor- tasse, mudarian luego partido; porque solo contem- plaban el rostro de la fortuna, y no podrian executar quanto quisiessen, porque tenian contigua la Fran- cia, que embiaria socorros frequentes, y oportunos, para cerrar la Cathaluña entre dos fuegos: que no era facil con doze mil hombres tomar tantas Plazas, ni eran de servicio alguno los del País, que solo sa- ben pelear como ladrones, enteramente ignorantes de la disciplina militar: que para rendir este Cuerpo de la Monarquía, se debia dar el golpe a la Cabeza, que era Castilla, y que la mejor puerta para ella era An- dalucia; porque estaba en Cadiz, y Sevilla el emporio de la America, la qual obedecería al Dueño de ellas, y que se le quitaba de golpe à la España, sin gasto alguno, ni guerra, las Indias, y el manantial de quan- to oro, y plata se gastaba oy en el mundo: Que plan- taría en Sevilla su Corte el Rey: lugar acomodado pa- ra el Comercio de Ingleses, y Olandeses; y que per- dida la Andalucía, no tendría el Rey Phelipe ni di- nero, ni Cavallos, para formar sus Exercitos: que tam- bien podian entrar los Portugueses à ella por los Al- garves; y si este camino les parecia escabroso, avigo-

P 2

rar

„ rar la Guerra por Estremadura, que era una fuerte di-
 „ versión, y tambien atacaba el corazon del Reyno , y
 „ que al fin, que si el Rey llegaba à Madrid, por el Be-
 „ tis, el Duero, y el Tajo afirmaría su Trono; pero si
 „ venia por el Segre, y el Ebro, no podia permanecer
 „ en él.

Este voto fuè de la aprobacion del Rey de Portu-
 gal, y de los más de sus Consejeros; y se hubiera incli-
 nado à él el Rey Carlos, si no sostubiera la opinion del
 Principe de Armeftad el de Leichteftein. En este Con-
 gressò nada se determinò: Despues de haber desembar-
 cado el General Skiovel hubo otra Junta, y se resolvió
 ir à Barcelona, no dexando la Guerra de Estremadura.
 Para dár en ella algunas disposiciones, se embió à Estre-
 moz al Almirante de Castilla, que apresurado, y con te-
 dio de sí mismo, porq̄ no le salian favorables sus idèas,
 tubo un grande accidente apopletico con pèrdida de
 los sentidos; volvió à ellos à fuerza de cauterios, re-
 cibió los Sacramentos, è hizo testamento: dexo por he-
 redero al Rey Carlos, despues de cumplidos no pocos
 legados, y obras pias; y por Curadores Testamentarios
 al P. Cafnedi, y Cienfuegos. Al otro dia le repitiò el ac-
 cidente à la misma hora, en que le habia acometido, y
 espirò. El Rey de Portugal hizo magnificamente depo-
 sitar su cadaver à proprias expensas, fuera del Panteon
 de los Reyes, en la Iglesia de Bethlèn, hasta que se fabri-
 casse el Sepulcro, que habia ordenado en su Testamen-
 to. Se dixo, que lo habia sentido poco el Rey Carlos,
 à quien le era pesado un hombre de tanta magnitud,
 que con nada se podia contentar.

Descubierta la conjura de los Calvinistas de Fran-
 cia, y entregados al suplicio los Authores, con otros
 trecientos Sequaces, no tenia yà más lugar la opinion
 de Gallouay, ni aún la del Almirante; porque habia el
 Rey Catholico presidiado, y abastecido bien à Cadiz,
 y las Costas de Andalucía, y se habia descubierto en
 Granada la conjura, que tramaba un indigno, y relaxa-
 do Religioso de la Orden de los Minimos de S. Fran-
 cisco.

cisco Sanchez, hombre iniquo, cuya sutileza de inge-
 nio le servia solo, para cometer los más horrendos deli-
 tos.

Yà sin contradicción el parecer del Principe de
 Armeftad, aprobado por el Cesar, y sus Confedera-
 dos, se hizo à la vela la grande Armada de Ingleses, y
 Olandeses con el Rey Carlos, que dexò por su Minis-
 tro en Lisboa, con caractèr de Embiado, al Padre Al-
 varo Cienfuegos: à once de Julio diò vista à Cadiz; y
 para fingir alguna idèa, empezaron las Naves à sondear
 las aguas de la Isla de Leon: embarazò la Artilleria de
 la Plaza, y por la noche se volvieron à partir, endere-
 zando la Proa à Gibraltar; el tiempo les hizo dár fon-
 do en Cabo Spartel: permanecieron allí cinco dias, y
 algunos despues se entretubieron en Gibraltar: passaron
 el Estrecho, y à nueve de Agosto se dexaron ver en las
 aguas de Alicante: pusieron a la capa, mientras vol-
 via la respuesta de unas cartas, que embió con una Lan-
 cha el Principe de Armeftad al Governador del Castillo,
 y al Magistrado. La respuesta fue honrada, y conforme
 al yà prestado juramento.

Passaron à Denia, y desembarcò disfrazado en hu-
 milde traje (no improprio de su nacimiento) un tal
 Basset Valenciano, q̄ habia muchos años servia en Ale-
 mania, viviendo aún Carlos II. Este, pèrito en la lengua,
 y en el País, concitó à la rebelion à unos hombres de
 alguna authoridad en los Pueblos, valientes por su
 persona, y arrojados, tenian poco, que perder, y así
 nada aventuraron en la sublevacion: èstos eran Gil
 Cabezas, Vicente Ramos, y Pedro Davila: no les fal-
 taba Emiffarios en el Pueblo, que ofrecian entera abo-
 licion de tributos: tumultuòse la Plebe, y se rindiò la
 Ciudad: no tenia el Castillo provisiones, y con solo ame-
 nazas, y promessas hizo lo propio: aclamòse al Rey Car-
 los, y mandaba por él Basset con un Despacho de Virey,
 y Governador de las Armas en todo el Reyno de Barze-
 lonano se descuydò de turbar los confines; y creció el
 numero de los Sediciosos más de lo que se debia temer:

por-

porque concurrieron de todo el Reyno facinerosos, y foragidos, y los que por falta de bienes querian tentar nueva fortuna.

Basset quitó las gabelas, y todo genero de tributos: de esto se regocijó mucho la Provincia; contribuía con todo lo necesario à la guerra, pagaba mucho más, pero no lo advertia; porque lo hazia voluntariamente, aborreciendo el nombre de tributo; ó porque se vistió de un nuevo afecto, y empeñó à la voluntad (asi nos engañan nuestras pasiones, quando no bien examinadas, las permitimos, que empiezen).

Con estas noticias se le embiaron à Basset dos mil Ingleses, que se hubieran internado en el Reyno, sino lo embarazasse D. Luis de Zuñiga, à quien se juntó con un Destacamento de Guardias de Cavalleria Don Joseph de Salazar. En Oliva se juntaron veinte Compañias de Infanteria, y ocho de Cavalleria. Embióse al Duque de Gandia, autorizado Magnate en aquel Reyno, para mantener en fidelidad los Pueblos. Era Virey el Marqués de Villagarcia, hombre illustre, bueno, maduro, y politico: habia sido embiado en Genova, y Embaxador en Venecia, y asi no era su profesion la Guerra: esforzaba, quanto podia su eloquencia, para mantener leales aquellos Nobles, que gran parte de ellos vacilaba, y por esso era menester armas, y no palabras.

A veinte y dos de Agosto dió fondo en las Costas de Barcelona à vista de la Ciudad la Armada Inglesa: empezó à cañonear la Ribera, y se retiró la poca Cavalleria, que la guardaba. Hizieron su desembarco las Tropas; y aunque se prevenia à la defensa Don Francisco de Velasco, no tenia lo necesario para esto.

La Ciudad fingió más miedo del que padecia, y todo era traicion. Los principales conjurados fueron el Conde de Centellas, D. Joseph, y Don Miguel Pinos, los Clarianas, Don Antonio de Bujados, Conde de Zaballa, Don Francisco Amat, Don Pedro Same-

nat,

nat, Don Juan Antonio de la Paz, Berardo Joseph Sabastida, y otros muchos. Mostraronse fieles al Rey, los Marimones, Cortadas, Onís, Copons, Tarberners, el Marqués de Rupit, el Conde Bornonville, Don Geronimo Rocaberti, Don Francisco de Agulló, el Marqués de Argensola, la Casa de Gironela, Don Pedro Desbasch, Ilar, Cartellás, y otros, pero eran mas en numero los contrarios.

Acafo estaban en Barcelona el Duque de Populi con su compañía de Guardias Italianas, que habia traído de Napoles: el Marqués de Risbourgh, y el de Aytóna, hombres de incontrastable fidelidad, y valor: estos asistían à Velasco; pero faltaban Tropas, y las que habia, en parte adhirieron à la conjura. La gente que desembarcó, obedecia al Conde de Preterburgh, pero la disposicion de la guerra estaba à cargo del Principe de Armeftad, que à cada instante despachaba Cartas, y Manifiestos à la Ciudad, y su comarca. Esperaban, se sublevasse la Provincia, y asisiba lento el Sitio, y no formal, dilatandose las hostilidades veinte y cinco dias.

Callaban con doble engaño los Nobles, que adherian al Rey Carlos; pero adelantaban, quanto les era posible, su partido. Dispusieron, que seis mil Rebeldes, y foragidos llegassen hasta las puertas de Barcelona, y aclamassen al Rey Carlos. Esta era una turba de los hombres mas perversos, y malvados de todo el Principado, que buscaban en la rebelion el perdon de sus delitos: enarbolaron Estandarte Austriaco, y ciñeron la Ciudad, lo que bastaba à que no la entrassen Viveres del circunvecino Village, y à que probassen los moradores alguna penuria, exagerada de los traydores, para comover al Pueblo.

Pidió Velasco dinero al Magistrado de la Ciudad, y descaradamente se le negó: estaba yá todo corrompido, y algunos Ciudadanos, y Nobles salieron à sublevar la Provincia con felicidad; pues yá todo el Pais abierto estaba por el nuevo Rey. Algunas Ciudades

nat,

muradas esperaron de mala gana à que se presentassen Tropas Enemigas, que no las tenian por tales; porque luego las abrian las puertas.

A veinte y nueve de Agosto desembarcò el Rey Carlos, avisando de esta novedad al Reyno con duplicada salva de Artilleria: Tratòle luego como Rey Catholico, y con estas ceremonias recibio, y diò publica Audiencia à los Embaxadores de las Coronas, que con figo traia: el Duque Moles por el Cesar, el Conde de Methobin por la Reyna Britanica, y el Conde de Azumar por el Rey de Portugal. Plantòse el Real Pavellon, y se abrió como una feria à la ambicion, y à la codicia; porque luego se dieron premios, y honores. Los Payfanos corrian desde el Hospitaletto al Puerto.

El Conde de Cifuentes se internò mas, y sublevando los confines del Principado de Cathaluña, y esparciendo Papales en lengua Española, y Cathalana, no solo sediciosos, pero insolentes. Con la mayor brevedad se erigieron de tierra, y fagina dos Castillejos contra las salidas de la Plaza, y de Monjuy: batianse yà los Muros, y se empezó el bombardeo por Mar, y Tierra: poco fuego hacia la Ciudad, por falta de Artilleros; porque los del Pais, ò huyeron, ò se escondian, ò disparaban sin bala.

Aùn desleal queria la Ciudad conservar la imagen de fiel. Fue el Pueblo à pedir armas al Virey, àunque yà sabian, que no las habia: ofrecen defenderse, y todo era nueva traicion. Los Nobles más desafectos fueron à ofrecerle su persona, y sus haberes, no solo porque se corrian los mas advertidos de quedar borron de la historia, como porque no viendo todavia Sitio formál, àun dudaban de la felicidad de la empresa. Nada ignoraba el Virey; pero no lo podia remediar: faltabanle fuerzas, para defenderse de los Estrangeros, y deprimir la insolencia de los Naturales: todo el mando se reducía à ruego; y àunq̄ con los pocos, de quienes podia fiar no desenydaba de su obligacion, todo era en vano. Por horas sabian los Enemigos, lo que pasaba

aba en la Plaza, no solo porque se hacia gala de la desercion, sino porque tenian dentro tantos parciales, que por hacerle merito, iban à porfia à dár las noticias.

Quinientos Cavallos, y mil Infantes Ingleses fueron contra Figueras, donde habia setenta Soldados, y ni una embaxada fuè menester para rendirla. Con sola ella lo hizo Girona, donde habia tres Compañias, que habian tomado yà partido antes de entregar las Llaves. El Governador de Rosas despreciò amenazas, y promessas, descubrió en su primer origen una conjura, que se iba formando, y mantubo la Ciudad por el Rey Phelipe.

Yà todo el Principado en Armas, se enfureció contra sí mismo: hallaron la mayor oportunidad los facinerosos, y malvados, y llenaron la tierra de sacrilegios, violencias, adulterios, robos, y homicidios; y si acaso encontraban algun parcial de los Borbones, le trataban con piedad, si le daban luego la muerte. Pasò la licencia à un furor, que lo atropellaba todo. Los mismos Catholicos violaban los Templos: buscaban à los que tenian fama de ricos, y à fuerza de tormentos querian exprimir aun mas de lo que los infelices poseían. Atado à un leño el Padre miraba violar à su hija, y el marido el forçado adulterio de su muger. Dudarase de la verdad, si la escrivieramos como es en sí. No puede la ingeniosa malicia inventar atrocidades, y crímenes, que no cometiesen los Cathalanes contra sí mismos.

Los Ingleses profanaron los Templos, y las Sacras Aras, haciendolas teatro de la Torpeza. Servian las Imagenes para el escarnio, jugando con lo insensible la impietad. Dios vivo en el Sacramento de la Eucharistia se dexò pisar de sacrilegas plantas, y aun mas ignominiosamente le trataron muchos Hereges, que tiene la pluma horror para escrivirlo. Hacia de los templos publica casa de lascivia, lecho de los Altares, y alguna vez cavalleriza: al fin, mas rabiosa, que regular

aquella guerra, enfurecida la tierra contra sí misma, tubo todos los enfanches la malicia.

Muchos Sacerdotes, y Religiosos, cuyas Ordenes, y nombres llamamos por veneracion al Santo Instituto, dexando los sagrados Habitos de él, se vistieron de Vandoleros, ciñeron Armas, y no dexaron atrocidad, sacrilegio, y torpeza, que no cometiesen: Muchos ayudaban á los Hereges á sus execrandas violencias: era el pretexto la causa pública, y el amor al Rey Carlos, y hacian servir el nombre de un Principe piíssimo, y religioso, á sus iniquidades.

Hizose una injuriosa expedicion contra Lerida, y se presentaron á la Ciudad trecientos Infantes del Pais, que eran sus Armas antiguas, y denegridas espadas, y mal prevenidas escopetas, palos, y lanzas: con poca diferencia armados venian otros ciento y cinquenta á cavallo en mulos, y borricos con albarda. Este fué el formidable Exercito, que sitió á Lerida; y con la amenaza de que les destruirian sus Huertas, y Jardines, prevenido ya de algunos Emisarios el Pueblo tumultuoso, pidió al Magistrado, que abriese las puertas: opusose con fidelidad constante el Obispo Don Francisco de Solis, Religioso de la Merced, hombre bueno, sabio, y que entendia lo que era de su obligacion: convocó el Clero, y se ofreció á la defensa; mas ya sordo, ó corrompido de promessas el Pueblo, aclamó al Rey Carlos, abrió las puertas, y convirtió las Armas contra los que le parecieron desleales. Uno de ellos, que fué Don Antonio Cabderilo, viendole perseguido de la muchedumbre, se escondió en una cueva: huyó el Obispo á pie con solo su Breviario, y dos criados, y se retiró á Fraga. El Governador de la Ciudad, con 24. hombres, que tenia de presidio, se acogió al Castillo, y luego desertaron todos. Quedóse con seis enfermos, y estos sin noticia del Governador abrieron las puertas.

Asi se perdió Lerida, casi de la misma manera Tortosa, y todo lo restante de Cathaluña, pareciendo

aquel

aquel espiritu de sedicion un fuego, que prendia en los aridos campos de las mieses: tan dispuestos estaban á la rebelion aquellos animos. Ya tenia Barcelona la brecha abierta, y habian hecho las bombas algun estrago en los edificios. El Virrey dio permiso, para que saliesen las mugeres, viejos, niños, y enfermos: De las Señoras salieron muchas, y de los demás solo los que se fueron al Rey Carlos.

El Principe de Arnestad determinó atacar primero á Monjuy: á 14. de Septiembre por un Desertor supo el nombre del Santo, que habia aquella noche dado el Governador del Castillo, y fiado en las sombras, conduxo un buen numero de Tropas á sus Muros, disfrazado en Granadero: dió engañosamente el nombre del Santo, y aclamó al Rey Phelipe, para que se le abriese el rastrillo. Habia ya llegado al Foso, y sin orden alguna aclamaron imprudentemente sus Soldados al Rey Carlos; conocieron los Españoles el engaño, y se pusieron en defensa. Una bala de Artilleria hirió al Principe en un muslo: apartaronle en ombros de los suyos, para retirarle á su Tienda, y estando al parecer fuera de tiro, le pusieron en tierra, para que un Cirujano le tomase la sangre, que la vertia en gran abundancia, y atase la herida. Estando en esto un casco de bomba, que rebentó no muy lexos, hirió otra vez al Principe en un hombro, y le mató. El ruido informó á D. Francisco de Velasco del hecho: hizo una salida, y rechazó á los enemigos.

Peterbourgh, antes de saber la muerte de Arnestad, viendo la infelicidad de la primera empresa, y queriendo perder al Principe, por envidia de la direccion, que se le habia encargado, repugnando trabajar, para construir agena gloria, mandó embarcar todas las Provisiones, Armas, y Pertrechos, y que se volviese al Navio el Rey Carlos, para atribuir la desgracia al Principe, no habiendo sido jamás de su aprobacion la empresa de Barcelona. Mientras estaban alistando lo que se havia de llevar á la orilla del Mar, y recogiendo los Equipages: supo la muerte del Principe, y mudó de dic-

O 2

tanien.

tamen ; porque como vela, que todo el peso del negocio se reservaba à su conducta, y se le atribuiria la gloria, no teniendo ya quien se la compitiesse, se aplicò con mas vigor, y tenacidad à la expugnacion de la Plaza: Mandò, que nada se embarcasse, y se prosiguieron los ataques. Al otro dia batiò los Muros con mas fuerza, y el Castillo de Monjuy: una bomba diò en el Almacèn de la Polvora de Barcelona, cayò la muralla, y matò algunos Soldados: Luego, sin perder tiempo, diò el asalto el Inglès, y se aloxò, aunque en estrecho lindar: Menòse de lamentos, y confusion la Ciudad, exaltados de la traycion.

Adelantan los aproches los Sitiadores, y tambien batian la Muralla los Cañones de las Naves. Clama el Pueblo, pidiendo la rendicion, y al mismo tiempo huyen los mas de los Soldados, y se fueron, ò al Exercito Inglès, ò à los Rebeldes. Pocos leales acompañaban à Velasco, que juntado Consejo de Guerra, hizo llamada. A 9. de Octubre se capitulò con 49. Articulos. Estubieron de acuerdo el Vi-Rey, y los Militares, à quienes les quedaron todos los honores en la salida, por la brecha, bala en boca, y Tambor batiente, 6. Piezas de Artilleria, veinte Mulos cargados, y setenta Carros, quince de ellos cubiertos, sus Armas, y Cavallos à la Cavalleria, y que con sus bienes pudiesen salir los Nobles, y Ciudadanos, que quisesen seguir el partido del Rey Phelipe.

La Ciudad no quiso entrar en estos pactos, y dixò, se entregaba à la clemencia del Rey Carlos: estaba mas segura con lo que ya habian tratado los traydores, que con lo que la podian procurar los leales. Determinòse para el dia 14. el salir el Vi Rey, y los demàs. Divulgòse maliciosamente, que se llevaria los que tenia presos en las Carceles. Con sola esta noticia se tumultuò el Pueblo: tocò al Arma con una Campana, que le convoca: abrió las Carceles, sacò los presos, y ya embriagados en la ira buscan los parciales del Rey Phelipe: saquean sus casas, y las aplican fuego: algunos padecieron la

muere.

muerte, otros mil escarnios en las publicas Plazas: Buscan al Vi-Rey, para matarle, el qual estaba encerrado en el Castillo, y creciò el tumulto; porque entrò à saquear la Ciudad el Exercito de los Rebeldes con 700. Desertores. Pediafe à voces la muerte de Velasco, y asaltan el Castillo una turba de Albañiles, rompen las primeras puertas, y le aplican fuego. Tanto ruido llamò al General Inglès, que entrò para apaciguar el tumulto. Esto salvò à Velasco, sacandole por una puerta falsa al Mar, y à una de las Naves Inglesas.

Oposose Peterbourgh al desorden de los Sublevados, y se llevó à su Tienda à los hombres de mas distincion, que seguian el partido del Rey Catholico. Estos fueron el Duque de Populi con su familia, el Marqués de Aytona, el de Risbourgh, el Conde de la Rosa, Don Manuel de Toledo, y toda la Compania de Guardias, que vino de Napoles, de los quales no desertò uno; todos eran Nobles, y los mas de las Casas mas Ilustres de aquel Reyno: Diò passaporte el Inglès à quantos quisieron ir à Madrid, que fueron las Casas de Gironella, de Rupit, de Argensola, de la Floresta, de Oms, de Llar, de Darnio, Cortada, Marimòn, Grimaos, Taberners, Don Juan de Josa, y Don Agustin Copons, que obtentaron la mas gloriosa, y constante fidelidad. Otros muchos siguieron el exemplo, que fuera prolixo referirlos, y aunque no se hace aqui mencion de ellos, no se les quita cosa de su gloria. Tambien salieron muchos Eclesiasticos, Inquisidores, y Ministros, algunos Jesuitas, y Religiosos de San Benito.

Desde su Real Pabellòn confirmò los Privilegios del Principado, y de la Ciudad el Rey Carlos, y diò per nulos los Decretos, y mercedes del Rey Phelipe: creò Grandes al Conde de Cifuentes, al de Centellas, Zaballa, y Pinos, hizo algunos Marqueses, y Condes, y nombrò por Governador de Cathalunya à Don Pedro Samenat.

M...

Muchos ambiciosos del premio, fingieron servicios, que no habian hecho: la codicia no les dexaba ver, que se imponian la nota de traydores. Algunos perseveraban fieles, y no pudieron mostrarlo, o por amor à sus bienes, o por remission de animo. Tratòse con desprecio el retrato del Rey Phelipe: quemò la Ciudad los Privilegios, que le habia concedido; pero no dexò de guardar copias por lo que podia suceder despues (que los desleales todo lo juzgan voluble, como su fee.)

Rebofaba alegria la Ciudad, quando entrò el nuevo Rey: parecieron Eñgies, y Estatuas injuriosas à los Franceses; y la humilde Plebe, y Mugercillas cantaban intolerentes canciones en oprobrio del Rey, que habian tenido. La Ciudad violaba sus Privilegios, en lo que contribuia: y ademàs de dár todo lo necesario, para la guerra, fundò Rentas para la Casa Real, y se cargò de insoportables no conocidas expensas: permitiòse à los Luteranos, y Calvinistas Cathedra publica; porque tambien obedecia el Rey Carlos à la necesidad.

La Ciudad de Tarragona tambien, à exemplo de su Capital, queria sacudir el yugo: presidiabala con su Regimiento D. Pedro Vico, Cavallero Sardo: hizose un Destacamento de Ingleses; y apenas fueron vistos de la Plaza, quando se tumultuò el Pueblo, abriò las puertas, y se rindiò prisionera la Guarnicion. Partiò el Almirante Skiovel para sus Puertos, dexando 1000 Ingleses en Barcelona de Tropas arregladas; y de las del País entraron hasta 9000 hombres, que aunque escogidos, mas servian para la confusion, que para la defensa: Fortificaronse los confines, y se embiò à Lerida con un Regimiento de Cavalleria Alemana al Principe Enrique de Armstadt, hermano del difunto Jorge.

Peterbourgh passò à Girona, y despues de fortificada, y hecho un nuevo Baluarte, (al qual puso por nombre *la Reyna Ana*) le dexò competente Guarnicion. Bolviò à tentar en vano la fee del Governador de Rosas: faltabale lo necesario para el Sitio, y así se volviò à Barcelona.

Las

Las partidas de los Rebeldes corrian los confines del Reyno de Aragon, y aun se internaban con el Conde de Cifuentes: diò la obediencia Calpe, y Alcañizas, y vacilò el Reyno. Para confirmarle fiel hizo los mayores esfuerços el Arçobispo de Zaragoza Don Antonio Ibañez, y la mayor parte del orden de los Nobles: levantòse gente à cargo de Don Martin de Espinosa, Governador de Xaca, y hicieron à su costa por el Rey muchas levas el Conde de Peralada, y el de Atarès, los Marqueles de Campo Real, Villa Segura, y de Liert, con Don Juan Perez de Muros, hombres nobilissimos, y facultosos.

Con errado dictamen se llamò del Reyno de Valencia, para defender à Aragon, à D. Joseph de Salazar con las Guardias de à Cavallo; porque era el que se oponia à Bassier: formòse en Aragon un Cuerpo de doce mil hombres, mandados por el Principe de Sterclaes. Salazar se adelantò à Fraga, y mucho mas el Conde de S. Estevan de Gormàz; porq' passò hasta Lerida quando ya estaba fortificada de manera, que era menester Sitio formal, y entònces no habia prevenciones para ello. Pc. Hija queria penetrar en Cathaluña Sterclaès para dár la Batalla à los Ingleses, si ellos quisiesen; pero no tenian tal intencion: Recobrò en dificultad à Alcañizas, desarmò al Pueblo, y casi se cogiò alli al Conde de Cifuentes, que saliò en una Litera.

En Calanda se habian fortificado algunos Rebeldes; tomaronla los Españoles, y al orcaron 50. de ellos: desde entonces por un decenio empezó à manar sangre de Cathalanes la Provincia. Toda la Tierra, que está entre los Rios Cineca, y Segura, obedecia al Rey Carlos, à quien tambien se rindiò Ribagorza, y los Valles de los Pyrinèos; pero no se pudo adelantar à Xaca; porque los Bearnetes presidiaron su Castillo. Escarmentados quedaron los Rebeldes de atacar à Maella, y murieron muchos. El Conde de San Estevan de Gormàz, y el de Cuaro aseguraron à Belgida, y Atienza con la tierra circunvezina.

Des-

Despues de la ausencia de Don Joseph de Salazar creció la rebelion de Valencia. Perdióse Oliva por arte del Coronel D. Joseph Nebot, que con todo su Regimiento, en el ardor de una accion, se pasó à las Tropas Austriacas, llevandole engañado. Algunos Capitanes amantes de su honra detestaron tan vil hecho, y quedaron prisioneros: los mas tomaron partido, y pocos supieron su depravada intencion. Tambien dió la obediencia Gandia, y ya vacilaba la Metropoli del Reyno, donde la mayor parte de la Nobleza estaba por el Rey Carlos: Era el author de la sedicion el Conde de Cardona, hombre en aquella Ciudad nobilísimo, y de grande authoridad.

El Arçobispo de Valencia defendia la parte del Rey, y con esfuerço persuadia à la fidelidad: sus Subditos le escuchaban poco, y los mas estaban contaminados, esperando cada uno con el nuevo Gobierno nueva fortuna, ó adelantar la que poseía: algunos Nobles sacaron la cara por el Rey Phelipe, los Condes de Palma, de Belgida, el de Escallen, el de Albayda, el de Parient, el del Real, de Cerbellón, y Carlet, los Marqueses de Suma-Carçel, Villanueva, y Almenara, con otras muchas Familias de Nobles, los Ferreres, Balteras, Milanos, y otros, que por no ser prolixos omitimos. El Pueblo meditaba la rendicion; conmoviése quando llegó Basset, llamado del Conde de Cardona. Salióse de la Ciudad el Vi-Rey Marqués de Villa-Garcia. Furioso el Pueblo abrió las puertas, y aclamó al Rey Carlos. Entró Basset con quinientos Infantes, y trecientos de à Cavallo, y Don Joseph Nebot con mucho numero de Rebeldes: Poco Exercito rindió à Valencia; pero no se podia resistir. Basset explicó su carácter de Vi-Rey, substituyóse luego en el Conde de Cardona, y despues le confirmó el Rey Carlos. Dióse libertad, para que saliesse qualquiera: hizolo el Arzobispo, con el Inquisidor D. Diego Muñoz, y muchos Nobles, Escriban, Castellvi, Armengol, D. Luis Mercader, los Marqueses de Busian, y Castellar, à mas de los ya nom-
bra-

brados. De los Ministros el Regente Garcia de Soto, y otros once. Tambien quedaron aqui parte de los leales, que no tubieron valor de probar la adversidad de la fortuna. Todo le era facil à Basset: creó en Marqueta à su madre el Rey Carlos: era una vieja desconocida, que aún vivia en la miserable suerte con que nació. Dióla el titulo, y Villa de Cullera con sus pelqueras (tambien tiene sus môstruos la fortuna). Mejor titulo la dabā algunos Predicadores de latinados, q̄ teñalādo cō el dedo del de los Pulpitos, la aplicabā blastemos las palabras de Marcela à la Virgen *Beatus venter, &c.* tratādola como à Restauradora de su Patria en su hijo Basset. A tãto habia llegado la ceguedad, y locura de aquella Plebe! Con haberse rēdido Xativa, cayó todo el Reyno de València, menos Alicante, y Penitcola, y aun se extendió la sublevaciō à los Pueblos de la Mancha. Embióse al Conde de las Torres con alguna Cavalleria à que entrasse por Requena en Valencia. Vinieron Tropas de Aragon por Monroy, que ocuparon los Españoles, y quedó prisionero su Governador Blas Ferrer, Cabo de Rebeldes: no le ahorcaron; porque tenia Despacho del Rey Carlos, y era empezar una guerra sin Quartel. El Lugar de Monroy, despues de saqueado, se quemó enteramente; porq̄ no hubo morador, q̄ no se confirmasse en su perfidia. El Conde de las Torres puso su Cãpo en Moncada: era su intencion rendir el Lugar de San Matheos; pero penetrada por los Sublevados; le quisieron presidar con ochocientos hombres del País, y docientos Ingleses, llamados para este efecto. Yã puestos en marcha les hizo una emboscada Don Antonio de Anzeaga en lo eminente de la Selva, y en los passos mas estrechos puso el Regimiento de Navarra. Despues de haber entrado todos en el Bosque, ocuparon los Españoles la senda, y se acometiò à los Enemigos desprevénidos: trabóse la accion en un lugar angosto, y por todas partes ceñidos los Sublevados: fueron deshechos: los mas passados à cuchillo, y pocos pudierō escapar. Como las Tropas del Rey Phelipe no eran muchas, si se atendia à Aragon, crecia la sublevacion de Valencia; y si à esta, la de Aragon; porque todos los tres

Reynos de caban facudir el yugo de los Borbones. Antonio Grau, Cabo de Rebeldes, entrando por Ribagorza, oca, ò à Benabarre: era hombre valiente, y atrevido. Hubiera tomado à Belgida, si no la socorriessen los Condes de San Estevan de Gormaz, y de Guaro: con todo rindiò à Manzòn: atacò à Fraga: retiròse la Guarnicion al Castillo: pidiò este Capitulaciones, y las nego Grau, perseverando en el Sitio, hasta que un Soldado Español, gloriosamente atrevido, hizo con pocos una salida, y de proposito fuè à agarrar por la corbata à uno de los principales Rebeldes, con tanta felicidad, que se le llevó al Castillo. Esto hizo condescender à los Sitiadores à capitular, dexando ir libre la Guarnicion. Hubieran hecho los sublevados mayores progressos, à no haber embiado Tropas Francesas el Conde de Monrevel, Governador de Aquitania. Con esto se contuvieron los Cathalanes en el Cinca, y Segre, y volvió al Dominio del Rey Catholico Fraga.

No descansaba la Provincia de Estremadura: porq̃ se habian hecho grandes Reclutas en Portugal. A los principios de Octubre determinaron los Portugueses sitiar à Badajoz, y passando el Anna, tomaron los Puertos, y fortificaron una linea desde el camino que vâ à Talavera, hasta S. Gabriel, y S. Roque. Eran los Xefes de las Tropas el Marqués de las Minas, y Gallovay, el Governador de la Plaza, y el Conde de la Puebla. Cinco leguas distãte estaba el Mariscal de Telsè con pocas Tropas aunq̃ en buen parage. Habia sacado de Badajoz los Regimientos de S. Vicente, y Cordova, con que enflaqueció el Presidio, y èl no pudo formar Exercito.

Era Badajoz una Fortificacion antigua, mal formada, y de poca fuerça sus Baluartes: por esso conosciò Telsè que era menester mas gente, y se la bolviò quando los Señores de Geofrevil, y Barois se le unieron con las Tropas sacadas de Cadiz: entonces se acercò à Talaveza, y plantò de forma su Campo, que aunque los Sitiadores habian hecho brecha à propósito para el asalto, no le dieron de miedo de Telsè, el qual, con el favor

de una noche obscura, y lluviosa, passò el Anna, y se acercò à Eborá, pequeño Rio que se le junta, y lame las Murallas de Badajoz. La luz mostrò à los Portugueses à Telsè puesto en batalla. Tambien estaban ordenados los Sitiadores; pero les impedia llegar al Rio la Artilleria de la Plaza; y porque no le pudiesse passar Telsè, pusieron en la opuesta orilla una bateria, la qual no le pidiò, que por un vado poco distante le passasse los Franceses, y se formaron baxo de tiro de Cañon, para dár alli la Batalla, si los Portugueses la quisiessen. Una bala de Artilleria quitò un brazo à Gallovay: por esso afloxò el cuydado, y la aplicacion; toda la habia menester, porque no podia mantener el Sitio, ni ir à dar la Batalla: en todo habia gran riesgo; pero mandò la necesidad elegir uno.

Pusieron los Portugueses en orden de Batalla, y como para ella sacaron los Cañones de las Trincheras, recogieron sus vagages, y assi se mantuvieron dos dias: La noche del segundo con gran silencio empezaron su marcha para retirarse: lo hicieron con orden, y pusieron toda la Cavalleria en la Retaguardia. Assi marcharon hasta ocupar un Sitio ventajoso, y se mantuvieron formados, deseando la Batalla, si los Españoles la diesse. Por la mañana los mandò seguir Telsè; pero yà era tarde: algunos preparativos de Guerra se dexaron en el Campo. Assi se levantò el Sitio de Badajoz. Dixerón los Peritos, que podian los Portugueses dar el asalto antes que llegasse Telsè, à quien debian disputar el passo del Rio, no rehusando la Batalla; porque eran superiores en fuerças. Telsè, y el Conde de la Puebla quedaron gloriosos.

Tambien tentó la Corte su Guerra, pues habiendo mandado el Rey Catholico par al Principe de Sterciaès (como Capitan de la Guardia) un asiento en la Capilla Real, adelantado al Banco de los Grandes, è inmediato à su persona: esta novedad los hiriò sensiblemente; por lo que hicieron una suplica al Rey, en que manifestaban su agravio, y algunos declararon no en-

traían en la Capilla. El Rey dexò sobre esto libertads pero el Duque de Montellano insinuò , que encontrarian mas con el agrado del Rey los que asistiessen. Los mas resistieron à esto , inflamando los animos del Duque de Medina-Coeli. Dexaron sus empleos de Capitanes de las Guardias el Duque de Sessa , y el Conde de Lemos , para manifestar la ofensa , que à los Grandes se hacia. Algunos cedieron luego al gusto del Rey, otros con el tiempo , y otros nunca. Esta dissension , aunque pequeña, la exaltaban los Enemigos, y verdaderamente quedò enconado el cuerpo de los Grandes, que exandose tambien, que se habia conducido prisionero à Francia, sin manifesto crimen al Marquès de Leganès , solo porque en una familiar conversacion habia dicho, *que era cosa fuerte sacar la espada contra la Casa de Austria, à quien tantos beneficios debia la suya.* El Rey tenia otros motivos; pero nunca los declaró , y obraba con severidad, è intrepidez.

Moviòse tambien otra question, que irritò mucho à los Españoles. Propuso Amelot en el Consejo del Gavinetete , que sacando el actual Presidiò , se guarneciese de Franceses San Sebastian , Santander , y San Lucar; toda la Costa de Guipuzcoa, y Vizcaya. Eran Consejeros de Gavinete à esta fazon los Duques de Montalto, Medina-Sidonia , y Montellano , el Marquès de Mancera , los Condes de Monte-Rey , y de Frigiliana. Callaron al principio todos , sorprendidos de la novedad. Montellano habló el primero, oponiendose à Amelot, y expuso al Rey los inconvenientes de *quanto era esto indecoroso à la Magestad, y de ofensa para los Vassallos, notados de inútiles, ò traydores, pues desconfiaba el Rey.* Menos Frigiliana , que habló obscuro, los demás adherieron à Montellano , y el Rey à Amelot. Así lo mandaba la infeliz constitucion de los tiempos.

Los Franceses desconfiaban de todos los Españoles; y el Rey no; pero habiendose puesto todo en manos de la Francia , no tenia arbitrio à muchas cosas que quisiera : ni habiendo quedado Amelot superior en la disputa,

puta,

puta, templò su ira. Hubo una altercacion poco decorosa para ser oida del Rey : el ardor de la disputa, llevada con impetu del Ministro Francès, hizo que los Españoles hablaffen mas claro (aunque con modestia); pero à Amelot le ofendian las verdades : fiaba toda ia conservacion de la Monarchia à la Francia , y hablaba con desprecio de la Nacion Española. Esto sufrió mas el Marquès de Mancera ; pero nada le quedó que decir. El Rey , para dar satisfaccion à la Francia , le mandò, no asistiessse mas al Consejo del Gavinete. Voluntariamente hicieron dexacion de el el Conde de Monte-Rey, y el Duque de Montalto : à este ultimo se le quitò la Presidencia de Aragon, y se diò al Conde de Frigiliana, y fueron nombrados , para el Gavinete el Duque de Veraguas , y Don Francisco Ronquillo.

Querria tambien Amelot echar al Duque de Montellano; pero lo resistiò el Rey , y perdonò à la ingenuidad del dictamen , y à su bondad. Gozaba siempre del favor de la Reyna , auuque menos declarado ; porque lo contradecia la Princesa Ursini , irreconciliable enemiga del Duque , la qual , para mantenerse con la Francia , avigoraba la persecucion à los Españoles ; y porque habia muchos malos , trataba con igual aspereza à los buenos , y solo se lo parecian sus amigos , que eran raros , y los mas lisonjeros.

La mayor infelicidad que entonces padeciò la España , fué, que aun teniendo un Rey Santo, justissimo, y amigo de la verdad, esta no se podia proferir; porque ofendia à los Franceses. Vendian caro el auxilio , que daban ; y quanto mas interès mostraron por la España, queriendola dominar , confirmaban à los Ingleses , y Olandeses en el duro systema de la Guerra , que no hubiera sido tan pertináz, ò no la hubiera habido si se hubiese conservado la España independiente.

NO

AÑO DE M DCC VI.

LIBRO VII.

Contra los Principes pareció formada la constelacion deste año. Nuaca en el Theatro del Orbe hizo tan varios papeles la Fortuna: se mostraba favorable à quien tenia prevenido adversidades; rigida à quien guardaba favores. Todo es erudicion de la Providencia, paraque aprendan los hombres à usar bien de la esperanza, y del temor, paraque ni aquella exalte, ni este humille mas de lo justo al animo.

Daba mucho que pensar à la España la rebelion de Cathaluña, y Valencia. No estaba el Aula del Rey Phelipe tan tranquila, y entre sí conforme como era menester para una aplicacion tan seria, y que tenia su mayor peligro en la dilacion. Assaltaban al Rey cuydados no solamente grandes; pero aun del mas difícil expediente. Ni podia enteramente fiarse de sus Vassallos, ni debia abiertamente desconfiar. Los traydores traian mascara de leales, y por esso no se conocian: mas perjudiciales eran en lo oculto, que en lo manifesto. El amor, y la obediencia de los Vassallos era el fundamento del Trono. Estaba la dificultad en conocer los buenos, pues muchos de los que no querian ser traydores, eran desafectos, y esto les hacia servir sin aplicacion, ni zelo. No se ha visto Reyno en mas fatal constitucion: esta era su guerra. Por esso le fuè preciso al Rey ponerse todo en manos de la Francia, y subordinarse.

Con este motivo no tenían authoridad los Ministros Españoles, y estaban los mas afectos desabridos, que-

xosos, y sin hacerse cargo del Gobierno. Este le tenia todo Amelot, y se habia tomado mas mano de la que le queria dar la Princesa Ursini, y los zelos de la authoridad la inquietaban poco; pero disimulaba, porque temia à la Corte de Francia. En ella tenia tambien otra guerra el Rey Phelipe; porque no toda estaba à su favor. Mantenian heroicamente el empeño el Rey Christianissimo, y el Delphin; y aunque parece que esto bastaba, tenia su faccion el Duque de Borgoña.

Embió el Rey Catholico à las Tropas de Aragon al Mariscal de Telsé. Nombróse por Vi-Rey de Valencia al Duque de Arcos, en aquella poca parte que quedaba de aquel Reyno: las Tropas que en él habia las mandaba el Conde de las Torres, que estaba acampado en Moncada, de donde salian las Partidas contra los Lugares rebeldes, talando las Campañas, y quemando las Poblaciones: todo era destruir la España; pero era tal la enfermedad, que habia menester hierro, y llama. El Conde administraba este encargo con rigor: dixerõ algunos, que con crueldad, como quiera, no sin justicia. En Carbonera juntò sus Tropas: diò señas de someterse al Rey, Villa-Real; despues, adhiriendo à la suggestion de los Rebeldes, que tenia dentro, perseveraba en su infidelidad: ofreceles el perdon el Conde, si se rindiessen, y lo desprecian: acerca las Tropas à la Muralla, que rabiò las, sin orden alguna, abrieron con hachuelas una puerta: trabòse sangrienta disputa, y se tiñò de sangre el fatal, y estrecho Sitio: entran los Españoles, usando con impiedad de la Victoria: no dieron quartel, y no perdonaba la enfurecida bayoneta edad, ni sexo. Al mismo tiempo quemaron otra puerta las Guardias del Rey: defendiale un buen numero de Rebeldes, y yà la accion podia ser dudosa, si el Conde de las Torres no assaltasse à la Ciudad con todas sus fuerças: vino forçado en ello; porque les pareció à las Tropas indecoroso; que se resistiese un Lugar mal fortificado, y que le costasse sujetarle tantas vidas. Esto encendió los animos, y con la

la embriaguez de la ira le entregaron a las llamas, y passaron sus moradores a cuchillo.

Los Ingleses se retiraron al Castillo, y despues quedaron prisioneros; pero ya habian muerto 150. con el General Vintenfeld; tambien murió Rosmo, Cabeza de los Rebeldes: Solo quedaron los Templos ilesos, y costó gran trabajo a los Oficiales retener lo Sagrado de la detenfrenada ira de las Tropas. Escarmentados en la agena tragedia, se entregaron Morviedro, y Nules. Voluntariamente se quemó Quarto, una chica Aldea, que despreció el perdón ofrecido por Don Antonio del Valle. Habian ya salido gran parte de los moradores, viejos, mugeres, y niños; pero los Rebeldes que quedaron, se compusieron con las propias manos la hoguera. Tanto pudo la desesperacion!

El Conde de las Torres se acercó a Valencia: tentó en vano su rendicion con amenazas, y promessas. Basset embió dos mil Ingleses contra Alicante, y muchas Milicias del País; pero fue tan promptamente socorrida la Ciudad por los Obispos de Murcia, y Origuela, de los Marqueses del Bolque, y de Raphal, que huyeron los Ingleses, no sin pérdida; porque viendolos estrechados, hizo una salida el Governador del Castillo, y les mató mucha gente.

No estaba Barcelona tan feliz como se habia figurado: padecia robos, violencias, y adulterios: todo crimen era licito a la detenfrenada licencia de los Soldados, y no podía el Rey Carlos remediarlo, aun siendo un Principe rectísimo; porque las Tropas obedecian a Peterborough, y este a nadie. Los negocios politicos estaban a cargo del Duque Moles, y los Caseros al del Principe Antonio de Leichtein. Todos estaban desunidos, y la Ciudad poco gustosa de que nada se atendia a sus Privilegios; y de que se hacian tantas insolencias, y escandalos; porque el que se alojaba en una casa, no solo se llevaba los bienes, sino tambien las hijas de ella, y mudaba possada. Prohibian muchas veces al marido entrar en su casa, otras al Padre, y

parientes

parientes, para hacer de ella un publico lugar de lascivia: Robaban por las calles las Doncellas, y las tenían encerradas, hasta que se hartasse el desenfrenado apetito, y dandolas despues libertad, traian otras. Nadie osaba proferir la menor queja; porque luego le tachaban de desafecto, y se tenía por enemigo del Rey Carlos el que repugnaba su ofensa, ó su deshonor, el que censuraba tanto desorden, y el que zeloso de la verdadera Religion, impedía los progresos de la que pretendian introducir los Hereges.

Por esto no fueron aceptos a aquel Gobierno los Jesuitas, cuyo zelo ardiente por la Religion Catholica Romana, hacia los mayores esfuerzos, para conservarla ilesa; porque habia Cathedra publica de la errada doctrina de Lutero, y Calvino: y la Plebe, simplemente informada, niños, y mugeres distinguiendo mal el error, bebían engañados el veneno. Aun estando expuesto el Señor Sacramentado, entraban los Hereges con desprecio en los Templos, y encaquetado el sombrero. Este miserable estado de cosas hacia infelices a los que se creían afortunados: ciegos en su empeño, nada veían los Cathalanes. Tomaron las armas quantos eran habiles para ellas. Las Ciudades, y hasta las pequeñas Aldeas, con firmeza de animo, cada una habia hecho proprio empeño de sostener a los Austriacos, menos Cerbera, que siempre conservó amor al Rey Phelipe, aunque oprimida, y por esto tratada con inhumanidad. Renovóse la conjura de Rosas, que aunque era su Governador fiel, corría peligro; porque la traicion se difundió entre los mas: descubrióse, y acudiendo con promptitud el Duque de Noailles, Capitan General de Francia en aquellos confines, se desvaneció todo.

Del Rosellón, y Cerdania baxaron Tropas al Exercito, que en Aragon mandaba Telsè. Con mucha sangre de una, y otra parte tomaron los Españoles a Miravet, y ahorcaron a su Governador, porque alargó la defensa hasta ser barbaridad, y fuera de las Leyes de

S

la

la Milicia. Corria la Cavalleria Española por la derecha del Ebro, hasta Tortosa. El Duque de Noailles entrò por los Pyrinèos con otras Tropas, ocupò toda la Tierra de Ampurias, é hizo tributaria la Provincia hasta el Rio Ter: Esto distraxo mucho las Tropas Austriacas. El Principado hizo Coroneles de dos nuevos Regimientos, que formò à sus expensas, à Don Miguel Pinós, à Don Jayme Cerdells: reclutaron gente inexperta, y que aborrecia la disciplina.

Habian las Tropas Austriacas de guardar muchas Plazas, y las Fronteras, y estaba el Exercito Veterano muy consumido, y le consumian más los vicios; la guerra acababa con los Ingleses, y por esto se determinò en el Consejo del Rey Catholico sitiar à Barcelona: con este designio habian ya llegado à Aragón diez mil Franceses, y habia puesto el Rey Christianissimo en Colibre grandiosos preparativos para un Sitio, que los passaria en su Armada el Conde de Tolosa, el qual con treinta Naves de Guerra, y seis Balandras tenia orden de passar à Barcelona, cargando en la Francia tambien gran cantidad de Viveres; porque no podia el Rey Phelipe traerlos con seguridad, estando los caminos llenos de Rebeldes, ni los habia en Aragón con abundancia. Mandò el Rey passar las Tropas de Valencia, dexando al Conde de las Torres solo dos mil hombres.

A los 23. de Febrero saliò el Rey Phelipe para el Campo de Telsè, seguido de gran numero de Magnates: Los de Aragon le encontraron con el Conde de S. Estevan de Gormáz, Virey de aquel Reyno, El Mariscal de Telsè le encontrò en Caspe. Estaban las Tropas extendidas por las orillas del Ebro, al qual se le echò dos Puentes, y despues passò el Rey con todo el Exercito à Fraga: Publicò un Indulto General, sin excepcion de personas, pero en vano.

Moviòse la duda de si se habia antes de sitiar à Lerida, Monzòn, y Tortosa, para dexar guardadas las espaldas, sino se podia tomar Barzelona: este fue el pa-

rea.

reer de Telsè. Los demas Oficiales Generales, que tenian voto en el Consejo de Guerra, fueron de contrario dictamen, principalmente los Españoles, à los quales les parecia imposible, que se dexasse de rendir Barcelona; porque sabian la poca guarnicion, que tenia la Plaza, y no imaginaron, que podia ser tan presto socorrida. Por esto decian, que toda la felicidad de la empresa consistia en la brevedad, y que assi no se debia perder tiempo; porque si cayesse Barzelona, todo lo demás era llano: prevaleció este parecer. El Rey se adelantò à Igualada: constaba el Exercito de diez y ocho mil hombres Veteranos.

El Marqués de Gironela, de Argensola, D. Agustín Copons, y D. Juan Fosa andaban por la Provincia exortando à que se rindiessen à la clemencia del Rey, y no perdiessen tan favorable ocasion para el indulto. Nada con toda su diligencia adelantaron: crecia más cada dia el odio à la Persona del Rey, y à los Castellanos, y sacrificaban sus vidas gustosos: quemaron los Payfanos todo el forrage, y quanto comestible podia servir al Exercito: retiraron à las Montañas sus ganados, y hasta las aguas envenenaron, quanto les fue posible: los niños, y las mugeres se abrigaron de las selvas, y quantos podian manejar armas, se juntaron con el Conde Cifuentes, que iba vestido en traje montaráz.

Como iba marchando el Exercito del Rey, cerraba los passos Armeñad con la Guarnicion de Lerida. Oponianse à los primeros Esquadrones de la Manguardia los Rebeldes; pero atacados por el Cavallero de Asfelt, desampararon el camino, y pudo el Rey adelantarse à Lobregat. Diòle al Conde de Tolosa la señal, en que se estaba de acuerdo, quando explicaria en cordon sus Naves, y assi lo hizo, adelantando las Balandras: juntaronse las Tropas del Duque de Noailles, y del Theniente General Legál à las del Rey, y todas las governaba Telsè. Se determinò abrir la Trinchera desde Orta à la orilla del Mar: Esto fue à los primeros dias de Abril, que no se pudo madrugarse más. El

El Real Pabellón se plantó en Saria: ocupóse Santa Matrona, y los Capuchinos, y todos los Casines, que están entre Monjuy, y la Ciudad. Mostró el éxito el error de atacar antes á Monjuy; y los que tanta prisa tenían de asfaltar á Barcelona, perdieron el tiempo en una inutil conquista. Al Castillo de Monjuy le presidiaban quinientos Ingleses, y 200. Cathalanes: asfaltarónle sin Trinchera los Españoles, y fueron rechazados. Tomóse á quatro de Abril un Castillejo junto al Rio, para poder traer de las Naves los Viveres al Exercito.

Baxó el Conde de Tolosa á saludar al Rey, y se le ordenó empezasse el bombardéo á tiempo, que ya por Santa Matrona se batia la Muralla. Mandaba la Trinchera el Marqués de Aytona con el Teniente General Firmacon, Francés. La Ciudad se opuso en defensa valerosamente, pero casi se tumultuó el Pueblo; Porque corrió voz, que á instancias de Peterbourgh, y el Principe de Leictestein se queria salir de la Plaza el Rey Carlos, el qual mostró una imponderable constancia. Decian á voces los Cathalanes, que habia de morir con ellos, yá que era causa de su ruina, porque habian determinado defender la Ciudad hasta el extremo, sin admitir pacto alguno, y no habia en toda ella, quien sintiesse lo contrario, aún hasta las mugeres. Los Religiosos, y Sacerdotes tomaron las armas, y atadas con una cinta sus barbas los Capuchinos, no eran los menos eficaces. Hizieron juntamente de la Plaza, y de Monjuy una vigorosa salida: fue la accion viva, y ardiente; pero se defendieron con igual valor las Trincheras, distinguiendose mucho los Señores de Legál, Fromboissart, y Bourdet.

Despues de dos dias se dilataron los aproches, é hizo otra salida la Plaza á medio dia, aplicó fuego á las Trincheras, que no favoreció poco el viento, pero los Sitiadores le apagaron con presteza. A los veinte y tres de Abril se perficionó la linea de circunvalacion, y la visitó muchas vezes el Rey á distancia de tiro de fusil.

El Ingeniero Lapara plantó mal una Bateria en la que llaman Lengua de Serpiente: reprehendióle el Rey, y queriendo emmendar el error, se acercó tanto al fuego de la Plaza, que le quitó un cañonazo la vida. Mejor puestas yá las Baterías, cayó el opuesto Castillo, y el angulo del Baluarte de San Phelipe, y gran parte del de S. Ignacio. Asfaltaron los Sitiadores con felicidad el camino encubierto, y se aloxaron en él, porque los Ingleses no le defendieron quanto podian. Yá á proposito la brecha, dió el asalto á Monjuy el Marqués de Aytona por la tarde con gran valor, y pasó á cuchillo á los primeros defensores de la otra parte del Foso. Estabalo mirando el Rey Phelipe, y no dexaba de dar alientos su presencia.

Perdidas las Fortificaciones exteriores, defendia el ultimo recinto valerosamente el General Dunnegal, Inglés, Governador del Castillo, y se encontró cara á cara con el Marqués de Aytona: enardecióse la pelea, y una bala de fusil mató á Dunnegal. Esto acabó de desalentar á los Sitiados, y se rindió el Castillo con 300. prisioneros. Este era el más fuerte, y el Nuevo: quedaba otro, que llamaban el Biejo, que se resistió despues quatro dias. Pidieron treguas los Ingleses, para buscar el cadaver de Dunnegal, que concedidas, le hallaron, é hizieron honrosas exequias á su modo.

Con 26. Barquillos intentó socorrer á Barcelona el Conde de Cifuentes, á quien puso en huida Don Joseph de los Rios. Perdido Monjuy, entró en mayor aprehension Barcelona.

A 25. de Abril en una noche obscura determinó el Rey Carlos, con parecer de Leictestein, y Peterbourgh, salirse de Barcelona. Consentianlo las Tropas estrangeras, por no obligarlas á la defensa, que yá la juzgaron desesperada; porque tenia la Muralla tres brechas abiertas, y todas capaces del asalto. Penetrado esto por la Plebe, tumultuaron, y sitiaron el Palacio, y aún la Persona del Rey: Las Guardias tomaron las armas, para que executasse su partida, alen-

tandola

tandola Peterbourgh. Magnanimamente desistió el Rey Carlos, y dixo: *Estaba dispuesto à morir, ò ser prisionero*, y dió su Real palabra de no salir de la Plaza, con esto se avigorò más la defensa; aunque se perdiesen las vidas en ella: Hizieron una talida, y fingieron otras con el favor de la noche. Salió una voz en el Campo, que habian atacado los Cathalanes el Pavellón del Rey Phelipe: acudieron todos à él, y aun cargado de vínuelas el Duque de Noailles. El Rey constante, aún no sabia la verdad, y solo avisado del rumor, esperaba el éxito: toca el Exercito al arma, y solo estaba la guerra en la aprehension, que durò, hasta que las Guardias, que estában de Trinchera, avisaron no haber novedad.

Al otro dia se advirtió, que diez mil Cathalanes ceñian el Campo del Rey, y parte de ellos se pusieron à San Cucufato, baxo el Conde de Cifuentes: en San Geronymo Bromense otros, mandados por Morras, los demás à San Geronymo Murtraense con D. Miguel Pinós; y el Principe de Armeñad se adelantò hasta la Gran Guardia de los Españoles. Nada faltaba para el assalto general, sino la resolution de Telsè, que mandaba las Armas. Estaba el Rey impaciente de la dilacion, y se quexaban de ella los Españoles. Juntóse Consejo de Guerra, y fue el sentir de Telsè, „ El retirar al „ Rey à Perpiñan; porque si no se rindia la Plaza, no „ llegando las Tropas ni aún al numero de quinze mil „ hombres, y estando los passos cerrados por todo, sin „ Plaza alguna, ni palmo de tierra seguro, corria la „ Persona Real gran peligro; porque no se sabia, si la „ gente, que quedaria, dados los necessarios assaltos, „ era bastante, para contener la furia de una Provin- „ cia rebelde, viendose sitiados los Sitiadores; y que „ aún dado el caso de que la Ciudad se ganasse, no que- „ ria tener en ella al Rey; porque sin duda la bloquea- „ ria la Provincia, cerrando por todas partes los pas- „ sos, para que no entrassen viveres, y no se podian „ estos esperar por Mar; porque el Conde de Tolosa

era preciso que se retirasse à sus Puertos, luego que „ pareciesse la Armada Inglesa, de cuyo arribo à las „ Costas de España avisaban los Governadores de los „ Lugares Maritimos, y que era facil huviesse ya passa- „ do el Estrecho, y que assi se debia apartar al Rey „ del riesgo, y dár despues el assalto.

Al Rey no le era grato este dictamen, no solo por- „ que le parecia indecoroso, sino tambien por los estímulos „ de su propio valor: Los Gefes, y Ministros Españoles „ decian: Que se habia de vencer quando se presentaba „ la oportunidad, y fiarlo venidero à la suerte: Que la „ Ciudad no tenia Presidio, para defenderte; y rendi- „ da: ésta, quedaria sin duda muerto, ò prisionero el „ Rey Carlos, y de qualquiera de estos dos acciden- „ tes naceria la Paz, y la entera consternacion de los „ Aliados: Que los Rebeldes de afuera no podian siti- „ ar la Plaza, por ser gente impérita, y sin preparati- „ vos para tan grande empresa, y no podia traer „ gente de desembarco para élla la Armada enemi- „ ga: Y que estos reparos actuales debian considerarse „ antes, ò despreciarse ahora.

Mientras embarazaban al Rey tan contrarios pare- „ ceros, estaba el Almirante Lake haciendo los mayores „ esfuerzos, para llegar con su Armada à Barcelona, don- „ de yá cayò enteramente la esperanza: Habian muerto „ infinitos de los Veteranos, faltaban Viveres, y Muni- „ ciones: y lo que era mas pernicioso, que estaba la Ciu- „ dad entre sí dividida, y de muchos aborrecido el „ nombre del Rey Carlos, como el principal origen de „ tantos males.

Por dictamen del Duque de Medina-Sidonia, y „ del Conde de Frigiliana, adhiriendo todos los Gefes de „ Guerra Españoles, impaciente el Rey Phelipe, mandò, „ que se diessen aquella noche las disposiciones, para dár „ al amanecer el assalto general; y mientras se estaban yá „ dividiendo à sus puestos las Tropas, un Navio de Aviso „ le dió al Conde de Tolosa noticia (y este al Rey, y al „ Mariscal de Telsè), de que ya la Armada Enemiga ha- „ bia

bia pasado los Mares de Valencia. La Franceſa puſo luego los Viveres de las Tropas en tierra, y ſe hizo á la vela ázia Tolon aquella miſma noche, que era la del dia ſeis de Mayo: luego mudaron las cosas de ſemblante, y ſe diſundiò eſta noticia por todo el campo, por lo que ſe determinò ſuſpender el aſſalto, haſta ſaber, que Tropas venían en la Armada Ingleſa; porque ſolo con eſta noticia habian cobrado brío los Sitiados.

Deſpues de dos dias diò fondo en Barcelona el Almirante Lake, y ſe divulgò, que traía diez mil hombres de deſembarco, y dos mil Cavallos. Eſto era falſo; pero aunque ſiempre ilícita, nunca fue más provechoſa la mentira; porque entro una entera conſternacion en el Exercito del Rey. Ni un Soldado Veterano traía el Ingles. Veſtida como las Tropas deſembarcaba la Marineria, y volviendo á la Mar por la noche los que habian baxado, repetian los deſembarcos, fingiendo el numero, y la calidad de la gente. No ignoraba eſto el Rey por los Deſertores; pero yá no eſtában las Tropas hábiles, para combatir con denuedo, creyendo ſer mayores en numero los Deſensores, y que los atacarían en el ardor del aſſalto los Cathalanes, que con Cifuentes, y los referidos Cabos eſtában bloqueando al Exercito.

Por eſtas razones ſe determinò levantar el Sitio. La noche del dia once de Mayo, antes de la media noche, ſe puſo el Exercito en marcha, en cuyo centro iba el Rey tan ſuperior á aquella deſgracia, que fue admiracion de quantos le veían. Guiaba el Cavallero de Aſfelt la Manguardia, y la Retanguardia Teſſé, no con mucha orden; porque eran angoſtas las ſendas, y embarazadas de Rebeldes.

Al amanecer ſalieron los de la Plaza con algazara, y jubilo igual á la anguſtia, que padecieron, y hallaron en el Campo, ſobre grandes preparativos para un Sitio de Viveres, y Armas, ochenta Cañones de batir, y ſeſenta Morteros, grandes montones de balas, y de barriles de polvora, que todo lo habia deſcargado

do el Conde de Tolosa, creyendo, que no por la venida de la Armada ſe dexaria de proſeguir haſta ſu remate el Sitio. Los Cathalanes ſeguian con poca ventaja la Retanguardia. Mayor daño ſe padecia de los que eſtában como apoſtados en los Collados de las ſendas por donde habia de paſſar el Rey, y las Tropas.

En aquel dia aconteció un Eclipse de Sol, pocas vezes viſto tan tenebroſo, pues por tres horas ſe vieron las Eſtrellas. Era tanta la obſcuridad, que no podian marchar las Tropas, ni ſabian en qué parage recogerſe. Se hizo mas prolixo eſte accidente; porque interpueſta perygea la Luna al Sol (que eſtá en Apogeo), tardò tres horas en deſembarazarſe de lo que le impedia iluminar la tierra, enteramente en aquel Emiſpherio obſcuro; porque ſucedió en el novilunio de la conjuncion del Sol, y la Luna en el ſigno que llamamos Dragon.

Algunas vezes ſe parò el Cavallo del Rey como aſombrado; porque ni aun los iracionales dexaban de eſtarlo; pero el valor del Rey, y ſu conſtancia de animo prevaleció á todo. Los que liſonjeaban al Rey Carlos, ſacaban de eſto los mas tristes vaticinios contra el Rey Phelipe. Los Eſpañoles creían lo contrario; porque empezaban á experimentar el efecto. Al fin, con gran trabajo, y no ſin peligro, paſò el Rey los Pyrinèos, y llegó á Perpiñan, de donde acompañado de pocos, á grandes jornadas paſò á Eſpaña. Los mas ſeguian con lentitud, y las Tropas con ſus regulares marchas: las de Francia ſe quedaron en ſu País muy diſminuidas; porque fuè grande la deſercion.

El Mariscal de Teſſé perſuadia al Rey, que con la ocaſion de eſtar en Francia, fueſſe á Paris á ver á ſu Abuelo: era ſu intencion llevarle a donde las perſuaſiones del Rey Chriſtianiſſimo le hicieſſen conſentir en el nuevo Proyecto de Paz, que habian los Aliados propueſto. Eſte era dár al Rey Phelipe los Reynos, que la Eſpaña poſſeía en Italia, y las Iſlas de Sicilia, y Cerdeña, y á Carlos la Eſpaña con la America, dexando indeter-

minado si darian al Duque de Baviera la Flandes, y al Emperador sus Estados.

No era esta division grata al Rey Christianissimo, ni al Delphin; mas por lisonjear Tese al Duque de Borgoña, queria conducir al Rey á parage en que corriese peligro de convencido; pero este siempre constante respondia: *Que no habia de ver mas à Paris, resuelto à morir en España.* Esta fuè la infeliz expedicion contra Barcelona, en que los Franceses en todas las acciones militares mostraron gran valor.

El Mariscal de Tese no fuè tan eficaz, como pedia la ocasion; porque contemplando al Duque de Borgoña (que queria à toda costa hacer la Paz), le pareció, que dexando aquella espina de la rebelion de Cathaluña, no pudiendo haber dos Reyes en España (porque ambos se juzgaban con legitima accion para el todo); vendria el Rey Phelipe en las condiciones, que se le proponian, cansado de la prolixidad de la Guerra, ò de la desgracia. No ignoraba este traydor sistema el Rey Catholico; pero lo dissimulaba su modestia, por no encender la disension, que habia entre su Abuelo, y su Hermano.

El Rey Carlos usò con gran moderacion de animo de esta victoria, y con su acostumbrada piedad diò publicamente gracias à Dios de ella. Cierta es, que pareció milagrosa; porque no pudo llegar à mayor extremo la angustia, y la afliccion en que aquel Principe se viò constituido, siendo sus defensores sus enemigos. No faltò quien meditasse, por salvar la Ciudad entregarle al Rey Phelipe; y como esto era impracticable, invigilaban tanto en que no se escapasse, que baxo pretexto de guardarle, le sitiaban el Palacio con tanta vigilancia, quanta ponian en las brechas.

Cierta es, que hubiera vencido el Rey Phelipe, si diera el asalto; porque no habia defensores, ni la Armada los trala; pero despues del arribo de esta, como tenian los Cathalanes libre el Mar, y las Naves por refugio, habian determinado, en caso de ser vencidos, entregar à las llamas la Ciudad, y meterse en los Navios. No

era.

era enteramente posible conseguir esta idea; pero hizo la desesperacion el decreto, de que no cayesse alguno vivo en manos del vencedor. A este extremo dexò Dios llegar al Rey Carlos, para que fuèssè manifiesta la providencia de salvarle.

Nada embarazado de las lluvias, y de la cruel Estacion del año, el Duque de Bervich rindiò el Castillo de Nissa, y le demoliò de orden del Rey Christianissimo, contra el parecer del Mariscal de Catinan, diciendo, le debia dexar por antemural de la Francia. Estaban en mala constitucion las Cosas del Duque de Saboya; porque despues de haber padecido los Alemanes una derrota en Monteclaro, y haber ocupado el Duque de Bandoma à Calcinato, estaban casi fuera de Italia. Para que no volviessen à internarse en ella, guardaba los passos de los Montes el Señor de Medavi, Albergoti el Adda, y otras Tropas Francesas el Mincio, por donde declina el Lago de Garda; y porque no pudiesen los Alemanes ir à Verona, puso su Campo junto à Mantua el Duque de Bandoma, fortificados los passos de Robigo, y Villa-Buena, y assi tenian casi cerrada la Italia los Españoles, y Franceses.

El Principe Eugenio, habiendo intentado por el Ferrarès passar el Adda, no pudo; porque lo repugnò Albergoti, ni tampoco penetrar el Bresciano; porque tenia contrario el País, escarmentado de los passados desordenes; y assi le fuè preciso por el Lago de Guarda passar al Trentino à recoger sus Tropas.

Mientras adelantaba las Trincheras contra Turin el Duque de la Fullada, guardaba los passos el de Bandoma; pero fuè al mismo tiempo llamado à Paris, y le substituyò en el mando de las Armas Luis de Borbòn, Duque de Orleans, Principe valeroso, joven, y de perspicáz ingenio. La Duquesa de Borgoña dispuso esto con arte; porque el de Bandoma estaba empeñado en echar de sus Estados al Duque de Saboya; y esperaba, que siendo el Duque Orleans hermano de su madre trataria con mas piedad al Piemonte.

La Fallada se Aloxó entre el Ifara, y el Doria á los Capuchinos, dilatada su siniestra al Bosque, que le habia cortado el Duque de Saboya; porque la Artillería de la Plaza viesse los Sitiadores. A Turin la defendia el Conde Ulrico Daun, Alemán; hombre esforçado, y de experiencia. Los Franceses desde el Bosque á San Lucinato tiraron una linea, para defenderse de las salidas de la Plaza, sobre la qual invigilaba mucho su Soberano. La muger, y toda su familia passaron á Genova, donde fué recibida con galanteria, y obsequio: no quito alojamiento en el recinto de la Ciudad, y le tomó en una Casa de Campo en San Bartholomé de los Armenios. Los Ginoveses, no por amor al Duque de Saboya, sino mirando á su seguridad deseaban asistirle; pero no podian; y aunque halló algun dinero prestado, fué de Particulares, y sobre joyas.

A los 20. de Mayo passaron el Doria los Franceses, ocuparon el camino de Moncalier, y batian á un tiempo el Castillo, y la Ciudad con ochenta Cañones, y 60. Morteros. El Conde Daun lo defendia valerosamente: hizo vigorosas salidas, arruinando los trabajos; pero constantes los Sitiadores, proseguian el empeño. Ganaron tres medias Lunas del Castillo; y entre ellas, y el ultimo recinto habian hecho una gran cortadura los Sitiados, sembrada de unos palos tan bien escondidos como agudos, y la brecha la repararon con unos maderos fortissimamente entretexidos.

En Saluzzo hubo una accion de Cavallos entre el Duque de Saboya, y los Franceses: vencieron estos. Buscó aquel refugio en los Montes de Lucerna, y acampó en el Valle de Angroña con poca gente. Mandó el Duque de la Fallada ocupar el Castillo de Ceba: quiso socorrer el Conde Parelo; pero quedó prisionero del Conde de Sartirana, que se le opuso con un Destacamento de Españoles. Baxaron de Alemania nuevas Tropas al Exercito del Principe Eugenio, que determinó socorrer á Turin, sin que esto pudieran creerlo los Franceses. A diez y seis de Junio pasó el Athesis
por

por Petrolasso, y de alli fué á Polesin de Robigo, donde se fortificó.

No imaginaron los Franceses, que habia por alli camino al Piemonte; porque la interpuesta tierra es sumamente pantanosa, y las aguas que baxan del Rio Tartaro, no solo forman invadibles lagunas, sino que está alli el Canal Blanco, y así descuydaron de aquel parage. Por 24. millas en contorno los Alemanes, sin oposicion, parte nadando, y parte sobre unas vigas, que echaban en las angostas separaciones, passaron las aguas, y ocuparon las orillas del Mincio.

El Duque de Orleans se acercó á Corregio; pero los Alemanes hicieron en una noche de Verano una marcha tan larga, que igual no la cuentan las Historias; y es casi increíble; porque ya no se les podia impedir, que fuesen contra Reggio, que rindieron en cinco dias de Sitio, sin que pudiesen los Franceses socorrerla: con esto tenian libre el camino por el Crostolo. Para asegurar á Milan el Duque de Orleans, habiendo fortificado á Guastala, y Plasencia, se retiró al Cremonés.

Descansó tres dias Eugenio, y se encaminó al Piemonte: lo propio hizo el Duque de Orleans. Pudo este adelantarse por mas breve camine, y cerrar el passo á los Alemanes; porque el dia veinte y cinco de Agosto habia llegado á Valenza, y pasado las Tropas Vaudemont, por un Puente que echó al Po: quedaban atrás los Alemanes, y estaba el General Medavi, Francés, situado entre el Mincio, y el Oglio, aunque despues con errado dictamen descuydando de el Mincio, se pudo juntar con el Principe Eugenio el de Hefecasél.

Estaba muy adelantado el Sitio de Turin con brechas abiertas, y ocupado el Foso de una Fortificacion de la Ciudad. En una Mina se encontraron á los Enemigos, y hubo en ella cruel disputa. Dióse el asalto al camino encubierto de la Ciudadela en una noche muy obscura, que obligó á los Sitiados á encender
theas.

theas: alojaronle despues de larga, y sangrienta accion los Franceses, y levantaron su texadillo de maderos, y vigas contra el fuego, granadas, y peñascos, que se echaban del Muro. Preveniase baxar al Foso, y entre tanto pasando el Pó, se pusieron ocho Batallones Franceses en los Capuchinos, y otros ocho en el camino, que va a Lucerna, para que no volviese el Duque. Despues de hechas tantas cosas, todo estaba por hacer, y nada se hizo. No puede haber para los Franceses suceso mas indecoroso: feria increíble, à no ser Historia de nuestros tiempos, en que no tenemos que dudar.

Estaba el Duque de Orleans adelantado al Principe Eugenio, que por Asta habia pasado el Tartaro, yà por solas treinta millas distante de Turin. El Duque de Saboya con un gran rodeo se juntò à Eugenio con 6y. Infantes, y 2y. Cavallos. Juntòse tambien con el Duque de la Fullada el de Orleans, formò Consejo de Guerra, y era la duda si habian de esperar dentro, ò fuera de las Trincheras al Enemigo, dexando en ellas contra la Plaza lo que bastasse à defenderlas, pues en este caso podia sacar à la Batalla el de Orleans 50y. Franceses: esta fuè su opinion, y darla en Campaña abierta. Lo contrario sintiò el Conde de Marsin, no pareciendole posible, que treintamil Alemanes rompiesen unas lineas, que guardaban sesenta mil hombres. De este dictamen fuè el Duque de la Fullada, para que no deshiciesen las Trincheras los Sitiados, y fuesse preciso empezar de nuevo el Sitio. La mayor parte de los votos le siguieron, y se conformò à el el Duque de Orleans.

Venia muy despacio Eugenio, para no cansar la Infanteria. Luego que pareciò, extendieron los Franceses 20y. hombres por la linea: 10y. pusieron entre el Isara, y el Doria, otros tantos entre el Doria, y el Pó con Albergoti, los quales quedaron inutilis; porque fingiò el Duque de Saboya atacar el Puente; y el del Doria yà estaba de antemano cortado. A siete de Septiembre en dos Columnas marchò en persona à la linea llevando

do la Manguardía. Regia Eugenio el centro: dióse el asalto con poca frente por dos partes, y fueron dos veces rechazados los Alemanes. Apeòse el Duque de Saboya de su Cavallo: pasó à la primer fila, diciendo à los suyos: *Este es el dia de vencer, ò morir: en vuestras manos está la libertad de Italia*; y diò con tal impetu, y valor el tercer asalto, que admirò à los mas esforzados. Saliòle al encuentro el Duque de Orleans, y se enardeciò la mano de ambos con tanta viveza, que no podia ser mas sangrienta la accion. Eugenio pasó tambien luego à las primeras filas, y con el los Oficiales de mayor nombre, y con esto se exaltò la ira, y el valor por ambas partes. Eugenio peleaba estrechando la linea contra los Franceses, estendidos por toda ella, y el Duque de Saboya tubo tanto ardimento, que llegó con su mano à arrancar las estacadas, y lo consiguió, aunque con gran pérdida de gente: traian materiales prevenidos, para llenar el Foso, y se executó con increíble celeridad.

Peleando con glorioso denuedo, fueron à un tiempo heridos los Duques de Saboya, y Orleans: para socorrer à este acudiò, poniendose delante, el Conde de Marsin: à favor de aquel llegó, y cada instante era mas tremenda la Batalla: ni heridos la dexaron los referidos Principes, y la vertida sangre ayudò al ardor. Rompe la fortificada linea Eugenio: defendia el passo intrepidamente Marsin, que cayò mortalmente herido, fuè preso, y luego espirò. Sustentaba el empeño el Duque de Orleans: ponesse en su lugar: vuelvenle à herir, y por fuerça le retiraron los suyos. Entrò la Fullada, y mantubo por gran rato dudosa la accion, que durò cinco horas, con igual pérdida indecisa, hasta que yà mas àncha la entrada, pudo la Cavalleria Alemana ceñir à la Infanteria enemiga, en quien hizo un gran destrozo. Huyen vencidos los Franceses, y separanse las Tropas sin orden.

Glorioso defensor de Turin Ulrico Daun, sale con su gente siguiendo à los que huyan: prohibelo Eugenio,

para no distraher la fuya , y ocupa las Trincheras , gozando de un precioso botin; porque abundaba el Campo de los Franceses de todo. Entra en su Plaza gozoso el Duque de Saboya , y sacandose una fortija de gran precio, la dió á Daun. Los Franceses se retiraron á Carrián , y sus vagages á Pinaról. Destos murieron 12y. y quedaron 6y. prisioneros. Mientras se peleaba se pasó el Coronel Pablo Diach con dos mil Franceses vilmente á los Alemanes : destos quedaron 8y. muertos , mil heridos.

Mas decisiva, que pedia la accion fué la victoria; quedó á los Franceses un entero Exercito, que con los que estaban en varios Destacamentos, quedaron con los Españoles mas de 70y. hombres, y todas las Plazas de Milán , y la de Mantua. No tenia mas consecuencia esta victoria, que no perderse por entonces Turin; pero los Franceses, ó maliciosamente inspirados de muchos, que seguian el Sistema del Duque de Borgoña, ó consternados vilmente, tomaron el camino de la Francia , y persuadiendose á esto los unos á los otros, sin parar, echadas las Armas , se enderezaron al Delphinado. No tenían ni Xefe que los guiasse , ni Viveres : no se ha visto Exercito mas descarriado: seguian los Oficiales por necesidad , y por genio de dexar la Italia muchos ; no los detubo haber á esta misma sazón deshecho Medavi á Hefecasél en una accion, que hubo entre dos gruesos Destacamentos. No quisieron claramente conservar la Italia, creyendoles era esta Guerra de inoportables expensas , y que tenia el Rey Christianísimo no poco, que hacer en atender á su Reyno, y mas habiendo Malbourgh en Brabante logrando una completa victoria.

Los pocos Españoles se retiraron á las Plazas, y los Franceses , con el Duque de Orleans, á Francia. Aprobólo todo Luis Decimo Quarto, que yá estaba persuadido, á que la Guerra de Italia le destruia ; y así, en una sola accion, muy remota de tantas consecuencias, la ganaron los Alemanes (como verèmos) ; porque no quedó Exercito para defenderla , ni el Rey Catholico

per

podia embiar Tropas, deshechas yá las que sirvieron al Sitio de Barcelona, y sin tener bastantes para la defensa del continente.

Sin perder tiempo passaron los Alemanes á Milán, rindióse luego la Ciudad, y quedó el Castillo, adonde se retiraron los que no querian estar baxo de la dominación Tudésca : Estaba bien presidado con quatro mil hombres, y no le faltaban Armas, ni Viveres. Disponíase al Sitio Eugenio ; pero conociendo su dificultad, hizo treguas con él, y que se rendiria, si en seis meses no estaba socorrido: prohibiósele la comunicacion con la Ciudad; pero se le permitió el que entrassen viveres, y dinero. Rindióse con poco trabajo Lodi , y passaron los Alemanes á Tortona : nada se resistió la Ciudad , pero mucho el Castillo , aunque el Duque de Saboya fue contra él ; porque fue rechazado en un asalto , en el qual murió el Governador D. Francisco Ramirez.

Era contraria la estacion del tiempo á adelantar las hostilidades, y así se pudo defender mas de tres meses. Al fin se rindió, è hizo lo proprio Asta, y Novàra : ésta por tumulto del Pueblo, inflamado de su Obispo Vizconti, logrando la ocasion de estar ausente , por orden del Principe de Uvademont, su Governador D. Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio ; y aunque hacia sns veces el Marqués Corio, no fue traydor, pero no defendió la Plaza. Tambien cayó Pavia , y quedó preso su Governador el Conde de Sartirana ; porque Luis Belcredi levantó el Pueblo , y á todos los Frayles , y Sacerdotes , que hizieron la entrega de la Ciudad. Fuese á Mantua Uvademont , que estaba en Pígitón , la qual dexó encargada á su Governador Rubin , que llamando luego a los Enemigos, y haziendo la sitiar, la entregó : buscaba con aquella ficcion el honor , que despreciaba.

De la misma suerte defendió D. Francisco Colmenero á Alexandria: era publica voz, que tenia antiguo trato secreto con el Duque de Saboya ; y que solicitó muchas vezes al Prelado de aquel Lugar, para

V

que

que adhiriese à los Austriacos. Estos papeles de Colmenero al Obispo se leían publicamente en las Antecamaras de París, adonde los embió aquel Prelado: Era tan fuerte la Plaza, que sin declarada traycion no la podia Colmenero rendir; y así no faltó, quien dixo, que, fiandose de uno de los Guardas del Almacén de la Polvora, le mandó poner fuego: Con él volò un Convento de Monjas, que habia vecino, de las quales quedaron catorze muertas, y estropeadas muchas: luego llamó à Capitulacion, como si aquello le sirviese à la posteridad de excusa.

No hemos entrado à la exacta averiguacion de todo lo que de Colmenero se decia, por no ser necesario para estos Comentarios poner en claro su corazon. Los hechos posteriores arguyen contra él; porque aunque quedó prisionero, quando entregó la Plaza, luego tomó partido, y recibió no pocos premios, y entre otros el Gobierno del Castillo de Milán, que despues de tres meses se entregó, de orden del Rey Catholico, à los Alemanes, y se evacuó enteramente el Estado; y lo que es más, por orden de Luis XIV. Mantua sin necesidad, y Plaza-agená. En ella estaba Vvademont con diez mil Franceses: llegòle de improviso esta noticia al Duque de Mantua, que estába retirado en Venecia, y ni las rentas de su Estado le quedaron, castigando el Emperador el haber admitido Presidio Francés, pero poco despues murió.

Parecerà increíble à la posteridad, que un Estado, que costó tanto dinero, y sangre à la España, con la posesion del qual adquiria tantas ventajas la Casa de Austria, se haya dado como de regalo, y con él toda la Italia al arbitrio del Vencedor. Esta fue una impensada tumultuaria resolucion de los Franceses, sin que à ella concurriesen los Españoles, antes rogaron les diessen solo sus Tropas, que èllos defenderian el Estado; pero el Duque de Orleans, aborreciendo la Tierra, en que habia sido vencido, la quiso entregar al Enemigo, para imposibilitar à los Franceses, q̄ pudiesen volver à ella.

Al

Al Duque de Saboya se le dió en el Estado de Milán la Alexandria, y la Lomelina, y los Valles de la Vallesia: menos era de lo que le ofrecieron; porque pretendió el Vigevenasco. Desde el lindar de su ultima desgracia salió no solo con más gloria; pero aún más poderoso: (éstas no conocidas vueltas tiene la fortuna!) Luego refucitaron contra la Italia los antiguos derechos del Imperio, y se echaron contribuciones à arbitrio del Emperador. Entonces conoció su error. No disputamos las razones del Cesar; pero estas las avigoran el poder, y las armas, que yá se estendian vencedoras.

Parecióle al Duque de Malburch conveniente pasar la guerra à Mosela; pero los Olandeses, que deseaban tener el Bravante, lo rehusaron, y se acamparon en la Mosa. El Mariscal de Villa-Roy, que mandaba en vez del de Bouffers, no se descuydaba de Lobayna, y de Namur, y estába con sus Tropas en Firlmond, pasado el Rio Dile. Juntaronse las Tropas de los Aliados: tenia deseo de otra Batalla el General Ingles; y para ceñir à los Franceses, y estubiesen obligados à darla, tomó los pasos, y sitios más aventajados.

Saliendo de Goleneourt Villa Roy, le acometió Malburch de repente. Trabóse una sangrienta Batalla en Ramilli. Por una hora peleó con gran valor la Infanteria Francesa rechazando à los Enemigos; y para resistirlos mejor, juntando à la primera linea el centro, peleaban unidos, teniendo à la derecha la Cavalleria, contra la qual se dexó caer Malburch con tanto impetu, que la deshizo, y sin seguir à los Franceses, que huían, dió con espada en mano contra el centro, del qual formó Villa-Roy dos frentes, peleando con esfuerzo, y arte: extendió una linea corba, para encerrar la Cavalleria Enemiga: flaqueó entonces la frente de su Infanteria, retrocedieron muchos, y se empezaban à desordenar, hasta que exortados reintegran la Batalla, yá tan estrechada, que estaban ociosos los Fusiles: se disputó mucho la Victoria; pero habiendo

V. 2

per-

perdido toda su Cavalleria los Franceses, quedaron vencidos enteramente, y á su arbitrio el vencedor degolló los más tardos en huir, y murieron cinco mil: quedaron prisioneros mil menos, y perdieron cinquenta Piezas de Cañon, y todo el trèn de guerra, y vagages. Mayor pérdida se experimentó en la desercion; y es cierto, que en todo les faltó á los Franceses quarenta mil hombres.

Esta Victoria de Malburch se siguió la pérdida de Lobayna, Bruselas, Mechliua, Gante, Her, Brujas, Dendermunda, y Amberes, con todo el Brabante, y poco despues ganaron á Ostende. Estas desgracias se le referian al Rey Christianissimo muy poco á poco; porque en edad tan adelantada no le hiziesse mella la desventura; no se las pintaban como eran en sí, y todo por boca de la Señora de Maintenon, muger del mayor artificio, y maña, que conoció el siglo. En Londres se fabricaron unas medallas con la efigie de la Reyna Ana, y del Rey Luis vencido, con esta inscripcion: *Una muger mortal triumphó de un immortal varon.*

Mejor le fue en el Rhin al Mariscal de Villars, habiendo hecho levantar el Sitio de Castèl-Luis, precediendo una accion, en que quedó victorioso. Tomó despues á Seltz, y Belheim: por manos del Señor de Bipont á Druskeim; y por las del Conde de Broglio á Hagenau. Esta fue la seguridad de la Alsacia; porque desde el Rhin á Philisbourg descansaba el País. Corrian los Franceses libremente hasta Maguacia; y no dexaba de estar en peligro Landau; porque el Conde de Broglio había ocupado á Hocsted; pero la desgracia de Ramilli llamó á los Franceses á Flandes, y quedó Villars sin fuerzas. Añadieronsele al Principe de Baden, embiandole gente de la Mosa; con esto quiso llamar á una Batalla á Villars, que se habia retirado á Spira, y atrincherado en Lautembourg.

No pudiendo Luis de Baden conseguir su intento, determinó passar el Rio por Castèl-Luis; pero habian los Franceses consumido los forrages de aquella tierra, hasta

hasta Landau. Enfermó gravemente Luis de Baden, y le sucedió en el mando de las Armas el General Tungen, que pasó con catorce mil hombres el Rhin; y mientras que Villars se prevenia en Viuseburgh á la Batalla; porque habia fingido el Alemán quererla dar, este se desvió, y fue á introducir socorro á Landau, que carecia de viveres, y municiones, y aún le faltaba el justo Presidio; porque rezelaban, que se la llevassen los Franceses desprevenida. Con esto volvió á passar el Rio el General Tungen, y puso en Cuarteles de hyvierno á las Tropas: Lo propio hizieron luego los Franceses.

Con el infeliz suceso, que tubieron en Barzelona las Armas del Rey Catholico, cobraron más brio los Españoles del partido del Rey Carlos; y mientras aquel volvió á Castilla por Navarra, este se adelantó á Aragon, que le obedeció sin violencia alguna: era su mayor Exercito su apellido, y su felicidad. Pocos Nobles de Aragon dexaron sus casas. Rindióse Zaragoza, y los pocos Presidarios con el Governador se retiraron al Castillo; y como no era Fortaleza regular, se rindieron: los más de los Soldados tomaron partido, pero el Governador no.

Yá en la Peninsula de España poseia tres Reynos Carlos, Cathaluña, Aragon, y Valencia. Una sola chica Plaza le quedó en cada uno de ellos al Rey Felipe; en Cathaluña Rosas, en Valencia Peníscola, y en Aragon Xaca; porque la socorrieron los Franceses. A Peníscola la defendió con tenacidad, y valor su Governador D. Sancho de Chavarria, ceñido de Enemigos; y aún lo eran los que no lo parecian; porque en aquel corto Pueblo no faltaban parciales Austriacos, solicitados de Peterbourgh, y del Conde de Cifuentes, despues q los Ingleses tomaron el Castillo de Alicante.

Estos tres Reynos estrechamente unidos, y pertinaces ponian en peligro á Castilla, que por la Estremadura tambien le tenia evidente; porque se habia formado un Exercito en Portugal de treinta mil hombres,

mandados por el Marqués de las Minas; y aunque las reclutas se habían hecho de gente inexperta, y Estudiantes, había doce mil Veteranos Ingleses, y Olandeses, mandados por Galloval. Tenia esta gente dos Gefes, de que resultó algun perjuicio: pusieron su Campo entre Alcantara, y Badajoz. No estaba lejos el del Duque de Bervich, pero muy inferior en numero, habiendo encerrado en Alcantara cinco mil hombres recogidos para su defensa. Esto lo hizo contra el dictamen de los Españoles, y principalmente del Conde de Aguilar, que lo repugnó fuertemente; porque era infalible perder aquellos Regimientos en una Plaza mal fortificada, y sin defensa. Luego la atacaron los Enemigos, más por hazer prisionera aquella gente, que por tomar la Ciudad, la qual con poca hostilidad rindieron, quedando prisionera la Guarnicion, que se embió luego á Lisboa.

Estas Tropas hizieron mucha falta; porque no quedandole á Bervich bastante Infanteria, para oponerse á los Portugueses, dividida la poca, que tenia en las Plazas, se retiró con solo la Cavalleria ázia la Tierra de Madrid. Quedó el Marqués de Bay con poca gente ázia Badajoz, hizo, quanto pudo, è hizo mucho; pero no podia defender los Terminos de Castilla, por donde entró fastosamente, y sin oposició alguna el Exercito enemigo, talando, destruyendo, è imponiendo contribuciones.

Mantenianse las Provincias leales, y más viendo se ultrajadas de los Portugueses, que tienen con los Castellanos eterna emulacion, y así no tenían los Enemigos más tierra de la que pisaban; y quanto mas se adelantaban ázia Castilla, estaban ceñidos de la misma tierra, que los aborrecia.

Despues que tomaron á Ciudad-Rodrigo, se adelantaron á Salamanca, Ciudad en España célebre, por ser el Emporio de las Ciencias, è insigne en la fidelidad á su Rey: como no está fortificada, cedió á la fuerza: entraron los Enemigos, y se entretubieron poco; porque conocieron en los semblantes la averfion. Apenas

la

la desampararon, quando volvieron á aclamar al Rey, y formaron Compañias á su costa, para defenderse, y cerrar los passos de Portugal, que se hizo con tan exacta diligencia, que no pudo aquel Rey tener noticia positiva de su Exercito; porque no passaban cartas, interceptando los Correos, aunque tomassen camino extraviado. Esto se debió á la fidelidad del Pais, que excede á toda ponderacion; y tambien tomaron una partida de dinero, que embiaba el Rey de Portugal á su Exercito.

Destas correrias cuydaba el Marqués de Bay, y de Badajoz el de Risburgh con buen presidio, despreciando las amenazas, y promessas de los Enemigos, cuyo Exercito seguia á Bervich, que con continuas escaramuzas en la Retaguardia, le retardaba las marchas, hasta que el Marqués de las Minas á 22. de Junio ocupó con 8000 hombres al Espinar. Entonces le fue preciso á Bervich retroceder; y desamparando á Castilla la Vieja, se encaminó á Guadarrama, por donde llegó á Madrid, para retirar al Rey ázia Navarra, tierra más remota del peligro, y confin de la Francia. Esto turbó mucho á la Corte.

Aun no habia el Rey descansado de la infelicidad padecida en Barcelona, y de la penosa jornada, quando le amenaza mayor riesgo. Cierranse los Tribunales, habiendo determinado el Rey dexar la Corte; porque ya dexaba por el Exercito Enemigo, que luego ocupó las llanuras, y se acampó junto á la Virgen de Genestal. Juntóse Consejo de Guerra, y de Estado, y fueron de dictamen muchos, de que passasse el Rey á Andalucia.

El Embaxador Amelot, que queria retirarle ázia la Francia, persuadia, que fuesse á Pamplona. El Rey eligió ir al Campo de Bervich, que estaba en Sopenran con 5000 Infantes, y 3000 Cavallós. Hizose un Decreto de que passasse la Reyna á Burgos con todos los Tribunales, y se dió libertad á quantos no tenían empleo, para que se quedassen donde les fuesse conveniente. Este accidente

descu-

descubrió los corazones de los Magnates. Los verdaderamente afectos al Rey, ni un instante de duda tubieron de seguirle, ò al Campo, ò adondo fuesse la Reyna. Los que pretendian parecer leales, y eran desafectos, estaban en mayores dificultades embarazados: pocos se quedaron en Madrid, algunos no muy lexos, otros tomaron el camino àzia el campo del Rey lentamente; los más aguardaban ver descubierta la cara à la fortuna, todos deseaban conservar su honra, y sin menoscabo de ella: muchos deseaban mudar Principe, yá más cansados de los Franceses, y de la Princesa Ursini, que del Rey. El temor contubo à muchos, y esto los preservò de declararse por los Austriacos.

Los Ministros del Gavinete todos fueron con el Rey, Medina-Sidonia, Montellano, Frigiliana, y Ronquillo, que era Presidente de Castilla. No faltaron los Gefes de las Guardias de la Persona Real, que eran el Duque de Populi, y el de Ossuna, el Conde de Aguilàr, el Principe de Sterclaes, y el Marquès de Aytona, que lo era de las Guardias de Infanteria, el Conde de Benavente, Sumiller, y los Gentiles-hombres de Camara, el Marquès de Quintana, el de Jamayca, el Conde de San Estevan de Gormàz, el de Baños, y D. Alonso Manrique: fue tambien el Mayordomo Mayor Condestable de Castilla, y los Mayordomos de Semana. Sin tener empleo alguno, estubo siempre con el Rey el Marquès de Laconi. Nadie de su Real Familia dexò à la Reyna: era Mayordomo Mayor el Conde de San Estevan del Puerto, y Cavallerizo el Marquès de Almonacid: passaron à Burgos todos los Presidentes de los Consejos, y algunos principales Magnates de crecida edad, que no podian seguir al Rey, como el Marquès de Mancera, el del Fresno, el Duque de Jovenazo, y el de Montalto: tambièn estaba el de Veraguas, y los más de los Cõsejeros de Castilla, Indias, Italia, Aragon, Ordenes, y Cruzada, que fuera prolixo nombrarlos.

Apenas saliò el Rey de Madrid para Sopetrán, quan-

quando los Grandes, internamente desafectos al Rey, escrivieron al Marquès de las Minas, que se apoderasse de la Corte; porque prestando esta la obediencia, seguiria su exemplo el Reyno entero; y que habiendo tenido noticia, que partia de Zaragoza para Madrid con 1200. hombres el Rey Carlos, no podria Phelipe subsistir en España estando unidas estas Tropas. Estas Cartas, que no eran pocas, el Marquès de las Minas las entregò despues al Rey Carlos para su disculpa; y no se guardo mucho secreto en reservar los nombres, antes se sacò una nota de ellos, y se embiò à todas las Cortes de los Aliados. Hemos tenido en nuestras manos una copia, y pudieramos dexar aqui escritos sus nombres; pero nos ha parecido no descubrir lo que ha ocultado la fortuna, y asì solo daremos noticia de los hechos publicos à la luz del Mundo, de lo que no puede resultar queixa; porque es preciso juntar en estos Comentarios materiales veridicos para la Historia; y si de lastima, y atencion a Varones principales callamos ocultas infamias, perdone senos el no disimular las publicas, yá que no las tubieron por tales los que las executaron.

El Marquès de las Minas, alentado con estas persuasiones, aunque por regla de guerra debia seguir al Rey, hasta echarle à lo menos de Castilla (este era el dictamen de Gallovay), embiò al Marquès de Villaverde con 200. Cavallos à Madrid, donde entrò el dia 25. de Junio, y se le prestò la obediencia de muy mala gana: cediendo à la fuerça; porque aquel Pueblo era amantisimo del Rey. Era Corregidor el Marquès de Euen-Pelayo, y lo executò todo con prudencia, y con fidelidad, tanto mas gloriosa, quanto se dexaba conocer en un acto, que era reconocer otro Amo; pero era preciso conservar la Corte, y esta era la orden, y la mente del Rey Catholico.

Despues de dos dias entrò el Marquès de las Minas con Gallovay en Madrid, nada aclamado, antes conociò en los semblantes de todos una profunda tristeza,

y repugnancia: Puso sus Reales en el Pardo, extendiendo las Tropas por Manzanares, la derecha desde la Huerta del Cerco à la Quinta de los Padres Geronymos, y la siniestra al Pardo. Así lo dispuso el Conde de la Corzana, que venia con los Portugueses, y habia orden del Rey Carlos, de que se governasse por su dictamen en cosas de guerra el Marqués de las Minas.

Erigieronse luego los Tribunales: nombrò Consejeros, y mandò asistir à los que se habian quedado en Madrid; pero fuera de la Corte no se obedecian las ordenes, ni hacia caso de ellas el mas pobre Lugarejo, sino forçado de Tropas. Pocos Grandes hallò en quienes mandar muchos se fueron à sus Estados. El Duque de Medina-Celi tomò el camino de Burgos; pero à muy chicas jornadas. El Conde de la Corzana decia, que esperaba al Rey Carlos; y que por esso no se apresuraba. Ignoramos su intencion; cierto es, que tomò asiento pocas leguas lexos de Burgos, y que fuè à verdos veces à la Reyna. Otros Magnates se dividieron por Castilla la Nueva en la parte, que los Enemigos la habian dexado; y los mismos, que habian escrito al Marqués de las Minas, no se atrevieron à verle en la Corte: de esto se quexaba con gran razon, y el despacho le hacia revelar el secreto.

Creyeron los Portugueses, adulados de muchos Españoles, que la Corte era todo el Reyno; y esperando tener noticia del Rey Carlos, sin hacer operacion alguna, como pudieran en la paz, trataron la guerra: ni se abrian el camino para encontrarle, ni seguian al Rey Phelipe, que con muy pocas Tropas (y estas desertando cada dia) estaba en Sopenrân. Un Destacamento del Exercito de los Enemigos le hubiera podido echar de Castilla; pero lo reservaban, como cosa de ninguna dificultad, para quando se juntasen las Tropas del Rey Carlos, mandadas por Peterbourgh, el qual aún estaba en Zaragoza; sin tener noticia alguna de lo que passaba en Madrid; porque la Cavalleria del Rey Phelipe, habiendo ocupado, y fortificado el Puente de Vi-

ve-

véros, extendidas las partidas con toda vigilancia al confin, que era camino para Aragon, no dexaban pasar persona alguna, ni Correo.

En este ocio del Exercito de los Portugueses en la Corte fuè facil introducirse los vicios; y se entregaron à la embriaguez, à la gula, y à la lascivia las Tropas: esto consumió mucho el Exercito, y juntamente no dexaban los del Pueblo de matar algunos Soldados, que de noche entraban en Madrid, sin mas ocasion, que la que les daba la oportunidad, y lo que les inspiraba el odio. Así se perdió la de seguir al Rey, el qual esperaba los ofrecidos socorros de la Francia. Sus parciales divulgaron en la Corte la voz de que habia muerto en Aragon el Rey Carlos, y esto lo decian con tales circunstancias, que nombraban el Lugar, la Iglesia, en que se habia sepultado, y los accidentes de su enfermedad; y hubo un Clerigo, que le dixo al Rey, que le habia visto sepultar. Todo esto era arte, para que el Marqués de las Minas no saliesse de Madrid, y diesse tiempo al Rey, para formar su Exercito. No fuè en vano el artificio; porque el Marqués lleno de dudas no sabia salir de Madrid, no del todo ageno de sus delicias; porque de proposito las mugeres publicas tomaron el empeño de entretener, y acabar si pudiesen con este Exercito; y así iban en quadrillas por la noche hasta las Tiendas, è introducian un desorden, que llamó al ultimo peligro à infinitos; porque en los Hospitales habia mas de 6y. enfermos, la mayor parte de los quales murieron. De este iniquo, y pésimo ardid usaba la lealtad, y amor al Rey aun en las publicas Rameras, y se aderezaban con olores, y afeytes las mas enfermas, para contaminar à los que aborrecian, vistiendo trage de amor al odio, no se leera tan impia lealtad en Historia alguna.

Al controrio los parciales del Rey Carlos divulgaron, que se habia ido el Rey à Francia, y habia dexado à Burgos la Reyna: fingieron una Carta del Duque de Hijas, Vi-Rey de Galicia, escrita al de Joyenazo, en

que le decía se estaba perdiendo aquel Reyno, por haberle ocupado diez y seis mil Portugueses, y que habian entrado otras Tropas enemigas con Juan Hurtado de Mendoza en la Andalucía.

En este tiempo se perdió Cartagena; y porque el principal motor fue Don Luis Manuel Fernandez de Cordova, Conde de Santa Cruz, es preciso referir como se pasó á los enemigos. Hallabase sitiado, y con gran estrechez Orán de los Moros, y se mandó á Don Luis Manuel, Quatralvo de las Galeras de España, que con dos de ellas saliese de Cartagena, y llevase socorro á aquella Plaza, y la ordinaria conducta de 570. pesos. Estaba ya corrompido de varias promessas por los Emisarios de los Austriacos; y así, en vez de llevar dichas Galeras á Orán, fingiendo en Lugar nuevo de esperar el tiempo, llamó á la Armada Inglesa, que estaba en Altea, y sublevandose la Chusma, y todos los Oficiales, que ya estaban de acuerdo, se aclamó al Rey Carlos. Quiso resistir tan infame conjura el Capitán de la Capitana Don Francisco Grimau, y fue preso. Lo propio se hizo con D. Manuel de Ferosella, Capitán de la otra Galera, y con el Veedor Don Manuel de Grimau, hijo de Don Francisco; y es cosa singular, que solos estos tres Oficiales se mantuviesen en la debida fidelidad, entre tantos participes de la traycion, y que un secreto comunicado á una muchedumbre de gente ruin, y facinerosa, se guardasse tan exactamente; porque las Chusmas no lo ignoraban, y se les habia ofrecido libertad: á Don Luis Manuel el Generalato de las Galeras, y á todos los Oficiales darles ascenso á su grado. Las dos Galeras se condujeron á Barcelona, y nada de lo ofrecido se cumplió, ni se hizo de D. Luis Manuel gran caso, por lo feo de la accion, y en tiempo que con grave perjuizio de los Christianos, corria tanto peligro Orán, Plaza ganada por el Arçobispo Cisneros casi de milagro, y que asegura de invasion de Africanos la España; faltóle este socorro, que se le embiaba con las Galeras, y se rindió,

padeciendo la Christiandad el daño de tener aquel gran Puerto los Moros, y poder armar Naves de mayor magnitud, que las que usaban por falta de Puertos.

Un Hermano de Don Luis Manuel, Arcediano de Cordova, detestando tan indigna, y abominable accion, se fue á buscar el Libro, en que la Parroquia asienta los Bautizados, y arrancó la hoja, en que estaba notado serlo su hermano, diciendo con honrado furor: *No quede en los hombres memoria de tan vil hombre.* Este, pues, persuadió á los Ingleses á ir á Cartagena, donde ya tenia dispuesta la conjura; y aunque decian no les servia Plaza tan remota, les facilitó tanto el que no costaria trabajo, que se resolvieron á esta empresa, lograda con felicidad; porque los pocos Franceses, que habia, capitularon luego.

Entre tantas artificiosas mentiras, esta verdad se divulgó en Madrid, y aun en el Campo del Rey, con lo qual creyeron muchos, que estaba la España perdida, y la Andalucía, y así prosiguió la defercion, y mas habiendose publicado, que el Rey por dar gusto á su Abuelo, se iba á Francia; y que tenia orden de promover esta resolucion Amelot, el qual verdaderamente lo persuadia al Rey; pero siempre le oyó con desprecio, y aseguró, que no saldria de la España.

Viendo los Franceses, que no le podian convencer á dexarla, le persuadian á lo menos, que se fuesse á Navarra. Los Ministros Españoles, que le asistian, repugnaban el que el Rey dexasse las Castillas; porque sin duda se perderian, y seria la consecuencia perder á Andalucía, y con ella las Indias. Que se consternarian los Pueblos, y los mas afectos; porque daba muestras de esto la continua defercion; y que el Rey debia hacer á los Soldados un publico razonamiento, en que los asegurasse no saldria de España. Así lo executó; y juntando las Tropas, se quejó de que se imaginasse de su Real magnanimidad tal resolucion, y que sobre su Real palabra les aseguraba *morir con el ultimo Esquadron de Cavalleria, que le quedasse.*

No dixo esto el Rey sin arrasarsele los ojos en lagrimas, tan eficaces, que trascendió la ternura á los circunstantes, y le acompañaron con ellas, asegurándole, que pondrían todos sus vidas en defensa de su persona, y Reyno, y que no habria mas desercion: Así lo cumplieron, cobrando aquellos pocos Españoles tanto brio, que osaban resistir á muchos. Esta, que pareció corta diligencia, le afirmó la Corona en la cabeza, y mas habiendo llegado de Francia 150. hombres escogidos, con los quales pudo el Duque de Bervich poner su Campo entre Xadraque, y Sopenrán.

A 23. de Julio se creyó en Madrid (por voz falsamente esparcida), que entrasse en la Corte aquella tarde el Rey Carlos. Sus Parciales se previnieron á recibirle; otros salieron á encontrarle, y quantos llegaron al Puente de Vivéros quedaron prisioneros de la Cavalleria del Rey Phelipe, que aún estaba allí, fortificados los pasos: conduxeronlos á varias Carceles; y fue uno de los que se prendieron, el Conde de Lemos, que iba en una Carroza con su muger D. Cathalina de Sylva, hermana del Duque del Infantado, á la qual permitieron, que acompañasse á su marido al Castillo de Pamplona. Tambien fue preso el Patriarca Benavides, y llevado á Francia con Fr. Benito Salas, Obispo de Barcelona. Poco despues se cogió tambien á D. Balthasar de Mendoza, Obispo de Segovia, que venia disfrazado á la Corre, para obsequiar al Rey Carlos. Eran estos verdaderamente desafectos; pero mas incautos, que desleales; porque iban á prestar la obediencia á quien ya en Madrid habian tacitamente jurado, quando la prefirió con publica aclamacion la Villa: no se les halló haber cometido otro delito.

Ya le habia llegado al Rey Carlos la noticia de estar en Madrid el Exercito Portugués, y con ella partió para la Corte, mandando sus Tropas Peterbourgh. Impaciente el Marqués de las Minas de ocio tan pernicioso, dexando dos solos Esquadrones de Cavalleria en la Corte á cargo del Conde de las Amayuelas, declarado

par-

parcial Austriaco, salió de ella con su Exercito azia Alcalá, y de allí pasó á Guadalaxara, tomando despues las marchas por la izquierda, para encontrar con el Rey Carlos.

Enfrente ocupadas las alturas de Ita, puso sus Tropas Bervich, fortificado bien el terreno, y estendida la derecha al Monte de Xadraque, y la izquierda á Alcalá, con la intencion de dexar atrás cortado á Madrid. El Portugués dexó los vagages en Guadalaxara, y se encaminó á Sopenrán el dia 28. de Julio, con el designio de asegurar el Camino al Rey Carlos, para que no diese con las Tropas del Rey Catholico, que ya eran superiores á las que venian de Aragon.

El Rey, dexando á Ita, determinó defender el Rio de Guadalaxara, sin dexar las alturas de Xadraque, de las quales con facilidad cantaba con escaramazas á los Enemigos, que ya habian retrocedido hasta Junqueras, entrando en la Villa de Xadraque, y entregandola á las llamas. Llególe al Marqués una Carta del Rey Carlos, escrita en Daroca, en que le daba noticia, que venia por Molina Peterbourgh con la Manguardia, y habia ya llegado á Pastrana: allí esperó quatro horas el Rey Carlos á que viniessse á prestarle la obediencia el Duque del Infantado; pero este no parecia, ni lo habia jamás resuelto. El Conde de la Corçana lo habia escrito, imaginandolo por cierto; porque habia tomado el partido Austriaco el Conde de Galvez, hermano del Duque, y creía vendria toda la Familia.

El Conde de Galvez se vengó en sí mismo del enojo, que concibió, por no haber obtenido del Rey Catholico el empleo que deseaba, y hallandose sin él, le parecia podria sin nota seguir el contrario partido. Este engaño padecieron muchos Nobles, que fuera largo el nombrarlos, y solo hazemos mencion de los mas principales.

El Duque del Infantado, aun sabiendo la resolucion de su hermano, y desaprobandola, huyó siempre de encontrar con el Rey Carlos, y se internó mas en los

Lu-

Lugares donde no podia passar este Principe: fuese á Mondejar, y tambien de alli se apartó.

Este Lugar sacaron las Tropas Austriacas á dos hijos del Marqués de Mondejar, dexandole por viejo, y lleno de achaques. No hubiera este ido, sino arrastrandolos; porque era hombre de la mayor, y mas solida bondad, y serio, y uno de los Cavalleros mas entendidos de España. Sus hijos luego tomaron gustosos el partido contrario, y se fueron con el Exercito, y poco despues murió el Padre.

El Rey Carlos sintió mucho haber en vano esperado al Duque del Infantado, el qual no se libró de hacerle unos cargos, bastantes á mandarle poner el Rey Catholico despues en la Torre de Segovia: el mayor fue, haber escrito al Presidente Ronquillo en su defensa una carta libre, y poco respetosa, que se leyó en el Consejo del Gavinete del Rey, con lo qual encendió el animo de aquel Ministro, á cuyo cargo corrian todas las causas de difidencia, y se le hizo poyesso al Duque en sus formas, imputandole, que en Madrid habia hablado en el Convento de Copacabana con el Marqués de las Minas, y el Conde de la Corzana, sugiriendo medios de como promover la guerra, y que despues habia tenido conferencias secretas con Peterbourgh. Nada desto se pudo probar, antes sí lo contrario, y con los mismos cargos se manifestaba mas la inocencia del Duque.

Estendidas las Tropas del Rey Catholico entre Guadalaxara, y Alcalá, yá puesta á las espaldas Madrid, sin poder ser socorrida de los Portugueses, embió el Rey al Marqués de Mejorada con 500. Cavallos, á cargo de D. Antonio del Valle, para recobrarla. Excede á toda ponderacion el jubilo de aquel Pueblo al vér las Tropas del Rey. Pudieramos escribir muchas circunstancias á no parecer increíbles. Eran tantos los excessos de alegria, que parecia haber enloquecido la Plebe.

Con 200. hombres del partido Austriaco se encerró en el Real Palacio el Conde de las Amayuelas,

y

y no podia defenderle, aunque se resistió algunas horas: al fin se entregaron todos á discrecion, y se embió preso á Francia al Conde, hombre ilustre, y aleatado, y de apreciables calidades: engañóse, como muchos, en creer no podia dexar de ser Rey de España Carlos de Austria, y alimentando quejas de poco atendido en el presente Gobierno, buscaba mayor fortuna.

Aun no restituidos la Reyna, y los Tribunales á Madrid, empezó á inquirir Don Francisco Ronquillo severamente contra los parciales Austriacos: desterró á quantos Nobles de distincion habian hablado con el Marqués de las Minas: quitó los empleos á los Ministros, que se habian quedado con algun pretexto en la Corte, y asistieron al Tribunal, que el Marqués habia formado. De este castigo se libró Don Pedro Colón de Larreategui, Consejero de la Camara de Castilla, ó por patrocinio del Duque de Veraguas (que era algo pariente suyo), ó era verdadera la voz de que se habia quedado en la Corte de orden del Rey, para informarle de quanto passaba.

Tambien se desterraron á los que acompañaron el Estandarte Austriaco el dia de la Aclamacion de la Corte; porque la adversidad de la fortuna bien disfrazada propuso á los miseros Españoles un Problema, que no podian entender: los menos fuertes temieron peligrar con el Rey: los aváros perder sus haberes: los ambiciosos llegar tarde á los premios: los quejosos desahogar su ira, y los abatidos buscar mas alta fortuna. De estos se compuso el partido del Rey Carlos. Muchos con mayor realce desleales, aun acompañando á los Reyes, escribieron á los Ministros del Principe Austriaco. Tambien á estos perdona la pluma; porque pudieramos nombrar algunos, mal guardado su nombre en los que hacian gala de tener muchos parciales, y por esto los publicaban.

El Theniente General Legál, Francés, recobró á Alcalá, á tiempo que habia llegado yá a Guadalaxara el Rey Carlos; y como el Marqués de las Minas habia

Y

pas-

passado mas adelante por otro camino , retrocedió el Exercito Austriaco , por si podia juntarse con el Portugués.

De Guadalaxara mandò sacar el Rey Carlos al Conde de Oropesa; y à su yerno el Conde de Haro con sus Familias: poca violencia hubieron menester; porque lo deseaban, aunque conociendo la gravedad del hecho el Conde de Oropesa, llorò al resolverse ; porque lo hizo à impulsos de la muger, hermana del Duque de Uzeda, que conservaba eterno odio contra los Franceses, y decia , que con esto se libraba de su tyrania.

El Conde de Haro, hijo del Condestable de Castilla, no tubo valor de quitar su muger à los padres, ni de dexarla: era muy mozo, y se dexò llevar de aquellas caricias, ò persuasiones, que faltandoles contraste, le vencieron.

Verdaderamente el Cardenal Portocarrero perdió al Conde de Oropesa, acusandole de mortal adersion contra la Nacion Francesa; y permitió la justissima providencia de Dios , que no solo adoleciessè el Cardenal de este achaque, y que estuviessè el Rey desconfiado de él; pero passò à tantos excessos su mal domada ira , y queixa, desde que le apartaron del Gobierno, que decia publicamente, que eran los Franceses tyranos , é ingrato el Rey. Con esto enagenò su animo de genero, que adhirió al partido Austriaco, y esto lo manifestó en una obscura , y dudosa respuesta que diò à la Ciudad, y Chancilleria de Granada , consultandole sobre el modo de defender aquel Reyno; y en una Carta artificiosa, y llena de ofrecimientos, que escribió al Duque de Medina-Celi, al qual como juzgaba desafecto, se le ofrecia prompto à seguir su dictamen , y qualquier cosa que en esta ocasion determinasse. Y para que no hubiesse duda en su mudanza, quando de orden del Marqués de las Minas fuè à ocupar à Toledo el Conde de la Atalaya , General de la Cavalleria Portuguesa, el dia que la Ciudad prestò el juramento , y omenage al Rey Carlos , nada le quedó que hacer al Cardenal, para
mas.

manifestar su alegria : iluminò su Casa , entonò en la Iglesia Cathedral el Hymno , con que ordinariamente damos à Dios gracias : dispuso esta funcion con la mayor celebridad , y diò un esplendido Banquete à los Oficiales de Guerra , brindando à la salud del Rey de España Carlos III. (asi le llamaban sus Parciales , y se veia impresso en la Moneda, que se fabricaba en Cataluña): bendixo su Estandarte con las publicas ceremonias de la Iglesia, y esto lo executaba con tal modo, que fuè admiracion de los propios Enemigos ; porque este era el mismo , que tantos oprobrios habia dicho de los Alemanes : tan poco respetoso habia sido en sus palabras con los Austriacos , y el que tantas diligencias habia hecho, para poner el Cetro en manos de los Borbones. Este era aquel, que por menores causas habia perdido à tantos, que acriminaba un suspiro, ò un gesto, y hacia delito del silencio, y de las palabras. Reconciliòse entòces con la desgraciada Reyna Viuda de Carlos II. que tambien estaba en Toledo, como diximos, que incauta, creyendo las persuasiones del Cardenal, ò arrastrada de su afecto al hijo de su hermana la Emperatriz Viuda , parece , que adhirió al partido Austriaco con demostraciones , que evitaria el menos advertido. Dexò los Habitos Viduales el dia de la Aclamacion , y se vistió de Gala , mandando à toda su Familia , que assi lo hiciessè : adornò de fiesta el Palacio : escribió à su sobrino el Rey Carlos , y le regalò con algunas joyas de alto precio. Habíala ofrecido el Conde de la Atalaya , que quedaria por Governadora del Reyno, mientras le disputasse en Campaña Carlos. Nada se le escondió al Rey Phelipe ; y quando se retiraron sus Enemigos de Castilla , embió al Duque de Ossuna con algunas Guardias de à Cavallo , para que entregandola antes un Despacho del Rey , acompañasse à esta Princesa hasta Bayona. Las voces , ò terminos de la Real Carta eran los mas atentos, y reverentes; porque la suplicaba el Rey , que dexando las turbulencias de la Guerra , que tanto agitaba à la España , passasse à go-

zar de mayor quietud en la Francia , en donde estaria igualmente asistida como en Toledo. Este imperio, embozado en ruego, y en obsequio, la affligió infinito, y subordinada à la disposicion del Duque de Ossuna, passó con su familia à Bayona.

Quiso dexar la Mayordomia Mayor de su Real Casa el Conde de Alva de Liste, para mostrar al Rey su fidelidad, y quan ageno habia estado de adherir à los dictámenes de la Reyna; pues antes le aviso por menor de quanto passaba. El Rey, satisfecho del proceder del Conde, mandò, que la prosiguiesse en servirle, y no se hizo cargo alguno à los de su Familia, que hicieron alguna demonstracion de regocijo, para complacerla. Estubo poco satisfecha la Reyna del modo con que la conduxo el Duque de Ossuna; porque la obligò à unas jornadas inconmodas, (assi jugaba este año con los Soberanos la fortuna). Al Cardenal Portocarrero le perdonò el Rey sus excessos, por su edad, y los servicios, que habia executado. De miedo hizo ultimamente otro, dando una cantidad de dinero, para reparar el daño que habian ocasionado en Toledo los Enemigos, que no fuè poco.

El Marqués de las Minas, despues de haber desamparado la Tierra de Guadalaxara, quiso por Aranjuez penetrar en lo interior de Castilla, por si podia volver à Estremadura; pero como era preciso passar la Mancha, y el Marqués de Santa Cruz habia armado aquellos Pueblos, no le fuè facil executar su designio, seguido de las Tropas del Rey Catholico: y assi marchò por Loranca, protegido de la Ribera del Tajo, poblada de Arboles, y Huertas. Aqui el Rey Phelipe quiso dar la Batalla, que tanto deseaban los Españoles. Juntòse Consejo de Guerra, y no fuè deste dictamen Bervich, ni los mas de los Franceses.

El Marqués de las Minas passó à Chiloeches, y Morata; y aunque el Pabellón Real del Rey Catholico estaba en Torrejón, le seguian los Franceses, y picaban la Retaguardia. Passó el Rey su Campo à Cien-

Po

Pozuelos, para defender las Riberas de Xarama, y obligar à los Enemigos à baxar à las llanuras del Tajo, en que podia mejor la Cavalleria Española mostrar su brio; porque la de los Portugueses, sobre ser de mala calidad, estaba causada con incessantes escaramuzas, porque Don Juan de Cereceda no los dexaba repolar un momento. Sin saber fixamente, adonde se encaminaba, movia el passo incierto el Portugués, explicando su rabia en el fuego, que aplicaba à los Lugares, y en el saquèo hasta de los Templos.

El Rey Carlos, à quien habian dado esperanças de socorro los Valencianos, se entretenia en los terminos de Castilla; y como viò el Marqués de las Minas, que era imposible volver Estremadura, determinó juntarse con el Exercito de Peterbourgh, y correr la misma fortuna, ò retirarse à Valencia; y aunque sabia, que no era este el gusto del Rey de Portugal, no tenia otro remedio, para conservar las Tropas que le quedaban, bien disminuidas, y enfermas. Luego que se juntaron estos Exercitos, se disputò sobre lo que se habia de executar.

El Marqués de las Minas queria aplicar todo el esfuerzo, para bolver à Madrid, y penetrar con el Rey Carlos hasta Estremadura, para tomar otro Exercito, que tenia el Portugués prevenido, de hasta 150. hombres de Reclutas (hechas con el dinero de Ingleses, y Olandeses), y volver à empezar mas dura Guerra. Gallovay dissentia deste dictamen, cansado de Portugal, y exponiendo la impossibilidad de volver à penetrar las Castillas, con un Exercito de Franceses, y Españoles ya bien ordenado, y al parecer victorioso, pues sacaba de Castilla à los enemigos, sin haberlos dexado fixar el pie, con pérdida de tanta gente.

De este parecer fuè Peterbourg, que deseaba retirar à Valencia al Rey Carlos, y habian llegado tres mil Valencianos à Cuenca, para assegurar los passos. Este voto fuè el que se siguiò, contra el dictamen del Conde de la Corçana, y el de Galvez, y assi se en-

Ca

caminaron por la Mancha, y llegando al Lugar, en que estaba el Duque de Naxera, con ninguna repugnancia fuya le mandaron seguir al Rey Carlos, aunque dexò à su muger, y à su hija. Así parece que satisfizo a la queixa, que en el segundo Libro apuntamos.

A grandes jornadas marchaba àzia Valencia el Rey Carlos, y quando entrò en ella fuè recibido con el mayor aplauso, y regocijo. Todo lo que le aborrecian las Castillas, le amaban los Reynos de la Corona de Aragon. Luego se adhirió à su partido el Conde de Elda, y su hermano el Marqués de Noguera. Llegò la Vanguardia del Exercito que governaba Peterbourgh. Saliòle à recibir como à su restaurador el inmenso Gentio de aquella Ciudad. El alborozo fierico de la Plebe tubo disculpa en el desatinado del Estado Eclesiastico, y Religioso: de este salieron todos (excepto los Jesuitas); y los Franciscos Observantes, y Capuchinos de Comunidad, y casi esquadronados, llevando la derecha los Observantes, llegando à la presencia del General Inglès cada uno de los Guardianes, le saludò con la ceremonia Militar de jugar el esporton, que llevaban sobre los hombros los dos, sonriose Peterbourgh, y volviendose à los circunstantes, les dixo: *No estamos mal aqui, donde nos sale yá à recibir la Iglesia Militante.* Habia dexado Peterbourgh à Gallovay la Retaguardia, seguida incessantemente de un gran Destacamento de Franceses, mandados por el Señor de Legal, que se portò en esta Campaña con la mayor vigilancia, è importò no poco para ella el haberles cogido à los enemigos los Viveres, y hacerlos retirar à San Torquato: èl recobró unos Hornillos de Cobre de Carlos Quinto, que perdió Don Juan de Austria, quando fuè en Yelves vencido de los Portugueses, disponiendo la fortuna, que vièniessen à dexarlos en España.

A 15. de Septiembre habia passado yá el Xucar todo el Exercito Portugués, y dexado enteramente à Castilla. Eatonces puso su Campo en S. Clemente el Mariscal de Bervich. El Rey Phelipe desde Villatoba por
Ocas

Ocasia passò à Aranguèz, y de allí à la Corte, donde fuè recibido con imponderables demonstraciones de júbilo. Importò este examen de la fidelidad de Castilla, para desengañar à los enemigos, de que no se podia conquistar, segun lo escribiò Peterbourgh à Londres, con la expresion de que no la dominaria el Rey Carlos, aunque tomasse este empeño la Europa toda: pidió licencia, para retirarse à su casa, y se la concedió la Reyna por influxo de Malebourgh.

No podrán borrar los siglos, ni la Real Estirpe de los Borbones, que reynan en España, olvidar la fidelidad de los Castellanos, que desarmados, y sin Exercito, que los sostuviesse, repugnaron de genero otra dominacion, que confirmaron al Rey en el Trono; pues si se hubieran declarado por los Ausriacos, como lo hicieron los Reynos de Aragon, se subverteria sin duda el Imperio.

El Portugués se acampò en Buñol, y el Francès en Albacete. Como poseian los Alemanes à Cartagena, quisieron sitiàr à Murcia: no fuè perfecto el Cordon; pero era mas que bloqueò, y se hubiera rendido à no estar con la mayor promptitud socorrida por su Obispo Don Luis de Belluga, que no embarazado de sus Sacras Insulas, y sus años montò à cavallo, y juntando gente, no se desdenò, por el zelo de la Religion, y seguridad de sus Feligreses, de manejar las Armas. Tambien el Obispo de Calahorra defendió gloriosamente los confines de Navarra de las correrias de los Aragoneses.

Quisieron otra vez los Portugueses, que estaban en los confines, ocupar à Salamanca; pero se defendió resueltamente, y con empeño la Ciudad: no era yá la estacion à proposito para la guerra; pero no se diò en toda España Quarteles de Invierno à las Tropas: las de Bervich quedaron acantonadas. El Rey Carlos, à instancia de los Cathalanes, volviò à Barcelona: la Reyna de España à Madrid con todos los Tribunales: así renovò el Pueblo su alegría, y regocijo.

El Rey Catholico privò de sus empleos à los Gen-
ti-

tiles hombres de Camara, que no le habian seguido. Estos fueron el Duque de Bejar, los Condes de Fuenfajida, y Peñaranda: tambien se quitò la Cancilleria de Indias al Marquès del Carpio. No se volvieron à admitir las Damas de la Reyna; porque no la siguieron, aunque se excusaban con haberlas la Reyna dexado, y que despues no estaba el passo libre para Burgos. Esta razon no ablandò el animo de la Reyna, manteniendola en este Decreto la Princesa Ursini, que no era propicia à las Damas, quizá, porque no la hacian tantos rendimientos, quantos anhelaba, y así contubo el Palacio, en que solo Camaristas sirviessen à la Reyna, que estaban mas subordinadas à la Camarera; porque no eran de la alta esphera de las Damas, sin las quales no ay duda le faltaba al Palacio aquel antiguo esplendor, y pompa; porque brilla mas qualquier Principe, quando se hace servir de los de más alta gerarquía.

Don Joseph de Armendariz, aplicando con valor, y silencio de noche las escalas à Alcantara, la sorprendió, rompiendo con celeridad la puerta. En Valencia recobró el Obispo de Murcia à Orihuela, y partiò con el Coronel Mahoni à recobrar à Cartagena, que despues de cinco dias de batida con Cañon, se rindiò à discrecion.

No tenia aún noticia de su Exercito el Rey Don Pedro de Portugal; y esto aumentò tanto sus accidentes, y melancolia, que à los ocho de diciembre murió. Principe mas feliz, que prometian los principios de su fortuna, fundada en la ruina de su Hermano el Rey Don Alonso, de cuyas manos arrancò el Cetro, y la muger; y aunque los primeros años governò con severidad, despues fue amantísimo de sus Vassallos, hizo justicia, y la promovía mucho. Era hombre fuerte, y de buena cõprehension tenáz, y exacto en lo q ordenaba: nadie con él tubo tanto valimiento, que soltase las riendas del Gobierno, porque lo veía todo: Succedió en el Reyno su hijo primogenito Don Juan, Principe

cipe del Brasil, à quien luego los Aliados propusieron para Esposa à la Archiduquesa Maria Ana de Austria, hermana del Emperador, para estrechar con este vinculo la amistad, pero los Portugueses siempre hazian de mala gana la guerra; porque veian claramente quan poco provechosa les era, y que no salian las idèas de los que la persuadieron; porque el Marquès de las Minas escribió la incontrastable fidelidad de los Castellanos, y diò noticia de como era casi imposible, que ni un individuo de su Exercito volviesse à la Patria, ya porque estaba arruinado, ya porque los passos los tenían los Castellanos cogidos, y los guardaban con la mayor vigilancia. Estas Cartas llegaron por Mar, y consternaron no poco aquella Corte, que sin operacion alguna perdia unas Tropas recogidas con gran trabajo; porque no es Portugal, por lo corto del País, lugar de grandes Reclutas, ni la gente es inclinada en este siglo à la guerra.

Galloway, que no estaba muy de acuerdo con el Marquès de las Minas, escribió al Ministro Britanico, que residia en Lisboa, casi un Diario de lo sucedido en España, dandole cuenta por menor, para que la diessè à aquel Rey, y embiasse otras Cartas adjuntas à la Reyna, en que cargaba al General Portuguès el mal exito de aquella Campaña, por haberse entretenido tanto en Madrid, y dado quarenta dias de tiempo al Rey Catholico, para que le viniesen los socorros de Francia, quando antes podia echarle de las Castillas, è ir à sitiar à Pamplona enteramente desprevenida, con lo qual, no pudiendose mantener la Rioja, y la Provincia de Alaba, se veía la Reyna obligada à passar à Francia, y el Rey à retirarse à los Pyrinèos, à donde le seguirian pocos.

A esta negligencia del Portuguès añadia Galloway, que pudo deshazer las Tropas del Duque de Berwick, dandole la Batalla antes de ponerse entre Guadaluaxara, y Alcalá, y aun despues; porque tenia superior numero de Gente, y la del Rey no passaba de veinte mil

mil hombres, con no poca penuria de viveres, y dinero. Todo esto lo confirmaron en Londres las Cartas de Peterbourgh, el qual añadia la gran discordia de aquel Exercito, y los varios pareceres en los Consejos de Guerra, queriendo el Rey Carlos, que entrassen en ellos los Españoles, que seguian su partido, aunque inexpertos en la Milicia.

El Conde de Oropeza, el de Cifuentes, el de Galvez, el de la Corzana, los hijos del Marqués de Montejar, y el Duque de Naxera entraron en una Junta de Guerra, de lo qual irritado Peterbour, retiró las Tropas a Valencia. No faltó quien de esto le acriminase en Inglaterra, por Cartas del Rey Carlos, que estaba inclinado, despues de la union de los Exercitos, á dar la Batalla á Bervich; y aunque de esta opinion fue el Marqués de las Minas, y lo aconsejaban los Españoles, no fue posible vencer al General Inglés, que desesperó de rendir las Castillas, y no tenía Almacenes prevenidos, ni copia de Viveres; y pasó á tanto la ira contra Peterbourgh, que se le imputaba casi secreta inteligencia con el Francés: lo qual exactamente inquirido, hemos hallado ser falso.

Ni le faltó á Bervich su Crisis, por no haber dado en las Riberas del Tajo la Batalla al Marqués de las Minas, como queria el Rey Phelipe, y sus Ministros; porque marchaban con tal desorden, y sin provisiones los Portugueses, que se podia probablemente esperar la victoria, y passaron los Rios hasta el Xucar en partidas, y no formados.

Esto acrecentó á los Españoles el odio contra los Franceses, acusando la negligencia de Bervich, y mostrando al Rey, que en quantas ocasiones llegaron á las manos con los Enemigos en esta Campaña, habian quedado vencedores; porque el Coronel D. Juan de la Paz con solos quinientos Cavallos habia atacado tres vezes á la Cavalleria enemiga, y la habia puesto en huida, haziendo 300. prisioneros: Que solo D. Juan de Crezeda habia hecho detener, y mudar marcha

cha al Exercito con sus correrías, cogiendo en Tarancon todo el vagage de Peterbourgh: que lo proprio habia hecho D. Francisco Caballoto, venciendo con pocos á muchos; y que assi ya experimentado el valor de las Tropas, se debia aventurar la Batalla, que seria sin duda decisiva. Daba no pocas razones en su defensa Bervich, que se vieron en una Carta, escrita al Rey Christianissimo, diciendo, no habia querido aventurar aquel pequeño Exercito, unico Presidio de la España toda.

Antes de concluir el año, recobró el Theniente General Gabiél Hesio á Cuenca, haziendo dos mil prisioneros. Tambien se tomó á Elche con otros mil, los más Ingleses. Assi feneciò, sin descargar sus iras el nublado, que amenazaba á la España, combatida este año de tantas desgracias, no tolo en su Continente, sino tambien en Italia, Flandes, y en las vecinas Islas; y como está la más inmediata á Cathaluña la de Mallorca, pocos Navios Ingleses, que se pusieron a vista de la Ciudad de Palma en cordon, hizieron tumultuar al Pueblo.

Habia fomentado mucho tiempo antes esta conjura en Palma, Capital del Reyno, Don Juan Antonio Bojados, Conde de Seballá, Cathalán, pero hombre de grande authoridad en Mallorca, por el illustre, y antiguo Mayorazgo de la Casa Paz, que posee en aquella Isla. Valiose para esto de D. Francisco Sola, Juez más antiguo en aquella Real Audiencia, y del Doctor Pablo Balbona, Administrador de su hazienda.

Tomaron este partido Don Nicolàs Truyols, Marqués de la Torre, y casi toda su familia, la de Escallar, Bordils, Net, Berard, Dameto, y Saforteza. A estos siguieron hombres de menor representacion; y a uno de ellos, llamado Salvador Truyols, se le eligió por Caudillo del tumulto popular, que se prevenia. Casi toda la Nobleza nueva era del partido Austríaco, y no passaban de 25. los Cavalleros, que seguian el partido del Rey Phelipe.

Contaminó la conjura á los Eclesiásticos, relaxados por la mayor parte, desde que murió el Arzobispo Don Pedro de Alagón, hombre de la más severa, y rígida disciplina Eclesiástica, lleno de virtudes, y defensor accerrimo de su jurisdiccion; y aunque le sucedió en la Prelacia Fray Francisco Antonio de la Portilla, Religioso Observante, hombre exemplar, y de la mayor fidelidad al Rey, no tenía tanta authoridad, como su antecesor, y así los Eclesiásticos libremente se mancharon de la traycion, que trascendió á los Regulares, principalmente á los Capuchinos.

No ignoraba el Virey, Conde de Cerbellón esta trama, y ayudado de D. Marcos Antonio Cotoner, Cabeza del Magistrado de la Ciudad; hombre ilustre, zeloso, y leal, procuraba con buen modo; porque no tenía Tropas, apagar esta oculta sediccion; pero los ocultos Emisarios de Cathaluña, y del Reyno de Valencia la mantenian viva; porque sabian, que habia de venir la Armada Enemiga, mandada por el General Lach, contra aquel Reyno. Al fin pareció en ella el dia 24. de Septiembre, acordonada fuera del tiro del Cañon de Palma: todas eran quarenta Naves de varia magnitud. venia en ella el Conde de Saballá, nombrado por Virey, y Plenipotenciario del Rey Carlos. Embió una Faluca con cartas al Virey, y al Magistrado. La respuesta fue heroica. Embióse con ella, á Don Geronymo Pablo de Puidorfila, y Don Miguél Cotoner, ambos del Partido del Rey Phelipe. Indignóse el General Inglés, y mucho más el Conde de Saballá, con quien por la noche fue á hablar secretamente D. Thomàs Saforteza, uno de los conjurados.

El dia 26. en que parecia estaba todo con quietud, salió á reconocer la Ciudad con algunos Cavallos el Virey: oíanse confusas voces, que aclamaban á ambos Principes. Juntaronse ochocientos hombres, toda Genre de Mar, aclamaron al Rey Carlos, y ocuparon la puerta de afuera, que entra al Muelle. El Virey

Virey se retiró á un Fottín, y despues al Palacio. D. Marcos Antonio Cotoner quiso con D. Matheo Gual, y dos hijos de Don Antonio Sureda atacar los Sublevados: era su intento matar á Salvador Truyols, Caudillo de los Rebeldes, pero no pudo lograr esta fortuna, aunque D. Dionysio Rugiero le disparó dos carabinazos. Quiso tambien de un Baluarte hazer fuego contra los Sediciosos, pero por traycion de los Artilleros, halló deshechas las Cureñas.

A este tiempo llegó D. Gabriél de Verga con treinta Cavallos: era hombre alentado, de la primer distincion en la Nobleza, y amante de su honra: entróse al tumulto con arrojó, disparó contra uno de los Sublevados su pistola, y éste le respondió con un fusilazo, que le quitó la vida. Con este delito creció el tumulto, agregóse más gente, y aún entraba de fuera de la Ciudad, que ya estába casi toda perdida; porque se habian formado tres Cuerpos, uno de Marineros, otro de Ciudadanos, y el tercero de Eclesiásticos.

Viendose ya el Virey ceñido de Enemigos (aunque lo contradixo D. Marcos Cotoner á los principios), embió á la Armada al Conde de Montenegro, al Marqués de Belpuch, Don Juan Sureda, y Don Salvador Sureda, para pedir capitulacion: Acordóseles facilmente, entregandose la Plaza, y todo el Reyno con la Fortaleza de San Carlos. El dia 27. se publicaron las capitulaciones, que eran breves, con casi universal jubilo de aquel Pueblo: consistian éstas en la observancia de los Privilegios, y á cada uno la libertad de poder salir de aquel Reyno. Tomó posesion de él por el Rey Carlos el Conde de Saballá. Luego salió D. Marcos Antonio Cotoner con los setenta Franceses, que estában en la Fortaleza de San Carlos, y D. Geronymo Pablo Puidorfila, los quales fueron conducidos á Rosas. Despues salió el Virey el dia seis de Octubre con su familia, D. Miguél Bordils, Gobernador de San Carlos, Don Miguél Cotoner, Don Antonio Puidorfila, D. Dionysio Rugiero, Regente de

de la Audiencia, y D. Joseph Leyfa, Ministro de élla, que desembarcaron en Almeria. El Obispo, por afecto al Rey Phelipe, fue llamado à Barzelona, donde murió. Famosos desterraron nueve principales Cavaleros; porque la rabia de los Rebeldes passaba à persecucion.

Con facilidad tomó el Conde de Saballa à Menorca, pero no pudo por entonces rendir el Castillo de San Phelipe, que defiende à Puerto-Mahòn. Así se rindieron dos Islas, y con solo una carta del nuevo Virey, la de Ibiza, adjacente à las que llaman Baleares, y la Formentera. En esta forma se iban perdiendo los Reynos de la Corona de Aragon, sin que le costasse al Rey Carlos más trabajo, que quererlos; porque sobre estar los más indefensos, era contagio el error, y la infidelidad.

Mas gloriosa pagina ocupan en la Historia las Islas de Canarias, donde à cinco de Noviembre apareció con treze Naves de Guerra el Almirante Genings dirigiendo la proa al Cabo de Santa Cruz sin Estandarte, para que no se previniesen à la defensa los Payfanos, que solo con la duda de que fuesen enemigos, tomaron todas las Armas, y coronaron la Ribera. Yá vecinas al Puerto las Naves, pusieron Vandera de Francia, y poco despues de Suecia; y quando era yá preciso acañonar à los Baluartes; porque hazian mucho fuego, explicaron Vandera Inglesa. Era esto en la Isla de Tenerife, que en ausencia de Don Agustín de Robles, gobernaba D. Joseph de Ayala, à quien escribió una carta muy cortelana el Almirante Ingles; pero estaban los últimos periodos llenos de amenazas, sino se rendia la Isla al Rey Carlos. La respuesta fue breve, y honrada, diziendo, que se defenderian, guardando al Rey Phelipe fidelidad, mientras durasse la vida. Lo demás lo explicó el Cañon de la Plaza, que apartò à los Enemigos del tiro, y desengañados, se hizieron à la vela el dia siete del mismo mes àzia sus

Puertos.

AÑO

AÑO DE MDCCVII. LIBRO VIII.

CON el Ducado de Milán se entregò tambien à los Austriacos el Marquesado del Final; no porque hizieron gran fuerza en esto los Alemanes, sino porque no se podia yá defender. Mudose enteramente el Theatro de Italia; y quando creyeron sus Principes haber roto una cadena, se ponian otra.

Yá reflexionaba sobre sí mismo el Duque de Saboya, menos atendido de los Alemanes, y poco satisfecho, por no haberle cumplido, quanto le ofrecieron. Tenia yá acabada casi su guerra; pues aunque los Franceses poseian la Saboya, y el Condado de Nissa, no podia recebrarlos por Armas; porque despues de la demolicion de algunas Fortificaciones, todo quedaba abierto, y à arbitrio de los Franceses: estaban acantonadas sus Tropas en la Raya; pero era en vano, porque los Franceses no querian de la Saboya más que consumirla à contribuciones, y disfrutarla. Se habia retirado à Paris, despues de haber perdido el Ducado de Milán, el Duque de Orleans; y para restaurarle su opinion, fue elegido al mando de las Tropas de España: baxaban otras de la Francia, para confirmar aquella parte del Reyno, que yá claramente se veia no querer à otro Principe, pero tubo orden el Duque de Bervich de no dexar el Exercito, hasta que llegasse el de Orleans.

Sobre el apartar à aquel se discurrió variamente en la Corte, y se atribuía à no ser bien visto de la Princesa Ursini, cuya aspera conducta contra los Españoles desaprobaba el Duque, porque habia entrado en el

conoci-

conocimiento, de que sin ellos no se podía el Reyno mantener, y habló con ingenuidad al Rey en esto, no sin la aceptación de todos los afectos al Rey; y aún se creyó estimulado de D. Francisco Ronquillo, que quan severo era contra los que le parecían desleales, patrocinaba á los finos, y zelosos del bien del Reyno, y de la persona del Rey. A ella verdaderamente se dirigieron los obsequios, y las finezas; pero no se puede negar, que sobstubo mucho el animo de los Castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de Aragoneses, y Cathalanes, y ultrajados de los Portugueses, á los quales despreciaban, y aborrecían.

Estas razones daba la Princesa Ursini á Amelot, y á algunos Italianos, para que nada se les agradeciese á los Castellanos, con lo qual creció la discordia con no poco perjuicio, y así padecía el Palacio alguna confusión. No estaba muy unida la del Rey Carlos en Barzelona, despues que se fue Peterbourgh; porque el mando de las Armas quedó al Marqués de las Minas, y Gallovay, entre sí enemigos, y hombres de menor authoridad, que necesitaban aquellas Tropas, compuestas de tantas, y tan varias Naciones, que reconocían distintos Gefes.

A los Cathalanes no les dexaban tomar tanta mano el Principe Antonio de Leichtestein, y el Duque de Pareti; pero el más introducido en la gracia del Rey Carlos era el Conde Stella, Napolitano, que no desayudaba á que la passase el Rey divertido. No son á la Historia necesarios el referir los rumores, que esparcía la fama, quizás falsos, aunque en Barzelona passaban por verdaderos, no sin descredito de alguna Familia.

Estas voces alentaban los Castellanos, que seguían á este Principe, de embidia de que no se hazia de ellos tanto caso, como imaginaba su vanidad, y no fue alguno admitido al Consejo secreto más que el Conde de Oropesa por instancias del Rey de Portugal, su pariente, que aún le daba de su Real Erario asistencias. Esto tenía en alguna veneracion al Conde, al qual no desayudaban

daban las Artes de su muger; pero á los demás Españoles los tenía abatidos el Principe de Leichtestein, y había el Emperador escrito á su hermano, que no se fiase de los Castellanos, y mas quando supo, que el Conde de Oropesa se escusó de asistir á muchas Juntas, diciendo estaba muy viejo, y cansado, y que votaba de mala gana contra Castilla.

A los Cathalanes los sostenía Don Ramón Vilana Perlas, uno de los Secretarios de aquel Universal Despacho; porque Leichtestein á todos procuraba apartar del animo del Rey, y que solo á los Alemanes adhiriesen, y pedia para el gasto del Palacio á la Ciudad sumas inmensas, no sin queja de los Catalanes, con tan civil expresión, que decían se gastaba demasiado en Musicos; porque el Rey Carlos tenía algunos para su diversion, llevándole su genio á la Musica, en la qual estaba bastantemente instruido. Todo lo que era deprimir á los Cathalanes, lo hacia Leichtestein con animosidad, y dezía publicamente, no se debía fiar de gente enemiga, de quien la domina, è inclinada á la rebelion, estando esta ultima concebida no en el amor á los Austriacos, sino en el temor á los Franceses.

Quando llegó á Londres Peterbourgh, proponía tan difícil la conquista de la España, que hubiera la Reyna suspendido los socorros, para continuar en ella la Guerra á no ser de contrario dictamen Malburch, que gozaba unicamente del favor, y había crecido su credito, y authoridad con tantas victorias al apice de la mayor felicidad. Este hacia ver á la Reyna quanto la importaba estar armada; y tener Aliados, no solo por la sublevacion sucedida aquel año en Escocia, sino porque no ignoraban los parciales de la Reyna, quanto trabajaban en Francia los Elococes, y los Jacobitas, para que tomase el Rey Christianísimo la empresa de restituir al Trono al Rey Jacobo, y así la era preciso á la Reyna estrechar la amistad con el Cesar, que era el alma de la guerra, y la alentaba con el mayor esfuerzo; que como no tenía descendencia varonil, buscaba para la

hermano un Reyno; porque con esso quedaban los Estados Hereditarios para su hija la Archiduquesa Maria Josepha. Para asegurar mas en la Alianza al Rey de Portugal, dispuso, que la Reyna de Inglaterra le ofreciese por Esposa á su hermana la Archiduquesa Maria Ana, y el Rey Carlos en dote la Estremadura, y juntamente dos Puertos en Galicia, despues de conquistada la España.

Como el Rey Don Juan no tenia mas que diez y ocho años, le asistian al Gobierno el Duque de Cadaval, los Marqueses de Alegrete, y Mariana, y el Conde de Diana, que no todos aprobaban este casamiento; porque le ganaba la Archiduquesa al Rey seis años: el dote les parecia quimerico, y la nueva Alianza de fumo empeño; porque estaban cansados de la guerra los Portugueses, y quejosos de que les habian quitado todas las Tropas Veteranas, y no reemplazadas las que habian entrado con el Marqués de las Minas, y Gallovay en Castilla, por lo qual quedaban indefensos los confines; y aunque habian jurado otro Exercito, era de gente inexperta. El Almirante Skiovel temió estas quejas, ofreciendo traer luego otras Tropas.

Habianse perdido, como diximos, en el precedente año las Islas de Mallorca, y Menorca; pero quedaba el Castillo de S. Phelipe, que defiende á Puerto Mahón, donde habiendo entrado con seis Naves de Guerra el Conde Villars, Francés, y desembarcando armaba la Marinería, y la Guarnición de los Navios, recobró la Isla de Menorca; porque sobre haer pocos presidarios Ingleses, los hombres mas principales de ella, que eran los Martoreles, y Esquellas, eran parciales del Rey Catholico, cuyo nombre se volvió á aclamar en aquella Isla inutilmente; porque habiendola desamparado los Franceses, siendo toda llana, y abierta, y como un Arrabál de Mallorca, perseverando esta en el Dominio del Rey Carlos, le fué facil al Conde de Escallar con pocos Navios Ingleses volverla á recobrar.

Cor

Corria estos Mares la Armada de los Aliados, y se dexò ver en Sicilia, por si tomaba cuerpo una conjura, q no ignoraban estaba tramada de algunos Ciudadanos, y otros hombres principales en la Plebe. No se le ocultó al Marqués de los Balbafes, Vi-Rey de aquel Reyno, y haciendo algunos prisioneros, se detvaneciò por entonces la malignidad de la intencion. No era tampoco buena la de algunos Españoles domiciliados en aquel Reyno, de un Tercio antiguo, que llevaba á mal que viniesen á presidiarle los Franceses, y que á ellos los sacasen de Palermo á otros Lugares de menor importancia.

No estaba el Reyno de Cerdeña libre de este contagio, aunque muy oculto; porque los defaectos, que eran los parciales de la Casa del Marqués de Villazor, andaban con la mayor cautela: y se avigorò mas su intencion, quando vieron, que habia otros de su dictamen; porque governando aquel Reyno el Marqués de Valero, se vieron prender á Don Joseph Zatrillas, Marqués de Villa-Clara, que estaba en sus Estados, y á Don Salvador Lochi, Juez de la Real Audiencia, y en un Gangil Francés embarcarlos sin dilacion alguna á la Francia. Despues se prendió á un Medico, que era del Magistrado de la Ciudad, aguardando solo á que dexasse la Chia. Estos eran verdaderamente inocentes, y parecieron culpados. El caso pasó de esta manera.

Hallabase en Zaragoza un Frayle Mercenario llamado Trinças, quando se tubo allà la noticia de que habia aclamado Madrid al Rey Carlos; y creyendo que yá estaba toda la España perdida, valiendole de unos Poderes, que traía de los referidos sujetos, diò por ellos memorial al Rey Carlos, los quales los embió al Marqués de las Minas, para que en el Consejo de Aragon, que habia formado, se viesen, y los recibió, aunque tarde, Don Juan Geronimo Ricarte, Secretario en aquel Consejo, por lo tocante á los negocios de Cerdeña. Privado este de su empleo; porque despachò

Aa 2

con

con el Marqués de las Minas, y reconociendo sus papeles Don Pasqual de la Sala, à quien se confirió, se hallaron estos Memoriales, en que el Marqués de Villacera pedia el Gobierno de los Cabos de Caller, y Gallura, que poseía Don Vicente Bacallar, y Sanna; Don Salvador Lochi una Plaza de Regente Provincial en el Consejo de Aragon; y los del Magistrado pedían confirmación para otro año. Esta acción de dar los Memoriales, que era acto de reconocimiento en personas, que vivían en Cerdeña, era sin duda delito; pero solo le cometió el Frayle, movido de la amistad, que tenía con ellos, y creyendo la entera ruyna del Rey Phelipe.

Esto hirió mucha parte de aquella Nobleza, incluida en la Familia de los Zatrillas, una de las mas ilustres de aquel Reyno, y enagenó el animo de Don Salvador Zatrillas, hermano del Marqués, y del Conde de Villasalto, su hijo, yerno de Don Antonio Ginovès, Marqués de la Guardia, con lo qual se acrecentaba el partido de los descontentos, que solo aguardaban la ocasion, para manifestarlo.

Tambien dió el referido Trincas al Rey Carlos una Memoria de los Nobles afectos à su partido, y de los parciales del Rey Phelipe, que se cogió en los mismos escritos de Ricarte, y la embió el Rey al Marqués de Valero, para que informasse de ellos. Esta memoria hemos tenido en nuestras manos, y no debemos propalar lo que à su arbitrio escribió el Frayle; porque poniendo muchos de sus amigos en el partido del Rey Carlos, creía hacerles beneficio; mas no dixo en todo mentira. El blando, y piadoso animo del Marqués de Valero, ó no quiso hacer mal à muchos por solas sospechas, ó se le escondió la verdad; y pudiendo entonces sacar del Reyno à los que le perdieron, le dexó en quietud; ó despreció su poco poder (como decia), no teniendo aún Guarnición aquellas Plazas, para oponerse à las insolencias del Pueblo. Nada de esto ignoraban los parciales Austriacos en Cerdeña, y yá los agitaba un
nuevo

nuevo temor, que hacia discurrir medios à su seguridad. Tenian sus protectores en la Corte, que mal informados estendian su favor fuera de lo justo; pero perdieron este aylo; porque el Rey Catholico suprimió el Consejo de Aragon, y agregó la Cerdeña al de Italia, en que era Presidente el Marqués de Mancera, casi solo de nombre; porque faltando el Ducado de Milán, era menor su authoridad.

Estaba proximo à la rebelion el Reyno de Nápoles, que despreciaba igualmente al Consejo Supremo, y al Vi-Rey Marqués de Villena, trabajando incessantemente el Cardenal Grimani en la Conjura, que tubo exito mas feliz, que la primera; porque la apoyaron las Armas. La guerra de España alentaba à los conjurados, que, ó no creían, que el Rey Phelipe habia vuelto à la Corte, ó lo callaban, aunque estaba cansado de publicarlo el Vi-Rey, y de exaltar las fuerzas del Exercito de Bervich. Este estaba acampado muy dentro de Valencia, haciendo irreparables correrias, yá igual à los Enemigos; porque estaba el Exercito del Marqués de las Minas, y Gallovay sumamente disminuido, y discorde.

Entre los confines de Aragon, y Navarra, donde era Vi-Rey el Principe de Sterclaès, habia una continua guerra de pequeñas partidas, y desde Egea infestaban à Bardena los Aragoneses; por esso determinó el Vi-Rey, que el Marqués de Salutzo sitiasse à aquella, donde habia de presidio 600. hombres. Pusolo en execucion, plantó Baterias, y Morteros, y aunque no muy perfecta la brecha, dió à un tiempo quatro assaltos por distintas partes, conduciendo las partidas los Coronales Viz-Conde del Puerto, Don Francisco Mencós, D. Agustín Sola, y el Señor de Clarfuntan, Francés. Resistieronse los Sitiados valerosamente por espacio de dos horas; pero fueron al fin vencidos.

Se distinguieron en esta acción los quatro nombrados Coronales, Don Felix Marimón; y el Marqués de Santa Glara. El Marqués de Salutzo, que era hombre de animo feróz, è implacable, mandó passar à cuchillo
á

á los Moradores , exceptuando niños , y mugeres , y á algunos pocos, que se retraxeron á los Templos, no del todo libres de la desenfrenada furia de los Soldados , á quienes se permitió el saqueo, y después se mandó quemar enteramente la Ciudad. Así solo de la infeliz Egea quedaron tristes vestigios en la memoria. Con esto descausó Navarra.

El Mariscal de Campo, Conde de Ayanz partió de Sangüesa contra un Lugar, que llaman, *un Castillo*: desampararonle sus moradores , y le entregó á las llamas, y lo propio hizo de Luesia. Los Moradores de los circunvezinos Pueblos se retiraron á la Montaña, y desde allí baxaron contra Verdum , que socorrido por Don Felix Marimon, puso en fuga á los Aragoneses. Ni aun con esto escarmentaron ; porque un gran numero de ellos se interpuso entre Xaca , y su Castillo , á quien socorrió el Marqués de Saluzzo; pero el poder llegar á tiempo se debió al valor, y atrevimiento del Vizconde del Puerto ; porque habiendo hallado las Tropas alto el Rio Javerre , y defendia la contraria Ribera de los Rebeldes , fué el primero, que entró en él , llegando le el agua á mas de la cintura: siguieron el heroico exemplo los Coroneles Mencos , y Durbán, y se retiraron los Rebeldes á un vecino Bosque: allí los atacó el Marqués de Santa Clara, y los obligó á huir , habiendo antes muerto á muchos , y hecho prisioneros no pocos. Logró Saluzzo felizmente su expedicion , y dexó bien abastecida á Xaca.

Todo el cuydado del Exercito del Rey Phelipe era Valencia , en cuyo Reyno estaban acampados los Enemigos, fatigados con correrias continuas de la Cavalleria del Rey, principalmente de las partidas, que conducia Don Juan de Cereceda, que con ochenta Cavallos, ayudado del valor , y del ardid , venció muchas veces á quinientos.

Con Reclutas continuas de la Francia , y de la España se aumentaba el Exercito de Bervich , que estaba aguardando al Duque de Orleans , el qual á diez de Abril

Abril llegó á Madrid , y fué recibido de los Reyes con el mayor agasajo , aunque al Duque le quedaba el finfavor de que algunos de los Grandes de España , que descendien de la Sangre Real de Castilla , y Aragon, rehusaron el verle , por no darle el tratamiento de Alteza: esto le disimuló el Rey con gran prudencia ; pero no dexó de desagradarle la que creía mas por sobervia, que por razon, y mas queriendo tener contento al Duque de Orleans ; porque tenia las Armas de España en su mano.

Estaban ya no lexos de Valencia los Exercitos á la vista , observando cada uno los movimientos de su Enemigo. En Yecla , y Caudete estaba el Marqués de las Minas , y en Montalegre , y Chinchilla Bervich, no queriendo este dár la Batalla, hasta que el Duque de Orleans llegasse ; pero con todo esso le fué preciso moverse de Chinchilla , y juntar en Montalegre sus Tropas.

A los 19. de Abril , mientras los Portugueses passaban de Yecla á Villena, tomaron su Castillo, y después le desampararon , y se acamparon en Caudete. Los Franceses , y Españoles en el Campo de Almanfa , dexandola atrás por la derecha casi formados en Batalla; porque velan , que los passos de los Enemigos se enderezaban á ella : al fin , el dia 25. del mismo mes marchó formado contra los Españoles el Marqués de las Minas.

Reusaba, quanto podia Bervich, venir á las manos, ó por esperar al Duque de Orleans , ó por no aventurar en una accion la Corona ; porque en toda España no habia mas Exercito , y solo en Estremadura estaban algunos Regimientos; pero ya no daba lugar á mas reflexiones el Marqués de las Minas , que baxaba por un modesto Collado á la llanura, y tenia puesta su Artilleria en parage , que con poco abance estaban baxo del tiro los Franceses , que luego plantaron la suya. Empezaronse á cañonear los Exercitos , con poco daño de una , y otra parte, porque aun estaban las Lineas estre-

chadas , y marchaban unidos los Portugueses , e Ingleses , que regia Gallovay en la siniestra , donde cargó la mayor fuerza ; porque la derecha de los Españoles la mandaba el Duque de Populi con las Guardias del Rey de a cavallo. La Infanteria de esta ala estaba à cargo de un Teniente General Francès , y de Don Antonio del Valle. En el centro estaba el Duque de Bervich asistido de D. Miguel Pons , y en la izquierda el Señor de Lavare , Francès , y D. Carlos de San Egidio , contra el Conde de la Atalaya ; porque el centro del Exercito Austriaco le tenian el Marquès de las Minas , y el Conde de Donna , Olandès.

Estaban los Españoles firmes sin empezar el combate , al qual dieron principio impacientes los Ingleses por el centro , cubiertos de su Cavalleria , que encargò contra Bervich : luego movió su ala el Duque de Populi contra Gallovay , con tanto impetu , que desbarató la primer linea de los Enemigos ; pero sosteniendo ferozmente la segunda , no solo hizo parar al Duque de Populi , sino que precipitadamente le obligò à retroceder hasta la segunda linea , que regia el Cavallero de Asfelt , el qual la habia con arte ordenado con tantos espacios , y vacios , para que si la primer linea volvía atrás , no le desordenasse la fuya ; y viendo que venia huyendo , dixo à los suyos , que era arte , para acometerlos desordenados despues , y que no se moviessen hasta que hiciesse con un lienzo la señal.

A esta prudente disposicion favoreció la fortuna , porque siguiendo à la primer linea del Duque de Populi desordenadamente los Enemigos , y confusas las dos fuyas , encontraron con la de Asfelt , que los esperaba à pie firme , y habia puesto al Regimiento de Humena en parage , que recibió à los Enemigos con tan horrible fuego , que no solo les embargò el ardimiento ; pero se confundieron de manera , que cargandogando sobre ellos toda la segunda , y la primera , que habia vuelto à reparar , à espaldas de la de Asfelt , el Duque de Populi , venció à Gallovay , y deshizo en-

ter-

teramente la izquierda de su Exercito con muerte de muchos , seguidos en la fuga , y despedazados en la Batalla ; porque las Guardias , para borrar la primera accion , se arrojaron nuevamente espada en mano con el mayor impetu , aunque yà no hallaron resistencia ; porque fueron en vano las persuasiones de los Cabos Ingleses para detener los suyos.

Viendo Gallovay , que era imposible volver à formar la izquierda , juntò los infantes , que pudo à espaldas del centro , y los introduxo en las filas con alguna Cavalleria , que habia quedado de Oficiales , y de gente mas amante de su honor , que los que habian precipitadamente huído. Esto avigorò las Tropas del centro , que peleaban valerosamente contra Bervich : y protegidos de su derecha , le habian hecho retroceder casi hasta Almanfa , cediendo los Francèses , y Españoles al brio de sus Contrarios : no dexaron el combate , ni bolvieron la espalda , pero rompiò el Marquès de las Minas la primera , y segunda linea , y pasó adelante con mas que probables esperanzas de victoria ; porque era inutil la que los Españoles habian tenido por la derecha , quando estaba su centro dividido en dos Cuerpos , donde los Oficiales mandaron formar dos garas para coger en medio à los Enemigos.

Este fue el acertado orden , que diò Bervich , corriendo valerosamente el Campo , que no solo reparò el daño , pero le diò la victoria ; porque acometiendo por las espaldas del centro de los Enemigos con dos Regimientos de Cavalleria D. Joseph de Amezaga , los sorprendió de genero , que fue menester valor , para pelear con orden ; entonces estrecharon las dos partes del centro divididas , y cogieron en medio à los que se habian internado tanto , que no podian escapar.

Los Ingleses , y Alemanes sostuvieron la accion con imponderable brio. Alentaba à sus Portugueses el Marquès de las Minas , pero era en vano ; porque habian descaecido los animos , y ceñidos en circulo de sus Enemigos , rindieron las vidas : escaparon pocos , y entre-

Bb

ellos

ellos herido Gallovay , y algunos Oficiales. El Marqués de las Minas se pasó á la derecha , y la fortificò con quanta mas gente pudo. Estaba ya la victoria por los Españoles en el centro, y la derecha, pero no estaba el Exercito enteramente vencido ; porque el Conde de Donna , que no se habia adelantado tanto , retirò á las alturas de Caudete trece Regimientos, y aun no habia peleado la derecha; pero fue con tanto denuedo acometida de la izquierda de los Españoles , que se travò un riguroso combate , y murió tanta gente de ambas primeras líneas , que fue preciso ser socorridas de las segundas.

Dos veces se separaron las Tropas , volviendo cada qual á su lugar; pero avergonzadas las del Rey Phelipe de no entrar á la parte de la gloria , acometieron de genero , que despues de bien sangrienta disputa , huyó herido el Marqués de las Minas , y fue el residuo del Exercito , y toda el ala derecha vencida. Hallaronse difuntos todavia formados algunos Regimientos Portugueses , y muy pocos de los de esta Nacion pudieron contar la desgracia. Tuvieron los Franceses , y Españoles una completa victoria, y decisiva , porque si la hubieran perdido , era probable la subversion del Trono.

Esta es la cèlebre Batalla de Almanza , á la qual diò eterna memoria el Rey con una Columna, que mandò erigir , y entallar en Marmol su inscripcion. No será menos eterna la gloria, que adquirió el Duque de Bervich , parte de la qual tocò á los que se distinguieron, y fueron el Duque de Populi, el de Sarno , el Señor de Davaré, D. Carlos de San Egidio, D. Miguel Pons, Don Antonio del Vaile , Don Juan Caraciolo, Don Lelio Carrafa , el Marqués de Santelmo , y Pisaneli, quedando muchos de estos heridos. Sostubo valerosamente el lugar de Don Diego Davila , Don Geronymo de Solis, y Gante, despues de muerto aquel. Tambien murieron en el ardor del Combate el Señor de Polastro, y Sileri, Franceses; no quedarò los Valones inferiores,

res,

res, y entre ellos el Señor de Bucoy, el Duque de Abrè, y Potelbergh: este ultimo con un Batallon de Infanteria resistió en la derecha á la furia de dos de los Ingleses, y los deshizo, que contribuyò infinito al triumpho de esta ala.

Mucho más que todos los Franceses hizo Asfelt, que al otro dia traxo prisioneros , con el Conde de Donna , treze Batallones, que sitiò en las alturas de Caudete, cinco de Ingleses, otros tantos de Olandeses, y tres de Portugal. Quedò en el Campo rico botín á los Vencedores , donde se hallaron, sobre infinitas Armas, y Provisiones de Guerra, veinte Piezas de Cañon, trescientos Carros cargados de municiones , y ciento y doce Vanderas. Se rindieron prisioneros cinco Thenientes Generales , siete Brigadieres, veinticinco coroneles, treinta Thenientes , Capitanes , y Subalternos ochocientos, Soldados prisioneros doce mil, sin los que murieron en el Campo, que fueron seis mil.

Estos diez y ocho mil hombres perdió el Rey Carlos ; y fue tanta la desercion , que en la Revista , que el Marqués de las Minas, y Gallovay mandaron passar en Tortosa, (á donde se retiraron) no llegaban á cinco mil , y estos los más de Cavalleria ; porque los Infantes no passaban de ochocientos. Dos mil y quinientos Españoles murieron , los más de las Guardias del Rey , que hizieron maravillas, y más de mil quedaron heridos. Esta tan cumplida victoria abrió al vencedor toda la tierra no fortificado , menos Alcoy, y Xativa, fiados en la eminente situacion , y en estar ceñidos de una , aunque simple, Muralla, y tener Presidio de Veteranos. En Xativa estaba el Marqués de las Minas, que, para entretener el curso de la victoria, inflamò aquellos animos, y se retirò á Tortosa.

Luego se despachò esta feliz noticia al Rey Catholico con Don Pedro Ronquillo: Al otro dia llegó á Madrid el Conde de Pinto con cien Estandartes, los quales embió luego el Rey á su Capilla de Nuestra Señora de Atocha : allí se veían las Armas de muchos Principes,

la Inglaterra, la Olanda, Brandembourgh, el Palatino, Portugal, Luneburgh, y muchos Principes del Imperio: tantas Naciones concurrieron contra la España, y lo que era mas lastimoso, la España misma, sirviendole al Rey Catholico de Tropheo las Vanderas de Cathaluña, Aragon, y Valencia. Faltóle al Exercito vencedor Viveres, y por esso no se pudo seguir, antes que respirasse, y volviesse en sí el Enemigo.

Prevenia ya su rendicion Tortosa, pero se confirmó en el Dominio del Rey Carlos; porque Gallovay metió en ella las reliquias del Exercito. No le quedaba ya que mandar al Marquès de las Minas más que la poca Cavalleria, que habia quedado, que pasó despues á Barcelona; porque este suceso consternò sumamente aquella Ciudad, no sin asomos de sedicion, y casi tumulto, que se apagò luego con arte, y ficciones, esforzandose los Nobles á sossegar la Plebe.

Llegò al Exercito el Duque de Orleans, disgustado de una victoria, en que no intervino, y empleò un Exercito vencedor de treinta mil hombres en rendir á Alcoy, y Xativa, para quitar á Bervich, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triumpho. Con todo esso no permitió se fuesse del Exercito, por el conocimiento, que tenia de la España, y porque qualquiera accion se la atribuiria ya al Duque de Orleans la fama. Dividióse el Exercito en dos Cuerpos: Bervich, solo con presentarse, rindiò á Requena, y quedó prisionero su Governador D. Joseph Inigo de Abarca. Asfelt marchò contra Xativa: casi todo el Reyno de Valencia estaba sin Tropas Austricas, menos una poca de Cavalleria, que hacia en Carlet algunas correrias; y porque no se perdieffe la Infanteria toda en Tortosa, dexando allí el solo Presidio, la passaron á Denia, Alicante, y Barcelona.

A siete de Mayo se dexò vér en Valencia el Exercito del Rey Catholico: huyò á Tortosa el Conde de la Corozana, y no quedó hombre de armas en su defensa.

Imploró la clemencia del Rey la Ciudad, y el Pue-

Pueblo; aunque más eran sus lagrimas de rabia, que de dolor. A ocho del mismo mes entregaron las Llavés al Duque de Orleans, de quien consiguieron, quando pedian, y no se saqueò la Ciudad, si solo se embió á D. Antonio del Valle con un Destacamento, para admitir el nuevo Omenage. El Pueblo, ó ambicioso, ó para dár señas de su arrepentimiento, quiso acometer á las Casas de los Authores de la rebelion; pero ya habia escapado á Barcelona el Conde de Cardona con otros Nobles, más acerrimamente parciales del Rey Carlos, que, antes de salir, aplicaron fuego á las Casas de los afectos al Rey Phelipe; porque querian destruir, y aniquilar la Patria, que ya no habian de volver á vér.

Echando los Españoles un Puente al Xucar, fue contra Alcira el Duque de Bervich; y el de Orleans se retiró á la Corte, donde fue recibido con el mayor aplauso: se entretubo poco, y pasó luego á mandar las Armas en la Raya de Aragon, cuyo Reyno amenazaba ruina desde Fraga. En el de Valencia todo se reduxo á la obediencia del Rey, menos Alzira, Xativa, y Alcoy.

Comunicabanse por el Puente del Xucar las Tropas de Bervich con las del Cavallero de Asfelt; que sitiaba á Xativa, que estaba presidada de Ingleses: hacia la empresa difícil el estár sus Moradores pertinazes, aún despues de aloxados los Franceses en la brecha del Muro, y haber tomado los Baluartes de los lados. Daba la rabia valor á los de adentro, y obstinados se dexaron dár el assalto, sin escuchar proposiciones de perdon; porque clamaban absolutamente, que solo querian morir. Enfurecido el Soldado, y vencida la brecha, no dió quartél, ni á niños, ni á mugeres, aunque á estas las exceptuò la piedad de Asfelt. No se puede describir más lastimoso Theatro: buscaban la muerte los Vencidos, y rogaban los mataffen; ellos, y los Vencedores aplicaban fuego á las casas, aquellos por desesperacion cruel, y estos por ira: exortabanse recíproca-

mente à morir, creyendose más felices acabando, que sirviendo al Rey, que aborrecian. No se pudo discernir, quien con mayor tesón aplicaba fuego, si los propios Moradores, ó los Soldados: no se perdonó ni aun á los Templos: pocos Sacerdotes escaparon, mugeres pocas, y hombre ninguno. Nada quedó de Xativa, ni aun el nombre, porque en su reparacion, el Rey mandó llamarla *San Phelipe*: ochocientos Ingleses quedaron prisioneros.

Poco menor estrago padecieron Alcoy, y Alcira: tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada: rindiólas la fuerza, y no se les dió quartel à los Vencidos; porque Asfelt lisongeaba con la sangre su genio duro, y cruel: Desarmó à Valencia, y à todo el Reyno: prohibieronse con tanto rigor las Armas, que un solo cuchillo llevó centenares de hombres al suplicio. No puede haber hombre más exacto en hazerse obedecer. Aún con haber sido tan grande el delito, yà el rigor de Asfelt padecia excessos; porque habia puesto su delicia en derramar humana sangre.

Asi era feo escarnio de la suerte el Reyno fértil, y hermoso de Valencia, que no guardaban los Vencedores para el Rey, si solo le destinaron para misero despojo de su codicia; porque igualmente Franceses, y Españoles cometieron tantas tyranias, robos, extorsiones, è injusticias, que pudieramos formar un libro entero de las vexaciones, que Valencia padeció, sin tener noticia alguna de ellas el Rey; porque à los Vencidos no se les permitía ni el alivio de la queixa. De compasión callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas à aquel Reyno, y no nos atrevemos à decir la summa de dinero, que se sacó de él, por no aventurar nuestro credito. Nada sirvió para el Rey: mancharon sus manos los que las habian gloriosamente ilustrado con la espada.

El Duque de Orleans, llamando àzia sí todas las Tropas, corria libremente el Ebro; habia vencido algunos Rebeldes, que en cortas partidas le infestaban,

y

y los rechazó, hasta que se presentó con el Exercito ante Zaragoza: rindióse la Ciudad, y casi toda la tierra abierta: aquello se executó con más quietud, y menor estrago, pero no se podia evitar la licencia del Soldado vencedor, siempre insolente. Los Rebeldes se retiraron à los Montes, y se limpió de ellos tambien el Confin de Navarra.

Estos hechos llegaban à Italia, confundidos de la ficcion de los parciales Ausriacos, y muy cercenadas las victorias; porque empezada yà à gustar la dulcura de sus Dominios, para adelantar en ella sus derechos el Cesar, determinó atacar el Reyno de Napoles: pidió passo al Pontifice para veinte mil hombres; y como era el numero tan superior à los que se podian oponer, no era menester pedirle; y así lo creyeron los Gefes del Exercito; porque quando el Cardenal Grimani lo estába exponiendo al Papa, yà las Tropas estában en el Ferrarès, mandadas por el Conde Daun, que eran solo nueve mil hombres, pero no tenían resistencia, y habia el Emperador mandado, que sin aguardar licencia, prosiguiesen la marcha.

Turbóse al parecer la Corte Romana, y mucho más el Pontifice; porque veia, que introducidos en Napoles los Alemanes, era preciso contemplarlos, ó experimentar sus extorsiones: Juntó una Congregacion; y aunque algunos fueron de parecer de resistirse, la mayor parte del Sacro Colegio, adheria à los Ausriacos, ó por necesidad, ó por amor. Estaba encargado en aquella Corte de los negocios de Francia el Cardenal de la Tremoglia, pero ni él, ni el Duque de Uzeda, Embaxador de España, tenían autho- ridad alguna, y muy pocos parciales desde que se perdió Milán, porque yà sabian era la puerta de Italia. No veian con gusto, sino con temor à los Alemanes, pero estos no cuydaban de ser amados, sino de ser obedecidos, y así se encaminaban yà à los Estados de Roma, desde donde avisaron su proximo peligro à Napoles.

Era à este tiempo Virey el Marqués de Villena, que

no

no ignoraba el delignio de los Enemigos, pero se prometia de los Napolitanos más de lo que debiera. Juntó los que llaman Segios, que son Colegios de Nobles, y à la Ciudad: llamó al Electo del Pueblo Luas Puoti: todos prometieron fidelidad, y constancia, aunque solo en las palabras: ofrecieron cien mil ducados, si perdonaba el Real Fisco la tercera parte de sus rentas. No consintió el Virey; pero era imposible de otra manera hallar dinero; porq̄ ya nadie fiaba de las asignaciones de la Real Caja en las rentas ordinarias, con el regular logro de seis, ù ocho por ciento; porque veían, que se iba à perder el Reyno, al qual turbaba ya en los confines de Roma una quadrilla de hombres facinorosos, q̄ tenían por Gefe à Julio Cesar de Santis, al qual por sus delitos habia el Marqués de Villena desterrado, y se habia introducido hasta Valdepiedra; bien que defendia los terminos del Reyno Don Francisco de Resta, baxo la mano del Duque de Atri, Vicario General de Abruzzo, que pasó con un Regimiento de Cavalleria, y 300. Infantes à Celan, y Avezano; porque el numero de los Vandoleros crecía cada dia, agregandose, quantos temian las satisfacciones de la Justicia.

El Virey, que meditò muy tarde la defensa, la queria àhora apresurar con resoluciones, que tomaba precipitadamente; pero no todas eran adecuadas al caso, ni iguales al peligro; porque le faltaban Tropas, que son la más segura defensa en un Reyno indiferente, y casi lo más contaminado de las sugestiones de los parciales Austriacos, que eran muchos, y de la primer Nobleza; no descuidandose el Cardenal Grimani de abrir con ofrecimientos los Thesoros de las manos del Emperador, y del Rey Carlos.

Creò Villena Oficiales Generales, Mariscales, y Brigadieres con el poder, que para esto tenía del Rey: embió à la Pulla al Marqués de la Roca, y diò el mando de todas las Armas al Duque de Bisacia: estos con el Conde de San Esteyan de Gormaz fueron à fortificar

fortificar à Gaeta; y se mandò al Duque de Atri, que recogiesse las Tropas de su cargo, y guardasse atentamente los confines.

El Marqués de la Roca pasó à Sora, y despues se encaminò al mismo parage el Principe, de Castillon, General de la Cavalleria, y el mismo Bisacia. Hizose Consejo de Guerra, y para qualquier operacion faltaban Tropas. Hubo varios pareceres, y el más aprobado fue cortar el Puente de Cipri, y con peñas, y arboles embarazar los caminos, despues de forragear, y consumir los Viveres de los confines, para dificultar el passo à los Enemigos; pero nada se executò, conociendo los Gefes la disgustada obediencia de las pocas Tropas, que ya habian interiormente tomado el contrario partido, engañados con promessas, y solo esperaban la ocasion de declararse.

Embiòse al Duque de Sora, y otros Varones à sus Estados, para prevenir las Milicias Urbanas, y se volvió Bisacia à Napoles, dexando la custodia de los confines al Marqués de la Roca, à quien ofreció el Virey grandes socorros, que olvidò despues, ó no pudo embiarlos, atento solo à fortificar à Gaeta, la qual destinaba para refugio, con mayores demostraciones, que convenia en un accidente, que el temor del Virey acrecentaba el de los demás; pero no podia defender todo el Reyno, y assi lo hazia de una Plaza, que por su situacion, y fortaleza era más habil, para defenderse, y conocia ya la intencion de los Napolitanos, de quienes era preciso guardarse más que de los proprios Enemigos.

A los veinté y seis de Junio entrò en el Reyno de Napoles el Exercito Austriaco, mandado por Ulrico Daun, que constaba de nueve mil hombres, como diximos; porque solo eran cinco Regimientos de Cavalleria, y cinco de Infanteria, no completos. Desamparò el Marqués de la Roca los confines, con parecer de los Coroneles, Caraciolo, Rosso, y Carofolo: retiròse à lo interior de la Provincia, y ninguna se queria defender,

por no exponerse a los estragos de la Guerra. Los Enemigos ocuparon a Sora , y San Germán: retiróse con la Cavalleria el Principe de Castillón; porque solo tenia ochocientos Cavallos, y ya la tierra enemiga.

Esta noticia consternó al parecer a Nápoles, y todo era afectacion. Persuadieron al Virey los mismos ocultos Austriacos , que solo atendiese á defender la Capital, y sus Castillos, aunque el Torreón del Carmen, que governaba D. Pedro Niela, estaba indefenso; porq̄ sus Pertrechos se habian pasado a Gaeta. Parecieron a esta sazón quatro Naves Olandesas, que hazian navegacion incierta: no dispararon los Baluartes, aünq̄ estaban casi a tiro; porque no quiso el Virey dar este fomento más al rumor , que ya empezaba en la Plebe, disfrazado en miedo. Mandó Villena, que el Conde de la Roca presidiasse a Capua: allí se encaminó Castillón, pero no habia viveres para veinte dias.

Venia con el Exercito, destinado para Virey, Jorge Adám, Conde de Martinitz, y se le juró obediencia en San Germán , aclamando al Rey Carlos , de quien traía los Despachos. Adelantóse con su Regimiento el Coronel Uvaubon, para asegurar la marcha á las Tropas, que aún no habian gastado un grano de polvora. Llegó a Fiano el primer dia de Julio, y por los Desertores supo el infeliz estado de la Plaza de Capua , y la propension de sus Moradores a mudar de Dominio. Habia sacado de ella con orden de Villena D. Rodrigo Correa la Guarnicion Española: con que no habia modo de como defenderla, aunque clamaba su Governador, Marqués de Feria, y habia el Conde de la Roca consultado desampararle; y mientras esta se disponia a ir a Nápoles, pareciendole a Uvaubon la ocasion oportuna, con solo un destacamento de Cavalleria se presentó a la Plaza, y ocupó el Puente. Corrió a defender la puerta el Marqués de la Roca, y los demás Oficiales con dos Compañias de Infanteria, que a fusilazos apartaban a los Alemanes, concurriendo con su Artilleria el Castillo; pero habiendo pasado aquellos el Rio Vul-

turno

turno, por donde es mas baxo, se aloxaron a la sombra de una Arboleda , que los defendia del Cañon, la qual mandó entonces cortar el Governador , pero no habia gente , que lo executasse.

Ocupó Uvaubon el Rio; y parecia guerra de burlas, porque ni él tenia fuerza, para rendir la Ciudad, ni el Governador, para defenderla, y más quando ya el Pueblo empezaba a clamar por la rendicion, y habia traído a su dictamen muchos Soldados, pero los sossegó el buen modo del Marqués de la Roca, ofreciendo, que en su caso capitularia muy utilmente la Ciudad.

Viendo Uvaubon la imposibilidad de la empresa, se restituyó a Tiano , para tomar Artilleria, y avisó, que se le embiasse Infanteria; porque sabia, que venia a socorrerla el Principe de Castillón; el qual llegó con seiscientos Cavallos tan a tiempo, que ya se estaba perdiendo la Ciudad, por haber tomado el Pueblo las armas contra la poca Guarnición, que guardaba las puertas, y habian sucedido ya algunas muertes. Sossegóse el tumulto, con haber entrado un Destacamento de Cavalleria a cargo del Mariscal de Campo D. Francisco Belvalet; pero no desistia con todo esto la Ciudad de clamar por la rendicion; y precediendo antes Consejo de Guerra, viendo no podia defenderse, la desampararon las Tropas Españolas con el Marqués de la Roca, habiendo antes introducido socorros en el Castillo, donde se encerraron voluntariamente muchos Oficiales, y los nombrados Coroneles, que acompañaban a la Roca.

Luego la Ciudad aceleró los obsequios, y llamó a las Tropas de Daun. Mandó este, que volviesse Uvaubon, y a pocos dias llegaron tambien Daun, y Martinitz, y plantaron contra el Castillo una Bateria de Piezas de Cañon de Campaña, que nada amedrentaron al Marqués de Feria, y con los suyos hazia no poco daño a los que ocupaban el Puente; pero faltandole lo necesario para la defensa, hizo muy honradas Capitulaciones, y salió con todos los honores militares la Guar-

cc-2

ricion.

nición, aunque ofreció no tomar en seis meses las armas. Luego se rindió Caserta, y casi todo el País abierto hasta Napoles.

Mayor guerra tenía con el Pueblo el Marqués de Villena: quiso privar de su empleo á Lucas Puoti; repugnóle la plebe, y no se executó el Decreto; porque ya veía el Virey, que todos deseaban la dominación Austriaca, y no querían defenderse. Por esto negaron los socorros de dinero, q̄ se les había pedido, y se oían vanos, è inciertos rumores, que obligaron á que la Condesa de Egmont, y la de S. Estevan de Gozmar, Nuera del Virey, passassen con otras Señoras en las Galeras del Duque de Turfis á Gaeta.

Salíó con muchos Nobles á cavallo por la Ciudad el Marqués de Villena, para sossegar estos ruidos, que ni eran sedición, ni dexaban de serlo, atizando el fuego los ocultos traydores, y no carecian de ellos las Tropas. Abasteció los Castillos, y encomendó el de San Telmo á Don Rodrigo Correa, quitando de él á Don Diego Buydes: Castèl-Novo á Don Manuel de Borda, privando á D. Antonio Cruz, pero le dexó en el mismo Castillo, con errada opinion de que serviria á Borda de freno, quando estaba Cruz herido de una injuria. A Castèl del Ovo le governaba Don Antonio Carreras. Estos tubieron orden del Virey, dada por el Duque de Bisacia en tres de Julio, para que en caso de ser sitiados, disparassen contra la Ciudad; porque con esso ella tendria cuidado de los Castillos.

Pareció un Edicto en nombre del Emperador, impreso en Roma de orden de Grimani, en que probaba los derechos Austriacos á aquel Reyno, y no tener algunos el Rey Phelipe: estaba concebido con clausulas insolentes, y poco atentas á la Nacion Francesa; vióse fixado en la Cathedral, y en el Real Palacio, y despues en varias esquinas.

Hallandose en este estado, escribieron al Conde de Martinitz, ofreciendose al servicio del Rey Carlos los Principes de Monte-Sarcho, Avelino, y Cariati, y el

Du-

Duque de Monte-Leon: otros muchos Nobles hicieron lo proprio; pero los autores de la rebelion, y conjura fueron aquellos, sin la qual no se hubieran atrevido nueve mil hombres á querer conquistar un Reyno

La Ciudad nombrió por su Syndico al Duque de Monte-Leon, sin noticia de Villena. Las palabras de los que esto executaban no conformaban con la intencion; decian, que era solo poner al cuidado de los Nobles la Ciudad, y que esta se estaria indiferente á que la defendiesen las Armas del Rey. El Duque no quiso admitir el empleo sin el consentimiento de Villena, que no le quiso dár, ni las causas, que, para negarle, tenia, de lo que se ofendieron; pero nopodia explicar el Marqués quanto justificaba su resolucion; porque todo era trama del mismo Duque, que se disponia, para ser rebelde, y queria parecer leal.

Los Alemanes, despues de tomada Capua, se encaminaron á Napoles. Corria la provincia el Duque de Telesia, que venia con las Tropas Alemanas, y estaba desde la primer conjura en Viena. Este dispuso, que Averfa llamasse la Cavalleria del Enemigo, para sorprehender la del Rey, y anticipadamente este Pueblo juró fidelidad, y obediencia al Rey Carlos. Viendo ya el Marqués de Villena, que era imposible la defensa, suspendió de su Oficio á todos los Ministros Reales, y los mandó salir de la Ciudad; para que no estubiesen obligados á despachar en sus Tribunales: ordenó, que las Galeras del Duque de Turfis sacassen del Arsenal quantos Pertrechos pudiesen, y se previno, para irse á Gaeta.

Estába ya insolente la Plebe, y para contenerla, se encargó la Plaza del Mercado al Príncipe de Monte-Sarcho; porque ya habian tomado las armas más de veinte mil hombres, y querian quemar el Palacio del Virey por una falsa voz, esparcida con artificio, de que tenia preso al Electo del Pueblo, y á los quatro Diputados de los Segios, que ofrecian al Virey, para defenderse, quarenta y quatro mil ducados; porque hasta

el

el extremo querian parecer constantes. Volvióse à mandar al Duque de Monte-Leon, que governasse la Vicaria; porque no se podia sufrir yá la insolencia del Pueblo, sin tener temor al castigo; más todo fue en vano, porque, habiendo llegado yá los Alemanes à Verfa, estaba perdido Napoles.

El Marqués de Villena embió al Principe de Castillon con la poca Cavalleria, que le quedaba (porque iban cada hora desertando) para que se juntasse con el Duque de Atri. La Ciudad pidió permisso al Virey, para prestar la obediencia al Rey Carlos, yá que no habia tomado las providencias, para defenderla, y expuso la urgentissima necesidad, desesperando yá del remedio. Con el Secretario Branconio escribió al Conde Daun, escusandose de la retardada rendicion; porque tenian los Españoles los Castillos. Esta carta se firmó en seis de Julio por mano de los Segios, y de la Ciudad.

En el mismo dia firmò otra carta el Marqués de Villena, que entregò su Secretario D. Juan de Torres, dirigida à la Ciudad, en que decia: „ Veia yá ser im-
„ posible el salir à resistir al Enemigo, por falta de
„ Tropas, y no haber querido el Reyno hazer las re-
„ clutas, que desde el mes de Abril se tenia mandado:
„ Que no habia otro remedio, para conservar el Rey-
„ no, sino defender los Castillos, y Gaeta, desde don-
„ de esperaba volver con Tropas, que restituyessen al
„ justo dominio del Rey aquella Ciudad, cuyo Pueblo
„ estava más de lo justo consternado; porque se podia
„ defender muy bien de nueve mil hombres, no caba-
„ les, sin Viveres, ni artilleria: Que esperaba daría la
„ Ciudad lo necesario à los Castillos, para mantenerse,
„ por no aventurar su ruina; porque habia mandado as-
„ solassen la Ciudad, si esta no les suministraba Viveres.

El mismo dia se embarcò el Virey en las Galeras del Duque de Turfis, y se pasó à Gaeta, quando yá en Averfa habian jurado los Diputados de Napoles fidelidad al nuevo Rey; y en su nombre confirmò los pri-

Privilegios de la Nobleza, y Ciudad el Conde de Martinitz, al qual fue à recibir la mayor parte de los Nobles, gloriandose los Gefes del Exército Austriaco, de que sin Armas, con solo el terror del nombre habian rendido un Reyno tan vasto, y tan poderoso.

Con el Marqués de Villena se fueron à Gaeta, à mas de los Oficiales Españoles, y Tropas que embarcò el Duque de Bisacia, el Principe de Chelamar, y Don Horacio Copala, General de la Artilleria. Estos solamente fueron los que de la Nobleza Napolitana, que se hallaban en la Ciudad de Napoles, siguieron el partido del Rey, abandonando sus casas con heroyco exemplo de fidelidad.

Los Ministros Aragoneses se quedaron todos en Napoles, menos D. Joseph Zelaya; de los Castellanos ninguno: y se passaron à Gaeta Don Alonso Perez de Araciél, Presidente del Consejo de Santa Clara, Don Gregorio Mercado, Regente del Collateral, Don Pedro Mesones, Don Ambrosio Bernal, Don Miguel Lesfada, Don Luis de Alarcón, D. Joseph Bustamante, D. Gonzalo Machado, Don Bartholomé Sierra, el Marqués de San Egidio, D. Geronymo Pardo, y despues D. Francisco Milán: de los Ministros Napolitanos solo uno, que fue D. Francisco Cernicala.

La mañana del dia siete de Julio salió de Averfa para Napoles el Conde de Martinitz, à quien precedia con seiscientos Cavallos el Coronel Paté, y à passo más lento seguia el Exército, cuya Manguardia llevaba con dos mil Cavallos el General Carrafa: iba en el centro el Conde Daun con Uvaubon, y cerraba con la Retaguardia el General Vezel: marcharon por los lados ocho Piezas de Cañon; y aunque el Exército era poco mas de ocho mil hombres, porque habian dexado quinientos en Capua, y habian muerto en su Sitio algunos, eran más de 200. los Alemanes, que entraron en Napoles, contando niños, y mugeres; porque es costumbre de aquellas Tropas marchar con ellas. El Pueblo

falió algunas millas à recibirlos con imponderable júbilo, y aclamacion: despoblóse la Comarca à ver esta entrada, mostrando en su immoderado gozo el desafecto, que tenían al Rey Catholico.

Antes de entrar en la Ciudad ocupó el centro, y la mano derecha Martinitz, como Virey, no sin alguna emulacion del Conde Daun, que paró en enemistad. Renovó el Pueblo su alegría; y las mugeres texian coronas de flores à los Soldados, y les ofrecian al tiempo de passar frutas, y dulces con grandes vasos de vino, no despreciados.

Apeóse Martinitz en la Cathedral, para venerar las Reliquias de S. Genaro, aunque más era, por lisonjear al Pueblo, que por devocion; porque la tiene particular à este Santo aquella Ciudad, y todo el Reyno. Teniafele al Virey prevenido su hospedage en casa del Principe de San Severo, à donde pasó desde la Iglesia.

Los que fueron en la primer conjura rebeldes, y estában fuera del Reyno, volvieron à él, y excitaban à la Plebe à incessantes aclamaciones. Estos eran el Duque de Tesfia, el Marqués de Rofrano, y el Principe de Chusan: Seguia innumerable Pueblo; y llegando à la Plaza de los Jesuitas, donde habia una hermosa Estatua del Rey à cavallo, que estaba puesta desde el año de mil setecientos y dos, la acometiò la Plebe por influxo de Tesfia, y aun siendo de bronce la hizieron con mazos, y martillos pedazos: con sacrilega insolencia herian con las espadas la cara, y no pudiendo deshazer la Imagen, la mancharon con tinta: estaba yà la cabeza dividida de lo restante del cuerpo; y uno del Pueblo, ò atento, ò ambicioso del metal, la robó à la ira, que la exercitò el Pueblo por largo rato, hasta que lo prohibió el Magistrado, fingiendo dolor del sucesso, y mandó recoger los pedazos. Luego se aplicò la Plebe à saquear las casas de los Mercaderes Franceses, no con gran logro; porque habian reservado lo más precioso.

Asi espirò el dia siete de Julio, observando los Historicos,

toricos, que en este mismo dia, en el año de mil quatrocientos y noventa y cinco, habian sido los Franceses, que ocupaban el Reyno poseido de Carlos Octavo, expulsos de Napoles por Ferdinando Segundo de Aragon: y que en el propio dia habia sido la rebellion de Inomàs Angelo, el año de mil seiscientos y cincuenta y siete: reparandose tambien, que para templar lo infautlo de la constelacion del dia, muchos siglos antes se habia consagrado la Iglesia, en que están las Reliquias de San Genaro.

El Conde Daun luego bloqueò los Castillos, pero no levantò Trinchera, y mandó à la Ciudad, que no se les permitiesen Viveres. El de San Telmo apartaba los sitiadores; porque D. Rodrigo Correa cumplia con su obligacion, y preguntó al Governador de Castel Novo, si era tiempo de executar la orden del Marqués de Villena, para disparar contra la Ciudad.

Don Maanel de Borda embio à comunicar con el Cardenal, y el Magistrado al Baron Darmen, y à Don Christoval de Ibarra, para que se quitase el bloqueo; porque si no era preciso seguir la orden. Esto enfureció mucho al Virey, y à Daun. Despues se ajustó que al otro dia bolviessen, y cesaron las hostilidades; pero aplicaron los Alemanes mas fuerte batetia, solicitando à Borda con promessas mas eficaces, que las amenazas, que el dia nueve hizo Daun à la Guarnicion de los Castillos, embiando al Baron Heidle: Correa las desprecio: Carreras dixo, que haria lo que Borda; y este yà no escuchaba con desagrado los partidos, que le ofrecian, aunque pidió tiempo, para hacer una consulta al Marqués de Villena, que ya tabia no se lo habian de permitir. Juntó Consejo de Guerra, y todos fueron de parecer de capitular. Asi se executò dentro del termino, que habia Daun concedido. Salió la Guarnicion con todos los honores Militares: de los pactos no cumplieron ninguno los Alemanes, ni Borda queria que los cumpliesen; porque poco despues tomó el Partido Aulnaco, y las Armas

contra su Soberano. Embió con D. Francisco Manca las Capitulaciones al Marqués de Villena, que se enfureció en vano; porque Borda ya despreciaba sus iras.

De los Oficiales solamente quedaron prisioneros, por constantes en el partido del Rey Phelipe, D. Domingo Loy, Sardo, Don Francisco Rosillo, y Don Juan de Xara, Castellanos. Carreras entregó despues de dos dias à Castel del Ovo, quedó prisionero de guerra, y aunque sobre su palabra no salió de Nápoles.

Volvió à amenazar à Correa el General Alemán, pero persistia en la defensa de San Telmo, y aunque era muy viejo, le asistia su yerno Don Pedro Niela, hombre de valor, y de honra. Por esso convirtió contra el Castillo de Baya las armas Daun. Embió contra él al General Vetzell. Era su Governador Don Josepha Pariente: defendióse este quatro dias; y como intimó el Alemán la rendicion con pena de no dar quartel, si se diferia, juntó Consejo de Guerra, y se determinó rendir el Castillo, quedando prisionera la Guarnicion, y el Governador, que mantubo siempre la debida fidelidad al Rey Catholico. San Telmo se defendia con tesón; pero ya, habiendo los Alemanes ocupado à Santa Lucia, y el Bosque de San Martin, no podia ser socorrido el Castillo.

Llamó el Governador à Consejo, donde si no es él, y Don Pedro Niela, todos fueron de dictamen de rendirle; porque ya estaba la Guarnicion impaciente, y deseaba tomar partido: Mas rezeloso de ella Don Rodrigo Correa, que de los Enemigos, se rindió, quedando prisionera la Guarnicion; menos Don Pedro Niela, y cinco Capitanes, Pratz, Landaecio, Ayala, Aldaneo y Lezcano, todos tomaron partido. El Governador mostró heroyco exemplo de fidelidad, padeció mucho pero al fin murió en una Batalla en servicio del Rey Phelipe, como veremos.

Con esto estaba enteramente la Ciudad de Napoles à la obediencia del Rey Carlos, à quien se despachó con la noticia al Marqués de Rosfrano: à darla al Em-

perador fué el Coronel Daun. Por engaño del Principe de Avelino, Vicario General por el Rey Phelipe en algunas Provincias de aquel Reyno, fue sitiado de los propios Payfanos en Caba el Principe de Castillon: allí se rindió prisionero à persuasiones del Obispo, que le dió à conocer su peligro: los más de los que le seguian, tomaron partido: algunos Oficiales se mantubieron en el del Rey Catholico con el heroyco exéplio de su Gefe. El Duque de Atti se fue à Pescara, que la gobernaba D. Estevan Billet, hombre fuerte, y de conocida fidelidad.

En estos mismos dias se cubrió Napoles de ceniza, y de tan espesas sombras, que se atemorizaron los Alemanes; y duró tanto, que el ultimo dia de Julio, en que se hizo la solemne Aclamacion, fue uno de los más horrendos. Vomitó Rios de betun el Vesubio, y se oyeron formidables estruendos por más de cien millas en contorno: caian del Cielo piedras elevadas de la violencia del fuego, y despues llavió agua de color de sangre. Desde el año de treinta uno del siglo pasado no se habia visto más sañudo, ni más horrible el Monte. Sacaronse las Reliquias de S. Genaro, y venerandolas, se desmayó Martinitz, aturdido de aquella, que para él era la más formidable novedad: pidió, que le sacassen de Napoles; confortóle el Arzobispo, diciendo, eran solos efectos del Monte, que respiraba. Esto tomaron muchos por infausto aguero, y como además de castigo, tanto, que no dexó de entristecer à los propios Autores de toda la traycion; pero mucho más à D. Manuel de Borda, D. Antonio Cruz, y D. Christoval Ibarra, que tomaron partido en aquel dia.

Pasó el General Uvalis à sitiar à Pescara, que con Gaeta era solo lo que de aquel Reyno faltaba à rendirse enteramente; porque todos los demás Governadores del Reyno entregaron con una carta sus Plazas. Acudió Julio Cesar de Santis, y otros Napolitanos con ciento, y sesenta Payfanos à cerrar los passos contra Pescara: creían ganarla, sin levantar Trinchera; pero el

Cañon de la Plaza los desengañó , con pérdida de los más atrevidos. Hicieron despues un Puente de Barcas, y passando el Rio, empezaron à trabajar en la Linea. Estaba el dia veinte y siete de Agosto adelantada, y desde un pequeño Collado se batia con ocho Piezas.

Juntó Consejo el Duque de Atri, è hizo la Plaza llamada: formó las Capitulaciones, y mientras se consultaron con Daun, hubo tregua. Este no quiso permitir los honores Militares à la Guarnicion, ni el Duque de Atri rendirse sin ellos, y así se renovaron las hostilidades. Erigieron los Alemanes dos Fuertes de tierra, y fagina, que quitaban casi à la Plaza la comunicacion con el Mar; porque los Sitiadores guardaban lo extremo del Rio; aunque los Sitiados habian erigido una pequeña Fortaleza en la Isla de Canizio, que defendia la orilla del agua, y los socorros, que pudieran llegar, si hubiera habido, quien los hubiera embiado. Hizo una salida D. Estevan Billet, en que mostrò valor, y experiencia. Irritado de esto Uvalis, acometiò à la Isla por la noche con ochenta Barcos, para ganar la Torre, y aunque con trabajo, lo logró. Entonces desmayaron los Sitiados, pidieron, que se les escuchasse, y se capituló, como el Duque de Atri quiso, saliendo la Guarnicion armada, y con bala en boca.

El Governador D. Estevan Billet se embarcó en Putzól, pero ningun Oficial de su Regimiento tomó partido, avergonzandose muchos de los que le habian tomado de ver la honra de D. Estevan. Al Duque de Atri se le permitió ir à Ascoli à buscar à su muger, è hijos, y con toda su familia se pasó à Roma, donde murió despues, siempre firme en el juramento, prestado al Rey de España.

Yá no quedaba más que Gaeta, donde estába el Marqués de Villena con mil y quinientos hombres; y para dár mayor esplanada à los Baluartes, arruinó algunas casas, y la Iglesia, y Convento de Capuchinos. Daun con su Exercito se acercó à Tessa: mandaba en escabados troncos passar el Rio, para quitar el forra-

ge à los Españoles. Despues pasó à Scabolio, y tomó à Mola, que aún la ocupaban aquellos. El Cardenal Grimani embió de socorro à Daun un Regimiento nuevamente formado, cuyo Coronel era D. Nicolás Caraciolo, gente toda Napolitana, é inexperta; pero algo servia.

Yá se meditaba sitiar en sus formas à Gaeta, y así echaron los Alemanes un Puente al Garrillano, donde tenian antes una Nave del Corsario Joseph Fumo; porque lo copioso del Rio sufre, que le entren del Mar los Barcos, aunque no largo trecho. Esto no era bastante à prohibir el Mar à los Sitiados; pues desde Liorana en quatro Galeras hizo el Marqués de Villena traer cantidad de Trigo, y todo genero de Viveres de Sicilia. El dia treinta de Agosto se empezó à levantar Trincheras; pero como era terreno arenoso, la Artilleria de la Plaza la destruía facilmente, y así desde lejos se traía tierra, y con gran trabajo se formó la linea, y se plantó Artilleria.

Concedió el Conde Daun à tres de Septiembre una pequeña tregua, para que saliesse de Gaeta con las Galeras de Sicilia la Condesa de Egmont, muger del Duque de Bisacia, y la de San Estevan de Gormáz, con otras Señoras Españolas. Desampararon tambien el Puerto las Galeras del Duque de Turfís, à cuyo cargo se entregaron las de Napoles, de las quales era Governador D. Carlos Grillo, Ginovès, que lo repugnò mucho, y dió por escrito su dictamen, que por lo que se podia ofrecer, debian quedarse en aquel Puerto: venció el del Duque, y todas se retiraron al de Genova. Ambos siguieron heroicamente el partido del Rey Phelipe, aunque el Duque tenia todos sus Estados en Napoles, y D. Carlos sus alimentos en los de su hermano el Duque de Mondragón.

Despues se hizo General de las Galeras de Napoles al Duque de Turfís, y Governador de las de Sicilia à D. Carlos Grillo. Se batia Gaeta con treinta y seis Piezas de Cañon, y à veinte y dos de Septiembre yá estába

estaba la brecha à proposito para el asalto; aunque ru-
da, y no llana: fuè à reconocerla Daun, y arrancò de
èlla con gran valor un palo; porque en todo lo abier-
to habian formado los Sitiados una estacada, y se pu-
sieron los que llaman Cavallos de Phrisia por donde
era màs peligrosa la brecha, y tenia yà tres la Muralla.
La linea no se habia estendido àzia la Ciudad, ni he-
cho los aproches, ni se habian quitado los fuegos de
los lados: y así parecia imposible, que el Sitiador
quisiese dar el asalto con tanto riesgo, segun las Mi-
litares Reglas.

Estos discursos no eran irracionales; pero no por
esso se debia descuidar tanto la Guarnicion; porque el
General Alemán, informado por los Desertores de la
negligencia de los Españoles, determinò dar intempesti-
vamente el asalto, que no lo hubiera executado, à
saber, que estaban con vigilancia. Era Governador de
la Plaza D. Joseph Caro, hombre de edad muy creci-
da, y no à proposito para tan incessante trabajo, y cus-
todia; y valiendose los Enemigos de todas las oportu-
nidades, que ofrecia la fortuna, el ultimo dia de Sep-
tiembre dieron un general asalto à poco màs de medio
dia, quando estaban en la mesa todos los Oficiales Ge-
nerales de la Plaza, y el Marqués de Villena. Acome-
tieron tambien à un tiempo à las Puertas de Tierra,
y de Mar: la brecha solo la guardaban catorce hom-
bres, y así fue facil al primer impetu montarla: acu-
dió màs gente; pero como en la Plaza no se esperaba
esta novedad, hubo una confusion, y desorden tan ra-
ro, que de nadie defendidas, ocuparon los Enemigos
las Puertas, y lo alto de la Brecha.

Mandòse à los Valones acudir à la Puerta del Mar,
quando estaban destinados à la brecha: Todos los Gefes
negaron haber dado esta orden; pero en fin se diò; y
llena de turbacion la Ciudad, se defendia mal de los
que yà se adelantaban à tomar los Baluartes. Opusie-
ron el Principe de Chelamàr, y el de Bisacia la gente,
que se podia juntar; pero yà los Enemigos, adelanta-
dos

dos à una Plaza en que se formaron, hacian prisioneros
à quantos se les resistian; porque estaba yà todo el
Ejercito dentro. Prendiòse à Chelamàr, y Bisacia; y
queriendo el Governador D. Joseph Caro defender la
entrada de la Puerta de Tierra, ofendido en la vista
por la violencia de la polvora, que tomò fuego en un
barril, le prendieron con otros quinientos.

Saliò à cavallo, para socorrer esta Puerta el Mar-
qués de Villena con los Soldados, que le quedaban, y
se travò sangrienta disputa; pero le fue preciso retirar-
se al Castillo; aunque disparò por dos horas, al cabo
de ellas pidió Capitulacion, y no se le concediò: que-
dò prisionero de Guerra con los Militares, que dentro
estaban, y se le hizo tan crudo, y barbaro tratamiento,
que no solo excedia las Reglas de la Milicia, pero
se mostraba en el Conde Daun una rabia indigna de su
valor, y de su grado. La misma se executò con el
Principe de Chelamàr, y de Castillón, y Bisacia, los
quales fueron conducidos todos à Napoles, donde la
vil Plebe hizo mofa del Marqués de Villena, dandole
epitectos, que pudieran mover qualquier animo menos
constante.

Con Gaeta (donde executaron los Alemanes los
màs exquisitos rigores) se acabò de perder todo el
Reyno, habiendo descuidado de el los Ministros Es-
pañoles, y Amelot principalmente, que era el voto
màs effencial en el Consejo del Gavinete del Rey Ca-
tholico. Echaban muchos la culpa al Marqués de Ville-
na; porque sacò siete mil Franceses, que habia antes
en los Presidios del Reyno. El desembarazarse desta
gente no dexò de ser demasiada confianza; pero fue,
por dar satisfaccion à los Napolitanos, que creian se
apoderaban del Reyno los Franceses, por habersele ce-
dido el Rey à su Abuelo.

Esta voz la esparcieron los desafectos; y tomò tan-
to cuerpo, que yà era preciso hazer caso de ella; más no
por esso quitar al Reyno su defensa; porque despues,
quando el Marqués de Villena embiò à Don Tiberio
Car-

Cartafá para impetrar socorros de la Francia, no los pudo conseguir, ni era ya mas à tiempo: ni tampoco quiso socorrerle el Virey de Sicilia, Marquès de Bedmar, aunque habia sido solicitado para ello; porque temió desguarnecer aquella Isla, y que se perdiessen ambos Reynos, si no se podia defender el de Napoles. Algunos culparon tambien à Villena, por haber entregado à Castel-Novo, y Castel del Ovo à personas conòcidamente desafectas, que los rindieron vilmente, y tan presto. El infeliz éxito, aunque muestra los errores, acarrea culpas; porque no favoreció à las disposiciones de la fortuna.

En la Corte del Rey Catholico no hizo la impresion, que debiera, la perdida del Reyno de Napoles; porque aun era reciente el júbilo de la importantísima Victoria de Almanza, y de que los Portugeses de las Tropas, que mandaba el Conde de San Juan, habian sido valerosamente rechazados, por el Conde de Montenegro, y les salió costosa la nueva empresa contra Salamanca, cuyas Milicias Urbanas, ayudadas de los Regimientos de Santiago, Chaves, y Pabón, no solo se defendieron, pero siguieron à los Enemigos, é hicieron no poco estrago en ellos.

No pudo tampoco el Conde de San Juan perseverar en el Sitio de Alcañizas; porque el Coronel Palomino, reforzado con el Regimiento de Santiago, le hizo le vantar, y se retiraron los Portugeses à Ciudad-Rodrigo, cuyo Presidio molestaba algo la vecina Tierra de Castilla; pero el Conde de Montenegro los hizo retirar à la Ciudad, y se puso dos veces en batalla, por si querian los Enemigos darla; y como las cosas del Continente de España iban mejor de lo que se esperaba, pareció de menor importancia el perder en Italia un Reyno.

Regocijó mucho à la Corte, y à la España toda, del partido del Rey Phelipe, el haber la Reyna Maria Luisa dado à luz un Principe à venticinco de Agosto dos horas antes del medio dia, al qual se le puso en

el

el Bautismo el nombre de *Luis Fernando*, yà por renovar la memoria de dos tan grandes Reyes, como tambien porque nació en el dia de San Luis Rey de Francia: Diósete el Titulo de *Principe de Asturias*, que es el que pertenece à los Primogenitos de los Reyes Catholicos. Quando estaba la Reyna con los ultimos dolores de parto, fueron llamados el Cardenal Portocarrero, el Nuncio Apololico Zondadari, los Ministros Estrangeros, y los Presidentes de los Consejos, segun costumbre, para que fueren, en la posible, y mas decente forma, testigos del verdadero parto de la Reyna, pues publicaban los Enemigos, que era fingido el preñado, para asegurar con la sucesion el amor, y fidelidad de los Pueblos.

Vino à tiempo sin duda este Principe nacido en Castilla; porque yà los Españoles veian confirmada la Corona en Principe Español, y se empeñaron mas en sostener el Imperio en el Rey Phelipe; porque las razones del nuevo Principe de Asturias eran incontrastables, y en qualquier caso tendria la España un eterno enemigo si perdia el Rey Phelipe la Corona.

Estas reflexiones dieron grande aprehension à los de la Liga, y aun à la Casa de Austria. Hicieronse grandes Fiestas en todos los Dominios del Rey Catholico, y se dió libertad à los Presos, y Desterrados: entre los primeros, al Duque del Infantado, y al Conde de Lemos; y entre los segundos, al Conde de Palma, Puño enostro, y Monte-Rey. A Palma, y Puño enostro se les acriminó haber tratado con los Enemigos, quando estaban en Madrid; y al Conde de Monte Rey, que pidió Salvas-Guardias para sí, y para la Villa de Alcobendas al Marquès de las Minas. A otros muchos Titulos se alzó el destierro, como no entrassen en la Corte, lo qual tampoco se permitió por entonces al Infantado. El nacimiento deste Principe se celebró mucho en París; y aunque declarado enemigo, se participó al Duque de Saboya: y como nueve meses antes habia nacido en Francia el Duque de Bretaña, de la otra hija

Ee

Ma

Maria Adelfia, Duquesa de Borgoña, se veía el de Saboya à un tiempo Abuelo de dos legítimos herederos de los mayores Tronos del Mundo.

Ni el ver con esto confirmada la sucesion de España en la Casa del Rey Phelipe, entibió al Duque de Saboya el ardor de la guerra; porque estaba empeñado en la empresa de Tolón, y en quitarle al Christianísimo, no solo una Plaza tan fuerte, y un Argenal tan precioso, y abastecido, sino que tambien era la llave de sus Reynos, pues desde allí à Paris no ay una Plaza; y perdido Tolón, no se podia defender toda la Costa Marítima, que baña el Mediterraneo, hasta el Rosellón; y pudiera en este caso el Emperador, como yà poseia el Estado de Milán; socorrer à su hermano por tierra, sin necesitar de Flotas Inglesas; y así, por no depender de ellas, ni de los Olandeses, la Casa de Austria deseaba mucho la felicidad desta empresa, sobre la qual habiã los Ingleses fundado grandes idèas, ayudadas de los ofrecimientos, q̄ hicieron los Calvinistas de Francia, de baxar por el Rodano à vigorar el Sitio, y ocupar aquella Tierra, que podia suministrar Viveres à la Plaza, que carecia de ellos, aunque tenia sobradas Municiones de Guerra.

La empresa era difícil, no solo por lo fuerte de sus Bastiones, sino porque antes de entrar en el Puerto es preciso passar por dos Radas angostas, torcidas, y defendidas de varios Fortines, y Castillos, que es casi imposible penetrarlas. Estaban dentro todas las Naves del Rey, y las del Comercio, que eran numerosas; y si eran presa del Enemigo, ninguna victoria les seria mas util, no solo por el saqueo de Marsella, sino aun por la extincion del Comercio, y harian los Ingleses solos todo el de Levante. Estos mismos discursos hacian los Franceses, y así no descuydaron de su defensa.

Vino la Armada Inglesa, y Olandesa à este efecto al Mediterraneo: tubieron orden sus Xefes de obedecer al Principe Eugenio, y al Duque de Saboya, y con sesenta mil hombres se encaminaban à la Francia
por

por la Provenza. Los Montes del Estrel, que allanó el Christianísimo, para poder baxar Artilleria contra el Duque de Saboya, ahora le servian à este contra la misma Francia; porque dexando atrás à Antibò, tomó el camino por la derecha, y volvió despues à baxar à la orilla del Mar, para tener siempre à la vista la Armada, que traia las provisiones de Guerra, y Boca, y el Cañon de batir, y navegaba por aquellas Costas con quanta arte era posible, para suministrar al Exercito lo necessario; pero como desde el Mar Ligustico à Tolón no hay Puerto capaz de esta Armada, corrió algunos peligros de separarse.

Muchos dias estuvo el Duque de Saboya sin saber de ella; porque debiendo las Naves huir del Cabo de San Torpè, y de las Islas de Hieres, habian entrado mas àzia lo alto del Mar, y el Golfo de Frixus los habia rechazado dos veces. Por esso marchaba lentamente el Duque; por no hallarse ante Tolón sin provisiones, pues ahora las daba la Provincia, por donde executaba sus marchas.

Esta dilacion, que à muchos les pareció artificiosa; y era precisa, salvo à Tolón; porque tuvo tiempo de prevenirse para la defensa, è introducir Viveres, y numeroso Presidio, y acampar las Tropas en parage, que no pudo hacer jamas el Duque la perfecta linea de circumbalacion, quitando la comunicacion con Marsella, que fué por donde le vinieron los socorros, y se embarazó poner las Baterias contra lo menos fuerte de la Ciudad.

Nunca creyeron los Franceses, que seria contra Tolón el designio, hasta que vieron Tropas en la Provenza; porque les parecia imposible, que se internassen por quarenta leguas en la Francia, dexando atrás asperísimos Montes, y sendas muy estrechas; pero se fió el Duque de Saboya, en que no podian juntar en este parage los Franceses Tropas iguales à su Exercito: así marchó por Canna, despreciando los Cañonazos del Castillo de Santa Margarita: guiaba èl la Vanguardia, y

quedó en la Ret. guardia el Principe Eugenio, que marchaba separado por lo alto de la Provenza, para ponerla toda en contribucion.

El Rey Christianísimo nada turbado con esta noticia, mandó guardar el Rodano, poniendo à trechos Cavalleria desde el Puente de Sancti Spiritu, hasta Arlès; porque no passassen los Ugonotes, ni se pudiesen juntar: por esso se quitaron las Barcas del Rio de Aviñón, y se prohibió el Passo del Puente de Lunel, si no se mostraba Passaporte del Duque de Rocloire, ó de el Conde de Griñan, Governadores de Lenguadoc, y Provenza. Se guardaron los passos del Monte, que está entre Tolón, y Marsella, para que no passassen mas adelante los Enemigos, à los quales con buenas, aunque no muchas Tropas (porque solo constaban de ocho mil hombres), fué à encontrar el Theniente General Medavi, por la parte, que venia el Principe Eugenio, porque en Tolón se habia ya fortificado no lexos de la Plaza el Mariscal de Telsè con quince mil hombres.

De todo el Reyno acudió la Nobleza à la defensa de Lugar tan importante, y determinaron baxar los Duques de Borgoña, y de Berri. Ofrecieron sus caudales los hombres mas ricos del Delphinado, Provenza, y Lenguadoc, y las Provincias enviaban Viveres tan en abundancia, que les sobraron à las Tropas, y à la Plaza (tanta aprehension les dió este sitio). Hicieron luego dos Fortificaciones exteriores de tierra, y fagina con la Chufma de las Galeras, y se lacaron de los Navios las Piezas mayores, para assentarlas en los Muros; y en la parte que domina las dos Radas del Puerto; y las demás Naves, menos quatro, se echaron à pique, dando à los Leños barreno; porque siempre se podian extraher del Mari, y estas servian para embarrar el Puerto.

Tres mil Piezas de cañon defendian la Ciudad, y el Puerto, y habia Municiones, para tres años de Sitio; y de estas sobraban tantas, que se retiraron à lo interior

rior del Reyno se echaron varias cadenas à lo mas angosto de la entrada, y se pusieron en ella dos Naves con cien Piezas de Cañon cada una, y diez y nueve Galeras, que levantaron sus Castilletes en la Proa, y otras dos Naves enderezaban sus tiros à la tierra. Seis mil hombres Veteranos era el Presidio, y dos mil Gastaadores: Los Artilleros eran mas de tres mil y seiscientos.

Sacó el Governador de la Plaza, que era el Señor de San Pater, à los viejos, mugeres, y niños, y aun à las milicias Urbanas, que habian entrado, mientras llegaban las Tropas arregladas. Todo esto se executó en quince dias, y solo el gran poder de la Francia podia hacer estos preparativos en tan breve tiempo, y entre tanta confusion.

A ventiquatro de Julio embistió à la Plaza el Duque de Saboya, ocupó las alturas mas vecinas, y se fortificó, temiendo que baxasen mas Tropas de todo el Reyno: solo se quedó con mil Cavallos; porque habian quemado los Franceses los Forragas, y no se podia mantener la Cavalleria. Baxaban de la Armada los Viveres al Exercito con gran trabajo; porque impedia las mas veces la marea, que se acercassen las Lancias, y estaban arriesgadas las Naves, bordeando algunas, y otras dadas fondo en lugar poco seguro. Estaba abierta la puerta, por donde se sale à Marsella; porque no pudo el Exercito enemigo, sin venir à una Batalla con Telsè, y Medavi, ocupar aquel terreno. Preveñianse contra la Ciudad Morteros, no siendo facil abrir Trinchera, repugnandolo mas de mil Piezas de Cañon, que disparaban à un tiempo contra los que intentaban levantar tierra.

A veintinueve del referido mes determinó el Duque ocupar el Castillo de Santa Cathalina, en que habia mil y quinientos Franceses: la Fortaleza era chica, è irregular, aunque habian hecho, para mayor defensa los Franceses una linea hasta el Montezuelo de Santa Elena, àzia el Occidente. Al Amanecer acometió

metió á esta línea; y aunque al primer assalto fué valerosa la defenfa, ocuparon el Collado de Santa Elena los Alemanes. Fueron tocórridos de dos Regimieutos los Franceses, que hufan por la cuefta, y se renovó la peléa con mas vigor por una, y otra parte. Movióse el Exercito para locórrer á los suyos, y despues de quatro horas se rindió el Castillo.

Por una línea de comunicacion, que habían hecho desde la altura de Santa Ana á su Cuerpo los Franceses, se retiraron los Vencidos, y quedó el Duque por dueño del Monte de Santa Elena, y del Castillo de Santa Cathalina. En esta accion estuvo mortalmente herido el Principe de Hessecafé. Luego se plantarou en la eminencia Baterias contra la Ciudad, y ya cubiertos se adelantaban los Enemigos, por si podian con el favor de la noche levantar Trinchera: el suelo, cubierto de peñas, no permitía abrir la tierra.

El ultimo dia de Julio al anochecer acometió el Duque á la Puerta, que llaman de las Viñas, que tiene una simple cortina, y sin retirada; pero previniendo este caso, habia puesto el Governador de la Plaza quarenta Piezas sobre la Puerta, que llaman de Morillón, que miraba á la otra, y de genero batía á los Enemigos, que con gran numero de Achuelas intentaban romper la puerta, que no pudiendo resistir la furia de la bala menuda, se arrodillaron; porque el terreno los cubria un poco; pero no tanto, que no quedasse expuesta la cabeza; y así les fué preciso, despues de haber perdido 800. hombres, retirarse pecho por tierra, y desistir de la empresa.

Habia el Duque acercado el Exercito dos millas mas á la Plaza, estendido por la derecha á la Valleta, y por la siniefta al Monte de Santa Cathalina. El Principe Eugenio estaba seis millas mas adentro, guardando los pasos, por donde podia sitiar la Retaguardia del Exercito de Medavi, que con el suyo estaba en San Maximino, para que no contribuyesse víveres la Provincia.

Para

Para guardar á Aix, y Marsella, puso su Campo en Gemenoso el Mariscal de Tefse, detrás de Aubaño. Batian los Sriadores las Naves del Puerto, que les embarazaban mucho, con trece Cañones, á la Ciudad con veinte, y al Fuerte de San Luis con quinze; y como el Castillo de Santa Ana batía al de Santa Cathalina, le desampararon; pero era tanto el fuego, que hacia la Plaza, que á cada momento se desmontaban los opuestos Cañones, y no acertaban tiro los Artilleros, poseidos del miedo; porque murió gran numero de ellos.

No era facil tampoco levantar trinchera; porque la Artilleria de la Ciudad parecia fusileria en la presteza, y forma, con que disparaba, y habían muerto en Tolón muy pocos Artilleros; porque la Bateria levantada contra la Ciudad hacia poco efecto, por estar lexos, y aunque desmontó algunas Piezas, no hizo impresión alguna en el Muro. La que disparaba á las Naves hasta entonces fué vana, é inutil. La que á la Fortaleza de S. Luis, hacia mas efecto; pero no podia abrir brecha; y como guardaba el Puerto, no podian sin expugnarla entrar Naves enemigas, y aun despues era menester ganar muchos Castillos, que la adornan.

Por esta razon estaba allí indecorosamente ociosa tan formidable Armada, que ni aun el Castillo de Santa Margarita pudo tomar, pues aunque lo intentaron, no cedió, ni á la fuerça, ni á las amenazas del Duque de Saboya el Governador. Una á una habían de entrar las Naves en el Puerto; y antes que penetrasen la segunda Rada, era preciso sufrir mas de 500. cañonazos; porque todo el collado estaba lleno de Artilleria, y estas alturas no se podian tomar sin rendir antes la Ciudad. Esto obligó á la resolucion de arruinar el Fuerte de San Luis, lo qual iban consiguiendo; porque habia ya caído la opuesta cortina. Era su Governador el Señor de Dillon; levantó en la brecha un Trincherón, que se podia bien defender; é hizo una línea de comunicacion á la Plaza, para retirar el Presidio, en caso que toda la Fortaleza cayesse.

En

En todo esto se pasó la mitad del mes de Agosto; y á los quince dias determinò el Mariscal de Tefsè echar á los Enemigos del Monte de Santa Cathalina, rompiendo sus Trincheras, que estaban guardadas por seis mil hombres. Ya bien alto el Sol, destacó en tres partidas ocho mil hombres: guiaba él la primera; la segunda, y tercera el Conde de Villars, y el Señor de Dillon: acometieron por tres distintas partes á un tiempo con armas blancas: padecieron mucho los Franceses á la primer descarga de los Enemigos; pero hecha esta, se arrojaron á las Trincheras con tal impetu, que se travó con las bayonetas, y alances una de las mas sangrientas disputas de la presente Guerra. Resistian mal los Alemanes tres distintos acometimientos, y se empezaron á desordenar.

Vinieron á alentarlos los Principes de Wirtemberg, y Saxonia-Gotha, que murieron allí gloriosamente. Socorria á los suyos facilmente el Exercito Francès; pero no lo podia hacer el Duque de Saboya; porque habian de passar baxo del Cañon de la Plaza las Tropas, y esta disparaba incessantemente. Despues de muchas horas vencieron los Franceses, y se hicieron dueños del Monte, y de la Artilleria enemiga, no atreviéndose el Duque de Saboya á salir de sus atrincheramientos; porque era preciso dar una Batalla baxo del Cañon. Sin perder tiempo fortificaron los Franceses el recobaado Castillo, y ya no padecia mas la Ciudad; porque de parte alguna la podia el Duque batir. De genero estaban soberbios con ranheroyca defensa los Franceses, que por mayor desprecio de los Enemigos, dormian sobre la Muralla los Soldados, y no se cerraba, ni aun por la noche la Puerta de Marsella.

Toda la ira convirtieron los Sitiadores contra la Fortaleza de San Luis, y las Naves llamadas San Phelipe, y el Tonante, que casi quemadas, las echaron á pique. Y arruinado, acometieron al Fuerte de San Luis; y aunque fueron al principio rechazados, despues le

ga-

ganaron. Retiraronse á la Plaza los Franceses, y nada poseyeron los Alemanes; porque estaba destruido; pero faltando estos Cañones, pudo la Armada Inglesa acercarse más á la orilla, y bombear con más facilidad á la Plaza, que padeció la ruina de trecientas casas. Intentó dos veces con viento en popa entrar en las Radas; pero fue en vano, porque los Baluartes á la primer descarga detarbolaban las Naves. A esto se añadia, no haber podido el Duque abrir Trinchera, y haberse aumentado el Exercito de Tefsè hasta el numero de quarenta mil hombres; las Tropas de Medavi hasta el numero de quince mil, con Payfanos bien armados, que traxo el Varon de Myon, hombre rico, y afectissimo á su Principe; y faltar los mas dias Viveres en el Exercito de los Alemanes; porque no siempre estaba el Mar tan quieto, que permitiese desembarcarlos.

Faltabanle ya al Duque de Saboya doce mil hombres; porque no solo en guerra abierta, pero traydoramente los mataban los Payfanos, si salian de la linea. Supo el Duque, que el Governador de Antibio habia roto los nuevos Puentes del Varo, y que Medavi cogia los pasos, para encerrar el Exercito; porque no pudiesse escapar de Francia, sin venir á una Batalla, que la deseaba Tefsè.

Todas estas complicadas razones, que cada una de ellas era de gran consideracion, determinaron al Duque, y al Principe Eugenio á levantar Sitio el dia ventiuono de Agosto, despues de haber juntado Consejo de Guerra: fingiendo porfiar en abrir Trinchera, se tomó con gran silencio al favor de las sombras la marcha. Regia la Manguardia el Principe Eugenio, que partiò antes; porque el Duque el dia ventidos hizo ademán de querer dar la Batalla, y por la noche movió lo restante del Exercito por el mismo camino, que habia venido.

Creyeron muchos, que quieren acreditarse de ingeniosos, pensando siempre lo peor, que no quiso el Duque tomar á Tolón, por no deprimir demasiado á la

ff

Francia

Francia, y exaltar à los Austriacos, perdiendose el equilibrio. Esto lo probaban, con haber los Franceses dexado salir libre el Exercito de los Aliados, pudiendo cerrar tan estrechamente los passos de las Montañas, y principalmente la que llaman del Estrel, que le costasse una Batalla cada marcha; pero lo cierto es, que no pudo el Duque tomar la Plaza, ni imaginó jamás, q̄ la Armada Inglesa no pudiera entrar en el Puerto, aùn à costa de perder algunas Naves; ni se creyò tan vigorosa defensa en una Plaza muy poco fuerte por tierra, y mal abastecida.

No pudo Telsé embarazar la retirada, la qual no la supo hasta la mañana del dia 23. y quando quiso seguir la Retraguardia, halló ocupados los passos; porque marchaban los Alemanes con tal orden, que solo hacian alto, donde se podian fortificar, y defender, siendo esto facil en aquel terreno, por lo muy montuoso; y en el ultimo Regimiento de todo el Exercito marchaba el Duque, que regulò la retirada con la mayor prudencia, siendole más gloriosa de lo que se esperaba, aùnque salió tan desayrado de la empreña.

Creyeron los más expertos fuessè mal premeditada, y haberse el Duque lisongeadado mucho de que no le quedaba poder à la Francia sorprendida, para resistir à su Exercito: fiò tambien algo de los Ugonotes, pero estos nada podian, y solo dos Regimientos, bien apostados, los rubieron à raya.

Eos que querian anublar la glòria desta defensa al Mariscal de Telsé, ponderaban, que podia embarazar al Duque el no salirse de Francia; y muchos añadian, que esto lo hizo, por complacer à la Duquesa de Borgoña, de quien era Cavallerizo Mayor. Esta fue la malograda expedicion de Tolón, que si se hubiera perdido, hubiera enteramente consternado la Francia.

Era contra la España toda esta guerra, menos feròz, que la que en la misma España se hazia. Habia tomado el Duque de Ossuna à Moura en Portugal, è impuesta à ochocientos prisioneros la ley de que no to-

massen

en seis meses las Armas. Se habia vanamente empleado mucho tiempo en el bloqueò de Olivenza, que habia yà puesto el Marquès de Bay, y aun ganado el Puente: puso en contribucion la Provincia, pero por falta de Almacenes no se pudo hacer el Sitio, y se convirtieron las Armas contra Ciudad-Rodrigo; porque era mas facil en los Terminos de Castilla tener los Viveres necesarios, que se mandaron conducir de la tierra circunvecina, y los Cañones de Badajóz, Zamora, y Salamanca. Formaronse Regimientos de Milicias Urbanas, à los quales se pasó muestra el dia quince de Septiembre en Perál: embistiòse la Plaza el dia veinte, y Don Joseph de Armendaraz se acampò contra Almeyda, para evitar fuesse por allà socorrida, como en efecto tomó una conducta de Viveres. A los ventidos se ocuparon los Combentos de Santo Domingo, San Francisco, y Santa Clara, y à ventiquatro el de la Santissima Trinidad, distante ochenta passos del camino encubierto, y se plantò una Bateria de doce Cañones.

No habian podido los sitiados retirar à Almeyda la Cavalleria, y les setbia de embarazo. Intentò socorrer la Plaza el Presidio de San Felix, pero se opusieron los Sitiadores, à los quales socorrió con cantidad de Viveres Castilla, y el dia treinta llegó el Conde de Aguilar al Campo. A quâtro de octubre se diò el asalto general, y se disputò muy sangrientamente la entrada; vencieron al fin los Españoles, y recobraron à Ciudad-Rodrigo.

Sirvieron en esta Expedicion de aventureros muchos de la primera Nobleza de Salamanca, y entre ellos estaba D. Joseph Enriquez, Conde de Ablitas. Luego pasó el Marques de Bay à socorrer à Moura, que las Tropas Inglesas, y Portuguesas intentaban sitiar en vano. Cesò así la guerra en Estremadura, y se convirtió en correrias; porque de una, y otra parte entraban con daño de los Pueblos à robar ganados, y debastar la Tierra.

Acciones de mayor relieve se hacian en los Reynos de Aragon, y Valencia, yà sujetos al Rey Phelipe,

Fiz

me-

menos Denia, y Alicante: Quitaronseles los Fueros, y Privilegios concedidos por los Reyes de Aragon: desarmaronse los Pueblos, y gobernaba los de Valencia con tanta severidad el Caballero de Asfelt, que parecia le faltaban Arboles, para ahorcar á quãtos miseros transgredian sus edictos: todos se trataban como rebeldes; y como se publicaron en los dos Reynos las Pragmaticas de Castilla, y que una fuese la Ley en toda la Monarquía, llevaban esto mas duramente, que morir, los Naturales de aquel Pais, acostumbrados á sus Fueros, que por grandes, los criaron insolentes.

Ventilóse en el Consejo del Gavinete del Rey Catholico la question, de si convenia quitar con Decreto estos Privilegios, y Fueros, ó viniendo la ocasion, no obserbarlos, por no exasperar con esta Real deliberacion los animos de los Cathalanes, que se sacrificarian mil veces por sus Fueros. De esta ultima opinion fueron el Duque de Medina-Sidonia, el de Montellano, y el Conde de Frigiliana; pero prevaleció la contraria, seguida de Amelot, D. Francisco Ronquillo, el Duque de Veraguas, y el de S. Juan, y se formó, y publicó el Decreto con terminos, que quitaban toda esperanza al perdon. Esto tubieron muchos Politicos por intempestivo, y perjudicial al Rey Phelipe; porque añadia el temor otra razon á la pertinacia.

Marchó contra Denia el Cavallero de Asfelt, si tibia quanto permitia el no ser dueño del Mar, por donde le venian al Castillo, y á la Ciudad los socorros de Barcelona: abrió con quatro cañones una chican brecha, dió tres asaltos, y fue rechazado siempre, con perdida considerable: con mayor ignominia huyó, dexando en el campo todos los preparativos, y el cañon; porque le iban á sitiar en su linea las Tropas enemigas.

Determinado por el Duque de Orleans el Sitio de Lerida: volvió de Francia el Duque de Bervich, para asistirle, y porque con mayor cuidado se aplicasse á su servicio, le creó el Rey Catholico Duque de Lyria,

y Grande de España en premio de la Victoria de Almanza. Para este Sitio se hizieron los Almacenes en Fraga. Era Governador de Lerida el Principe Enrique de Armeñad, y la habia añadido algunas Fortificaciones: tenia dos mil Presidarios, con bastantes municiones de Guerra, y boca; y aunque el Pueblo no era mucho, tomó las armas con la misma obstinacion que los demás Cathalanes.

El ultimo dia de Agosto marchó en tres columnas el Exército del Rey Phelipe, guardadas de la Cavallería: ocupó el Puente de Balaguér, pasó ázia Belcayre, è Yvars, y llegando al Collado de Ferrós, acampó poco distante de las Tropas del Rey Carlos: No faltó mucho, para dar una Batalla, si advertidos de los que batian la campaña los Alemanes, no hubieran retrocedido. Por la derecha marchó el Duque de Orleans, para encontrarlos en Cerbera, pero tomaron el camino de Ciudadilla, y no fue posible seguirlos, por lo escabroso del Pais, y lo angosto de las sendas.

Desengañados de no poder venir á batalla, ocuparon el Campo de Lerida los Franceses, y Españoles. Para distraherlos, baxó Gallovey hasta Tarragas; pero como era tan inferior en numero, no le dió apprehension al Duque de Orleans, y formó su linea de circumbalacion, cuyo extremo por la derecha miraba al Convento de S. Francisco, y por la izquierda al Rio Segre, donde se echó un Puente ázia Balaguér, y otro de no vulgar artificio junto á Lerida: era de madera, y estaba de tal forma compuesto, que en pocos momentos se podia deshazer. A ventinueve de Septiembre se empezó á abrir Trinchera, baxo el mando del Señor de Legál. A tres de Octubre se perficionaron las paralelas, mandando el Señor de Davaré: distaban yá solo quarenta passos del Muro.

La noche del dia seis hizo la Guarnicion de la Plaza una vigorosa salida contra la izquierda ázia el Rio: corrió voz de que habian ganado los Sitiados el Puente, y que le estaban quemando: acudió allí la ma-

por fuerza de las Tropas, que casi descuydaban de la verdadera parte, donde acometieron los Cathalanes; pero todo se defendió igualmente, y quedaron las Trincheras. Prosiguióse á batir el Muro, que era una simple cortina sin Foso, y la noche del dia doce se dió el asalto. Defendieronse con fortissimo denuedo los Sitiados, más cedieron á lo superior del numero, y fueron vencidos: aloxaronse en la brecha los Españoles. Despues de una hora fueron acometidos del Presidio; pero mantubieron el puesto, se acabaron de fortificar, y pusieron Bateria contra lo interior de la Plaza, la qual desampararon aquella misma noche los Moradores, dexando solo niños, viejos, y mugeres.

El Presidio se retiró al Castillo, desde donde el Principe de Armestad imploró compasión para la Ciudad, y para aquella misera gente, á toda la qual (menos á las Monjas) se obligó á entrar en el Castillo; porque consumiesen más presto los Viveres. A las Iglesias, y Monasterios se les dió Salvas Guardias, y se pusieron Baterias contra el Castillo. Al principio se prohibió el saquéo; pero habiendo hecho la Guarnicion algunas salidas, como traydoramente, por los Angulos de las calles, de que tenían practica, y muerto muchos Españoles, y Franceses, se mandó saquear la Ciudad. Divulgóse, que venia Gallovay, y esto daba más aliento á los Sitiados.

El Duque de Orleans embió toda la Cavalleria á guardar el Rio, y prosiguió á batir el Castillo: Aplicóse el Minador al Baluarte de S. Andrés, y el dia veinticinco se le dió fuego á la Mina, cayó el Bastion, y volaron los que le guardaban: aloxaronse en sus ruinas los Franceses. Estaba yá más estrechado el Castillo, y habia caido la principal Torre; pero con todo esto se defendia gloriosamente el Principe, y hazia frequentes salidas, levantando siempre dentro de la empalizada Fortines de tierra, y fagina, y haziendo cortaduras.

El dia ventinueve se puso otra Bateria junto á
la

la puerta de Santa Elena: Toda la esperanza de los Sitiados estaba en lo lluvioso de la estacion, que desbrazia frecuentemente las Trincheras; pero habia el Duque determinado á toda costa concluir la obra, y se daba, quanta prisa era posible; porque se habia yá movido Gallovay, por ver, si podia passar con Barcas el Segre; habiendose puesto entre el Cinca, y Noguera gran cantidad de Cathalanes, que llamaban Miquelletes. Avisaba de su peligro con continuos cohetes boñadores el Castillo; pero no bastaba esto, para entenderlo Gallovay; porque las Tropas, que habia adelantado; para assegurar la marcha, habian sido ahuyentadas por Cereceda, que las acometió de improviso; y estaba en una de las Partidas Inglesas el mismo Gallovay, que habia venido á reconocer el Campo del Duque, por si podia con repentino asalto romperle; pero viendo, que era esto imposible, aplicó su cuidado á guardar á Tortosa.

El dia siete de Noviembre se resolvió hazer otra Mina por la derecha del Castillo; porque las Baterias hazian poco efecto contra el ultimo recinto de él, y tan alto, que las Piezas no estaban en su justa proporcion, y se caian de las Cureñas, aunque estaban avanzadas con unas cuñas, y elevadas, todo lo posible. No se podian plantar, para batir perfectamente en la brecha, por lo desigual, y escabroso del terreno; y así toda la obra estaba fiada al Minador, que felizmente se iba adelantando.

El dia diez se prendió fuego en el Castillo á unos barriles de polvora, por negligencia; y cayó una cortina del Muro del principal Baluarte, y con ella muchas Piezas de cañon. Arrimó gente el Duque, por si daba oportunidad al asalto este accidente; pero aún era preciso allanar más la ruina. Entonces fue herido de un fusilazo en una mano el Conde de Pinto, hermano del Duque de Ossuna.

El dia once, estando yá perfecta la Mina, se mostró la mecha encendida á los Sitiados, y se determinó
al

al anochecer prenderla fuego, y que se siguiesse luego el asalto. Habíase yá puesto el Sol; y á instancia de los suyos mandò hazer llamada el Principe Enrique, y pidió capitulacion, la qual le negò el Duque de Orleans, sino entregaba juntamente con este el Castillo de la Guarda, que estàba situado en una eminencia, distante de Lerida una milla, y habia menester nuevo Sitio. Tardò algunas horas á resolverse el Principe, pero al fin vino en ello; porque, entre otras cosas, le faltaba el agua, que la sacaban los Soldados de un Pozo muy profundo. Dexòse salir libre la Guarnicion à Barcelona con todos los honores Militares, y se ganó enteramente à Lerida, lo qual puso en no poca consternacion à Cathaluña.

En el Rhin, y la Mosa no hubo accion remarcable. Alternaba la dicha en algunos pequeños encuentros en Flandes, entre el Exercito del Duque de Malburch, y el del Duque de Bandoma, que se mantubo gloriosamente sobre la defensiva, despues que se detacò de sus Tropas alguna parte, para socorrer à Tolon. Todo el arte fue el modo de acampar: Solicitabale à una Batalla el Inglés: retiròse aquel à Cambray; y este dexando à Nivella, se fue à Soignes.

Mas util guerra hizo en Alemania el Mariscal de Villars, aprovechandose de los grandes Destacamentos, que mandò hazer el Emperador para la Italia, y la Francia. Rompiò las lineas de Stolfen, y se internò tanto, que puso en contribucion la Suecia, la Franconia, el Ducado de Virtemberg, el Principado de Baden Donrlach, el de Armeftad, el Palatinado inferior, Francfort, y hasta Maguncia. Destas contribuciones sacò grandes sumas de dinero, que costearon la Campaña; y hubiera passado adelante, si no se le opusiesen el Vicario General del Imperio, Duque de Hannover, los Prusianos, y Luneburgenses.



AFC

AÑO DE MDCC VIII.

LIBRO IX.

Despues de destrozada, y dividida en varias gentes la Monarchia de España, aún la faltaba en el Mediterraneo, y la Italia, que perder: estas eran las dos Islas de Sicilia, y Cerdeña. Governaba la primera el Marqués de los Balbafes, aunque las armas corrian por cuenta de Don Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio, su yerno. No dexò de haber en ella alguna conjura, que fue apagada à tiempo con el suplicio de quatro Capitanes Españoles: Era la trama entre gente baxa, y de ninguna authoridad, y la descubrieron facilmente los Ministros de Roma; porque eran las inteligencias con los que allí tenían los Austriacos. Vinose al castigo sin rezelo, y se aquietò el Reyno; bien que por la sedicion passada del Pueblo de Palermo contra los Franceses, passò à Mecina su residencia el Marqués de los Balbafes.

No dexaba de padecer su oculto incendio Cerdeña, donde era à este tiempo Virey D. Pedro de Portugal y Colòn, Marqués de Jamayca, hombre sumamente avisado, ingenioso, astuto, è inteligente, inclinado al negocio, y à atesorar riquezas. No habia muchos meses, que habia succedido al Marqués de Valero, y comprehendió luego, no solo los genios de los Sardos, sino tambien sus particulares inclinaciones. Esto decimos contra los que creen haya sido engañado del Marqués de Villazòr, y del Conde de Monte-Santo, de los quales entendió el desafecto; pero no podía más, ni juzgò podia sacar la cara contra ellos sin Tropas, que no las habia en el Reyno; y por esto las pidió reiteradamente de la Francia, y de España; pero Amelot despreciò, no el riesgo, sino el Reyno; porque

Gg

decia,

decia, importaba muy poco à la Monarchia, y que servia más de gasto, que de util, si se habia de profidiar.

Esto lo contradecian en el Consejo en el Gavinete del Rey Catholico los Ministros Españoles; pero como no habia más Tropas, que embiar, si no las daba la Francia, era arbitro de esta resolución Amelot, y ofreció à Jamayca admitria el Rey sus disculpas, quando por falta de Tropas perdiessè aquel Reyno; porque previendo el pelipre, à que estaba expuesto, protestaba no poderle sin ellas defender. Parecióle, que con sus mañas, y artes le conservabaria à lo menos el tiempo de su gobierno, y así procurò atraer à sí al Conde de Monte-Santo, y confiarle; pero à este en el arte de fingir, y disimular no le excedia Jamayca, y se mantenía en ambos partidos con tal artificio, que correspondió la suerte al deseo.

Habia muchas veces entregado al Marqués de Valero, y aún à Jamayca cartas, que su hermano el Conde de Cifuentes le escribia, falicitandole à la conjura; pero no las mostraba todas, y reservò las más importantes: sacrificò algunos Emissarios, protegiò à otros, y así era tenido en Paris, y Madrid por leal, y en Barcelona por Austriaco: sabia qualès eran de su partido, y no se fiaba de ellos hasta la ocasion, porque à muchos adheridos à su Casa los tenia por seguros: guardabase mucho de los que conocia afectos al Rey Phelipe; y aunque en ellos habia hombres de mucha authoridad, la minoraba con Jamayca, à quien queria persuadir, que la de su Casa era la mayor, y la que solo podia defender el Reyno, que yà veía se habia de perder; porque lo más de la Nobleza era indiferente, y no habia Tropas, que contubieffen el temor de los Pueblos al primer amago de guerra, no acostumbrados por espacio de quatrocientos años à ella.

Habia hecho un proyecto, para ganar la Cerdeña: el Conde de Cifuentes, exponiendo las utilidades, que de esto resultarian; por su situacion, su fertilidad, y

Puert.

Puertos fue aprobado en Viena, y Barcelona, y no desaprobado en Londrès, como no se diessen Tropas de desembarco, ni tubiessè larga demòra la Armada. Mientras esta venía al Mediterraneo, mandò el Rey Carlos à Cifuentes, que cultivasse en aquel Reyno las inteligencias; porque se gloriaba de tener muchas, y que no le faltaria su hermano el Conde de Monte-Santo. Adonde echò la primera centella fue en la Gallura: embió algunos Frayles Sardos por Emissarios, que le hallaban en Barcelona, y les entregó varias cartas.

Despues passaron con cinquenta hombres à Corcega D. Gaspar Mogica, y otro Borrás Calaritano. Estos echaron las primeras raices de la rebelion en Tempio, Villa-Capital de la Gallura, la más fuerte Provincia de todo el Reyno, y de gente armigera, parte del Marquesado de Orani, que posee el Duque de Ijar.

Algunos Cavalleros, hombres principales de aquel Lugar se hizieron Authores de la rebelion, y se quedó de acuerdo en aclamar en aquella Provincia al Rey Carlos el dia veinte de Enero, despues de sorprendida la Torre de Longonardo, y ocupado Castillo Aragónés, que ofrecia entregarle un hombre llamado Lucas Manconi, al qual la falta de medios le hacia discurrir en estos desvarios.

Por uno de los mismos conjurados, que fue Don Estevan Serafino, supo el Marqués de Jamayca todo el negocio, y embió, para apagar este pequeño fuego, al Conde de Monte-Santo, que no lo ignoraba; porque Lucas Manconi le embió con su hijo unas cartas del Conde de Cifuentes, que no las mostrò à Jamayca, como otras de menor importancia. Fue el Conde à la Gallura con despacho de Alternos del Virey; y no dexò de causar admiracion el que se fiassè este grave negocio à un hombre claramente desafecto al Rey Catholico; pero Jamayca entendió ganarle, haziendo confianza del, y lo errò; porque hecho dueño de la materia el Conde, detubo en el Reyno à los Rebeldes, los hizo presentar judicialmènte ante el Virey, con palabra de no

fer molestados, y se les dió por arresto la Ciudad de Caller. Los que no quisieron fiarse del Conde, huyeron á Barcelona, y se vengó en ellos, assolandoles las casas, y confiscando sus bienes, mas en pena de no someterse, que del delito. Con esto dió apariencias de castigarle, y se sossegó la Gallura, sobrefanada la llaga; porque conservados los Rebeldes, disirieron para mejor ocasió el ponerse en Campaña, y quando lo juzgaron á propósito, volvieron, huyendo de Caller, aunque estaban sobre su palabra.

Eotonces, de orden del Rey, se embió por Vicario General del Virey á la Gallura al Governador de los Cabos de Caller D. Vicente Bacallar, que trayendo á su devecion la Provincia obligó á los Rebeldes á retirarse á Corcega, y los que quedaron no podian ser de consecuencia alguna, nidaban cuidado. Toda esta rebellion no bastaba á perder el Reyno; porque para esso era preciso rendir á Caller; y aunque á estos Rebeldes no les faltaban Protectores en muchas Ciudades, la Capital daba la ley, y esta dista de la Gallura cinquenta leguas; ni podian atreverse á ella los Gallureses, por los los mas gente pobre, y de ninguna authoridad en aquel Reyno.

Formando Don Vicente Bacallar el proccesso contra los Reos, descubrió los fondos de la rebellion de Tempio, y halló sus raizes en Caller; y por esso escribió al Virey, que importaba mucho sacar luego del Reyno, y embiar á Francia al Marqués de Villazór, al Conde de Monte-Santo, á Don Antonio Ginovès, Marqués de la Guardia, á Don Miguel de Cerbellón, Marqués de Conquistas, y á Don Gaspar Carnicèr, Maestro Racional del Real Patrimonio; porque no hallarse la Armada enemiga los parciales, en que fiaba, que aunque quedaban otros, eran de menor authoridad, y se amedrantarian: Que Don Vicente, al mismo tiempo cogidos de repente, y á la misma hora, sacaria en los Barcos mas prompts algunos Cavaleros de Sasser, Algeez, Catillo A ragones, y Tempio, y

que

que assi purgado el Reyno de los parciales Austria, cos estaba seguro, si no traia la Armada mucha gente de desembarco.

Al Marqués de Jamayca le faltó brio, para executar esto, ó le pareció se perderia el Reyno mas presto, y assi se descuidó del todo: y viendo, q no se le embiaban de España Tropas, determinó entregar á Caller á la primer vista que diessen los Emigos, y capitular su libertad. Estas reflexiones le hicieron adherir mas al Conde de Monte-Santo, y escribió al Rey tan á su favor, que le hizo Grande de España á su suegro el Marqués de Villazór, que era lo que tanto deseaba. Ni esta honra le hizo agradecido, ni por ella recordó el Conde; porque la misma le ofreció el Rey Carlos, si con su authoridad promovia sus intereses, entregandose aquel Reyno.

En este estado pareció en sus Costas á nueve de Agosto la Armada enemiga, mandada por el Almirante LaKe, traia quarenta Naves de Guerra, y dos Balandras, pero sin mas gente de sembarco, que un Regimiento que llamaban de Clariana, nuevamente formado en Barcelona. Venia destinado por Virey el Conde de Cifuentes, y tenia LaKe orden de tentar la rendicion de Caller solo desde el Mar, sin permitir mas desembarco, que del referido Regimiento; y que si no salian verdaderos los ofrecimientos del Conde de Cifuentes, bombeasse la Ciudad por todas partes, y se restituyesse á Barcelona, embiando con un Navio presos al Final, á Cifuentes, á D. Francisco Perez, á Don Juan Valentin, authores de la meditada rebellion en la Gallura, que venian con el.

Estos ofrecieron, que baxarian sus particulares con dos mil hombres de Armas á facilitar el desembarco de las Tropas en Caller, y assi lo avisó al Governador de los Cabos de Caller el Virey, quando le dió noticia de haver parecido la Armada. Este luego dispuso su gente de forma, que no solo los Rebeldes de la Montaña no podian salir de la Provincia, pero ni aun de un

Mon.

Monte, que llaman Limbara, adonde se habian refugiado: y aseguró à Jamayca, que no serian de consecuencia alguna para Caller; añadiendo, que, aunque esta Ciudad se perdiese, se passasse el Virey, con los Nobles, que le querian seguir, à Sasser, que sin duda se mantendria el Reyno; porque habia embiado al Castillo Aragonès un hombre de su satisfaccion, llamado Don Joseph Deo; y sobre Alguèr vigilaba Don Miguel Ruiz, hombre leal, y enemigo del Governador Don Alonso Bernardo de Cespedes, à quien disponia prender; porque no ignoraba su intencion.

A doce de Agosto se viò la Armada en la Bahia de Caller, entre los Promontorios de Carbonara, y Pula, que forcegeaba, para acercarse al Puerto aun con viento contrario: llenòse de confusion la Ciudad, y nadie meditò la defensa. Era Comissario General de la Artilleria el Conde Mariani, Milanès: iba este à cumplir con su obligacion; y buscando en los Baluartes los Artilleros, no hallò à ninguno; porque como estos dependian del Maestro de la Casa de la Moneda, que era Don Gaspar Carnicèr, y los mas tenian officio en ella, estaban ya prevenidos de como se habian de contener en la ocasion; à otros los tenia corrompidos el Marquès de la Guardia, y el de Monte-Santo, por medio de algunos allegados à su casa, y así se vieron despoblados los Baluartes, aun quando yà las Naves enemigas estaban baxo del tiro de Cañon.

Esto consternò mas al Virey, y descubrió claramente la conjura. Acudieron à su Palacio los Nobles de mas authoridad, y entre ellos el Marquès de Villazor, el Conde de Monte-Santo, el Marquès de la Guardia, Don Domingo Branchifort, Conde de San Antonio, Siciliano, y otros muchos, que mas le iban à persuadir la rendicion de la Plaza, viendo imposible la defensa, que asistirle à ella, à la qual se ofrecieron promptos, y con sincero animo Don Felix Masores, Conde de Montalvo, y su primogenito Don Joseph, Don Dalmao Sanjust, Conde de San Lorenzo, y sus hijos,
Don

D. Francisco Manca, Conde de San Jorge, y D. Felix Nim, Conde del Castillo. Este, mas vigoroso, que otro alguno, estrechaba al Virey, à que mandasse, lo que se habia de executar; pero no siendo Jamayca, hombre de guerra, se embarazò en las ordenes, y yà no le obedecian los pocos Soldados de quatro companias de Infanteria, que habia en Caller.

Dos Capitanes, que fueron D. Andrés Alberto, Español, y Don Antonio Pereyra, Portuguès, adhieron secretamente à los conjurados, y alentaban el tumulto, para que se abriessen las Puertas, ayudados del Sargento Mayor de la Plaza D. Antonio Diaz, Portuguès. Diòse orden, para que viniessè la Cavalleria del País, y la revocò el Conde de Monte-Santo, que era General de ella, y à este obedecieron; porque yà veian, que prevalecia su authoridad, y su deseo.

El Almirante Inglés embió una Lancha con cartas para el Virey, y Magistrado de la Ciudad: su contexto era breve; è injurioso à la Francia: pedia con amenazas la rendicion de Caller, cuyos Privilegios concedidos hasta el tiempo del Rey Carlos II. confirmaria Carlos III.

El Magistrado embió su carta à Jamayca, diciendo se conformaria con su dictamen, ofreciendose à la defensa; pero yà aquel consultaba el modo de la rendicion con el Conde de Monte-Santo, el Arzobispo de Caller D. Bernardo Carriena, y el Conde de San Antonio. No habia sido declarado Austriaco el Arzobispo, pero no se habia descuidado en dar à entender à los Austriacos su genial afecto al Rey Carlos: era su animo verdaderamente indiferente, y solo aspiraba à que le dexassen gozar de su Mitra quieto, y así vivia con todos. El Virey solo pretendia, que le dexassen ir con su equipage libre à España: y lo demás, que miraba à la utilidad de la Ciudad, dixo, que pertenecia al Magistrado; y añadió, que se debia dar libertad à qualquiera, que se quisiessè salir del Reyno. Así lo significò en voz al Conde de Monte-Santo, al qual le diò

autoridad, para que tratasse con los Enemigos, y sacasse estas condiciones.

No se descuydó este; y para vender caro el servicio al Rey Carlos, no expuso al Almirante Inglés tan llano el ajuste; porque Jamayca habia tomado un dia de plazo, para responder, y Monte-Santo callaba los Poderes, que tenia de este, para capitular; y porque pareciesse más difícil, aconsejó, que, sin aguardar respuesta del Virey, se bombeasse aquella noche la Plaza. Otros dixeron, que este dictamen de él habia salido de una Junta, que se tubo en casa del Arzobispo, donde asistió Francilco Esgrichio, cabeza del Magistrado, D. Gaspar Carnicèr, y el Conde de S. Antonio; expediente tomado, para no quedar tan desayrada la Ciudad, rindiendose sin hostilidad alguna.

Dieron estos el modo del desembarco en la salda de S. Elias, y ofrecieron, que los del Arrabál, que llaman de la Marina, abrirían la Puerta de Villanueva, para que la ocupassen luego las nuevas Tropas, con lo qual se impossibilitaba á Caller la defensa de la Ciudad. Esta solo pedia confirmacion de sus Privilegios, y libertad por seis meses á los que se quiesse salir del Reyno, sujetandose á la confiscacion de sus bienes, si passaban á los Dominios del Rey Phelipe. Esto se embió á decir al Almirante Lake con D. Geronimo Sanjust, que fue luego á bordo de la Nave Comandante, y el elegido, por su intima adhesión á la Casa de Villazór; con el qual, sin riesgo de ser descubierto, embió á dezir el Conde de Monte-Santo á su hermano el de Cifuentes, lo que entonces se le ofrecia, porque era tal su arte, que hasta en los extremos queria parecer leal.

Creía el Pueblo, que estaba ya ajustada la rendición, y dormia seguro, quando despertó despavorido á quatro horas de noche al ruido, y estrago de algunas Granadas Reales, que mandó disparar Lake. Turbóse confusa la Ciudad, que no estaba acostumbra á semejantes riesgos, y por la Puerta, que llaman de Buen

Ca-

Camino salió en tropél, abandonando sus casas la Nobleza. Todos dexaron al Vi-Rey, menos Don Joseph Masones, y el Conde del Castillo, aun habiendose retirado aquel fuera del recinto al que llaman Baiuarte del Viento. Desembarcó el Regimiento de Clariana en el lugar prefinido: abrióse la Puerta de Villanueva, y otros Sediciosos abrieron la del Muelle, y entregaron el Fortin que le guarda.

Sucedió esto antes que amaneciesse el dia trece de Agosto. No habia aun capitulado el Vi-Rey en forma, y ya tenia perdida la Ciudad, y el Castillo; porque los Soldados que guardaban las puertas del ultimo recinto, las abrieron; y dió su palabra Lake de que se cumpliria lo ofrecido, aunque no se habian hecho Capitulaciones.

Despues arrestaron á Janayca en su proprio Palacio; porque corrió voz de que salia por el camino de Arizó á encontrarse con el Governador de Caller, como se lo persuadia eficazmente el Conde del Castillo entregandole las cartas del dicho Governador. Parecióle á Jamayca, que no se podria mantener en parte alguna sin Tropas, y se entregó á Lake, que con un Navio de Guerra le embió á Alicante. Lo proprio hizo de los que salieron, que fueron pocos, y solo se reducian al Conde del Castillo, Don Joseph Masones, y dos Capitanes de Infanteria. De los Ministros Togados solamente salió Don Juan Antonio de Navas, Español. Los demás (aunque muchos de mala gana) exercieron sus Plazas baxo la orden de el Conde de Cifuentes, que juró luego el empleo de Vi-Rey; y se explicaron con los premios los mas desleales al Rey Phelipe; porque luego se hizo Grande al Marqués de Villazór: al Marqués de la Guardia se eligió por Governador de los Cabos de Caller, y Gallura: se confirmó por Procurador Real al de las Conquistas: á Don Gaspar Carnicèr se le dió la Plaza de Consejero de Aragon, y se crearon Titulos á Francisco Pez, y á Don Juan Valentin.

Hh

Def.

Despachò Cifuentes Cartas circulares á todo el Reyno, y se le rindiò sin resistencia. Entregò la Plaza de Alguèr su Governador Don Alonso Bernardo; y porque se resistian Don Miguèl, y Don Antonio Ruiz, fueron presos, y se embiaron cargados de cadenas á Callèr. Se sublevò Castillo Aragonès, y fuè obligado à salir de la Plaza el que habia puesto en ella el Governador Don Vicente Bacallar, que habiendo tenido esta noticia, y que estaba ya todo el Reyno à la obediencia del Rey Carlos, excepto la tierra que pitaba, se salio de la Gallura, y embarcandose secretamente en Puerto Torres, se passò á Bonifacio, y luego à Madrid, donde fuè creado Marquès de San Phelipe, en premio de su fidelidad. Por la misma razon fuè tambien honrado con el empleo de Gentil-hombre de Camara el Conde del Castillo; y á Don Joseph Masones se le confirió el Titulo de Marquès de Isla Rosa.

Tan facilmente, y sin hostilidad alguna se perdiò el Reyno de Cerdeña con dos cartas del Almirante Lake, que solamente con cerrar las Puertas de Callèr estaba defendido; pero como no habia Tropas, pudo el Pueblo assentir à las sugestiones de los que para particulares fines, à estímulos de su ambicion, deseaban mudar Dominio.

Passò despues la Armada, dexando en Callèr el Regimiento de Clariana, à las Costas de Sicilia, por su vencida con la misma facilidad. Tocò aprisa el desengaño, del que resultò no poca gloria al Marquès de los Balbafes, y al Principe de San Gregorio.

Tomò Lake el rumbo de España, y de passò intentò ganar á Menorca, y el Castillo de San Phelipe, que guarda à Puerto Mahòn, uno de los mas espaciosos, y seguros del Mediterraneo: era su Governador Don Diego Davila, que sucediò á Don Geronimo de Nueros, de quien injustamente desconfiaron Don Francisco Ronquillo, y el Marquès de Gourmay Amelot, y fue llamado à la Corte: Habia de Presidio quinientos Franceses, y docientos Españoles: no traía gente de desem-

barco la Armada; pero se armaron dos mil Marineros, y baxaron por tierra à la Isla: ocuparon à Ciudadela, y passaron al Castillo: fingieron querer abrir Trinchera, y mandò desembarcar quanta gente era possible, hasta los Timoneros: creyò el temor de los que dentro estaban, que los sitiaba un Exército, y sin mas hostilidad que su aprehension, instaron al Governador los Franceses, que hiciesse llamada: assintió torpemente Davila, entregò el Castillo, y passò la Guarnicion à Cartagena: el Coronel Francès fuè degradado, y reformado el Regimiento. Davila fuè preso, y acusado de haberse sin razon rendido; conociò su error; y desesperado, arrojandose por un Balcon de la Torre, en que estaba, se hizo pedazos, vengando en si mismo su culpa.

Los Ingleses, ni por retiradas instancias del Rey Carlos dexaron esta pequeña Isla, y su Puerto, necesario para su Comercio del Mediterraneo, y de Levante. El Emperador passò la queixa à Londres; pero no fuè escuchado; porque se fundaba la respuesta en los mismos pactos de la Liga, que los Puertos quedarian en sequestro à los Ingleses, que ya empeñados en no soltar à Mahòn, no contestaron mas sobre la demanda, y assi se vierò en dos pequeñas Islas dos Dueños; importandola no poco à la Reyna Ana dar algunas señas de utilidad à su Reyno, cansado de insupportables gastos, que por superiores a las rentas, se impuso nuevo tributo sobre las mercaderias de Indias, y los Campos de Labranza.

Con esto pudo el Parlamento conceder para la guerra de Cathaluña, y Portugal el subsidio de un millon, y ciento y cinquenta mil libras esterlinas, poco menos se daba à los Principes de Alemania, y quinientas mil al Duque de Saboya, sin las expensas continuas de dentro del Reyno, para armamentos de Mar, y Tierra; que igualaban à las sobredichas sumas, tomadas à daño de las Compañias, y Bancos de los Tratantes.

Este esfuerzo era preciso por no desistir del empeño, y restaurar el Exército de Cathaluña, que estaba desde

la Batalla de Almanza destruido. De ella se hizo cargo en Londres à Gallovay; y aunque se escusaba con la orden del Marquês de las Minas, que era el General, y à quien habia dado el Rey Carlos el mando del Exército, no pudo por entoces ajustar bien con la Reyna sus dependencias, aunque no cayò de la gracia. Fue nombrado para substituirle Diego de Stanop, à quien se le diò tambien el carácter de Embiado de la Reyna al Rey Carlos.

Levantaronse para Cathaluña quatro Regimientos en Escocia, y se tomaron del Palatino siete mil hombres: otros cinco mil de los Principes de Germanias, y algunos Italianos. Los del contrario partido à la Corte llevaban mal estos gastos, quando estaba la Inglaterra amenazada de invasión; porque el Rey Jacobo Tercero (llamado el Cavallero de San Jorge, ò como los Ingleses decian el Pretendiente) habia passado à Dunquerque, donde baxo el mando del Xefe de Esquadra el Señor de Fourbin, se prevenian veinte y seis Naves de Linea, y otras diez Fragatas, con muchos Fusiles, Pertrechos, y Municiones, y siete mil hombres Veteranos, cuyo Comandante era el Señor de Gazé. Era la idea hacer en Escocia un desembarco, adonde llamaban con instancia al Rey Jacobo, y para esto habian venido à Paris dos de los primeros Magnates de aquel Reyno.

Antes que en Inglaterra, penetraron esta expedicion en Olanda, y para socorrer à sus Alidos previnieron Naves, y pusieron Tropas en Milbourgh; porque se divulgò la voz de que queria el Francès atacar la Zelandia, y temian ser engañados con la verdad. La Reyna, toda aplicada à su seguridad, mandò que no saliesen Tropas del Reyno: embiò muchos Regimientos à Escocia, y puso en ella tantos Ingleses, que le pareció estar segura. Ordenò al Almirante Jorge Binghs, que vigilasse con una Esquadra de veinte y cinco Naves sobre las costas de Dunquerque; y dispuso tantos Navichuelos de Aviso en el Canal, que

no.

no passaba dia sin noticia. Todas las Navés se previnieron en los Puertos, y se trabajaba de noche con Theas encendidas: se aplicò, al fin, el cuydado à proporcion del peligro, que se creia por grande; porque Jacobo tenia parciales aun en Inglaterra, y los Escoceses estaban de acuerdo con la Irlanda.

Quando el Rey estaba para embarcarse en Dunquerque, enfermò de Viruelas: no era la calentura muy ardiente, y queria partir con ellas; pero se lo prohibiò el Rey de Francia. Instò otra vez, dando por razon, que se prevenian cada dia mas los Ingleses, y que yà se habia visto en las Costas de Francia al Almirante Binghs. Al fin, partiò el dia diez y siete de Marzo sin embarzarlo la Armada enemiga, que se habia retirado con arte al Puerto de Brilla, y luego se puso à la vela para seguir à Fourbin, que le precedia el termino solo de quince horas. Tomò el rumbo de la Escocia, no ignorando era contra ella la Expedicion; porque yà se decia, que Milord Abelli habia ofrecido à Jacobo roy. hombres de Armas.

Mudòsele el viento à la Armada Francesa junto à Escocia, que no dexò acercar las Naves, quando yà Binghs le habia tenido en el Canal favorable, y habia dexado por un lado los Franceses, à los quales no quiso atacar, hasta que tomasse bien el Barlovento. El tiempo era favorable à Fourbin, para ir à Irlanda; como lo instaba Jacobo; pero lo contradecia la orden del Rey Christianissimo; porque en las instrucciones solo se le mandaba ir à Escocia; y no pudiendo lograr este desembarco, volver à Francia la persona del Rey; porque con sola ella hacia guerra à los Ingleses, teniendolos en continuo movimiento con innumerables gastos.

Tenia Fourbin viento en popa para volver à Dunquerque, y así diò al ayre todas las velas: lo proprio hizo Binghs siguiéndole, y alcázò algunasaves de la Retaguardia à tiro de Cañon; pero la noche separò una, y otra Armada, y la de Francia tomò sus Puertos, restituyendo al Rey à su antiguo hospedage, tan

ado-

dolorido , que le vieron llorosos los ojos muchas veces.

Esta malograda Expedicion avigorò el animo de la Reyna Ana , para la Guerra ; y aunque dentro de su Reyno no la faltaban cuydados , los mas desafectos se mostraron mas leales , viendo no habia podido el Rey desembarcar , y con el castigo de pocos se sometieron los Escoceses, q se habian retirado à las Montañas.

Desde 19. de Abril del año pasado habia conducido de Ubofembutel à Bamberg el Conde de Poar à la Princesa Isabela Christina de Brunsvich , destinada para Esposa del Rey Carlos , donde en manos del Arçobispo de Maguncia, abjurada la Secta Protestando, abrazò la Religion Catholica Romana : passò à Viena, y fuè hospedada en Casa del Emperador, hasta que bien educada en el Sagrado Rito, pudiesse ir à Barcelona, adonde habian dudado embiarla , por los felices progressos de las Armas del Rey Phelipe , y no exponerla à las contingencias de la Guerra.

El Rey Carlos , impaciente , y enamorado con razon de su Esposa , por ser una de las mas cèlebres hermanuras de su tiempo, aunque solo habia visto su Retrato, embiò por ella con las mayores instàcias. Habia se determinado, que partiesse el dia nueve de Marzo ; pero como tambien habia de passar à Lisboa la Archiduquesa Maria Ana de Austria , hermana del Emperador , y muger yà del Rey Don Juan de Portugal, querian embiarlas juntas ; pero se reparò luego, que los Principes Italianos no tendrian dificultad en tratar à la Archiduquesa como Reyna; pero sí à la muger de Carlos: porque este no estaba todavia reconocido por Rey en Italia , sino solamente por el Duque de Saboya , y para embarcarse era preciso passar por los Estados de Venecia, y Genova; y assi, para evitar este desayre à la Princesa Isabel, se mudò de idèa.

El dia 23. de Abril se desposò por Poderes del Rey Carlos con el Emperador: fuè el Ministro el Cardenal de Saxozeith , que le diò à la nueva Reyna el Sacramen-

to de la Confirmacion ; y el dia veinte y seis del mismo mes partiò para el Tiròl, servida de Lothario Carlos , Obispo de Olnabruch: el dia quince de Mayo llegò à Trento; passò à Brescia incognita ; porque no habiendo los Venecianos querido tratarla como Reyna, rehusò todo obsequio. Por Milàn passò à San Pedro de Arenas, Arrabàl de Genova , y tampoco fuè tratada como deseaba , ni admitiò las Galeras de la Republica, que la ofrecieron. El dia trece de Julio partiò en la Armada Inglesa, que mandaba el Almirante Lake, y à dos de Agosto llegò à Barcelona , adonde fuè recibida con las mayores demostraciones de jùbilo por el Rey su esposo , nuevamente enamorado de su belleza , y de las altas calidades de modestia , prudencia , y Virtudes Morales , que la servian de adorno , habiendo tan de veras abrazado la piedad de la Religion Catholica, que parecia, que habia sido educada desde su infancia en ella.

No pudiendo yà sufrir mas el largo Sitio la Plaza de Oràn , y faltandole Viveres , y Municiones , se rindiò à los Africanos ; pero la lexania hizo despreciar esta pèrdida, aunque era mayor de lo que los Franceses ponderaban en la Corte del Rey Phelipe , donde vivia de asiento la discordia , y ayudaba à que echasse estas raizes el Duque de Orleans , declarado enemigo de la Princesa Ursini , à la qual queria de nuevo echar del Palacio ; pero como no la podia apartar de la Reyna, eran inutiles sus esfuerzos , aunque se habia conjurado con los del contrario partido à la Princesa , que no eran pocos. Su Madre la Palatina lo solicitaba en Paris por medio de la Señora de Maintenon , y del Delphin, que cansado de oír tantas quejas de los Españoles, asentia al dictamen del Duque. El Rey de Francia no se resolvió à embiarla à llamar, por no disgustar à la Reyna , dando credito à las cartas de Amelot , favorables à la Princesa , con quien se habia estrechamente coligado , para resistir al poder del Duque de Orleans , que con tener las Armas en las manos , era casi dema-

fiado,

fiado, y pretendia reglarlo todo à su arbitrio, aunque el Rey no le dexaba tratar mas que en cosas de Guerra. Esta la queria hacer à su modo el Duque, y lo repugnaba Amelot, de quien, y de la Princesa dependian las asistencias para el exercito, sin las quales todas las idêas eran inútiles.

Esta discordia hubiera acabado con la España, si no la hubièsse preservado una oculta providencia; porque parece que tiraban todos à su ruina. Habia atraído à sí el Duque muchos Magnates Españoles, como eran el Duque de Montalto, y el de Montellano, el Marqués de Mancera, y otros adversos à la Princesa. No querian estos mas que el bien del Rey; pero el Duque le posponia à sus particulares fines, como los mas de los mortales, que se sirven à sí mismos, glorian-dose de que sirven al Rey. Esta es una infelicidad de los mas de los Principes, con no pequeña injuria de los Vasallos.

El Reyno de Valencia le governaba el Cavallero de Asfelt. Habia se buuelto à Francia el Duque de Bervich, que habia sido llamado para el Exercito del Delphinado, y quedó arbitro de la Guerra el de Orleans, que habia procurado apartar à Bervich; porque le daba alguna sujecion su dictamen, y su presencia. No lexos de Fraga, en Torrente, se juntò el Exercito, y parte de él se destacò con el Conde de Estain àzia Castellón de Farfania; para juntarse con el Duque de Noailles, que tenia intencion de poner su Campo en Urgel. El Señor de Mombasar ocupò las Montañas, y los Regimientos de Asturias, y Pamplona à Benabarre, por ser dueños del Puente, y del Valle de Venasque.

Para mandar su Exercito habia el Rey Carlos llamado al Conde Guido Starembergh; porque era solo entonces Stanop el Xefe de las Tropas de Cathaluña, habiendo muerto el Conde de Noyelles, no sin alguna sospecha de veneno, teniendola el Rey Carlos de que estaba el Conde corrompido del oro de los Franceses.

Los

Los Alemanes cortaron la llanura de Tarrogoná con una bien fortificada linea; y aunque estaba tan adelantado el tiempo, y ya en Campaña las Tropas del Rey Phelipe, desde diez de Mayo no parecia el Exercito Austriaco, aun habiendose divulgado la voz de que el Duque de Orleans pensaba sitiar à Tortosa, y echando un Puente en Flix, pasar el Ebro; pero se lo impidió lo poco firme del terreno, por lo mas pantanoso, y se hizo un Puente de Barcas en Mora: pusieronse doce Batallones de la otra parte del Rio, y se mandò venir à Asfelt de Valencia con sus Tropas, y el Destacamento del Conde de Arenes.

A veinte y siete de Mayo llegó à Barcelona Starembergh, y se acampò en Montblanc. El Duque de Orleans se adelantò à Ginestar, y el de Noailles, al Ter: no pudo ocupar el Puente; porque le defendia el Principe Enrique de Armeñad. No traxò la Armada de Lake gète de desembarco; porque la habia menester la Reyna Ana, para guardar su Casa, y así solo tenia el Rey Carlos diez mil hombres, estando por la frente acometido de los Españoles, y por un lado de los Franceses àzia Girona.

De Ginestar se destacò à Don Francisco Caetano con 800. Cavallos, y 200. Infantes, para ocupar à Falsset, que le presidaban 900. Alemanes con 500. Cavallos. Salieron estos del Castillo, para oponerle: travòse una pequeña Batalla, y luego huyó sin jugar Armas la Cavalleria Austriaca: la Infanteria peleò valerosamente una hora; pero al fin fué de los Españoles vencida: la mayor parte quedó prisionera, y ocuparon los Vencedores à Falsset. En esta accion se distinguieron Don Manuel Sello, el Conde de Glimès, Cerezeda, los Marqueses de Lambert, y Sandricurt.

Se embió à reconocer à Tortosa à Don Joseph Vallejo, que lo executò puntualmente, y volvió con gran cantidad de Ganado, que quitò à los Enemigos. La mayor dificultad que tenia Tortosa, era, llegar à ella por lo angosto de los passos, donde no tenia refugio el

li

yen

vencido. Habíase de subir Artillería por Collados asperísimos, Municiones, y Viveres, para tiempo indeterminado; porque estaba bien fortificada la Plaza, y prevenida á sufrir el Sitio desde la Batalla de Almaná. Diez mil Cathalanes guardaban los passos, gente á propósito para esto, acostumbrada á las Selvas, y á andar descalços, ó con alpergatas por los riscos.

Estas dificultades no amedrentaron al Duque de Orleans, aunque el Exercito desaprobaba la empresa. En 10. de Junio marchó la mayor parte de las Tropas ázia Bitem, con el Señor de Davere; otra con el Señor de Giofreville, mas allá de Tortosa, pasando el Ebro, para que quedasse bloqueada. Un Destacamento, como formando con Giofreville una paralela (dexando el Rio á la derecha), se acercó á la Plaza, y echó un Puente. Opusieronse los Cathalanes á estas marchas; pero fué en vano; porque ni tabian disputar los passos, ni se formaban: daban en pequeñas divididas partidas una descarga, y huían: cien Granaderos hacian volver la espalda á un millar de ellos. El Duque de Orleans siguió con lo restante de la gente, y á doce de Junio ya tenía el Exercito estendida la derecha al camino, que vá á Tarragona: la izquierda se dilatò hasta el Puente; y por donde la Ciudad está como defendida del Bosque, se aloxaron sin dificultad los Españoles, cuya Cavallería corria hasta el Mar, por quitar á la Plaza los focorros que querian introducir diez Naves Inglesas.

Starembergh estaba con su Exercito en la llanura de Tarragona: habia en él gran numero de Cathalanes, que los llamaban Caravineros de Campaña, y solo servian, para consumir Viveres. Los Franceses ocuparon el Convento de los Capuchinos de Tortosa, y tomaron los Alemanes, que los Enemigos tenía de reserva. Así embió la Artillería por el Ebro en Barcas; y para comunicarse con sus Tropas, mandò erigir el Duque de Orleans otro Puente, que á veinte de Junio ya estaba concluido. La noche de este dia se abrió la Trinchera.

Ti-

Tiróse una paralela, que abrazaba el Convento de los Carmelitas; y para que no lo impidiese la Plaza, se fingió un asalto.

Aunque el Cañon enemigo jugaba con felicidad, perfeccionaron los Franceses sus Obras, plantóse la Artillería en dos ordenes, y en una los Morteros: despues se quisieron aumentar, y costò mucha sangre; entonces murio el Coronel Moncanao, Francés, hombre del mayor brio. Una bomba quemò el Convento de los Carmelitas, donde estaba la mayor fuerza de la Plaza. Tres horas durò el fuego, y consumió el edificio.

La misma noche hicieron los Sitiados una salida en dos partidas por ambos extremos de la Trinchera, fue la accion viva, y sangrienta, llegaron las Baterias, y las defendió valerosamente el Regimiento de Barois, el de Guardias, el de Rosellón Viejo, y Milán: quedaron presos algunos del Regimiento de la Reyna Ana, y muertos muchos: la pérdida de los Sitiadores fue igual. En uno destes dias acabando de dezir una blasfemia un Soldado Español, que jugaba con otros, una Bomba le quitó la cabeza con el carmiento de los demás.

Mandando la Trinchera el Duque de Abré, con el Mariscal de Campo Duque de Sarno, y el brigadier Lambert, hicieron de la Plaza otra salida la noche del dia treinta: duró poco el combate, pero fué cruel: nada de los trabajos deshicieron los Sitiados, y se retiraron con perdida. Esta noche movió su Campo Starembergh de Való á Reus, para dar alguna aprehension á los Sitiadores; pero ellos no la tubieron, y prosiguió el Sitio, aunque con gran trabajo, y dilacion, por lo duro del terreno, lleno de peñas, mucho mas frecuentes, quanto mas cerca de la Plaza. Era precuso traer de lexos la tierra, y así costaban mucha sangre los aproches, y mucho mas los ramos, que se tomaban contra el camino encubierto. La noche del dia primero de Julio fué tanto el estrago, que ya no querian los Soldados trabajar, y lo hicieron herejicamente los

Oficiales, tomando la Zapa. Cayeron muchos; pero se perficionò en aquella noche la Obra, que la visitò muchas vezes intrepidamente el Duque de Orleans, repugnandolo los ruegos de los suyos.

Todo el Trabajo era infructuoso; porque faltaban Cañones de batir, que por agua se traian desde Miravet, y por esso se destacò con seiscientos hombres al Señor de Giofreville, para asegurar los caminos, que infestaban los Cathalanes, y para echarlos del Hospitalet se embió à Cerezeda, que socorrió à tiempo à D. Francisco Arciaga, el qual con solos treinta hombres mantuvo un puesto, atacado de 460. Cathalanes, y nunca vencido.

Yà se batia en brecha contra el Baluarte de la derecha, los fuegos de los lados, y la cortina; pero mas terror ponía en los Habitadores el estrago de las Bombas. La noche del dia seis de Julio avisaron con cohetes de su riesgo à los suyos; esto puso en mayor esperanza à los Sitiadores. Como estaban las Trincheras guarnecidas de palos, y faginas, se prendió facilmente fuego à una parte, volando del fogón de un Cañon la llama, de suerte adelantada en lo arido de la materia, q̄ estando lexos del agua, corrió riesgo de llevarse el fuego las Trincheras, si el Regimiento de Normandia, despreciado el proprio peligro, no le hubiera atajado, cõ pérdida de mucha gente.

El dia 9. de Julio se dió el assalto al camino encubierto: fuè atroz la disputa, por los fuegos artificiales de pez, y betun, que se desplomaba ardiente de los Muros, de donde echaban tambien cantidad de Piedras, y Granadas: nada les embarazaba à los Españoles, y se llegó à las Bayonetas. Governó esta accion Don Antonio de Villarroel con grande arte, y valentia, que lució mas en lo obstinado de la defensa, quedando bien ensangrentada la arena. Viendo que por una hora no se adelantaban los suyos, asistió el mismo Duque de Orleans con heroyca intrepidez, y añadió gente: venció al fin, y se alojò en el deseado parage; pero no muy seguramente; porque no lo permitia el fuego de los Sitiados, que lue-

go assaltaron à los Sitiadores, y se renovò mas feròz la disputa; pero sin dexar de delear, se alojaron mejor, y se retiraron los Defensores.

Tubieron en la Plaza Consejo de Guerra, y el dia diez hicieron llamada. Se formaron las Capitulaciones, y al fin de ellas no quiso venir en lo acordado el Duque, si no se le entregaba juntamente el Castillo de Arés, y la Torre de San Juan, que està junto al Maravino en lo primero el Governador de la Plaza; pero sobre la Torre no tenia jurisdiccion: dieronsele honrosas Capitulaciones, y se entregò Tortòsa, con la qual se tenia mas en freno à los Rebeldes del Reyno de Valencia, que se habian unido à los Cathalanes.

Mordió la fama al Governador, por poco defendida, pues podia aún mantenerla una semana, que bastaba para que el Duque levantasse el Sitio; porque no tenia Viveres, ni Municiones para dos dias mas, por maliciosa traycion à su persona, que le hacian la Princesa Ursini, y Amelot, para que perdiessse el credito, y le sacasse el Rey Christianissimo de España (tan monstruosas como esto son las Cortes, donde el primer idolo es el proprio interès.) No concurrió la prudencia à hacer feliz esta empresa; porque en ella el Duque atropellò mil dificultades, no sin riesgo: toda la gloria se debió à la fortuna, y al valor. Los que juzgaban por el exito, engrandecian al Duque: sus emulos le notaron de temerario, é inconsiderado; al fin, la gloria de vencedor no se la debemos quitar.

Importabale al Duque de Saboya mantener viva la guerra, y assi determinò atacar al Delphinado por Granoble. Opusosele el Marquès de Villars, quando el Duque estaba acampado en el Valle de Moriana, y habia hecho un Destacamento, adelantando 6y. hombres con el General Scolembergh, à quien ordenò, que por el Collado del Rove baxasse al Valle de Oulges. Todo se executò felizmente; asegurando los caminos los Barbetas, que tenia muy à su devocion el Duque.

Los Franceses, fortificando à Exilles, y Fenestellas,

ocuparon à Sazena, y el Monte de Ginebra: mandaba estas Tropas el Señor de Muret. No se le escondió à Villars, que queria el Duque sorprender à Briancon, pues con esto cerraba los passos para el Piamonte, y los abria al Delphinado; y así mandò al Señor de Artañan, que ocupasse el Collado de Briancon, y fortificandolo angosto de las sendas, impobilitasse al Duque su designio. Con esto tambien asseguraba à Muret. El Duque se acercò à Sezana, aconociòle Villars; veniòle, y fuè obligado à retirarse: no fuè grande la perdida; pero le desvarataba sus idèas. Entonces còvirtió el Duque las Armas contra Exillès, y Fonestellas: la primera Pláza la ganó con poco trabajo; pero con mayor la segunda; porque tenia mil Presidiarios; defendieron-se quanto fuè posible; pero al fin quedaron prisioneros. Lo demás de la Campaña (que no fuè dilatada por lo frio del parage) se pasó en acciones de poca entidad; porque lo escabroso del terreno no permitia venir muchas veces à las manos.

Esta guerra confirmaba en su servidumbre à la Italia, donde yá explicaban los Alemanes lo aspero de su genio. Gemian sus Principes, y sus Republicas; pero era en vano; porque estaban por todas partes ceñidos de Tropas, y à ellos les faltaban, no teniendo valor, ni aun para la queja (tanto los asombraba el poder de los Austríacos).

El Pontifice pensò alguna vez sacudir el yugo, que à sus Estados amenazaba; pero no hallò aprobacion en los Cardenales; porque los mas eran de la faccion del Imperio, y los neutrales no amaban la inquietud de la guerra.

Don Horacio Albani, hermano del Pontifice, dividió sus hijos en ambas facciones de Francia, y Alemania, para afianzar la seguridad de su Casa, que la estaba construyendo, sin mucho ruido, y atesorando riquezas.

El Cardenal Grimani, y el Embaxador Cesareo, Marqués de Priè, llenaban la Corte Romana de ame-

nazas. Los Hereges inflamaban esta Guerra contra el Pontifice, mas por odio particular, que por interés; porque ni los Ingleses, Olandeses, y Protestantes de Germania le tenian en que el Emperador ajasse, y destruyesse la Italia. Pidió passo à sus Tropas de Napoles para el Milanès: acordòsele con nunca observadas condiciones; porque habia el Vi-Rey de Napoles, Conde Daun (que sucedió à Martinitz), ordenado oprimir de intento à los Vassallos del Papa: y à imitacion de lo que hizo el Principe Eugenio en Milán, habia confiscado los bienes, y la renta de los Beneficios Eclesiasticos de los que estaban ausentes, prohibiendo para Roma toda extraccion de dinero, ni aun por Bulas; y para buscar pretextos, se quejaba de que habia presidido el Pontifice à San Ciprian, Frontera de Napoles, con quatrocientos hombres, y erigido dos Fortines. Embió Daun quinientos Cavallos, que passaron despues à Ferrara. Con este apoyo suscitò sus antiguos derechos el Duque de Modena, y todas eran trazas, para amedrentar à los Romanos.

Viòse en muchos Lugares de Italia, y en Roma un Manifiesto, que con arte hicieron los Alemanes. „ Daba „ las razones porque se debia despojar al Pontifice de „ la prerrogativa de que fuesen feudos de la Iglesia las „ dos Sicilias: Que no debia el Rey de Napoles pagar „ el solito reconocimiento, ò tributo, y que se le de- „ bían quitar los Estados de Aviñon, y Benevento, como „ usurpados de Clemente Sexto, y Pio Segundo: Que „ no tenia valor alguno la transacion entre Carlos Quinto, y Clemente Septimo, sobre la eleccion de los „ Obispos, que pertenecia enteramente al Rey: Que „ se habia de extinguir la alternativa entre ellos, y la „ Curia Romana, à quien no tocaba dár Beneficio al- „ guno en los Dominios Reales, si solo à los Prelados, „ sin que pudiese aquella imponer pensiones, ni tomar „ el Papa dinero por Bulas: Que se habia de suprimir „ el Tribunal de la Nunciatura en Napoles, y el que „ tiene à su cargo las Obras Pias, y las mandas para la

„ Fabrica de la Iglesia de San Pedro , reservando á los
„ Obispos el administrarlas.

Todo esto no se habia decretado en Barcelona , ni en Napoles ; pero lo amenazaban los Tudescos , y dispusieron , que en la Dieta de Ratisbona se declarasse no tener la Iglesia accion alguna á los Estados de Aviñon , y Benevento , y que se adjudicasse Mantua al Emperador , sin oír la Parte ; porque aun vivia el Duque , que murió poco despues en Padua.

Como los Alemanes daban muestras de quererse acuartelar en el Ferrarès , mandò el Pontifice juntar sus Tropas , y llamó á sus subditos , que servian en los Exercitos de otros Principes. Obedecieron pocos ; porque qualquiera desea servir á un Principe grande. Levantaronse en Aviñon dos Regimientos , que passaron con las Galeras Pontificias : Fortificòse á Ferrara , y todo era un aparato inutil de Guerra , de que hacian burla los Alemanes ; porque nunca podia el Pontifice juntar Tropas que los resistiesen.

Passò el Principe Eugenio de Saboya á Viena , y fuè llamado á Milàn el Conde Daun , á quien sucedió en el Vi-Reynato de Napoles el Cardenal Vicente Grimani , hombre aspero , turbulento , y poco atento al Summo Pontifice ; y como debia por muchos titulos serlo , partiò sin despedirse , y esto le diò al Papa aprehension ; porque parecia declarar la guerra. La hacia el Emperador á la Iglesia ; pero no la confessaba. Todo lo aplicaban los Alemanes á la necesidad de asegurarse en Italia , y al desorden de los Soldados , mal reprimidos de industria , ó aduersos á la Santa Sede ; porque habia en los Regimientos de los Principes de Alemania gran cantidad de Hereges , y muchos Cuerpos de Tropas lo eran enteramente , las de Saxonia , y Hesseca- set , Hannover , y de los Circulos de Suevia , y Franconia.

El Papa nombrò por General de sus Tropas al Conde de Salsburgo , que fortificò las Fronteras de Napoles , y juntò mil hombres. Los Alemanes propusieron ajustes

ajuste ; y como se decidiese en Ratisbona la quida de si eran Parma , y Ferrara feudos imperiales , el Emperador escribiò á todos los Cardenales del Sacro Colegio , menos á los de la contraria faccion , justificando , que debia declarar la guerra al Pontifice , sino desistia de tener por sus feudos á Ferrara , y Parma ; y empezó sus razones , ocupando á Comachio , para apretar más á Ferrara.

Esto era yá despojar de sus Estados á la Iglesia , con el pretexto de un pretendido alto dominio , que sobre Comachio tiene el Cesar , alegando , que nada , sin la junta de los Principes del Imperio , y su consentimiento , pudo dár á la Iglesia Carlos Magno de los Estados Imperiales ; porque los derechos á lo alienado no se perdian , ni con la benigna tolerancia de tantos siglos.

Todo era infundirle más terror al Pontifice , á quien mantenian algo las persuasivas del Cardenal de la Tremoglie por la Francia , y el Duque de Uzeda por la España ; ofrecieronle 150. hombres , si hazia con ambos Reyes liga ofensiva , y defensiva : yá sabian , que no se los habian de dár ; pero le sostenian con esperanzas , para hazer alguna distraccion á las Armas Austríacas. No entendió luego esta politica el Pontifice , y creyò poder tener un Exercito de treinta mil hombres , si se le daban los que le prometian , y esperaba traer á la Liga algunos Principes de Italia.

Para confiarle mejor , embió el Rey Christianissimo á Roma por Embaxador Extraordinario al Mariscal de Telsè ; por España passò sin caracter el Marquès de Monte-Leon , que era Embiado del Rey Phelipe en Genova , para que ayudasse al Duque de Uzeda , cuya quebrada salud no era capaz de grande aplicacion , ni la tubo assidua á los negocios de España , despues que se perdió el Reyno de Napoles , y él la esperanza de poder lograr aquel Vi-reynato , al que aspirò siempre. De sugetos , que le trataban intimamente , sabemos , que desde entonces enagenò su animo del Rey Catho-

fico, y adherió secretamente à los Aufriacos, pero con tal cautela, que lo penetraban pocos, porque le veían Ministro del Rey, y con no vulgar aplauso en la Corte, donde enteramente se ignoraba la perversa intención del Duque.

A las Juntas, que por las dos Coronas se hazian en Roma, asistían el referido Duque, el Mariscal de Tese, el Cardenal de la Tremoglie, el de Cano de la Sacra Rota D. Joseph Molines, y el Marqués de Monte-Leon; pero el Papa habia menester Tropas, y no discursos, ni consejos: moderaban su animo su hermano, y sobrinos, à quienes no convenia la Guerra, porque se gastaba el dinero; y aunque se sacó del Tesoro de Sant Angel, mucho de lo suyo gastaba el Papa, y aplicaba à la causa publica algunos arbitrios, que producian dinero. Determinò sitiar à Comachio; pero vió la imposibilidad, habiendose fortificado aun más de lo preciso los Alemanes, que sorprendieron à Ostelato, para internarse mejor en los Estados Pontificios, donde executaban los Herejes tan horrendas, y sacrilegas insolencias, que ofraron matar à un Sacerdote, estando celebrando el Sacrificio de la Misa, y en las heridas se metieron por desprecio las Hostias Consagradas, que estaban en el Copón, por ver (decian) si Dios, que en ellas estába, le volvía la vida.

El Emperador despreciaba estas quejas, y respondia, que esto no era guerra, y que la habia prohibido contra el Pontifice, que era insolente militar licencia de los Soldados, que mandaria castigar; pero que no podia restituir à Comachio, por no dexar indecisas las razones del Duque de Modena, à cuya Familia lo habia dado Federico III.

Diciendo esto, se adelantaban sus Armas, porque tambien tomó à Bondeno, y detubo prisionera la Guarnicion; y con todo esto asseguraban sus Ministros en Roma, que no era Guerra, bien que luego tomó tambien à Stellata, y se acampò junto à Ferrara el Conde Daun. Retiraronse las Tropas Pontificias. Con esto estaba

Fer

Ferrara bloqueada, y debastada cruelmente toda la Tierra de Bolonia. Tomò Quarteles en los Estados Pontificios el Alemán, corriendo la Cavalleria hasta Immola, y Faenza. Consternose Roma, cerraronse de ella tres puertas, y se introduxo Presidio. Los Franceses, y Españoles no le daban al Papa más que palabras, quando los Alemanes ya más vecinos obligaron à Marsilli à retirarse à Pésaro.

Defendia con treinta mil hombres el Rio Mosa el Principe Eugenio. Con setenta mil marchaba el Duque de Malburch contra el de Borgoña, y Bandoma. Este se le dió à aquel por Consejero; pero el sistema del Duque de Borgoña era conservar el Exercito, y nunca exponerle à una Batalla; porque no tenia otro la Francia. De aqui nacieron algunas disensiones, siendo de contrario dictamen Luis de Bandoma, cuyo genio ardiente, y desembarazado tocaba en lo temerario, alentado de que constaba el Exercito de los Franceses de ochenta mil Veteranos.

El Inglés se adelantò à Lobayna, y tenia como por antemural el Rio Ischia. Ambos Exercitos querian ocupar su fértil llanura; pero madrugò más el Inglés, se aloxò en ella, y se fortificò, echando tambien dos Puentes al Dile.

Con quatro mil hombres sorprendió à Gante el Duque de Borgoña. Retiròse el Presidio al Castillo, que llaman Sas de Gante; pero al fin se rindió despues por falta de Viveres. Iguálmente feliz el Mariscal de la Mota, tomó à Brujas.

Avísado de esto Malburch, se movió à vigilar sobre Meminga. Entraron los Aliados en aprehension del poder del Exercito Francés, y se llamó al Principe Eugenio, que vino con toda la Cavalleria; pero la situacion del Exercito de los Aliados no podia embarazar sus progressos al Duque de Borgoña, si passaba la Eschelda, y aun corria peligro Malburch de ser vencido, obligado en aquel parage à una Batalla: por esto partiò de improviso el dia nueve de Julio, y passando por

Kk 2

Ath

Ath el Dender, acercandose à Odernada, y sorprendiendo las Centinelas abanzadas del Francés, y la Gran Guardia, echò dos Puentes à la Esquelda, y luego empezaron à passar sus Tropas.

Habia el Duque de Borgoña, ignorante de esto, embiado por Graven al General de Virón con 30. Esquadrones, para que passasse el Rio, mientras con lo restante del Exército seguia el Duque; pero llegó à tiempo, que habia casi passado la Vanguardia de los Enemigos. Informado el Francés de esto, mandò atacarlos; pero no podia Virón hazer más, que castarlos con escaramazas: Los Ingleses, y Alemanes los sostenian, mientras passaba la Infanteria.

El Duque de Borgoña marchò à rienda suelta à socorrer à Virón: la Infanteria no pudo apresurar tanto sus passos; pero acudieron los Oficiales con el Duque de Bandoma, y el de Berri: el terreno estàba cortado de Canales, y tan angosto, que no se podia dàr Batalla, explicando en la debida forma las Tropas; y assi era tan estrecha la pelea, que ni en la boca del fusil servia la bayoneta, y la tomaban los Soldados con la mano.

Los Franceses padecian mayor estrago; porque como entòces toda su fuerza estàba en la Cavalleria, y esta no podia combatir, tenian grã ventaja los Ingleses, además de que estàban los Franceses sobre una margen de arena muy alta, y ruda, que les impedia los necesarios movimientos. Por momentos entraban à la accion nuevas Tropas Alemanas; y aunq̃ llegó yà la Manguardia de los Franceses, defendian sus enemigos la orilla del Rio con más felicidad, por estar más bien situados, y porque no podia estenderse en linea el Francés por lo estrecho del parage. Llegò la noche, y cesò la Batalla. En el mismo lugar, en que peleaba, se quedó Malburch. El Francés se retirò al Confín de la Selva à distancia de tiro de fusil, pero vencido; porque no pudo echar à los Enemigos de las orillas del Rio, y porque perdió doble gente. Los Alemanes perdieron dos mil hombres.

Antes

Antes que amaneciese el dia doze, le llegó todo su Exército al Duque de Borgoña; y luego al favor de la sombra, passando en Gante los Rios, se acampò detrás del Gran Canal, estendida la derecha à Brujas, y la izquierda à Gante; y porque no faltasse la comunicacion entre Brujas, y Neoport, sorprendiò à Plasental, pequeño Castillo, situado al extremo del Canal de Brujas, donde empieza el de Neoport. Assi se comunicaban tambien Gante, y Dunquerque.

Temiò ser sorprendido del Señor de la Mota el Governador de Ostende, y llenò de agua la Ciudad. Mucho zelebraron haber passado el Rio los Aliados, permaneciendo un ingrato rumor contra la fama del Duque de Borgoña, que lo habia permitido. Deste hecho diò quenta por extenso al Rey Christianissimo el Duque de Bandoma, y del descuido tan pernicioso à sus intereses; porque muchos dias antes habia sido Bandoma de dictamen de passar la Esquadra, y atacar à los Enemigos. Algunos creyeron en el Duque de Borgoña siniestra intencion, y afectado descuido, no queriendo vencer, por obligar à la Paz à su Abuelo, pero esto es dificil de averiguar.

El Duque de Bervich sacò venticinco mil hombres del Rhin, y los juntò al Exército del de Borgoña. El dia catorce passò Malburch el Rio Lisa, y ocupò las alturas de Varentón, y Comines, y con esto puso en contribucion el Pais de Atois, y casi hasta Arràs: su Campo tenia à Meminga la siniestra, y la derecha à Roufellar. A los que à el passaban desde Odenarda incomodaba mucho la Guarnicion de Tournay, à la qual añadió gente el Duque de Bervich. Lo propio hizo con Ypre, y se passò à Lilla.

Ocuparon las lineas de Comines los Alemanes, é Ingleses, que estàban yà desamparadas del Francés. Por una, y otra parte se encendian las hostilidades contra la Flandes, fatigada de agravios, y contribuciones. Juntòse con Malburch el Principe Eugenio, y passaron à Bruselas ciento y diez Piezas de Artilleria por el Ca-

nal

mal de Brujas: aún estaba oculto el designio; pero corria voz, de que se intentaría el Sitio de Lilla, donde se encerro el Mariscal de Boufflers.

Con sus marenas también amenazaba à Mons Malburch, y por esto puso Bervich su Campo entre esta Plaza, y Nivelli. A cinco de Agosto se junto al grande Exercito el Conde de Tilli: traxose de Bruselas gran cantidad de Viveres, y yà no habia duda, de que se enderezaba todo contra Lilla. Para guardar las Plazas, que dexaban los Ingleses atrás, se mandò al Principe Hereditario de Hessecafsèl, que con un Cuerpo de Tropas se acampasse en Bruselas.

A catorce de Agosto se presentò à vista de Lilla el Principe Eugenio, que era quien mandaba el Sitio, y no pudo sin gran sangre ocupar los puestos; porque el Mariscal de Boufflers le disputaba qualquier palmo de tierra, y perdiò antes de tomarlos 1300. hombres. 120. tenia la Plaza de Guarnicion, y 1500. Cavallos: Nada le faltaba para una larga, y vigorosa defensa sino Viveres. Malburch observaba el Exercito del Duque de Borgoña, que estaba en Maldeguen, à quien se junto Bervich con 400. hombres sacados de las Plazas más vecinas al Mar.

El dia catorce atacaron los Sitiadores el Castillo de Cantelech, situado en la alta Ribera del Rio Dola, sin el qual no podian formar la linea; pero fueron rechazados. Intentaron cortar un Dique, que habia formado Boufflers, para inundar el campo enemigo à su tiempo, si se extendia à la parte inferior de la Ciudad: la noche del dia 16. embió la gente necesaria para esta obra; pero habiendo sido avisado de las Centinelas Boufflers, hizo una emboscada de 50. hombres, que acometiendo de improviso à los que vinieron, mataron de ellos 20. y los demás se retiraron. Estas primeras desgracias endurecieron más el animo de Eugenio, y prosiguiò el Sitio. A los 20. de Agosto yà tenia formada la linea de circunvalacion, abierta Trinchera, y plantadas las Baterías.

A

A cinco de Septiembre el Duque de Borgoña embió el vagage à Tornay, Valencennas, y Condè: Desembarazado el Exercito, marchò à Marchea, que es una altura, que tiene sujeta la parte inferior del Rio, cuyo Puente ocupaban los Ingleses, y habiendo sido acometidos, le perdieron. Esto hacia el Francés, por si podia traer à una Batalla al Duque de Malburch, que no pensaba en esto, y habia fortificado bien su Campo, adelantando un gran Trincherón en en Templemaro, y Entier, y tenia ocupadas ambas orillas del Rio: este Trincherón, y puestos fortificados ganaron los Franceses, y plantaron Baterías contra el Campo enemigo, pero no se podia acercarse à él; porque Malburch, para assegurar à los Sitiadores, se habia fortificado con Fosos, y Empalizadas, estendida la derecha àzia Seclin, detras de un Lago tan cenagoso, que era imposible passarle: otro eligió por antemural de la Izquierda en Frentin, junto à Marquea; y estaban de genero dispuestos los Reales, que era temeridad atacarlos: y assi se cansaba en vano el Francés, provocandole à una Batalla.

Atento solo à su Sitio el Principe Eugenio, la noche del dia 7. de Septiembre atacò el Foso de la Puerta de la Magdalena, y fue tres veces rechazado con gran pérdida; pero à la quarta ocupò dos Angulos sobresalientes; y antes que se pudiesen los Vencedores alojar, prendió fuego Boufflers à tres Minas, que allí habia hecho, y volaron los Alemanes, y Olandeses alayre: salió luego de la Plaza un Regimiento de Granaderos, y echò de aquel lugar à los que quedaron. Esta funcion fue tan sangrienta, y costosa, que yà se quexaban los Olandeses de haber emprendido Sitio tan difícil, y prolixo.

El Principe Eugenio se obstinaba más en su empeño, y no le hazian fuerza estas representaciones, ni la pérdida de la gente. Pidió más Regimientos al Duque de Malburch, para formar los aproches; porque por los Desertores habia sabido, que los Sitiados habian levantado una Trinchera, que abrazaba los Baluartes de

la

la Magdalena, y San Andrés: tenia alguna dificultad traer Viveres al Exercito de los Aliados, y más despues que el Duque de Borgoña se acampò en las alturas de Odenarda, y con varias Partidas embarazaba los caminos, embiando à este efecto un gran Destacamento, que se pusiese entre Ath, y Odenarda: con el Marqués de Senerterra pasó otro a Nall; pero el mayor le gobernaba el Conde de la Mota en Brujas, y Ostende; porque rotos los Canales, se prohibia à los Olandeses embiar Armas, y Viveres à Bruselas, y no podian volver las Barcas, que yà habian pasado.

Ambicioso de gloria, ò estimulado de la dificultad Eugenio, la noche del dia diez y nueve diò el asalto al camino encubierto con ocho mil hombres, que fueron no pocas veces rechazados del valor de los Defensores, y se retiraron, dexando muertos dos mil. La noche del dia vintiuno volvió al mismo asalto con quince mil Soldados escogidos, que embió Malburch, y no tubo entonces mejor suerte; porque habian cobrado tanto horror los Sitiadores, que yà no obedecian à los Oficiales (tan vivo, y tan tremendo era el fuego de la Plaza, y con tanta vigilancia, y esfuerço la defendia su Governador).

Mandò el Principe dar beverage à las Tropas en mayor porcion, que la acostumbra, para que el ardor del vino hiziesse despreciar el peligro. Con esto mandò se diessè un general asalto à las fortificaciones exteriores, y principalmente à una tigura bien construida, que estàba junto à la Puerta de la Magdalena: no acometieron al camino encubierto, que estàba à una, y otra parte contra las Fortificaciones exteriores: la tigura no le tenia; y como sobre ella estaba un Bastion, que la dominaba, y otros à los lados, era ardua, y difícil la empresa, aunque las brechas estàban. à proposito, para ser asaltadas; porque se batia con cien Cañones. Tres veces echò fuera del Muro la Guarnicion à sus Enemigos, nuevamente rebeldes al precepto, y amedrentados de tanto estrago.

Vien-

Viendo esto el Principe Eugenio, se encaminò el primero con una Compania de Granaderos al mayor peligro, para dar el quarto asalto, que fue tan impetuoso, que no cabe la ponderacion en la pluma, pues al exemplo del Principe, todos los Oficiales ocuparon la primera fila: disputòse acerrimamente, y ocuparon los Sitiadores el Angulo externo, que sobrefalia de en medio de la tigura: fue el Principe levemente herido de un fusilazo en la frente sobre la ceja izquierda, y murieron allí mas de dos mil hombres, la mayor parte Oficiales atrevidos, y esforzados: Ni aun con haber ganado este poco sitio estaban libres del peligro; porque la cortina del Muro, que estaba un poco de trás de la tigura, y los dos Bastiones de los lados disparaban incessantemente.

El dia ventidos, con no menor sangre, se aloxaron los Sitiadores en el labio exterior del foso, y procuraban llenarle de faginas. El Principe se retirò à sus Tiendas, para curarle; porque el ayre le encrudecia la herida, y acudia humor, y así les faltò à los Sitiadores un gran Gete.

Padecia hambre el Exercito, y yà casi no podia venir mas que de Inglaterra socorro; porque el Conde de la Mota cerraba los pasos, aunque no con gran vigilancia: y así se encargò al Albemarle, el que introduxesse ochocientos Carros de Viveres en el Campo del Duque de Malburch; lo que executò con tanta destreza y felicidad, que pasando por caminos extraviados, y venciendo siempre las Partidas abanzadas de los Franceses con continuadas escaramuzas, llegó à su Campo, que yà no tenia Pan de Municion, y era preciso levantar el Sitio, y aun recibir la Batalla, ò darla al Duque de Borgoña, que la deseaba.

Aquí se culpò mucho el descuido del Conde de la Mota. Con igual valor introduxo à la Plaza socorro, rompiendo un quartel de la Linea por la noche, el Cavallero de Lusembourg, que con el Idioma Alemán engañò à las Guardias abanzadas; no pudo entrar toda la

Ll

Pole

Polvora; porquẽ a uno de los sacos de piel, en q̄ venia, se prendió, y se descubrió ser Enemigos. Tomaron los Sitiadores las armas: la parte, que yá habia pasado las Trincheras, entró en Lilla; y la que quedó fuera, se retiró á Duay.

Hizo el Cavallero de Lusembourg, con la gente nueva mente introducida, una salida contra las Trincheras, de las quales no pudo arruinar ninguna; porque los Sitiadores vigilaban en ellas, y habian ocupado algunos caminos encubiertos de las exteriores Fortificaciones: despues con gran dispendio de sangre las ganaron todas, y adelantaron sus Baterias al Cuerpo de la Plaza hallandose presente yá el Principe Eugenio; por estar mejorado de su herida.

El dia diez y seis de Octubre batieron con sesenta Piezas de Cañon, y despues construyeron otra Bateria de quarenta. Yá tenia el Sitio sesenta dias, y les faltaba á los sitiados los Viveres. Estaba abierta en su justa longitud la brecha, y llenado el Foso. Todo habia costado gran sangre, sin haber el Mariscal de Bouffers omitido circunstancia para la defensa, y executando quanto pide el arte, y el valor militar. A instancias del Pueblo pidió el dia ventidos Capitulacion, y ofreció entregar la Ciudad, reservandose el Castillo. Consintió en esto el Principe Eugenio, y nada negó de quanto se le habia pedido, diciendo: *No era razon negar cosa á Defensor tan esclarecido.* Los Articulos fueron setenta y quatro, y el primero de ellos fue, que se conservaria en la Ciudad la Religion Catholica.

Retiró Bouffers al Castillo seis mil hombres de Infanteria, que le quedaron, y las necesarias Municiones. Empezaba nueva Guerra; porque el Castillo es uno de los mejores de Flandes, ceñido de dos Muros, y de dos Fosos, y guardado de los mas bien entendidos Baluartes. La Cavalleria pasó á Duay con todos los honores militares. El dia ventinueve se empezó á abrir la Trinchera, no con tanta celeridad; porque estaban cansados los Sitiadores, y faltaban Polvora, y Balas:

ma-

mayor penuria habia de Pan, y así se embió al Principe de Heffecafel, para que de qualquier forma embiase Trigo del Pais de Artois; porque el que estaba en Ostende, traidor de Inglaterra, no le dexaban pasar los Franceses, yá mas avilados del escarmiento, y se habia estendido el Exercito del Duque de Borgoña como bloqueando la Esquelda, para que no pudiesse subsistir el de los Enemigos.

Puesto en este extremo Malburch, era preciso, ó passar el Rio, ó perecer. Toda la esencia de este hecho consistia en guardarle bien, con lo qual eran casi vanos todos los passados triumphos de los Aliados.

Vino desde Paris el Señor de Chiamillar, Ministro de la Guerra, al Exercito del Duque de Borgoña, y el Duque de Baviera pasó á Mons. Junto se Consejo de Guerra, y asistieron á el los Duques de Borgoña, Berri, Bandoma, Bervich; el Señor de Chiamillar, y el Conde de Bergeich, Ministro del Rey Catholico en Flandes. Dividieronse los dictámenes, y al del Duque de Borgoña se opuso Bandoma con libertad mas que de Vassallo, llevado de su zelo, y su experiencia; porque las disposiciones no eran las mas proprias, para guardar el Rio, en que consistia toda la gloria de la Campaña, y toda la utilidad. Los de más de la Junta lo entendian como Bandoma, pero la necesidad, ó la lisonja imponia silencio, viendo claro el systema del Duque de Borgoña de querer con desgracias obligar á su Abuelo á la Paz. No lo ignoraban los Enemigos; y aunque estrechados en un angulo de tierra en que sin Batalla habian de perecer, con solo prohibirseles la opuesta orilla del Rio, no dexaron el Sitio del Castillo de Lilla.

El Duque de Baviera no creyó tan contraria politica á sus propios intereses en un Nieto del Rey Christianissimo, heredero de la Corona. Sabia el infeliz estado del Exercito enemigo, y q̄ yá no les dexaba sacar de la Artesia lo que querian, el Señor de Cheladèt, Francès. Los Señores de Langueron, y fourbiñ prohibian los Canales, por donde desde Ostende passaban algunos

Viveres: tambien estâba roto el que hay desde Neoport à Plasental, y desde este à Brujas. Ocupaban los Franceses los Puentes de Slippen, y Lessingen; y aunque el Duque de Malburch habia embiado al Conde de Cadogan con siete mil hombres à ocupar el gran Canal, que hay desde Ipre à Neoport, el qual, habiendo echado à los Franceses del Puente, corria hasta Loo, sacando con violencia, quantos Viveres era possible; pero luego el Duque de Bandoma, rompiendo el Canal, inundò las Campañas de Neoport, y hazia el agua irreparable guerra.

Por todas estas razones entrò el Duque de Baviera en Bravante con diez mil hombres, ó para llamar allà los Enemigos, ó para tomar à Bruselas; y como aquellos no querian, ni podian salir de su Campo empeñados en Lilla, y solo por la Esquelda debian romper, para socorrer el hambre, se presentò el Duque à vista de Bruselas el dia 23. de Noviembre. Tenia la Plaza dos mil y quinientos Olandeses, y no habia el Babaro su felicidad tanto à las Armas, quanto el amor de aquel Pueblo al Rey Catholico. El dia 26. batiò la cortina del Muro, que estâ entre las Puertas de Lovayna, y Namur; por la noche ocupò el camino encubierto, y la parte del Foso, que no tiene agua, como tambien una media luna, que sobresalia.

En este estado cargò sobre el Exercito Enemigo la dura necesidad de passar la Esquelda, por no perecer de hambre: propusolo assi en una carta, que escribiò desde Lilla à Malburch el Principe Eugenio, aun haziendose cargo de todas las dificultades, y que serian indubitablemente vencidos; pero que era más glorioso morir con las armas en las manos, que de hambre en las Trincheras: Que dexaria muchos Batallones para guardar las que se habian erigido contra el Castillo, y que el seguiria los passos de Malburch, para estar presente à los riesgos.

No tenia el General Ingles otro partido, que tomar; y assi estendido su Exercito en varias partidas à

la orilla del Rio, y echando de noche un Puente à Berhem, y Laure (puestos mal guardados de los Franceses) intentò con gran temor passarle, y por esso fueron pocos, los que llevaban la Manguardia, rezelando alguna emboscada; pero viendo, que nadie se oponia, y que el Exercito Francès fingia ignorarlo, ò lo ignoraba, passò todo el suyo Malburch à vista de ochenta mil Enemigos.

Esta advertida negligencia del Duque de Borgoña no la creeran los que estos Comentarios leyeren; y por respeto à tanto Principe no ponemos aqui la carta, que el Duque de Bandoma, transportado de ira, y rabia de ver descaecer no solo la gloria, pero los intereses de la Francia, escribiò al Rey Christianissimo, culpando al Duque, y con un Desertor embiò copias desta carta al de Malburch, y al Principe Eugenio, quitando de si el borron; porque se reia de las expresiones de sus emulos. El de Borgña se quexò de la insolencia de Bandoma en tan libres escritos, y palabras.

Conociò el Rey Christianissimo la intencion de su Nieto; pero lo disimulò, siempre sostenido el Duque de la Señora de Maintenon, ganada por las artes de la Duquesa su muger. Bandoma fue llamado à la Corte, y solo el Delphin estâba de su parte, que como amaba tanto à su hijo el Rey Phelipe, y conocia quan en su perjuicio era lo que obraba el Duque de Borgoña, aun siendo este su Primogenito, abominaba su dictamen. Se vieron muchas satyras en Paris injuriosas al Duque, y se diò garrote à un Clerigo, que esparciò una en el Loure.

Sacando el Ingles las Tropas, que tenia en el País de Artois, y Furnembach, aumentò su Exercito; tomò de Meminga muchas Piezas de Cañon, y dexando à Roselauro, puso el Campo à la otra parte de la Esquelda: luego dexò el Sitio de Bruselas el Bavaro, y se restituyò à Mons. El Principe Eugenio echò à los Franceses, que estâban en los Collados de Odenarda. El Duque de Borgoña passò à Doay, y mandò, que marchasse allà el

Exercito, adonde se retiraron todos los Franceses, y el Conde de la Mora muy poco gloriosos. Con esto estaban todos los caminos, y cañales abiertos, para traer Viveres al Campo de los Aliados.

Viendo esto el Mariscal de Boufflers, y que ya había perdido el camino encubierto, y el Foso, y tenía la brecha abierta, capituló la rendición de la Ciudadela de Lilla, y salió con todos los honores Militares. Costó este Sitio mas de treinta mil hombres á los Aliados, y quatro millones de libras á los Olandeses, que tomaron posesión de la Ciudad, quedandole solo el nombre al Rey Carlos.

Esta infausta guerra de Flandes ponía siempre en mas infeliz estado á la España; porque le escaseaba la Francia los socorros, atenta solamente á su seguridad. Con todo esto se mantenían los Franceses, que con el Duque de Orleans estaban, y se proseguía con calor la guerra contra la Cataluña, y Valencia. Governaba este Reyno Asfelt (como ya diximos), y no le había perdonado á la fortuna el desayre recibido en Demia; y para restaurar lo que allí perdió de su opinion, determinó sitiárla. Pidió Tropas para este efecto al Duque de Orleans, que las embió en quatro de Octubre con Don Francisco Caetano: á las que quedaban, se las permitió Quarteles de hyvierno.

A los primeros dias del mes de Noviembre dió vista á la Plaza con quinze mil hombres Asfelt: no gastó mucho tiempo en abrir Trinchera, ni plantar Baterias; porque no disparaban los Baluartes, hasta que se empezó á batir en brecha. El dia doce por la tarde se dió un assalto general á las Fortificaciones exteriores, y en dos horas las ganaron los Franceses, aunque se resistió quanto pudo la Guarnicion, que constaba de mil y quinientos Alemanes, é Ingleses: rindióse la Ciudad, y se retiraron al Castillo; pero habiendo Don Pedro Ronquillo ocupado el Convento de S. Francisco pocos dias antes fortificado de los Enemigos, se les prohibió á los Sitiados el Mar. Reconociendo los ataques fue

fue Asfelt levemente herido, pero prosiguió con su empresa, aunque los frios de aquel hyvierno eran horribles. Perfectos ya los aproches, á los diez y siete pidió el Castillo capitulación, y no se le concedió á la Guarnicion mas que el ser prisionera de guerra, y al Pueblo ninguna condicion.

Esta noticia llevó al Rey Phelipe Don Geronimo Solis y Gante, de quien dió tan honrados informes Asfelt, que fue elegido por Brigadier. Alentado con esta Victoria intentó el Sitio de Alicante, y sin perder tiempo embió al Mariscal de Campo D. Pedro Ronquillo, para que tomase los puestos; lo que así executó el primer dia del mes de Diciembre. Siguió todo el Exercito el dia tres, y en el siete se empezó á abrir Trinchera.

La Plaza hacía gran fuego, y había levantado, y fortalecido un Trincherón, que incommodaba mucho á los Sitiadores. Assaltaron estos el Arrabál murado, y le ganaron. Desde allí se batía al Trincherón, que cubría al otro Arrabal; pero le desampararon los Ingleses: en él se alojó luego Ronquillo con todos los Granaderos, y se aplicó el Minador al Muro sin riesgos; porque estaba lexos el Baluarte, que era una simple cortina.

Los Nobles, y hombres principales de la Ciudad se salieron, y embarcaron para Mallorca: La Plebe instó la rendición al Governador Don Juan Ricardo; y se capituló entregando la Ciudad: los Presidarios se retiraron al Castillo, y hubo tregua de quatro dias: se dexaron salir á los Soldados de Cavalleria sin Cavallos, y no se le permitió al Pueblo Capitulación alguna: Era toda la dificultad prohibirles á los Sitiados el Mar, porque venían veinte Naves Inglesas á socorrerlos. Por esso se construyeron en la orilla de él dos Lineas, y se pusieron dos Baterias contra el Castillo, y contra el Mar, haciendo mas fuerte la de contravalacion; porque se temía algun desembarco.

Está el Castillo puesto en una gran eminencia; y

aun

aunque con ramos obliquos subia la Linea à plantar el Cañon à tiro, ni esta podia passar por donde era necesario por los peñascos del Monte, ni se podia dar assalto à un Muro elevado, al qual por largo espacio era preciso subir descubiertos, y fixar el pie en un derrumbadero: Por esto determinó Asfelt minar el Castillo.

Esta obra parecia imposible; porque se habia de penetrar un monte, cuyas entrañas eran de peña viva, y de marmol vasto, pero tan duro, que apenas se dexaba labrar: se habia de elevar la Mina à estado, que rebentando el monte, cayesse el Muro: habia de ser tan larga, y ancha, que hiciesse efecto, y para esto era menester cantidad de polvora, que no tenian prompta los Sitiadores.

Ni aun, si cayessen algunos lienzos de muralla en lugar tan escabroso, era cierto el poder dár el assalto; porque la misma ruina lo impediria, y así no eran muchos de este dictamen, solo si de bloquear el Castillo, y rendirle por hambre; pero firme en su opinion Asfelt, bien fortalecido antes el lugar, en que habia de empezar la Mina, y vueltas todas las Baterias contra el Mar, dió principio à la obra, quando ya fenecia el año, y así escribiremos su exito en el que se sigue.

Conociendo Guido Starembergh quan mala guerra podia hacer, habiendo perdido todo el Reyno de Valencia, y Aragon, y adelantados los Españoles à Tortosa, intentó sorprehenderla: sacò de su Exército à todos los Granaderos el primer dia del mes de Diciembre, y con cinco mil hombres, y una gran partida de Cathalanes partiò à Tortosa: antes de amanecer el dia quatro ocupò una cercana Hermita, y puso Artilleria por donde declina el Hebro: ocupò algunas Fortificaciones, que no tenian aún perficionado el recinto en la Puerta de San Juan, y el rumor aviso à la Guarnicion del peligro, en que se hallaba: acudieron luego à la puerta, que pretendian con hachuelas abrir los Alemanes, y con efecto la hicieron pedazos; pero no pudieron pisar el lindar; porque por dos horas le des-

fendieron con brio los del Regimiento de Blaytoisa, Francès: Otros assaltaron por la Puerta, que llaman de Temple, la qual defendió gloriosamente el Regimiento de Murcia, con no pequeño estrago de los Enemigos.

Con mayor felicidad los que acometieron por la Puerta, que llaman del Remolino, ocuparon el Arrabál, y una gran cortadura, que le separa de la Ciudad: acudiò allí luego con lo mas del Presidio su Governador D. Adrian Betancour, y se arrojó sobre los Enemigos con tal impetu, que à los primeros encuentros quedó muerto; y hubieran flaqueado los Defensores, si la luz del dia no les diese más aliento; porque era tan intrincada, y ciega aquella accion, que se recibian las más de las heridas de los propios amigos, y no podia (por ser aún de noche) jugar la Artilleria de la Plaza.

Los Alemanes ocuparon las casas del Arrabál, y se previnieron, para batir la opuesta cortina, aunque un Baluarte hazia tanto fuego, que no los dexaba trabajar; pero ocuparon el Convento de S. Juan, y se fortificaron, para proseguir los ataques.

No les dexo tomar pie el Theniente de Rey, Señor de Longcamp; y los atacò con tanta resolution con los Granaderos el Marqués de Ordoño, que despues de una sangrienta disputa quedaron prisioneros los que ocupaban el Arrabál. Se distinguieron en esta accion Longcamp, Ordoño, D. Francisco Quiros, D. Diego Amarillo, D. Pedro Sanchez, D. Joseph Felvio, que hizieron retirar à los Enemigos al Convento de San Juan, donde ya se peleaba lexos de la Ciudad.

Contra la Torre de las Campanas de la Iglesia apuntò la Artilleria D. Andrés Patiño; y las piedras, que caian, maltrataban tanto à los que se querian mantener en las Trincheras, que, para no quedar obruidos de la mole, que se desplomaba, fue preciso desampararlas; pero se peleò hasta la noche, y al favor de las sombras retirò su gente Starembergh, y con la que se

quedò, se restituyó à Barcelona, disgustado de la infeliz expedicion, que con su acostumbrada futilidad de ingenio creyò lograr.

Nada de remarcable hubo este año en Estremadura. Mandaba en ella en Gefe el Marqués de Bay, que el dia siete de Mayo se acampo de la otra parte del Campo de Eborá. Los Portugueses se acamparon en Olivenza. Los Españoles eran doze mil Infantes, y seis mil Cavallos; con mil y quinientos de ellos se embió à D. Antonio de Leyva à hazer varias correrías, que no las olvidaban los Enemigos.

Toda la Guerra de la primer Campaña se reduxo à affigir los Pueblos, à robar ganados, y cansar en vano las Tropas, que à nueve de Julio se retiraron à Quarteles. La segunda Campaña empezò por Octubre. El Portuguès se acampò en el Almendrál, y los Españoles se adelantaron à Villagoyna; y despues de saqueada, D. Joseph de Almandariz tomò à Barbacena, en que habia cien Soldados: no se dexò Presidio, y se affolò à Villaquina, y la Atalaya, y nada màs hizieron las Tropas del Rey Phelipe. Las del Rey D. Juan passaron hasta Xeréz, de donde los echò D. Luis de Solís.

Volvió à entrar con mil Cavallos en los Estados de Portugal D. Pedro Serrano, debastò los Campos de Moura, y passò saqueando hasta Serpa: D. Diego Gonzalez traxo gran cantidad de ganado. Acudieron en gran numero los Portugueses, y echaron à los Españoles; que hizieron barbaridades en la Tierra Enemiga, no perdonando ni aun à lo Sagrado. Incendios, violencias, estrupos, y robos eran todas las hazañas de una, y otra parte; y al fin se vieron obligados los Gefes à convenir, en que los Labradores, y Pastores gozassen de una general Salvaguardia en ambos Reynos, y que no hubiesse hostilidad sino solamente entre las Tropas; pero como los Cabos Militares deseaban aprovecharse, durò poco este ajuste, y se empleaba tan baxamente el valor.

A

A los fines del año murió en Londres el Principe Jorge de Dinamarca, marido de la Reyna Ana de Inglaterra; pero no Rey, como diximos; porque hizo siempre una vida privada, con más amor à los banquetes, que à la Campaña. Importabale à Malburch, y à todo su partido, que no tubiesse parte en el Gobierno, porque le iba bien con la Reyna, à la qual imposibilitaban segundas Bodas, yà porque su edad era incapaz de suceesion, y yà por no admitir en Londres Principe de más alto espíritu; que se valiesse de los derechos de la Reyna, para mandar; ni esta queria entrar en nuevo systema de vida, satisfecha de las adoraciones del Solio, en el qual no mandaba, si solo servia à Malburch, y à los de su faccion.

Tambien hacia la Reyna alguna reflexion sobre su hermano el Rey Jacobo, siendo cierto, que le deseaba por successor de la Corona, aunq̃ en la apariencia adheria à la Casa de Hannover. Era el Principe Jorge Grande Almirante de Inglaterra; y aunq̃ solo tenia del empleo el nombre, y el sueldo, no faltaban ambiciosos à la pretension: confirióse al Conde de Pembroch con la misma authoridad, y con menores emolumentos: rehusò admitirlo, sino se daban à la Marina las assignaciones acostumbradas, y se quitaba la subordinacion al Consejo de Estado, reservándola solo al Parlamento.

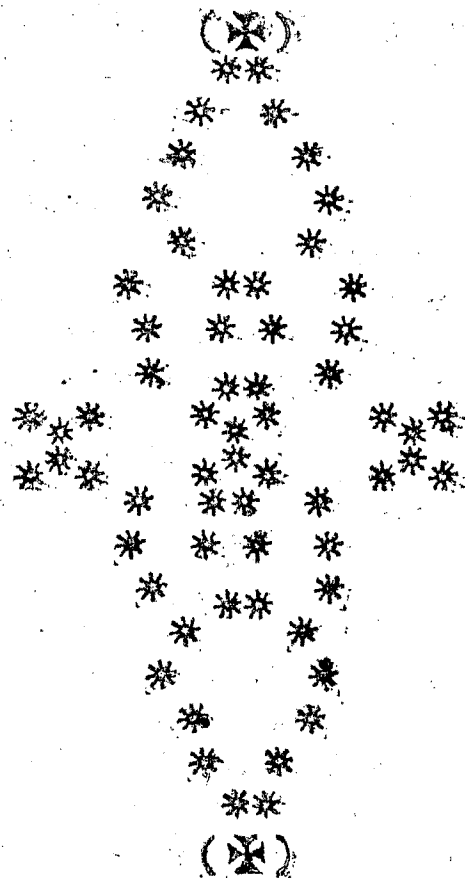
Llevò esto la Reyna muy mal; pero vino en ellos porque nunca tubo el Parlamento mayor authoridad, que en su Reynado. El Conde quitò à muchos los empleos por inhabiles, y eligió otros; aunque con disgusto de los Presbyterianos; porque era de contraria faccion. Amenazaban estos alguna inquietud: y por esso pretendió el Gobierno unir los rígidos, y los moderados; aunque esto era difícil. La Camara Baxa favorecia à los primeros, la Alta à los segundos, y quedò en pie la discordia. Ni quieren los Nobles extinguirla; porque de conservarse contrarios partidos, crece su authoridad, y tiene oposicion la del Rey; pues si no hubiesse más que uno, y este con beneficios le pudiesse

Mm a

ven-

vencer el Reynante, se haría despotico, y perdería la Inglaterra enteramente la libertad. A esto aspiraba Malburch, no creyendo, que le podia faltar el favor de la Reyna, con el qual adelantaba la guerra, quanto le importaba á su ambicion.

Todo esto era contra el Rey Phelipe; y por esso nos hémos dilatado algo en esta narracion, que podia parecer fuera de nuestro assumpto.



Año

AÑO DE M DCC IX.

LIBRO X.

NO tenían los Mortales memoria de tal exceso de frio, como el deste año: helaronse muchos Rios, tan vecinos al Mar, que formaba margen el hielo: secaronse por lo intenso de él los Arboles. Toda la Francia, y la Costa del Mar Ligustico padecio este daño. No corria liquida el agua, ni la que se traia en las manos, para beber: endureciantes las Carnes; y los Pescados en muchas partes, que era preciso cortarlos con hachuela. Morian las Centinelas en las Garitas, y no hallaba casi reparo la humana industria contra tan irregular inclemencia. Como habia espirado con la misma destemplanza el pasado año, no hizieron progreso los sembrados, y se introduxo el hambre en los Países mas frios, principalmente en la Francia, donde se formaron de orden del Rey varias Compañias, para traer Trigo de Levante, que por lo suave del Clima padeciò menos.

No pocos infortunios agitaban el magnanimo corazon de Luis XIV. nunca rendido, pero cansado de las instancias de sus Vassallos, de que no se podia mantener más la Guerra. Alentaba estas voces el Duque de Borgoña con gran numero de nuevos parciales; porque efectivamente creian los más de los Franceses, que caminaban á su ruina. El Señor de Chiamillar, Ministro de la Guerra, seguia la opinion del Duque: tanta falta de dinero dieron á entender al Rey, que se viò obligado á embiar á la Casa de la Moneda las hermosissimas Estatuas de plata, que adornaban sus Palacios; y se publicó un Decreto, que reservada la necesaria,

todo

todo Vassallo reduxesse en dinero la suya. Obedecieron los primeros los Príncipes de la Real Sangre, el Conde de Tolosa, y los más allegados al Rey.

No faltaba en la Francia dinero, y nunca habia habido más; porque tantos años tenia como libre el Comercio de las Indias, que no lograban otras Naciones; pero no estaba el Real Erario en buena fé, ni credito alguno; porque los Villetes de Moneda, que se daban en aquella Thesoreria, no se pagaban á sus destinados plazos, y habian quebrado muchos Banqueros, y por negocio acumularon una inmensa suma de ellos.

Estas infelicidades, ponderadas con vivísimos colores por la Señora de Maintenon, inclinaron el animo del Rey Christianissimo á querer oír unos Tratados de Paz, que por medio del Conde de Bergeich querian proponer los Olandeses. Ofrecieron con arte razonables proposiciones de palabra, para que se diese casi por vencida la Francia, queriendo entrar en ajustes, que propuestos por los Vencedores, no podian dexar de ser indecorosos á los Vencidos.

Con gran maña hizo entender esto á Bergeich el Pensionario Heinsio; porque, siendo Ministro del Rey Catholico, creyessen todos, que venia la Paz, como rogada de ambas Coronas, á las quales abatian más, quitandolas el credito, y con esto desmayaban los Subditos en la defensa, principalmente los Castellanos, que eran los que la Liga temia, y los que imaginaba invencibles.

No desesperaban los Coligados de traer á indecorosos partidos al Rey de Francia; porque sabian quanto deseaban sus Reynos la Paz, y quanto secretamente la promovia el Duque de Borgoña con la Señora de Maintenon, y Chiamillar, cuyas artes politicas tenian inquieta, y dividida el Aula. No le importaba sacrificar á su hermano, como descansasse la Francia, y aun pretendia, que se le declarasse enemiga, para obligar al Rey Catholico á dexar la España, y contentarse con los Estados de Italia, y las Islas. Para qualquier resolu-

cion.

cion, que debiesse tomar el Christianissimo, importaba tener al Rey de España sujeto, y apartar de él los más zelosos, è ingenuos Ministros; y así tubo Amelot nuevas instrucciones de dexar solo en el Gavinete del Rey, los que no repugnassen á su dictamen.

De lo proprio quedó encargada la Princesa Ursini, è inspiraba en la Reyna dictámenes enteramente contrarios á los del Rey; porque este habia determinado no dexar la España, y defenderla hasta el ultimo aliento, ni escuchar proposiciones de Paz, que le mudassen á otro Trono, aunq se le declarasse Enemigo el Abuelo; y así nadie se atrevia á proponerle al Rey Phelipe expedientes adversos á su genio; pero los Franceses lo governaban de forma, que se viesse obligado á dexar por fuerza, lo que voluntariamente no queria.

Los Españoles de mayor inteligencia nada ignoraban: veían la politica trayció del Ministerio Francés, sabian la repugnancia del Rey; pero este no creía, que los Franceses usassen de más Armas contra él, que las de la persuasion, y no de un sistema cruel de desear fuesse vencido, y desentronizado. Este era todo el engaño, y el gran laberinto, que ocultaba la Corte, entendido de pocos; porque Amelot, que lo governaba en España todo, afectaba el mayor zelo, y tenía á los más zelosos de la nota de defaectos al Rey, y de poco respetos en el hablar; porque desaprobaban el methodo del gobierno. Para quedarle más libre, suprimió el Consejo del Gavinete, en que estaban los Duques de Medina Sidonia, Veraguas, San Juan, Montellano, el Marqués de Bedmar; el Conde de Frigiliana, y Don Francisco Ronquillo; pero solo fue para sacar de él al Duque de Montellano, y al de San Juan, Ministro de la Guerra; porque luego volvió el Rey á formar el mismo Consejo de los mismos, que estaban antes, exceptuando á los dos: al Duque de San Juan, porque queria ser Amelot el arbitro de la Guerra; y al de Montellano, porque se oponia á todo lo que juzgaba no convenia al Rey, bien informado del designio de la Corte de Francia.

De

Esta novedad se alteró la Corte, trascendiendo al Reyno el temor, de que convirtiese contra él las Armas la Francia, por lo que se renovaron los antiguos odios entre las dos Naciones, con tanto ardor, que deseaban las Tropas Españolas el haber de combatir con los Franceses. Publicamente se censuraba en la Corte su conducta, y era el asunto de todas las conversaciones.

Como á la casa del Duque de Montellano (hombre versado en todas letras, y de llanísimo trato) acudían muchos á una conversacion más literaria, que política, no dexaba la frecuencia de tantos de discurrir sobre las presentes ocurrencias: pocos con disimulo, los más con libertad, y todo se venia á reducir á culpar á Amelot, y á la Princesa Ursini, á la qual heria con impiedad un Agente del Duque de Uzeda, llamado D. Antonio de Sylva, que fue por este motivo desterrado de la Corte, y así lo expresaba el Decreto.

No hablaban con más moderacion el Duque de Montellano, el Conde de Frigiliana, y el Duque de Montalto. Amelot los reprendió de orden del Rey. Frigiliana respondió con sumision, y ofreció la emienda; pero los otros dos con orgullo; aunque con el mayor respeto al Rey, dixeron: *Que era zelo, y amor el censurar lo pernicioso al bien de la Monarquía, bien que podia ser propria utilidad; porque estaban embarcados en la propria Nave del Rey, la qual se iba á pique, y la procuraban hundir, los que la habian de defender.* Esta ingenuidad no desagradó al Rey, pero sí á Amelot, y á la Princesa, que á estímulos de su odio, queria que se desterrase de la Corte á Montellano, pero lo impidió la Reyna, que le conservó siempre su especial proteccion.

Los Magnates Españoles, que imaginaban, que cargaria sobre la Nacion Española todo el peso de defender al Rey, abiertamente pedian, que se apartassen del gobierno los Franceses. El Duque de Medina-Celi se atrevió á decirlo al Rey, ofreciendole la Paz con los

los Ingleses, y Olandeses, si convirtiese las Armas contra la Francia, exponiendole, que esta lo haria, para hacer la suya. El Rey oyó esto con desagrado, y horror; y dixo: *No creía le desamparasse su Abuelo; y que en todo caso, nunca tomaria las Armas contra la Francia, y contra quien, despues de Dios, le habia colocado en aquel Trono.* Habiale escrito su Padre el Delphin, que eran vanas las voces de la Paz, y que nunca creyese, que le habian de faltar los socorros de la Francia. Lo propio le escribió su Abuelo, aunque con más obscuridad. Esto le quitaba al Rey parte del temor; pero siempre con el rezelo de las instancias del Duque de Borgoña.

Profegua el Sitio del Castillo de Alicante con la misma constancia en los Sitiados, y Sitiadores: le habia dexado á cargo de D. Pedro Ronquillo el Cavallero de Asfelt, que se retiró á Valencia, para proveer desde allí lo necesario. Se profegua la Mina, y sin haber todavia estendido los ramos, tenia ochenta palmos la primera entrada de ella, y era menester una cantidad inmensa de polvora. Toda la esperanza fundaban los Sitiados en el socorro de las Navés Inglesas. El dia quince de Enero cañonearon cinco de ellas la parte de las Trincheras, que declinaba al Mar; pero estas respondían con sus Baterias, y casi echaron á pique un Navio, con lo qual desistieron de la empresa.

No pudo estar perfecta la Mina hasta el dia catorce de Febrero: llegó al Campo Asfelt, y el dia 28. se cargó, y avisó á la Plaza de su peligro: baxaron dos Oficiales á reconocerla, y como se habia en dos dias cargado, creyeron no lo estaba sino en la boca, y que era ardid, para que se rindiesen: ni discurrieron podia tener fuerza la polvora, dividida en tantos ramos, para echar el Castillo; porque el Monte llevaria todo estrago, y así respondió su Governador, que podian, quando quisiesen, aplicar el fuego, y antes de amanecer el dia 29. se executó. Voló gran parte del Monte, tembló la vecina tierra, y el Castillo, y de él cayó el

Baluarte opuesto á la Ciudad, la casa del Governador, y el segundo recinto, que mira á Poniente, pereció la parte de la Guarnicion, que en estos parages se hallaba, y entre ellos el Governador Ricardo Siburch, Inglés, cinco Capitanes, tres Tenientes, y el Ingeniero Mayor: ni con esto se rindió el Presidio, que habia quedado, aunque le faltaba Viveres, y al violento rebentar de la Mina se le abrieron las cisternas. Las ruinas no dexaban de assaltar la brecha; y aunque ya confusa mole todo el Castillo, se le plantaron nuevas Baterias de Cañones, y Morteros.

Con glorioso tesón los Presidarios despreciaban las iras de Asfeld; y diataron tanto la defensa, que el dia quince de Abril vino á socorrerlos la Armada Inglesa, y Olandesa con gente de desembarco, mandada por Diego Stanop, pero no se atrevió á hacerle; porque los Españoles se formaron en la orilla del Mar: batianse reciprocamente las Trincheras, y los Navios, pero sin fruto alguno. No quiso la Armada dexar en riesgo á los Presidarios, y así Stanop capituló la rendicion del Castillo, saliendo la Guarnicion libre, y con todos los honores Militares, gloriosa, aunque le perdía. Costábale años al Rey Catholico la recuperacion de lo que perdió en un dia. Esta ventaja tenia el Rey Carlos, que le costó poca, ó ninguna guerra lo que poseia; y el pertinaz empeño de los que se lo entregaron, lo defendia con obstinacion hasta el extremo.

En la Iglesia de San Geronimo, el dia siete del mes de Abril, se juró fidelidad, y reconoció por legitimo sucesor de la Monarquia de España á Luis de Borbon Principe de Asturias, juntaadole como en Cortes los Reynos de Castilla, y de la Corona de Aragon, precediendo aquella: Tambien estaba alli el Cuerpo de la Nobleza. Hubo alguna dificultad en el Ceremonial; porque jamas se habian juntado en un Congreso los Reynos de Castilla, y Aragon; y aunque esta ultima Corona fue antes establecida, y erigieron en Reyno los Estados, quando los poseia Don Garcia Ximenez, y

En este tiempo Castilla no era Condado, la magnitud, y opulencia de ésta, con la agregacion de tantos Reynos y su inmutable fidelidad, la hacen mas digna, y así se antepuso á Aragon, y los Diputados de Zaragoza se sentaron despues de los de Burgos; porque los de Toledo tenian aliento en otra parte, no estando la antigua question decidida. Siguió Valencia, y las demas Ciudades sortearon sus alientos.

El Fiscal Regio pidió luego se diese al Principe de Asturias la absoluta posesion de sus Estados con entera soberania é independencian, como los habia dado el Rey Don Juan el Primero al Principe Don Enrique, quando el año de mil treientos y ochenta y ocho se casó este con Cathalina, hija del Rey de Inglaterra, que fue el primer Principe de Asturias, el qual, siendo despues Rey, mandó á su hijo Don Juan el Segundo hiciesse lo proprio con su Primogenito Enrique Quarto. Pidió tambien se reintregasse en lo usurpado el Principe Don Luis, con el exemplo de que siendo Principe de Asturias Enrique Quarto, habia despojado de sus usurpados bienes á Pedro, y Suero de Quiñones, jurando en Avila no desistir de lo determinado.

Esta suplica del Fiscal se remitió al Consejo Real de Castilla, que con ninguna libertad consultó al Rey, no convenia darle al Primogenito mas que el nudo nombre de PRINCIPE DE ASTURIAS, porque de tener otro Soberano incluido en los Reynos, podrian nacer muchos, y no pocas veces vistos inconvenientes, aun con el proprio exemplo de Enrique Quarto contra su padre Don Juan el Segundo: Que en quanto á inquirir sobre lo usurpado, era muy justo y que todo se debia agregar á la Corona, dándole al PRINCIPE los alimentos proporcionados á su edad, y á su celsitud. Conformose el Rey con este parecer, siguiendo el exemplo de Ferdinando el Catholico, y de los quatro Reyes Austriacos, desde Carlos Quinto á Phelipe Quarto. No faltaban Cortesanos, y Magnates, que querian dos Soberanos en un proprio Palacio; pero se vió claro, que era fundar eterna discordia.

Mal satisfechos reciprocamente uno de otro el Rey Catholico, y el Duque de Orleans, fue este llamado à Paris: sus parciales negaban esta circunstancia, y que espontaneamente habia dexado el mando de las Tropas. Las Españolas las mandaba el Conde de Aguilar; y las Francesas el Mariscal de Bessons. Nunca se vió Exercito mas discordes: la desunion empezaba desde los Gefes al ultimo Soldado, con tales demostraciones, que cobraron no poco aliento los Enemigos. Lo que se encargaba à los Franceses, lo echaban à perder los Españoles; lo que à estos lo desbarataban aquellos, no por emulation de gloria, sino por odio: y estaban pertinaces las Tropas Españolas en querer que se fuesen los Franceses, y que solo defenderian el Reyno.

A doce de Abril el Conde de Estain sorprendió à Venasque, pero quedaba el Castillo, y le faltaba al Francés Viveres, y Municiones: con pocos Cañones de Campaña le batia inutilmente: abrió una Mina, y aunque la huviesse perficionado, faltaba Polvora: los Cathalanes ceñian à los Sitiadores, y estos al Castillo, que estaba no poco arriesgado, y en un sitio aspero, y estéril.

Habia yà salido con ventitres mil hombres à Campaña Guido Starembergh, y así Bessons mandò retirar à Estain, que lo hizo con bizarría, y no sin riesgo; porque los Cathalanes le tenían cerrado los passos, y lolo con las armas en las manos se pudo executar la marcha. Era de gente escogida la Infanteria del Rey Carlos, pero no à proposito la Cavalleria, porque los Cavallos forasteros se hacen luego en España bulzos, y fue preciso tomarlos de Cerdeña: Embió el Conde de Cifuentes ochocientos, que no servian mas que para Dragones; porque el Cavallo Sardo tarda à sugetarse à la disciplina Militar, y no resiste inmovil al fuego.

Juntaronse las Tropas del Conde de Aguilar, y de Bessons, y se llamó à las de Asfelt, que estaban en Valencia, y aun à los Franceses del Exercito de Es-

tre-

tremadura, donde quedaron baxo el mando del Marquès de Bay diez y seis mil Españoles, poca gente, pero Veterana. Esta se acampò en Eborà à 19. de Abril; y los Portugueses en Yelves: eran veinte mil, y de ellos los ocho mil Ingleses: La Cavalleria la mandaba el Conde de S. Juan; y el Marquès de la Frontera todo el Exercito, cuya fuerza estaba solo en los Infantes; porque las Tropas embiadas ultimamente de Inglaterra eran las más escogidas.

Para buscar à los Españoles (como decian) determinò el Marquès passar el Rio Caya, y se acampò en una llanura. Los Españoles, que deseaban la Batalla, se acercaron à la Atalaya del Rey, no lexos del Rio, adelantandose la Cavalleria; porque venian à más lento passo los Infantes, hasta ver qual era la intencion de los Portugueses, que andaban estendidos por la Ribera, habiendo echado nueve Puentes, para que con repentino assalto pudiesen acometer.

Nada ignoraba el Marquès de Bay: y para traer à una Batalla à los Enemigos, mandò forragear los sembrados de Campo-Mayor: huyeron los Portugueses, que los guardaban, y se dió tiempo, para que se adelantasse à la Atalaya el Marquès de Aytona. Poco despues siguió con todas las Tropas el de Bay: passò sus Puentes el Portuguès, y se formò en la misma orilla del Rio el dia siete de Mayo poco antes de medio dia. Hizieron lo proprio los Españoles. Governaban la derecha el Marquès de Aytona, y el de Queilús; y el Conde de Fienes, y D. Balthasar de Moscoso la izquierda.

Para herir de lado à la derecha de sus Enemigos, estendió mucho la izquierda el Portuguès, mandada por el Conde de S. Juan, à quien sostenia Gallovay en segunda linea con tres Regimientos Ingleses. El Marquès de la Frontera ocupaba el centro, aguardando la Batalla; porque no veía linea alguna de Infantes Españoles, los quales estaban lexos de la Cavalleria, y de las Piezas de Cañon, que precedian: no habia centro, y toda la fuerza del Exercito estaba en dos alas muy se-

paradas. No podian los Portugueses pelear, si empe-
zaban ellos, más que con la Cavalleria Española, más
diestra, y experimentada, à la qual habian cobrado
horror; porque en todas las escaramuzas quedaban
vencidos.

Impaciente el Marqués de Bay, de que preten-
diessen los Enemigos con su izquierda quererle encer-
rar; aunque tenia su Infanteria lexos, mandò, que ata-
casse la Cavalleria; y lo hizo con tanto brio el Marqués
de Aytona, que à los primeros encuentros huyó la
Cavalleria Portuguesa, que procurò reparar en la se-
gunda linea el Conde de S. Juan; pero el Impetu de
la primera la desordenò. Con todo hizo otra vez fren-
te, ayudado de Gallovay: se combatiò poco, y que-
dò prisionero el Conde de San Juan: Siguió à los Ven-
cidos el Marqués de Aytona hasta Campo-Mayor: mu-
rieron mil y setecientos, y traxò mil y trescientos pri-
sioneros, con poca pérdida de los Españoles.

En una Casa de Campo pretendiò hazerse fuerte
Gallovay con tres Regimientos Ingleses: él huyó, y es-
tos quedaron prisioneros; porque, poniendo pie en
tierra los Dragones, y aún los Oficiales de la Cavalle-
ria, perficionaron la obra de su ala derecha.

Con menos trabajo vencieron en el ala izquierda
el Conde de Fienes, y Moscoso; porque luego que
acometieron, huyó la primera Linea de los Enemigos,
y antes de esta ya habia huido la segunda. Procurò el
Marqués de la Frontera ordenarlos, y recogerlos; pe-
ro fuè en vano; solo à la velocidad del huir fiaron su
seguridad. El centro de los Portugueses, yà despoja-
do de Cavalleria, antes que pudiesse llegar la Infante-
ria Española, que estava aún lexos, retrocediò veloz-
mente, y dexando el Campo con todos sus Pertrechos
Militares, y Cañones, pasó la Caya, tan desordena-
do, que ni se acordò de romper los Puentes.

Esta es la Batalla del Campo de la Gudiña, y la
infructuosa Victoria de los Españoles; porque el Mar-
qués de Bay no tubo espera en acometer, y lo hizo
ef-

estando tan lexos la Infanteria, que ni vió la accion, ni
llegò en muchas horas. Pudo la Cavalleria vencedo-
ra assaltar al centro, y travar una dura disputa, mien-
tras llegaban los Infantes. Pudo, yà dueño del Campo,
romper los Puentes, y entretener à los Portugueses,
para que no passassen el Rio; pero ni los esfuerzos, que
hizieron el Marqués de Aytona, y el Conde de Fienes
fueron bastantes, para detener à los Españoles, que
seguian con tanta rabia à los Vencidos, que desprecia-
ron el precepto, ò se fingieron sordos à él. Esta feli-
cidad tubo, aun perdiendo la Batalla, el Rey de Por-
tugal, que si se hubiera dado con más prudencia, hu-
biera perdido enteramente su Exercito, y no le que-
daban à sus Plazas bastantes Guarniciones.

El dia dos de Julio, habiendo dado à luz la Reyna
Luísa Gabriela de España otro Infante, à quien en el
Bautismo se le puso el nombre de Phelipe, diò apre-
hension al tiempo del parto; porque era en ocho me-
ses, y no se podia averiguar, si habia tocado de la no-
na Luna. Todo el peligro se convirtió contra el recién
nacido, que solo vivió seis dias. Al abrirle, para em-
balsamarle, le hallaron desordenadas las entrañas, y
fuera del pericardio el corazon. Diósele la acostun-
brada sepultura en el Panteon de los Infantes.

Despues de la rendicion de Lilla, y la retirada del
Duque de Baviera de Bruselas, dexando en la Plaza
nuevamente rendida al Principe de Nassao, pasó el
Principe Eugenio à Gramont; y Malburch à Odenar-
da. Ni los horrendos frios deste año hizieron, que se-
diessse Quarteles de hyvierno à los Soldados. Confin-
tieron los Olandeses en sitiar à Gante; y aún no igno-
rando esto, despues de passar muestra à su Exercito, que
constaba de noventa mil hombres, se retirò à Paris el
Duque de Borgoña.

El Rey de Francia mandò fortificar, y presidará
Ipre, Neoport, Furnes, Dunquerque, Santomer, Ar-
ris, Betunas, y Cambray, Valenciens, Fornay, y Con-
dè. Mucho les faltaba, que vencer à los Enemigos,
antes

antes que penetrassen el corazon de la Francia; porque decia el Principe Eugenio , *que fiaba visitar su Patria.* Esta era Paris , de donde no bien satisfecho del Rey Christianissimo , passò à servir al Emperador.

Era el Governador de Gante el Varon de Capri por el Rey Phelipe ; y se encargò el Sitio à Malburch, que la atacò por cinco partes, por el alta, y baxa Ribera de la Esquelda , por el Lis, y por los Canales. Antes de espirar el año passado , yà estaban abiertas las trincheras , y tirada una paralela contra el camino encubierto , entre la Lis, y la Esquelda. La principal Bateria estaba à cargo del Duque de Virtemberg , y la linea entre una, y otra Ribera de la Esquelda al del Mariscal de Campo Evansè, guardada de Ingleses. Contra esto hizo una vigorosa surtida el Varon de Capri, passò á cuchillo dos Regimientos Ingleses , è hizo prisioneros à Evansè, y al Coronel Grovèo. En el mismo dia quiso hazer otra ; pero fue con mucha pèrdida rechazado.

Los Sitiadores rindieron el Castillo , que llaman Roxo , que està sobre el Canal de Sas de Gante; y esto quitò al Varon de Capri la esperanza de resistirse , y pidió Capitulacion el dia quatro de Enero: obtubola con todos los honores Militares , y entraron los Olandeses en la Plaza : tambien ocuparon à Brujas , y Plasendal, dexadas del Presidio Francés : con esto se diò Cuarteles de hyvierno en la Mosa à los Alemanes.

El Principe Eugenio , y Malburch, llenos de glorias, y triumphos , passaron al Haya , más para estorvar la Paz, que para promoverla ; porque no solo les importaba profeguir la guerra , sino que les inspiraba su sobervia nuevas victorias , más remotas de lo que los lisongeaba su esperanza. Ninguno de los Aliados queria la Paz , con la ambición de nuevos progressos. El Rey Christianissimo tampoco la queria, ni alsintió jamás interiormente à ella ; pero , para engañar à los Enemigos, y librarfe de las continuas persuasiones de muchos de sus Aulicos, fingia quererla. Este secreto à nadie le

re

revelò sino à su hijo el Delphin , y al Rey Catholico, previniendoles , verian todas las apariencias de Paz, y de detamparar la España; pero que profeguiria la guerra.

Despues que tambien engañado el Conde de Berqueich, allegurò à los Olandeses , que queria el Rey Christianissimo la Paz: permitieron estos , que el Presidente Rouler , Francés , fuesse al Haya à tratarla. Pidió Preliminares , y se los dieron los Olandeses tan sobervios , è impracticables , que pareciendole à Rouler aun indecoroso el leerlos , y ponerlos en noticia de su Amo, pidió otro Ministro , y se le embió al Marquès de Torfi, Secretario del Despacho Universal del Rey. Vió este Preliminares tan altanetos , y fuera de la razon, que conociò, que no querian los Olandeses la Paz , y así lo escribió à su Corte. Querian estos una Paz particular, ventajola à sus intereses, y hecha traidoramente; y no atreviendose à explicar por miedo de los Ingleses, dieron unas proposiciones, que yà sabia no habia de admitirlas la Francia.

El Rey, con la siniestra intencion que hemos dicho, dió libertad à sus Ministros de firmar los Preliminares, reservandose à ratificarlos en termino de un mes. Esto no lo creian , y lo veían los Aliados ; pero estaban tan ciegos de su fortuna , que al fin se persuadieron à que la trataba sinceramente el Rey Christianissimo , cansado de tantas pèrdidas , y yà agotados los Tesoros de la Francia. Antonio Heinsio , Gran Pensionario, estaba enteramente subordinado al Emperador, y à la Reyna Ana, y así todo se formó à gusto de las Cortes de Viena , y Londres. Para que se conozca la sobervia immoderada de animo de los Aliados , pondrémos un resumen de los Articulos Preliminares , que fueron quarenta.

I. Que no se dexaria precaucion, medio, ni disposicion alguna , para hacer eterna, è inmutable esta Paz.

II. Que habia de ser sobre los presentes Preliminares, y no sobre otros , sin añadir, ni quitar.

Oo

III. Ha-

III. Habia de reconocer el Rey de Francia à Carlos de Austria por Rey Catholico, y dueño de todos los Reynos de la Monarquía Española, en virtud del Testamento del Rey phelipe Quarto; exceptuando lo que estaba ofrecido à los Portugueses, Olandeses, y Duque de Saboya, observando perpetuamente la Francta, en quanto à la successión, todas las cláculas del dicho Testamento.

IV. Habia de entregar por sus manos el Rey Christianissimo la Sicilia al Rey Carlos; y que dentro de sesenta dias, q̄ habian de empezar à contarle desde primero de Julio, habia de salir de España Phelipe de Borbón, Duque de Angiou, con su Muger, e Hijos, y los que le quisiessen seguir; y pasado este plazo, que habia de tomar las Armas el Rey de Francia, junto con los Aliados, para obligarle à dexar la España.

V. Habia de llamar sus Tropas la Francia de qualquier parte de los Dominios de España, en que estubiesen, dando palabra Real de no socorrer à su Nieto con Armas, ni dinero.

VI. Habian de ceder los Borbones, para siempre, los derechos à la Monarquía de España, reconociendo por legitimos herederos à los Austriacos, y su Casa, proclamado aora Carlos III: como verdadero Successor de Carlos II.

VII. Se habian de abstener del comercio de las Indias los Franceses.

VIII. Se habia de entregar al Emperador à Strasburgh, y Khell.

IX. Que por el artículo de la Paz de Risvyich se habia de entregar tambien al César à Brisac.

X. Que habia de ceder la Alsacia el Christianissimo, no violados los Privilegios del Imperio, restituyendo las Plazas al estado en que estaban antes de la irrupción de los Franceses, menos Candau, que se habia de entregar al Emperador.

XI. En virtud de la Paz de Vvestphalia se habian de

de demoler las Fortificaciones del Rhin, desde Balefia à Philipsburgh, Huniunguen, nuevo Britac, y Castel-Luis.

XII. Se habia de dar al Principe de Hessecafsel à Rinsfelt.

XIII. Se habia de reservar à la Paz General la execucion del Tratado de Vvestphalia en virtud del Artículo quarto de la Paz de Risvyich.

XIV. Habia de reconocer el Rey de Francia por Reyna de Inglaterra à Ana Stuarda.

XV. Habia de reconocer por Successores à la Gran Bretaña à los que habia declarado el Parlamento, y la primera de ellos à Sophia Hannoveriana.

XVI. Se habia de restituir à los Ingleses en las Indias à Terranova, y à los Franceses quanto alli se les habia quitado.

XVII. Se habia de demoler à Dunquerque, y cegar su Puerto en espacio de quatro meses; y en el de dos concluirse la mitad de la obra.

XVIII. Se habia de Sacar de la Francia al Principe de Gales Jacobo, y no se le habian de dar auxilios contra la Inglaterra.

XIX. Sobre el Comercio se habian de establecer las Leyes en la Paz.

XX. No habia de oponerse el Christianissimo à los aumentos de la Corona de Portugal, como se convino con ella.

XXI. Habia de reconocer la Francia por Rey de Prusia al Marqués de Brandemburgh, à quien se debian entregar el Principado de Neuphastel, y el Condado de Valenguein.

XXII. Se darian à los Olandeses Turnes, Frabach, Henò, Meminga, Ipre, Vvarnethon, Comines, Vvorvich, y Poperenghen, con sus Confines: reservando à los Franceses à Caisel, Lilla, Tornay, Condé, Mauberg, menos Duay: señalando à los Olandeses de la Flandes Española la Barrera, como se lee en los pactos de la grãde Alianza, y en el Artículo duodecimo

de la Paz de Munster, y mas se les concederia la Gueldria Superior.

XXIII. Se restituiria à la Monarquia de España quanto en Flandes han usurpado los Franceses.

XXIV. No se sacaria de las Plazas la Artilleria quando se entreguen.

XXV. En el Comercio las Aduanas se debían computar como se estableció en la Paz de Risvvich.

XXVI. Habia de reconocer la Francia por Elector del Imperio al Duque de Hannover.

XXVII. Se le habian de restituir sus Estados al Duque de Saboya.

XXVIII. Se daria al Duque de Saboya à Exelles, Fenestellas, Caumont, el Valle de Pragellen, y lo que está de esta parte mas allá del Monte de Ginebra por Barrera.

XXIX. Se definirian en el Congreso las razones del Duque de Baviera, y elector de Colonia, quedando al Palatino el alto Palatinado, y el Condado de Chiamensi, confirmando à Donavert los Privilegios Imperiales, y pudiendo el Cesar presidir à Huit, Bona, y Lieja.

XXX. El cuydado de observar estos Preliminares seria entodos reciproco.

XXXI. No se romperian las treguas por proposicion alguna de los Aliados, y solo se habia de discutir.

XXXII. El Cesar, y sus quatro Círculos confederados, como tambien los Prusianos, Portugueses, y Saboyanos podrán proponer lo que quisieren en el Congreso.

XXXIII. En dos meses se ha de establecer la Paz general.

XXXIV. Habria tregua general, dandose execucion à estos Articulos.

XXXV. El Rey de Francia, luego que confirmasse estos Articulos, entregaria à Namur, Charleoroy, y Mons, à quince de Junio; à Luzembourg, Condé, Tornay, y Maubergh, antes de mediado de Julio; à

Neo-

Neoport, Furnes, Quesnò, è Ipres, antes de dos meses: demoleria à Dunquerque, y empezaria à cegar el Puerto.

XXXVI. Ofrecerá el Christianísimo observar religiosamente lo ofrecido.

XXXVII. Cedida al Rey Carlos toda la España, se entenderá la tregua hasta la Paz general.

XXXVIII. No se contará gasto alguno en evacuar las Plazas.

XXXIX. Se confirmarán los Preliminares antes del dia quince de Junio, y el Emperador antes del dia treinta.

XXXX. Será el Congreso en el Haya, y empezará à quince de Junio.

Estos sobervios, y arrogantes Preliminares, firmados en veinte y ocho de Mayo, por parte del Cesar, del Principe Eugenio, y Phelipe Luis, Conde de Sincendorf: por la Reyna Ana, del Duque de Malburch, y Fousenden; y por los Olandeses, de Vverderen, el Varon de Renden, Heinsio, el Señor de Lier, Gorlinga, Sterfum, Vichers Buis, y Ovardendissen, presentó al Rey de Francia por su mano el Marqués de Torfi; y aunque coucibió la mayor ira el Rey, como le importaba disimular, y tomar tiempo, dixo: *Que no los firmaria como estaban; y que explicassen el Capitulo Quarto sobre tomar armas contra su Nieto el Rey Catholico, lo que jamás haria, si que le desampararia, y sacaria de España las Tropas; que quitassen el dicho Articulo, y que se disputaria sobre los demás.*

Esta Respuesta se leyó en Olanda; y replicaron, que si la Francia descansaba de la Guerra dexandola à los Aliados, volveria à ella con mas tesón, y que socorreria secretamente al Nieto, formando Tropas, que fuesen à servirle. Enteramente discordes los animos, se rompió este Tratado; y como la sobervia de los Olandeses se habia hecho en la Europa odiosa, publicaron estos las razones que tenia, para haber formado aquellos Preliminares, y el Rey Christianísimo de no admitirlos.

En

En secreto trataban todavía algunos Olandeses con el Conde de Bergeich, y ofrecieron la Sicilia, y la Cerdeña al Rey Phelipe, para que no volviese á una vida privada. Esto fué mal oído de Luis Decimo quarto; y aun los Franceses, q̄ adherían al Duque de Borgoña, llevaban mal tan injustos Preliminares, que irritaron mas al Rey, y al Delphin, y juraron proseguir la Guerra hasta el extremo.

No ignoraba esto el Rey Cathálico; y viendo, que su Abuelo convenia en desampararle, desconfió enteramente de la Francia, y de Amelot, temiendo, que con sus dictámenes perdiese la España; y así adhirió el Rey mas á los consejos de los Españoles, y determinó sacar todos los Franceses de sus Dominios, asintiendo á esto la Reyna, y la Camarera, que para empezar á reconciliarse con los Españoles, hacia grandes agasajos al Duque de Medina-Coeli, y le quiso hacer del Consejo del Gavinete del Rey, lo que rehusó, si no salía de España Amelot.

La Camarera, que temia caer con los Franceses, tomó abiertamente el partido de los Españoles, atenta á su seguridad. Los Pueblos, ayudados de las sugestiones de los parciales Austriacos, flaqueaban yá en la constancia de defender al Rey, viendo que no le querían dexar parte de la Corón, y que le desampararía la Francia, juzgando por imposible, que sola la España se pudiese defender de tan poderosos enemigos. Por esto, y por acallar las insolencias de muchos, le fué preciso al Rey Phelipe nombrar por sus Plenipotenciarios al Duque de Alva, y al Conde de Bergeich, aun sabiendo, que no serian en el Congreso de Haya admitidos, pues tampoco el Rey Carlos los tenia. Con esta demonstracion respiraron los Españoles menos informados, viendo que se trataba al Rey como tal entre los Aliados. Mas alientos les dió el saber habian yá vuelto á Paris el Marqués de Torfi, y el Presidente Rouler.

El Tratado de la desvanecida Paz inflamó los animos, y se determinó entre los Aliados el Sitio de Tornay, del

del qual se encargó Malburch. El Delphin de Francia, porque no fuese á Flandes su hijo el Duque de Borgoña, á acabarla de perder, se la reservó á sí, y se publicó, que con el Mariscal de Harcourt iria el Duque al Rhin, por mantener su decoro: con esto el Delphin cedió el mando del Exercito de Flandes al Mariscal de Villars, hombre de honra, y ardimiento, y contrario á las máximas del Duque de Borgoña, que yá entendía la constancia de su Abuelo, y del Padre, y no podía poner en execucion sus ideas. No pensó el Rey embiarle á la Alsacia, sino dexar correr la voz; porque permanecían en Paris ingratos rumores contra ella, fomentados del Duque de Bándoma.

El Exercito de Villars se componia de cien mil hombres: tubo orden de no venir sino forzado, ó en favorable oportunidad á Batalla; porque habia determinado el Christianísimo ir poco á poco perdiendo la Flandes, y consumir á gastos los Enemigos; aguardando el beneficio del tiempo, siabria favorable retquicio á una decente paz.

Baxo la mano de los Generales Faggel, Scolembourgh, y Lothum abrió las Trincheras Malburch á ocho de Julio contra Tornay: era Governador de la Plaza el Marqués de Survill, y por la Puerta de Lilla hizo una valiente salida costosa á los Sitiadores. El dia doce se empezó á batir. Como el Mariscal de Villars habia sorprendido á Vvarneton, guarnecieron los Aliados mejor a Comines, y Puente-Roux. Pidió Villars permiso al Rey, para socorrer á Tornay, mas no se le concedió. A los ventuno hizo otra surtida el Governador, penetró la línea, deshizo las Trincheras, y quedaron muertos muchos. El General Vviter, Inglés, que las defendía, quedó mortalmente herido. No hacían gran efecto las Baterías, por no estar bien puestas; habiendo faltado el Ingeniero Mayor Roque, á quien una Bala de Cañon de la Plaza quitó ambos muslos.

Hicieron los Sitiadores una Mina contra las Obras

exteriores; pero tan mal dispuesta, que retrocedió el fuego al dispararla, y levantó parte de las Trincheras, volando treinta Cañones, y muchos Sacos de Municiones: con todo esto dieron el asalto al camino encubierto, y le ocuparon; fueron rechazados; pero con nuevo acometimiento vencieron, y entraron despues por la puerta que llaman de Maruya: estaba esta libre de los mayores Baluartes; pero uno que heria por un lado, los echó de aquel parage: levantaron los Sitiados un Trincherón a la Puerta que llaman de Valencianas, y aun no osaban los Enemigos asaltar el Foso; porque estaba todo minado, y no lo ignoraban. Dieron el tercer asalto por la Puerta de Siete-Fuentes, y al segundo acometimiento ocuparon el Foso, alojados con gran trabajo en un Angulo; porque el Gobernador disputaba con denuedo, y arte qualquier palmo de tierra. No sabia, que le estaba prohibido à Villars socorrerle, y así daba tiempo à que lo pudiesse hacer.

Con todo esto, el Exercito Francés hacia inciertas marchas para cansar mas à los Contrarios. Destacó al Marqués de Nangis, y tomó la Abadia de Hasnon, donde se habian fortificado 300. Ingleses, que pasó à cuchillo; pero murió el sobrino del General Albergotti, que hizo costosa la empresa, por ser joven de altas esperanzas. Acercóse despues à Condé; y entrando en aprehension el Principe Eugenio, se movió con sus Tropas, para socorrer à Malburch.

El dia 26. asaltaron los Ingleses al camino encubierto, y vencieron: ya alojados acometieron à las Fortificaciones exteriores inmediatas à la Muralla, y las ganaron. Ya libres de todos los Baluartes, descansaron todo el dia, y al anocheecer atacaron la obra Coronada. Aqui se disputó sangrientamente el fatal Liudar; y aunque ya le habian ocupado, se echaron con tal furia sobre los Enemigos los Franceses, que ya estaban casi desalojados, si con presteza, y brio no los socorriese el Duque de Arguille, Inglés, con una Manga de Soldados, que estaban de reserva: luego reintegrados

regrados los Sitiadores, baxaron al Foso, quando ya tenia tres brechas la Muralla, que era el ultimo recinto de la Plaza.

Los Ciudadanos robaban al Gobernador la rendicion, que se pactó à ventiquatro con todos los honores Militares, y los mismos Articulos, en que se convino en Lilla. Quedaba que ganar el Castillo, adonde se retiró parte del Presidio, y sin dilacion se plantaron contra él las Baterias. Era su Gobernador el Señor de Megrin, y tenia tres mil y quinientos Presidarios. Este Sitio empezó à los primeros dias del mes de Agosto. Hizo una salida el Gobernador Survil, y deshizo las labores; pero fueron muy presto reparadas.

Despues de varias, y sangrientas disputas ocuparon los Ingleses el primer labio del Foso, e intimaron à la Plaza la rendicion con modo el mas arrogante, y de no dar quartel, si no aceptaban los Articulos, q proponian. Pidieron los Sitiadores tiempo, para consultarlos al Rey, que los despreció, ordenando, que se de fendiessen hasta el ultimo extremo, aunque pereciesse toda la Guarnicion. Obedecieronle puntualmente, y se hizo una heroica defensa con muchas, y bien ordenadas salidas; pero la constancia, y valor de los Sitiadores lo venció todo.

Hicieron los Sitiados una Mina de baxo del alojamiento de sus Enemigos, que la ignoraron, hasta que la llama los avisó del peligro: volaron gran multitud de cuerpos de miseros Ingleses por el ayre, y se llenó de horror todo aquel sitio, de genero que pidió Malburch una tregua, para enterrar los cadaveres, y se le concedió por quatro horas.

Tenian felicidad en hacer las Minas los del Castillo; porque volaron muchas con ruina de los Sitiadores, de genero que las Trincheras q mandaba el General Louthum, retrocedieron quarenta pasos; pero ni aun todo esto bastaba, si no huviesse determinado Malburch el contraminar: de que resultó el haber tenido los Minadores varios encuentros en las entrañas de la tierra

como si la quisiese la ira de los hombres penetrar,

No querian los Granaderos Alemanes entrar à proteger la Mina, si el oro de Inglaterra no lo allanasse: en fin, en toda la guerra no habian encontrado los Aliados. Sitio mas arduo; y aunque miraba distante la victoria Malburch, determinò no desistir de la empresa. Embiò mas gente el Principe Eugenio, y vino à ver el Sitio ò à consultar que se debia hacer, habiendo el Mariscal de Villars fortificado las lineas de la Scarpa, y se determinò, que el Principe Eugenio pusiese su Exercito en Orquies, levantando Trinchera, para que no pudiesen los Franceses dar la Batalla hasta que se ganasse la Ciudadela.

Faltabales à los Sitiados Vivères, por haber sido engaño de Chiamillâr, aun quando creia el Rey que les obrarian, y por esso se viò el Governador obligado à pedir Capitulacion el dia treinta de Agosto. No queria dar el Inglès libertad al Presidio, y se volvió à las hostildades, pero ya se daba por onzas el pan al Soldado, que deseaba ser vencido, para huir el hambre. Diò el Sitiador el assalto al camino encubierto, fue dos veces rechazado, pero venció à la tercera. El dia tres de Septiembre pidió Capitulacion Surville, y salió con la Guarnicion prisionero de guerra, aun más presto de lo que el Rey quisiera; porque solo iba ganando tiempo.

Con nuevo designio los Aliados passaron la Esquelada: el modo de las marchas significaban querer sitiar à Mons, ò à Charleroy. El Mariscal de Villars se acampò en Montplaqet; y porque estaban en mejor parage, y ya à la vista los Alemanes, escogió por antemural un Bosque, donde formò la Infanteria, y levantò un Trincheròn de maderos junto à un natural Foso, que partia el Bosque, puso à los lados la Cavalleria, y el dia diez de Octubre dispuso los Cañones con mayor felicidad que los de sus Enemigos, que hacian poco efecto contra el Bosque. Desde este dia estaban los Exercitos sobre las armas. Regia el Principe Eugenio el centro, la derecha el Duque de Malburch, y el Principe

de

de Nassau la izquierda. Toda la Cavalleria estába à cargo del Principe de Hessecaisèl; pero en la Retaguardia; porque Eugenio habia determinado empezar la Batalla con los Infantes.

Los Franceses separaron mucho las dos alas: la derecha la mandaba el Mariscal de Bouffiers en la Selva, que llaman de Santart; y la siniestra Villars en Blaugies; pero acudia tambien al centro: puso en la izquierda la mayor fuerza; porque viò, que con Malburch estaban los Ingleses, Prusianos, è Irlandeses con la Infanteria más escogida. No por esso dexaban Villars, y Eugenio de correr todo el Campo, y habia este formado un Cuerpo de reserva de los Presidios, que mandò sacar de las Plazas. Veinte mil hombres más tenian los Aliados; porque los Franceses solo eran noventa mil.

Todo el dia diez jugò el Cañon; aunque no con mucho estrago; y se prohibieron por una, y otra parte las escaramuzas, para que no se diese intempestivamente la Batalla. A ella quiso concurrir el Rey Jacobo de Inglaterra; y aunque algo aquejado de unas leves calenturas, se presentó à Villars de Aventurero, con el titulo de Cavallero de San Jorge, para ostentar su valor à vista de los Ingleses. Estaban tan cerca las Centinelas, y las Guardias abanzadas, que se hablaban no sin jocosidad, y arrogancia.

Estando ya, para ponerse el Sol el dia once, con los Cañones hizo la señal de la Batalla el Principe Eugenio. Luego se dexò caer sobre el ala derecha de los Franceses el Principe de Nassau con sola la Infanteria, y gran numero de Granaderos: recibióle con esfuerzo Bouffiers, y le rechazò del Bosque muchas veces; porq̄ tenia la ventaja de la Cavalleria, y los Aliados habian de romper la Trinchera de los troncos con los Infantes, obra de gran valor, y del más glorioso atrevimiento. Se combatiò con bizarría por ambas partes. No se peleaba con menos en la que mandaba Malburch, y defendia Villars, à quien acometieron por los lados,

Pp 2

à la derecha el General Scolembourgh, y por la Izquierda Lothum, por donde no habia Cavalleria; Por que toda la de su ala la tenia Villars à su mano derecha, que era, la que cerraba el Bosque.

Scolembourgh formò estrechas las filas, las quales solo usaban de la Bayoneta, con arte pocas vezes visto, porque no podia hazer impresion la Cavalleria, que mandò Villars passasse à socorrerle. Aqui, à los primeros assaltos, perdieron los Alemanes gran gente, y de la más esforzada. Se detenia el Francés con denuedo, partidas en dos frentes sus Tropas; y aunque peleaban ambos centros, era preciso, para romper la Trinchera, vencer el ala derecha de Boufflers; porque esta, tambien acercandose al centro, le defendia, al qual gobernaban el Rey de Inglaterra, y el Señor de Artañan; ni aun por la parte à él más vecina dexaba Villars de cuidarles, porque yà habian los Enemigos, que impugnaban su mano derecha, retrocedido, y aun estàba desecha la primer linea de Scolembourgh, la qual procuraba reparar con la segunda el Principe Eugenio, y sustentaba la Batalla vigorosamente, no pudiendo adelantarse, porque toda la mayor fuerza la tenia consigo Malburch contra Boufflers, sin que en dos horas pudiesse ganar terreno.

Para proseguir à deshazer la derecha de los Enemigos, sacò Villars del centro veinte mil hombres, y se enardeció la Batalla; porque Eugenio, más estrechamente formado, resistia el impetu de los Franceses; y de genero estàba yà inclinada la derecha de los Aliados, que Villars tomò muchas Vanderas, y Estandartes. Entonces acudió à ella Malburch, y el Principe de Tilli.

Viendo el Principe de Hessecafsel, que casi toda la guerra se habia pasado à un lado, atacò con toda su escogida Cavalleria la frente del centro de los Franceses, donde estàban sustentando la pelea con el mayor valor el Mariscal de Boufflers, y el Rey Jacobo. Añadiósele à Hessecafsel el Conde de Uvestfrisia con nuevas Tropas, y rompieron las primeras dificultades de la

la frente del centro, deshaziendo la Trinchera, y arruinandola, principalmente à la siniestra del centro, sobre donde cargò lo restante de la Cavalleria Enemiga, que aún no habia peleado. Acudió allà el Señor de Artañan, que hizo maravillas, y le mataron sucesivamente tres Cavallos, que montaba; pero las balas del Fusil solo le passaron el vestido.

Passò Eugenio con promptitud al centro; porque por la izquierda yà habian los Alemanes roto la entrada de la Selva, y retrocedido la primer linea de los Franceses. Tambien acudió allà Villars, dando con muchos Batallones vuelta por la derecha; y con esto heria à la Cavalleria Enemiga por un lado, y la puso en confusion; pero no pudo vencerla; y para hazerlo, se internò tanto, que fue herido de un pistoletazo en una rodilla, que con el ardor del combate lo despreciò, esforzandose, para que no se reparasse la primer linea de los Enemigos, ni se rompiesse la segunda de su centro; y acudiendo à todas partes, iba derramando mucha sangre. El Principe Eugenio fue herido tambien en una megilla levemente, y prosiguió à sostener à Hessecafsel, y Nassao, que todo el tiempo del combate estubieron valerosamente peleando. Tanta sangre vertió por su herida Villars, que cayò desmayado, y le creyeron difunto. Esta voz se esparció en ambos Campos, aunque los que le retiraron, asseguraban, que vivia.

Esto desalentò à los Franceses, y se esforzò Malburch à reparar la primera linea de los Alemanes, que habia flaqueado; y tanto trabajò, que la volvió à ordenar, y à arrojarla sobre la izquierda Enemiga, adonde corriò Boufflers, quando creyò, que habia muerto Villars; porque por esta parte aún habia vislumbres de esperanza de vécer, aúnq yà todò el Trincerón estàba abierto, y se peleaba en el llano, más allà de la Selva; por q habian hecho retroceder los Alemanes à los Franceses, y podia jugar mejor aquella Cavalleria, que con ferocidad iba destrozandò à la Infanteria enemiga; pero esta

esta sufría el estrago sin desordenarse, buscando à su Cavalleria, paraque la protegiesse. Para reparar la ruina, asaltò tres vezes à los contrarios con escogidas Tropas Bouffers, y otras tantas fue rechazado. Ayudabale con imponderable arrojò el Rey Jacobo, y quedó herido en un brazo.

Las Guardias del Rey Christianissimo hizieron prodigios, sustentando la yá perdida Batalla, paraque no volviessen los Franceses la espalda, yá que iban perdiendo el Campo; pero quedaron estos Regimientos de Guardias destruidos, y sobraron pocos al furor de la Guerra, cada instante mas encendida; pues aunque habian perdido los Franceses mucho terreno, todo el Exercito peleaba, hasta que el principe Eugenio traxo à la Batalla los treinta mil hombres, que tenia de reserva, los quales entraron de fresco contra los que yá habia siete horas, que estaban peleando, y no tenían Gefe, aunque servia de tal el Mariscal de Bouffers.

Con todo el reciente impetu de los que nuevamente entraron, aún sostenian la accion los Franceses con más brio, quando yá estában vencidos, retrocediendo, sin volver la espalda. Viendo esto Bouffers, tocò à retirada, sin que dexassen de combatir, estrechando las lineas, no solo paraque se evitasse la ruina, si se volvía la espalda, sino tambien para hazer gloriosa, quanto era possible, la desgracia. Todo el Exercito de los Enemigos cargaba victorioso, para deshazer al de los Franceses, pero no pudieron conseguir más que sacarlos del Campo; porque el Rey de Inglaterra, Bouffers, Artañan, y Albergoti, con los demás Oficiales, ceñian el Exercito, que retrocedia, y le mantenian ordenado, para prohibir la fuga; y se reparò, que al retirarse, cerraban el ultimo Esquadron el Rey de Inglaterra, y Bouffers.

Yá fuera del marcado Campo los Franceses, viendo el Principe Eugenio, q se desordenaban los suyos, queriendolos seguir, siendo imposible deshazerlos, mandò hazer alto à su Exercito, para gozar plenamente de la Victoria sin nuevos riesgos. No tomó más prisioneros, que

que los mortalmente heridos, que à casi todos librò de la prision la muerte: ganò el Campo, el tren de Artilleria, algunos Carros de Municiones; y nueve Vánderas: le costò la Victoria mucha mas gente de la que perdieron los Vencidos; porque la Trinchera del Bosque no se ganò sin gran dispendio de sangre. Algunos Regimientos Alemanes, que no oyeron la orden del Principe Eugenio, ò para distinguirse mas, siguieron à los Franceses hasta la llanura de Babayen, pero con solas voces, y algazara; porque no se atrevieron à atacarlos. Bouffers retirò la Cavalleria à Valenciennes, y la Infanteria à Keunoy.

Esta es la célebre, y sangrientissima Batalla de Malplaquet, en que tan gloriosos quedaron el Principe Eugenio, y el Duque de Malburch: No lo quedó menos Villars, que quando volvió del desmayo preguntò, si se habia acabado de ganar la Batalla; y al saber que se habia perdido, dixo: *Yo medio ganada la dexé.* Quedaron muertos en el Campo mas de treinta y tres mil hombres entre una, y otra parte, y se retiraron mas de quince mil heridos.

Luego se acampò el Mariscal de Bouffers en Keuran para observar à los Enemigos, que por fruto de su Victoria intentaban sitiar à Mons: Enfermò de unas calenturas, y le sucedió en el mando del Exercito Artañan, que era nuevamente creado Mariscal de Francia, en premio del valor, y arte, con que se habia portado en la precedente Batalla. El Rey Christianissimo mandò añadir al Exercito las Guarniciones de Ypre; Dunquerque, y las Plazas vecinas al Mar, que fueron veinticinco Batallones.

Añadieron al Presidio de Mons dos mil hombres: Era su Governador el Marqués Ceba Grimaldo, y habíabanse tambien en la Plaza el Baron Malknegt, y el Conde de Bergueich, Ministro de Hacienda del Rey Catholico. El dia ventiquatro de Octubre fue embestida de los Enemigos, que estaban acampados en el Molino del Bosque. Mandaban el Sitio los Generales

Pletendorff, Rantzau, y Donna, y gobernaba la Cavalleria Scolembourgh.

La noche del dia venticinco se abrió Trinchera contra la Puerta de Bertamont, y desde allí se tirò una paralela de quinientos y ochenta passos, y una linea de comunicacion a la Villa de Hyon. Tambien se levantò otra Trinchera en Hautè, el Ingeniero Boufey meditó una paralela igual al declive del Muro. El dia veniteis hizo la Plaza una salida, destruyó el Regimiento de Hily, y los trabajos hechos. Socorrió con presteza el Principe Albregth, è hizo retirar á los Franceses, despues de una no breve disputa, en la qual quedo herido el Conde de Cadogan. Prosiguiò la Trinchera contra Hautè, y á la izquierda una paralela de ciento y cinquenta passos, perficionada ya la comunicacion. Plantóse la Artilleria en el Collado contra una media Luna, y una retirada, que tenia detrás.

La noche del dia ventiocho se tirò una linea en la Trinchera de Bertamont, desde la primera paralela, detrás de la Calzada á la Cruz; se puso con gran trabajo la Artilleria á espaldas de la paralela; porque el terreno era peña. La noche del dia ventinueve se construyó otra de quatrocientos y cinquenta passos desde la Cruz á la Calzada, ázia la declividad del labio del Foso de la media Luna: Allí se plantaron ocho Morteros, y quarenta Cañones de diez y ocho se pusieron sobre el Monte, y otros contra los Molinos de San Pedro.

Habian inundado la Campaña los Sitiados, y no podian, sin gran trabajo, divertir el agua los Sitiadores; porque tambien era lluvioso el Otoño, pero todo lo vencía la constancia, y el empeño. Asaltaron el Angulo, que salia del Foso de un Ornabeque, y se alojaron: Aquí padecieron mucho los Olandeses, á quienes tocò la accion, por los grandes fuegos de la Plaza, hasta que se cubrieron. Luego dieron el assalto al camino encubierto de Haurè, y fueron los Franceses vencidos, aunque despues de bien disputado el parage. La-

pro

propria suerte tubieron en el Foso de Bertamont. La mas sangrienta accion fué al otro camino encubierto de Haurè, que les costò mucho á los Olandeses, y fueron dos veces rechazados.

Para el assalto de Bertamont vinieron el Duque de Malburch, y el Principe de Nassao; su presencia inflamò los animos, y se alojaron á la izquierda del Baluarte de la media Luna. Despues era menester ocupar el otro labio del Foso, que habian los Enemigos minado, y así fué preciso quitar mantas la comunicacion de los Baluartes, y batir la cortina. Yá abierta la brecha, hizo la Plaza llamada, dióse honradas Capitulaciones, y salió la Gúarnicion libre. Así cayò Mons, siempre mas prospera la fortuna de los Coligados.

Inquiriendo el desorden de la fuya el Rey Christianissimo, á persuasiones del Delphin, hallò el engaño, en que le tenian enredado Xamillar, porque decia estaban abastecidas las Plazas, y no daba exacta cuenta de los caudales; porque quedaba deudor de ocho millones de libras tornesas. Era grave el cargo. Dixo la Señora de Maintenon, que ella le habia tomado; y podia tanto en el animo del Rey, que se exhonerò deste cargo Xamillar; pero con privacion del empleo, y destierro de la Corte. La reverencia al Padre, imponia silencio al Delphin, y á los Pueblos irritados contra este Ministro.

Nunca la fortuna movió tan diversas guerras contra Principe alguno, como las que suscitò contra el Rey Phelipe; porque toda la desunion de la Aula de Paris, y de Madrid era guerra, que no podian en ella quedar vencedoras las Armas; porque su ira, ó lentitud se concibe en la Corte, y se executa en la Campaña, adonde trasciende todo el desorden de los Palacios. Esto se experimentaba en Flandes, y no menòs en Cathaluña, donde la desunion de las Tropas del Conde de Aguilar, y del Mariscal de Besson, hacia una guerra no por el Rey Catholico, sino contra él. Tenia Bessons orden de mantenerse sobre la defensiva; y por esso no podian

Qg

los

los Españoles hacer progreso alguno ; porque dividido en dos Xefes el Exercito, no habia obediencia.

Aprovechado de la ocasion Starembergh, y mal Alojado, si no passaba el Segre, se acampò con 28y. hombres entre Balaguer, y Pons; pero vigilando los Españoles sobre el Rio, volvió atrás, esperando oportunidad.

En Ribagorza pretendian los Cathalanes hacer alguna diversion, para lo qual embiaron seis Regiminttos Veteranos; que inquietassen la Provincia con correrias. Don Miguel Pons, Oficial de gran valor, y arrojo, los atacò, y deshizo en el Puente de Montañan, hizo prisioneros doce Oficiales, y quarenta Soldados, tomó muchas Vanderas, y escarmentò à los Rebeldes Paysanos, con muerte de muchos.

El dia siete de Agosto mandò Starembergh acercar al Segre 8y. hombres: pusieronse en mayor vigilancia los Españoles; y por si intentaba sorprender à Lerida, la fortificaron de nuevo, y presidaron: alguna voz corria de Secreta inteligencia en esta Plaza con los Alemanes; pero despues diremos como se desvaneciò.

El dia ocho se acampò à la orilla del Rio todo el Exercito Austriaco con la derecha à Palau, y la izquierda à Mital-Campo. Despues mudò los Reales, y estendido en quatro columnas, llegaba la izquierda à la Hermita de Grinian, y la derecha à Villanueva: todo era marchar incierto, para engañar à los Enemigos; no tenia su intencion contra Lerida; pero la fingia. Movieron sus Tropas el Conde de Aguilar, y Bessons, y solo el Rio separaba ambos Exercitos. Tenian los Españoles la derecha à Lerida, y la izquierda à Menarge. Los Alemanes fingian buscar la llanura para llamar à lo inferior del Rio à los Enemigos. No se engañò el Conde de Aguilar, y fuè de dictamen de que todo el Exercito estuviesse à la vista de Balaguer: Besson entendia lo contrario, y que se debía ocupar la llanura, por si daba la Batalla el Exercito Austriaco, para que pudiesse la Cavalleria Española combatir. No creia.

creia el Conde, que aunque passassen el Rio los Alemanes querrian Batalla, y que si baxaban à la llanura los Españoles, les faltaria despues tiempo para socorrer à Balaguer, passando de repente el Rio los Enemigos, que no era facil, estando el Exercito bien acampado.

Noticioso desta discordia Starembergh, y mal guardado el Rio por los Cavallos Españoles, juzgando que buscaria lugar de dár Batalla el Alemán, por la noche passò con la Cavalleria el Segre, junto à Balaguer, y echado dos Puentes de Barcas, que tenia prevenido, seguia sin dilacion la Infanteria. La luz de la mañana mostrò su descuydo à los Españoles. Avisò el Conde de Aguilar à Bessons, para que fuesse à tocar à los Enemigos, y lo reusò este.

Los Españoles con voces provocativas querian obligar à los Franceses à dár la Batalla, sin duda al mas oportuno tiempo; porque aun estaba passando el Rio el Alemán. Obstinòse Bessons, y no se quisieron los Franceses mover. Acabò de passar el Rio Starembergh, y tomò à Balaguer, con 600. prisioneros, y ya en mejor parage, se formò en Batalla. Sabia no la podian los Españoles dár con la desunion de los Franceses; pero como si el los atacaba, se defenderian, no se atrevió à esto: bastabale, para gloria, haber provocado à los Enemigos, y ganados mejor sitio. Creció la discordia en el Campo Español; separaronse los Pabellones de los Franceses, y reynaba tanto la enemistad, que à traycion se mataban reciprocamente los Soldados. Entonces tubo Starembergh mas fortuna que atrevimiento; porque si atacara en esta desunion à los Enemigos, lograra infalible la Victoria.

Con un Extraordinario avisò luego el Conde de Aguilar al Rey Catholico, diciendo, que si no unia este Exercito con su presencia, estaba perdido. Con la mayor celeridad passò en posta el Rey Phelipe al Cãpo el dia dos de Septiembre, con la poca Comitiva que pudo seguir. Alegraronse las Tropas Españolas; é informado el Rey de los cargos que se hacian à Bessons,

le habló en secreto: el positivo del cargo que dió, se ignora: es probable le mostrasse la orden de su Amo, de no dar Batalla precisa si defendia el Rio.

Quexóse el Rey á su Abuelo: llevó las quejas con algun calor el Delphin. Calló el Rey Christianísimo, con quien se excusó Bessons de no haber emprehendido accion alguna, desconfiando de los Españoles; porque en el ardor de ella, en vez de disparar á los Enemigos, mataban á los Franceses. El Christianísimo llamó á Bessons, y todas sus Tropas. El Rey Catholico no debió de quedar mal satisfecho de este Oficial; porque antes de partir le dió el Toysón de Oro. Ni con los Franceses, sin ellos podia subsistir en el Campo.

Estaba el Christianísimo altamente indignado con los Españoles, por el odio, que tenian á sus Vassallos, y perfidia en querer sacar todas sus Tropas de España. Con grandes ruegos consiguió el Delphin, que dexasse por entonces doce mil hombres al sueldo del Rey Catholico, que mandó, con el mayor rigor, se hiciesen Levas por toda España. Introduxo una aparente cõcordia entre las dos Naciones, y se acampó junto á Noguera, desde Algayre al Puente de Alfaràs.

No era bueno el Campo, ni estaba seguro el Rey, sino hubiesse hecho tantos Destacamentos Staremberghs; porque embió gente á Cerbera, y á Ribagorza contra el Coronel Cailus, y mucha mas contra el Duque de Noailles, que infestaba la Provincia de Ampurias, y habia aumentado sus Tropas con los Franceses del cargo del Conde de Stain, que estaban en Aragon. Dos mil Cavallos Alemanes se habian, con poca vigilancia, acampado no lexos de Girona, entre Palau, y Santa Eugenia. Atacólos Noailles, y con facilidad los deshizo; y si no hubieran tenido prompto el refugio de Girona, hubiera sido mayor la ruina; pero murieron muchos, perdieron el Vagage, y Pertrechos, y quedó herido, y prisionero el General Frakembergh.

El dia veinte y quatro de Septiembre pasó el Rey el

el Segre por el Puente de Lerida, buscando á los Enemigos, que estaban bien fortificados en Balaguer. Importó aquello, para restaurar la opinion del Exercito; pues aún despues que faltaban tantos Franceses, solo pedian estar sobre la defensiva los Alemanes. Viendo que no los podía obligar á una Batalla, intentó quitarles los Viveres, y se acampó entre Fontanela, y Palau, corriendo el Campo D. Joseph Vallejo, y ázia Agramont, Zerezeda. Acercóse más á los Enemigos hasta Villanueva; pero no se atrevieron á salir de las Trincheras, ni el Rey las podia forzar; porque eran impenetrables: por esto restituyó su Campo á Lerida, y el dia dos de Octubre volvió á la Corte, llevándose consigo al Conde de Aguilar, por dar satisfaccion á los Franceses, que servian baxo su mano disgustados; porque solo estaban sepultados en el disimulo los odios no apagados. El mando destas Tropas se dió al Principe de Esterclaes, Flamenco, que confrontaba más con los Franceses, y amaba á los Españoles. Este, passando otra vez el Segre, se acampó en Alguaire, sin que hubiesse de una, y otra parte accion alguna remarcable.

El mismo dia, que el Rey Phelipe salió de la Corte para el Campo, la dexó el Embaxador Amelot, y se fue á Francia: parecióle estar expuesto á algun desayre, si quedaba sin el Rey: salió rico, no porque hubiesse abiertamente usurpado de las Rentas Reales, ni de los Españoles, sino por la gran negociacion, que se le permitia hazer en Indias, sacando de la generosidad del Rey permisiones perjudiciales á aquel Comercio. También salieron con el otros Franceses, instrumentos de este negocio, y solo quedaron los de menor importancia, y algunos en el Palacio, protexidos de la Princesa Ursini.

No la pesaba á esta la ausencia de Amelot; porque crecia su authoridad, y por conciliarse á los Españoles, hizo, que eligiesse el Rey por unico Ministro de todos los Negocios Estrangeros al Duque de Medina-

Celi:

Coeli : este era, en virtud del Decreto, su particular encargo, pero nada se hacia sin él; porque no solo entraba tambien en el Consejo del Gabinete, sino que despachaba solo algunas vezes con el Rey, el qual no se fiava enteramente del Duque, y lo mas secreto se reservaba a la Reyna, à la Princesa, y al Marqués de Grimaldo, à quien siempre el Rey tubo particular inclinacion: El Duque de Medina afectaba amor, y zelo; el Rey confianza, y nada de esto habia; porque el Duque tenia ageno el animo de los intereses del Rey y aunque para satisfacer su vanidad se hizo de rogar para admitir el empleo, le admitió de buena gana, porque con esto agigantaba su authoridad: hacia cada dia; nuevos parciales, y tenian mas poder sobre el Reyno.

Todo lo entendia el Rey; pero habiendole desamparado los Franceses, era preciso valerse de los Españoles; y para engañar al Cuerpo de los Grandes, se eligió uno de los mas authorizados. Creyeron los Enemigos, que poner el Gobierno en manos del Duque habia sido arte; para perderle. Esto era improprio de la benignidad del Rey, cuyo sincero animo, y cuya intrepidez, no buscara tantos rodeos, si tenia que castigar. La Princesa era mas capaz de armarle este lazo; pero era aventurar mucho, buscando un delito incierto, à tiempo q̄ combatian al Rey las mayores dificultades; porque le faltaban los socorros de Francia; y en esto mostraba tener el Rey Christianísimo intencion de la Paz, con la qual se cargaba toda la fuerza de los Enemigos contra la España, y no la podia defender el Rey solo. Obstaculaba sus rigores à este tiempo la fortuna, afligiendo al Rey con nuevos cuidados, pues entraba por necesidad en nuevos disgustos, y empeños con la Corte de Roma.

Imposibilitado el Pontifice de resistir al Emperador, y perdiendo cada dia algo de sus Estados, dió oidos el dia nueve de Febrero à las proposiciones de ajuste, que embió la Corte de Viena; estas eran: „ Que habia de „ reformar sus Tropas el Pontifice, quedandose con las „ que

„ que tenia antes de las nuevas Levas: Habia de reconocer por Rey Catholico, y de toda la Monarquia Española, al Rey Carlos de Austria: Se le habia de dar la Investidura de Napoles: Se habia de señalar „ Quarteles à quince mil Alemanes en los Estados Pontificios, que para no padecer vexacion, se habian de pagar cien mil escudos Romanos: Se habia de restituir al Pontifice lo que se le habia tomado; si tenia „ claro derecho à ello: Habia el Fiscal Regio de volver sus rentas à los Eclesiasticos ausentes: En privada, y amigable conferencia se habia de decidir sobre Comachio: Habian de proteger perpetuamente el Emperador, y el Rey Carlos, contra qualquier Principe, à la Sede Apostolica.

Estos poco ventajosos Articulos vió el Papa con precisa tolerancia, y se eligió al Cardenal Fabricio Pauluci, para que confiriese sobre ellos con el Embaxador Cesareo, Marqués de Priè; y lo que mas embarazaba era, reconocer à Carlos de Austria por Rey Catholico, quando ya estaba Phelipe de Borbón reconocido, y tenia muchas Bulas Pontificias, que le trataban como tal, siendo este titulo indivisible; y à esto se seguia, reconocerle al Rey Carlos por dueño de quanto poseía el Rey Phelipe, lo que repugnaba à la razon, y à la justicia; no porque esso fuesse decidir, sino porque en los Reynos, en que Phelipe dominaba no se le podian negar las Bulas de los Propuestos Beneficios, y Mitras, y era notoria contrariedad reconocer dos Reyes de España; en lo que se aventuraba tambien, que esta nagasse al Pontifice la obediencia, protestando de todas sus resoluciones.

Esto ponderaba Pauluci al Marqués de Priè con mas bien limadas razones, y ofrecia reconocer à Carlos por Rey en abstracto; pero no con el titulo de Rey Catholico. Los Alemanes, que conocian la poca constancia del Papa en materias politicas, el temor de los Romanos, y sus tenues fuerzas, instaban, que si luego no se hacia este reconocimiento, tenia orden el Conde Daun

Daun , para ir á Roma con veinte mil nombres. Nada aprovechaban las representaciones de Telsé, y del Duque de Uzeda por la España; porque eran solo papeles, y palabras , y los Alemanes mostraban la bayoneta.

Los Ministros del Papa daban á los Españoles por escusa , que estaba violentado, y por esso era nula la recognicion, la qual nada le quitaba al Rey Phelpe, ni se le negaria el titulo ya una vez dado, y las Bulas en sus Dominios: que no era este el primer Pontifice , que habia reconocido dos Reyes de Napoles; y que era preciso ceder á la fuerza (y en secreto decian, que á la tirania); porque no debía el Pontifice exponer el Estado Ecclesiastico por un punto politico aéreo, y una question solo de nombre. Que eran los Españoles, y su Rey muy Catholicos, para quitar por esso la obediencia á la Santa Sede; y que si tal sucediessé, no seria culpa de un Papa oprimido, y obligado.

Apretaban por la respuesta los Ministros Austriacos , y la dió el Pontifice en esta forma: Que habia de reconocer genericamente por Rey á Carlos de Austria , y que se formaria una Junta de quince Cardenales, para deliberar el Titulo: habia de tener el Papa cinco mil hombres de Armas: se habia de dar una contribucion , para diez mil hombres, que habian de tomar Cuarteles de la otra parte del Po, fuera de los Estados Pontificios: se habia de hazer una Congregacion, que definiá sobre los Estados, que son Feudos de la Iglesia , Comachio, Parma, Ferrara, Plasencia, y otros Estados de Principes Romanos, que se pretenden por Feudos Imperiales , y que , hasta que se definiessé , presidarian á Comachio los Alemanes: que habia de proponer Carlos de Austria para los Beneficios Ecclesiasticos á los sujetos dignos de los Dominios, que poseia; y habia de anular el Cesar los Decretos, hechos sobre Parma, y Plasencia.

Estas proposiciones las despreció el Marqués de Prie. Lo proprio sucedió en Viena. Para determinar el Titulo

de

de Rey, nombró el Pontifice á los Cardenales Achiajoli , Carpegna, Galeazo Marecotti , Espada , Panfiatici, San Celarco , Gabrieli , Ferrari, Domingo Paraciani, Caprara, Carlos Agustín Fabroni, Benito Panfatio, Fulvio Astali, Bichi, y Joseph Renato, Imperial. Estos quince eran hombres sabios, y prudentes, tenidos por neutrales; no se debía desconfiar de ellos; pero tampoco debía el Cesar sujetarse á su arbitrio.

Protestó el Rey Phelipe de nulidad de qualquier Decreto, que hiziesen, y presentó las protestas Don Joseph Molines, Decano de la Sacra Rota por España, al Decano del Sacro Colegio, al Vice-Chanciller Cardenal Ottobano, y al Cardenal Camarlengo. Hallábase el Pontifice muy embarazado, y tubo orden el Arzobispo de Damasco, Nuncio en España, de ablandar el animo del Rey, exponiendo sus razones, que todas se reducian á estar violentado, y serle imposible redimirse de la vexacion, sin condescender en gran parte con lo que pedian los Alemanes. El Rey Catholico conocia la opresion; pero habia de hazer justicia á su propria dignidad; y sin faltar á la debida veneracion á la Santa Sede, tomar aquellas satisfacciones, que tubiesen los Theologos por licitas.

El Emperador estaba impaciente de las dudas del Pontifice, y mandó estrecharle con amenazas, que las proferian el Conde Daun, y el Marqués de Prie, aún superfluas al temor del Pontifice, que rendido á él, aún quando fingia con los Ministros de España, y Francia indecision, se convino secretamente con el Cesar, allanandose á las primeras proposiciones, que le vinieron de Viena; solo en la recognicion del Rey Carlos se moderó; porque le reconoció por Rey Catholico en aquella parte de los Dominios de España, que poseia, sin perjuicio del Titulo ya adquirido, y de la posesion de los Reynos, que gozaba el Rey Phelipe. Esta convencion se hizo tan secreta, que hay, quien diga, estaba ya concordada, quando se mandaron hazer en Roma Rogativas , para que Dios iluminasse al mayor acierto.

Rr

Tu

Tubieron esta noticia los Ministros Españoles, y Franceses; y el Mariscal de Tessé escribió al Pontífice dos Papeles, agenos de la veneración debida à la Cabeza de la Iglesia. Por no dexar à la posteridad el pésimo exemplo de hablar con tan irreverente libertad al Vicario de Christo, no ponemos copia de ellos; pues siendo inseparable la altísima dignidad de Pontífice Summo, del varon, aunque este puede en lo politico errar, no le debe violar el respeto à representacion tan alta. Estos Papeles solo tubieron aprobacion entre los Hereges, ó los poco Catholicos. La piedad del Rey Christianísimo, y del Rey Phelipe no los aprobó. El Pontífice toleró la injuria con Christiana paciencia, è hizo publica la concordia, estendida en los mismos Capítulos, que habia propuesto el Cesar, que tubo compasion de no executar algunos; porque no tomaron quartel en el Estado Ecclesiastico tanto numero de Tropas, ni la contribucion fue tan grande.

El Rey Catholico no deliberó nada antes de oír al Consejo de Estado, à los Consejeros del Gavinete, y à algunos Ministros del Consejo Real de Castilla; y para assegurar más su conciencia, mandó, que el Padre Rubinet, de la Compañia de Jesus, su Confessor, juntasse los Theologos más acreditados, y que diessen su dictamen sobre si se podia desterrar de los Reynos de España al Nuncio, y prohibir su Tribunal. En esta ultima circunstancia batia toda la dificultad; porque considerandole como Embaxador del Pontífice, yá se le habia insinuado, que no usasse del Ministerio, ni entrasse en Palacio, y por dictamen del Duque de Veraguas se habia quitado de la Capilla Real el asiento destinado à los Nuncios.

Los Theologos (entre los quales estába el Padre Blanco, Dominicano, y el Padre Ramirez, Jesuita, hombres muy sabios, y exemplares) respondieron, que podia el Rey quitar el Tribunal de la Nunciatura, erigido à instancia de los Reyes Predecesores, por comodidad de los Subditos, administrando los negocios, como

como antes por el Ordinario, sin que esto fuese saltar à la debida obediencia à la Santa Sede. De esta misma opinion fue el Obispo de Lerida Solís.

En virtud de esto mandó el Rey, que saliesse de sus Dominios el Nuncio Arçobispo de Damasco, con todos los Ministros de la Nunciatura, prohibiendo este Tribunal, y le dieron Letras Circulares à todos los Obispos de España, para que usassen de la misma jurisdiccion que tenían antes de estar establecido. Sobre la persona del Nuncio no explicó el Rey nada; y para honrarle, mandó que le acompañassen hasta la Raya de España cinquenta Cavallos, y Don Galpax Giron, su Mayordomo de Semana, y fuese aloxado à expensas del Real Erario, hasta que saliesse de ella. Era digno de toda esta distincion el Arçobispo Zondadari por su sangre, y su virtud; y como muchos le habian teñido de la nota de desafecto, quitó el Rey, dandose por satisfecho de este Ministro, explicar, que no habia dado credito à estas voces, emanadas del Duque de Uzeda, sin fundamento, y alentadas en Madrid por Don Francisco Ronquillo, y el Duque de Veraguas, poco amigos del Nuncio.

Este pasó su Tribunal à Aviñon, pretendiendo exercer desde alli la Nunciatura de España; pero fue en vano; porque por Real Decreto estaba prohibido acudir à ella. Quitóse el Comercio con Roma, mandando no admitir mas Breves Pontificios, que los que el Rey pidiesse, que se habian de conceder sin estipendio. Se ordenó salir de aquella Corte al Duque de Uzeda, y al Marqués de Monte-Leon: voluntariamente lo hizo tambien el Cardenal Francisco Judice, para mostrar el afecto, y la parcialidad por el Rey, y pasó a Genova, adonde se restituyó Monte-Leon, y llegó poco despues Uzeda, que habia sido creado Plenipotenciario en Italia, padeciendo el Rey equivocacion en el credito de su fidelidad; porque el Duque no la tenia. Yá lo habia insinuado el Pontífice al Rey Catholico; pero no fue creído. Cierito es que tenia inteli-



gencia con los Alemanes ; pero lo executaba con tanta reserva , que tenia en España la mayor opinion de leal.

No tenia el Rey Phelipe en Italia más, que la Isla de Sicilia, y dos Presidios de Toscana, Longón, y Puerto Hercules , y así parecia superfluo el Plenipotenciario, del qual hacian alguna burla los Alemanes; pero pareció alentar a los Reynos de Italia con este nombramiento, que insinuaba no haberlos olvidado el Rey Phelipe; porque no estában contentos baxo el yugo de los Alemanes los mismos, que los habian llamado: importunando al Rey Phelipe por su recuperacion muchos Magnates Napolitanos, Milaneses, y Sardinios.

Por estos ultimos instaban continuamente en la Corte el Conde del Castillo, el de Montalvo, y el Marqués de San Phelipe, que dieron un Proyecto de como se podia recobrar el Reyno: fue aprobado en Madrid, y París; y ofreció el Rey Christianísimo, si se proseguia la Guerra, algunos Navios, y dos mil hombres. Para mantenerle en este proposito, y que se executasse, se embió à Francia al Marqués de San Phelipe, y à Corcega al Conde del Castillo; porque estando más vecino à Cerdeña, pudiesse cultivar aquellas inteligencias.

Tambien desde Genova cultivaba las de Milán el Marqués de Monte-Leon, y las de Napoles el Duque de Uzeda, más para saber lo intimo del secreto, que para adelantar el servicio del Rey Catholico. Conociendole muchos Napolitanos, no se fiaban del Duque, y mantenian su correspondencia con Don Joseph Molinès, que habia quedado con su Empleo de Auditor de la Rota en Roma, y era hombre seguro, eficaz, y del más constante afecto al Rey de España. Entró este en nuevos empeños; porque ya reconocido Carlos de Austria por Rey Catholico en Roma, embió por su Embaxador al Principe de Avelino, Napolitano, cuyos primeros passos fueron, pretender la Casa, que para sus

Em-

Embaxadores tiene en Roma el Rey de España, que la defendió, passandose à ella con gente armada, D. Joseph Molinès: y para sostener el empeño se le embieron de Longón docientos Oficiales.

No cessaba en Paris el Duque de Orleans de procurar descomponer con aquella Corte à la Princesa Ursini; porque esperaba volver à España, si salia aquella. Descababa ardentissimamente el imperio de aquellas Tropas, y mucho mas despues que habia vuelto à Paris Amelot, dando por pretexto, que solo él era capaz de unir las dos Naciones, por tener en España tantos parciales de la primer Nobleza, y de los mas distinguidos Oficiales en las Tropas. No se le ocultaba esto à la Princesa, que tenia el favor de la Señora de Maintenon, y conservaba secreta inteligencia con Amelot: esta era otra guerra, en que padecian ambas Cortes; pues nada cansa más à los Reyes, que instarle con sophisticas razones, lo que es de su desagrado; porque como los mas quieren hacer siempre lo mejor, temen ser de su propria voluntad engañados.

La Princesa, para de fenderse de esta persecucion, inquiria mucho sobre los passos, y operaciones de los que imaginaban mas adheridos al Duque de Orleans en España, que no eran muchos, pero su aprension abultaba el numero: creía que habia dexado espías en la Corte, y en el Exercito, y no se engañaba: solicitaba con cuidado ocasiones, para malquistarle mas con el Rey; y sobre todo, le daban cuidado un Secretario, y un Ayudante Real, que habia dexado el Duque en Lerida, llamados Flot, y Renò, Franceses, para lo qual mandò al Governador de la Plaza, Conde de Luviñi, que vigilasse en ellos.

Esta prevencion, ò la natural advertencia del Governador, que era hombre fidelissimo, y puntual, hizo reparar, que aquellos dos Franceses salian frequentemente de noche de la Plaza, y les puso espías, para que los siguiesen: averiguò, que iban al Campo enemigo, y al Pabellón de Diego Stanop, General Ingles: avisò de

de

de esta novedad á la Princesa; y el Rey no quiso que se prendiessen por entonces, sino que se estubiese a la mira, para que no pudiessen salir de España; pero queriendolo ellos executar, fueron presos, y tomados sus papeles: uno se cogió en el Viage, que se encaminaba á Bayona; llevaronlos al Castillo de Pamplona, y en sus escrituras se hallaron muchas Cartas en cifra, que les escrivia el Duque de Orleans, y otras Respuestas de Stanop. De las cifras se halló la llave, y se pudo poner en claro: „ Que el Duque, viendo como infalible, y necessaria la Paz del Christianissimo con los „ Aliados, y que se detampararia al Rey Phelipe, para „ obligarle á dexar el Trono, habia ofrecido á los Ingleses el entregarles las Plazas de Lerida, y Tortosa, y el Castillo de Pamplona; y como suponía, que habia de tener el mando de las Tropas de España, prometia perder con arte tan enteramente una Batalla, que no le quedassen al Rey Tropas con que subsistir, de genero, que se veria obligado á restituirse á Francia, y que él se levantaria con las que quedassen, salvando los Regimientos, y Xefe que tenia á su devocion; y que ocupando la parte mas principal de España, la entregaria á los Ingleses, que ayudados de las Tropas Austríacas, la poseerian toda; pero que al Duque se le daria el Reyno de Valencia, y Navarra, con Marcia, y Cartagena, reconociendole por Rey, para que él cediese a la Casa de Austria los derechos que tenia á la Corona de España, despues de la Linea del Rey Phelipe; advirtiendole, que este Tratado no queria tenerle con otro sino con los Ingleses.

Esta era la idèa del Duque, admitida de los Ingleses con engaño; porque no le cumplirian la palabra, ni convenia á su sistema dexar en la España un Rey de la Casa de Borbón, el qual se llamasse Phelipe, ó Luis, y era question de nombre. Tenia entablado este Tratado antes de salir de España; y para que creyessen por facil lo que ofrecia, dió una Nota de sus par-

ciales,

ciales, y puso en ella no solo muchos Cabos Militares, sino aun á los primeros Magnates. Esta Memoria no se halló en los Papeles que se cogieron, pero el contexto de las Respuestas de Stanop la suponía. Como fue obligado á salir de España, continuó este negocio por manos de los referidos Flot, y Reno. Un Clerigo Cathalan, que iba, y volvía de Lerida al Campo Enemigo, y traía las Cartas, fue tambien preso.

Quando los Ingleses vieron salir de España al Duque, desconfiaron de que pudiesse cumplir lo ofrecido; porque mandaba las Tropas el Conde de Aguilar, hombre fidelissimo, de la mas illustre Sangre en España, é incapaz de tal infamia. Despues las mandaba Sterclaes, sujeto de semejantes circunstancias, y así se enfrió Stanop en este negocio; viendo lo qual, y discurriendo la causa, queria el Duque volver á España á mandar sus Tropas, y executar su designio. Los presos en el Castillo de Pamplona lo confessaron todo de plano, pero que estaban engañados; porque el Duque les decia era de orden, y consentimiento del Rey Christianissimo, de quien eran Vassallos. No confessaron en la materia complicés, porque no los habia menester el Duque, que no se habia fiado de Español alguno; aunque fueron presos, por la gran adhesion que tenian á él, Don Bonifacio Manrique, Don Antonio de Villarroel, y el Marqués de Fuente Hermosa, fueron luego puestos en libertad; conociendo su inocencia, y que de nada de esto eran sabidores.

De todo lo referido dió aviso individual á su Abuelo el Rey Phelipe. Tubo Luis Decimo quarto la pesadumbre mayor; avigoraba su ira el Delphin, y se determinó la ultima sangrienta resolucion contra el Duque; pero no la dexaron executar los ruegos de la Maintenon, y de la Duquesa Madre, y aun de su Muger, hija natural del Rey, que mal avenido con su propria benignidad, no podia esconder su sentimiento; era preciso un exemplar castigo, ó un alto dissimulo; por que el Duque se excusaba diciendo: Que este Tratado

tado

„ tado era solo en caso de no hacer Paz con los Aliados el Christianissimo, y de resolver, y contentir, que saliese el Rey Phelipe de España; porque no queria el Duque renunciar sus derechos, si no le daban alguna porcion de los Reynos, à los quales tenia accion por su Abuela Ana Mauricia, hermana de Phelipe Quarto, heredera indubitable, si no lo fuese Maria Terecia, y que en esta forma estaba declarada en las Cortes de España la succession, por la qual no era delito conservar de aquellos Reynos la parte, que pudiesse, si no se mantenía en el Trono el Rey, proprio siempre à restituírlos, quando volviese à él.

Estas razones, aunque sophysticas, era preciso pasarlas por buenas, y admitir la disculpa, ya que no se habia de castigar el delito. Aun queda la duda de si favoreció al Duque de Orleans el de Borgoña: no faltó quien lo afirmasse; pero al fin sepultó un politico silencio el negocio, y el Rey de Francia explicó al de España su determinacion, y estar necesitado à executar una benignidad casi injusta. Por su natural clemencia, y por dar gusto à su Abuelo, à todo se acomodó el Rey Phelipe, y dió libertad à los dos Franceses, que tenia presos en Pamplona. Ay quien diga, que nada de este Tratado sabian en Barcelona, y Viena; pero esto no es probable: cierto es, que se calló siempre el haberse querido valer de este medio.

Yá divulgada la voz de Paz, y no concluida, temieron los Olandeses, que no la hiciesen particular con el Rey de Francia los Ingleses; porque tomaba cuerpo la faccion, contraria à Malburch, aunque este siempre prevalecia. Valianse los Tortis contra los Vigtz de un hombre de mucha eloquencia, llamado el Doctor Enrique Sciacheverel, que abiertamente disputaba sobre los derechos al Reyno, y no dexaba de dar cuidado. Recelaban tambien en Olanda los precisos movimientos de la Germania, habiendo llamado sus Tropas muchos Principes, despues que vencido en la Batalla de Pultova por los Moscovitas el Rey Carlos de Suecia, se ha-

habia retirado à Andrinopoli, y aprovechandose de la ocasion, se coligaron contra su Reyno el Rey de Prusia, el de Dignamarca, y Polonia: llamóse esta la Liga de los tres Federicos; y aunque todas las iras se dirigian contra Suecia, tenia el Rey Carlos Estados en Alemania, que eran los Ducados de Bremen, y Uverden, que se estaban yá poniendo en defensa, y su Circulo los protegía.

No estaba enteraméte extinguida en Polonia la facción del Rey Stanislaw, y así dudaban en Olanda, que muchos Principes Alemanes retirassen los Regimientos, q̄ habian dado al sueldo del Emperador, y de los Ingleses, con lo qual se enflaquecian sus fuerzas, teniendo siempre la Francia un poderoso Exercito en pie. Esto los obligó à usar de sus acostumbradas artes, y à insinuar al Christianissimo, que volviese à entrar en Tratados de Paz: que se moderarian mucho los propuestos Articulos; y que, quando hallassen ventaja, la harian particular. Para esto era menester engañar à los Ingleses, y confiarlos: No estaban estos muy assegurados de los Olandeses; y así, por descubrir su intencion, y estrecharlos, ambas partes creyeron las convenia una nueva particular Liga entre Inglaterra, y Olanda, que se firmó el dia ventinueve de Octubre, estendida en ventiun Articulos. Los principales eran, sostener la succession de Inglaterra en la linea Protestante, y elegir una Barrera formidable en Flandes los Olandeses. No fue difícil el ajuste; porque no daba cosa de lo suyo la Inglaterra, y la succession en la Casa de Hannover la importaba tambien à la Olanda. Se hicieron reciprocos pactos de no tratar Paz uno sin otro, y ambos tiraban à engañarse; porque la Olanda estaba cansada de la Guerra, y queria la Paz: Tambien la deseaban en Londres los emulos de Malburch, para quitarle la autoridad, y el poder; pero como la repugnaba el Cesar, porque le faltaba mucho que vencer à su hermano, para ser Rey de España, donde solo tenia un pequeño pe-

dazo de Cataluña, no explicaban sus deseos los Aliados, antes se recataban uno de otro.

No habia sucedido cosa de gran entidad en el Rhin; porque de uno, y otro Exercito se habian hecho numerosos Destacamentos para Flandes. Mandaba el de los Aliados el Duque de Hannover, y el de los Franceses el de Harcourt, que hechando tres Puentes al Rhin, pasó nueve millas de Kel, para forragear los Campos de aquellas Provincias, sin que pudiesen los Alemanes embarazarlo. Para penetrar estos en la Alsacia Alta, y ponerla en contribucion, destacó el Duque de Hannover al General Mercy con ocho mil hombres, para que pasando de improviso por los Estados de los Esquizaros, diese el gyro con la mayor celeridad a la Alsacia. Marchó la noche del dia ventuno de Agosto con dilatadas, y continuas jornadas, entrando por Balcen; y pasando por San Jacobo, y Gundlinguen, llegó a la Alsacia, se adelantó a Neoburgh, y se juntó con el General Latour: luego echó un Puente al Rhin, y se empezó a fortificar, con lo qual ponía en peligro a Heninguen, y sus confines; porque ya tenia casi bloqueada la Ciudad.

Era Embaxador de la Francia en los Esquizaros el Conde de Luch; y habiendo alcanzado a tiempo esta noticia, la participó con Extraordinario al Duque de Harcourt, que sin dilacion destacó al Conde del Burgo con diez mil hombres, para cortar el paso a los Enemigos, que se estaban moviendo ázia Romeskeim, para buscar mejor sitio, pues no se habian podido aun fortificar, ni perfeccionar la Trinchera. A la primer vista, casi cogidos sobre la marcha, los atacó con la mayor resolución el Francés, formado en batalla: dispusieronse con prontitud para ella los Alemanes, y sostubo el primer encuentro con gran valor el General Breverén, q mandaba la izquierda, y tanto se esforzó, que deshizo tres Esquadrões de Franceses, pero al repararse estos, se adelantó demasiado á buscar al Conde del Burgo, que

que venia á salirle al encuentro, y perdió la vida gloriosamente Breverén.

Regia la derecha de sus Tropas Mercy; pero ya con la muerte de Breverén, vencida su izquierda, cargaron los mejores Regimientos de los Franceses á pelear en su siniestra, y se travó cruentísima guerra. Mataronle á Mercy el Cavallo, que montaba; y al caer, le cogió debaxo, y tubo gran peligro. Este rato, que dexó de pelear, le faltó á aquella ala un Gefe tan esforzado, y vigoroso, que pudieron los Franceses deshazerla enteramente; y como los Vencedores del ala izquierda advirtieron cortar el Puente, les faltó á los Vencidos este refugio. Mercy se salvó, pasando el Rio á nado: quedaron de los Alemanes mas de mil muertos, doble numero de prisioneros, y padecieron gran defercion; aunque el General Uviterkein retiró las reliquias á Eribourgh: los que siguieron á Mercy, se recogieron con él á Rehinselum.

Puso la Tierra enemiga en contribucion el Francés; y aunque esta Victoria fue pequeña, para el corto numero, de los que pelearon, importó mucho; porque ocupada la Alsacia Alta de los Alemanes, se hubieran podido adelantar, hasta dar la mano al Duque de Saboya, para que atacasse el Delphinado, poner en contribucion á Leon, y en peligro la Borgoña. Dió el Rey de Francia la queixa á los Esquizaros, y respondieron haber sido sin su noticia: lo proprio respondió á ellos el Cesar, y se debió todo á la vigilancia del Ministro, que residia en Helvecia, y al valor del Conde del Burgo.

Sintió mucho este accidente el Duque de Saboya; porque no podia en los Alpes hazer progreso alguno. Habia el Duque de Bervich fortificado bien á Brianzò, el Castillo de Barran, y el Rio Varo. El Conde Daun intentó tres vezes passar por los Montes contra el Delphinado, pero fue en vano. Estaba el Conde de Broglie, Francés acampado en los Collados de Brianzon con bien fortificada Trinchera, cõtra la qual partió improvi-

mente Daun ; pero saliendo de ella à encontrarle el Conde de Broglie , le derrotò , y rechazò hasta los vecinos Valles , con pèrdida de mil y quinientos hombres : no se atrevieron despues los Alemanes à poner su Campo al otro lado del Montmillán , ni penetrar en la Moriena ; y paraque no los encerrassen los Franceses , pusieron un Gran Destacamento en Conflans. Quiso el General Rhebinder , Alemán , passar el Puente de Vachet , junto à Brianzon ; pero le defendió con tanto esfuerzo el Señor de Dillon , que desistió del intento , dexando ochocientos hombres.

Estos progressos , que negaba al Duque de Saboya la fortuna , desalentaron à los Calvinistas de Lenguardoc ; porque el Duque de Rechoire abatiò con gran rigor el orgullo de las Cebennas , de donde ya volvian à formar sediciosas Quadrillas los Hereges. Con esto se pudieron embiar más Tropas al Duque de Noailles , que debastaba la Cathaluña , que alinda con el Rosellón , y tenia en continuo movimiento à aquellos Rebeldes , que nunca retirados à Quarteles , ni aun en el rigor del hyvierno , corrian por todos los Lugares , que se habian restituído al dominio del Rey Phelipe.

En Portugal nada digno de la Historia hizo el Marqués de Bay , despues de la Batalla de la Guidiña , pues aunque bloqueò à Olivenza , nunca la pudo sitiar ; porque cortò el Puente , y esto mismo sirvió à los Portugueses de defensa. Vino de Gurumena el Marqués de la Frontera , y levantò tres atrincheramientos junto al Rio , que impidió à los Españoles acercarse , y fueron precisados , instando ya el tiempo de dár Quarteles , à retirarse à ellos.

En este año à catorce de Septiembre murió en Toledo su Arzobispo el Cardenal Portocarrero : propuso el Rey à D. Antonio Ibañez , Arzobispo de Zaragoza ; pero no quiso dár las Bullas el Pontifice , disgustado de quanto en España se executò contra el Nuncio Zondadari.

AÑO

AÑO DE M DCC X.

LIBRO XI.

LA ociosidad de las Armas , y el Artificio de los Olandeses volvió à entablar los Tratados de Paz con el Rey Christianissimo , que , prosiguiendo en su politico systema de alucinar à los Enemigos , diò nuevos oídos à ella. Fue Gertrudembergh el lugar destinado para el Congreso , y se nombraron Plenipotenciarios : la Francia nombrò al Mariscal de Uxelles , y al Abad Melchor de Polignae : La Olanda à Guillermo Puis , y à Bruno Uvanderdussen : La Inglaterra al Duque de Malburch , y al Milord Fouveskenden : El Emperador al Principe Eugenio , y al Conde de Sinzendorf ; y tambien embió el suyo el Duque de Saboya.

No estaba maduro el negocio , y así era intempestiva la Paz , y nadie de los que asistian al Congreso , la deseaba ; pues , aunque los Estados de Olanda estaban enfadados de la guerra , y verdaderamente apetecian el descanso , y no correr más peligro ; los Ministros del Congreso , teniendo à su favor al Gran Pensionario Heynsio , en todo contemplaban al Principe Eugenio , y à Malburch , que querian por sus particulares ventajas la guerra. Este era el dictamen del Cesar , viendo no saldria sin ella , y con gran trabajo de España el Rey Phelipe , más fortificado en el Trono , despues que tenia succesion , y le importaba al Cesar buscar para su hermano un Reyno ; porque quedasse parte de los Estados Hereditarios à sus hijas.

A la Reyna Ana la tenian persuadida los de la faccion de Malburch , que descaecería de su authoridad , y quizás del Trono , si no se mantenía armada , porque se

se aumentaba cada dia el partido de la Iglesia Anglicana; y aunque por la libertad de sus Escritos, y Sermones, estaba preso el Doctor Enrique Sciacheverel, no se arrevia el Gobierno á castigarle, por el gran numero de Protectores, que defendian la antigua Religion de la Patria, professada desde que apostataron de la verdadera. Por estas razones tambien la Reyna assentia á la guerra.

Este dictamen era, aunque reservado en los ardidés de su politica, y de su prudencia, el Duque de Saboya, que ni queria ver tan poderosos á los Austriacos, ni sacar de España al Rey Phelipe, aunque le hiziesen Rey de Italia en los Reynos, que habia poseido; porque tambien él deseaba un Titulo de Rey en ella, y solo podia estenderse en la Lombardia, y en el Estado de Milán, del qual no era facil ganar más terreno, si se le daban al Rey Phelipe con Napoles, Sicilia, y Cerdeña, que era el ultimo ofrecimiento, que meditaban hazer los Olandeses, porque las dos Islas yá las habian ofrecido, siendo despreciado este partido por el Rey de Francia; el qual, viendo á los Olandeses ansiosos de la Paz, muy encendidas las dos facciones en Inglaterra, y constantes en el amor al Rey los Castellanos, habia corroborado sus esperanzas, de que Liga de tantos dictámenes podria durar poco, embarazados sus intereses en los mismos progressos, y así fiaba al tiempo sus ideas.

El Delphin las confirmaba con nunca intermitentes instancias, y declaró la immutable voluntad ázia el Rey su hijo á sus Plenipotenciarios; y aun el Duque de Borgoña aprobaba el no hazer la Paz, sin que fuese Rey de Italia su hermano: con esto le parecia, que quedaba ayroso el empeño, y que desmenbrada de tantos Reynos la España, y poseida de un Austriaco, la deprimiria á su arbitrio. Este era un sistema errado y fundado en falta de experiencia, y noticia de la España, más para temida, quando estubiese desembarazada de la Flandes, y de Milán.

Esta

Esta Paz, que todos la trataban con mala fe, congenia tantos artificios, para no explicar un Principe á otro su intencion; que necesitaba de otro volumen; y no es proprio de Commentarios estendernos á describir las artes, con que procuraban engañarle; y así no se firmó Armisticio; porque nunca fueron mayores los preparativos de guerra.

Baxò en el rigor del hyvierno con una Esquadra al Mediterraneo el Almirante Norris: Saliò con otra costeando la Francia el Vice-Almirante Dusleyo, y otros Navios costeaban contra los Corsarios Franceses, que salian de Dunquerque. Las Guardias de la Reyna se embiaron á Flandes; y á mandar las Tropas de Portugal al General Skanon, Ingles; porque Gallovay padecia una constante gota en los pies, estaba aborrecido de los Portugueses, y no con grande aceptación en Londres, después que habia sido desgraciado, y tres vezes en España vencido. Para Embaxador de Inglaterra pasó á Lisboa Milord Prothmor, y para solicitar la Armada Naval, pasó á Olanda el Señor de Mithel.

Hacia grandes Levas el Rey Catholico, y no menores la Francia. Todo esto decian, que era para hazer la Paz; porque el Señor de Pethecum, Ministro de Holstein Gotorp, habia llevado á Olanda nuevos Proyectos por la Francia, de semejantes á los q los Olandeses habian propuesto. El Rey Christianissimo decia, que queria para el Rey Phelipe Reynos equivalentes á la España, que habia de dexar: Ofreciòlos la Olanda; pero no venian en ello los Ingleses, ni los Alemanes; estos porque querian la Italia, y aquellos porque se habian declarado por la parte de los Austriacos, que les habian ofrecido á Puerto Mahón, y otros en la America: y habia de passar á Barcelona el Señor Gragtz, para concluir con el Rey Carlos este Tratado.

Los Plenipotenciarios de Francia, viendo que no podian los Olandeses cumplir lo prometido al Rey Christianissimo, se despidierò el dia catorce de Mayo los Olan-

Olandeses los entretuvieron algunos dias, por si podían vencer al Principe Eugenio, y a Malburch, que eran arbitros de sus Cortes; pero como estos querian la Guerra, permanecieron constantes, con el pretexto de que no tenían otra institucion de sus Soberanos; y que dar la Italia, era desmembrar en dos Reynos la Monarquía de España; y hacerla perder el equilibrio a la Europa, dexando mas poderosa à la Francia.

Pethecum trabajaba en unir estos dictámenes, y voluntades, pero no pudo; y Uxelles, y Polignac se volvieron a Paris, dexando antes escrita una carta muy picante à los Estados Generales, y haciendo cargo à los Principes de la Liga de ser los instrumentos de la ruina de la Europa.

Los Olandeses respondieron con no menor arrogancia, y pareció ya à todo el Mundo enteramente roto el Tratado, pero con gran secreto habian los Olandeses ajustado otro por medio de Pethecum, Torfi, y Bergueiche con la Francia, que ofrecia quanto la Olanda apeteciese, aunque fuese toda la Flandes Española, y darles el Comercio de Indias, como se apartassen de la Liga, y volviessen à reconocer al Rey Phelipe.

No se estendieron los Articulos, pero quedó concordado, que harian solos la Paz con gran secreto, despues de disuelto el Congreso, y que retirarian temprano sus Tropas à Quarteles de hyvierno: La Francia ofreció en rehenes quatro Plazas.

Como en este ajuste daba tanto de lo suyo el Rey Catholico, fue preciso, que el de Francia se lo comunicasse, y pasó el Señor de Iberville à Madrid à este efecto. El Rey Phelipe habia puesto todos los negocios estrangeros en manos del Duque de Medina Coeli, y aunque veia, que el alma de este negocio era el secreto; porque si lo penetraban los Aliados antes de executado, era infalible el turbarle, lo fió el Rey al Duque, el qual tenia permiso de tratar con los Enemigos por si podia ajustar una Paz particular: No tenia para esto conocimiento en las Cortes de Viena, y Londres, pero

pero se valia del Marqués Ranucini, Ministro del Gran Duque de Toscana, que estaba en Olanda, y pasaba à Londres quando se ofrecia algun negocio; porque para ambas Cortes tenia Credenciales.

Era este Ranucini hombre avisado, y muy capaz, y tenia estrechez con el Duque, desde que fué Embaxador de su Amo en Madrid: su genio era Austriaco; creia, que en la manifesta decadencia de la Linea de los Medicis, pararia la Toscana en manos del Emperador, y así cultivaba con grandes obsequios aquella Corte, llevándole su altivez de espíritu à querer ser Vassallo de un Principe grande; porque la Nobleza Florentina llevaba muy mal el yugo de los Medicis.

Con este hombre conservaba el Duque de Medina-Coeli correspondencia publica, y secreta, no sin noticia del Rey Phelipe, à quien persuadia, que todo se enderezaba à su utilidad. Juzgar de la intencion es difícil; cierto es, que por medio del dicho Ranucini descubrió el Duque à los Ingleses el Secreto, y nada les ocultò de lo que trataba la Olanda con el Christianissimo, ò para turbar esta Paz, ò para sacar mas ventajosas condiciones de los Ingleses. Aunque aya sido la intencion la mas sana, el delito de descubrir sin permiso del Rey tan gran negociado, no se le puede disculpar; y pocos hombres de bien, en tal empleo, cometen semejantes delitos.

Corrió voz de que tambien, por medio del Nuncio Zondadari (aunque estaba en Aviñon), habia prevenido esto al Papa; pero es improbable, ni que se fiase el Duque de quien no era su estrecho amigo, ni à sus idéas importaba descubrirlo al Pontifice, de quien no podia esperar, ni que turbasse el tratado, manifestándole (porque sería contra la caridad paternal), ni que le mejorasse à favor del Rey Catholico; y así fuese mala, ò buena su intencion, este passo era inutil.

No lo fué el que dió con los Ingleses; porque estos se quexaron agriamente de la Olanda, y acompañò sus queexas no con mas moderacion el Emperador; pero como le habian menester, y temian se destacasse de la

Liga, admitieron su satisfacción; y mas que no habiendo Capítulos firmados, no pudieron de lleno probar el hecho; porque todo estaba en la fe dada à las palabras de Pethecum, Torfi, y Bergueiche, hombres de inmutable fidelidad, y secreto.

A Malburch le convenia fingirse desengañado, y aseguraba en Londres, que era todo enredo de la Francia, y la España, para sembrar discordia entre los Aliados, y que nunca habian pensado apartarse de la Liga; no porque Malburch lo creyese así, sino porque recelaba, que en Londres sus emulos inspirassen à la Reyna, que se anticipasse à una Paz particular; porque si los Olandeses la habian ideado, la executarían. El amar tanto la Guerra Malburch, y Eugenio de Saboya, reunió los animos, y se mantuvo la Liga, aunque el Mariscal de Talard, prisionero en Londres, hacia los mayores esfuerzos, para que aquellos Ministros hiciesen su Paz con la Francia.

El Rey Christianísimo descubrió este doble trato del Duque de Medina, interceptando unas Cartas, que passaban à Olanda de Madrid, y puesto todo en noticia del Rey Phelipe, mandó este prender al Duque en su proprio Real Palacio, embiándole à la Secretaría del Marqués de Grimaldo (que estaba de todo advertido), donde le prendió Don Juan de Idiaguez, Conde de Salazar, Sargento Mayor de las Guardias, y entregándole à D. Patricio Laules, que le esperaba en el Parque del Palacio con cinquenta Cavallos, fué llevado al Alcazar de Segovia, sin criado alguno, hasta que consiguió el Duque de Ossuna, que se le permitiese uno de los suyos. Reconocieronse sus Papeles, y se prendieron à sus Secretarios. El Rey mandó entregar à una junta de cinco Consejeros Reales de Castilla, formada para este efecto, los instrumentos, y escripturas que probaban su cargo, para que formalmente se le hiciesse el proceso; y como se les habia encargado taato el secreto, se ignoraba su culpa, y cada uno la discurría à su modo; de genero, que en todas las Cortes variaron las noticias.

cias: habiendo hecho no poco ruido en ellas la prision de hombre de tanta magnitud en España, y casi primer ministro; pero la verdad la sabian muy pocos.

A este tiempo, que era por el mes de Abril, ó por sospecha de viruelas, ó por arte, estaba fuera del Palacio en otra cata la Princesa Ursini. Creyeron muchos, que queria dar à entender, no haber tenido parte en esta resolución del Rey, por no acabarse de malquistar con los Españoles; pero como gozaba tan intimamente de la privanza, no es conceptible lo aya ignorado, y dexado de aprobar al Rey su decreto, aunque superfluamente; porque la intrepidez del Rey para esta, y las mas arriesgadas resoluciones, era la mayor, sin asomo de miedo, habiendo yá los Grandes en España descaezido de aquella alta, è incontrastable auctoridad, que gozaban.

Estos rumores de que yá alguno de los Aliados pensaba en la Paz, inflamó mas en el animo de los Austriacos, é Ingleses la Guerra, y no soltaba sus bien fundadas esperanças la Francia, cuyas Tropas mandaba en Flandes (mientras llegaba el Mariscal de Villars) el Señor de Artañan, que fortificó una Linea, para asegurar à Maubergh, sin descuydar de Montané, y Sant-Amant.

Los Olandeses, picados con la Francia de que se les hubiesse descubierto el intento, y haber perdido tan favorable oportunidad, para adelantar sus intereses, hicieron los mayores preparativos en Harlebech; y el General Cadogan fortificó mas à Lilla, Tornay, y Mons, y pasó despues à Bruselas. Destacaróse de Gante, Brujas, y Lilla ocho hombres por Compañia, dexando correr la voz, de que era para atacar las lineas de Bateen; pero era para asegurar los caminos por donde passaban los Viveres, y Municiones à Lilla.

Los Franceses añadieron à su Exercito las Guarniciones de Dunquerque, Santomer, y Verges. De los Almacenes de Lucemburgh sacaron Viveres para la Plaza, que baña el Rio Sambra: se forrageó en gyro à

Namur, y visitò Artañan los Cuarteles desde esta Ciudad à Cambray.

Las Tropas de la Mosa las juntaron los Olandeses en Soyñies, y las de Flandes en Tornay. Llegò al Exército el Mariscal de Villars, no sin visibiles señas de la pasada herida en la rodilla; y recelando, que los Enemigos sitiassen à Duay, passò en ella à Albergoti con roy. tambien entrò el Mariscal de Campo Marquès de Dreus. Soltaron las aguas para inundar la Campaña, y aislaron la Plaza.

Solo les faltaba à los Aliados, que llegasse el Principe Eugenio, cuya presencia, y fama era otro Exército (tan glorioso le hicieron su valor, y su fortuna): luego que vino al Campo se determinò el Sitio de Duay, y se acamparon las Tropas entre Tornay, y Lilla: las de Francia se dividieron en tres partidas, à poca distancia, en Basees, Duay, y Mauberg: eran inferiores al Exército de los Aliados, los quales sin dificultad alguna expugnaron el Castillo de Mortané, puesto entre Tornay, y Sant Amant; pero luego le recobró el Señor de Luceembourg. Embiaronse à las Plazas Xefes, escogidos; à Ex fue el Marquès de Listenois, y à Sant Omer el Señor de Geebriad: de otras Plazas cuydaba el Conde de Villars.

Destruyeron los Franceses las Lineas de Lilla, y luego se acampò el Principe Eugenio. Bolvió à tomar el Conde de Cadogan à Mortané: y era preciso porque servia de embarazo. Visitaron los Franceses una Barca, que passaba de Amberes, y tomaron la Baxilla de plata del Principe Eugenio. Recibió con desprecio el aviso; que estimaba mas el hierro, y que hallaria plata en Duay, à la qual se presentó su Exército quando espiraba el mes de Abril: no le embarazaron las aguas porque las mandò distraer. Las Tropas que mandaba Artañan, se retiraron luego àzia Cambray.

Tirò sus lineas de circumbalacion Eugenio, echò Puentes al Rio Scarpa, y por ambas partes de él plantò

Ba-

Baterias. Los Alemanes se acamparon en Vitri: Malburch con los Ingleses en Guelesin; y Tilti con los Olandeses en Deci. Despues se acercaron los Ingleses à la Plaza solo à distancia de seis millas, y el Principe Eugenio se puso en el Fuerte de la Scarpa; el Francès en Cambray, Betun, y Arràs. Empezòse à abrir Trinchera la noche del dia quatro de Mayo, entre las Puertas llamadas Esquerchina, y Oereense: terminaba la linea en un Angulo àzia el camino de Betunes, derivada de dos Trincheras: la derecha regia el Principe de Analt, y la siniestra el de Nassau. Plantò su Campo Eugenio entre Lentz, y Vitri, facil de inundar: esperaba à los Franceses por frente, si acaso intentassen socorrer la Plaza, de donde se hacian varias salidas: la mas fuerte fue la noche del dia siete, en que se destruyeron los labores de la linea de comunicacion, presidada de Ingleses, y Suizos, baxo la mano de los Coronales Schmit, y Sulton, Defensores esclarecidos; pero infelices; porque perecieron con sus Regimientos. Socorrió combate cruel, hasta que acudiendo mas Tropas, hicieron retirar à los Franceses.

Con la misma felicidad hizo otras dos salidas Albergoti las noches de los dias diez, y trece. Una bomba de la Plaza prendió fuego à una porcion de Polvora de los Enemigos, y volaron quarenta Artilleros, y un Ingeniero. Habian yà perdido mucha gente los Sitiadores, sin plantar Baterias. A quinze de Mayo se disparaban sesenta Cañones con poco fruto; porque del recinto de la Plaza salian dos Baluartes, que impedian los apòches, y guardaban su camino encubierto dos Angulos: era preciso aloxarse en él los Alemanes, para adelantar las baterias contra los Baluartes que defendian la opuesta costina, à la qual deseaban acercar las Trincheras. Impediolo el primer Foso, por estàt lleno de agua; distraxo la Eugenio con incomodidad de su Campo, hasta que se hicieron mas anchos los canales, porque la que estaba encerrada en la Ciudad vol-

via

via à llenar el Foso. Atacòle el Principe Eugenio, y ocupò el exterior labio de él, con derramamiento de mucha sangre.

Una salida de los Sitiadores destruyó una Trincheira, que se levantaba contra otra puerta; y fueron en ella vencidos de tal forma Alemanes, y Olandeses, que à no haber acudido personalmente el Principe Eugenio, y e. de Tilli, hubieran padecido mucho mayor estrago.

Para dar alguna esperanza de socorro à la Plaza el Mariscal de Villars, pasó muestra de su gente, y se acampo entre Censè, y la Esquelda: acompañabanle el Rey Jacobo de Inglaterra, y el Duque de Bervich, con los mas escogidos Cabos Militares. Sacó las Guarniciones de Guiffa, Landresi, San Quintin, y Perona; porque el Principe Eugenio tenia cien mil hombres, y aun no habian llegado los Regimientos Prusianos, Palatinos, y de Hesse-Casèl, à los quales daban gran prisa los Ingleses; porque estaban à su sueldo; y à la Ribera de la Escarpa habia dispuesto su Exercito como en Batalla Eugenio, señalando el centro al Principe de Tilli, la izquierda al Duque de Malburch, y reservandose èl la derecha; pero los Franceses tenian orden de mantenerse sobre la defensiva, y sacrificar a Duay, cuyo Presidio habia echado dos veces del termino del Foso à los Alemanes, que constantes en su empeño, se aloxaron mejor; pero no pudieron ocupar el angulo siniestro, aunque el Principe de Analt llevó tres veces una escogida Brigada al asalto, y desistió al fin; porque sobre haber perdido ochocientos hombres, sacó una no leve herida.

Para que acudiesen al Campo mas Tropas, y pudiese Albergoti hacer alguna gran salida, se acercò el Mariscal de Villars al Principe Eugenio. Aprobò la fortuna la idèa; porque dexadas con poca gente las Trincheras, salió toda la Guarnicion de la Plaza contra ellas, y se asaltaron con tanto impetu, que perdió el Sitiador quanto habia adquirido, y se arruynaron enteramente

teramente los trabajos, con mucha copia de sangre de una, y otra parte. Se apartaron del Muro los Alemanes, que habian vuelto ya à estar sujetos al tiro de Cañon; que los incomodaba mucho en aquel desorden, que durò hasta que el Principe Eugenio, habiendo mandado fortalecer bien la Scarpa, y hecha la linea de contravalacion, aplicò toda la gente al Sitio, siendo ya imposible, que pudiese Villars dar la Batalla, aunque distaba solo tres millas; porque habia sangrado el Alemàn el Rio en varias partes, y hecho inaccesibles contraduras.

Volviòse à empezar el Sitio de Duay, despues de haber perdido en él 40. hombres; porque el dia dos de Junio habia acabado de destruir los trabajos Albergoti; mientras se empleaban en fortificarle contra Villars los Alemanes. Mudò aquel su Campo à Ponte-Vendin, para cortar la comunicacion entre Duay, y Lilla; porque de esta venian los Viveres. Quiso atacar à dos pequeñas fortalezas, con lo que incomodaria por un lado à los Enemigos; pero marcharon à embarazarlo el Duque de Malburch, y Tilli; porque aquellos Castillos defendian el Deposito de las Aguas, para que no se pudiesen encaminar al Campo de Duay.

Estaba ya reparada la Trincheira de la derecha; y apenas fuè levantada la de la izquierda, quando la echaron à tierra los Franceses con una vigorosa salida, que hicieron el dia ocho de Junio, en el qual rabiòs los Sitiadores, asaltaron los angulos del labio exterior del Foso con tal ferocidad, que los ocuparon despues de bien disputados: plantaron su bateria, y adelantandose, ya el dia trece batian à la Media Luna, y al Baluarte. Con suerte desigual hizo la Plaza algunas Minas porque los Olandeses las contraminaron con grande acierro: No obstante se dispararon dos, en que tubieron daño los Sitiadores, y quedò herido de un casco de granada el Principe de Holsteimbech; porque al mismo tiempo Alebergoti hizo una salida, para aprovecharse de la confusion.

En

En la empresa del camino encubierto se derramó mucha sangre: fueron dos veces rechazados los Alemanes; y no hubieran ganado al tercer asalto. Los dos angulos, si no inflamase con su presencia la acción el Príncipe Eugenio, que se había metido en el mayor peligro, y le hacía formidable el fuego de la Artillería de la Plaza, nunca más bien dispuesta, y que con tanto acierto disparasse.

Estaban ya à propósito, para ser asaltadas las brechas de la media Luna, y el Baluarte, y quería juntamente executarlas el Príncipe Eugenio, aunque no ignoraba estar el terreno minado. Vigilaba en este fatal terreno Albergoti, defensor ilustre de la Plaza, que con la mano, y el exemplo persuadía al desprecio de la vida. La noche del día 20. se dió el asalto, y cerraban las Brigadas el Príncipe Eugenio, y Malburch.

Se peleó con tanto valor por una, y otra parte, que estuvo mucho tiempo indecisa la fortuna: los primeros que montaron la brecha fueron precipitados: reintegraron otros el combate; y los rechazaron. Pasaron à la primer fila Eugenio, y Malburch, resueltos ya à no desistir del empeño; avivóse la acción, y se la dio la fortuna à los Sitiadores, que ocuparon el deseado parage, y se aloxaron; de forma, que ya se batía à los Baluartes, que guardaban la ultima cortina del Muro, y aun à esta: después de tres dias cayó de ella quanto era menester para el asalto; pero à los ventidos de Junio pidió la Plaza Capitulacion, à tiempo que no quedaria prisionera la Guarnicion, segun Reglas Militares; porque así lo había el Rey Christianísimo mandado, por no perder tan bizarras Tropas.

Concedióle el Príncipe Eugenio à Albergoti, quanto pidió, honrandole mucho con expresiones bien merecidas de su valor. De mas alto precio fueron las del Rey, que dixo en publico: *Que reprehendiesen los Franceses de un Italiano à defender Plazas*; porque Albergoti era Toscano. Heroicamente defendida, cedió Duay,

al

al valor, industria, y confianza del Príncipe Eugenio, que en el mismo parage dió algun descanso à sus Tropas.

Esta Victoria inflamó el animo para otra empresa, y se destinaron las iras de la guerra contra la Plaza de Betunes, embestida à quince de Julio. Mandaban el Sitio los Generales Scolembourgh, y Faggel: este divertía las aguas, y aquel atendía à levantar las Trincheras de la derecha: la defensa fue regular, y hubo frecuentes salidas, en que perecieron las Guardias Palatinas, y Brandemburgenses, pero llegando al justo termino, se rindió.

Luego se emprendió el Sitio de Her; y aunque duró gloriosamente sesenta dias la defensa, la ganaron los Aliados con pérdida de doce mil hombres. Venticinco mil les costaron las tres rendidas Plazas, con lo que se disminuyó mucho el Exercito; pero creció à lo summo la fama, y la gloria; porque quedaban en todos los empeños ayrosos; la estacion no permitió en Flandes mas progresos.

Determinada la empresa de la recuperacion de Cerdeña, se dió (como se dixo) la disposición al Duque de Uzeda, y se mandó passar à Genova al Marqués de San Phelipe, y al Conde del Castillo, para que aseguradas en aquel Reyno las inteligencias, obrassen de acuerdo con el Duque, à quien se embió el dinero necesario para Viveres, y Municiones para tres mil hombres. No estaba aún à este tiempo preso el Duque de Medina; y como era de su ministerio corresponderse Uzeda con él, alentaba aparentemente esta resolución; pero entre ellos había secreta correspondencia en cifra: Nadie veía estas Cartas sino el Secretario D. Joseph de Villalobos, en quien tenía el Duque de Uzeda la mayor confianza; pero algunos de su Secretaria transpiraron lo que no nos atrevemos à escribir, porque no nos consta con la certidumbre que es menester, ni hemos visto papel; pero es indubitable, que caminaban ambos Duques de acuerdo, y Uzeda

y

no

no à favor del Rey , à quien servia ; porque dilató la empresa de Cerdeña , burlando las instancias de los Sardos , hasta que estába ya prompta , para partir de Vado la Armada enemiga , que embarcaba siete mil hombres para Barcelona.

Tenia el Duque secreta correspondencia con el Governador de Milán , Conde Daun , y con su hermana la Condesa de Oropesa en Barcelona , à la qual revelò los designios de recuperar aquel Reyno ; y los preparativos para él los hazia trabajar en Genova tan publicamente , que nadie ignoraba su destino. Aunque parte de esto escribió à la Corte el Marqués de S. Phelipe , que penetrò luego al Duque , no fue por entonces creído ; y aun viendo , que ya se habia passado el tiempo de hazer desembarco en Cerdeña , donde à los primeros dias del mes de Junio entran las nocivas mutaciones del ayre , era preciso sacrificarse al gusto del Rey .

Para destruir esta empresa , no perdonó Uzeda diligencia ; más habiendo llegado ya à Genova el Marqués de Laconi (destinado por Virey à aquel Reyno) , el Conde de Montalvo , D. Antonio Manca , Marqués de Fuentecilla , D. Francisco Delitala , y otros Cavalleros Sardos , tomó el pretexto , de que no estába en Longón la gente necesaria , para embarcarse , y les fue preciso al Marqués de S. Phelipe , y al Conde del Castillo levantar a sus costas un Regimiento , que llamaron de Bacallar ; porque el Duque , con permiso del Rey , le dió por Coronel à D. Manuel Bacallar , hijo del Marqués de S. Phelipe , que estába preso (aunque niño) en Barcelona , y en el interin gobernaba el Regimiento Don Domingo Loy .

Mandaba à este tiempo en aquel Reyno el Conde de Fuentes , Aragonés , successor del Conde de Cifuentes , hombre bueno , aunque floxo ; faltaban los Cabos de la faccion Austriaca , Marqués de Villazòr , Conde de Monte-Santo , y Don Gaspar Carnicè , que estában en Barcelona , y quedaban otros en Caller , y Gallu-

ra , pero no poderosos , para defender el Reyno ; del qual estában tambien ausentes muchos de la faccion del Rey Phelipe , no solo los que se fueron en el año de mil setecientos y ocho , sino otros , que desterrò el Conde de Cifuentes , D. Antiogo Nin , Don Francisco Quelada , Oidor de aquella Real Audiencia , los Ruizes , y algunos de la Familia de los Massones (de la qual desterrò hasta una Dama à Napoles) , y otros Cavalleros de Gallura : los más de éstos habian huido à España , para evitar la persecucion . Quedaban afectos al Rey Phelipe los Condes de San Lorenzo , de S. Jorge , el viejo Conde de Montalvo , con muchos de su Familia de Massones : en Sasser D. Pedro Amat , Varon de Sorso , D. Domingo Vico , Marqués de Soleminis , D. Miguèl Olives , Varon de la Planargia , y otros Cavalleros ; pero ni los ausentes , ni los presentes podian , por la tenuidad de sus haberes , mantener gente en Campaña . Habia quien podia juntar alguna voluntaria ; pero no sería de servicio ; porque acabados los Viveres , que de sus casas sacassen , era preciso volver à ellas .

Por esta razon todo lo habian de hazer las Tropas , que embiasse el Rey Catholico , sin fiar en inteligencias , como lo significaron al Rey muchas veces el Marqués de San Phelipe , y el Conde del Castillo , que estaban encargados de cultivarlas : y ni éstos , ni los Sardos , que podian ir , eran necesarios , si desembarcaban bastantes Regimientos para el Sitio de Caller ; y como estos no los podia dár el Rey , estando embarazado en guerra de mayor importancia , se determinò , que entrasen con quatrocientos hombres por Terranova (Lugar afecto al Rey Phelipe) el Conde de Montalvo , el del Castillo , Don Francisco Litala , los Ruizes , los Seraphines , y los del Sardo : docientos con Don Jote , h Deo por la Marina de Castillo Aragonés ; y los restantes hasta 23500. con el Marqués de Laconi , el de San Phelipe , el de Fuentecilla , y otros Cavalleros destinados para la expedicion , habian de desembarcar en

Puerto-Torres, con lo qual, ocupando la parte superior del Reyno, caerian con solo el bloqueo las Plazas de Castillo Aragonès, y Alguer; y para Caller habia ofrecido el Rey nuevas Tropas; porque las que à hora iban baxo el mando del Teniente General D. Joseph de Armendariz, no bastaban.

Nombrò el Rey, en caso de poner pie en el Reyno, por General de la Cavalleria Miliciana al Conde del Castillo; y diò el Duque de Uzeda grado de Mariscal de Campo al de Montalvo. La gente iba en Naves, y Barcas de Transporte, comboyadas de las Galeras del Duque de Turis, y de las de Sicilia, que mandaba como Governador D. Carlos Grillo, aunque tenia Despacho de General de ellas el Marqués de Laconi, por pretexto, para salir de la Corte.

El despachar estas Galeras, y Naves dependia del Duque de Uzeda, y no lo hizo antes, que partiesen del Final al socorro de Cerdeña seiscientos hombres, y docientos de Barcelona con el Coronel Naboth, y que estubiese casi à la vela la Armada enemiga, para que siguiesse el rumbo de las Galeras, y prohibiesse la empreña. Así lo tenia ajustado secretamente con los Enemigos, tratando en Genova con gran secreto, y cautela con el Marqués Ariberti, Ministro del Rey Carlos en aquella Republica, y con el Señor de Xatuin, Embiado de Inglaterra, à los quales iba à vér muchas noches, saliendo de su casa disfrazado en una Silla de manos, y otras en un Jardin de S. Pedro de Arenas, donde tenia una Casa de Campo. Al fin partieron estas Galeras del Puerto de Genova à quince de Mayo. No estában en Longón, y Liorna los pertrechos prevenidos, y se interpuso una perjudicial dilacion con engaño.

De Longón se partiò à dos de Junio: despues de cinco dias se llegó à Bonifacio, Puerto de Corcega, el más inmediato à la Cerdeña; por que solo hay tres leguas de canal. Hizieronse los Destacamentos para Terranova, y Playa de Castillo Aragonès, como estába pro-

ycc-

yectado. Executò felizmente el desembarco en Terranova el Conde del Castillo, alexandose en San Simplicio. D. Joseph Deo volvió atrás por el mal tiempo, el qual en muchos dias no dexò partir las Galeras para Puerto-Torres; y aunque se hizieron tres divisiones, fue preciso volver à Bonifacio.

En este intermedio llegó la Armada enemiga, mandada por el Almirante Norris, y dando vista à Terranova, desembarcó con Lanchas mil hombres, que atacando à los Españoles, acampados en San Simplicio, se llevó prisioneros à Barcelona todos los quatrocientos hombres, y à sus Gefes.

Partiò el Inglés (precediendo Capitulacion, que se hizo con el Conde del Castillo, aunque en Campaña, y no atrincherado) en busca de las Galeras, y Barcos de Transporte, que habian salido yà de Bonifacio para la Afinara; pero estas supieron por un Oficial, que se embió à Terranova à saber lo que allí se executaba, que habian hecho prisioneros los Alemanes à los Españoles, y Sardos, y que buscaban las Galeras. Hubo Consejo de Guerra; y algunos, con el Marqués de S. Phelipe, fueron de opinion de volver à Bonifacio, y aguardar, que se fuesse la Armada Inglesa; porque como llevaba socorro de gente à Barcelona, no podia entretenerse: otros, con el Duque de Turis, fueron de dictamen de volver à Genova, esforzando el remo, por que estába el Mar en calma, y no podian seguir los Ingleses.

Se dexaron las Tropas, y Viveres en el Puerto de Ayazo à cargo del Vizconde del Puerto, que salvò en tierra la Gente; pero los Ingleses, sin respeto à la neutralidad de Genova, tomaron baxo del Cañon de Ayazo las Barcas, que allí se habian refugiado. Las Galeras, con la pericia en la nautica del Duque de Turis, y las pocas Tropas, y Sardos, que en ellas estaban, se restituyeron à Genova el dia ventitres de Junio, y así se desvaneciò la empreña, no con acierto concebida, y precipitada de los mismos Sardos, que la de-

de-

describían feliz; porque iba para ella poca gente; y no fué fielmente executada, por la traycion del Duque de Uzeda.

El dictamen de los que querian se entretubiese fortificado en el Puerto de Bonifacio el Duque de Turis con sus Galeras, miraba, no tanto à la empresa de Cerdeña, quanto à entretener en aquellos Mares inutilmente la Armada Inglesa, y Olandesa, que estaba destinada (despues de dexar las Tropas en Barcelona), para hazer un desembarco en Lenguadoc, y alentar la sedicion de aquellos Ugonotes, que se habian con esta esperanza vuelto à commover, y salir armados de los Montes de las Cebenmas.

Los Ingleses arrimados à la Costa de Francia, desembarcaron por la noche hasta dos mil cerca de Agde, adonde acudiò luego el Duque de Recluire, y se puso en defensa la Provincia, ocupando los passos de las llanuras, y el Puente de Lunel; porque no pudiesen los Sediciosos juntarse. Luego acometiò à los Enemigos con quatro mil hombres, la mayor parte Cavalieria: hubo poca resistencia, porque, al ver los Ingleses, que no tenian socorro de sus conjurados, se volvieron à embarcar con precipitacion.

Los Rebeldes aguardaban à declararse, y à salir de sus Cuevas, quando se encendiese la Guerra en las entrañas del Reyno; porque los Ingleses les habian ofrecido diez mil hombres; pero viendo no ser más que dos mil, callaron hasta mejor ocasion. Con esto la Armada se apartò de aquellas Costas, y tomó el rumbo de Poniente, para no perder de vista las de España; pero como en ella toda la Guerra se habia trasladado al centro, hazian los Aliados entan gran Armamento Naval inutilmente inmensos gastos.

Crecia cada dia el empeño en las dos Cortes de Madrid, y Barcelona, y se disputò, si habian de salir à à Campaña sus Reyes. A ambos les pareció importante su presencia, y se resolvieron à esto. El Rey Phelipe, aunque su genio belicoso le llevaba à la Campaña,

paña, tubo algunos reparos por la mental guerra civil de su Palacio, donde solo dominaba la Princesa Ursini, y fuera de ella D. Francisco Ronquillo, Governador del Consejo Real de Castilla, cuya authoridad crecia con la emulacion, y se habia estendido más allá de su officio; porque el Rey habia puesto en él la mayor confianza, que le fue dañosa; no porque Ronquillo no fuesse el más fiel, y aplicado al servicio de su Soberano, sino porque ofreció para esta Campaña las assistencias, que no pudo, ni supo cumplir. Tomò sobre sí la provision de Viveres, y Municiones para el Exercito; y de forma expuso al Rey, que nada faltaría, que se resolvió à mandar sus Tropas, dandolas por por Capitanes Generales al Principe de Sterclaes, y al Marqués de Villadarias.

Saliò el Rey de Madrid el dia tres de Mayo, dexando por Governadora à la Reyna con el Consejo del Gavinete, que se componia del Duque de Veraguas, Marqués de Bedmar, Conde de Frigiliana, y Don Francisco Ronquillo; pero como podia la Reyna determinar por sí, y no estaba el Rey lexos, todo el Consejo era la Princesa Ursini; à cuyos dictámenes nadie se oponia, sino queria ver su ruina.

En Lerida estaban las Tropas, donde juntò el Rey Consejo de Guerra: se determinò passar el Segre, y se acampò en Terms: se presentaron las Tropas à Balaguèr; y no se podian acercar à su llanura, hasta que se distraxeron las aguas. A la otra parte de ella estaba el Rey Carlos con su Exercito, regido por el Conde Guido Starembergh. Dividiò à los Enemigos el Segre; y para venir à una Batalla, era preciso echar nuevo Puente, ú ocupar el de Balaguèr, aunque todo era difícil. Acercaronse los Españoles à tiro de Cañon: sufrían el de los Enemigos sin resistencia; porque en el Campo del Rey no habia Baterias, ni Trincheras: los hombres, visiblemente expuestos al peligro, formaban la linea: barbaro examen de su valor, reia la inutil perdida el Alemán. Saliò de Madre el Segre por las conti-

nuas lluvias, y obligò á los Españoles á retirarse á Lerida por su Puente.

Estos fueron malos preliminares á la Campaña; porque en un tentativo inútil se perdieron mas de quinientos hombres. Sterciaes no fue de esta opinion, sino de plantar los Reales en Ribagorza, á espaldas de Balaguèr, en País fértil, y parage, en que se podia prohibir á los Enemigos los Viveres, y con esto obligarlos á una Batalla, antes que llegassen los socorros, que esperaba el Rey Carlos, pues no habian parecido todavía las Tropas, que conducian la Armada de los Aliados.

El dia ventiuno de Mayo puso el Rey Phelipe su Campo en Almenàra, junto á Alguaire. Destacò á Don Antonio de Amezaga con bastantes Tropas para el socorro de Arens, que le tenian sitiado los Alemanes, aunque no muy en forma, con que pudieron ser facilmente apartados de la empresa.

El Rey Carlos ocupò las orillas del Segre, mirando á Balaguèr por la derecha, y por la izquierda á Terms. Con esto mudaron su Campo los Españoles á Corbins, estendida la derecha al camino de Lerida: echaron al Segre dos Puentes de Barcas bien guarnecidos.

Los Alemanes se acercaron á la raiz del Monte àzia Agramont, pasando un pequeño Rio, que llaman Sio. Con su Destacamento Amezaga tomò á Statilla, y su Castillo, que estaba mal defendido, hizo trecientos y quarenta prisioneros, y dexò seis Compañias de Guarnicion. Estaban los Alemanes atrincherados; y pasando el Segre, se les presentaron los Españoles en Batalla, baxo el tiro de Cañon, el dia diez de Junio: mas cerca se pusieron el dia trece, pero la rehusaron; porque erã inferiores en numero. Esto le bastò por gloria al Rey Phelipe, pero le costò alguna gente; porque el Cañon de las Trincheras enemigas jugaba con felicidad.

Defengañados los Españoles, se acamparon entre Suar, y Barbens. Los Alemanes passaron por Balaguèr el Segre; despues guardaba sus orillas con mil, y quinientos

cientos Cavallos el Conde de Loviñi, Governador de Lerida.

Divulgòse el dia quince de Junio, que habia pasado la Noguera el Rey Carlos: moviòse el Exercito Español para encontrarle; pero fuè en vano; porque solo habia mandado echar á la Noguera un Puente en Alfatràs, para tener mas Campaña en que forragear.

Como habia el Conde Mahoní ocupado á Cerbera, y el Conde de Montemar los Estrechos de Tora, escaseaban de Viveres los Alemanes; y aunque ocuparon la opuesta orilla de la Noguera, acampados entre Almenàra, y Portella, los tenia como bloqueados el Rey Phelipe, y padecian hambre: passò esta luego al Exercito Español, por la incomodidad del Sitio, y aqui se empezó á enflaquecer el Exercito, introducidas no pocas enfermedades, por lo mal sano del ayre, en lugar pantanoso, y ocupado de nieblas, cubierto al Norte.

Al Rey Carlos le llegaron por caminos extraviados algunos Viveres; pero las Partidas del Rey Phelipe se los tomaban, corriendo la Campaña hasta nueve leguas de Barcelona; y como estaban las Tropas tan lexos de sus Almacenes, permanecia el hambre. Parece increíble, que dos Reyes se aventurassen á estar en parage donde eran las armas superfluas, para que pereciesen las Tropas, y esto sin necesidad; porque aunque se obstinassen los Españoles en padecer para encerrar á los Enemigos, hallandose estos mas vecinos á su Corte, y estando en Provincia amiga, recibieron algunos socorros, con los quales haciendo rostro á la desgracia, la ocasionaron mayor al Rey Phelipe, que destruía en el Campo de Ivars su Exercito, y persistia en él, creyendo quitar enteramente los Viveres al Enemigo; porque el Conde Mahoní habia echado al agua los que hallò en Calaf, y el Conde de Montemar deshizo un gran Comboy en Manresa, desjarretando los Vagages que traían provisiones á Balaguèr.

Estando ya ambos Exercitos casi inhabiles , para grande operacion, se consumian à guerra lenta: ni podia salir de sus Trincheras el Rey Carlos , ni forzarlas el Rey Phelipe. En este tiempo llegò à Tarragona la Armada Inglesa con 6y. Alemanes Veteranos , socorro el mas oportuno, y que puso à los Españoles en aprehensions: porque ocupaban los Enemigos à Ribagorza , y emprendieron el Sitio del Castillo de Arens; con lo qual viendo que parecia el Exercito , le movió el Rey Phelipe el dia 26. de Julio àzia Lerida, precisado, y sin alguna providencia de Viveres.

Habia mandado venir el Rey Carlos las Tropas de Rosellón , y Tarragona , y el dia veinte y siete salió de sus Trincheras , para encontrar con los Enemigos, passò el Segre por Balaguèr , y la Noguera por Alfarràs.

El mismo dia por la mañana habia el Rey Phelipe destinado à Don Octavio de Medicis, Duque de Sarno, para guardar los passos de la Noguera : llegò tarde , ò por negligente , ò por mal obedecido : no lo sospechò esto el Rey , y movió su Exercito : à medio dia viò el de los Enemigos, que no solo habia passado sin dificultad la Noguera antes que llegasse el Duque de Sarno, sino que ocupaba ya las alturas de Almenara, ordenado en batalla quanto permitia lo escabroso del sitio, que aunque no era Selva , estaba desigual el terreno, donde aguardaba à los Españoles , que venian desordenados , no por impelicia de los Xefes , sino porque Sterchaès , y Villadarias padecian la desgracia de ser mal atendidos de los Oficiales Generales Subalternos , que era uno de los desordenes del Exercito Español , y no poca parte de su desgracia.

Aguardaban , como en emboscada , detrás de una natural cortadura del Collado , los Alemanes formada la primera linea de Infanteria ; y puesta toda la Cavalleria à sus lados ; no habia segunda linea ; porque el centro estaba poco distante, donde Starembergh unió la mayor fuerça de la Infanteria ; y à la Retaguardia es-

estaba con dos Batallones , y sus Guardias el Rey Carlos , en una altura no lexos del Camino por donde habia venido.

Los Españoles habian puesto toda su Cavalleria en la Manguardia , à donde passò el Rey Phelipe. La necesidad de marchar prohibia el orden ; pero acometidos de los Alemanes, se puso la Cavalleria en Batalla, quanto le fuè posible , y se empezó con sola la Cavalleria el combate , poco antes de ponerse el Sol. Fuè el primer impetu feròz, y rechazada la Cavalleria Alemana , la qual huyendo , puso su Exercito en tanta aprehension , y no sin desorden , que avisado el Rey Carlos , se retirò luego à Balaguèr. Los Españoles no pudieron seguir à los que huian; porque lo impidiò la Infanteria Enemiga , sostenida del valor de Starembergh, y Diego de Stanop. Mantuvose la accion quanto fuè posible ; porque la primer linea de la Infanteria Española socorrió à la Cavalleria , que se iba desordenando para seguir à los Contrarios. Unialos con gran trabajo el Duque de Sarno , que murió gloriosamente combatiendo ; porque los Regimientos Ingleses cerraron la izquierda de los Españoles , y los herian por el lado , que le desordenaron enteramente , quando al mismo tiempo Stanop, echandose sobre la segunda linea la derrotò, con lo qual à rienda suelta huyeron los Españoles à Lerida , no siendo posible volverse à ordenar , ni con los esfuerzos de los Xefes ; porque estaba por aquella ruda Campaña , toda confusa , y desordenada la Infanteria , y ya habia anochecido.

Los Alemanes, que vencieron la izquierda, acometieron à la derecha; y porque alli estaba la mayor fuerça de las Tropas , durò sangriento el combate , en que murieron por la parte del Rey Phelipe los Coronales Marquès de Gironela , y Don Juan de Figuera. Gravemente herido fuè preso el General Prospero Uverbón. De la parte del Rey Carlos murieron un Teniente General Ingles , y el Conde de Nassau ; y ochocientos hombres entre ambos Exercitos. Era ciega la pelea , y

tan confusa, que se herian los de un mismo Regimiento; con todo esto echó mas Tropas contra los Españoles Starembergh, y los derrotó: la derecha huyó á Lerida, y lo propio hizo confusamente todo el Exercito. No fué de los primeros que se retiraron el Rey Phelipe, antes sí de los ultimos, desamparado en aquella confusion de su Exercito; pero no de sus Guardias, y Real Familia, ni de los Generales. Como le buscaban por el Campo con ansia los Enemigos, le hizo espaldas el Marqués de Villadarias, y los acometió con la gente que tumultuariamente pudo juntar: con esto se contuviéron, y con haber tocado á retirada Starembergh, que no quiso fiar el Exercito á las sombras de la noche, aunque no muy obscura: hizo alto en el propio Campo, lo que le culparon sus emulos; porque si perseguia sin intermision á los Españoles, acababa con el Exercito Enemigo, y corria peligro el Rey Phelipe.

Esta es la accion de Almenara, que no fué Batalla en forma; porq̃ no peleó toda la fuerza de ambos Exercitos en Campaña abierta, ni duró dos horas; pero fué una accion sangrienta, y ventajosa para el Rey Carlos, aunque la perdida de la gente fué igual: el mayor numero de los heridos que hubo fué de los Españoles, de los quales los Coronetes de mas valor estubieron quatro horas firmes en el termino del Campo con sus Regimientos, y algunos Mariscales de Campo, y Brigadieres: estos marcharon sin fuga, y muy despacio, no solo por el honor propio, sino por la seguridad de las Tropas: llegaron á Lerida casi de dia, gloriosos en la desgracia: no los nombramos por no delayar á los demás; porque hubo muchos, aun de los llegados al Rey, que llegaron mucho antes que él á Lerida, y alguno no tubo sonrojo de ponerse en su presencia.

El Rey parece que no tubo satisfaccion de las disposiciones de Villadarias, y Sterclaes, y embió con la mayor prisa á llamar al Marqués de Bay, que mandaba el Exercito de Estremadura, ocioso, despues que el

Ma-

Mariscal de Campo Don Juan Antonio Montenegro sorprendió por escala á Miranda de Duero, donde subió el primero D. Antonio del Castillo, y se distinguió el Coronel D. Enrique Sotelo, y su Theniente.

Pasó á mandar á Estremadura el Marqués de Risburgh, Vi-Rey de Galicia, y el Marqués de Bay por la Posta al Exercito de Cathaluña, que el Rey Phelipe habia mandado acampar entre Lerida, y Alcaráz, con entera falta de Provisiones, habiendo sido vanas las promessas de los que las tenian á su cargo, y por esto se mudó el Campo.

El Rey Carlos se acercó á Monzón, y tomó el Puente; y como los Españoles se iban retirando azia País mas fertil, y seguian los Alemanes, les obligó á aquellos la necesidad, y el hambre á passar el dia trece de Agosto. el Cinca: estaba el Exercito cansado, consternado, y no con poca aprehension los Cabos. Puso el Rey Phelipe, su Campo en Torrente, y el mismo dia pasó el Cinca el Rey Carlos por el Puente de Monzón.

Con desprecio miraba Starembergh esta Guerra: seguia los passos de los Enemigos, cuyas debilitadas fuerzas no ignoraba; y no queria dar Batalla, sino echar á los Españoles á Castilla, y apoderarse de los Reynos de Aragon, y Valencia, no creyendo verles jamás las caras, sino perseguirlos por las espaldas: así, con mucha arrogancia, lo escribió en catorce de Agosto al Emperador Joseph.

El dia quince, estando los Españoles acampados en Peñalva, mandó Starembergh, que veinte y ocho Esquadrones atacassen la Retaguardia, la qual cerraban quatro Regimientos de los mas esforzados, que eran el de Ordenes, y Rosellón Viejo, el de Asturias, y Pozo-Blanco, á los quales socorrieron luego las Guardias Valonas, y otros voluntariamente, impacientes de la arrogancia de los Alemanes, á quienes recibieron con la muerte, y prision de muchos: hicieron los retirar hasta su Campo, dexando siete Estandartes, y al-

gu-

gunos Timbales. Siguiéronlos mas de una milla, que disminuía la distancia de ambos Exercitos.

Púsose en Batalla el Rey Phelipe, y aguardò formado todo el dia; pero no la quiso dár Starembergh, reservandolo para mejor ocasion; aunque muchos en los Reales del Rey Carlos estaban de opinion de no diferirla; porque tambien estaban cansados los Alemanes, y con pocas Provisiones, y se enderezaba el Rey Phelipe á Zaragoza, donde la abundancia de Viveres restituiria á sus Tropas los Alientos. Nada de esto convenció á Starembergh, siempre constante en su resolucion porque el Campo de Peñalva no le tenia por conforme á su deseo, pues en él podia pelear abiertamente la Cavalleria Española, de la qual habia formado gran concepto, diciendole al Rey Carlos, que si peleaban contra ella enparage donde no lo pudiesse hacer la Infanteria Alemana, serian siempre vencidos.

El dia diez y ocho puso el Rey su Campo entre el Gallego, y el Ebro, junto á Zaragoza; y aunque se reparò el Exercito con abundantes comestibles, era tal la apprehension que le poseia, que estaban para qualquiera funcion inhabiles, creyendo por solo panico terror ser vencidos si se daba la Batalla, como decian tenia orden el Marqués de Bay; y esta la daba á entender con voces tan mysteriosas, que los parciales de la Casa de Austria en el proprio Exercito del Rey Phelipe las interpretaban siniestramente, y esparcian ser destinada victima aquel Exercito á la politica del Rey de Francia, para que vencido, diese honroso pretexto al Rey Phelipe para salir de España.

El vulgo de las Tropas creia ser sacrificado; y los Oficiales que concurrían al Consejo de Guerra lo creyeron tambien, viendo, que contra el parecer de todos mandò el Marqués de Bay ponerse en batalla, quando ya por Pina habia dexado passar á los Enemigos el Ebro, con afectado descuydo, para que fuese infalible la accion. Parecia la queria infausta, porque no solo habia dexado passar con quietud el Rio á los Enemigos el dia

dicz

diez y nueve, sino que habiendole tambien passado por los Puentes de Zaragoza los Españoles, prohibió toda escaramuza, y no mover armas, hasta que vió compuestas las Tropas del Enemigo.

Este hecho, que es cierto, parecerá á la posteridad apocrifo. Nada hay más difícil de creer, que deseasse el Marqués de Bay ser vencido; y todas las disposiciones, que daba, lo persuadian á las Tropas, las quales vencidas antes de la Batalla de su propria apprehension, no estaban capaces de élla. Estubieron sobre las Armas toda la noche, que precedia al dia veinte; y muchos Oficiales, que tenían credito de valientes, con varios pretextos se retiraron á Zaragoza. Lo que era terror en los Españoles, era esperanza en los Alemanes, á los quales exortaba con la infalibilidad de la Victoria Starembergh, no ignorando, lo que en el Exercito Enemigo passaba, no solo por los Desertores, sino tambien por las espías, que en él tenía el Rey Carlos.

Esta noche la passò componiendo su Exercito el Alemán, cuya izquierda puso á cargo del Conde de la Atalaya, con las Tropas Olandesas, y la Cavalleria Cathalana, donde imaginò, estaria el mayor riesgo; porque á la derecha de los Españoles, que la regian el General Mahoní, y Amezaga, estaba la mayor fuerza del Exercito; y lo que parecia confianza, era querer evitar á los Alemanes el peligro; y como sabia la costumbre de los Españoles, que, venciendo en una ala, consumen el tiempo en perseguir á los que huyen, y no vuelven á la Batalla, creyò divertir á los más fuertes, sacrificando á los Cathalanes, y Portugueses. Su derecha la regia con los Ingleses, y Palatinos el General Diego Stanop, contra D. Joseph de Armendariz, que gobernaba la Izquierda de los Españoles. Ocupaba los centros el Marqués de Bay, y Starembergh.

Al amanecer, visitò el Rey Phelipe las lineas, y se puso en una eminencia del mismo Campo, de donde podia ver la Batalla. El Rey Carlos se detubo á la orilla

del

del Ebro. Empezaronse à cañonear los Exercitos, y marchaban lentamente: diez y nueve mil hombres tenía el Rey Catholico, y seis mil más el Austriaco: El Campo era desigual, y cortado, levantado à trechos, y por esso le llaman Monte-Torrero, más difícil para la Infanteria; porque está como sembrado de piedra movediza; tiene en medio un gran Barranco, que llaman el de la Muerte, desde que le dió allí una derrota á los Moros.

Prohibió Starembergh à los Alemanes, que no le passassen, y principalmente à los Infantes; porque, si los rechazaban, no podrian ni pelear, ni huir, siendo difícil el formarse con una cortadura tan profunda. Los primeros Cañonazos los dispararon los Alemanes. Adelantandose á reconocer el terreno Carlos Joseph Acroy, Duque de Abré, murió de uno de ellos, habiendole pasado una bala los muslos.

Padecian mucho por la Artilleria enemiga los Españoles, y mandò el Marqués de Bay acometer: Executòlo primero la derecha, que vencio sin dificultad à la izquierda de los Enemigos, y ni Vencidos, ni Vencedores volvieron más al Campo. Vengò el desdoro Diego Stanop; porque al mismo tiempo deshizo la izquierda de los Españoles: Sin perseguirlos, se parò en el Campo, para acometer por un lado al centro enemigo; pero no le hallò formado, pues yá en pocos momentos habia obtenido el Rey Carlos la Victoria; porque habiendo la primer linea del centro de los Españoles pasado el Barranco, estaban al extremo de él los Alemanes, sin moverse, muy extendida la linea, para abrazar la contraria: Dispararon éstos, quando aún no habian vencido el extremo del Barranco los contrarios; porque entendieron mal la orden.

La misma tierra defendió á los Españoles, los quales yá à la otra parte del Barranco, dieron su descarga, casi sobre el pecho de los Enemigos, que los recibieron con las Bayonetas. Luego q̄ dispararon, volvieron los Españoles la espalda, y se echaron al Barranco. Los

Ala

Alemanes, que en los extremos de la linea aún tenían cargados sus Fusiles, dispararon con tanta felicidad; que no erraron tiro; porque estaban empleados los Enemigos en subir la opuesta parte de la cortadura. La primera linea de los Españoles, que precipitadamente huía, turbó à la segunda, y huyeron ambas, sin que lo pudiesen resistir los ruegos, y amenazas de los Oficiales. Seguía la Cavalleria Alemana victoriosa, despezando à su arbitrio à los que baxaban confusos por el Campo.

Trabajó mucho el Marqués de Bay en unir algunas Partidas, ayudado del Brigadier Don Geronimo de Solís, que no estaba lexos. Rehizieronse los Regimientos de Guardias, y se volvieron à formar. Tambien unió su Regimiento de Sicilia D. Pedro Vico, que recibió dos graves heridas. En algunos ribazos se unian los más esforzados, para resistir el impetu del Vencedor, pero era en vano: todo lo corrió la espada enemiga, que gozó de una perfecta Vitoria, sin que le costase sangre. Poca vertieron los Vencidos; porque no llegaron à quatrocientos los muertos. Los prisioneros fueron quatro mil Soldados, y seiscientos Oficiales; perdióse el Cañon, y gran numero de Vanderas, y Estandartes.

Esta es la Batalla de Zaragoza, indecorosa à los Vencidos, no por serlo, sino por no haber peleado. El Rey Phelipe, al ver perdida la Batalla, partiò para la Corte, y entrò por Agreda en Castilla. Luego se rindió al Vencedor Zaragoza, y todo el Reyno de Aragon.

El Rey Carlos, que esperaba el exito de la Batalla en la Cartuja, corrió riesgo de ser preso de aquellos Españoles del ala derecha, que vencieron la izquierda de los Portugueses. Estaba con cinquenta Cavallos, y le persuadian los suyos, que se retirasse más adentro; pero constante en el riesgo, no quiso, y se volvió à las orillas del Ebro. Fue à encontrarle Starembergh, y le dixo, que le habia ganado la Batalla, y la Monarquía; porque tenía po decisiva la accion.

Yy

Cre-

Creyeron los Alemanes, que no de miedo, sino de industria se habian dexado ganar los Españoles, para dar el Reyno à los Austriacos. Esta voz la alentaba, el que no era probable una Batalla intempestiva, sin más profunda intencion. El Rey Phelipe vino forzado en ella. Los poco afectos decian, que habia sido à persuasiones de la Reyna, y de la Princesa Ursini, de acuerdo con el Rey Christianissimo, para poderse hazer la Paz, vencido ya el animo del Rey Phelipe à contentarse de salir de la España, y tomar los Reynos, que en Italia le daban. Lo contrario de esto nos consta.

No habia en el Exército viveres, ni dinero: Desertaban à centenares los Soldados, tanto, que de la accion de Almerata à la de Zaragoza se habian passado al Rey Carlos más de dos mil, con lo qual se iba perdiendo el Exército; y ya que era infalible la ruina, era mejor probar la suerte. Estas razones obligaron al Rey à consentir en la Batalla. Traialas estudiadas desde Madrid el Marqués de Bay: dicen, que con siniestra intencion se influyó la Princesa; pero esto no nos atrevemos à assegurarlo.

La Reyna, es cierto, que nunca se apartaba del dictamen de su Esposo; y no pensò jamás el magnanimo coracon del Rey Christianissimo comprar la Paz à tanto precio, poniendo en evidente riesgo, y desayre à su Nieto. No quieren dar materiales los Reyes à los triumphos del Enemigo, para que quede en la posteridad más glorioso, pues los Principes grandes no solo deben disputar la tierra, sino tambien la gloria.

Aunque la Tierra abierta de Aragon cedió à la fuerza del Vencedor, quedaron por el Rey Phelipe las Plazas, que tenia en Cathaluña, y Valencia: no afloraron sus Governadores en el cuidado de guardarlas, y hazerse respetar del confín, y más quando las Tropas enemigas estában todas en Zaragoza, donde se aclamò nuevamente al Rey Carlos, despues de rendido por Capitulacion el Castillo de la Inquisicion, adonde se refugiaron el Governador de la Ciudad con al-

guños Oficiales, y heridos, que quedaron prisioneros.

Sin tener noticia, de donde estába el Rey Phelipe, hicieron un gran Consejo de Guerra los Alemanes. Era la duda, si tomando Quarteles en los limites de Castilla, se debia enteramente sujetar el Reyno de Valencia, recobrando a Alicante, y Denia, y sacando de las Plazas de Cathaluña à los Españoles; o si se habia de ir à conquistar el Reyno de Navarra, empezando por Pamploña, o à la Corte, para dominar las Castillas.

Los que creyeron decisiva esta victoria, y que ya estava subvertido el Throno, fueron deste ultimo dictamen: „ Decian, no haber ya fuerza en España, para disputar el Reyno à los Austriacos, estando ya vencidas, separadas, muertas, ó prisioneras las Tropas, que habia en ella: Que las pocas, que mandaba el Marqués de Risbourg en Portugal, no bastaban para oponerse à los Portugueses, que luego con estos avisos romperian los Terminos de Castilla: Que el Rey Phelipe habia tomado el camino de Navarra, evidente señal de refugiarse à la Francia por Vizcaya, asintiendo al sistema del Rey Christianissimo, de que le darian algo en Italia, si dexaba las Españas: estar ya consternados los animos, pobres, abatidos, y cantados de la infelicidad del Principe los Pueblos: disgustada la Nobleza, opressa con ultrajes, prisiones, y destierros: alguna parte de ella firmemente parcial de los Austriacos, y otra ya baxo de sus Vanderas: Que saliendo de la prision el Duque de Medina Coeli, no hay duda, que commoveria parte de las Castillas, y que desde Madrid, reynando el Vencedor, se podrian embiar Tropas, para sacar de donde estubiese el actual Dominante, ya sin auxilio de Francés, por lo que nuevamente el Rey de Francia ofrecia, reuniendo los Tratados de Gertrudember, y sin caudales de dinero, no podria mantenerse en parte alguna de la España, donde no le quedaba más Plaza, que Cadiz, no siendo probable se en-

„ cerrasse en ella sin Armada. Que no se debia dexar
 „ respirar las Castillas, ni la Andalucia; porque no hi-
 „ ziesen esfuerzos, para componer otro Exercito, que
 „ no lo harian, si veian en la Corte al nuevo Rey for-
 „ talecido de vencedoras Tropas, que solo con el nom-
 „ bre triumpharian de qualquiera dificultad, que se les
 „ ofreciese; y rendidas las Castillas, no hay duda ha-
 „ rian lo propio Valencia, y Navarra, y solo con el
 „ bloqueo las Plazas, que quedaban en Cathaluña,
 „ de cuya poca Guarnicion no habia, que temer na-
 „ da, aunque se dexassen atrás.

Esta opinion fueron el General Stanop con to-
 dos los Cabos Ingleses, el Conde de la Atalaya con
 los de Portugal, y los Españoles, que seguian las Van-
 deras del Rey Carlos, principalmente el Duque de Na-
 xera, los Condes de Galvez, Cifuentes, la Corzana,
 y Eril: éstos por ambicion, y rabia contra los Castel-
 lanos; y los Ingleses por acabar con esta Guerra, ò des-
 enganarse. Y añadió Stanop: Que estas instrucciones te-
 „ nia de Londres; porque ya no se podian tolerar los
 „ gastos de la Guerra de España, á la qual era menes-
 „ ter rendir, ò desamparar.

Starembergh con los Alemanes eran de contraria
 opinion, y afirmaban: „ se debia ocupar antes Navarra,
 „ y tomar el Castillo de Pamplona con las demás Pla-
 „ zas de la Vizcaya, y por la Provincia de Alava, y Rio-
 „ ja entrar en Castilla hasta Salamanca, llamando las
 „ Tropas de Portugál, con las quales se habia de ata-
 „ car la Galicia, y juntamente passar á Andalucia, y
 „ sitiar formalmente á Cadiz, haziendo entrar tierra
 „ adentro el Presidio de Gibraltar: Que tomado lo más
 „ fuerte, importaba poco, que el Rey Phelipe se con-
 „ servasse en la Nueva Castilla; porque ni podria jun-
 „ tar Tropas, ni las podria embiar el Rey Christianissi-
 „ mo, estando ocupados estos passos, el qual no queria
 „ sacar á su Nieto de España, aunque assi lo daba á en-
 „ tender, para enganar á los de la Liga, y tomar tiem-
 „ po, porque veia, que en guerra de tantos Auxilia-

„ res

„ res alguno se habia de apartar precisamen-
 „ te: Que la guerra se hazia con Tropas, y no con
 „ la propicia voluntad de los Parciales, quando se ha-
 „ bia conocido claramente, que los Magnates de Es-
 „ paña, que tanto blasonaban de poderosos, no po-
 „ dian poner en Campaña cien hombres; y q̄ si se habia
 „ de esperar en ellos, no tenia pocos de su partido el
 „ Rey Phelipe, y quizá los más cuerdos, que no se
 „ querrian cargar de nota alguna, mientras estubiesse
 „ en España el Rey, que habian jurado; porque tam-
 „ bien estában obligados á defender al Principe de As-
 „ turias, que era Español, y querian más que á otro
 „ alguno: Que si dexaban libres las Andalucias, y Es-
 „ tremadura, no podrian passar los Portugueses, y se
 „ restauraria luego el Rey Phelipe; porque su Cavalle-
 „ ria estaba toda en pie, y que de la Infanteria solo le
 „ faltaban cinco mil hombres, que cada dia volvian á
 „ buscar sus Vanderas: Que habia en el año de seis
 „ mostrado la experiencia el error de ir á Madrid, el
 „ qual no era más, que un Lugar abierto; porque la
 „ Corte la hazia la persona del Principe, y ahora la
 „ más magnifica era una tienda de Campaña, si resol-
 „ via el Rey Carlos seguir el Exercito; porque era el
 „ mejor expediente quedarse en Zaragoza con alguna
 „ gente, y plantar allí sus Tribunales, hazer nuevas Le-
 „ vas, y atacar por la Cathaluña á Valencia con Tro-
 „ pas superiores á las que mandaba D. Antonio del
 „ Valle, al qual seria facil echar; porque era todo el
 „ Reyno parcial de los Austriacos, y ahora más ene-
 „ migo de los Borbones: Que las conquistas se debian
 „ hazer con immediacion, y no á saltos; y que se debia
 „ ahora empezar la Guerra más seriamente, para man-
 „ tener la conseguida Victoria, que era sin duda de-
 „ cisiua, usando bien de ella, é inutil, si se creia sin
 „ más diligencia decisiva.

De esta opinion de los Alemanes era el Rey Car-
 los; pero no la podia seguir; porque dixo resueltamente
 Stanop: „ Que no tomaria con sus Tropas otro camino,
 „ que el de Madrid: Que la Reyna Ana habia ofre-

„ cido

„ cido á los Austriacos entregarles el Trono, y que ellos
 „ se le habian de conservar; que esto estaba cumplido,
 „ poniendo al Rey en la Corte, y que lo demás lo pen-
 „ sassen los Alemanes, y Españoles; porque la Inglaterr-
 „ ra no habia de llevar eternamente carga tan pesada,
 „ que la estaba empobreciendo.

Prevaleció el parecer de los Ingleses, aun repugnán-
 dole Carlos, que escribió á su Muger: *Que aquellos ten-
 drian la gloria, si el éxito era bueno, pero el daño, si
 malo.* Por los confines de Navarra marchó el Exército
 vencedor, y tomó los Lugares abiertos, que estaban en
 el camino. Obedecian involuntarios los Navarros, cons-
 tantes en su fidelidad: Fue en esto insigne la Ciudad
 de Tudela, aunque ocupada de algun Presidio Ale-
 mán.

Era Virey de Navarra Don Fernando de Moncada,
 Duque de San Juan, hombre de incontestable fideli-
 dad, el qual viendo desprevenido el Castillo de Pam-
 plona, pidió gente á la Francia, y el Mariscal de Mon-
 rebél le embió, de orden del Christianísimo, seiscien-
 tos hombres, y se abasteció de Viveres, y Municiones
 el Castillo, de Genero que en treinta y seis dias esta-
 ba yá capáz de una dilatada defensa.

Habia recogido el Marqués de Bay las reliquias del
 vencido Exército con gran cuidado, y puestas en So-
 ria á cargo del Theniente General Don Masuel Sello;
 siete mil hombres era toda la summa de estas Tropas,
 pero habia en otras partes algunas partidas de Cavalle-
 ria, que se estaba uniendo; y los Oficiales se retiraban
 á Soria, y Pamplona, esperando la orden del Rey.
 Huian cada dia los prisioneros, que estaban en Aragon,
 y yá en la ultima revista se hallaron en Soria nueve mil
 hombres, mantenidos á expensas de la Provincia.

Admirará la posteridad el amor, la constancia, y
 la fé de los Reynos de Castilla, que á porfia, no can-
 sados, sino estimulados de la desgracia de su Principe,
 ofrecian sus bienes, sus haciendas, y sus vidas, para
 reparar el daño, mantenian á sus expensas las Tropas,

ha-

hacian Levas de gente, y aplicados á la que llamaban
Causa común, á nadie amedrentó el infortunio, antes
 fortificó la fidelidad con excesos tales, que no se da-
 ria credito á estos Comentarios, si escribiessemos lo
 particular de cada Pueblo, y cada individuo.

El Rey Phelipe, con Decreto de siete de
 Septiembre, mandó pasar la Real Familia, y Tribuna-
 les á Valladolid, permitiendo á los que no podrian se-
 guirle, el quedarse en la Corte, como no exerciesen
 su Oficio, los que se hallaban Ministros. El dia antes
 habia convocado á la Nobleza, y dexado libertad de
 seguirle; ó no con expresiones de la mayor confianza
 en su fidelidad. Creyeron muchos, que ésta fue arte,
 para experimentar los más leales, y afectos; porque pa-
 recian equivocas las palabras, no muy gratas á los
 Magnates, que no las querian tan obscuras, sino más
 determinadas; y así pidió explicacion de ellas el Con-
 de de Lemos, y se adhirió el Marqués del Carpio, es-
 carmentados de lo que le sucedió el año sexto deste
 siglo (como yá hemos visto) y dixerón estar prompts
 á lo que el Rey deliberadamente ordenasse. Tambien
 ésta era otra astucia, para preservarse con el precepto
 de la ira de ambos Principes; pero el Rey con palabras
 aún más equivocas, dexó la duda en pie, ó para experi-
 encia de la expontanea fineza de seguirle, ó por no
 aventurar el no ser obedecido; porque en tanta decli-
 nacion de su poder, zeló declináse la authoridad, y
 la obediencia.

Mantenianse en perplexidad, quantos querian (sin
 que fuese á costa de su honor) prestar obsequios al Rey
 Carlos; pero la quitaron con abierta resolucion, y pro-
 palaron su animo de no dexar al Rey los Duques de
 Montalto, de Montellano, de Medina Sidonia, y el Con-
 de de Frigifiana. Luego asintieron casi todos á tan he-
 roica resolucion. El Rey mandó conducir á Francia al
 Castillo de Burdeos, al Duque de Medina-Coeli, y partió
 con su Familia (aunque el Principe de Asturias conca-
 lentura) para Valladolid el dia nueve de Septiembre.

Si-

Siguieronse los Magnates; y Nobles de más distincion, y después otros muchos, solo por no ver el dominio de los Austríacos: otros por necesidad de seguir los Tribunales; tanto, que salieron de la Corte treinta mil personas. No se creyera; sino se hubiera mandado tomar razon de los que entraron en Valladolid, y otros parages de orden del Presidente de Castilla D. Francisco Ronquillo, que también partió puntualmente con su Consejo, y los que componian el del Gavinate; y se quedaron en Madrid, despechados por particulares intereses; el Conde de Palma, el Marqués de la Laguna, y el Duque de Ijar, con intencion de pasarle al Partido Austríaco, como después lo executaron. Muchas de las Señoras se fueron á Toledo, y otras á sus Estados. Quiso salir el Marqués de Mancera; pero el Rey le mandó lo contrario; porque tenía más de cien años, y era nombre de inalterable fé: luego se retiró al Convento de San Francisco. También por su vejez, y achiques (consintiendo el Rey) se quedó en Madrid el Marqués del Fresno.

Estaba aún en su destierro el Duque del Infantado, y pidió al Rey licencia; para seguirle, que la obtuvo con palabras sumamente benignas, y así lo executó. Llegó el Rey á Valladolid, y el Duque de Medina-Sidonia echó la especie, que debian los Magnates proparar al Rey de Francia su constante fidelidad, y explicar la necesidad, de que con la mayor promptitud embiase socorros; porque como sabia en quan mala opinion habian puesto á la Nobleza Española con el Christianísimo sus Ministros, rezelaron, que dando por desesperado el remedio, descuydasse de él; y más quando no estaban los Tratados de Paz enteramente desvanecidos; porque ya consentia la Inglaterra en formarle al Rey Phelipe un Trono en Italia.

Fue aprobado de todos, menos del Duque de Ossuna, el dictamen del de Medina-Sidonia; no porq̄ á aquel le aventajasse nadie en el amor al Rey Phelipe, sino porque le pareció indecoroso á la Nacion clamar por él.

estrangeros socorros, y á una vez desamparada de los Franceses la España, en la qual creia haber fuerzas, para reparar el daño, si se aplicaban las necesarias diligencias, y caminaban todos de buena fé. Esta delicadez pareció intempestiva, y no fue atêdido su dictamen.

Formó la Carta para Luis XIV. el Conde de Frigiliana, hombre de elegante pluma, y de feliz explicacion: concibióla con los terminos más obligantes, y expresivos, sin abatir la Nacion Española, antes si enalzando su fidelidad, y no disminuyendo su poder; pero el mal era tan grave, y peremptorio, que se necesitaba de los auxilios de la Francia, por no depender del beneficio del tiempo. Firmaron la Carta los Duques del Infantado, de Populi, de Atri, de Medina-Sidonia, de Montellano, de Arcos, de Abrantes, de Baños, de Meraguas, de Atrisco, de Sessa, de Jovenazo, y de Bejar, los Marqueses de Priego, de Astorga, de Aytona, de Bedmar, de Villafranca, de Montealegre, de Almonacid, y del Carpio: los Condes de Lemos, de Peñaranda, de Benavente, de San-Estevan del Puerto, de Oñate, de Frigiliana, de Baños, y el Condestable de Castilla: también hubiera firmado el Marqués de Camarasa; pero estaba enfermo. Estos eran los que se hallaban ya en Valladolid; y los mismos escribieron al Duque de Alva, Embaxador en Francia, otra Carta, para que entregasse aquella al Rey Christianísimo, e hiziesse los mayores esfuerzos por socorros, mientras, sin dilacion alguna, se formaba en España nuevamente un Exercito.

El Rey Luis, quanto tubo amargura del suceso, mostró complacencia de esta Carta, que leyó muchas vezes; y exagerada del Delphin, se resolvió á embiar luego á España catorce mil hombres por la Navarra Baxa, ó la Vizcaya; y si no los habia menester en Castilla el Rey Phelipe, que con ellos, y otras Tropas del Rosellón sitiaria á Girona el Duque de Noailles, para hazer una gran diversion á los Enemigos.

Pidió el Rey con Carta aparte á su Abuelo le em-

biaffe al Duque de Bandoma , para mandar fu Exerci-
to: luego pasó con el de Noailles à Valladolid. Tenian
orden de mirar de cerca el estado de las cosas: Ver, si
aquella Carta , que firmaron treinta Grandes, era solo
cumplimiento, ó realidad, y si habia fuerzas , para que
el socorro , que se meditaba embiar , no fuesse inutil;
porque ufanos de la Victoria los Enemigos , no solo la
engrandecian , sino que tambien publicaban sin reme-
dio el mal , y añadian algunas falsedades probables,
para consternar el animo del Rey Christianissimo , y
apartarle del empeño. Relaciones vimos publicas, y se-
cretas , sacadas de las Cortes de los Aliados, donde es-
tában con tal arte entretexidas las verdades con los em-
bustes , que nadie creía en la Europa, que podia resta-
blecerse el Rey Phelipe.

Apenas , marchando àzia Madrid , dexò los Ter-
minos de Aragon el Rey Carlos , quando los Españo-
les , que presidian á Lerida, Tortosa, Monzon, y Me-
quinezza , ocuparon los caminos de genero , que no se
tenia en Cathaluña noticia alguna del Rey , y de su
Exercito: lo que affigia no poco à aquella Corte; porque
tambien los Españoles , para consternar la Provincia,
divulgaban mil falsedades , que eran facilmente creídas
de los que no ignoraban la aversión de los Pueblos de
Castilla al Rey Carlos, los quales, consiguiendo en lo
que habian obrado cinco años antes , dexaban las Po-
blaciones , gastaban las aguas , quemaban los Forra-
ges, y Viveres, y aun los que necesitaban para su
alimento.

Dudóse en el Exercito del Rey Carlos sobre la
marcha , si se destacarian , à lo menos, dos mil hombres
contra el Reyno de Valencia, para darse la mano con
los que habian de partir de Barcelona , y no quiso Sta-
rembergh desmembrar el Exercito, yà que todo habia
de passar à Castilla: y así el Conde de Saballà, que
estaba destinado por Virey de Valencia, partió de Bar-
celona à esta empresa con ocho Naves , mil Cathala-
nes de desembarco de un nuevo Regimiento, y todos
los Valencianos, que estában en aquella Corte. Ha-

Habiala fomentado la Condesa de Oropesa (bien
que ya habia muerto el Conde, su marido), escribiendo
à algunos Valencianos de aquella Nobleza: y dixo
falsamente, que entraba en la conjura Don Antonio
del Valle, Governador de las Armas de aquel Reyno,
el qual no ignorando, que venian à atacarle , y que
alguna interna commocion habia en los animos, juntò
el Magistrado , y Nobleza, y oró con eficacia, y for-
tuna por el Rey Phelipe, al qual (dixo) ,, mantendria el
,, Reyno , hasta verter con sus Tropas la ultima gota
,, de sangre: Que nada pedia sino la quietud; pues
,, solo con sus Armas haria frente à los Enemigos: Que
,, en caso de ser vencido, podrian ellos deliberar de si,
,, acordandose siempre de quantos males , y desgra-
,, cias les habia ocasionado la guerra , y la indigna-
,, cion justa del poder de las Armas del Rey Catholi-
,, co: Que aún habiendo otra vez salido de la Corte,
,, nada habian sacado sino el escarmiento sus Enemi-
,, gos; que creyessen à la experiencia, y no à las fal-
,, sas sugestiones de los Rebeldes de su propria Patria,
,, para labrar de sus ruynas su fortuna. Todos ofrecie-
ron fidelidad al Rey Phelipe, y la Nobleza sus vidas, y
haziendas. Llegó con la referida Esquadra el Conde
de Saballà à la Playa de Valencia: hizo el primer de-
sembarco de treientos hombres, y acudió à las Ma-
rinas con dos mil Cavallos.

D. Antonio del Valle vió , al amanecer, à los que
pisaban orgullosos la arena: acomeriólos, y los puso en
vergonzosa huida. Volvieronse tumultuariamente à
embarcar: siaban más en las ocultas inteligencias , que
en las Armas: callò la tierra toda , y se asseguraron
por el Rey los Pueblos. D. Antonio mostró su fide-
lidad , y lo falto del esparcido rumor , para que el mie-
do de él le hiziesse prevaricar. Los Gefes de aquella
mal ideada expedicion volvieron con la gente à Barce-
lona desayrados. La Reyna Isabel se quejó de la Con-
desa Oropesa, y de haber sido engañada.

No daba passo , que no fuesse infeliz el Rey Car-

los en Castilla; porque era menester para la obediencia usar del mayor rigor, que degenerò en ira, y en tal desorden, que executaban los Alemanes, è Ingleses las más exquisitas crueldades contra los Castellanos. Los Hereges estendian su furor à los Templos, è Imagenes, haziendo de ellas escarnio, y servirles torpemente à su lascivia: Bebian en los Sagrados Calices, y derramando los Santos Olios, ungian con ellos los Cavallos, y pisaban las Oltias Consagradas.

Se hallò en un Lugar llamado Tartanedo un Lienzo, echado en un rincón de una casa, en que habían los Hereges, que en ella se alojaban, embuelto unas Particulas Consagradas, que bañaron el Lienzo en Sangre, en forma de seis Particulas perfectamente impresas, el qual, muchas vezes lavado, las conserva: Le hémos visto, y reverentemente besado con nuestros labios. Despues le vieron infinitos de los que con el Rey Phelipe volvieron à Castilla, y el Duque de Montellano le hizo once vezes lavar en su presencia, sin que pudiesen quitar la impresion viva de aquella Divina Sangre: y juraron los Testigos presentes, al desenvolver el Lienzo, quando le hallaron, que la vieron por el correr à trechos.

No llegaban à los oídos del Rey Carlos estos desordenes, que no los permitiría su piedad, y Religión: Servíase de Tropas Auxiliares, y era preciso contemplarlas, sin averiguar exactamente sus operaciones; porque se aventuraba el respeto. Mal recibido de todos los Lugares, por donde passaba, llegó à vista de Madrid el Exercito el dia 27. de Septiembre: Era Comandador Don Antonio Sanguineto, eléuido por el Cuerpo de la Villa en esta ocasión, con aprobacion del Rey Phelipe; porque se habia passado à Valladolid el Conde de la Xarosa, que ocupaba este empleo.

Habia el Rey Carlos recibido el omenage de la Villa, desde que llegó el Exercito à Alcalá de Henares, porque se evitasse toda hostilidad. Así lo habia
dexae

dexado ordenado el Rey Phelipe, que estába tan vivo en el corazón de los de la Corte de Madrid, que admirò Stanop (que entrò primero) la general tristeza del Pueblo, pues estában cerradas las más de las Casas, Tiendas, y Oficinas: pocos Niños aclamaban al Austriaco Principe, y no lo hazian, sin recibir dinero del General Inglés, que vuelto à los Reales, vaticinò tristemente.

Estaba entonces el Rey Carlos en Villaverde, y despues passò à la Quinta del Conde de Aguilar, donde aguardaba los obsequios de los Magnates, que solo acudieron el Duque de Ijar, el Conde de Palma, y el Marqués de la Laguna, que, como diximos, se quedaron en la Corte: Tambien le prestò obediencia el Arzobispo de Valencia, el Conde de Cardona, y otros Nobles de menor esfera. Luego desesperò el Rey Carlos de serlo de Castilla, sin la fuerza, y así lo significò à Starembergh, diciendole: *Que se usasse del rigor, porque estában rodeados de desafechos.* Luego se conociò el error de Stanop, en querer venir à la Corte; porque, aunque estába à vista de ella acantonado todo el Exercito, cerraban con Partidas de Cavalleria los passos, y por el Monte de Guadarrama para Madrid por todas partes D. Feliciano Bracamonte, y D. Joseph Vallejo, hombres de mayor valor, pericia, y fidelidad, los quales tenian contra el Exercito enemigo tantas espías, quantos Moradores habia en los vecinos Lugarejos.

Formòse en el Campo un Consejo de Gavinete, en que fueron admitidos el Arzobispo de Valencia, y el Duque de Ijar. Siempre discordaban Stanop, y el Principe Antonio de Leichteisthein, à quien adheria Starembergh; pero prevaleciò el dictamen del Secretario del Despacho Universal Don Ramón Vilana Perlas, que gozaba enteramente del favor del Rey Carlos, de quien interceptò Don Joseph Vallejo una Carta, que escribia à la Reyna, su muger, queixandose de los dictámenes del General Inglés, que le habían traído à experimentar el desafecho de los Castellanos, pues era

„ cada dia mayor , y que solo tres hombres de distincion habian pasado à su partido ; pero pobres, y de corta authoridad: que muchas mugeres de los Grandes, que estaban con el Principe Enemigo, le habian prestado obediencia , algunas en publico , y otras en secreto, para estar en ambos partidos, siendo ya claro , que el suyo solo se podia adelantar à fuerza de Armas.

Tambien se interceptaron Cartas de la Reyna Isabel al Rey Carlos , en que se quejaba de la frustrada expedicion de Valencia , y que ocupaban los caminos los Españoles. Estas Cartas, que traxo D. Geronymo de Solis à Valladolid , mandò el Rey Phelipe leer en publico en sus Antecamaras , y expresó el agradecimiento , que debia tener à los Castellanos.

Mandò el Rey Carlos abrir las Carceles , y salió de ellas D. Bonifacio Manrique , que luego siguió las Vaderas Austríacas; y el que era en la prision inocente , fue en la libertad reo. Passaronse al mismo partido Don Antonio de Villaroel , Theniente General, despues de haber recibido ayuda de costa del Rey Phelipe , para seguirle: Don Luis de Cordova , hermano del Marqués de Priego: Don Jayme Meneses de Sylva , hermano del Conde de Cifuentes: el Marqués de Valparayso, y el de Valde-Torres, los más sin otro motivo, que amar la novedad: à estos los llamaba publicamente Starembergh Christianos Nuevos, Stanop traydores, Antonio de Leichtestein hombres sin ley, Don Ramon Vilana Perlas desesperados, y el Rey Carlos miserables.

Estos epitectos ganaron los que ya creyendo subvertido el Trono del Rey Phelipe, se adelantaron al obsequio de su Enemigo , de quien no lograron aprecio: Otros Nobles, y Titulos , que estaban descontentos de su fortuna , se passaron tambien: Grande de España ninguno más que el Conde de Palma: El Duque de Ijar no lo era sino por su Muger: El Marqués de la Laguna aún no lo era; porque vivia su Madre, la Condesa

desa de Paredes, que tambien reconoció al nuevo Rey; ni aún con ser llamados de un Edicto, parecieron otros. Estaba este concebido con terminos de la mayor clemencia: ofrecia general perdon, bienes, prerrogativas, y honores à los que en termino de un Mes reconociesen por Rey de las Españas à Carlos III.

Mandò salir de los Monasterios à las Mugeres de Grandes, que à ellos se habian retirado , y que passasen à Toledo, à donde se habia prestado el acostumbrado juramento , y le ocupaba un Regimiento de Infanteria con el Conde de Atalaya: Muchas Señoras no obedecieron , y se quedaron en los Conventos , y una de ellas fuè la Duquesa de Medina-Coeli.

El Duque de Bandoma , como Capitan General de las Tropas, se quejó à Starembergh desta usada severidad con mugeres de tan alta esfera; y respondió, *que era para mayor seguridad de sus personas, y que se dexarian en libertad , quando la tubieffen los maridos.* Con esto daba à entender lo que no creía, de que se seguian al Rey Phelipe violentos; y aunque en parte no era vana la sospecha , estaban violentados de su proprio honor , los que no inflamados del afecto.

Habian los Tribunales del Rey Phelipe pasado con la Reyna à la Ciudad de Victoria, y no hallò el Rey Carlos en la Corte Ministros , para formar los suyos; y así creó por Presidente de la Sala Criminal de Alcaldes à D. Francisco Alvarez Guerreros: nombrò Ministros, y solo dió Despachos en interin, por no quitar à los ausentes la esperanza de volver à sus empleos: Quitò el de Corregidor à D. Antonio Sanguineto, y puso al Marqués de Palomares; y esto acabò con la providencia para los Viveres, y con la quietud del Pueblo; porque la prudencia , y ajustada direccion de Sanguineto contenia en orden al vulgo , ya inclinado al tumulto , por falta de Pan; pues no permitian las Partidas de Cavalleria de Vallejo , y Bracamonte; que se introduxessen en Madrid, ni los Aldeanos querian traerlos , por si el hambre ocasionaba una rebelion, y llegaban à las armas.

Esta malicia oportuna, aunque agena de caridad, fue de suma importancia; porque no se podia mantener un Exército de 28g. hombres, y tan gran cantidad de vagages en un Lugar, que yá padecia entera falta de todo, y de quien violentamente se sacaba el preciso alimento; por no haber otro remedio de subsistir las Tropas; y aunque embiasse el Rey Carlos Partidas de Cavalleria por los vecinos Lugares à buscar Viveres, les hazia tantas emboscadas D. Joseph Vallejo, con la exacta noticia de la tierra, y el favor de los Payfanos, que nada lograban los Alemanes, siempre vencidos, ó ahuyentados.

Determinò el Rey Carlos hazer su publica Entrada en la Villa; y visitando antes el Santuario de Nuestra Señora de Atocha, subió por la propria Calle, acompañado de dos mil Cavallos, que le precedian, de sus Guardias, y de su Familia; ni aún la curiosidad movió al Pueblo, y retirado à sus casas, rebozaban melancolia las Plazas. Oíanse voces de niños, que atraídos con dinero, aclamaban al nuevo Rey, y alguna vez se oía aclamar à Phelipe Quinto. Esto hirió altamente el animo del Principe Austríaco; y al llegar à la Puerta, que llaman de Guadalaxara, sin proseguir hasta el Real Palacio (como era costumbre) declinò por la derecha, y por la Calle de Alcalà, y su Puerta volvió à salir de Madrid, diciendo: *Que era una Corte sin gente.* Desterrò à muchos, que le parecia promovian el afecto à su Enemigo: mandò, que entregasse las armas el Pueblo; pero no fue obedecido; mas facilmente logró, que entregassen los Cavallos; porque los necesitaba el Exército, para reclutar los que habian perecido por falta de forrage.

No dexaba de conocer, quan difícil era mantenerse en aquella Corte; y mientras embarazaba la variedad de diámanes las operaciones del Exército, prosiguió en formar Tribunales, y proveer los principales empleos: Diò la Presidencia de Castilla al Conde de Palma, y este se excusò de ella, sirviendola en interin el

Mar-

Marqués de Castillo: la Presidencia de Hacienda à D. Athanasio Estrepa, Obispo de Nicopoli; y se diò plaza en este Consejo à los Condes de Clavijo, y de Belmonte: mandò presidir en el Tribunal de Quentas al Marqués de Canillejas; en el Consejo de Indias à D. Pedro Gamarra, donde se nombraron por Consejeros al Marqués de la Laguna, y à D. Ramón Portocarrero. No se diò esta Presidencia; porque la tenia en propiedad el Duque de Uzeda, de quien habia recibido el Rey Carlos ocultamente no pocos servicios. Nombróse por Virey de Aragon al Duque de Ijar.

Viendo yá abierto el camino à las mercedes, prestaron obediencia al Rey Carlos los Marqués de Coppa, y de las Minas, los Condes de Siruela, y Hernan-Núñez; cargó gran golpe de Memoriales, tanto que dixo el Rey, *que habia ballado, quien le pedia; pero no quien le sirviessse.* El decreto le diò en voz el Secretario, diciendo: *Que Carlos III. basta entonces no era más que General de sus Tropas, que se despacharian en el Trono las pretensiones.* Descabase mucho traer al obsequio al Marqués de Mancera, que estaba retirado en el Convento de San Francisco (como diximos) fuelelo à persuadir D. Luis de Ijar, pero constante el Marqués, respondió: *Que no tenia más que una fe, y un Rey, viviendo el qual, no podia jurar otro: que estaba yá vecino al sepulchro; porque passaba de cien años, y que no queria poner este borron en su nombre.*

No sacò otra respuesta el General Stanop, que fue despues à verle, admirò su firmeza, y no le pareció al Rey Carlos usar del rigor con un hombre medio difunto; lo proprio executò con el Marqués del Fresno, que no quiso reconocerle. Estos exemplos tomaron muchos, que retirados en sus casas dentro de Madrid, nunca prestaron obediencia.

Iba desmembrando el Exército la disolucion de los Soldados, la gula, la embriaguez, y la luxuria. Llegaronse los Hospitales, y à pocos aconteció la suerte de



salir de ellos; porque los Cirujanos les envenenaban las llagas con mortal odio; y los que podia la gente del Pueblo matar alevosamente, lo contaba en triunfo. Diminuíase la Cavalleria por instantes, vencida en Partidas de las de Vallejo, y Bracamonte, el qual tomo muchos Equipages, que se restituían à Aragon, y embió al Rey Phelipe la plata, y el dinero, que se halló en ellos (rara, y maravillosa moderacion en un Soldado). D. Joseph Vallejo se atrevió à tomar algunos Carros de Viveres de las Puertas de Madrid. Desfizó ochocientos Cavallos, que con el Baron de Vezel passaban à Zaragoza. Sorprehendió en Ocaña un Regimiento de Portugueses, y en las alturas de Alcalá burló la arrogancia del General Stanop, que con dos mil Cavallos le buscaba. Llegó su osadía á querer coger al Rey Carlos en el Pardo, à donde habia salido à Caza, y lo hubiera logrado, sino estubiera avisado el Rey de uno de los Guardas del Bosque, que temió ser todos passados à cuchillo, si esto sucedia. Al fin logró D. Joseph Vallejo hazer molesto su nombre à los Enemigos, y tener inquieto; y sin Viveres el Exercito: No grandes; pero oportunas hazañas, que dieron no pequeña gloria. Toda la disposicion de Starember era aguardar à que entrassen por la Estremadura los Portugueses, para irles al encuentro, y unidos los Exercitos, atacar en qualquier parage las Tropas, que estaba volviendo à juntar el Rey Phelipe, de las quales se nombró por General al Duque de Bandoma, se crearon por Capitanes Generales al Duque de Populi, al Conde de Aguilar, al Marqués de Toy, al de Aytona, y al Conde de las Torres, y se mandò venir al Marqués de Valdecañas, que yà lo era.

Herido de alguna embidia de no serlo tambien el Duque de Ossuna, se retiró con la Reyna à Vitoria, y se aloxó en un pequeño Lugarejo con su hermano el Conde de Pinto, no sin la censura de que reparáse en estas delicadezas, à tiempo que el Rey estaba en la más ardua, y fatál coyuntura, y que tenia en evidente peligro su Corona.

No

No creerán los venideros siglos tantas dificultades, allanadas insensiblemente en cinquenta dias, y que se los hayan los enemigos dado de tiempo al Rey Phelipe, para restaurar su Exercito, que ya se componia de veinte y dos mil hombres. Esta gente se junto à expensas de los Reynos de Castilla, y Andalucia, se armó, y vistió con el cuidado del Conde de Aguilar, y la actividad de Don Balthazar Patiño, Marqués de Castellar, hombres ambos de la mayor eficacia en los negocios, y de incomparable inteligencia en la mecanica de la Guerra, en la qual excede à los más experimentados el Conde, sin quitarle su militar pericia, y valor. Ninguno en esta ocasion sirvió más al Rey Catholico, facilitando, al parecer, imposibles; porque de un Exercito vencido, derramado, y abatido, de un Erario exhausto, y sin fondos, de un Reyno vacilante, y solo voluntariamente, y por su fidelidad sumiso, formó un Exercito, que, como veremos, restableció el Trono à la Casa de los Borbones, que reynaban en España.

Todos los lauros de la Victoria perdió en los ocios de Madrid Starembergh. Parece que tenia aquella Corte narchoticos, ó beleños, para adormecer los animos, pues no escarmentados del error del Marqués de las Minas, y Gallovay el año de 1076. que dieron quarenta dias de tiempo al Rey Phelipe, para reunir sus Tropas, y que baxassen de la Francia socorros; à hora le dió mayor dilacion Starembergh, esperando, que los Portugueses entrassen por Estremadura, lo que sollicitaba incessantemente sin fruto; porque el Rey Phelipe, dexando à Valladolid, puso su Campo en Almaraz, ocupó el Puente, y dispuso sus Tropas de genero, que no podia a un tiempo ser atacado de ambos Exercitos, y se hallaba con fuerzas, no solo de resistir à uno, sino tambien con probabilidad de vencerle.

Esta disposicion, y acampamento salvó à la España, porque no podian yà por parte alguna passar el Tajo los Portugueses; y aunque estaba poco distante el Puen-

te, que llaman del Arzobispo, y el de Alcantara, todos estaban fortificados, y bien guarnecidos, y guardaba otros passos el Marqués de Bay con la mayor vigilancia. Ni por Galicia podian hacer alguna distraccion, porque vigilaba en sus limites con buen numero de gente el Marqués de Risbourgh.

Quisieron los Portugueses, desesperados de entrar en Castilla, atacar por la Andalucía, y tomaron á Xerez de la Frontera con poco trabajo; pero luego retrocedieron, para observar el Exercito Enemigo, por si habia forma de juntarse con los Alemanes, lo que hubieran conseguido, si luego que se perdió la Batalla de Zaragoza, hubieran ocupado la Estremadura; porq̃ eran inferiores las Tropas que alli tenia el Rey Phelipe.

Esta culpa cargaban sobre los Portugueses los Ministros Austriacos; pero el Rey Don Juan de Portugal no quiso aventurar otra vez su Exercito, no olvidado de que por semejante ofensiva habia perdido, baxo el mando del Marques de las Minas, todas las Tropas su Padre, y assi se contubo hasta que pudiesse sin riesgo juntarse á los Alemanes. Esto no pudo lograr; porque pasó la oportunidad, de lo que dependió toda la fortuna del Rey Phelipe. Dieron por disculpa, que no tenian prevenidos Viveres para marcha tan incierta, y dilatada en País enemigo. Esta misma dió Starembergh para entretenerse en Madrid, y esperar noticia de lo que habian determinado los Portugueses. Estos avisos no podian passar; porque las Tropas Españolas ocupaban ázia Estremadura los passos, y en Castilla sitiaban al Exercito del Rey Carlos las Partidas de Cavalleria del Rey Phelipe, como diximos.

Quando partieron los Tribunales á Victoria con la Reyna Maria Luisa, y el Principe de Asturias, la siguieron muchos Magnates, cuya salud, ó medios no permitian seguir al Rey, al qual sirvieron sin officio alguno en toda la Campaña los Duques del Infantado, de Montellano, de Bejar, los Condes de Lemos, y de Peñaranda, los Consejeros del Gavinete, y todos los Oficiales

ciales de las Guardias, y de la Familia Real: otros Nobles de la primera, y segunda esfera se quedaron en Valladolid; porque embarazaria en Campaña tanta gente inutil para la Guerra.

Quedaba dispuesto, que el Duque de Noailles sitiase á Girona, para diversion del Exercito enemigo, y que tomada esta, se internasse mas en la Cathaluña, para cogerle de espaldas; y assi se entretenia el Rey Phelipe en el Puente de Almaraz, hasta que supiesse, que el Duque de Noailles habia yá embestido á la Plaza, como lo hizo á los ultimos del mes de Diciembre. Nunca estuvo mas confuso, ni apesarado Starembergh; porque la falta de noticias le tenia en una dañosa indecision. Yá no era tiempo de ir á sitiar á Pamploña; porque la guarnecian los Franceses con el Marqués de Dupont: no podia penetrar en Castilla, por falta de Viveres, no ignorando quan bien acampado, y en lugar ventajoso estaba el Exercito del Rey Phelipe; y creia, que el no moverse de Almaraz, era por esperar que lo hiciesse el Alemán, y observar sus Passos: no era tiempo de empresa alguna, estando yá tan adelantado el Otoño, y cansando el Exercito de los vicios que engendró el ocio, disminuido, y sin brios; porque conocian claramente estar en tierra enemiga, que cada dia daba muestras mas evidentes de su constante fidelidad al Rey Phelipe.

Para decidir tantas dudas, juntó el Rey Carlos Consejo de Guerra. Todos fueron de parecer, que se retirasse del Exercito su Persona, y se restituyesse á Cathaluña; porque eran inciertas las operaciones, dependiendo de las del Enemigo. Respondió con magnanimidad el Rey: *Que no habia juntado el Consejo, para deliberar de su seguridad, sino de lo que debian las Tropas executar.*

Los Ingleses, y Portugueses querian fortificar á Toledo, plantar alli la Corte, y acantonar el Exercito, poniendo en contribucion la Provincia. Bel-Castel, General Olandés, y algunos Alemanes querian poner la Corte

Corte en Zaragoza, y retirar à Aragon las Tropas. Starembergh era de parecer de retirar à Barcelona al Rey, y tomar Quarteles en la Raya de Castilla en la parte màs internada con Aragon, y esperar la resolucion del Enemigo.

En tanta variedad de dictámenes no se atrevió el Rey Carlos à seguir alguno; y estando embarazado en estas dudas, un Desertor Español, à quien ofreció la Reyna Isabel grandes premios, si entregaba à su Marido una Carta, la puso fielmente en manos del Rey Carlos, en la qual le avisaba la Reyna: „ Que habia llegado à Perpiñan con 150. hombres el Duque de „ Noailles; y que aunque le esparcia la voz, de que si- „ tiaba à Girona, era lo más cierto, que baxaba à Ca- „ thaluña à ocupar los passos, por donde podia volver „ à Barcelona el Rey, para prohibirle esta retirada, „ quando moviesse sus Tropas el Enemigo; y que así „ resolviessse à tiempo, lo que debia executar, para „ assegurar su Persona; porque despues no le tendria, „ si quinze mil Franceses, unidos à las Guarniciones „ Españolas, ocupaban la Cathaluña.

Esta Carta solo la dió el Rey à ver al Principe Antonio de Leichthestein, à Guido Starembergh, y à D. Ramón Vilana Perlas, y se resolvió, que se moviesse el Exercito con el Rey, baxo el pretexto de fundar la Corte en Toledo, y que secretamente partiesse con ochocientos Cavallos à Barcelona. Pareció dár à saber esta resolucion à Stanop, y Bel-Castél, y la aprobaron. Publicose un Decreto el dia ocho de Noviembre, mandando, que passassen los Tribunales à Toledo.

Esto consternó à quantos habian seguido el Partido Austriaco, de lo que se arrepentian muchos; pero ya empeñados, era preciso buscar la seguridad en el riesgo. Antes de dexar à Madrid, se disputó, si se habia de saquear. Los Españoles, Cathalanes, Alemanes, y Portugueses eran desta opinion: resistieronlo los Ingleses, y los Cabos Olandeses, el Señor de Bel-Castél, de

de San Amant, y sobre todos Stanop, diciendo, que no se podia executar sin gran pérdida de Soldados, y sin la entera ruina de la fortuna del Rey Carlos, que queria parecer tirano, antes que Rey, que con esto perderia un gran Lugar, y un Reyno; porque seria mayor, y eterno el odio de los Castellanos.

Este parecer fue Starembergh; y dixo el Rey Carlos: *Yà que no la podemos assolar, dexemola.* Partió el Exercito al amanecer el dia nueve; y ya libre la Corte de los Enemigos, aclamó nuevamente al Rey Phelipe, restituyó el Corregimiento de la Villa à D. Antonio Sanguineto, é hizo tales demonstraciones de jubilo, que oyó el Rey Carlos (que marchaba en el centro del Exercito) el festivo rumor de las Campanas. Todos marcharon à las vecindades de Toledo: nadie entró màs que Starembergh, y se aumentó la Guarnicion hasta seis mil hombres, baxo la mano de Odoardo Amiltón, à quien habia dado el Rey Carlos el Gobierno; y quando todos creian, que se encaminaba al mismo parage, à grandes jornadas, acompañado de dos mil Cavallos, tomó el camino de Zaragoza, donde se entretubo poco; porque luego pasó à Barcelona: figuieronle los Nobles, que le habian prestado obediencia; y à más de los ya referidos, el Marqués de Almarza, y el Conde de Sacro Imperio: quedaron en Madrid los Marqueses de Hernan-Núñez, y de la Mina; y para que no faltassen en este siglo nunca otras monstruosidades, figuieron al Rey Carlos la Duquesa de Arcos, y la Marquesa del Caspio, aunque estában sus Maridos con el Rey Phelipe: la primera, reconociendo el error, se quedó en un Monasterio de Zaragoza. Tambien se pasó à Barcelona la Condesa de Paredes, Madre del Marqués de la Laguna, siendo ella, la que obligó à su hijo à tomar aquel partido.

En Barcelona hubo general tristeza de ver, que volvía el Rey; porque se ignoraba enteramente el estado del Exercito; y como las noticias las fingia alguna vez el temor, ó el afecto, se oían cosas tan repugnantes, que

que se ignoraba la verdad. Arguían pocos progressos las Tropas, no fiando el Rey su seguridad á ellas. Otros creían infalible la ruina del Rey Phelipe, arguyendo de que la Reyna Maria Luísa queria passar á la Francia con el Principe de Asturias, para tomar las Aguas de Bañeras, en el Condado de Bigorra. Esto era cierto; porque la Reyna, aprehensiva de unos tumores, como postemas frias, que tenia en la garganta, estaba persuadida, de que se aprovecharian aquellas Aguas.

Esto llevaba muy mal los de su Corte, y los Tribunales, que con ella estaban en Vitoria; porque sin duda parecia no buscar phísico remedio al mal, sino refugio á la desgracia, y asegurar en Francia al Principe de Asturias, lo que consternaba enteramente á los afectos al Rey Catholico, y turbaba sus medidas. La Princesa Ursini estaba en esto indiferente, por no parecer, que se oponia á la salud de la Reyna; pero el Rey no quiso permitirlo, y se signó la Reyna á su voluntad con tanto gusto, que pareció proprio dictamen. Con esto se desvaneció la jornada.

No perdonó diligencia Starembergh, para dar á entender al Duque de Bandoma, q̄ queria tomar Cuarteles en tierra de Toledo, fortificando ésta; y con efecto levantó una gran Trinchera, y puso en el Alcazar cantidad de Viveres; pero conoció claramente el General Francés, que todo era estratagemas, y que no tenia Almazenes, para passar el Hyvierno, ni de allí podía tener más intencion, que irse á juntar con los Portugueses, si dexaba el Exercito Español el Puente de Almaráz; y así, aunque habia algunos mozos de poca experiencia en las Tropas del Rey Phelipe, que eran de dictamen de ir á atacar en Toledo á los Enemigos, no se apartó Bandoma de su sistema, cuya opinion seguían los Cabos más experimentados; porque conocían claramente, que estaba necesitado el Exercito Alemán de volver atrás, y tomar Cuarteles, donde pudiese; y para q̄ no lo executasse en Castilla, ni Aragon,

hi-

habia resuelto el Rey Phelipe seguir á los Enemigos, y disputarles la quietud del hyvierno; porque sus Tropas Veteranas estaban ya tres meses descansando, y las Reclutas se habian hecho con felicidad, y se iban haciendo mas cada dia.

Cansado Starembergh de la paciencia de Bandoma, y de que no podia engañarle, determinó partir para la Baya de Aragon, y cantonar en ella sus Tropas. Quiso el Conde de Atalaya quemar la Ciudad; pero no lo permitió Almitón, ni consintió Starembergh: habian puesto en el Alcazar muchos Viveres; y no pudiendo tumultuariamente sacarlos, para que no se aprobecassén los Enemigos, le quemaron, con tanta rabia, y furor del Pueblo contra los incendiarios, que hubiera sucedido un tumulto, si no se hubieran formado las Tropas en quadrada figura en la Plaza de Zocodover, para tener en freno al Pueblo. Saquearon muchas Casas, y Templos, y quisieron quemar el de San Agustín: aplicaron seis Barriles de Polvora, para arruinarle, y los que pusieron la mecha á la Mina, quedaron abrazados; porque permaneciendo ileto el edificio, retrocedió el fuego.

El dia ventinueve de Noviembre dexó á Toledo el Exercito: Cerraronse luego las puertas, y aclamando al Rey Phelipe, dió aquella Ciudad muestras de su heroica fidelidad: Desde los Muros burlaban con silvidos, y oprobrios á los Soldados; pero Starembergh, atento á su marcha, no hizo caso de estos leves accidentes de la fuesta: con él se fueron algunos Nobles, y entre ellos el Marqués de Texares, que antes entregó su casa á las llamas, como quien no esperaba volverla á ver.

Las Señoras que habian ido á Toledo, volvieron á Madrid. Quedóse en un Convento la mujer del Conde de Palma, desaprobando lo que habia executado su marido: creyeron mucho que lo afectaba, pero estaba precisada á esto, por no salir de España. La Mangnaldia la llevaban los Portugueses, y Palatinos, el centro los

Bbb

Ale-

Alemanes, y Olandeses, la Retaguardia, los Ingleses, y la Cavalleria Cathalana guardabā los lados del centro: eran los principales Gefes el Señor de Franchenbergh, Palatino, y el Conde de la Atalaya, Portuguès, el Marquès de Bel Castèl, y Stanop. Todos obedecian à Stanrembergh, ó ninguno: estaban entre sí desunidos, y así no marchaban juntas las Tropas, sino precediendo una gran distancia del centro à la Retaguardia, y cada Nacion hacia su Tropa aparte, de genero que no se observaba orden militar en la Marcha: se destacaban los Soldados à robar à los vecinos Lugares, ó Campos de Ganado: muchos no volvian, y quedaban por víctima del odio de los Payfanos, que se armaron para defenderse.

Tubo luego el Rey Phelipe, por las Partidas avanzadas, casi hasta Toledo, noticia de la marcha de los Enemigos, y ordenò la fuya con tanta celeridad, que pudiesse alcanzarlos à la distancia de executar, lo que tenia ideado. Luego que dexaron los confines las Tropas Españolas, pusieron en Quarteles de Hyvierno las fuyas los Portugueses, ó creyeron por acabada la Campaña, ó no se quisieron aventurar más; porque el Rey Phelipe, habiendo dexado en las Fronteras muy poca gente, tenia ya un Exercito de 250. hombres, los 180. Veteranos, deseosos de labar la nota de la perdida Batalla en Zaragoza; y así marchaban con tanta velocidad, y alegría, como si tubiesse segura la victoria, sin que lo embarazasse la rígida estacion del Hyvierno.

A confirmar en su fidelidad à Toledo entrò con 600. Cavallos D. Pedro Ronquillo: luego volvió à partir à buscar al Rey Phelipe, que tenia puestos sus Reales en Talavera de la Reyna, à donde llegaron los Diputados de Madrid con una Suma de dinero, gratuitamente contribuida para los gastos de la Guerra.

Habia yà entrado en la Corte desde el dia 30. de Noviembre D. Feliciano Bracamonte, y experimentado en ella las más altas señas de Jubilo en el Pueblo, que

que se propalsò al mayor exceso, quando el dia tres de Diciembre entrò por la Puerta de Atocha en Coche el Rey Phelipe, que despues de haber visitado la Capilla de la Santissima Virgen, se encaminò al Real Palacio. Era tanta la multitud de Pueblo, que salio à verle, bendecirle, y aclamarle, que no podia el Coche penetrar, y ganó camino, en el qual, no siendo la distancia más que de media legua, se gastaron muchas horas: Estaban adornadas con el mas exquisito gusto las Calles, y las Fuentes: siguieronle por la noche Fuegos artificiales, y Luminarias, y se introduxo tan universal alegría, que vaticinaba los mas prosperos sucessos.

El Exercito, sin hazer alto, passò à Guadalajara, mandado por el Marquès de Valdecañas; porque el Duque de Bandoma estaba con el Rey, que el dia seis de Diciembre volvió à las Tropas, que proseguian sus marchas. Seguia inmediatamente à los Enemigos por las espaldas Bracamonte, y por un lado Vallejo, no en vano; porque picaban siempre la Retaguardia, y qualquier Soldado Enemigo, que se descarraba, ó entretenia, les caia en las manos.

La tarde del dia seis, cuidadoso, de que le seguian con tanto tesòn Diego Stanop, no teniendo exacta noticia del Lugar, le pareció poner sus Tropas Inglesas dentro de Brihuega, y passar de dia el Tajo: estaba el Lugar situado en una pequeña altura, cuyo recinto era un simple muro de antiguo ladrillo, y tenia dentro una Torre por retirada; pero desarmada, y para ningun uso. Estaba distante tres leguas el centro de su Exercito, y solo pensaba Stanop passar en Brihuega más seguro aquella noche.

Luego que las Partidas avanzadas del Rey vieron, q se enderezaban los primeros Estandartes del Ingles à aquel Lugar, dieron aviso al Duque de Bandoma, el qual con la mayor celeridad destacó al Marquès de Valdecañas con toda la Cavalleria, y Granaderos àzia Torrija, por si podia cortar à los Ingleses el camino,

separarlos de Starembergh. El largo espacio de las noches de Diciembre, y el ardiente zelo del Marqués, hizieron, que llegasse antes de la Aurora al Tajo, ocupasse sus Puentes, y fortificasse el Vado más vecino á Brihuega, en la qual estaban ya cerrados los Ingleses, que por la mañana del día siete, queriendo salir con una Partida de Cavalleria á reconocer el Rio, no solo le hallaron crecido con las continuas aguas, sino tambien ocupado de los Españoles: Hubo alguna escaramuza, y se retiraron los Ingleses al Lugar, donde viendo, que no podian salir, se fortificaron con Trincherones, y cortaduras, todo quanto permitia la prisa, y la falta de instrumentos: faltaba tambien Artilleria, Municiones, y Viveres, con que no podia ser larga la defensa; pero creian ser socorridos de todo su Exercito, avisando á las Tropas del centro, de donde un Regimiento marchaba separado, y dimidiando la distancia del camino, para dar á Starembergh noticias de Stanop, y á este de aquel; pero esta Partida se habia apartado del camino, para robar, y habia sido hecha prisionera por Bracamonte, y assi le era muy difícil al Inglés avisar de su peligro al General Alemán.

Antes del día habia partido el Rey Phelipe con el Exercito, encaminandose al mismo Lugar á larga marcha, que la azelerò, quando tubo noticia, de que ya Valdecañas tenia bloqueada toda la Retaguardia de los Enemigos. El día ocho llegó el Rey con su Manguardia á las doce, y luego se plantaron Cañones, aunque de Campaña, para batir el Muro: hacia mucha impresion la bala; pero no abria buena brecha; porque no podia batir la raíz del recinto, impidiendo lo elevado del terreno, y no estában bien asentadas las Cureñas, para ponerlas á tiro; pero era tanto el ardor de los Españoles, cuyo Exercito ya el día nueve por la mañana habia llegado todo, q̄ querian asaltar la brecha, estando aún ruda, y sin aplanar, bien que venian cansados de una continuada marcha desde Guadalupe, que dista diez y nueve millas. El mayor fuego se

enderezó contra la Puerta de San Phelipe: hazer esta pedazos fue facil, pero no el Muro, que siendo de tierra encroftada, no resistia á la bala, se abria en ahugerros, pero no caia con tanta brevedad, quanto habian menester los Españoles, para el asalto; porque recelaban volviessse atrás el Exercito enemigo.

Para alcanzar estos avisos, se adelantò Bracamonte, el qual por la tarde dio noticia de que ya venia con todo el Exercito de Starembergh; porque habia Stanop despachado seis hombres, los más esforzados, que pasando anado el Rio la noche del día siete, dió cuenta de su peligro; advirtiendo, que sino estaba en todo el día nueve socorrido, era infalible la ruina de aquella parte de Exercito, que traeria infantas consecuencias para el todo; pero como ya estaban tan adelantados los Alemanes, no les alcanzò esta noticia en parage, que podian por todo el día nueve dar la Batalla á los Españoles.

Ignorando estas circunstancias el Duque de Bando-
ma, mandò al Conde de Aguilar, que con toda la Cavalleria passasse el Rio, embarazasse el Exercito enemigo, oponiendosele, para que recelasse entrar en el Puente, ó en el Vado vecino á Brihuega, la qual mandò el Rey atacar por la tarde, aunque no era la brecha, segun regla militar, todavia capaz de ser asaltada. Executòse por dos distintas partes, y el verdadero asalto fue por la Puerta de San Phelipe, á cargo del Marqués de Toy, de Don Pedro de Zuñiga, y de Carlos Florencio, Conde de Metodi. Otro fingia el Conde de las Torres por otra brecha, y otra Partida de Soldados sitiaba el Muro, para que nadie escapasse, á cuyo efecto estaban mil Cavallos en las vecinas alturas, y tomando el camino para el Rio. La accion fue de las más sangrientas de esta Guerra; porque sobre ser ruda, y alta la brecha, era preciso baxar mucho, para poseer el terreno llano del Lugar, y con Defensores tan fuertes, y experimentados, era arduissima la empresa. Iba costando mucha sangre; porque los Ingleses,

ses, aunque no tenían Artillería, habían puesto tantos embarazos en la brecha con piedras, y leños, que no era pelea regular, sino mayor extravagante; pero todo lo vencía el valor de los Españoles, que nunca fueron rechazados, aunque murieron infinitos.

Governaba dentro los suyos el General Carpentier, Inglés, con tanto brio, que se vió muchas veces luchando con los que pretendían pelear por todas las dificultades, guiados del Marqués de Toy, que al subir el muro, y apoderarse de la Puerta de San Phelipe, recibió en el pie una herida: otra no menos gloriosa tubo el Marqués de Torre, Mayor Coronel del Regimiento de Segovia.

Impaciente el Conde de San Estevan de Gormáz de estar ocioso con las Guardias, que estaban con la Persona del Rey, fue voluntariamente al asalto, donde adquirió no pequeña gloria, ayudando con su mano á los Soldados, á que montasen la brecha: y aunque cargaba sobre él una tempestad de balas, perfeccionó la obra, hasta que ya todos los Regimientos entrasen por la brecha, y por la Puerta con gran intrepidez, despreciando tanta variedad de peligros. Aquí brilló mucho el valor de D. Pedro de Zuñiga, y el del Conde de Merodi, que guiaban los Soldados á lo interior del Lugar, tan difícil como su entrada; porque había hecho Stanop muchos hondones, cortaduras, y empalizadas, que encadenó con vigas, y las disputaba peleando con la mayor fortaleza por su propia mano, y aplicando fuego á los maderos, para esto prevenidos; para que la llama, y el humo embarazase á los que abanzaban, sin jamás retroceder; que ni con este ardid desmayaron; porque trepando unos con Hachuelas, y otros con sus Bayonetas por el fuego, hazian retirar á los Defensores. Cayó aquí siete veces herido el Marqués de Rupelmond, que retirado al Campo, murió al otro día. Tambien fue gravemente herido en un brazo el Duque de Prato Ameno, Siciliano.

Sin decidirse esta disputa, anocheció, y la hizieron
las

las sombras mas cruel; porque con la noticia mas exacta del parage; se defendian mejor los Ingleses, hasta que se plantó el Cañon dentro de la Ciudad, y se apartaban con la bala menuda los Defensores, retirados ya á la plaza del Castillo, siempre seguidos de los Españoles, á los quales guiaban con maravillosa intrepidez los Capitanes de las Reales Guardias, D. Gonzalo Quintana, y D. Bartholomé Urbisa, que penetrados de varias heridas, cayeron gloriosamente.

Los Regimientos de Guardias hizieron allí maravillas, y el de Ezija, y los Granaderos; pero no quedaron muchos. finalmente hasta más de dos horas de noche se dilatò la sangrienta lid, y pidió capitulacion Stanop, más arrogante, que justa; porque queria salir libre con sus Soldados. El Duque de Bandoma se escandalizó mucho, y dixo, que se admiraba de que se pidiese esto á un Exercito, que mandaba el Rey Catholico: que habia menester de aquellos prisioneros, no del Lugar; y que si no se rendian en una hora, no daría Quartel: Antes de ella se capituló, y quedaron todos prisioneros de guerra. El Rey por benignidad concedió á los Oficiales los Equipages, entregando los papeles, y restituyendo lo que fuese de las Iglesias: destas alhajas se hallaron muchas, y hubo un gran botin: salieron prisioneros quatro mil y ochocientos Ingleses, con los Generales Stanop, Hil, y Carpentier. Este fué herido en la cara: quedaron muertos quinientos, doble numero de los Españoles, y casi otros tantos heridos.

Al punto se embiaron los prisioneros con varias Escoltas; y por distintos Lugares se despacharon á lo interior de Castilla, con orden de que toda aquella noche, y al otro dia los hiziesen marchar sin hazer alto. Estos fueron los que tantos robos, y sacrilegios cometieron en Toledo, Ciudad, que tiene á Santa Leocadia por Protectora, que se vengó de ellos en el mismo dia nueve de Diciembre, en que se celebra su Fiesta. De esta reflexion se retirán los Hereges. El hecho es cierto,

la

la Providencia no tiene acasos, ni la Divina Justicia olvidos.

Stanop dixo, que se habia rendido por falta de Municiones; lo cierto, es que no se hallaron: Algun Inglés, poco afecto á su Comandante, espereció, que las habia mandado echar en un Pozo, para poderse valer de esta escuta; pero no le disculparon los peritos en el arte Militar de haberse encerrado en un Lugar tan poco fuerte, y que marchasse tan distante del centro de su Exercito, sabiendo le seguia el de los Enemigos.

En este error, ó negligencia tambien incurrió Starembergh, bien que todo era efecto de la soberbia, y confianza en el propio valor, no persuadiendose, que se atreverian los Españoles á seguir tan inmediatos. El General Alemán, y el Inglés se atribuian recíprocamente la culpa. De esto se hizo gran sentimiento en Londres y se resolvió no embiar mas Tropas á España, y en vez de ellas contribuir con dinero; si se proseguia la Guerra. A Stanop se le permitió despachar luego un Correo á su Corte: á él le importaba prevenir disculpas, que llegaron antes de las acusaciones de los Austriacos; y al Rey Phelipe le importaba divulgar á priesa la noticia por si mudabá de semblante las cosas. Luego se dió aviso á Paris, y no lo celebró poco el Rey Christianíssimo, quien con la mayor diligencia dió esta noticia, al Mariscal de Talard, que estaba todavía prisionero en Londres.

Amaneciò mas alegre para los Españoles el dia diez de Diciembre; porque yá se repetian avisos, de que venia Starembergh al socorro, y creian ser vencedores, si se daba la Batalla, faltándoles á los Enemigos tan gran numero de la mas escogida Infanteria. Oíase cañonazos, que mandaba Starembergh disparar, para dar aviso á Stanop, por si aún no estaba rendido.

Luego puso el Duque de Bandoma su Exercito en batalla sobre una pequeña eminencia en los Campos de Villaviciosa: no era el parage muy llano, antes sí pedregoso, y con algunas pequeñas cortaduras, y paredes

rusticas de Cabañas antiguas, ó apriscos de Pastores. Guareciendose de ellos, fuè el dictamen del Conde de las Torres de poner la Infanteria; porque quando vinièssè con furia el Enemigo, hallasse un insuperable embarazo.

Bandoma no quiso mas que poner patentes, y en abierto las Tropas, y escogió quanto era posible la parte del campo mas á propósito para la Cavalleria. El ala derecha dió al Marques de Valdecañas, la siniestra al Conde de Aguilar, y el centro al de las Torres, mientras él, corriendo por todo, daba las necessarias disposiciones: puso dos lineas de Artilleria, y en un vecino Montichuelo estaba con solas sus Guardias de á cavallo el Rey Phelipe, baxo del Cañon del Enemigo, que á medio dia se dexò ver compuesto en Batalla, baxando por el opuesto Collado, al pie del qual hizo alto; porque viò un Exercito que no esperaba, y se le figurò mayor el estár de industria estendidas con gran intervalo las lineas, de lo que arguyó no estar empleado Destacamento alguno contra Brihuega, y que yá estaban rendidos los Ingleses; porque no se veian en ella señas de Guerra, ni se oían tiros. Esto le puso en cuidado, y juntando su Consejo, determinaron no dar la Batalla, sino esperar á que la noche protegiesse con sus sombras la retirada á Aragon, con todo esto puso sus Cañones á tiro, y dos Morteros, por no dar indicio de su resolucio: estos hacian grande daño, y no dexó el Rey de correr igual riesgo como los demás; pero ni los ruegos, ni suplicas de lo suyos pudieron hacerle alexar.

El Duque de Bandoma, al ver que los Enemigos dexaban finalizar el dia, arguyó su desígnio, y dió señal de acometer. Hizolo primero por la derecha el Marques de Valdecañas contra la siniestra de los Enemigos, que gobernaba el General Francherbergh con sus Palatinos, la Cavalleria Portuguesa, y Cathalana: El centro le regia con ocho mil escogidos Infantes D. Antonio de Villarreal; el Señor de Bel-Castel con la

Infanteria Alemana, y Olandesa. La derecha el mismo Starembergh; pero muy pegada al centro: la formó entretregida en Cavalleria, con muchas, aunque pequeñas líneas, haciendo frente la Cavalleria mas escogida; porque tambien guardaba las Baterias, puestas con tanta felicidad, que incomodaban mucho á los Españoles, y las protegian dos Regimientos de Infanteria. Toda la Cavalleria de los Enemigos eran cinco mil hombres; pero los Infantes eran diez y siete mil. El Rey Catholico traía nueve mil Cavallos (que estos se habian destacado con Bracamonte, y Vallejo dos mil), y los Infantes eran solo diez mil; porque desde el Puente de Almaráz al dia de esta Batalla faltaban muchos.

Acometiò con tanto impetu el Marqués de Valdecañas, que no pudiendole resistir la primer línea de la izquierda enemiga, padeciò una entera derrota: cayò sobre la segunda; y aunque los Xefes se esforçaron para ponerla en orden, yá se habian dividido en Pelotonas las líneas, rotas ambas del brio de la Cavalleria Española: Francherbergh aplicò los mayores esfuerços, para reglar los suyos; pero yá estaban bien lexos los Palatinos, y solo resistian un poco los Portugueses, y Cathalanes.

Destacò Starembergh del centro algunos Regimientos, para socorrerlos; pero cortados, y asaltados por los Españoles, fueron deshechos de forma, que no se pudieron jamás unir al centro, aunque con él hizo Villarroel dos movimientos para acercarseles; pero yá no fueron á tiempo; porque estaban enteramente derrotados con todo el cuerno izquierdo del Exercito Aleman.

Los Vencedores persiguieron mas de lo justo á los Vencidos: hacian falta en el Campo, y se esforçaba en vano Valdecañas, para que volviessen á él; y por sí lo podia juntar para acometer al centro, los seguia, y se apartò muy distante con gran perjuicio; porque en el centro estaba todo el peso, y el mayor ardor de la Guerra; y peleaba con tanto valor el de los Enemigos,

siempre sostenido de la Cavalleria, que tenia á su derecha, que rompiò, adelantando algunos passos, la primera línea del centro de los Españoles, de los quales la mitad volvieron la espalda. Estos fueron los Regimientos nuevos; porque algunos de los Veteranos, y las Guardias se apartaron por un lado á la derecha, mientras trabajaba el Conde de las Torres en volver á juntarlos que habian huido.

El Duque de Bandoma bolviò á guiar á la pelea los que habian quedado, y con ellos atacò, dando un breve giro al centro de los Enemigos por un lado: hizole frente Bel-Castel, y se travò una cruel disputa; porque estaban los Valones, y Guardias Españolas del Rey Philippe corridos de parecer vencidos; y lo estubieron en aquella parte, porque Villarroel, del que era punto de la primer línea del centro, sacò un angulo, è hizo dos frentes, con las quales rechazò á los Españoles, que por ambas le habian buuelto á acometer; porque instaba con gran vigor el Conde de Aguilar, que no podia pelear contra el centro. Tan unidos los tenia Starembergh que rechazò al Conde con toda su primer línea, y Cavalleria, y le echò, si no de todo el Campo, de la mitad de él. Con esto, dexando un poco atrás su centro el General Aleman, le defendia mejor, y apartò enteramente á los Españoles; pero no proseguia á ganar terreno, esperando que anocheciesse, y que con quedarse en aquel parage decantasse la Victoria.

No habian las Guardias del Rey buuelto jamás la espalda con algunos Regimientos; pero habian retrocedido hasta la mitad del Campo, donde el Duque de Bandoma se esforçaba á bolver á formar la primera línea del centro. Ayudabale el Marqués de Toy, y fue otra vez herido, y prisionero; pero luego sobre su palabra se le dexò en libertad.

El Conde de las Torres; y otros Españoles, que no eran Soldados, sino Ministros, persuadian á formar nuevamente la segunda línea, y lo consiguieron en gran parte, viendo que las Guardias habian restablecido la

primera contra el centro: pero con los pocos paños, y movimientos que el de los Enemigos habia dado, estaban muy molestados de la Artilleria los que habian de acometerle contra ella. Viendo esto, bolveron sus Armas con la mayor intrepidez el Teniente General D. Joseph de Armendariz, baxo cuya mano el Coronel D. Juan de Velasco perfeccionó la obra, y ganó la Artilleria á los Enemigos; porque Armendariz se retiró mortalmente herido, y habia en este mismo parage muerto Don Pedro Ronquillo.

Yá sin este embarazo los Españoles, bolveron á la Batalla con brio. Mezclóse entre los Valones con una de sus Vanderas el Marqués de Moya, hijo del Marqués de Villena, q̄ no habiendo podido bolver á unir su Regimiento, tomó una Vanda de uno de sus Tenientes, y se unió á los que combatian. Tampoco faltó á la accion el Conde de San Estevan de Gormáz, cuyo valor no descaeció en toda la sangrienta funcion, que yá se habia encendido mas feróz, de genero, que se vieron obligados los Alemanes á formar de todas sus Tropas una figura de Puerco-espín; y en cabo de una linea peleaba cō tanto esfuerzo Villarroel, q̄ si se hubiera podido quitar la nota de desertor hubiera q̄dado glorioso.

Regia el punto centrico de la figura Starembergh; y queriendola sustentar Bel-Castel, murió, pasado de muchas heridas. Todos los Oficiales Españoles, aunque faltaban sus Regimientos, mantenian la Batalla; porque no pudiendo volver á ordenarlos, no quisieron dexar de asistir á ella: murió entre ellos, animandolos, el Mariscal de Campo D. Rodrigo Cerrèa. Tanta fué el arte, y fortaleza de Starembergh, que rechazó otra vez á los Españoles, y se hizo apartar de ellos casi á tiro de fusil, aunque habia perdido mucha gente.

No creyendo el Duque de Bandoma, que volverian á la Batalla los que se habian apartado, la juzgó por perdida, ó por lo menos indecisa la Victoria: y como yá estaba anocheciendo, suplicó al Rey, que se retirasse á Torija, lo que no quiso executar; y mas vic-

do, que el Conde de Aguilar, teniendo yá reparados á los suyos, volvió á cometer la derecha de los Enemigos con su Cavalleria, á la que procuraba resistir el Conde de la Atalaya. Esto desconcertó las medidas de Starembergh; porque le obligó á mudar figura, y á hacer frente á los Españoles, que corridos del pasado desorden, peleaban con la mayor fortaleza, y los resistian con brio la Cavalleria Alemana, y parte de la Portuguesa, aunque yá estaban cantados de lo vario, y prolixo de la accion.

Era todo el cuydado de Starembergh, que no perdieffe el centro el socorro de la Cavalleria, pues por ella no habia podido aun ser vencido con tantos asaltos como dieron los Españoles; pero prevaleciendo yá en la izquierda la fortuna del Conde de Aguilar, rompió la primera, y segunda linea de la derecha del Enemigo, de cuya derrota salvó Starembergh mil Cavallos, que puso como por Muro de su centro, que estaba aun firme, hasta que volviendo el Marqués de Valdecañas de haber deshecho toda la izquierda enemiga, y acudiendo por otra parte Don Feliciano Bracamonte, que estaba destacado con mil y ducientos Cavallos, y á rienda suelta, habiendo sido avisado de los tiros de cañon, procuró hallarse en la Batalla: atacaron el centro por distintas partes, y aun por tres, despues que llegaron tambien Don Joseph de Amezaga, y el Conde Mahoní.

El General Alemán sacrificó primero los mil Cavallos, que le hacian frente: despues armó un fuerte quadrangulo, que dió tres descargas contra la Cavalleria Española, que ciegameente empeñada en vencer aquel centro, y sacar del Campo á Starembergh, se echaba sobre las Bayonetas Enemigas: quedó herido en la cara Amezaga. Habia formado Bracamonte una corta linea de nueve hombres: mas la estrechó Valdecañas; porque formó una de seis; pero repetida por todas las caras del quadrangulo, que combatia contra sola la Cavalleria; porque la Infanteria Española se habia apar-

tado ya del Combate, y solo permanecian en él el Conde de San Estevan de Gormaz, el Marqués de Moya, los Xefes, y Oficiales del Exercito con trece Soldados; y aunque las Guardias del Rey no estaban lexos, las sombras de la noche prohibian entrar en el Combate, tan sumamente intrincado, que solo el valor, y la pericia de Guido Starembergh podia conservar el orden, y retirarse siempre combatiendo, ayudado del Conde de la Atalaya, y mas que de todos de Don Antonio Villarroel.

El primero que tubo la gloria de acometer con su Cavalleria el centro, fue Bracamonte; y por esse no queria dexar de ser el ultimo en perseguir al Enemigo, á quien paso verdaderamente en confusion Valdecañas; porque traia mayor numero de Cavallos, y Oficiales. Al fin, ya habia mas de media hora que reynaban las sombras de la noche, y aun duraba la Batalla, de la qual, y del Campo se salio formado el Aleman con seis mil Infantes, que le quedaron, y se retirò á un vicino Bosque, donde no podia ofenderle la Cavalleria enemiga, á quien se debió enteramente la Victoria. Quedó Valdecañas por dueño del Campo, de la Artilleria, y Vagages.

El Rey Phelipe aun estaba en el mismo parage aguardando el exito, que ignoraba todavia, hasta que fue avisado de la Victoria, y pasó al centro del Campo de Batalla, donde durmió aquella noche cercado de heridos, y cadaveres; porque se mandó estubiese el Exercito sobre las Armas, sin entrar al saqueo.

Lo propio hizo Starembergh, que juntó luego Consejo de Guerra; y aunque todos los Oficiales (menos Villarroel) fueron de opinion de hacer llamada, y capitular no quiso, diciendo: Que á obscuras nada se

„ determinaba, y que la luz mostraria lo que se debia

„ executar; que ciertamente habia vencido á la Infan-

„ teria Española, y que no se podia juntar tan de ma-

„ ñana, que no tubiese tiempo de hacer su marcha,

„ y tomar el camino de Aragon, donde estaba segura.

Tam:

Tambien juntó Consejo el Rey Phelipe, y fue de parecer el Conde de Aguilar de despachar luego la Cavalleria para tomar los pasos de Aragon, y ver si se podia bloquear al Enemigo; que era infalible su rendicion; porque no le quedaba mucha gente. Los mas de los Españoles adherian á este dictamen; y el Duque de Bandoma dixo: „ Que no habia mas Exercito que Cava-

„ lleria, que ignoraba quan lexos estaba el Enemigo, y

„ con quanta gente, que esta bastaba para bolverle á

„ dar alientos á emprender otra accion, si veia al Rey

„ sin Exercito numeroso por la mañana, y que en este

„ caso era preciso retroceder, y no seria haber ganado

„ la Batalla; que ahora estaba segura la Victoria, y

„ que el dia seria mejor consejero para ver el estado,

„ y parage de los Enemigos.

Este dictamen siguió el Rey; y solo destaco, aun-

„ que poco adelantado, con dos mil Cavallos á Braca-

„ monte, para que se acercasse quanto era posible á los

„ contrarios, cubriendo por defuera el Campo en que es-

„ taba el Rey, á quien sirvió esta noche de Tienda su

„ Coche.

Esta es la célebre no esperada Batalla de Villavicio-

„ sa, ganada con un tercio menos de gente, arrebatados

„ los laureles de las sienas de un Exercito vencedor, que

„ quatro meses antes creia haber conquistado la España.

Dentro de la misma Castilla dexaron las Naciones coligadas quanto pillage; y saqueo habian hecho de los mi-

„ seros Pueblos, y de los profanados Templos; porque D.

„ Joseph Vallejo, que estaba adelantado á las encrucija-

„ das de los caminos con una partida de Cavalleria, cogió los vagages de todo el Exercito (Bandoma restituyó el suyo á Storembergh), y 300. prisioneros, sin los

„ que se hicieron en el Campo, y en las cercanias de él,

„ donde quedaron muertos 400. del Exercito del Rey Car-

„ los, y 600. prisioneros, y se tomaron 20. Piezas de Cañon,

„ dos Morteros, seis Timbales, y 37. Vanderas: en fin, de un Exercito de mas de 3000. hombres quedaron seis mil.

Vien:

Viendo Starembergh la mañana del día once, que solo estaban los 20. Cavallos de Bracamonte formados, y en parage donde no podían ofender su Infanteria, amparado del mismo Bosque, tomó el camino de Aragón, marchando formado, hasta que tubio á la Montaña, y á grandes jornadas llegó á Zaragoza, de donde, sin detenerle, pasó á Barcelona, y divulgò, que había ganado la Batalla: así lo escribió á la Corte de Viena; pero que como había perdido tanta gente, no se había podido mantener en Campaña.

Conocieron las Cortes Coligadas del propio hecho lo contrario, que aunque para engañar al Pueblo celebraron la Victoria, sacaron desto mas ira, que aplauso. Con estas reiteradas funestas noticias, los Ingleses se confirmaron en la deliberacion de no embiar mas Tropas á España. En la Francia hubo de esto particular jubilo, y mucho mayor le tubieron los Españoles pues solos, y sin Tropas Auxiliares, restablecieron al Rey en el Trono, y adquirió el Duque de Bandona la gloria de ser llamado Reparador del Reyno. Toda la disposicion del acampamento, y marchas efectivamente fuè suya, executada por los Españoles con denuedo, y fortaleza; y aunque no se debió la Victoria á la Infanteria, no pudo la Veterana pelear; porque la desampararon los nuevos Regimientos. El Rey Phelipe dixo: *Habia debido la Victoria al Marqués de Valdecañas*; porque fuè quien con su ala derecha atacó, y sacó á los Enemigos del Campo. No se portaron con menos valor en aquel ultimo lance el Conde de Aguilar, el de San Estevan de Gormáz, y el Marqués de Moya su hermano, Don Feliciano Bracamonte, Don Joseph de Amezaga, Mahoni, y todos los Oficiales del Cuerpo del Exercito, que dexando sus Compañias, y Regimientos, sirvieron de Soldados, y formaron la ultima linea contra el centro. No brillò menos la vigilancia, è infatigable aplicaciò de Don Joseph Vallejo. Murieron de los Españoles tres mil, y mas de mil quedaron gravemente heridos, á los quales mandò el Rey curar con la mayor atencion.

Des-

Despues, á regulares marchas, pasó con su Exercito á Zaragoza vencedor, donde había quedado vencido.

Algunos creyeron, que se había usado floxamente de la Victoria; y que si se hubiese seguido el dictamen del Conde de Aguilar, de adelantarle toda la Cavalleria á cerrar los pasos á Starembergh, no se hubiera retirado hombre alguno á Barcelona. De esto se disculpò con bien modesta carta el Duque de Bandona con su Soberano, dando por razon; que no quedaba Exercito á quien fiar la persona del Rey, si destacaba la Cavalleria, y Granaderos; y que esta sola no bastaba para vencer á Starembergh, que estaba ya abrigado del Bosque, y abierto el camino de las Montañas; y como en un dia salió de los terminos de Castilla, todo era País amigo, circunstancia que hizo gloriosa la retirada de Starembergh. Nunea tubo General alguno de Exercito mas presençia de animo en accion tan sangrienta, varia, y tragica: decian sus propios Enemigos, que solo él podia haber sacado formada aquella gente, que salió vencida del Campo; pero no deshecha; y si hubiera tenido tan fuerte Cavalleria como Infantes, hubiera obtenido la Victoria: dos veces viò de ella la imagen: tres rechazò la Infanteria Española; pero desamparado de sus alas, y cargado de 80. Cavallos, resueltos á morir, è vencer, cedió á la fortuna del Rey Phelipe, y al valor de sus Tropas.



AÑO

AÑO DE MDCCXI.
LIBRO XII.

LA pasada Victoria en los Campos de Villaviciosa, quanto avigorò el animo de los Españoles, confortò el de los Aliados. Yá no daba oídos á la Paz el Rey de Francia, mudado el semblante de las cosas, no se atrevian á proponerla los Olandeses. Los Ingleses la meditaban particular, á instancia del Mariscal de Tallard. El Rey Phelipe diò Quarteles á sus Tropas; pero se aplicò todo á aumentar el numero de ellas, y á reparar la perdida de los mas esforzados, que habian muerto el año precedente, vencidos, y vencedores.

No podia dár esta ociosidad á las pocas que le quedaban el Rey Carlos; porque despreciando los rigores del Invierno, proseguia en el Sitio de Girona el Duque de Noailles. Era Governador de la Plaza el Conde de Tatembach, hombre esforzado, y que no perdonaba diligencia: hizo algunas salidas con felicidad, aunque no tenia mas que dos mil hombres; pero como el Exercito de los Franceses se componia solo de 199. toda pequeña pérdida era grande; porque sobre ser Girona Plaza fuerte, la habian los Ingleses añadido algunas Fortificaciones exteriores.

El mayor enemigo que los Franceses tenían era lo rigido del tiempo: veinte dias estubieron los Soldados en las Trincheras, que estaban llenas de Agua. Algunos Cabos de no vulgar experiencia en el Exercito eran de opinion de levantar el Sitio, y permanecer en el bloqueo hasta la Primavera. El Duque de Noailles, que estaba constante en su empeño, determinò perfe-

feccionar la obra antes que pudiesse ser la Plaza socorrida. Esto solicitaba con la mayor viveza Barcelona: habiale introducido á la desfilada alguna gente, antes que se perfeccionasse la linea de circumbalacion, y levanto el Principado á proprias expensas dos Regimientos, que no pudieron entrar en Girona; porque yá tenían ocupados los pasos los Franceses. Aplicaron el minador al Baluarte de la Virgen, y al Muro de Santa Lucia, que volaron con felicidad la mañana del dia 23. de Enero; no solo por haber perecido parte de los Defensores, sino porque diò ocasion para el asalto. Dos veces fueron rechazados los Franceses: acudió la tercera el mismo Duque de Noailles, y de tal manera inflamò los animos con la vista, y el exemplo, que rechazò á los Enemigos hasta la interior cortadura en las ruinas del Muro; porque los que defendian el Baluarte quedaron prisioneros.

Aloxaronse los Sitiadores, y jugando solo el Cañon, quando se prevenia el dia 25. otro asalto, hizo la Plaza llamada. Ofreció el Governador entregar la Ciudad, si se le dexaban las Fortificaciones exteriores. No vino en ello el Duque de Noailles, y prosiguió la Guerra. Luego volvió á hacer señal la Plaza. Capitulóse, que fino estaba en seis dias socorrida, se entregaria, con las Fortificaciones del Condestable, la Reyna Ana, el Calvario, y los Capuchinos, saliendo la Guarnicion libre con todos los honores militares. No pudo el Rey Carlos socorrerla, y se cumplieron estas Capitulaciones el dia primero de Febrero. Entrò en la Ciudad el Duque de Noailles vencedor. Para que recordassen los Cathalanes, publicó luego un perdon general, y restitucion de bienes, en nombre del Rey Phelipe; despreciaronle, y no le creyeron, ni podian valerse de él, teniendo en Barcelona al Rey Carlos: deseaban muchos sacarle; porque publicamente los llamaba rebeldes Antonio de Leitheffheins; sin Rey los llamaba Starembergh, y todo era oprobrio.

Este General pidió licencia al Emperador para retirarse; porque no movió forma de tener Exercito, y yá

Los Españoles se habian adelantado mas allá de Balaquer, y Calaf, donde tenia su Campo el Marqués de Valdecañas. Habian los Franceses tomado la Plana de Vich, Venafque, y el Valle de Arán, con que solo le quedaban al Rey Carlos Barcelona, y Tarragona. Esto hacia pensar en nuevo sistema à los Aliados, y mas viendo embarazado con los Rebeldes de Ungría al Emperador, pertinaces à los ruegos, y à las proposiciones de ajuste. Era cabeza de ellos el Principe Ragotzi, ayudado de los Condes Berceci; y Carolio, y mucho mas del Conde Seterasi, Governador de Casovia, à quien intentò corromper con oro el Cardenal Saxeitz; pero le sostenia el Rey de Suecia, retirado al Imperio Othomano, y no sin influxo secreto del Sultán.

Formaba cuerpo esta conjura; pero Carolio, cansado de los trabajos, dió oídos al ajuste, y obligò à Ragotzi à tratar de él. Convinose en quince dias de tregua; pero propuso Articulos tan insolentes, que mandò el Emperador, que se retirasse à Viena el Conde de Locheren, que trataba el negocio. Este fuè arte para no descubrirse el secreto ajuste, que Carolio meditaba. Ragotzi volvió à las Armas, no sin socorros de la Puerta Othomana, suministrados (decian) el Rey de Suecia, por no violar la tregua de Carlovitz.

Hacia grandes preparativos de Guerra el Othomano; y aunque publicaba, que eran contra el Moscovita, tenia en aprehension à la Corte de Viena, hasta que le embió una solemne Embaxada el Turco; porque temió que se coligasse con el Emperador el Moscovita, que para este efecto habia embiado à Viena al Señor de Urbich. Con esto respiró el Cesar: contuvo se neutral, y se aplicò à socorrer à su hermano en Barcelona; porque los Ingleses, y Olandeses, aunque le habian asegurado de su constancia en la confederacion, declararon, que no podian embiar mas gente à España, y que solo mantendrian la Guerra en Flandes.

No podia el Emperador embiar promptamente mas Tro-

Tro-

Tropas à Barcelona, que las que tenia en Italia. A esta la exprimia de genero, que no estaba seguro el Dominio; porque en Napoles, Milán, y Cerdeña tenia entonces mas parciales el Rey Phelipe, que quando la poseia. Era Vi-Rey de Napoles el Conde Carlos Berromeo, y vivia con grande recelo desde que se hizo un processo contra el Duque de Matalón, por afecto à los Españoles. Los mismos que le absolvieron por inocente, le creian culpado; no hizo verdaderamente cosa que mereciesse castigo, si no se imponia pena à los deseos. Por esta secreta conmocion de animos no se pudo destacar gente de Napoles. De Milán no la dexaba sacar el Duque de Saboya, quejoso del Emperador; porque no se le habia dado el Ducado de Milán quanto le habian ofrecido; y su Ministro en Viena, el Conde de Melaredo, instaba por el Vigebenasco. El Emperador le permitia esperanzas; porque queria inducir al Duque à que atacasse el Delphinado: con esto se distrafa el poder de los Franceses, que hacian grandes preparativos en la Alsacia. Temió el Duque de Vvirtembergh fuesen el primer objeto del furor sus Estados, y amenazò à los Austriacos con la neutralidad, si no embiaban mas Tropas al Rhin.

Habia tambien el Cesar de juntar el Exercito de la neutralidad de Germania; porque la Liga de los tres Federicos contra el Reyno de Suecia, y el empeño del Moscovita no traxesse la Guerra à Germania, y sacasen estos Principes las Tropas que habian dado à los Coligados. El arte, y el poder del Cesar lo componia todo. Era despotico en Germania; pero no podia sacar dinero: este le contribuía por dura necesidad la Italia; por esso vendió en baxo precio el Ducado de Mirandula al Duque de Modena, contra la sentencia dada en Ratisbona, que privaba à la Casa Pico solo del usufructo de su Estado.

La Francia, à quien salieron vanas todas las idèas de turbar la Germania, hizo entender los mayores esfuerzos de Guerra; porque deseaba la Paz. Mantenia

cinco

cinco Ejércitos; uno en Alsacia, mandado por el Duque de Arcourt; otro en la Mosá por el Duque de Baviera; otro en la esquierda por el de Villars; otro en la Saboya por el de Bervich; y otro en el Rosellón por el de Noailles, sin las Tropas que tenía en la Guiena, y en Pamplona: también mandó armar en Brest, y Tolón varias Esquadras. Esto verdaderamente era rumor, con que quería despertar á los Ingleses, y Olandeses, para que hiciesen grandes gastos en Armadas Navales; porque la Francia no tenía intencion de sacar un Navio. Ordenó trabajar un nuevo equipage, para el Rey Jacobo, con aparatos de embarcarle, para inquietar mas á la Inglaterra, que desde las ultimas Victorias de España estaba vacilando en la confederacion, é iba descaeciendo el partido de los Wigfts, desde que la Reyna privó del Oficio de Camarera mayor á la Duquesa de Malburch, y se le dió á la de Somerset.

De esta general confusion de las Cortes enemigas no se supo aprovechar bien la España, por la civil discordia del Aula. Habian buuelto á Madrid los Tribunales, que estaban en Victoria, y la Reyna pasó á Zaragoza, donde la Princesa Ursini, queriendose introducir aun en las disposiciones de la Guerra, lo confundia todo; porque no le era grato el dictamen de quien no le prestaba ciega adoracion.

Despues de haber tomado á Girona, baxó el Duque de Noailles á ver al Rey Phelipe, y arreglar las disposiciones de la Campaña: no convenia su dictamen con el del Duque de Bandomas; y esto retardaba las resoluciones, y el haber gravemente enfermado la Reyna; no sin sospechas de etiquez. En esta ocasion divulgaron los emulos del Conde de Aguilar, que habia hablado con poca reverencia, y amor ázia su persona, lo que le hizo caer de la gracia como despues veremos.

Buelto á Madrid Don Francisco Ronquillo, desterró á quantos alli se haban quedado, y besado la mano
al

al Rey Carlos. Sacó de los Reynos, que el Rey Catholico poseia, á las mugeres de los que habian seguido al Aufriaco Principe, y entre ellas á la Condesa de Palma. El Consejo Real consultó al Rey el perdonar á los pleveyos, y hombres de baxa esphera, que habian seguido el contrario partido, estando aquel Principe en Madrid: esta, sobre ser clemencia, era justicia; porque habiendo prestado obediencia el Magistrado, que representa el cuerpo de la Ciudad, ó Villa, son licitos los obsequios, y aun precisos á qualquier particular.

Pretendia el Rey Phelipe, que baxasse el Exercito del Duque de Noalles á juntarse con el suyo; pero descompuso todas las medidas la muerte de Luis de Borbón, Delphin de Francia, su Padre, sucedida en catorce de Abril, de enfermedad de viruelas, que en vez de manifestarse con saludable expulsion, retrocedieron al centro. El Rey Christianissimo llevó esta fatalidad con la mas heroyca constancia, y escribió al Rey Phelipe una Carta como consolatoria, y que no le haria falta su Padre para mirar por sus intereses.

No tubieron tiempo las Cortes enemigas de fundar nuevas esperanzas por este accidente; porque dos dias despues murió en Viena de la misma enfermedad, y con los propios symptomas el Emperador Joseph, de edad de 33 años. Esto varió enteramente el systema del Mundo; porque faltaba el alma de la Guerra; y aunque le quedaba en el Rey Carlos á la Casa de Austria successor, si lo habia de hacer también de la Imperial Diadema, no podia ser Rey de España; porque sobre ser difícil acudir á todo, no querian los Ingleses, y Olandeses acumular tantos Reynos. Sus intereses de Religion no pedian hacer los posibles esfuerzos para que fuese elegido por Emperador; porque habian casi explicado los Hereges, que pretendian en esta eleccion la alternativa; pero como era contra las Leyes del Imperio, y los Electores Catholicos estaban por el Rey Carlos, no querian mover en Alemania una Guerra mas san-

sangrienta, y civil; y así abrazaron los de la Liga la idea de elevar al Solio Imperial al Rey Carlos, que por Testamento de sus mayores, y del Emperador Joseph, quedaba dueño de los Estados Hereditarios.

En la apariencia favorecia el Rey de Francia al Duque de Baviera, y añadió Tropas al Exercito de la Alsacia para proteger sus derechos, y los del Arçobispo de Colonia, á los quales el Colegio de los Electores habia excluido; y así, no solo no habian sido convocados para el Congreso, que como Chanciller del Imperio publicó el Elector de Maguncia, sino que permanecia la sentencia dada contra ambos Electores, á los quales no querian agora admitir, por no turbar la tranquilidad de la eleccion, pues todos estaban concordes en que recayesse la Corona en el Rey Carlos. No deseaban otra cosa el Rey de Francia, y el de España; porque este era el camino mas facil para la Paz; y como quiera que saliesse de España este Principe, la recobrabá sin dificultad toda el Rey Phelipe, y quitaba á sus Rebeldes la esperanza de mantenerse en aquel Dominio. No aborrecian este pretexto para salir del empeño los Ingleses, y Olandeses, y así todos concurren á volver á entronizar la Casa de Austria. La Emperatriz Leonora, Madre del Rey Carlos, deseaba ardientemente sacarle de España, para que gozasse un Trono mas tranquilo; y aunque se habia embiado con la noticia de la muerte del Emperador á Barcelona al Conde de Rofrano, volvió la Emperatriz á embiar al Conde Molano, su Cavallerizo Mayor, para persuadir al Rey, que passasse luego á Alemania; porque así lo pedian mas relevantes intereses, que los que tenia en la España, y querian los Electores verle en Viena; porque recelaban dilatada su ausencia, y con ella nunca perfecta quietud; pero aunque sin contradiccion le habian ya reconocido los Reynos de Bohemia, y Ungria, y estaban ya desalentados los Rebeldes, despues que por arte del Conde Palphini se sometió á la clemencia del Cesar el Conde Carolio, hacia grandes esfuerzos Ra-

gozti

gozti, para que el Sultán se valiesse deste interregno, y atizaba el fuego el Rey de Suecia desde Berden, por si en la confusion podia adelantar la pretension del Duque de Baviera, de cuya Casa era descendiente.

Sentia mucho el Rey Carlos dexar á Barcelona; porque veia claramente, que no seria con esto Rey de España, cuyo Trono deseaba tanto. No tenia Tropas, para mantenerse en Cathaluña; y eran tales las quejas de los Cathalanes, de que los desamparasse, que padecia su agradecimiento en ellas, y ofrecian sus Ministros cosas, que jamas podian cumplir. Ya decian, que quedaria el Principado de Cathaluña agregado á los Estados Hereditarios de la Casa de Austria; y ya que se interponia fuertemente, quando fuesse eligido por Emperador, para que los Coligados obligassen al Rey Phelipe á dexarle Republica; y siendo esto tan impracticable, habia Cathalanes, que lo creian, aún viendo al Exercito del Rey Phelipe ya dueño de todo el País, desde Cerbera á Aragon, de toda la Ribageria, y de las mejores Plazas, excepto Tarragona: Faltabanle muchas disposiciones, Viveres, y medios, para emprender el Sitio de Barcelona. No les pareció á los Españoles tiempo oportuno; porque precisamente se habia de ir á Alemania el Rey Carlos, y esta era la mejor ocasion.

Tenia en su Exercito el Rey Phelipe doce mil Franceses ociosos, porque el Duque de Bandoma ni tenia, que hazer en Cathaluña, ni los queria distraer contra Portugal; y con todo esto los dexaba allí el Rey Christianissimo; porque no creyesse el Catholico, que la muerte del Delphin ocasionaba esta tibieza: más le hubiera aprovechado tenerlos en la Alsacia, ó Flandes; porque los Enemigos, aún despues de la muerte del Emperador Joseph proseguian con los mayores esfuerzos, por no perder lo gastado, y perficionar su idea. Estaba el Mariscal de Villars acampado en Flandes, desde Oysio á Arrás, y los Aliados entre la Esquelda, y Scarpa: habian echado varios Puentes al Rio Crinchon, no

Eee

por-

porque corre furioso, sino porque tiene oscuros, y llenos de arenas los vados: tambien hizieron otros entre Biaon, y Arrás, por lo cenagoso, y pantanoso del terreno.

Los Franceses con las sombras de la noche quisieron atacar la derecha de los Enemigos, que ocupaban à Magni; pero no lograron más que derrotar la Gran Guardia, y matar las Centinelas. Despues sorprendieron el Castillo de Harlech, cortaron los Diques del Río Lis, y segaron el Canal: esto embarazaba el transporte de Vivieres al Exercito Enemigo, pero acudió el Principe de Holsteimbech, è hizo apartar à los Franceses hasta Reuselario.

La falta de Forrages obligò à los Olandeses à passar la Scarpa, y acercarse à Lentz; los Franceses à Arrás, entre Vilers, y Brulain: en vano intentaron sorprehender à Vimi; acamparonse en Arleux, è inquietaban à Duay, hasta que las Partidas, que corrian aquella Campaña, fueron rechazadas del Principe de Hessecael, destacado con siete mil hombres: Por esso pusieron los Aliados al General Hompesch con diez Batallones, y doce Esquadrones entre Duay, y Erin.

Este Cuerpo de Tropas fue improvitamente atacado del Conde de Gasion Francés, con treinta Esquadrones, y enteramente deshecho: pocos se salvaron en Duay; porque para no ser socorrido de lo restante del Exercito, acometiò a un mismo tiempo por la noche el Conde de Broglie à la derecha de los Enemigos, matò à las Centinelas, y acudiò allà la fuerza de las Tropas, mientras Gasion derrotò à Hompesch.

El Exercito de los Aliados en Flandes estaba solo à cargo del Duque de Malburch; porque habia partido para el Rhin el Principe Eugenio, y se habia anegado el Principe Nassau en Moerdich, passando à la Haya, por la contienda vertida entre él, y el Rey de Prusia, por la herencia del Rey Guillelmo. No gustaban los Olandeses del arrojò de Malburch; porque ya veian q̄ hacian en vano la guerra, y que el sacar de la España al Rey

Rey Phelipe, se habia hecho un moral imposible: inspiraban remissos los alientos, y no querian aventurarse à una Batalla.

Puso su Campo el Ingles en Bétunes, y el Francés en Hedin: fortificaron los Ingleses el mismo parage, en que Hompesch fue vencido; pero el Señor de Montefquiu atacò la linea, y la rompiò, con muerte de seiscientos Olandeses: saliò à socorrerlos Hompesch desde Duay, y no pudo llegar; porque se lo embarazò el Conde de Cogny, que hazia espaldas à Montefquiu; ni tampoco llegó à tiempo el General Fagel, destacado de Malburch; porque ya estában los suyos dos vezes en un mismo Campo vencidos: creyendo hallar desprevenido à Villars, puso Malburch en Bétunes los vagages, y en una noche, dexando à Cote, marchò dos leguas: pasó la Esquelda con ocho Puentes, entre Cambray, y Bouchain, para darle la Batalla; pero hallandole, al amanecer, formado, mudò de intento, y retrocediò. Villars picò la Retaguardia: volviò esta la cara; y como queria pelear, retrocediendo, fue derrotada: murieron de ella dos mil: igual numero quedò de prisioneros, sin los que se anegaron en el Rio.

Enfurecido Malburch con estos malos sucesos, aunque no de gran consecuencia, tomò de repente los puestos para el Sitio de Bouchain. A 22. de Agosto se abrió la Trinchera, y nada hubo de particular en este Sitio: cùplio con su obligacion el Governador, y el Presidio; pero ganó la Plaza el Ingles: con esto se acabò en Flandes la Campaña, y por el mes de Septiembre se dieron Quarteles de Hyvierno por una, y otra parte à las Tropas.

Tampoco hubo en el Rhin cosa remarcable. No queria empeñarse por el Bavaro à todo el dispendio el Francés en la Eleccion de Emperador; pues los más de los Electores confirmaban la sentencia, dada en Ratisbona. Habianse juntado en Francfort los Diputados de los Electores, y aunque estában à favor del Duque de

Baviera, y de su hermano, el Rey de Prusia, y el Duque de Saxonia, para admitirlos al Congreso, votaron en contra el Palatino, el Duque de Hannover, el Rey de Bohemia, Carlos de Austria, y los Electores Eclesiasticos, el Maguntino, y el Treverienfe, y así proseguian las Sefsiones, y se llamaba con instancia al Rey Carlos, quien con repugnancia grande salió de Barcelona embarcado en la Armada Inglesa, que mandaba el Almirante Norris, à ventisiete de Septiembre.

Mucho sintieron los Cathalanes esta ausencia, aunque les dulzò lo amargo con nuevos Privilegios, en que los preferia à Castilla: Todo era engañarse el Rey Carlos à sí mismo, engañar à los Cathalanes, que para Procuradores, ò Agentes de la Provincia, embiaron con el Rey al Conde Savalla, y à Pinos, porque les había hecho grandes ofrecimientos de nunca olvidarlos, y les dexaba por mayor consuelo à la Reyna Isabel, que quedó por Governadora de Cathaluña, y de los Reynos de Italia.

El mismo dia doce de Octubre, que en Francfort. fue elegido el Rey Carlos por Emperador, llegó à las Costas de Genova, diò fondo en Vado, y no quiso entrar en la Ciudad, ò en el Arrabal de San Pedro de Arenas, hasta q̄ los Ginoveses le reconociesfen por Rey de España: esto era arduo, y monstruoso; porque ya la había dexado, y en ella no possuía mas que una pequeña parte de Cathaluña; pero para deprimir mas à los Principes de Italia, los obligò à esto. Dos dias estuvo en Vado, mientras lo resolvía aqui en el Consejo de los Diecimos tan grave punto, que quedó indeciso por entonces; porque el Marqués de Monte-Leon, Ministro del Rey Catholico, hacia los mayores esfuerzos para que no fuesse reconocido como tal el Rey Carlos, que picado de esta repugnancia, sin admitir el obsequio de seis Galeras, que à Vado le embió la Republica, para que con comodidad desembarcasse en San Pedro de Arenas, no admitió el prevenido hospedage: Luego que desembarcó, pasó corriendo la posta à Milan, sin de.

detenerse en los Estados de la Republica, la qual obligada de las amenazas, embió allà sus Diputados para el reconocimiento. Lo proprio hizieron la Republica de Venecia, el Duque de Toscana, y el Duque de Parma, que todavia se mantenian en el primer reconocimiento, hecho al Rey Phelipe.

El Duque de Uzeda, que aún estàba en Genova, resistiendo el precepto del Rey Catholico, de que pasase à España, fue con su hijo D. Melchor Pacheco à prestar la obediencia al Rey Carlos en Vado, y le entregò los papeles secretos, que tenia de su Oficio de todo el tiempo, que había servido al Rey Phelipe, revelò las inteligencias, que se tenian en Napoles, y Cerdeña, y vengandose en sí mismo, puso este borron à su nombre: daba para esto insubstanciales pretextos; y los principales eran, haber muerto en París prisioneros el Marqués de Leganès, y en el Castillo de Pamploña el Duque de Medina-Coeli, y que, si iba à España, le sucederia lo proprio: todas eran redarguciones de su conciencia; pero lo cierto es, que habían muerto aquellos dos prisioneros, sin definirse su causa, por politica, y benignidad del Rey Phelipe, que solo sacò la depression destos dos magnates, sin confiscacion de bienes; porque à Medina-Coeli le heredò el Marqués de Priego, su sobrino, y al de Leganès el Conde de Altamira.

Indignado el Rey Phelipe del nuevo reconocimiento de los Principes de Italia al Emperador, como Rey de España, mandò salir de su Corte al Marques Joseph Casale, Embiado de Parma, al Baron Nerón del Nero de Toscana, y à los Secretarios de Venecia, y Genova (que à este tiempo no tenían allí Ministro con carácter), y de esta llamó à la Corte al Marqués de Monte-Leon, su Embiado Extraordinario, y con particular Decreto prohibió el Comercio activo, y pasivo de sus Reynos con los Estados de la Republica de Genova. Los dos Embiados del Gran Duque, y Parma se entretubieron en Madrid, aunque sin carácter, con licencia del

del Rey; y más tiempo se detubo el de Toscana.

Ocioso habia estado en la Raya de los Alpes el Exército Francés. No pudo el Emperador mover las Armas del Duque de Saboya, para atacar el Delphinado; porque no ignoraba las favorables disposiciones, que habia en Inglaterra para la Paz. El Abad Gaultier, y el Mariscal de Tallard la instaban incessantemente; y al fin dió orden para ella la Reyna Ana, y se cometiò el Tratado en Londrès á los Duques de Hamilton, y Büchingam, á los Condes de Bullimbroch, Preterbourgh, y Stafort: en París al Marqués de Torfi, al Mariscal de Uxelles, al Abad Polinagc, al Señor de Maren, y al Señor de Voisin; y por las cosas del Comercio nombraron á los Señores Brior, y Menager.

Este Tratado le fomentaron los emulos de Malburch, para quitarle la authoridad, que le daban las Armas. Se tubo por cierto, que no pudiendo mantenerse de otra forma, sino con la Guerra, dió noticia deste Tratado al Emperador, á los Príncipes de Alemania, y á los Olandeses; y aún decian sus Enemigos, que habia ofrecido el Exército al Duque de Hannover, para que turbasse esta Paz, y echasse del Trono á la Reyna, el qual no quiso dár oídos á tan alto crimen; porque aventuraba la successión.

No estaban los Uvitz yá en Inglaterra tan poderosos; porque los Toris se habian levantado con el favor de la Reyna, y ocupaban los primeros empleos: y tantos votos tenian yá en el Parlamento, que vencieron la proposición, de que se debia hazer la Paz, y se dió entera authoridad á la Reyna, para tratarla. Estaba yá esta adelantada secretamente, y firmados con la Francia los Preliminares (se duda, si con noticia de la España, que era, la que más perdía en este Tratado.) El Rey Catholico habia dado á su Abuelo amplios Poderes, para hazerla; porque no se podia resistir á la eficaz voluntad de la Francia, y de la Inglaterra, que la querian, siempre con la suposición, de que le habia de quedar el Continente de España, y las Indias.

A

A este tiempo pasó el Conde de Bergueich á Madrid: y aunque se creyò, que era por negocios de esta Paz, fue para arreglar el Real Erario, y las provisiones para el Exército. Era á este tiempo Presidente de Hacienda D. Juan del Río, Marqués de Campo-Florido, y llevando mal la subordinacion á Bergueich, hizo dexacion del empleo. Hallóse este embarazo; porque sembraban los Españoles de dificultades los negocios, que por su mano corrían; y no habiendo medios, para salir á Campaña el Exército; porque los Banqueros se retiraron de los asientos, todo el arbitrio, que dió, fue imponer un doblon por cabeza á toda la España.

Este tributo, que parecia ligero, era gravíssimo; porque á más de las rentas ordinarias, q se pagaban al Rey, no todos podian pagar un doblon con la promptitud, q Bergueich le queria. Al fin asignando esta nueva contribucion, se tubo dinero, y provisiones, para empezar la Campaña; y mientras no pasó al Exército el Duque de Bandoma, mandaba las Tropas el Marqués de Valdecañas, que estaba acampado entre Tarraga, y Cerbera: Starembergh puso el Campo entre Igualada, Toux, y Santa Coloma, atrincherado; porque tenia poca gente. El Principado no asistia con tanto dinero, como antes, ni tenían los Alemanes tanta tierra, y así estaba el Exército corto de medios, y en terreno seco, que fue preciso sacar pozos, para beber.

En el Exército del Rey Pheipe, que mandaba el Duque de Bandoma, no se caminaba con la mayor uniformidad; porque el Marques de Valdecañas, y el Conde de Aguilar llevaban mal las precipitadas resoluciones del General Francés. Hizose Consejo de Guerra sobre la primera expedición, y fue de Parecer el Conde de Aguilar con los Cabos Españoles el sitiar á Cardona, y entre ella, y el Exército enemigo interponer las Tropas del Rey: No dissentia deste dictamen Valdecañas; pero lo proferia con modestia, o porque tenía el genio más blando, que el Conde de Aguilar, ó

por:

porque no ignoraba, que era de contrario parecer el Duque de Bandoma, que habia determinado ocupar á Pratz del Rey, Lugar inutil, y murado de ladrillo crudo.

Esta disputa, sostenida con razón por el Conde, ofendió al Duque, que sino profirió palabras injuriosas, el modo significaba desprecio: de esto quedó picado Aguilár, y se fundó una discordia perjudicial á los intereses del Rey, inflamada de hombres chismosos, y entre ellos de un Clerigo Parmesano, llamado Julio Alberoni, muy insinuado en la gracia del Duque, á quien servia, como de Capellán, desde quando aquel mandó las Armás en Lombardia, introducido por práctico de la Lengua Francesa, y habia ido algunas veces á hablar al Duque en nombre del Obispo del Burgo de S. Donino, para aliviar las contribuciones del País. Con alguna libertad en el hablar, y tener la conversacion festiva, dió en el genio del Duque, á quien enteramente en muchas cosas mandaba. Esta como digresion nos há parecido necesaria, para dar noticia deste hombre, que construyendo su fortuna de acaños, aunque nacido en los baxos pañales de ser hijo de un Hortelano, hizo no poca figura en el Theatro de España.

A diez y seis de Septiembre partió el Duque de Bandoma para Pratz del Rey. Los Alemanes pusieron en las sendas más estrechas alguna Cavalleria escogida, para embarazar la marcha. Vencieron los Españoles esta corta dificultad. Starembergh se retiró á Pratz del Rey: algunas Tropas dexó fuera del Muro en la misma orilla del: otras puso adentro del recinto, y lo restante del Exercito detrás de la Villa, en un sitio aspero, á quien hacia más escabroso la multitud de peñascos, el qual insensiblemente se levantaba á rematar en un Montichuelo inculto, que tenia á la derecha una poca de llanura, embarazada de fosos, y Collados, donde no podia pelear la Cavalleria, y por esto le escogio Starember; porque no tenia mucha.

Los Españoles estendieron el ala izquierda del Exercito más allá de la Villa, como en semicírculo: ba-

tian

cian al Muro, y á las Tropas que estaban fuera de él, que desampararon la llanura que poseían por el ala izquierda, y el Rio. Starembergh tomó la altura del Monte, y tenia á su disposición una de las Puertas de la Villa, por donde le entraban socorros, mientras hubo gente. Luego la desampararon, sacando sus bienes los Moradores, y quedó el Lugar convertido en un monton de polvo, y ceniza, riyendose Starembergh, de que empleassen los Españoles sangre, tiempo, y dinero en una empresa inutil, á la qual fué preciso volver las espaldas; pero el Duque de Bandoma, que obraba ya sin consejo alguno, usando de un pernicioso despotismo, y no pudiendo obligar á Starembergh á una Batalla, atrincherado en aquel Monte con solos 12. mil hombres, resolvió tarde el Sitio de Cardona.

No eran ya de esta opinion Valdecañas, y Aguilar; y este unió mas impaciente de ver cosas fuera de toda regla de Guerra, pidió al Rey licencia para dexar el Campo: no se le respondió; y poco poderoso contra sí mismo, volvió á escribir en tono de picado, é hizo dexacion de los empleos que tenia. Era Capitan de una de las Compañias de Guardias de á cavallo, y el mas antiguo Director General, de la Infanteria, y Chanciller del Consejo de Ordenes. De todos los empleos le admitió el Rey luego la dexacion, y se proveyeron en otros; llegó á la Corte; y aunque le permitieron los Reyes el favor de dexarse obsequiar, se le insinuó que saliesse de Madrid. Así se inutilizó á los fines de esta Guerra un General de los mas hábiles, y experimentados. Sintió el Rey verse obligado á perderle; pero hizo justicia, para que ningun Vassallo presume ser á su Soberano necesario. Conocia el Rey algunas tropelias de Bandoma; pero no queria disgustarle: Habia embiado este Ingenieros Franceses, y Oficiales á reconocer la Plaza, y el Sitio, y con militar arrogancia le pintaron llana la Expedicion: fuesse esto ignorancia, ó adularle.

A quince de Noviembre partió á Cardona el Conde de Muret con buenas Tropas, fueron todos los Fran-

ces,

ces,

ceses, y algunos Regimientos Españoles. Sobre ser el Lugar aspero, tiene la Ciudad un Castillo puesto en una gran eminencia. La Guarnicion era escogida, y bastante, e inquietaban à los Sitiadores tres mil Cavallos Cathalanes, que obligò à hacer linea de contravalaciò. Despues de abierta la brecha se diò el assalto à la Ciudad: governaba la derecha el Conde de Suderion: la izquierda el de Melun, y el Marques de Arpayou el centro: fuè sangrienta la disputa, veacieron los Sitiadores; pero nada ganaron con la Ciudad; porque lo difícil era el Castillo, adonde se retirò la Guarnicion, y contra quien no eran faciles las baterias, por lo empinado del sitio; y las que se pusieron, estabieron erradas; porque batian lo mas fuerte, contra el parecer del Marqués de Valdecañas. El dia treinta de Noviembre se le diò un assalto antes de amanecer: aloxaronse en la misma brecha los Franceses; pero yà abierto el dia, fueron atacados por la Guarnicion, y echados del Lugar que posscian.

Habia yà passado à empeño el Sitio, y el Conde de Muret mandò minar el Castillo, con poco, ò ningun efecto; porque no podia llegar en lo riguroso del Invierno, à abrir el Monte, de genero, que cayessen las Fortificaciones mas necessarias. Starembergh fuè al socorro de la Plaza, donde quiso introducir mil hombres. Atacò tres veces uno de los Cuarteles de los Sitiadores, y quedò rechazado. Mostraron el mayor brio los Franceses, obstinados, no solo en defenderse de los Alemanes, sino tambien en tomar el Castillo: brillò entre todos el valor del Conde de Melun. En el ultimo assalto del Puente de Gorminas, viendo que persistia Starembergh, echando mas gente, destacó mil hombres por las alturas para encerrar à los Enemigos: desistieron entonces de la empresa los Alemanes; pero se quedaron à vista de la Plaza.

Viendo Starembergh, que dos veces no habia podido introducir socorro, tentò otravez atacar la linea; acudiò à ella todo el Exercito de los Sitiadores; pero era yà tarde;

tarde; porque la habian roto los Alemanes, despues de una sangrienta disputa, con la gente que aquel parage guardaba. Muriò allí valerosamente peleando el Conde de Melun. Habiendo perdido mucha gente, gran parte del Vagage, y la Artilleria, se retirò el Conde de Muret.

Asi librò Guido Starembergh à Cardona, aplicando tanto esfuërço, para despicarle de la vana sorpresa, que habia intentado de Tortosa, contra quien embió al General Vessel, y en una noche obscura atacò una Torre, que està junto al Baluarte de San Juan. El rumor avisò à las Centinelas, y tomò las Armas el Presidio. Acudiò medio vestido el Governador Conde de Glines: subvertieronse las escalas; pero los Alemanes, cortando la Puerta del Reducto del Baluarte de San Juan, ocuparon la vezina media Luna, que no tenia Guarnicion. Todo esto era fuera de la Plaza; y por esto los Enemigos intentaron tomar las Fortificaciones, que median entre ella, y el Rio. Esto lo embarazò el Baluarte de enfrente, cargado a bala menuda. Amaneciò, y con Arietes quisieron los Alemanes romper las Puertas de San Juan, y la que llaman Templense; pero lo prohibia el fuego de la Plaza. Difícilmente se podia estar en el Muro por la fusileria enemiga; pero cumpliendo con su obligacion, asistia donde ardia mas el fuego de la Guerra el Conde de Glines, que sacò muchas veces el pecho fuera de la Muralla. No ostentaron menos valor el Ingeniero Tanuli, y Don Eugenio Sabalza, Coronel del Regimiento de Pamplena, con los demás Regimientos, el de Sevilla, Murcia, y Palencia.

Desesperados los Alemanes de salir con el intento, volvieron precipitadamente la espalda; y como estaba poco distante de la Ciudad el Coronel Don Francisco Bustamante, Avisado de la Artilleria, llegó con su gente à la Plaza, à tiempo que pudo perseguir à los Enemigos, castigando la arrogancia de una empresa muy difícil, fiada al descuydo, que creian en los Españoles. Con tal precipitacion se retirò Vessel, que se olvidò de

haber dexado en la media Luna, y reducto de San Juan 400. hombres, que quedaron prisioneros. Se creyó haber avifado el Rey à la Plaza este desigmo, revelado por un traydor al Principe, à quien servia.

Yà veian los Cathalanes, que declinaba su fortuna, y así estaba poco obedecida la Emperatriz en Barcelona. Este desorden le aumentaba el penetrarse yà los Preliminares de la Paz, ajustados entre la Francia, y la Inglaterra: era la suma de ellos: „ Que se darian al „ Emperador Napoles, Milán, y Cerdeña; à los Olan- „ deses la Alta Gueldria, y una Barrera conveniente en „ Flandes; à los Ingleses la Plaza de Gibraltar, y la „ Isla de Menorca, con Puerto Mahón; y al Rey Phelipe el Continente de España, con Mallorca, Indias, y Canarias. Sicilia, y Flandes quedaron en suspension. De aquella se reservaron disponer los Ingletes; porque meditaban darla al Duque de Saboya, para que restituyesse la parte que tenía del Ducado de Milán. La Flandes la había cedido el Rey Catholico al Duque de Baviera, menos el Condado de la Provincia de Luxembourgh, que le había dado en soberania à la Princesa Ursini, queriendo despues de esto, que en su Corte se le diese el titulo de Alteza; pero como no lo había mandado con expreso Decreto, se negaron muchos Magnates à este obsequio.

Tenia grandes contradicciones la Reyna Ana, para la Paz en el Parlamento, entonces compuesto la mayor parte de Vigths. Se quexaban agriamente los Ministros de los Principes. El Conde de Gallasch, que lo era del Emperador, hablaba con tanta insolencia, que fuè echado de Inglaterra. Vino el Señor de Buis por los Olandeses; tubo mas modestia; pero no menor desgracia en su comission; porque la Reyna, empeñada en la Paz, estaba poseida de la faccion de los Toris, y nombrò por Plenipotenciarios al Obispo de Bristol; al Conde de Stafort, y a Brior, la Francia al Abad de Polignac, al Mariscal de Uxelles, y à Menager. Habiendo consentido en ella el Rey Phelipe, nombró tambien los su-

yos,

yos, al Duque de Ossuna, al Conde de Bergueich, y al Marqués de Monteleon. Esto cõsternò à los Olandeses, y Alemanes; aquellos porque recibian la ley, quãdo presumiã darla; y estos porque se habían de contentar con Napoles, y Milán, habiendo hecho tantos años la Guerra por toda la Monarquia de España.

Habia escrito desde Milán una Carta bien resentida el Emperador; y se declaró, q̄ baxo de aquellos Preliminares nunca vendria en la Paz. Esto no fuè de embarazo, para que la Reyna, de acuerdo con el Rey Christianissimo, prosiguiesen su Tratado, y se propusieron à los Olandeses quatro Lugares para el Congreso, Nintega, Lieja, Aquisgran, y Utrech: este ultimo fuè el elegido. No se había en los Preliminares nombrado al Rey de Portugal; y aunque este había ganado à Miranda de Duero, por mal defendida de su Governador, tratò secretamente su Paz con el Rey Phelipe. Estaba el tratado en buena disposicion; pero le turbaron los Ingleses, con palabra, que al Rey de Portugal dieron, de incluirlos en la suya, que no estaba lexos; por esto en Estremadura hubo solo hostilidades de saqueos reciprocamente; pero no Guerra.

Mandaba el Conde de Mascareños el Exercito del Rey D. Juan, y el Marqués de Bay el del Rey Phelipe. Avistaronse compuestos en Batalla en las orillas del Rio Cayá; pero tenia orden el General Mascareñas de reusarla quanto fuèssè possible; porque yà estaban los Portugueses cansados de la Guerra: no habían sacado de ella fruto alguno, sino malogro de dinero; y conocian, que quando querian los Ingleses hacer la Paz despreciaban los intereses del Rey D. Juan: estaba por el Emperador la Reyna de Portugal su hermana, y el P. Alvaro Cienfuegos, su Ministro en Lisboa, persuadiendo la continuacion de la Guerra; pero el Duq̄ de Cadaval, adverso à ella, que era el Autor de la Paz, mantuvo al Rey en su resolucion.

No persuadido aún el Cesar de que le desamparasen sus Aliados, aplicaba los medios posibles para turbar la Paz; y dispuso, que el Duque de Hannover embialse

2

á Londres al Baron de Bothmar para este efecto. Hizo por escrito una representacion á la Reyna Ana el dia 9. de Diciembre, que entregó al Sr. de S. Juan, Secretario del Despacho. Su contenido era, la mala fee con que solian obrar los Franceses, y que nada habian de cumplir de lo que ofrecian: ponderaba que no se les observaria el pacto del Comercio en las Indias; porque reynando los Borbones en ella, y en España, seria la negociacion de los Franceses.

La Reyna dió noticia de todo al Parlamento: volvióse á dividir en pareceres, y aun se llegó á dudar si tenia authoridad la Reyna para hacer la Paz sin consentimiento de las dos Camaras Alta, y Baxa. El Conde de Nottingham era el mas acerrimo defensor de la Guerra, y tuvo algunos opositores. Por 166. votos fué reprobada del Parlamento la Paz: pocos la quedaron á la Reyna; porque todo él no constaba mas que de 232. pero creó Duques, y Condes, quanto fué menester para tenerla inclusiva; y como no se le podia disputar, que era peculiar de los Reyes de Inglaterra la Guerra, y la Paz, se mantuvo firme la Reyna, y proseguia el Tratado sin alteracion, habiendosele hecho á Malburch fuertes amenazas de que se le pediria quenta de turbarla. Yá conocia el haber descaecido de la gracia, y que prevalecian los Toris en el Palacio; y así, cediendo á la inconstancia de la suerte, manifestó la mayor humildad, y resignacion, y mas quando veía, que le queria pedir el Parlamento cuenta del dinero que habia passado por su mano en esta Guerra; porque decian sus emulos, que se habia aprovechado mas de lo justo. Yá con el nombre solo de la Paz paró el gyro de su fortuna, y de sus glorias, á que le habian levantado las Armas.

F I N.

PARTE PRIMERA.

In Genova per Matheo Garbizza con licencia.